



Evan

Sofía Ortega

Título: Evan

Copyright © 2019 Sofía Ortega Medina

Diseño de portada: Sofía Ortega

1ª edición

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781090987631

Evan
Sofia Ortega

Capítulo 1

Un sonido extraño, similar a un quejido agudo, le obligó a detenerse en el pasillo, a pocos metros de la escalera.

En vez de utilizar el baño de la primera planta, había decidido subir a la que había sido su habitación hasta que se mudara al campus de Harvard con su hermano mayor, Bastian, y, posteriormente, con su hermano pequeño, Kaden. Necesitaba desconectar de la irritación que devoraba sus entrañas desde unas condenadas horas antes; por ello, en ese momento, estaba en el segundo y último piso de la vivienda.

La boda de Bastian y Zahira se estaba celebrando en la mansión de la familia Payne. Los invitados reían, comían, bebían y bailaban en el gran salón; todos, menos él. Estaba feliz por la pareja, por supuesto; adoraba a su cuñada y su hermano era el hombre con más suerte que él había conocido por casarse con una mujer como ella. Aquella pelirroja, catorce años menor que Bas, era, sin duda, el ejemplo real de que las almas gemelas existían; Zahira y Bastian estaban hechos el uno para el otro. Hira era un desastre ambulante y su recién estrenado marido, de un orden escrupuloso; no se parecían en nada, pero se complementaban en todo.

El quejido agudo se repitió...

Evan entrecerró los ojos y giró sobre sus talones. Esa planta se distribuía en dos pasillos perpendiculares entre sí; en el del fondo, se hallaban su dormitorio y el de sus hermanos; en el otro pasillo, con habitaciones a cada lado, se encontraban las estancias de sus padres y de los invitados, donde estaba él en ese momento.

Caminó hacia el extraño sonido, que provenía de la puerta más cercana a la escalera de este pasillo, a la derecha. Ese quejido, ahora, parecía más un intento de sollozo, un lamento. Abrió la puerta con cuidado y entró. Se sorprendió al ver una cuna de viaje de color blanco en el centro del espacio. Un bebé se agitaba nervioso en ella, claramente molesto, quizá, por haberse despertado solo. Evan no pudo evitar sonreír al descubrir al niño que,

enseguida, percibió su presencia, dejó de emitir ruiditos y clavó sus enormes ojos castaños en él.

—¿Y tú quién eres, campeón? —le susurró, cogiéndolo en brazos, sujetándole la cabecita, incapaz de resistirse; le encantaban los niños.

El bebé era un poco más grande que su sobrina Caty, la hija de Bastian y Zahira, una preciosa niña que había heredado el pelo color fuego de su madre y los ojos grisáceos de su padre. Aunque Caty solo tenía tres meses, su orgulloso tío Evan ya pronosticaba que sería una auténtica belleza. A él, desde luego, le había robado el corazón la primera vez que la había acunado en su pecho.

Y ese niño acababa de conseguir lo mismo... Sintió una pequeña presión que lo fascinó por completo. El bebé, como si lo hubiera intuido, soltó un grito. No lloró, permanecía con los labios separados y las cejas levantadas. Evan lo escrutó a conciencia. El niño tenía la mirada bastante espabilada, como si lo estuviera analizando a su vez.

—¿Qué tienes aquí, nene? —le bajó un ápice el cuello redondo de la camisa blanca a la altura de la nuca.

Un lunar idéntico al de mi sobrina, pensó, enseguida.

Era el sello indiscutible de su familia materna. Solo contaba con dos primos con pareja, pero, que él supiera, no tenían bebés. Quizás, ahora sí.

Un momento...

Observó el rostro del pequeño con los ojos entornados. Había algo que le resultaba muy familiar, demasiado... Cerró los ojos y lo besó en la frente, experimentando, de repente, cierta ansiedad. ¿Podría ser...? Una cruel certeza se anidó en su estómago, impidiéndole respirar con normalidad.

Lo depositó en la cuna y lo cubrió con la fina manta blanca. Fue a girarse, pero el niño gimoteó. Él se rio, se olvidó por completo de las dudas y el terror que lo habían asaltado y volvió a sostenerlo con cariño e infinita ternura. Se sentó en una silla, junto a la cuna, y comenzó a hacerle suaves cosquillas. El bebé movía la boca como si le gustasen los gestos de Evan.

—Eres muy guapo, ¿lo sabías? —le dijo, embelesado—. Tu mamá debe de ser muy guapa también, ¿a que sí, bribón?

Una especie de carcajada brotó de la garganta del niño cuando le acarició la barbilla, carcajada que lo contagió a él.

Escuchó voces femeninas en la lejanía, acercándose. Varios tacones se aproximaron. Pegó al bebé a su pecho, como si pretendiera protegerlo de una inminente intrusión. Se incorporó y frunció el ceño. ¿A quién se le ocurría

hacer tanto ruido cerca de un niño de pocos meses que, supuestamente, estaba durmiendo?

Las culpables del jaleo aparecieron ante sus ojos: su madre, Cassandra, entró en la habitación, seguida de Zahira y de...

—¡Evan! —exclamó Rose, pálida a pesar del suave maquillaje.

Rose Moore había trabajado como enfermera en la planta de Pediatría del Hospital General de Massachusetts —donde Evan era el jefe de Oncología—, hasta hacía diez meses, cuando había presentado su renuncia para viajar por Europa con su novio, James Howard.

Un cruel aguijón atravesó las entrañas de Evan. Sus ojos se cegaron un instante por la molesta claridad que desprendía aquella muchacha. Su corazón ascendió al cielo como un cohete a propulsión y explotó. Se trataba de la mujer más irritante y exasperante que había conocido en su vida. ¡Y encima era rubia! ¡Detestaba a las rubias!

Era una idea bastante arcaica, sí, lo reconocía, pero, para él, las rubias no poseían inteligencia debajo de sus melenas. Sin embargo, también había excepciones y, por desgracia, Rose Moore era una de ellas...

La joven apoyó una mano en su escote, intentando controlar su agitada respiración. Un gesto inútil, pensó Evan, pues esos blanquecinos, redondeados y altos senos, que había tenido el desventurado infortunio de palpar hacía ya un año y diecisiete días, amenazaban con salirse del corpiño ajustado de su vestido azul turquesa de dama de honor. Era, además, la mejor amiga de su cuñada.

¿Desventurado infortunio? Son los pechos más perfectos que he tocado en mi vida...

Y había visto y catado muchos, pero como los de ella...

Incomparables...

Él inhaló aire y lo expulsó, conteniéndose y obligándose a ignorar las imágenes que se sucedían en su cerebro como una película muda en blanco y negro, imágenes que lo martirizaban desde hacía mucho tiempo, imágenes que lo mantenían en un constante estado de nerviosismo. Debía estar acostumbrado a no prestar atención a su mente cuando osaba desafiarlo de ese modo. Había resultado sencillo desconectar de dichas imágenes, porque no había coincidido con ella en los últimos diez meses. El problema era que Rose había regresado a Boston, al menos, para el enlace de Bastian y Zahira...

Una colosal erección tensaba sus pantalones desde que una fragancia a mandarina lo había envuelto en la ceremonia, proveniente de unos malditos

cabellos rubios. El tormento al que estaba sometido desde mucho antes de aquel encuentro sexual acababa de iniciar un nuevo camino, angustioso y sin retorno. Y presentía que sería tedioso e insoportable como nunca.

Las tres mujeres lo contemplaban con terror no disimulado.

—No lo pospongamos más —anunció su madre, erguida cual soldado a punto de ser fusilado. Se retiró un invisible pelo de la frente despejada. Se había recogido los cabellos oscuros en un elegante moño para la especial ocasión.

La pelirroja se acercó, seria, y tomó al bebé, que sollozó al desprenderse de Evan, quien, también, notó un pinchazo al separarse del niño. Evan cruzó los brazos sobre el pecho. Cassandra cerró con pestillo y dijo:

—Debe saberlo.

Moore se sobresaltó como si se despertara de un trance.

—¿Qué tengo que saber? —inquirió él, golpeando el suelo con el pie, cada segundo más impaciente.

Entonces, Rose se hizo cargo del bebé y lo sostuvo en alto, dedicándole una increíble sonrisa de adoración que hizo que le flaquearan las rodillas. Los ojos castaños de ella centellearon hacia el pequeño y lo meció como lo haría una madre con su hijo, gozando ambos del reencuentro, admirando el propio Evan la indescriptible belleza de la escena, la naturalidad, la luz que irradiaban, la complicidad...

Contuvo el aliento. Se fijó en el bebé. Poseía la misma mirada de Rose, sus ojos profundos, claros, enormes, ligeramente alargados, exóticos, cubiertos por infinitas pestañas rizadas en las terminaciones; intensos, astutos, asombrosos, capaces de derrotar a un hombre sin ni siquiera rozarlo...

¡No, no y no!

Se restregó la cara, incrédulo.

No, se repetía sin cesar, imposible... ¿Imposible? ¡Joder! Posible, muy posible... ¡Tiene el lunar!

—¿Qué tengo que saber? —formuló Evan, de nuevo.

Las tres mujeres lo observaron, todavía asustadas. Él miró a su cuñada, que agachó la cabeza; luego, a su madre, que imitó el gesto, y, al fin, a Moore. Ella acertó la distancia, sin despegar los ojos de los suyos. La mandarina se filtró por sus fosas nasales, mortificándolo. Evan dejó caer los brazos y apretó los puños en los costados hasta que sus nudillos carecieron de color, porque lo sabía...

—Se llama Gavin —le confesó ella, con voz firme y decidida, sin

amilanarse, a pesar de su corta estatura en comparación a la de él—. Es tu hijo.

—¿*Mi* qué? —preguntó él, alucinado, a pesar de que tan solo confirmaba lo que ya sabía.

—Tu... —Rose carraspeó, sonrojada de repente—. Tu hijo.

Rose Moore era tan nívea de piel que cualquier mínima emoción se mostraba enseguida en su rostro, esculpido como el de un ángel.

También, por desgracia para Evan, ella era la criatura más hermosa que existía sobre la faz de la tierra: tez clara e inmaculada sin una sola imperfección, frente poblada de delicadas arruguitas por estar siempre enfadada —por lo menos, cuando él estaba cerca—, cejas finas y casi blancas, como su pelo serpentino hasta la mitad de la espalda, pómulos estilizados, nariz pequeña y juguetona, labios tentadoramente perfilados de forma exquisita —y no por el color rosa intenso que llevaba—, una dulce boca que se fruncía cuando se enervaba y prefería guardarse malas contestaciones... Era una auténtica beldad que ensombrecía a cualquier otra mujer.

No obstante, él veía una belleza fría y diabólica, aquella que atrapaba a su presa en una fracción de segundo para, más tarde, tragársela sin piedad.

—Gavin es tu hijo, Evan —señaló su madre, compungida, retorciéndose los dedos en el regazo.

Gavin es mi hijo... ¡¿Qué?!

Evan se enfureció.

—Quiero hablar con Moore a solas —les ordenó a Cassandra y Zahira.

Ni siquiera era capaz de llamarla por su nombre... Sencillamente, no podía articular la palabra *Rose*, le costaba un esfuerzo sobrehumano. Lo había intentado, pero solo había conseguido que se le atascara el nombre en la garganta. Eso le había sucedido el día que la conoció, dos años y tres meses atrás, cuando la había visto salir del ascensor en la planta de Pediatría para comenzar su primer día de trabajo en el hospital.

—Estaremos en el pasillo, por si nos necesitáis —convino su madre, antes de desaparecer con Hira y el bebé.

Rose se apoyó en la pared de la derecha, estirada y con el mentón alzado, en actitud desafiante, desconfiada y orgullosa, concentrada en él, sin pestañear. Evan era una cabeza más alto que ella, si esta llevaba tacones, y, aun así, lo intimidaba como ninguna mujer lo había hecho jamás.

Reprimió el impulso de zarandearla y se recostó en la pared contraria. La cuna y la silla los separaban. Entonces, se desató una guerra de miradas,

cargadas de reproches silenciosos. No se soportaban, nunca habían aguantado permanecer en una misma sala más tiempo del necesario y, mucho menos, dedicarse un saludo, por muy escueto que fuese.

—Empieza, Moore —escupió él, rechinando los dientes.

—No hay más que decir —arqueó una ceja de forma insolente—. Gavin es nuestro hijo.

—¿Que no hay más que decir? —repitió, incorporándose—. Te largaste a Europa sin contarme que estabas embarazada de mi hijo, durante diez jodidos meses, eso sin contar con tres más, porque te marchaste en marzo y tú y yo nos acostamos en diciembre —la apuntó con el dedo índice, acercándose despacio, con los ojos entrecerrados—. ¿Y no tienes nada más que decir? —meneó la cabeza, atónito—. Tienes mucho que decir, Moore, pero mucho —se detuvo a escasos centímetros—. Y ya puedes comenzar por el principio.

—No necesitas saber la causa de mi partida, ni por qué te lo oculté —desvió la mirada a un lado—. Y tampoco te necesito para nada. James es...

—¡James! —estalló, haciendo aspavientos con los brazos—. ¡No te atrevas a nombrarlo!

—¡Lo nombraré las veces que quiera! —explotó también—. Él ha estado a mi lado en todo el embarazo. Me sostuvo la mano y me secó el sudor en el parto. Me ha ayudado a criarlo y lo adora. Él es el hombre de mi vida. ¡Por supuesto que voy a nombrarlo cuanto guste! —posó las manos en la cintura.

Los oscuros celos y la insaciable ira dominaron a Evan. Se paseó por el espacio como un demente que murmuraba incoherencias malsonantes.

—Si ha estado a tu lado en el embarazo, si te sostuvo la mano y te secó el sudor en el parto, si te ha ayudado a criarlo y si lo adora es porque yo no sabía nada. ¡Joder! —se paró frente a Rose, respirando de manera enloquecida—. ¿Cómo se te ocurrió escondérmelo? ¡Te largaste a otro continente sabiendo de tu estado! ¡Te largaste sin decirme una puta palabra! —la acusó, sin disimular el despecho—. ¡Tenía derecho a saberlo! ¡Es mi hijo, joder! ¡Tenía todo el derecho del mundo!

—¿Y qué querías que hiciera, Evan? —inquirió ella, resoplando igual de nerviosa que él—, ¿que se lo contara a un hombre que cada noche tiene a una mujer diferente en la cama?

—¡Sí, joder! —la agarró de los brazos—. ¿Cuánto tiempo pensabas seguir escondiéndolo? Porque estoy seguro de que si no es por la boda de Zahira y Bastian, seguiría sin saber la verdad —bufó, indignado y dolido a partes iguales.

—Lo ha descubierto tu madre por el lunar que Gavin tiene en la nuca, si no, jamás te hubieras enterado —se zafó con brusquedad—. James es el padre que Gavin necesita y el hombre que yo quiero al lado de mi hijo y de mí. Podrás ver al niño cuanto quieras. Nunca te recriminaré ni te obligaré a nada, como tampoco te negaré el tiempo que desees pasar con él; al fin y al cabo, eres su padre biológico.

¿Su padre biológico?

Evan estaba atónito.

—No eres ningún ejemplo a seguir —continuó Rose, con frialdad—. James sí es un hombre de verdad, un hombre responsable, bueno y maravilloso, que no se asustó al saber que estaba embarazada de otro, sino que inició una relación conmigo sin importarle nada más.

Él la contempló con rencor.

—No me ofreciste el beneficio de la duda —le recordó Evan, irguiéndose en su estatura de más de metro noventa—. Me sentenciaste sin conocerme.

—¿Que yo te sentencié sin conocerte? ¡Venga ya! —lo empujó, con lágrimas furiosas mojándole las rosadas mejillas—. ¡Te acostaste conmigo en un ascensor y me dejaste tirada! ¡No te molestaste en llevarme a casa o en acompañarme a buscar un taxi! —le golpeó el pecho con los puños—. ¡Luego, huiste de mí como si fuera la peste! ¿Y te atreves a decirme que te sentencié sin conocerte? No tomamos precauciones y ni siquiera se te ocurrió acercarte a preguntarme, ¿sabes por qué? ¡Porque te importaba una mierda! ¡Porque yo no significaba nada para ti y ni te planteabas un posible bebé! Eso fue lo que demostraron tus actos —detuvo la lucha y retrocedió hasta chocarse con la pared. Se deslizó hacia el suelo sin preocuparse del vestido, que se arrugó en el proceso, y se abrazó las rodillas.

Evan cerró los ojos un largo momento. Su interior sufría tal agonía que se aflojó la corbata azul y se desabrochó dos botones del cuello. Se estaba ahogando. Los remordimientos se apoderaron de su cuerpo, más al verla llorar...

Era cierto. La había abandonado en el ascensor, pero no había sido porque la considerase una conquista más, sino por el miedo atroz que había experimentado esa noche al besarla por primera vez... Evan Payne llevaba un año y diecisiete días sin intimar con ninguna mujer, desde ella, algo que pensaba continuar escondiendo al resto del mundo.

—Eres un mujeriego sin escrúpulos, Evan —pronunció ella, con voz temblorosa y los ojos fijos en él—. No entiendo por qué te sorprende que te lo

haya ocultado.

El resentimiento que transmitió la mirada de Rose se clavó en su pecho, obstaculizándole la entrada de aire. En realidad, ella tenía razón: Evan Payne poseía reputación de seductor en la sociedad de Boston. Salía en la prensa cada semana del brazo de alguna modelo, de una mujer espectacular. Sin embargo, todo era fachada, una mentira.

Siempre le había importado poco la opinión de la gente, excepto la de su familia, pero que Moore no le hubiera confiado algo tan importante como haberse quedado embarazada de él, haber dado a luz a un bebé, *su* bebé, haberse convertido en padres... No lo había hecho, todo lo contrario, se había fugado en dirección contraria y del brazo de otro hombre a Europa, lejos de Evan, atesorando el gran secreto de la futura existencia de Gavin.

¿Y de quién es la culpa? ¡Mía, joder! ¡Mía!

Estaba furioso, se sentía torpe intentando ocultar su irritante estado, lo que Rose le provocaba en ese momento, lo que le causaba desde que se habían conocido. El dolor también lo perforaba, aunque lo guardó bajo cien mil candados en su interior.

A pesar de todo, esa mujer no era nadie para actuar como lo había hecho, para no concederle el beneficio de la duda. Y lo que no iba a consentir, de ningún modo, era la figura de Howard en la vida de Gavin.

¡Ni hablar! ¡No, no y no!

Un inmenso odio se instaló en su corazón, creándose un caparazón de grueso hielo a su alrededor. La contempló como si se tratase del ser más mezquino y cruel del universo. Esa belleza fría y diabólica pagaría caro su comportamiento. Evan levantó la barbilla mientras se abrochaba los botones de la camisa blanca y, después, se ajustó la corbata en el cuello.

James Howard irrumpió en la estancia, enfadado. Se acercó con premura a su novia, que se incorporó y lo abrazó. Tal acto enajenó a Evan, que tuvo que reprimir las ganas de liarse a golpes con el maldito novio de Rose, la madre de su hijo...

Cassandra, con el bebé en brazos, y Zahira, seguidos de Bastian, Kaden y Brandon, también entraron. Su padre y su hermano pequeño los miraban con clara confusión.

—Bien —dijo él, dando una palmada en el aire—. Ya que estáis todos aquí, aprovecho y así no tengo que explicároslo luego —se aproximó a su madre y cogió al niño con cariño y cuidado—. Gavin es mi hijo. ¿Cuándo nació? —preguntó, sin dejar de obsequiar arrumacos a su hijo.

—Fue prematuro —contestó Moore, con voz trémula—. Nació el dos de agosto.

—Supongo que llevará mi apellido, ¿verdad que sí, bribón? —le acarició el cuello, provocando intentos de carcajadas en el bebé.

—No. Se llama Gavin Moore —respondió James, en tono amenazante.

Evan meneó la cabeza y la giró para observarlo con clara animadversión.

Howard era tan alto como él, pero mayor, tenía treinta y nueve años. Su pelo era negro y corto, con la raya lateral; tenía los ojos azules, la mandíbula marcada, una nariz aristocrática y una postura de intachable educación, porte, prestigio y gran poder adquisitivo. Era un empresario con una importante cadena de hoteles de lujo en Europa, que el año anterior había comenzado a afianzarse en Estados Unidos. Se relacionaba con la alta sociedad de Boston. En el sector femenino, rivalizaba, entre otros, con los hermanos Payne, a quienes, hasta que Bas conoció a Zahira, se los consideraba tres de los solteros más codiciados, aunque ahora ya solo eran dos.

—El lunes, a primera hora, mi abogado redactará los papeles pertinentes para Gavin —les explicó Evan, con fingida indiferencia—. Y, también, preparará lo necesario para la custodia.

Rose Moore estaba sentenciada. Nadie actuaba a espaldas de Evan Payne y salía indemne.

—¿Qué?! —se horrorizó Rose, cubriéndose la boca con las manos.

—Es mi hijo —le recordó Evan, sin elevar el gélido tono de su voz—. Todas las acciones traen consecuencias, Moore —chasqueó la lengua—. Tú decidiste ocultármelo, pues yo decido que el niño se queda conmigo. Y te aseguro que no vas a ganarme. Soy su padre —entrecerró los ojos—. Puedes entregármelo por las buenas o por las malas.

Cassandra y Zahira se petrificaron. Bastian, Kaden y Brandon gruñeron, al igual que James, que rodeó los hombros de Rose en señal de protección. Pero ella no requería protección, aunque agradeció que la sujetara, porque, si no, saltaría.

—No me lo quitarás —anunció Rose, caminando hacia Gavin. Howard había logrado que se calmara lo suficiente como para no arrojarse y destrozar, con las uñas afiladas, el perfecto rostro de Evan Payne.

Él fue más rápido y retrocedió con el bebé, alejándose cuanto pudo.

—¡Evan! —chilló, encolerizada—. ¡Es mi hijo!

—También es mío —alzó una ceja, insolente—. Desde este momento, se quedará conmigo, que es con quien debe estar, con su padre. Mi abogado se pondrá en contacto con el tuyo; no te preocupes, que no me gusta dejar un cabo suelto, nunca se sabe la clase de personas con las que uno se puede topar en su vida —añadió, con evidente desagrado.

—¿Por qué haces esto? —le recriminó ella, llorando en silencio—. ¡Jamás te he importado! ¡No te preocupaste de preguntarme si me había quedado embarazada, imbécil! ¡Y ahora, de repente, quieres ser padre?

—Tienes razón: tú nunca me has importado —declaró con tranquilidad, haciendo carantoñas a Gavin, que reía dichoso—, pero un bebé es otra historia. Hubiera preferido que la madre de mi hijo fuera otra, pero ¡qué se le va a hacer! —le sonrió con frialdad.

—¡Evan! —le regañó la señora Payne, pasmada, como el resto de los presentes.

—No, mamá —negó Evan con la cabeza—. Ella me lo ocultó. Y si lo he descubierto ha sido porque ha venido a la boda. Ni siquiera me dio una mísera oportunidad para reaccionar ante la noticia, sino que me juzgó sin conocerme. No ha querido que yo supiera de la existencia de mi hijo —frunció el ceño—. Vale, pues, como no se puede echar el tiempo atrás, ahora actuaré yo en consecuencia. Hoy es veinticuatro de diciembre, lo que significa que mi hijo tiene cuatro meses y veintidós días de vida; pues, de momento, será el tiempo que Gavin permanecerá conmigo. Después, solicitaré la custodia. Estoy en mi derecho. Y nadie —contempló a todos con fiereza— me lo arrebatará.

Rose no cabía en sí del infinito odio que sentía hacia ese hombre. ¿Cómo se le había ocurrido acostarse con él, y en un ascensor, y dos veces, y sin precaución? ¿Cómo?! ¿En qué momento se había vuelto tan loca como para sentirse atraída por Evan Payne, la peor persona que había conocido en sus veintisiete años, ese hombre que pretendía quitarle a su hijo? Entrecerró la mirada.

—Pues será por las malas —decretó ella, cruzándose de brazos—. Pero Gavin se viene conmigo, si no quieres que te denuncie por secuestro. Hasta que un juez no dictamine que la custodia es tuya, que eso está por ver, no verás a mi hijo —anduvo con rapidez hasta Evan, que se había paralizado por sus palabras, y tomó al bebé, que acunó con dulzura en su pecho—. Vámonos, James, aquí no tenemos nada más que hacer. Lo siento —agregó hacia la familia Payne, compungida por la terrible situación en la que se encontraban

—. Como comprenderéis, no permaneceré un segundo más en un sitio donde esté Evan.

Howard recogió la bolsa del niño y la cuna, que dobló al instante por la pericia adquirida en los meses de vida que tenía Gavin, y salieron al pasillo.

—Si no quieres que sea yo quien te denuncie por llevarte a mi hijo — advirtió Evan, colocándose frente a ellos, obstaculizándoles el camino—, Gavin se queda conmigo.

James avanzó, pero Rose lo detuvo, agarrándolo del brazo.

—Esperad. Hay una solución —anunció el señor Payne—. Evan, Rose, entrad en la habitación otra vez. Los demás, regresad a la fiesta.

Howard, a regañadientes, obedeció. Zahira se hizo cargo del bebé. La pareja de aludidos entró de nuevo en la estancia. Cassandra se les unió y cerró tras de sí. Los cuatro se miraban con extrema seriedad.

—Esto es complicado —dijo Brandon, entrelazando las manos en la espalda. Era robusto, de aspecto intimidante y casi tan alto como sus hijos. Su pelo, ligeramente encanecido, poseía las entradas propias de su edad, sesenta y nueve años. Ocupaba el cargo de director del *Boston Children's Hospital*, el mejor hospital infantil de Estados Unidos—. Hay un niño de por medio, a quien queréis marcar ya de por vida con acusaciones legales.

—¡Qué! —exclamaron los dos al unísono, incrédulos.

—No necesito saber las razones por las que se lo escondiste, ni tampoco por las que huiste de Boston, Rose, eso es algo entre vosotros. No obstante, Evan tiene razón en cuanto a que es su padre y desea ejercer su derecho como tal. Pero ninguno vais a meter abogados en esto —los miró largos segundos. Una fugaz sonrisa cruzó su semblante—. La solución es sencilla: os casaréis.

—¡¿QUÉ?! —repitieron a la par.

La señora Payne parpadeó, confusa.

—Viviréis juntos —continuó el señor Payne, inamovible en su decisión, sin variar su expresión autoritaria—. Lo haréis por el niño. Ahora, vosotros no importáis, quien importa es Gavin. Y por Gavin, os casaréis. Rose, terminarás tu relación con Howard y, Evan, se acabó tu vida mujeriega.

—No pienso casarme con ella —resopló Evan, rabioso.

Aquello la enfadó hasta límites insospechados, y le rebatió:

—¡Ni yo contigo, imbécil!

—¡No me insultes, joder!

—¡Te llamaré como me dé la gana! ¡Imbécil! —recalcó con excesivo énfasis, cruzándose de brazos. Se colocaron uno frente a otro, a escasos

centímetros, olvidándose por completo de los presentes—. Porque eso es lo que eres: un imbécil que me dejó tirada en un ascensor, un imbécil que ahora quiere quitarme a mi hijo, un imbécil que se acuesta con una mujer diferente cada noche y que así pretende ser un ejemplo para su hijo, un imbécil sin escrúpulos ni respeto que desea arrancar a un bebé de los brazos de su madre. ¡Imbécil, Evan, imbécil! —hizo aspavientos como una demente.

Él desorbitó los ojos, respirando como un animal a punto de embestir.

—¡Y tú eres una víbora! —la apuntó con el dedo índice, sin disminuir los gritos—. Yo seré un mujeriego, jamás he pretendido ser alguien que no soy y, mucho menos, he huido de mis responsabilidades, pero lo que tú hiciste fue peor: te entregaste a otro hombre embarazada de mí, ¿cómo llamas a eso, Moore? Dices que nació prematuro —arqueó las cejas—, ¿debería creérmelo? Al fin y al cabo, ¿no conociste a Howard en la gala, la misma noche que tú y yo nos acostamos en el jodido ascensor?

La respuesta de Rose no se hizo esperar... Lo abofeteó con tanta fuerza que le arañó la cara. Su mano hormigueó. Evan la contempló con una ira inhumana.

—La próxima vez que vuelvas a ponerme una mano encima —le advirtió él, con voz afilada, inclinándose, amenazante—, te quito al niño y me largo lejos, víbora —añadió el apelativo con repugnancia.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Cassandra, pálida.

Brandon masculló una serie de incoherencias.

Pero ella no se amilanó, sino que se irguió en su corta estatura.

—La próxima vez que vuelvas a dudar de Gavin, soy yo la que se larga lejos con el niño, imbécil —respondió en el mismo tono.

—Basta ya —gruñó el señor Payne, situándose entre ambos, obligándolos a alejarse unos metros—. ¿Tienes familia en Boston, Rose?

—No —agachó la cabeza—. Soy de Nueva York. Mis padres y mis hermanos viven allí, pero ellos no... —se detuvo y se giró, ofreciéndoles la espalda.

La señora Payne inhaló aire y se acercó a ella con una triste sonrisa, adivinando a la perfección que algo sucedía con la familia Moore. La tomó de las manos y se las apretó.

Era la mujer más elegante y caritativa que Rose había conocido. Su increíble belleza, de cabellos negros, ojos marrón grisáceo y admirable sonrisa, se igualaba a la simpatía y a la bondad de su corazón; una persona preciosa en el exterior y en el interior.

Cassandra tenía sesenta y tres años; había sido cirujana, pero, al nacer

Bastian, el mayor de los hermanos Payne, había renunciado a su puesto para cuidar de su hijo; después, fundó Payne & Co, una asociación sin ánimo de lucro que organizaba eventos para ayudar a niños y adultos sin techo a conseguir una casa, una escuela e, incluso, una familia. Zahira también formaba parte de la asociación.

—¿Cuáles eran tus planes, tesoro? —se interesó la señora Payne con dulzura—. Me refiero a antes de hoy.

—Pensaba hablar con Bastian para incorporarme al hospital —respondió Rose, tras tragar saliva para desvanecer el nudo de su garganta al recordar a su familia—. Aterrizamos ayer por la tarde. Me estoy quedando en el hotel de James. Dejé mi apartamento cuando decidí irme a Europa.

En realidad, James no era su novio, pero no tenía ninguna intención de aclararlo. Ni siquiera se habían besado una sola vez. Ella había sido sincera desde el principio. Howard sí estaba enamorado, se lo había dicho en repetidas ocasiones, incluso le había propuesto matrimonio cuando nació Gavin, pero ella se había negado.

El empresario hotelero había insistido en permanecer a su lado a pesar de no ser correspondido en sus sentimientos. Cuidaba de Gavin y de Rose con una paciencia y una devoción asombrosas. Siempre estaría agradecida a James, siempre. En los últimos diez meses se había convertido en su mejor amigo. No lo amaba, no podía, porque su corazón, por desgracia, ya poseía dueño, aunque este no se lo mereciera...

—Un hotel no es el lugar apropiado para cuidar de un bebé —farfulló Evan.

Rose se soltó de Cassandra y lo encaró.

—Y tú no eres el más idóneo para cuidar de un bebé —entrecerró la mirada.

—No empecemos, por favor —les regañó Brandon, levantando las manos para poner orden—. Evan tiene razón: un hotel no es el lugar apropiado para un bebé. Gavin necesita un hogar —sonrió—. El mejor sitio es el apartamento de Evan; después de todo, mi adorable nieta, Caty, vive allí.

—¡Ni hablar! —negaron los dos, a la vez.

—¡Es una magnífica idea! —convino la señora Payne, colgándose del brazo de su marido—. Allí están Zahira, tu mejor amiga —le dijo a Rose—, y Caty, la prima de Gavin. De ese modo —observó a Evan—, tú no tendrás que modificar mucho tus costumbres y tú —la miró a ella— dispondrás de una casa muy cerca de tu trabajo, cosa que te encantará, te hablo por propia

experiencia. Una madre solo desea estar al lado de su hijo. Además, viviendo allí Kaden y Bastian también, habrá jueces de paz que evitarán que os matéis. Y el piso es grande.

—Asunto arreglado —zanjó el señor Payne, feliz, sin atisbo de la seriedad mostrada antes—. Ahora, os dejaremos a solas para que discutáis cómo proceder, aunque yo creo que la boda ha de celebrarse en cuanto estén los papeles arreglados. Yo me encargaré de todo. La semana que viene es Nochevieja, lo mejor será que os caséis a principios de enero. Hablaré con mi amigo Albert, el sacerdote que ha casado a Bastian y Zahira.

—Pues vamos, cariño —le dijo la señora Payne, pletórica, caminando los dos hacia la puerta—. Albert está en la fiesta. No perdamos más tiempo —y se fueron.

Evan y Rose estaban boquiabiertos.

—No quiero casarme contigo —declaró ella, apretando la mandíbula.

—Yo tampoco, pero... —respiró hondo, echando hacia atrás la cabeza—. Mis padres tienen razón. Por el bien de Gavin, estoy dispuesto a sacrificarme.

—¿Sacrificarte a qué? —le exigió.

—Sacrificarme a vivir contigo —la contempló con rudeza—. Créeme, va a ser el mayor reto de mi vida.

¿Reto?

Moore sintió que su pecho se oprimía hasta casi asfixiarse. Las lágrimas amenazaron con explotar, pero tragó repetidas veces para no ridiculizarse en su presencia, ya había llorado delante de él y no tenía intención de repetir. En ese momento, se prometió a sí misma no derramar una sola lágrima más delante de Evan Payne.

—Tendrás que sacrificarte en más cosas —lo corrigió ella, señalándolo con el dedo—. Se terminaron tus relaciones esporádicas. Gavin no conocerá a ninguna de tus mujeres, como tampoco saldrás más en la prensa con otra que no sea yo. Eres famoso y no voy a permitir que mi hijo se vea perjudicado por tu falta de escrúpulos. Si de verdad deseas hacer esto por Gavin, tendrás que cambiar de raíz.

—¿Y tú? —inquirió él, mirándola con desdén—. Romperás tu relación con Howard y no volverás a verlo. Si yo no puedo ligar, tú tampoco, rubia.

—No me llames *rubia* —tembló como un volcán a punto de estallar.

Evan, entonces, sonrió.

¡Oh, Dios mío!

Ahí estaba *esa* sonrisa... una sonrisa que había extrañado los últimos diez

meses. Nadie sonreía como él...

¡Nadie, maldita sea!

Era una sonrisa impresionante, dibujada con picardía en unos labios ligeramente carnosos, perfilados con sensualidad, que incitaban a expresar la mayor fantasía femenina: perderse en esa boca, grande, en consonancia con el resto de su anatomía. Aunque no se había podido fijar en su cuerpo desnudo, enfundado en sus trajes sin corbata que utilizaba para trabajar, o en el chaqué que llevaba por la boda, se intuía que no poseía ningún defecto físico; su cuerpo parecía esculpido como si de un dios griego se tratase. Sus dos encuentros sexuales en uno de los elevadores del hotel *Liberty* habían sido tan rápidos y tan desesperados que no se habían quitado más ropa que la necesaria.

Su mandíbula cuadrada y fuerte, semejante a la de un guerrero, causaba estragos en las mujeres, al igual que su nariz recta y elegante —la misma que Cassandra— y su pelo muy corto. Recordaba que, en el Hospital General, se rumoreaba que si el jefe de Oncología no se dejaba crecer los cabellos era porque estorbaban a su brillante inteligencia. En efecto, era superdotado, aunque nunca le había escuchado alardear.

Evan Payne era atractivo hasta más allá del infinito. Sus ojos, del más puro chocolate, de un tono marrón tan oscuro que parecían casi negros, eran su mejor atributo; en su opinión, estaban rodeados por pestañas demasiado largas para un hombre, pero que incrementaban la profundidad y la divinidad de su mirada, esos ojos de chocolate negro eran extraordinarios...

Su más de metro noventa, sus estrechas caderas, sus largas y torneadas piernas y sus anchos hombros lo convertían en el único hombre capaz de fundir el hielo del mayor iceberg existente. Si él hubiera viajado en el *Titanic*, el transatlántico no se hubiera hundido, pensó ella.

Y su aroma... Olía a madera acuática, fresca, limpia, a placer en estado puro... Su fragancia suponía, en sí misma, un radar de virilidad, ninguna mujer estaba a salvo.

—Hay un par de cláusulas en nuestro acuerdo —anunció Evan, introduciendo las manos en los bolsillos del pantalón, que se ajustaba a sus músculos de forma arrebatadora.

—¿A qué te refieres? —arrugó la frente al instante. No se fiaba en absoluto de nada proveniente de ese infame conquistador, sobre todo porque, en ese momento, sonreía con suficiencia.

—En primer lugar, está mi familia. No puede salir demasiado salpicada por

el escándalo. La gente hablará, pero no deseo que critiquen a mis padres, a mis hermanos o a mis abuelos. La semana pasada, publicaron una foto en la prensa sensacionalista en la que estoy con una morena muy... apetecible —se humedeció los labios lentamente.

Rose desorbitó los ojos. Su corazón colapsó.

Por favor, Señor, ayúdame, ¡te lo suplico! ¡No me merezco esto!

Y él lo sabía. Evan conocía el efecto devastador que provocaba en la población femenina. Sin embargo, sus gestos eran naturales, distraídos, no estaban sujetos a un papel teatral. Él era así, un conquistador nato. La seducción constituía una parte esencial tanto de su aspecto como de su personalidad.

—Lo que quiero decir es que nos casaremos en dos semanas —continuó Evan—. No voy a esconderme en relación a Gavin. No puedo evitar que me fotografíen con el niño si paseo con él por la calle, como tengo toda la intención de hacer, y que los periodistas comenten sobre mi vida privada —inhaló aire y lo expulsó de forma sonora—. Esto significa que la gente adivinará las razones por las cuales contraemos matrimonio. No obstante —levantó una mano hacia el techo—, cambiaremos su opinión; de ese modo, a mi familia no le salpicará tanto el escándalo. Al fin y al cabo, esto nos lo hemos buscado tú y yo, ellos solo desean lo mejor para Gavin y, aunque no te lo creas, yo, también —sonrió sin humor un instante.

—No pienso fingir que estoy enamorada de ti, ¡ni loca! ¡Vamos, lo que me faltaba! —desvió la mirada y frunció los labios.

Le soltaría una letanía de insultos y, aun así, no se quedaría satisfecha, porque la enervaba como nadie.

Con lo tranquila que he estado en Europa...

—Te has puesto colorada —señaló él, divertido, ladeando la cabeza, sin perderla de vista.

—¡Oh! —exclamó, en efecto acalorada—. ¡Yo no me he puesto colorada, imbécil! —mover los brazos como una posesa.

Evan estalló en carcajadas y le contestó:

—Lo has hecho, pero, no te preocupes, será nuestro secreto —le guiñó un ojo.

Rose emitió un gritito demasiado agudo como respuesta. Respiró hondo repetidas veces para serenarse, caminando sin rumbo por la estancia.

—¿Hay más cláusulas? —quiso saber ella.

—Solo una más: yo.

—¿Qué diantres significa eso? —el enfado se acrecentaba por segundos.

—Verás —avanzó, despacio y pausado—, si no quieres que las mujeres se lancen a mi cuello, porque lo hacen, te lo aseguro —sus ojos chispearon—, tendrás que marcar territorio.

—¿Qué? —no comprendió sus palabras.

—Ya sabes —se encogió de hombros, despreocupado—, besarme, abrazarme, ser cariñosa de cara a la galería, parecer enamorada... Eso es marcar territorio. Y, a lo mejor, necesitarás espantarlas también.

—Debería salir de la habitación —le dijo ella en un suspiro teatrero—. Tu ego es demasiado grande, no cabemos los tres.

Evan sonrió con sinceridad. Rose deseó imitarlo, pero no bajó la guardia.

—¿Y cómo explicaremos mi ausencia del hospital estos diez meses? —quiso saber ella, cruzándose de brazos en actitud defensiva—. Algunos compañeros de trabajo también influyen en esto, porque se mueven en tu círculo.

—*Nuestro* círculo —la corrigió—, ahora formas parte de él. Y en el trabajo será igual: actuaremos como una pareja feliz en presencia de cualquiera que no sea mi familia —permaneció unos segundos pensativo, golpeándose el mentón con los dedos—. Se me ocurre que tu viaje a Europa pueda responder a que tú y yo discutimos porque yo no quería nada contigo, pero que, al irte, te eché tanto de menos que te pedí que regresaras porque me di cuenta de que estoy enamorado de ti.

El tiempo se suspendió. Ambos contuvieron el aliento. El corazón de Rose se precipitó al cielo. Los dos, avergonzados, se aclararon la voz y se dirigieron a la puerta.

—Necesito hablar con James ahora —le pidió ella.

—Le diré que suba —asintió y se marchó.

—Ay, Dios mío... —emitió, en un hilo de voz, cuando se quedó sola.

Se apoyó en la pared, respirando acelerada. Su cuerpo vibraba con evidente nerviosismo. Se frotó las sudorosas manos en la seda del vestido. Había aceptado casarse con Evan Payne. Estaba viviendo una pesadilla... Había sido un completo error volver a Boston.

—¿Rose?

La voz de Howard la rescató de la locura en la que estaba sumida. Se lanzó a su cuello, recostando la cabeza en su hombro. James la abrazó de inmediato. Cualquiera se sentiría más que encantada de poseer el enternecedor corazón de James Howard. Era un hombre admirable: fiel, honesto, cariñoso, sincero,

responsable, serio cuando la ocasión lo requería, maduro, leal, un amigo indiscutible... Además, era muy guapo. La mayoría de las mujeres se giraban al cruzarse con él, pero ella no lo amaba. Y lo lamentó mucho, porque hubiese sido un padre maravilloso para su hijo.

Se separó unos pasos y procedió a relatarle lo sucedido sin omitir ningún detalle. Howard la escuchó con atención, cada instante arrugando más el ceño, hasta que ella terminó de hablar. Él sonrió con una inmensa tristeza en sus bonitos ojos azules.

—Te lo dije muchas veces, Rose, Evan merecía saberlo. Tiene razón, tiene derechos sobre Gavin y tú no actuaste bien al huir de él. Lo sabes tú, lo sé yo y, ahora, lo sabe la familia Payne al completo, incluido Evan —inhaló una gran bocanada de aire—. Me duele mucho alejarme de Gavin y de ti, Rose, no te imaginas cuánto me duele... —se le enrojeció la voz. Se acercó y le tomó el rostro entre las manos. La besó en la frente—. Pero entiendo a Evan. Jamás olvidaré estos diez meses, mi pequeña flor —sonrió.

—James... —se sorbió la nariz—. No sé qué voy a hacer sin ti... —agachó la cabeza y lloró en silencio. Le partía el alma separarse de él—. Siento tanto no poder corresponderte... Yo...

—No, Rose —le alzó la barbilla con cuidado—. Tu corazón ya tenía nombre cuando te conocí. Y no me arrepiento de nada —le rozó la cara con los nudillos—. Aunque no podamos vernos, ni hablar, nunca dudes de que siempre estaré para ti, siempre. Por ti, sería capaz de hacer cualquier cosa.

Y su mejor amigo se fue sin mirar atrás.

Capítulo 2

Evan se había escondido en la habitación contigua. Rose y James habían dejado la puerta entornada, por lo que espiarles le resultó muy sencillo. Y se había quedado estupefacto al escuchar a Howard decir que ella estaba enamorada de otro.

¿De quién, joder?

Salió al pasillo justo cuando ella hacía lo mismo. Su reciente prometida le dedicó la peor de las miradas, le ofreció la espalda, altanera, y se perdió de vista por las escaleras.

La erección de Evan tensó sus pantalones por cuarta vez ese día. Admiró la marcha de aquella mujer. Una mujer no, se corrigió, una condenada víbora de cuerpo repleto de curvas que él estaría más que encantado de recorrer con las manos y con la boca... Y su fantástico trasero respingón, contoneándose al caminar...

¡Ya vale!

Moore no era una de las modelos a las que estaba acostumbrado. Era más bajita y mucho más formada que las flacuchas a las que prestaba atención. Eso no significaba que aquella joven rubia fuese menos que ellas, todo lo contrario. Por desgracia, ese cuerpo de talla cuarenta y dos lo excitaba como ningún otro. Jamás había deseado tanto a alguien como a Rose Moore. Jamás.

¡Suficiente, joder!

Su autocontrol se desvanecía cuando se trataba de ella.

Regresó a la fiesta. Bastian y Kaden acudieron a su encuentro. Habían dispuesto una barra a la derecha donde únicamente servían *gin-tonic* de todas las clases. Los tres hermanos solicitaron tres de Hendricks a uno de los camareros.

—Gavin es genial —le obsequió Kad, con su sonrisa tranquilizadora y revolviéndose aún más sus cabellos, que estaban siempre en persistente desbarajuste.

—Es igualito que Rose —convino Bas, aceptando su copa—. Papá quiere anunciar vuestro compromiso hoy —le informó, antes de dar un sorbo al *gin-tonic*—. Ya ha hablado con Albert.

—No le va a hacer ninguna gracia a Moore —gruñó Evan, pronosticando una nueva tormenta.

—¿Y a ti? —se interesó Kaden, de pronto, serio—. Es evidente que ninguno de los dos quiere casarse, pero, ya que lo vais a hacer, deberías disimular el desagrado que te provoca casarte con ella.

—Increíble... —murmuró él, incrédulo, inclinándose sobre la barra—. ¿Te pones de su parte?

—No, Evan, no estoy de parte de nadie —negó su hermano pequeño con la cabeza—. No está bien lo que hizo Rose, pero tampoco la juzgues. Te comportaste como un auténtico cabrón al dejarla tirada en el ascensor, después de echarle un polvo, ¿te parece eso normal? —entrecerró sus ojos—. ¿Se lo haces a todas o solo a ella? —arqueó las cejas—. Porque no he escuchado que ninguna se queje, excepto Rose. ¿Por qué será?

—No te metas, Kaden, porque no tienes ni puta idea de nada —sentenció Evan, rechinando los dientes.

—¿De qué no tengo ni puta idea? —lo rebatió—, ¿de que estás coladito por Rose pero eres tan gilipollas que prefieres tratarla mal, por miedo a que te rompa el corazón?, ¿de eso no tengo ni puta idea? ¡Lo ve hasta un ciego, tío! Otra cosa es que tu orgullo se resienta porque es la única mujer que no se rinde a tus pies.

¿A qué venía su actitud? ¿Acaso su hermano estaba enamorado de la enfermera Moore? ¿Y ella?, ¿sería Kad el hombre al que amaba?

¡Joder! ¡El ciego soy yo! ¿Cómo no me he dado cuenta de algo tan obvio?
Apretó la copa en la mano, conteniéndose.

—¿Es que no te has fijado en Rose ni siquiera un poco? —continuó Kad, cada segundo más furioso, tanto como Evan—. Sus ojos se apagaron mucho antes de volar a Europa y fue por tu culpa. Ahora, viviremos todos en el apartamento y te diré algo, Evan, tómatelo como quieras —lo señaló con el dedo—: no voy a permitir que le faltes más de lo que le has faltado ya. Rose es una persona maravillosa y tú, un cabrón que no sabe valorar lo que tiene al lado. No te la mereces.

—Suficiente, Kaden —zanjó Bastian, que frunció el ceño y se situó entre los dos por temor a que se abalanzaran el uno sobre el otro—. Despéjate un poco.

El pequeño de los Payne dirigió los pasos a Rose, en el centro del gran salón, que bailaba con Zahira. Ambas sonrieron a Kad.

Evan y Kaden habían discutido mucho desde pequeños; de hecho, nunca estaban de acuerdo en nada, pero jamás se habían pegado, ni siquiera una colleja. Sin embargo, tampoco se habían enfadado tanto entre ellos como en ese momento.

—¿Tú también piensas igual que él?

—Sí —contestó Bas sin dudar.

—No estoy colgado por ella, Bastian —dio un largo trago a la bebida, saboreando agradecido el ardor y la amargura del *gin-tonic*—. Y que me lo haya escondido... —meneó la cabeza—. Nunca me hubiera desentendido del bebé, joder, ¡nunca! —agregó con fiereza.

—Eso ella no lo sabe porque no te conoce, Evan, porque tú no te dejas conocer —se corrigió adrede, observándolo con fijeza—. Me dijiste, esa noche, cuando llegaste a casa después de la gala, que había sido el mejor polvo de tu vida y que no se iba a repetir. A la mañana siguiente, te aislaste en Los Hamptons durante una semana y volviste con la misma chispa apagada que tiene Rose en sus ojos desde entonces, una chispa que continúa en los tuyos —sonrió sin humor—. No te engañes a ti mismo, porque lo único que vas a conseguir es hacerla infeliz, lo que se traduce en ser tú un infeliz.

—Me ocultó la existencia de Gavin —musitó, tremendamente dolido—. Soy padre... No tenía ningún derecho a alejarme sin darme una oportunidad.

—Claro que no, Evan, pero Kaden tiene razón. Pregúntate por qué te lo ocultó. La culpa de esta situación es de los dos, no solo de Rose, pero supongo que eso es algo que deberás descubrir por ti mismo —le palmeó la espalda y se fue.

Pues claro que estaba loco por ella, más que eso... la amaba de una forma que lo desbordaba... Sin embargo, era un secreto, y los secretos jamás se desvelaban. No lo reconocería en voz alta frente a nadie. Y tras los últimos acontecimientos, el amor que sentía hacia Rose Moore se había congelado.

Inefable, sí, un amor inefable que había detonado en un miedo atroz, que, a su vez, lo había obligado a abandonarla en el ascensor del hotel *Liberty* un año y diecisiete días atrás. Fue probar sus labios y desear salir corriendo en dirección opuesta, pero le había resultado imposible despegarse de su apetecible boca. Se prometió besarla unos segundos y ya, pero los besos cedieron a unas torpes caricias y esas caricias, a una pasión desbocada. Había detenido el elevador, la había empujado contra uno de los espejos que

formaban las paredes del cubículo, le había subido la falda del vestido con prisas, la había alzado en vilo, le había roto las medias y las braguitas, se había desabrochado el pantalón del esmoquin, se había bajado los calzoncillos y la había poseído con un ardor tan violento y poderoso que, por un instante, se habían paralizado, pero eso solo fue el principio de la media hora que habían estado encerrados en el ascensor...

No obstante, el pánico se había evaporado al descubrir que Gavin era su hijo; ahora, el rencor y el resentimiento imperaban en su interior, y un bloque de hielo protegía su corazón. Y se lo debía a ella. Eso sí, no permanecería quieto, sino que se vengaría, aunque él corriese el riesgo de tropezar por el camino, de caerse e, incluso, de perderse a sí mismo. Estaba decidido, Moore pagaría las consecuencias de haberse callado la existencia del niño. Eso no se hacía, daban igual las circunstancias. Era un mujeriego, de acuerdo, pero ella era una víbora.

Una víbora... ¡Y rubia!

—Atención, por favor —dijo Brandon, tintineando la copa de champán para silenciar a los invitados.

Evan apuró el *gin- tonic* y se mezcló con los presentes hasta colocarse detrás de Rose, sin tocarla. El olor a mandarina le nubló la vista. Se mordió la lengua para no jadear por el delicioso aroma. Contempló sus curvas. Error garrafal... Se excitó por enésima vez...

¡Céntrate, joder! ¡Venganza, venganza, venganza, venganza!

—Hoy, es un día muy especial —anunció el señor Payne, abrazando a su esposa por los hombros—. Hemos ampliado la familia con Zahira, nuestra nueva hija. Pero no solo por eso esta ocasión permanecerá en nuestros recuerdos más felices —sonrió, dichoso—. Tenemos el placer de comunicarles que otro de nuestros hijos se casará el próximo cuatro de enero. La semana que viene, el día treinta y uno, os esperamos aquí para festejar el compromiso de Evan y Rose, los padres de nuestro nieto Gavin.

Los presentes ahogaron exclamaciones de asombro y se oyó algún que otro lamento femenino.

Un momento... ¿Fiesta de compromiso? ¿No les bastaba con la boda, joder?

Moore se sobresaltó y, como él estaba apenas a un par de centímetros de distancia, se chocó con su pecho. La acogió de inmediato entre sus brazos en un acto reflejo. Ella giró el rostro y lo miró, asustada. Evan se movió, entrelazó una mano con la suya y la arrastró hacia sus padres. Los cuatro se

abrazaron. Rose actuaba como una autómatas.

—Relájate, rubia —le susurró él al oído.

Ella, entonces, despertó del trance al escuchar el apodo y sonrió. Evan sufrió un pinchazo en las entrañas.

¡Mierda! ¿Por qué tiene que ser tan guapa? Pues porque solo las peores son las más hermosas, y esta rubia se lleva la medalla de oro...

La observó, furioso. No disimuló el enfado, a pesar de que los invitados estallaron en aplausos. Y, sin pensar, la rodeó por las caderas, cerró los ojos y la besó.

¡Oh, Señor! Piedad, por favor...

Los dos gimieron en cuanto sus bocas se unieron... Pero no hubo ternura, sino hostilidad. Lo que pretendía ser una escena teatral, para convencer a las amistades de su familia de que los recién prometidos se casarían enamorados, se convirtió en una batalla de voluntades.

Ella se alzó de puntillas, tiró de las solapas de su chaqué con fuerza, atrayéndolo a su provocativo cuerpo, abrió los labios y le permitió total acceso a su lengua. Él no esperó un solo segundo... arrasó. La besó sin censura, mientras le estrujaba el vestido en la espalda y le clavaba los dedos en la piel, a través de la seda, y la erección, en su estómago. Estaba tan excitado que no pudo, ni quiso, contenerse. Recorrió cada rincón de su boca con un desenfreno desmedido, el mismo desenfreno que Rose le demostraba con sus dulces labios, porque esa mujer era muy, pero que muy, dulce... toda una tentación. Fue completamente inútil parar o variar el ritmo.

Esa manera de besar... Ninguna mujer lo había besado así: inflamada por un deseo arrollador. Se había acostado con muchas, había acariciado a muchas, había besado a muchas, pero... Para ser sinceros, siempre había experimentado cierto vacío en sus relaciones esporádicas, incluyeran sexo o no. Ellas se comportaban del mismo modo: esperaban con los brazos y las piernas abiertos a que Evan hiciese lo que quisiese. En su opinión, eso era aburrido, una sumisión excesiva.

Quizás, no se acostaban con él como hombre, pensó, sino con Evan Payne, uno de los solteros más codiciados de la alta sociedad de Boston. Jamás se había planteado tal idea hasta que había probado a Moore el año anterior, como le estaba sucediendo en ese instante. A lo mejor, ese vacío revelaba la clase de féminas a las que atraía: interesadas solo en su poder económico y en su prestigio social, nada más.

Se consideraba un hombre bastante autoritario en cuestiones carnales, pero

nunca había sentido tal plenitud como al besar a Rose, una mujer que lo desafiaba, con los labios y con la lengua, a alcanzar el mayor estado de placer; que no permanecía quieta, sino que luchaba como si necesitase explorar su desconocido fuego interior.

Desconocido... Él era un maestro en la cama y sabía que ella era inexperta, en todos los sentidos; besaba como una divinidad venida del infierno y, además, su actitud licenciosa respondía a la de una mujer poco versada en fiestas como aquella, porque ninguna se dejaría llevar por las emociones en un gran salón atestado de gente, estarían preocupadas de no destrozarse el pintalabios. Pero a Rose le daba igual el pintalabios... Estaba gimiendo y lo estaba correspondiendo con avaricia, con fogosidad, con pasión... como si un beso no fuera suficiente para calmar su candente anhelo por Evan... Se estaba apretando contra él... Lo deseaba, era obvio y, maldita fuera... él, también.

Y aquello era demasiado real, igual que esas curvas tan femeninas, que se retorcían entre sus brazos y que lo tentaban a arrancarle la ropa y a comérsela entera.

¡No, no y no! Una víbora con fachada de ángel, una belleza fría y diabólica... Me está provocando aposta, joder. ¡Céntrate, Evan!

Y Evan ralentizó el beso, aflojó el agarre, se despegó de su boca y abrió los ojos, sintiendo que el aire volvía a sus pulmones, aunque respiraba frenéticamente. Ambos lo hacían. Se contemplaban con los labios enrojecidos, húmedos e hinchados. Las pupilas de Rose estaban dilatadas por la lujuria. Y su boca... Su exquisita boca imploraba a gritos que se apoderase de ella otra vez... Y Evan se inclinó de nuevo, pero una mano se posó en su hombro, devolviéndolo al presente con brusquedad. Parpadeó hasta enfocar la visión y se irguió.

—Si eso para vosotros es fingir —le susurró su padre al oído—, yo soy carpintero, hijo —soltó una carcajada y se mezcló con los invitados.

¿Carpintero? Pero si mi padre no sabe distinguir entre un clavo y un martillo...

—Es tarde —dijo Moore, a su lado—. Le toca el biberón a Gavin.

Estaba sonrojada y muy nerviosa, meciéndose sobre sus pies y tirándose de la oreja izquierda, aunque el gesto quedase oculto casi por completo gracias a sus cabellos serpentinos y blanquecinos que ondeaban libres en torno a su delicado rostro.

Evan se controló con un esfuerzo sobrehumano para no lanzarse de nuevo hacia ella. Se aclaró la voz:

—Deberíamos decidir qué hacer a partir de ahora.

—Lo mejor será que me quede en el hotel hasta la boda —no lo miraba—. Quería ir mañana a comprar lo necesario para el bebé. Lo único que he traído es el carrito, la silla del coche y una cuna de viaje. Gavin necesita un cambiador, una cuna fija, un cuco y algunas cosas más.

—Te quedarás conmigo desde esta noche —gruñó Evan. No soportaba la idea de que Rose estuviera cerca de Howard—. Dormiré en el sofá, puedes estar tranquila. Y te acompañaré de tiendas. Tenemos muchas cosas que hablar sobre el niño —asintió, pensativo—. Y mucho que organizar. Nos vamos ya. Habrá que pasar por el hotel para recoger tu equipaje y el de Gavin.

Ella asintió y buscó a Zahira y a Bastian para despedirse. Evan caminó hacia sus padres.

—Nos vamos al hotel a por sus maletas —les informó.

—Coge el Rolls Royce o el todoterreno de mamá, como prefieras —le aconsejó su padre, sonriendo—. Creo que vas a tener que aparcar por un tiempo tu deportivo, hijo.

En ese momento, se percató de la certeza de las palabras de Brandon. Evan tenía un precioso Aston Martin Vanquish, de color gris marengo metalizado. Suspiró e hizo una mueca.

—No te preocupes, cariño —le aseguró Cassandra, también sonriendo—. Lo puedes seguir utilizando siempre que no lleves al bebé. Papá y yo estaremos encantados de hacer de niños —le guiñó un ojo—. Rose y tú podéis disfrutarlo con la tranquilidad de que cuidaremos de Gavin, hacer escapaditas románticas, ya me entiendes —amplió la sonrisa.

—¡Mamá! —se separó de golpe, notando las mejillas arder de la vergüenza.

La expresión de su madre se transformó en preocupación. Sus ojos grisáceos penetraron en su interior, angustiándolo. Odiaba cuando lo observaba de ese modo, cuando leía su mente y adivinaba su estado, sus más profundas emociones.

—Evan, cielo —le acarició el rostro—, no te niegues a algo maravilloso solo por miedo o por orgullo.

Cassandra era la única persona que conocía de verdad a su hijo mediano, en la que él más confiaba desde que era pequeño y se colgaba de sus piernas como un koala para no alejarse un solo centímetro de ella. No hablaba con ella a diario, como hacía Bastian, pero tenían un vínculo especial. La señora Payne adoraba a sus tres hijos, pero el mediano era su debilidad, sin importar el

tiempo que transcurriese sin hablar o verse.

Evan fue a decirles adiós a Bas y a su cuñada. Habían retrasado la luna de miel porque deseaban hacer el viaje con Caty, y apenas contaba con poco más de tres meses de vida.

—¿Qué haréis vosotros? —se interesó Zahira, abrazada a su marido, que la sostenía con un indiscutible gesto protector—. ¿Os iréis de luna de miel?

—No sé, peque —le contestó Evan—. Hay que discutir muchas cosas.

Aquella pelirroja siempre sonreía, siempre ayudaba a todo el mundo, siempre sabía qué decir y qué hacer para animar a alguien. Él entendía a la perfección la razón por la que su hermano se había enamorado de ella; los que la conocían la amaban al instante.

—Actuaremos delante de los demás para que la gente no sospeche, ni murmure —les explicó Evan—. Quizás, si tenemos que irnos de luna de miel para acallar las voces. Lo último que quiero es que os salpique algo por mi culpa.

—Eso no es necesario, Evan —señaló Bas, enfadado—. Somos tu familia. Nos importa una mierda lo que opinen los demás. Siempre te apoyaremos en todo.

—Esa boca, doctor Payne —lo regañó su mujer.

La pareja se besó con dulzura, entre risas. Él estalló en carcajadas. Le encantaba ver a su hermano mayor, al *Pa*, tan recto, tan ordenado, tan gris y tan formal, derretirse por el desastre, el caos y los colorines de esa mujer, porque cuando se trataba de Zahira, Bastian se desorientaba.

—¿Lo consideras un error, Evan? —le preguntó su cuñada, sonriendo y acalorada por el beso.

—No —contestó sin dudar—. Solo he sostenido a Gavin cinco minutos y te aseguro que ha sido suficiente —su mirada se perdió en el infinito, recordando la extraña sensación de cercanía que había experimentado con el bebé, sin saber que ese niño era suyo.

—¿Sabes? Me alegro de que viváis en casa. Caty tendrá a su primo y yo, a Rose. Y cuando os queráis matar, Kaden os lo impedirá y Bastian os obligará a firmar la paz —se rio, divertida.

Evan gruñó.

—¿Qué ocurre? —se inquietó su amiga, tomándolo de la mano.

—Nada, bruja —le respondió Bas, con una sonrisa de satisfacción—, que ahora los papeles han cambiado, ahora es Evan el celoso que tiene que soportar cómo su hermano pequeño se toma confianzas con su novia.

El aludido volvió a gruñir, por enésima vez aquel día, y se dirigió al *hall*. Le pidió a Cole, el mayordomo, que le entregara las llaves del todoterreno de su madre.

El hombre, uniformado en su característico traje y corbata negros y camisa blanca, le sonrió con cariño.

—Aquí tiene, señorito —le tendió el llavero de la marca Volvo—. Enhorabuena por su hijo y por su prometida.

Evan palmeó la espalda del mayordomo y alzó los ojos hacia las escaleras. Moore, cargada de bolsas y enseres, junto con el bebé, dormido en sus brazos, bajaba los peldaños con cuidado de no tropezar. Él corrió a su lado, de inmediato.

—Dame las cosas. Tú encárgate solo de Gavin.

—Gracias —pronunció ella, con una tímida sonrisa.

Él ignoró el regocijo de su estómago al ver su sonrisa y se colgó de los hombros el equipaje del niño, incluida la cuna de viaje, perfectamente doblada y guardada en un plástico blanco. Rose cubrió al bebé con una mantita fina, azul celeste, y lo siguió hasta el garaje, donde estaba la silla del coche de Gavin en una esquina.

La nueva vida de Evan Payne acababa de empezar.

Describir el apartamento de los hermanos Payne como grande era quedarse corto, muy corto... porque era inmenso.

En realidad, Rose había estado varias veces en esa casa, cuando Zahira se había mudado allí, a raíz del accidente que sufrió por culpa de una malvada mujer, Georgia Graham, mujer que estaba en la cárcel cumpliendo condena. Hira se había fisurado una costilla y fracturado la tibia. Bastian había adecuado su habitación con todo lo indispensable para la rehabilitación. Y, desde entonces, Zahira no se había marchado.

Recordaba el impresionante ático, que ocupaba la última planta, la número catorce, del lujoso edificio, construido en uno de los mejores barrios de Boston, *Beacon Hill*. Parecían varios pisos individuales en uno solo, con tres estancias comunitarias: la cocina, situada a la izquierda de la puerta principal; el salón minimalista en tonos blancos y negros, ubicado en el centro de la vivienda, y la terraza, al fondo, techada y cubierta para resguardarse del frío y de las lluvias.

Un cachorro precioso y grande de Terranova, llamado *Bas Payne*, el perro que su amiga le había regalado a su ya marido por su cumpleaños, el pasado marzo, justo el mismo día que Rose había volado a Europa con Howard, apoyó las patas delanteras en la cristalera cerrada de la terraza y ladró, moviendo el rabo.

—Es muy bueno con los niños —le indicó Evan, sonriendo al animal—. A Katy la trata como si fuera su cría, no se despega de la niña —se rio con suavidad.

Ella quiso saludar al animal, pero continuaba impactada por el lugar, se sentía incapaz de moverse.

La cocina estaba separada del salón por un pasillo que atravesaba el ático de un extremo a otro; a la derecha, contó dos puertas, bien alejadas entre sí y enfrentadas, y, a la izquierda, solo había una, al fondo: la habitación de los recién casados. El apartamento era diáfano, de altos techos y muy masculino, a juzgar por la decoración simple, bicolor, aunque estaba perfectamente ordenado, con estilo. Todo era de piel y de formas rectas, moderno. Era refinado, elegante y fascinante. Exudaba poder y dinero por cada palmo de pared o centímetro de mueble.

Ella provenía de una familia de clase alta de Nueva York, sabía lo que era tener mucho dinero... hasta que cumplió dieciocho años y se mudó a Boston, donde tuvo que aprender a vivir de manera independiente, completamente sola y sin un centavo en los bolsillos. Pero eso era otra historia que no deseaba recordar. Todavía dolía mucho, demasiado... Llevaba nueve años sin hablar con su familia, un tiempo que no era suficiente para haber olvidado por qué se marchó de Nueva York.

—La habitación de la izquierda es la mía —anunció él, señalando con la cabeza la puerta en cuestión, en la parte derecha del pasillo—. La otra es de Kaden.

Moore se dirigió a la habitación de Evan y prendió la luz. Se petrificó al instante. Se trataba de otro apartamento aparte... Las paredes eran lisas y claras. Era de noche, pero estaba segura de que a la mañana siguiente podría comprobar la luminosidad que aportaban a la estancia.

—Esta casa es increíble... —murmuró ella, intimidada—. ¿Las tres habitaciones son así de grandes?

—No —la rodeó y depositó el abundante equipaje en el suelo—. La de Kaden es la más pequeña. La de Bas es la más grande, aunque nunca la decoró, salvo con una cama y las mesitas de noche, hasta que Zahira se mudó

aquí —la miró—. Como tenía que hacer la rehabilitación por la fractura de la pierna, mi hermano instaló un saloncito para que ella se sintiera cómoda, que es donde ahora está la cuna del bebé. Hay espacio más que de sobra, pero ellos odian recargarse de muebles, ya los conoces —se encogió de hombros.

Rose asintió y caminó hacia la gigantesca cama de matrimonio, de escasa altura, estilo oriental; era sensual, demostrando notoriamente a quién pertenecía. Se apoyaba en el centro de la pared de la izquierda, en la que descansaba el cabecero acolchado de piel blanca, tan ancho como la estructura. Las mesitas de noche formaban parte del mismo, eran dos baldas, una a cada lado. Y encima de ellas, estaban clavadas las dos lamparitas con pantalla blanca.

Era una de las tres partes en que se dividía la habitación, digna de una revista de decoración. Todos los muebles de la estancia eran de madera blanca desgastada, con algunas pinceladas de color beis. Las sábanas eran de seda azul oscura y se dejaban entrever bajo los grandes y mullidos almohadones, que alternaban entre el azul y el blanco y poblaban media cama. Recostó al bebé encima del edredón nórdico, doblado en la otra mitad, también azul.

—Si quieres —le dijo Evan, pasándose la mano por su corto cabello—, cuido del niño mientras tú te organizas.

—Si no te importa, te lo agradecería mucho.

Él cogió a Gavin con cuidado y clara experiencia para mecerlo entre sus fuertes brazos. Le sentaba bien un bebé...

¡Oh, Dios mío! ¡Céntrate!

Rose arrugó la frente, desechando cualquier pensamiento positivo hacia ese hombre, un mujeriego sin escrúpulos, y procedió a colocar toda su vida embalada en siete maletas y ocho bolsas de piel, sin contar con el equipaje del niño.

En la zona de la ventana, simulando una media luna, dispuesta a modo de cristalera en la mitad superior de la pared del fondo, perpendicular a la cama y cubierta por un estor muy claro, casi blanco, había un largo baúl a medida, un mueble de extremo a extremo en el que descansaban numerosos cojines de diversos tamaños; azules, por supuesto.

Anduvo hacia ese espacio. Frente al baúl, existía, sobre una alfombra de pelo, una mesa baja y pequeña con un libro abierto bocabajo. Una lámpara de pie, a modo de rectángulo estrecho y alto, de tela beis, encendida como el resto de la iluminación del dormitorio, emitía una luz amarillenta y acogedora. El azul era un color frío, pero los tonos claros contrarrestaban esa frialdad. Se

agachó y acarició la inesperada suavidad de la alfombra. Sí, pensó convencida, era el lugar perfecto para desconectar del ajeteo y tumbarse sobre los almohadones para disfrutar de una buena lectura.

Paseó despacio hacia la derecha, donde se hallaba el tercer y último apartado de la habitación. Se situó a los pies del lecho, contemplando esa zona, y sonrió, maravillada, sin poder evitarlo.

Había una puerta cerrada a la izquierda que, dedujo, sería el baño, seguida por un saloncito, paralelo a la cama. El saloncito estaba formado por un sofá, inspirado en los *tú y yo* del siglo anterior, pero adaptado a la vida actual; grande, en consonancia con la estancia, de cuatro plazas, blanco, en forma de U invertida y redondeada, con los lados en *chaise longue* y repleto de cojines azules. Una alfombra mullida lo separaba del lecho, también de pelo, pero, en esa ocasión, azul.

Había otra puerta a continuación del saloncito, pero caminó primero hacia la que estaba pegada a la ventana.

—¡Madre mía! —desorbitó los ojos.

El baño. Era de un lujo exquisito. A la izquierda, se hallaba la ventana, sin cortina, desde la que se apreciaban las vistas nocturnas del parque más antiguo de Boston, el *Boston Common*. Debajo de la misma, se encontraba la inmensa y circular bañera de hidromasaje, dentro de una estructura de mármol italiano, en un gris tan claro que parecía blanco. Al fondo, dos grandes lavabos, también de mármol, con un espejo ovalado encima; junto a ellos, se emplazaba el excusado, y, en la pared de la derecha, había una ducha con mampara serigrafiada y una estantería ancha, de madera, a modo de cuadrados en la mitad superior, con cajones de tela, y, en la inferior, baldas, donde se habían dispuesto toallas azul oscuro, ordenadas por tamaños.

Detrás de la puerta, había cuatro ganchos de acero clavados; de uno, colgaba un albornoz azul marino; dos estaban vacíos, y un cuarto gancho contenía un pantalón de seda, como las sábanas: el pijama.

¿Y la camiseta? ¡¿Duerme medio desnudo?!

Su cuerpo deliró de fiebre al imaginárselo...

¡Ay, Señor!

Rose se acercó y aspiró la seductora fragancia de Evan. Gimió, sin poder evitarlo. Ese aroma, definitivamente, era un peligro

Ten clemencia conmigo, Señor...

Se dirigió a la otra puerta dentro del dormitorio, descubriendo... el vestidor.

Bueno... Esto no es un vestidor... ¡Es un sueño, por Dios bendito!

Moore hubiera chillado de pura felicidad, pero optó por dar brincos, en silencio.

Existía una ventana cuadrada al fondo y, debajo de la misma, estaba el zapatero abierto.

¿Cuántos zapatos usa este hombre? ¡Hay un montón!

Había muebles bajos sin puertas y baldas con perchas a la derecha. Todas las camisas eran blancas y el sinfín de trajes, en distintas tonalidades de azul oscuro. Las corbatas contaban con un apartado especial, estaban dobladas sobre cajones abiertos, acolchados en terciopelo beis. A la izquierda, al lado de la cómoda, había un espacio vacío; pensó que ese sería el lugar idóneo para un tocador.

Con una dicha renovada, comenzó a deshacer el equipaje. Se quitó los tacones para estar más cómoda y no ensuciar nada. Lo primero que hizo fue sacar la cuna de viaje de la funda y montarla; después, colocó las sábanas y la manta, junto con el oso de peluche azul celeste que tenía cosido el nombre de Gavin en una de las patas. Odiaba esa cuna porque el colchón era muy fino, pero James le había aconsejado comprarla antes de volar de regreso a Estados Unidos, hacía dos días, para utilizarla hasta que comprase una fija. Se suponía que lo haría con Howard, no con Evan...

Suspiró entristecida, sentada sobre sus talones en la alfombra. Y lloró en silencio. Sacó el móvil del bolso de fiesta que había escogido para la boda, turquesa como el vestido, y telefoneó a James, pero no obtuvo respuesta. Lo intentó de nuevo, en vano. Nada. Rezó una plegaria para que no la odiara por la decisión que había tomado: alejarlo de su vida por Gavin, casarse con Evan Payne. Le debía mucho a Howard. La había acogido, cuidado y protegido cuando ella se había sentido perdida, sola y carente de cariño.

Se limpió las lágrimas con los dedos y vació las maletas. Si se mantenía ocupada, se serenaría, pero lo que sucedió fue que se enojó: su ropa no cabía.

—¡Evan! —gritó, rabiosa, desde el vestidor.

Él tardó unos segundos en llegar, con el niño en brazos. Se había quitado la levita, el chaleco y la corbata; la camisa estaba remangada en los antebrazos y desabotonada en el cuello. Se había descalzado y estaba tan atractivo que, por un momento, ella creyó disolverse. Meneó la cabeza para centrarse en el tema en cuestión.

—Tenemos un problema —pronunció Rose, en tono agudo—. No hay espacio para mi ropa ni para la del niño. Todos los cajones están ocupados, al

igual que las perchas y el zapatero —se cruzó de brazos y golpeó el suelo con el pie.

—Búscate un hueco —se encogió de hombros de manera indiferente—. Ordena mi ropa y mis zapatos de tal forma que haya espacio para ti y para Gavin. No te preocupes si la arrugas, la planchas y listo.

—¿Perdona? —parpadeó, desorientada. ¿Qué había querido decir?

—Eres una mujer, ¿no?

—¿Y? —arqueó las cejas.

—Pues que son las mujeres quienes organizan el hogar —aclaró Evan, con expresión de pura satisfacción.

¡Yo lo mato!

—¿Se puede saber en qué siglo crees que vives? —exclamó ella, conteniendo las ganas de insultarle.

—Soy un hombre que respeta las tradiciones —se irguió, acariciando la espalda del bebé de un modo distraído—. Y que yo sepa, esta es mi casa. Aquí hay unas normas. Si te riges por ellas, no habrá problemas entre nosotros.

—¿Y cuáles son esas normas? —le preguntó, con gélida calma.

—Bastian adora el orden, por eso, no hay un solo juguete de Caty en las estancias comunitarias del apartamento cuando ellos están en su habitación o no están en casa. Eso mismo harás tú.

—No tengo ninguna intención de entorpecer a tus hermanos en la convivencia —alzó el mentón, indignada—. La duda ofende.

—La duda ofende, ¿eh? —comentó él, con otra sonrisa de satisfacción—. Así es como me sentí yo al enterarme de la existencia de mi hijo.

—Dime las demás normas —apretó la mandíbula.

—Ya sabes —le guiñó un ojo—, limpiar, recoger, lavar la ropa, planchar, cocinar, cuidar del bebé... Todas esas cosas, las referidas a mi persona.

¿Con quién me voy a casar, santo cielo?!

—¿Esto es una broma? —articuló Rose, en un hilo de voz—. ¿Tú qué piensas hacer? Porque si yo lo hago todo, tú...

—Nada —no varió su sonrisa, una sonrisa que la desquició—. Soy un hombre, es evidente que yo disfrutaré viendo cómo me sirves.

—¿Qué?! ¡Ni hablar! —le arrebató al bebé y lo tumbó en la cuna.

Evan gruñó y la siguió.

—No vuelvas a quitarme al niño.

—¡Eres un imbécil!

—Y tú, una víbora.

Regresaron al vestidor, dejando la puerta entornada.

—Me importas una mierda, Evan —lo apuntó con el dedo índice. Su cuerpo entero vibraba de ira—. Me casaré contigo, sí, por Gavin, por nada más, pero no voy a consentir que me conviertas en tu esclava, ¿me oyes? Bastante va a ser soportarte bajo el mismo techo tanto en casa como en el trabajo, ¡como para encima aguantar tus estúpidas normas machistas, maldito seas! —lo empujó, provocando que trastabillara.

—Te dije que no me pusieras una mano encima —rugió, apresándole los brazos e inmovilizándoselos en la espalda, de tal forma que sus cuerpos se pegaron como imanes—. Llámame como gustes: arcaico, neandertal, troglodita, de otro siglo, machista... —se inclinó. Los embravecidos alientos de ambos se mezclaron—. Esto es lo que hay. Te casarás conmigo y acatarás mis órdenes, si no quieres que te obligue a obedecer.

—¿Y cómo piensas obligarme, imbécil? —le desafió.

—No vuelvas a insultarme, Moore, o atente a las consecuencias —rechinó los dientes, clavándole los dedos en la piel.

No le hizo daño, todo lo contrario, provocó que ella...

¡AUXILIO! ¡Los bomberos!

—Suéltame, Evan —le pidió con firmeza, temblando, pero ya no de enfado.

Él contempló sus labios un eterno momento, humedeciéndose los suyos. A ella se le doblaron las rodillas.

—Evan... —gimió.

¡Oh, Dios mío! Acabo de gemir... Este es mi fin...

Evan dirigió los ojos a los de Rose y la soltó con excesiva lentitud, tomándose su tiempo para arrastrar las manos por sus curvas. Ella retrocedió para crear una distancia prudente entre los dos. Ambos carraspearon.

—Ya que vamos a vivir juntos —dijo Moore, de perfil a él, sin mirarlo—, tendremos que llegar a algún acuerdo que nos beneficie a los dos. Si el ambiente es tenso, Gavin saldrá perjudicado. Debe haber armonía.

—No.

—Perdón, ¿qué has dicho?

—No —repitió Evan, malhumorado—. Me ocultaste la existencia de mi hijo. Te largaste a Europa sin contarme que estabas embarazada. No pienso ser magnánimo contigo. Esto te lo has buscado tú solita —y se fue.

Ella se cubrió la boca con las manos. Las lágrimas se deslizaron por sus ardientes mejillas. ¿Se estaba vengando? ¿Después de que la abandonara en un ascensor, de que la ignorara sabiendo que no habían tomado precauciones,

encima, se atrevía a vengarse por haberle escondido a Gavin?

El crudo dolor se clavó en su pecho, obstaculizándole la entrada de aire. Se hizo un ovillo en el suelo. Cerró los ojos.

No me merezco esto... Me dejó tirada en el ascensor... No miró atrás ni una sola vez... Se acostó conmigo dos veces y le dio igual... ¿Cómo pude permitirlo?

Así la encontró Kaden unos minutos más tarde.

—¿Rose? —acudió a su lado con premura, se sentó y la acomodó en su regazo.

Ella se aferró a su reconfortante abrazo y lloró con mayor intensidad. El pequeño de los Payne gruñía incoherencias, rabioso, pero no cesó de frotarle la espalda para consolarla.

Cuando las lágrimas remitieron, se levantó.

—Te he manchado el chaqué, Kad. Lo siento.

—No importa —le limpió la cara con dedos suaves—. ¿Quieres que te ayude a ordenar?

—¿Dónde está Evan?

—Me lo crucé al salir del ascensor. Habéis discutido.

Lo último que deseaba era hablar del tema.

—¿Le das el *bibi* a Gavin mientras yo termino de recoger el estropicio de la habitación? —sonrió, fingiendo alegría, caminando hacia la cuna.

—Claro —asintió y cogió al bebé, que estaba despierto, quejándose porque tenía hambre.

—Voy a preparar el biberón. No tardaré —se llevó consigo la bolsita rectangular que contenía la alimentación de su hijo y se dirigió a la cocina.

La estancia se iniciaba con una barra americana; al otro lado de la misma, había dos taburetes giratorios. Estaba decorada con el mismo estilo que el resto de zonas comunes de la casa: *minimal* y bicolor. Era cuadrada. Los electrodomésticos grises se disponían a la izquierda: el alto frigorífico y una torre con el horno y el microondas; la vitrocerámica, la pila y la larga encimera se hallaban a la derecha. Armarios bajos y baldas blancos en la pared de enfrente terminaban el recorrido visual.

Preparó el biberón y lo calentó en el microondas. Le puso la tetina, lo cerró y comprobó la temperatura vertiéndose un par de gotas en la muñeca. Volvió al dormitorio. Kaden se sentó en el sofá del saloncito, en uno de los *chaise longues*. Rose le explicó cómo hacerlo, entre risas.

—Es Evan quien da de comer a Caty siempre que puede —le explicó su

amigo, sonriendo—. Yo nunca lo he hecho, pero se siente bien.

Aquello la sorprendió, pero no lo demostró, sino que se dispuso a guardar sus pertenencias en el vestidor. Le costó muchísimo agrupar la ropa de su prometido para meter la suya y la del niño, aunque lo consiguió. En cuanto a las maletas y las bolsas de piel, decidió agruparlas en el espacio que quedaba libre junto a la cómoda. Al día siguiente, las tiraría, ya estaban viejas, rotas y no las necesitaría más, y compraría un juego precioso para su hijo.

Durmió al bebé cantándole una nana sin letra. Luego, lo metió en la cuna y lo arropó.

—¿Tienes hambre? —le preguntó a Kad—. Cocino muy bien.

Kaden asintió, quitándose la chaqueta y la corbata, negra con lunares blancos. Los dejó en su propia habitación y se reunió con Moore en la cocina. Se sentó en uno de los taburetes y apoyó los codos en la barra. Ella preparó un sabroso plato de espaguetis a la boloñesa, con queso gratinado, al horno. Se lo comieron en el salón viendo la televisión y bebiendo una cerveza, acompañados de *Bas Payne*.

Evan entró en el piso justo cuando acabaron. Rose recogió los platos y los fregó en la pila, ignorando de forma deliberada al que era su prometido, que los observaba a punto de sufrir una apoplejía. Los dos hermanos Payne se dedicaron un duelo de tensas miradas.

—¿Me acompañas, Kad? —le sugirió ella a su amigo con una dulce sonrisa—. Me vendrá bien pasear un rato, de repente, ha entrado un bicho imposible de exterminar —añadió adrede.

—Claro —accedió Kad, imitando su gesto.

—De eso nada —sentenció Evan, con los puños en los costados—. Gavin está...

—Durmiendo —lo interrumpió—. Tú eres su padre. ¿No querías quedártelo para ti solo? Además —se encaminó hacia su nuevo cuarto, se giró y lo contempló con diversión unos segundos—, tú te has ido a dar una vuelta, ¿no? Pues eso mismo voy a hacer yo —se introdujo en la estancia.

—¡Ni de coña, rubia! —exclamó Evan, detrás de ella.

—Impídemelo —lo retó sin perder la tranquilidad, calzándose unas manoletinas. Se abrigó y se unió a Kaden en la entrada de la casa.

—Como salgas por esa puerta, Moore... —la amenazó, colérico.

—Esperaré ansiosa tus consecuencias —le guiñó un ojo, descarada—, bichito.

Y le lanzó un beso y se fue, no sin antes escuchar un bramido animal, y no

precisamente del perro de Bastian...

Capítulo 3

¿Bichito? Pues el bichito te va a clavar el aguijón, rubia, a ver si eres capaz de sobrevivir...

Evan se agachó para acariciar las orejas de *Bas Payne*, que ladró gozoso, y se dirigió a su habitación. Comprobó que su hijo dormía a gusto. Sintió un revoloteo en el estómago al contemplarlo. Era precioso y tan pequeñito... Era suyo... Respiró hondo, de pronto, experimentando cierto desasosiego. En ese momento, se percató de la realidad: se había convertido en padre y en dos semanas se casaría...

¡Joder!

El miedo devoró su interior. Paseó por el espacio, sin rumbo y muy nervioso. Notaba las palmas sudorosas, la piel fría... Tenía un bebé y, dentro de poco, una esposa...

Y, ¿ahora qué hago? ¿Cómo se cuida de un hijo? ¡¿Cómo?!

Inhaló aire y lo expulsó, repitiendo la acción muchas veces. Pero a Evan Payne, nada se le resistía, ni nadie. Aprendería, por supuesto que lo haría. Sacó el iPhone del bolsillo y ojeó en internet consejos para padres primerizos. Las palabras se le grababan en la mente con solo echarles un vistazo, debido a su alto coeficiente intelectual. Se acomodó en el sofá y leyó, hasta que unas carcajadas a lo lejos lo interrumpieron.

Rose entró en la estancia, en silencio.

—Quiero dormir —le dijo ella, cruzada de brazos.

—Duérmete —contestó él, sin prestarle atención, adrede, jugueteando con el móvil.

—Vale, pues vete.

—Es mi habitación, no pienso moverme de aquí. Y baja la voz que vas a despertar a Gavin —continuó ojeando internet.

—Pero tú... Dijiste... —balbuceó, ruborizada—. Dijiste que ibas a dormir en el sofá.

—Es, precisamente, donde estoy, rubia, en el sofá —sonrió y apagó la pantalla del teléfono.

—No, vete al salón.

—Estoy en el salón.

Era tan fácil enervarla...

—No en este salón, Evan. Vete a... —frunció los labios, desquiciada porque deseaba gritar de impotencia, lo que provocó que Evan se riera de manera inevitable—. Este cuarto es mío hasta que nos casemos. Después de la boda, podrás dormir en este sofá, pero hasta...

—¿Sabes qué, rubia? —la cortó. Se incorporó y acortó la distancia que los separaba. Notó cómo ella contenía el aliento. Moore retrocedió, asustada, pero la cama se interpuso en su camino y cayó sentada en ella. Él se inclinó, apoyando las manos a ambos lados de su cuerpo, enfundado aún en el vestido de dama de honor—. He cambiado de opinión. Dormiré contigo en mi cama. Ahora bien, si tú no quieres, tienes el sofá de esta habitación o el del salón del apartamento, si lo prefieres.

No pudo evitar contemplarle la boca entreabierta. Su respiración se turbó, pero se controló para no demostrarlo. No perdió la sonrisa.

—No voy a dormir contigo —pronunció Rose en un hilo de voz, estrujándose el escote de seda, respirando de forma irregular.

—Pues solo te queda el sofá, aunque es un poco incómodo —se levantó y se encerró en el baño.

Se quitó la ropa, que dejó tirada en un rincón, junto a la bañera, como siempre, y se colocó el pantalón del pijama. Se lavó los dientes y regresó a la habitación. Moore estaba tumbada en uno de los *chaise longues*, de espaldas a él, rumiando incoherencias por lo bajo. Evan cogió una manta del vestidor y se la ofreció. Ella lo observó, atónita, examinando su semidesnudez con los labios bien abiertos.

Estaba acostumbrado a que las mujeres lo analizaran sin pudor, disfrutaba, pero jamás se le había erizado la piel, jamás... hasta ahora.

—¿Te gusta lo que ves, rubia? —pronunció él, ronco.

Rose se sobresaltó y gruñó. Se abrigó con la manta y cerró los ojos, ignorándolo. Pero a Evan era muy difícil engañarlo: Rose Moore lo deseaba. Lo acababa de ver en su mirada castaña, que había brillado parpadeante al observar sus músculos, del mismo modo que cuando se habían besado en la boda de Bastian, tras anunciar su compromiso.

Evan retiró los cojines y se metió en la cama, cruzó las manos detrás de la

nuca y repasó los últimos acontecimientos en su mente. ¿Qué relación guardaban, entonces, Howard y Moore, si ella estaba enamorada de otro? ¿Por qué había decidido marcharse a Europa con un hombre al que no amaba, y embarazada de otro? ¿Serían solo amigos Howard y Rose? ¿Y su familia?, ¿por qué se había callado al interesarse Cassandra por sus padres, que vivían en Nueva York? ¿Conocería él a su familia política?, ¿asistiría a la ceremonia? Si ella provenía de otra ciudad, ¿por qué se había mudado a Boston, cuándo y en qué circunstancias? Y más incertidumbres lo asaltaron, interrogantes sin respuestas.

De madrugada, se acercó a la cocina para servirse un vaso de agua fría, una de sus manías. Al regresar a la habitación, arrugó la frente. Rose dormía en una postura bastante incómoda en el sofá. La alzó en vilo, con extremo cuidado de no despertarla, y la acomodó en la cama, en el lado derecho, de cara a la cristalera. Un error... Lo supo en el instante en que el aroma a mandarina de aquella rubia lo envolvió con fuerza.

Estuvo tentado de despojarla del vestido y de las medias, pues la colosal erección estaba a punto de romper la seda del pijama, la única tela que tapaba su intimidad, pero se negó en rotundo cuando la lucidez retornó a su cerebro. La cubrió con el edredón y se tumbó en el lado izquierdo.

El problema fue que Moore se movió buscando calor, lo rodeó por la cintura con un brazo y entrelazó una pierna con las suyas. Al percibir esos hinchados senos en su espalda, Evan creyó que se asfixiaría porque, de repente, le faltó oxígeno. Y no solo eso, sino que, a los tres segundos, la mano de ella descendió a la cinturilla de sus pantalones, ronroneando.

¡Joder!

Como un lince, él saltó al suelo. Ella se colocó bocabajo, extendiendo sus extremidades en cruz, ocupando gran parte del colchón.

Vaya nohecita me espera...

Se acomodó en el sofá, furioso. ¿En qué momento se le ocurrió traspasarla al lecho?, se reprendió. Procuró conciliar el sueño, pero cabeceó, el mueble era un incordio.

Apenas había dormido un par de horas cuando el bebé sollozó. Rápidamente, lo acunó en su pecho, poniéndole el chupete, y se sentó, con los pies cruzados en el trasero, sobre el baúl, debajo de la ventana. El amanecer asomó por encima del *Boston Common*. Bostezaron padre e hijo con suavidad. Gavin cerró los ojos y suspiró, sonriendo.

Una extraña emoción nació en su corazón. Lo miró durante largo rato,

deslumbrado por la belleza del niño, por el halo dorado que resplandecía a su alrededor. Bastian estaba en lo cierto, era igualito que Rose. Le habían rapado los cabellos, aunque se atisbaba en su cabecita y en sus cejas diminutas cierta pelusa rubia tan clara como el cabello de ella. Tenía, además, las mismas seis pecas en torno a la nariz que su madre. Era precioso, grande, lustroso, de piernas rollizas y tez blanquecina increíblemente suave. Daban ganas de hincarle el diente. Se rio ante tal pensamiento.

—¿Evan?

La voz de Moore le obligó a girar el rostro en su dirección. Observó cómo se desperezaba en la cama... cómo se arqueaba, estirando los músculos como una felina... cómo se revolvía el pelo serpentino... cómo se frotaba el rostro de forma infantil... cómo sacaba lenta y provocativamente una de sus piernas interminables de las sábanas, seguida de la otra... cómo se le arremolinaba el vestido en el inicio de los muslos, gloriosos... cómo se apreciaban las braguitas blancas de seda... cómo se masajeaba el cuello con los párpados cerrados, sentada frente a él... cómo, sin pretenderlo, le ofrecía los pechos a punto de desbordarse del corpiño...

Sintió lujuria, pero, también, admiración. Era preciosa adormilada, sin atisbo de maquillaje en su dulce rostro, con la ropa arrugada, con rastros de sueño y marcas de la sábana en la piel. Jamás había visto tal belleza en su vida, una belleza incomparable y deslumbrante. Ninguna mujer se asemejaba un ápice a ella, ninguna, sin excepción. Y sería su esposa en dos semanas...

—¿Evan? —repitió, ronca—. Gavin necesita el *bibi* —se levantó y caminó hacia ellos, tropezando por el sueño.

—Explícame cómo lo preparas y lo haré yo —le susurró, en tono áspero.

Él lamentó de inmediato que el camisón cubriera sus piernas al ponerse de pie. Se fijó, entonces, en que ella había adelgazado. Estaba más esbelta que diez meses atrás, aunque sus curvas... seguían siendo muy, pero que muy, sugerentes.

El escarceo en el hotel fue meramente carnal. No la disfrutó, no la estudió, sino que la besó y la poseyó sin reparar en nada que no fuera el éxtasis reprimido de ambos. La apreció entre las manos, le acarició los muslos, las caderas, el trasero y los senos, pero nada más. Y, en ese instante, codició hacerla, saborearla y mimarla hasta conducirla al paraíso durante una eternidad, perderse en su cuerpo, rendirla a base de besos sin importar su propia satisfacción, solo la de ella...

—Dejé la bolsa del niño en la cocina —le indicó Moore, apoyándose en el

hombro de Evan con naturalidad para equilibrarse.

A continuación, le indicó cómo preparar el biberón y cada cuántas horas comía.

—Vuelve a la cama —le aconsejó él, incorporándose con el bebé—. Yo me ocupo de todo. Descansa. Supongo que no te has recuperado del cambio horario, si llegaste hace dos días.

—Gracias —aceptó, con la cabeza agachada y sonrojada.

Evan se dedicó a su hijo. Estaba acostumbrado a dar de comer a su sobrina, por lo que le resultó fácil con Gavin. Después, le cambió el pañal en el sofá; eso no lo había hecho nunca, y gastó seis pañales hasta que consiguió colocarle uno en condiciones. Lo metió en la cuna y lo arrojó. Decidió ducharse y vestirse.

A las once, telefoneó a su madre. Se celebraba la comida de Navidad en la mansión de la familia Payne, con sus padres, sus hermanos, su cuñada y la niña. Sin embargo, no estaba seguro de acudir.

—*Rose necesita dormir. Ha vivido diez meses en otro continente con un horario diferente* —le previno Cassandra, a través de la línea—. *¿Por qué no os venís Gavin y tú? Déjale una nota para que no se asuste cuando se despierte sola.*

Evan suspiró. Se acomodó en uno de los taburetes de la cocina, con el perro a sus pies, que masticaba una vieja y roída pelota de tenis, su juguete preferido.

—De acuerdo. Nos vemos allí, mamá.

—*Cariño. ¿Estás bien?*

—Sí, ¿por qué?

—*Te he parido, cielo. Estás raro. Es tu voz.*

—Es solo que... —se detuvo. Se pasó la mano libre por la cabeza y se frotó la cara—. Supongo que tengo que acostumbrarme a que soy padre. No te preocupes, mamá.

—*Es el paso más importante en la vida de cualquier persona. Es normal que tengas miedo. Cariño, tu vida no volverá a ser la misma, pero espero que el cambio sea para bien.*

—Yo también lo espero...

Se despidieron y colgaron.

Sin hacer ruido, vistió a su hijo en el sofá del dormitorio. La ropa del niño se encontraba en los dos cajones superiores de la cómoda. Escogió una camisa blanca, lisa, de manga larga, abotonada y de cuello redondo, unos leotardos

azul celeste, una ranita con tirantes y una rebeca, ambos a juego. Le calzó los patucos de lana, del mismo tono azul. Tardó mucho, no tenía práctica, pero no dejó de sonreír porque el bebé no se perdía un solo detalle de su padre, mirándolo con tanta concentración que Evan tuvo que reprimir las carcajadas más de una vez para no despertar a Rose.

Guardó pañales en la bolsa del carrito, que se colgó del hombro, toallitas higiénicas, pomadas, polvos de talco, biberones, chupetes y demás pertenencias que Gavin requiriera, y abrigó al niño, con bufanda y gorrito celestes incluidos. Escribió una nota a Moore y la pegó con celo en la puerta de la habitación, añadiendo su número de móvil.

En el trayecto a *Suffolk*, el lujoso barrio residencial donde vivían sus padres, cruzando el río *Charles*, iba tan despacio que los otros coches no paraban de pitarle. Tenía tanto miedo de que al niño le sucediera algo, un choque, un accidente, un frenazo brusco... que no alcanzó la mínima velocidad, apenas aceleró. Los quince minutos que duraba el trayecto cuando conducía su Aston Martin se transformaron en una hora, y eso que casi no había tráfico. Con lo que le encantaba la velocidad, aquello fue un reto.

Su madre acudió en su ayuda cuando apareció en el recibidor de la vivienda por la puerta que conducía al garaje, detrás de la escalera.

—¡Feliz Navidad, tesoro! —lo saludó Cassandra, con una sonrisa radiante antes de coger a Gavin—. Pero ¡qué guapo eres! —le dedicó al bebé, acariciándole la carita con infinita ternura y besándole los mofletes sonrosados.

En el salón pequeño, la estancia situada a la izquierda de la puerta principal, que también era comedor, estaba su familia sentada en los sillones, a la derecha, disfrutando de una copa de vino como aperitivo previo a la comida de Navidad. La mesa alargada, al otro lado, estaba preparada y adornada. Todos, sin excepción, arrullaron a su hijo en cuanto lo vieron.

—¿Qué tal te manejas con Gavin? —le preguntó Bastian, alejados ambos de los demás, que se centraban por completo en los dos niños—. ¿Has dormido algo? Tienes ojeras.

—Algo —se encogió de hombros—. Y no han pasado ni veinticuatro horas desde que sé que soy padre, así que...

—Nunca te acostumbrarás —sonrió su hermano mayor—. Caty tiene tres meses y medio y todavía se me hace raro ser padre. Y ya sabes lo poco que duermo.

—Pero tú duermes poco porque quieres que Zahira sea quien duerma por

las noches. Lo decidisteis así. Mientras ella no trabaja y cuida de Caty durante las horas que tú estás en el hospital, prefieres que tu mujer descanse.

—Es lo mismo que has hecho tú hoy, ¿no? —arqueó las cejas, divertido—. Rose se ha quedado durmiendo.

Evan gruñó. Por desgracia, y a pesar del témpano de hielo que había erigido en su interior, su educación le había prohibido alterar a Rose, y su caballerosidad innata le había incitado a cuidar de ella.

¿Educación y caballerosidad? ¡Y una mierda!

—Es distinto, Bas. Tú proteges a Zahira porque estás enamorado de ella, mi caso no es igual.

—Tu caso es el mismo —suspiró Bastian—, pero no quieres reconocerlo.

Por supuesto que lo reconozco, otra cosa bien diferente es que lo diga en voz alta.

Almorzaron entre risas y bromas, aunque Kaden, a su derecha, no se dirigió a él en ningún momento; de hecho, cuando hablaba, su hermano pequeño desviaba la mirada y lo ignoraba.

—¿Habéis hablado sobre la boda? —se interesó su madre, en el postre.

—No hemos tenido tiempo —respondió Evan, jugueteando con el suflé de chocolate.

—Podríamos celebrar todo aquí, como Bastian y Zahira, ¿te parece bien? —sugirió su padre—. Pídele opinión a Rose, las novias son las que más se ilusionan.

—¿Las que más se ilusionan? —repitió él, incrédulo—. No nos casamos por amor —aclaró con rudeza, silenciando la velada—. Ni ella quiere, ni yo tampoco. Lo hacemos por Gavin. Y me gustaría que dejarais de aludir al tema como si se tratase de un acontecimiento especial, porque no lo es. ¡Si ni siquiera nos soportamos, joder! —lanzó la cuchara a la porcelana del plato—. Además, Moore está enamorada de otro, la escuché decírselo a Howard anoche.

Los presentes desorbitaron los ojos.

—¿No se suponía que eran novios? —se interesó Cassandra, frunciendo el ceño.

—Nunca han sido novios —respondió Hira, seria, enfrente de Evan—. James la invitó a cenar varias veces antes de irse los dos a Europa. Rose lo intentó.

—¿Y por qué coño se fue con él? —le exigió, apretando los puños en la mesa, furioso.

—No lo sé, Evan —contestó la pelirroja—, no sé nada de ella, salvo su trabajo en el hospital. No sé si ha tenido relaciones, no conozco a ninguno de sus amigos, en el caso de que los tenga, como tampoco sé en qué invertía su tiempo libre fuera del trabajo, ni dónde estudió ni el nombre de sus padres... —respiró hondo—. A raíz de la gala, empezamos a ser amigas, pero jamás me desveló nada que no fuera de ti o de James o de su ascenso a jefa de enfermeras de Pediatría.

—¿De mí?

—Sí —asintió Zahira, ya sin nervios, tranquila—. Al día siguiente de la gala, quedé con Rose para desayunar. Ella me lo pidió —bebió un trago de agua y continuó—. Me contó lo vuestro. Me confesó que no habíais tomado precauciones y que le daba pánico quedarse embarazada. Yo le aconsejé que hablara contigo —lo señaló con la mano—, pero me dijo que no. La única solución era esperar a ver si había bebé o no —bebió un sorbo de vino tinto—. Días después, le conté que te habías ido a Los Hamptons. Esa misma noche, ella tuvo su primera cita con James. Ya no volvimos a hablar de ti. Entre mi accidente y todo lo de Georgia Graham —suspiró—, no le pregunté. Y luego, me dijo que se marchaba a Europa, que era lo mejor, que necesitaba desconectar. Los e-mails que nos hemos enviado en estos diez meses han sido para hablarme de su viaje y de su amistad con James, amistad, que no amor —recalcó con énfasis—. Y ayer, me enteré, al igual que todos, de la existencia de Gavin.

—¿Tú eres, supuestamente, su mejor amiga y no sabías que estaba embarazada? —inquirió él, inclinándose sobre la mesa—. No me lo trago —bufó.

—No, Evan —arrugó la frente—, pero ahora me imagino que, si huyó a Europa con James, fue por tu culpa.

—¡Qué! —exclamaron el propio Evan y sus padres.

Sus hermanos no se inmutaron.

—Sí, Evan, Rose huyó y lo hizo por tu culpa —insistió su cuñada, enfadada, incorporándose de un salto—. Te desentendiste de ella. Te acostaste con ella en un ascensor, la abandonaste y, luego, la evitaste —se cruzó de brazos—. Y ella se asustó. ¿Cómo no quieres que se asuste? —alzó las manos al techo—. Se queda embarazada de un hombre que la ignora. Actuó como mejor creyó. No lo hizo bien —movió la cabeza en gesto negativo—. En mi opinión, Rose debería haber hablado contigo, pero ¿por qué no lo hizo, Evan? Porque tú demostraste lo poco que ella te importaba. Tampoco tendría que

haber huido, pero los seres humanos cometemos errores. Tú te equivocaste, ella, también, pero te enfadas con ella. Genial, Evan, simplemente, genial.

—¡Pues claro que me cabreo, joder! —estalló Evan, levantándose.

—¡Pretendías quitarle al niño, denunciarla! —le rebatió Zahira, en el mismo tono—. Una madre cuida a su hijo desde mucho antes de que nazca. Una madre posee un vínculo especial con su hijo porque crece en su interior. Eso los hombres jamás lo entenderéis —y añadió con desagrado—: Tu forma de actuar dista mucho del Evan que conozco.

—¡Lo estaba criando al lado de otro! —se desquició y salió de la estancia en dirección al baño que había detrás de la escalera.

A los dos minutos, su cuñada se reunió con él.

—Lo siento, Evan... —se disculpó—. Perdóname por haberte gritado, sabes que odio gritar.

—Anda, ven aquí —la abrazó, bajó los párpados y la besó en el pelo—. Yo también lo siento, peque. Esto me supera... —confesó, en un susurro.

Ella sonrió con tristeza y le acarició la cara.

—Es normal, te acabas de enterar. ¿Por qué no te coges vacaciones y aprendes a cuidar de Gavin? —le sugirió con dulzura—. Necesitáis comprar muchas cosas y organizar la boda. Necesitáis hablar. Y firmar la paz, al menos, por el niño.

Necesitaban hablar y organizar sus nuevas vidas, cierto. Para ello, tendrían que negociar, pero ¿estaría Evan dispuesto a ceder por la mujer más irritante que había conocido, una víbora con rostro angelical que le había escondido la existencia de su hijo?

Cuando Rose se despertó y leyó la nota de Evan, se duchó y se vistió con unos vaqueros pitillo, una camiseta blanca de manga larga y un jersey de lana fina y cuello alto de color verde oscuro. Se cubrió los pies con unos calcetines para andar cómoda por la casa y recogió su vestido de dama de honor y la ropa que el neandertal de su prometido había tirado en el suelo del baño. Guardó todo en varias fundas de plástico para llevarlas a la tintorería, excepto la ropa interior de los dos, que dejó en una bolsa en un rincón del servicio. A continuación, se preparó un sándwich frío. Por primera vez en muchos meses, se sentía descansada y renovada.

Se sentó en el sofá, con *Bas Payne* a sus pies y la televisión encendida.

Sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón y le escribió un mensaje, firmando con la inicial de su nombre.

R: *¿Seguís en casa de tus padres? R.*

La respuesta no tardó en llegar:

E: *¿Quién eres, R? ¿No será R de Rubia? Si es así, lamento decirte que no me gustan las rubias, las detesto, de hecho. Ya sabes lo que dicen: pelo claro, poco cerebro. No estoy interesado.*

Moore desorbitó los ojos. ¿Acaso era una broma? ¿La estaba llamando tonta?

R: *¡No soy ninguna estúpida, ni estoy ligando contigo, imbécil! ¡Quién te has creído que eres!*

E: *Soy Evan Payne. Diría que es un placer conocerte, pero ya sabes lo que pienso de las rubias, y, por lo visto, no me he equivocado contigo...*

Rose respiró hondo repetidas veces, pero no se calmó.

R: *Yo tampoco contigo, aunque «imbécil» es quedarse más corto que tu pelo, soldado.*

E: *¿Soldado? Qué típico, ¿no? Rubia, poco cerebro, verdulera y te gustan los hombres uniformados.*

Chilló, histérica, levantándose de un salto. ¿Verdulera? Su cuerpo se sacudió de rabia e indignación. El perro la observaba con la cabeza ladeada y expresión de desconcierto. Ella caminó por el espacio sin rumbo, deshaciéndose la coleta alta que sujetaba sus cabellos por los tirones que se estaba propinando. Escribió de nuevo:

R: *«Soldado» es por tu pelo, porque lo que es tu cuerpo... deja bastante que desear.*

E: *¿Qué problema tiene mi cuerpo? Porque ayer el tuyo parecía bastante interesado en él. Si pretendes picarme, siéntate, porque te cansarás de esperar a que eso suceda.*

Rose sonrió con malicia.

R: *Anoche me sorprendiste mucho, no te lo discuto, pero no para bien. Esperaba más del famoso Evan Payne. Es evidente que los rumores son*

falsos. Los músculos de gimnasio son obsoletos y artificiales. Lo siento por ti, no me gustaste ni un poquito. Lo que pasa es que sé fingir muy bien, no quería que te sintieras incómodo, después de todo, lo último que deseo es herir tu orgullo de macho dominante. Me pregunto qué verán en ti las mujeres... Ya sabes lo que dicen de los hombres: el ego es inversamente proporcional a su... Y tu ego es muy, pero que muy, grande... y lo otro... ya lo comprobé, ¿recuerdas?

Había mentido. Su prometido era... magnífico. Aunque igual de alto que sus dos hermanos, Evan parecía más grande. Rose descubrió la razón de aquello la noche anterior: sus músculos eran más anchos y fuertes que los de Bastian y Kaden. Saltaba a la vista cuando vestía con sus trajes azul marino, camisa blanca y sin corbata, incluso con la bata blanca de médico, pero desnudo... era imponente. El apodo de *soldado* lo definía a la perfección: Evan Payne era un guerrero.

Su trasero era prieto y demasiado apetecible, lo atisbó con claridad, también, la noche anterior, porque la seda del pijama que utilizaba le dibujaba las nalgas con suavidad. Y la cinturilla elástica de ese mismo pantalón se ceñía al final de sus estrechas caderas, luciendo así el inicio de sus ingles marcadas en uve.

Sus abdominales, en cambio, no estaban en exceso definidos, como tampoco los pectorales, algo maravilloso, en su opinión, odiaba los modelos masculinos cuyos cuerpos se asemejaban a un mapa de carreteras, irreal. Evan era fibroso, duro y viril, pero no como los prototipos superficiales de gimnasio, sino que su anatomía respondía a un cuidado natural, estaba segura.

Era enfermera. Había observado a muchos hombres. Antes de trabajar en la planta de Pediatría del General, había estado en el hospital Kindred, desde que terminó la universidad. El Kindred era un hospital especializado en pacientes gravemente enfermos, que requerían un tiempo mayor de recuperación, ya fueran jóvenes o no. Lo normal era que los empleados, ella, la primera, entablaran conversaciones, una relación amigable, incluso, con los familiares de los pacientes. Y muchos habían intentado ligar con Rose. Se habían acercado a ella con el falso pretexto de que se habían golpeado en el estómago, en el pecho o en cualquier lugar que les obligara a destaparse el torso. Al principio, había caído en la trampa, preocupada por la supuesta herida, pero aprendió rápido; en el tercer intento, lo descubrió. Estallaba en carcajadas, no podía evitarlo. Sus compañeros le gastaban bromas al respecto y le contagiaban la risa. A ella, ni siquiera le afectaba que la halagaran o la

persiguieran para invitarla a cenar, para, a su vez, llevarla a la cama. Estaba acostumbrada.

Sin importar la talla que usara de ropa —sabía que no era ninguna modelo de pasarela, ni pretendía serlo—, siempre había sido un blanco para la población masculina, ya fuera en el instituto, en el campus, en el trabajo o en la calle. Sin embargo, desde que se mudó a Boston, nunca pasó de los besos robados. Robados... Había tenido citas, la mayoría con médicos o ejecutivos, millonarios o no, que conocía en el hospital o en una cafetería, pero no se había acostado con ninguno. Tampoco había deseado besarlos, pero ellos tenían la mala y caprichosa costumbre de besarla al acompañarla a casa y tentarla a una noche de placer, que jamás sucedía.

A Rose le gustaba arreglarse, le encantaba la ropa, tanto lencería como ropa de calle. Se sabía sacar partido y reconocía que era guapa, aunque no lo explotara para nadie, excepto para ella, porque adoraba sentirse bonita; había pasado demasiado tiempo sufriendo por creer lo contrario, pero eso era pasado.

Y esos hombres que le robaban besos eran guapos, conversadores agradables y de cuerpos atléticos, ciega no era. No obstante, ninguno había sido lo suficientemente sugerente como para no resistirse ella al placer sexual. Bueno... Evan Payne lo había conseguido en un ascensor, después de gritarse reproches el uno al otro. Con él, no hubo cena previa, ni coqueteo, ni llamadas, ni miradas de soslayo, ni intentos de acercamiento, nada de nada. Ni siquiera besos robados, porque habían sido ambos los que se habían arrojado el uno al otro, hasta en aquel ascensor habían luchado para ver quién se deseaba más...

Recordaba que, en el General, no existía una sola mujer inmune al jefe de Oncología; por desgracia, la enfermera Moore no se había salvado, a pesar de que lo había disimulado fingiendo indiferencia y despreciándolo abiertamente, con miradas, con palabras o con gestos de desdén. Su orgullo y su dignidad le habían prohibido esconder la repulsión que le causaba el comportamiento del seductor de los tres mosqueteros. Caminaba con tanta insolencia, concedor de su atractivo, con tanta presunción, con tanta carencia de modestia, que Rose necesitaba un saco de boxeo para descargar la furia en cuanto coincidían en una sala, por muy grande que esa fuese.

Y cuando escuchaba los rumores de su gran experiencia sexual, porque prácticamente se había acostado con todas las solteras del hospital —aunque rubias, ninguna— deseaba atizarlo... ¿Cómo podían ser tan obtusas para

enamorarse de un hombre como él?, se había cuestionado repetidas veces. Y es que todas acababan enamoradas del depredador Evan Payne.

Su iPhone vibró con un mensaje del susodicho:

E: *No hieres mi grandioso ego, ni mi orgullo de macho dominante, porque gracias a mi ego y a mi orgullo, tú disfrutaste dos veces seguidas de mi «muy, pero que muy, pequeño». Ten cuidado con lo que deseas, rubia...*

R: *¡No todas las mujeres te desean, imbécil; yo, desde luego que no!*

E: *¡Ja!*

R: *Lo único que me provocas es asco. Estás demasiado usado, bichito. Y lo siento, pero eso precisamente fue lo mismo que hice yo contigo dos veces: usarte para mi propio placer.*

E: *¿A qué te refieres?*

Un regocijo invadió su estómago. Se sentó en el sofá, con las piernas cruzadas debajo del trasero. *Bas Payne* se tumbó en la alfombra, bajo la mesa baja y acristalada del salón, a pocos metros de donde estaba ella.

R: *Parece mentira que te las des de conocer a las mujeres... Te contaré un secreto: a veces, solo buscamos sexo, sin importar nada más que no sea el físico o la satisfacción carnal; otras veces, deseamos a un hombre por entero, no basta con una cara bonita, un cuerpo de infarto y grandes dotes de conquistador; de hecho, en la mayoría de los casos, pueden ser de aspecto corriente, porque hace falta mucho más que eso para tentarnos en este caso. Tú solo sirves para lo primero, para el sexo esporádico de usar y tirar. Eso es lo que tú y yo tuvimos el año pasado en un ascensor, porque de ti no se puede esperar más, siempre estarás solo. Lo llevas escrito en la cara, soldado.*

E: *Y tanta parrafada para reconocerme que me deseas.*

Se mordió la lengua ante aquella contestación, notando cómo sus mejillas se calcinaban de rabia.

R: *¿De verdad, te crees tan irresistible? No te voy a negar que muchas estarían encantadas en mi situación: casarse con uno de los solteros de oro del momento; muchas, estoy segura, pero yo, no, Evan, no te quiero como marido. No me arrepiento de lo ocurrido entre nosotros porque Gavin es lo mejor que me ha pasado en la vida, ¡lo mejor! Pero estás*

muy equivocado si piensas que te deseo. La fama, el poder y el físico no lo son todo, eso sin contar con que te habrás acostado con casi todas las solteras de Massachusetts. Cada semana, sales con una diferente en las revistas, desde hace años. ¿Cuántas mujeres hay en Boston? Me sorprende que no tengas más hijos repartidos por la ciudad... Repito: estás demasiado usado, bichito.

La respuesta tardó un par de minutos...

E: *¿Recuerdas que tú también te acostaste conmigo, nada menos que dos veces, y después, embarazada, te lanzaste a los brazos de otro hombre? Yo también podría pensar muchas cosas de ti, y en el hospital coqueteabas con muchos médicos, sobre todo con Rogers, pero no por ello me tomo las libertades que tú te tomas conmigo. Antes de hablar, piensa lo que vas a decir, porque puedes recibir la misma contestación.*

R: *¿Estás insinuando algo?*

E: *No estoy insinuando nada, te estoy advirtiendo, porque me estoy cansando de recibir insultos. No estoy usado, Moore, ¡ni mucho menos! No me he tirado ni me tiro a todas las mujeres con las que salgo en las revistas, ni las colecciono como si fueran cromos de béisbol, joder. No me conoces, no tienes ni puta idea de quién soy o de lo que hago o de lo que dejo de hacer en mi vida privada. Te crees lo que cuentan las revistas, pero repito: no me conoces. Me juzgas y me sentencias antes de preguntarme siquiera. Y no tengo más hijos repartidos por la jodida ciudad. No sé con quién coño te crees que estás hablando, pero te estás pasando, Moore, ten cuidado, porque te estás pasando.*

R: *Me parece increíble que, ¡encima!, te hagas la víctima... ¡Trabajaba en el mismo hospital que tú, imbécil! Estuve un año y cinco meses escuchando, a diario, a enfermeras, celadoras, administrativas, médicos o personal de mantenimiento alabar tus dotes sexuales... ¡Te acostabas con todas! En un armario, en tu despacho, en salas de reuniones, en baños, en habitaciones vacías, en laboratorios, ¡hasta en la escalera! Y siempre en horario laboral. ¿Y, según tú, te juzgo por lo que publica la prensa sensacionalista? ¡Venga ya, Evan! Vale que creas que ser rubia me convierte en tonta, pero oigo y veo muy bien.*

Rose respiraba de manera entrecortada. Su cuerpo temblaba. La angustia y los celos engullían su interior al recordar las historias que se rumoreaban del

mosquetero seductor.

E: *No es mi culpa que todas las mujeres del General contaran sus propias fantasías como si fuera la realidad, simplemente por el mero hecho de desearme y querer crear envidias. Las mujeres sois así, retorcidas e interesadas. Te aseguro que la reputación que, según tú, tengo en el hospital es falsa, me creas o no.*

R: *¿Falsa? ¡Pues claro que no te creo! Si fuera falsa tu reputación en el hospital, y tu reputación en la prensa, ¿por qué no la has desmentido? He estado diez meses en Europa, Evan, pero existe internet fuera de Estados Unidos, por si no lo sabías... Cada semana, has salido en la sección de cotilleos de muchas revistas online, siempre abrazado a alguna mujer, sonriéndole o acariciándola. Dicen que una imagen vale más que mil palabras... ¿Las fotografías también mienten?*

E: *¿Has estado pendiente de mí en tu viaje a Europa, Moore? ¿Qué opinaba Howard al respecto?, ¿o lo hacías a escondidas para que no te pillara pensando en el padre del hijo que esperabas? Ilústrame, por favor. Me muero de curiosidad, rubia...*

Ella ahogó una exclamación. La vergüenza dominó su piel, adquiriendo un rojo intenso como los fresones maduros.

R: *¡No fantaseaba contigo, imbécil! Yo leo revistas y tú, por desgracia, sales en ellas. ¿Quién es el retorcido ahora?*

E: *¿Y en Europa te interesa mucho la prensa rosa de Boston? Venga, Moore, admítelo, no has podido aguantar sin tener noticias de mí. Y no soy retorcido, pero tampoco tonto; sé que Howard no es tu novio, no te molestes en negarlo.*

R: *Vale, James nunca fue mi novio, pero eso no significa que no haya fantaseado con él...*

Sonrió con malicia. Era una embustera, pero con Evan se negaba a sincerarse. ¡Era un inmaduro, preocupado solo por su reputación con la mujeres!

E: *¿Fantaseado? Hay una gran diferencia entre fantasía y realidad.*

R: *Veamos... He vivido diez meses con un hombre muy atractivo, extremadamente atento, detallista y cariñoso. Y, gracias a él, he*

recorrido las grandes capitales europeas, pueblecitos perdidos, ciudades cargadas de historia, playas privadas, paraísos exóticos... Súmale que estaba embarazada, es decir, que mis hormonas estaban disparadas. ¿Tú qué crees? Se supone que no eres tonto, ¿me equivoco? Ata cabos, soldado.

El móvil vibró diez largos minutos más tarde...

E: *Antes te mentí para no herirte, al fin y al cabo eres la madre de mi hijo, pero mi reputación en el hospital es cierta, espero que sepas encajarla en tu vida cuando empieces a trabajar, rubia.*

Rose contuvo el aliento.

R: *¿Qué significa eso?*

E: *Que no podré evitar que me encierren en mi despacho o en un armario. Ahora bien, si no deseas eso, ya sabes qué tienes que hacer.*

R: *¿Estás insinuando que me tengo que acostar contigo para que que no te entren ganas de tirarte a otra? Ya tengo bastante con casarme, gracias.*

E: *No te imaginas lo que me estoy riendo ahora mismo, rubia... ¡Mi prometida es divertida! Y lo digo en serio.*

R: *Entonces...*

E: *Entonces, dependerá de ti que se me lancen al cuello o no. Ya sabes, de cara a la galería, estamos locamente enamorados.*

Moore decidió sincerarse. Respiró hondo y procedió a redactar el barullo que poblaba su mente:

R: *Lo intentaré, pero... Acabo de aterrizar en Boston y en una nueva vida, Evan... De repente, estoy metida en una casa extraña, con un hombre extraño, me caso dentro de diez días, no tengo trabajo, no sé qué va a ser de mi vida y la de mi hijo, aunque de la mía tengo poco que decidir... Llevo diez meses viviendo en hoteles y volando de país en país, todavía tengo jet lag... Y debo besarte y abrazarte en público porque, encima, eres famoso, tú no quieres perjudicar a tu familia y yo no quiero que tu reputación salpique a mi hijo... y, mientras, tú te vengas de mí. Son demasiados cambios como para asimilarlos en un minuto... Y no sé por qué te estoy diciendo esto, seguramente, no creas ni una sola palabra porque lo único que ves es que te escondí la*

existencia de Gavin porque, según tú, soy una víbora que corrió en dirección contraria cuando me quedé embarazada, y no ves la situación en la que me dejaste a mí. Solo te pido tiempo para acostumbrarme a nuestra nueva vida, por favor.

Rose suspiró, dejándose caer en el sofá. El iPhone vibró segundos después.

E: *No hay tiempo. Haberlo pensado antes de ocultarme a mi hijo. Nos vemos luego.*

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Rose. Lanzó el teléfono a los cojines. Sin embargo, la pantalla se iluminó de nuevo con un mensaje:

E: *Puedo ofrecerte una tregua en cuanto a Gavin y la boda, pero en nada más. Tenemos que discutir muchas cosas. Hablaremos esta noche.*

Tras leerlo, se encerró en el baño de su nueva habitación y, sin molestarse en prender la luz, se sentó en el suelo, en un rincón, abrazándose las piernas, y lloró. ¿Cómo podía ser tan frío y poco comprensivo? Ninguna de sus conquistas conocía al verdadero Evan Payne...

No supo cuánto tiempo permaneció desahogándose, gritando, a veces, murmurando incoherencias o sollozando. Se levantó y se refrescó la cara, borrando el rastro de las lágrimas, pero su rostro estaba hinchado y su mirada, enrojecida.

Escuchó voces, por lo que se dirigió al salón. Bastian, Kaden, Zahira, Caty, Evan y Gavin acababan de llegar.

—¡Hola! —la saludó su amiga, corriendo a abrazarla—. ¿Estás bien? —se preocupó, al observarla con detenimiento.

—Es que me he despertado hace nada —mintió ella. Ignorando a Evan, se concentró en el niño—. ¡Hola, gordito! —le dijo al bebé, mientras lo cogía en brazos y lo mecía en su pecho—. Te he echado de menos, nene —lo besó en la nariz y en el cuello, provocando que se riera y le contagiara la alegría.

Hira y ella se acomodaron en el sofá. Bas y Evan se dispersaron para guardar las cosas de los niños en los dormitorios. Kad se sentó al lado de Rose, con la niña en su regazo, y la besó en la mejilla.

—Solo faltó yo por tener un hijo —les dijo Kaden, sonriendo con picardía.

—Para eso necesitarías una mujer, ¿no? —señaló Zahira, divertida—. Y hace mucho que aparcaste tus ligues.

—¿De verdad? —se asombró Moore—. ¿Tanto has cambiado en este tiempo que no he estado aquí?

Él se sonrojó.

—Lo que le pasa es que está enamorado —comentó Hira, entre risas.

—¡Claro que no, joder! —se indignó Kad, entregándole a Caty.

—¿Entonces? —le incitó Rose a que hablara.

—Hace mucho que no salgo con nadie —se encogió de hombros—. Llevo unos meses centrado en el trabajo, solo es eso.

—¿Meses? —repitió Hira—. Llevas más de un año, desde que...

—Desde nada —la cortó Kaden, incorporándose—. Si me necesitáis para algo que no sea molestarme con cotilleos, estaré en mi cuarto —y se fue.

—¿Se ha enfadado? —quiso saber Moore, parpadeando, confusa ante su reacción—. Creo que es la primera vez que lo veo enfadado.

—No te inquietes —le aseguró su amiga, sosteniendo a su niña en el hombro—. Bastian me dijo que el año pasado Kaden se tuvo que enfrentar a una operación muy arriesgada —arrugó la frente, adoptando una actitud de gravedad—. Le llegó el traslado de una chica de veintitrés años que estaba en coma. Había sufrido un accidente de tráfico, se recuperó, pero, al poco tiempo de recibir el alta, se desmayó. Los que la trataron descubrieron que tenía un coágulo en el cerebro que habían pasado por alto en las pruebas que le habían hecho. Como no se atrevían a operarla, se la mandaron a Kad. Ya sabes que es uno de los mejores neurocirujanos del estado.

—Sí —asintió ella, concentrada en la historia—. Continúa.

—La cuestión —suspiró— es que el coágulo era muy grande. El riesgo de la intervención era del noventa por ciento. Aun así, Kad la operó. La intervención fue un éxito —sonrió un instante y frunció el ceño—, pero no salió del coma. Y sigue en coma, Rose —arqueó la cejas—. Kad no se ha separado de ella un solo día. Cuando no tiene que trabajar, va al hospital a verla.

—¿Pero? —pronosticó Rose.

Zahira respiró hondo y se inclinó para bajar la voz, por si el pequeño de los Payne surgía en la estancia.

—Esta chica es la hermana de Lucy Hunter, el primer paciente fallecido de Kad. ¿Te suena? Murió un año antes de que tú entraras a trabajar en el hospital, pero, a lo mejor, has oído hablar de ella.

—Lucy Hunter... —musitó Moore—. ¡Claro! ¡Ya me acuerdo! —exclamó—. ¿No fue gracias a esa paciente que le ofrecieron a Kaden el puesto de jefe de Neurocirugía?

—Exacto.

—Me acuerdo porque una de mis compañeras estaba loca por él —se rio, nostálgica—. No dejaba de parlotear sobre el doctor Kaden. Ella fue la que me contó la historia.

—Kaden lo pasó fatal cuando murió Lucy. Estuvo en terapia. Bastian cree que si se vuelca tanto en Nicole es porque se siente culpable por la muerte de Lucy y piensa que tiene una segunda oportunidad con su hermana —se inclinó y añadió en un susurro—. Lo que yo creo es que algo más pasa, porque se pone colorado si sacamos el tema, incluso se enfada, y Kaden nunca se enfada —soltó una carcajada.

Rose la imitó.

Y gracias a esa conversación, gracias a que tenía a su mejor amiga cerca, el dolor de su interior se desvaneció y disfrutó de una charla de reencuentro. Rezó para que momentos como ese se repitieran a diario, los necesitaba como el respirar.

Capítulo 4

Evan agradeció la guardia que tuvo. Su planta estaba tranquila y durmió un par de horas en su despacho antes de marcharse a casa.

Sin embargo, como ya era lunes por la mañana, decidió visitar al director del hospital, Jordan West. Era un hombre de casi setenta años, divorciado desde hacía mucho tiempo, delgado y de estatura normal. Tenía un bigote muy fino, encima de su boca pequeña, y el pelo encanecido lo llevaba engominado hacia atrás, revelando sus pronunciadas entradas.

—¡Evan, muchacho! ¿Qué tal? —lo saludó el director, muy afectuoso. Se estaba colocando la bata blanca, por lo que acababa de llegar al despacho, situado en la última planta del complejo.

—Termino la guardia ahora, Jordan.

Jordan era íntimo amigo del padre de Zahira, Connor Hicks, un reconocido pediatra que había sido el anterior director del *Boston Children's Hospital*, cargo que ocupaba, en la actualidad, Brandon Payne.

West había cuidado de Hira como un segundo padre durante los últimos ocho años, debido a que Connor se había visto obligado a renunciar a su profesión y a ocultarse.

De los tres hermanos, Evan era el que más confianza tenía con Jordan, hasta el punto de llamarlo por su nombre, no por su cargo.

—Cuéntame —le dijo el director, acomodándose en su sillón de piel, detrás del escritorio—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Un café?

Él se sentó en una de las dos sillas, al otro lado.

—No, gracias —respondió—. Verás... Ya sabes que me caso el cuatro de enero...

—No te voy a negar que me sorprendió —entrelazó las manos en su regazo y lo observó con curiosidad—. Ayer, charlé con Zahira por teléfono. Me contó que tú no sabías nada de Gavin, que te enteraste en la boda, igual que los demás. Y que os casáis por el niño. No te preocupes, que mis labios están

sellados —arqueó las cejas un instante—. Ahora entiendo... Perdóname, Evan —frunció el ceño—, pero te portaste fatal con ella. Pobrecita.

—¿Pobrecita? —repitió, alucinado.

¿A alguien le importaría ponerse de mi parte, joder?

—Antes de que me presentara la renuncia, una tarde, me la encontré saliendo de un baño, esforzándose en secarse las lágrimas que no paraba de derramar. La invité a un café en mi despacho para que se tranquilizara. Me contó que había sido tan tonta como para confiar en un hombre que la había dejado tirada en cuanto había conseguido lo que quería —enarcó una ceja—. Con lo que me dijo Zahira ayer, me acordé de esa conversación y até cabos. Así que —prosiguió en un suspiro—, entró en pánico cuando descubrió que estaba embarazada de ti. Por eso, renunció y huyó a Europa. Evan...

—En realidad —lo interrumpió él, removiéndose inquieto por los remordimientos que lo invadieron en ese momento—, me gustaría cogerme unos días libres para habituarme un poco al niño. No sé si será posible.

—¿Estás bien? —lo escrutó a conciencia el director West.

—Sí, sí... —mintió, masajeándose el cuello en un vano intento por calmarse. Respiró hondo y sonrió, aunque la alegría no alcanzó sus ojos.

—Claro —concedió, serio—. Eres el jefe de Oncología. Cógete las vacaciones que quieras.

—Gracias, Jordan —se incorporó y le tendió la mano—. Vendré mañana y organizaré el trabajo. Yo creo que con tres semanas será suficiente, quizás, menos, ya veré cómo me programo los días libres.

—Confío en ti, ya lo sabes —se despidieron.

Al salir del edificio, se metió en su Aston Martin, que había aparcado en su plaza privada del *parking* del hospital, y condujo los diez minutos que había hasta su casa. Odiaba caminar, siempre se movía en coche, por muy cortos que fueran los trayectos.

Se quitó el abrigo, que colgó en el perchero de la entrada, y caminó hacia su habitación. La vivienda estaba en silencio, por lo que dedujo que su cuñada, su hermano mayor y su sobrina dormían, al igual que Rose y Gavin. Kaden estaba trabajando.

Pero se equivocó, porque su prometida estaba tumbada en la cama, de perfil a él, haciéndole suaves cosquillas al niño. Su corazón se desbocó, tanto por ella como por la escena. Moore no se percató de que Evan había entrado, y este aprovechó para espiarlos a gusto.

Llevaba un camisón de seda, de color marfil, largo hasta los pies, aunque,

en ese momento, estaba arremolinado en la parte trasera de las rodillas, pues se encontraba bocabajo y balanceaba las piernas en el aire en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Los cabellos se los había recogido en un moño alto y deshecho, provocando que algunos mechones ondearan libres en su nuca. Tenía los codos apoyados en el colchón, a ambos lados del cuerpecito del bebé, que movía las extremidades de forma frenética, alzando las manitas con torpeza hacia la cara de su mamá, quien, a su vez, le besaba la piel de forma sonora.

—Te voy a comer enterito, gordito —le dijo ella, entre carcajadas.

Los rayos del sol, cada vez más fuertes, comenzaban a filtrarse a través de la cristalera, cuyo estor estaba levantado hasta la mitad, convirtiendo a madre e hijo en una silueta oscura, rodeada por una aureola casi blanquecina que se mezclaba con el pelo rubio de ella.

La imagen le robó un resuello a Evan... Sacó el iPhone y les hizo una foto, sospechando que no sería la única.

Carraspeó, advirtiendo su presencia. A ella se le borró la alegría del rostro, arrugó la frente y se incorporó, con Gavin en brazos.

—Nos vamos al salón para dejarte descansar —anunció Rose, desviando los ojos al suelo.

Desde los mensajes de texto que se habían enviado dos noches atrás, se habían evitado en todo momento; por eso, Evan había agradecido la guardia de veinticuatro horas en el hospital. La única noche en que habían convivido desde entonces, él se había acostado en el sofá del dormitorio.

—He dormido un poco —contestó Evan, caminando hacia el baño mientras se quitaba la chaqueta en dos rápidos movimientos—. Dentro de un rato, nos vamos a por las cosas de Gavin y a comprar un coche —añadió, dándole la espalda, antes de encerrarse en el servicio.

A raíz de lo que le había contado West, sentía un malestar en las entrañas que le impedía mirarla. Accionó la ducha y esperó unos segundos a que el agua se calentara. Debajo del chorro, apoyó las manos en los azulejos y dejó caer la cabeza.

Y a saber cuántas veces más habrá llorado Moore por mi culpa... Y en el parto, estuvo sola, también por mi culpa... Pero me duele tanto que no me lo contara...

La venganza se había quedado en un plano inexistente... Necesitaba de todo su autocontrol y lucidez para continuar su nueva vida sin que sus sentimientos y sus remordimientos interfirieran, y, en ese instante, carecía de ambos.

En albornoz, se dirigió al vestidor. Estaba tan distraído que no se molestó

en echar el pestillo.

Y Rose entró justo cuando se desnudaba...

—¡Uy! —exclamó ella, tapándose la boca, con los ojos desorbitados.

Él gruñó, cubriéndose esa parte de su anatomía que había decidido por sí misma saludar a la recién llegada, a una muy hermosa recién llegada... Notó cómo sus pómulos se quemaban.

El largo camisón se ajustaba con sensualidad, desde el discreto escote hasta las caderas, marcando la curva de su cintura de un modo distinguido, refinado y enloquecedor al mismo tiempo. Solo mostraba la piel de los brazos, el cuello, la cara y un ápice el inicio de los senos... erectos. Había visto a mujeres desnudas por completo, pero ninguna tan atractiva como ella en ese momento...

—¡Perdona! —emitió Moore, en tono agudo, y salió a toda prisa.

Él expulsó el aire que había retenido. Se le doblaron las rodillas.

Quién me ha visto y quién me ve... Esta rubia me va a matar, joder...

Se frotó el rostro, mientras se estabilizaba su respiración, y procedió a vestirse. Escogió unos pantalones de pinzas azul marino, una camiseta blanca de manga corta y cuello redondo y un jersey de pico, a juego con los pantalones. Se decantó por sus zapatos marrones de ante y lazada. Se colgó del hombro la bufanda azul oscuro de cachemira. La prensa lo acosaba de forma sigilosa. Los fotógrafos no se le acercaban, en realidad, él nunca los veía, pero, luego, Evan Payne aparecía en las revistas, en internet o en *banners* publicitarios de las webs de cotilleos, ya fuera comprando el pan o de tiendas. Debido a ello, siempre cuidaba mucho la ropa que llevaba.

Esperó a Rose en el salón del apartamento, con Gavin en brazos. El bebé ya estaba arreglado: camisa blanca, leotardos beis, y ranita, zapatos y jersey, rojos. Estaba guapísimo.

Zahira alimentaba a Caty sentada en el sofá.

—¿Has hablado con ella de la boda? —se interesó su cuñada, atenta a la niña.

—Todavía no.

—Pues no sé a qué esperas —lo reprendió, en un susurro afilado—. Os casáis en ocho días.

—¿Moore te ha comentado algo? —le preguntó Evan, acariciando la espalda de su hijo, que se había adormilado en su pecho.

—Sí, pero no de la boda —lo observó con la frente arrugada—. ¿Se puede saber qué es eso de que te quieres vengar?

—Joder, no empecemos... —se incorporó—. No os metáis. Es algo entre ella y yo, que no compete a nadie más.

—Por supuesto que me voy a meter —entornó la mirada—. Los dos sois mis mejores amigos y te recuerdo que vivo aquí —colocó a Caty sobre su hombro para que echara los gases—. Rose está sola, Evan. No voy a esconderme, si ella necesita desahogarse. James ni siquiera le responde a las llamadas. No tiene a nadie.

—¿Cómo? —articuló él, atontado por sus palabras. Acostó a Gavin en el carrito—. Explícate —le exigió sin miramientos.

—Cuando se instaló aquí, esa misma noche, telefoneó a James. Y lo ha seguido haciendo hasta ayer. Ha sido una persona muy importante para ella. Evan, entiende que ha vivido sola con él, y embarazada, durante diez meses. Y en un segundo, se distancian el uno del otro por el bien del niño. Era su apoyo incondicional. Y lo necesita —se levantó y meció a la niña en su pecho.

—¿Necesita a Howard? —tembló de rabia—. ¿Qué significa eso, joder?

—Cálmate —le ordenó Bastian, que se reunió con ellos al escuchar las voces.

—No voy a calmarme, cuando ella y yo acordamos que no se pondría en contacto con Howard, y lo primero que ha hecho ha sido llamarle a mis espaldas —contestó Evan, rechinando los dientes.

Su hermano se encargó de Caty, aunque no se separó más de un metro de su mujer.

—Rose no ha dejado de llorar desde que puso un pie en esta casa —le dijo Hira, abarcando el espacio con los brazos—. James era lo único que tenía. Fue quien la acompañó en el embarazo, en el parto... No se alejó, ni aun sabiendo que Rose no correspondía sus sentimientos. ¿Se te ha pasado por la cabeza preguntarle por su familia? Porque sus padres no tienen ni idea de la existencia de Gavin y ella no quiere contarles que se va a casar. Está sola, Evan, completamente sola —recalcó, apretando los puños en los costados—. ¿No te parece extraño?

—¿Cómo quieres que me parezca extraño, si no sé nada de ella? —estalló, caminando por el salón como un demente, pasándose las manos por el cabello.

—Y en lugar de aparcar los reproches, porque ya nada puedes hacer para evitar la realidad, o empezar de cero, decides vengarte. ¿Sabes una cosa, Evan? No es venganza lo que haces. Estás huyendo —suavizó el tono de voz, transmitiendo su propio nerviosismo, retorciéndose los dedos en el regazo—. Y lo haces por miedo. Y no pasa nada por reconocerlo. Es normal. Es un

cambio drástico. Los dos estáis juntos en esto. Y ya que no hay vuelta atrás, debéis alcanzar un punto de inflexión, al menos, por vuestro hijo —se acercó a él y lo tomó de las manos, deteniendo su locura—. No te digo que la perdones ya, si crees que te hizo tanto daño —sonrió con tristeza—, solo que mires más allá de las apariencias. Eres especial, Evan —le rozó la mejilla—. Tú siempre ves cosas que se nos escapan a los demás. ¿Por qué no puedes hacer eso con Rose?

—Porque no puedo —desvió los ojos a un lado, avanzó hacia el carrito y observó a su hijo dormir plácidamente.

—Estás dolido —afirmó Bas sin titubear, a su espalda—. Necesitas tiempo para sanar, pero nunca sanarás si no pones un poco de tu parte. Llevas tú la ventaja, no ella. Rose está viviendo en tu casa, rodeada de tu familia y de su mejor amiga, que resulta que es también la tuya, además de tu cuñada. ¿No te das cuenta de que Zahira tiene razón, de que Rose está sola y encerrada en tu vida, que no es la suya? —respiró hondo—. Si continúas vengándote de ella, te perjudicarás a ti mismo, pero supongo que eres tú quien debe caerse para aprender a levantarse. Por mucho que cualquiera de nosotros te aconsejemos u opinemos, no servirá de nada, Evan, porque eres tú quien debe abrir los ojos. Solo espero que, cuando lo hagas, no sea demasiado tarde.

En ese momento, su prometida surgió en el pasillo.

—Ya estoy lista —anunció, sonriendo con timidez.

Evan la miró y el dolor de su interior desapareció. Se maravilló más y más con cada centímetro de su cuerpo que fue recorriendo con los ojos. Llevaba unos botines negros y planos, que atisbó en su caminar, antes de pararse en el salón y ocultarlos por la falda larga, roja y tableada que se había ajustado a las caderas y que rozaba el suelo; un jersey negro, de fina lana, ceñido a sus curvas, hasta el inicio del trasero, y sobre el que se había colocado un cinturón de pequeñas tachuelas doradas, completaban su atuendo. Se había recogido los cabellos en un moño bajo, a modo de flor, perfecto para la preciosa boina negra que coronaba su cabeza hacia la izquierda. Se había enroscado en el cuello una *pashmina* roja y pintado los labios de carmín, otorgándole un toque de *femme fatale* que le debilitó las piernas. Un bolso de estilo maletín, de piel negra, colgaba de su muñeca derecha, cuyo brazo estaba flexionado. La chaqueta, forrada en el interior, a juego con el bolso y los botines, la sujetaba con la mano izquierda.

Rose Moore sabía arreglarse, no le cupo duda. Pasear junto a esa mujer sería todo un orgullo. Estaba muy atractiva, demasiado... ¿Necesitaría espantar

a algún moscardón?, se preguntó, muerto de celos.

—Sí, vámonos —pronunció él en tono ronco. Carraspeó y se puso el abrigo.

—¿No utilizaremos el coche? —quiso saber ella, conduciendo el carrito hacia la entrada del ático.

—Luego, para ir a los concesionarios —abrió la puerta principal y le permitió el paso—. Ahora, iremos por el barrio a por lo de Gavin. En *Beacon Hill* están las mejores tiendas y quiero que Gavin tenga lo mejor.

Ella asintió, ruborizada. Se despidieron de su familia y Evan cerró tras de sí.

—No te asustes, si te abrazo o te doy algún beso —la previno él, en el ascensor—. Hay fotógrafos en cualquier parte. Simulemos que somos una pareja normal, ilusionada por nuestra boda, ¿de acuerdo? —sospechó que disfrutaría de la jornada solo por el hecho de disponer de una excusa para tocarla.

Salieron a la calle. Rose se hizo cargo del bebé. Pasearon por las calles, en silencio, deteniéndose en algunos escaparates de establecimientos de puericultura. Entraron en una tienda de decoración infantil.

—Buenos días —los saludó una dependienta, con una sonrisa coqueta. Era morena, delgada y alta. Su cara contenía kilos y kilos de maquillaje—. ¿Qué necesitan?

—Nada, gracias —contestó Moore, irguiéndose y con la frente arrugada—. Si necesitamos algo, se lo haremos saber.

Pero la morena pestañeó en dirección a Evan, que reprimió una carcajada al escuchar maldecir a Rose.

—¿Te importa llevar tú el carrito ahora, bichito? —le pidió *su novia*, en un ronroneo.

Él la miró, regocijado por su actitud. La dependienta se alejó, a regañadientes.

—¿Estás celosa, rubia? —le susurró en la oreja, rozándosela adrede con los labios.

Ella se sobresaltó un instante, después, sonrió, se alzó de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos. El corazón de Evan se aceleró a un ritmo incontrolable. La sonrisa se le borró del rostro.

—¿Por qué debería estar celosa, si eres mío, soldado? —se inclinó y lo besó en la mejilla.

Él la abrazó por las caderas en un impulso, necesitaba sentirla pegada a su

cuerpo. Y la sensación fue exquisita, igual que el rubor que teñía su atractiva cara de *femme fatale*. Pero Moore se soltó, de inmediato, rompiendo el hechizo.

Se centraron en lo que tenían que comprar. Evan se sorprendió al percatarse de que poseían gustos muy parecidos, y ambos eran muy razonables y transigentes para aceptar o negociar la compra de un mueble que le gustara más al otro.

Así, durante esa mañana, una necesaria tregua se instaló en la pareja. No charlaron de nada que no estuviera relacionado con su hijo, pero no respiraron tensión ni incomodidad. Estuvieron relajados.

De vez en cuando, él le acariciaba el rostro, le rodeaba los hombros, la ayudaba con el carrito o la observaba con embeleso, convenciéndose a sí mismo de que estaba interpretando un papel por si la prensa los vigilaba. Sin embargo, eran gestos naturales, no estudiados, ni fingidos. Se dio cuenta, entonces, de que le deleitaba tener una excusa para tocarla. Y ella respondía con timidez, se sonrojaba, y cuando le sonreía...

Uf... Qué muerte más dulce...

—Evan... —titubeó Moore, deteniéndose en plena calle—. Ya hemos encargado las cosas del niño, pero... —se tiró de la oreja izquierda, con los ojos en el suelo.

Evan, que sujetaba el carrito, le alzó la barbilla suavemente con una mano y se extravió en su exótica mirada. Poseía unas pestañas infinitas y rizadas que parecían querer atraparlo como una madreselva abrazaba una pared. Rose posó las manos en su pecho, arrugando la chaqueta entre los dedos.

—Me preguntaba si puedo comprar un par de cosas para mí para la habitación, por supuesto con mi dinero, y...

Pero él no la oía... Estaba absorto en cómo movía sus labios rojos, en cómo se los humedecía, nerviosa, en cómo se los mordía, en cómo los fruncía, en cómo los separaba para exhalar suspiros irregulares...

El carmín intensificaba la atracción de Evan hacia su boca y se inclinó, despacio, cerró los ojos y depositó un casto beso en esos labios rojos.

Solo un segundo... Otro segundo más... Otro más... Solo...

Rose estaba petrificada.

Me está... Me está... ¡Oh, Dios mío!

Evan la estaba besando...

Él movió la mano que sostenía su mentón hasta cercarle la nuca, ladeó un poco la cabeza, quedando las narices pegadas, y entrelazó los carnosos labios con los de ella en escalera, tan lento, tan tierno...

La realidad se desvaneció. El ajeteo del tráfico, de los peatones que transitaban por las calles, de los gritos alegres de los niños que disfrutaban de las vacaciones navideñas, se silenció, poco a poco, para disiparse en la lejanía. Nada ni nadie podía interferir, porque estaban, sencillamente, volando hacia las estrellas.

Rose bajó los párpados. Un débil suspiro brotó de su garganta cuando esos labios succionaron el suyo inferior en un bocado que la derritió... Le envolvió el cuello con los brazos y respondió de igual forma, aplastándose contra su dura anatomía, que se curvó para ajustarse a la de ella.

Cómo puede besar tan bien...

Evan consumió sus labios, uno a uno, con una delicadeza abrumadora que escondía más de una promesa secreta. Ella se puso de puntillas. Él la estrechó por la cintura con el brazo libre, mientras con el otro sujetaba el carrito. Y el beso se endureció... Le introdujo la lengua y buscó la de Rose, que no se hizo de rogar. Resoplaron... Fue inevitable. Las bocas de ambos intensificaron la cadencia del beso. Se ahogaron en el calor que desprendían. La ternura se transformó... en locura.

A ella le recorrió un escalofrío tras otro, desde los pies hasta el último pelo de la cabeza. La sólida resistencia de Evan, la forma en que flexionaba sus músculos para ceñirla con poder, la llenó de una pasión desconocida. Tiró de su nuca y le lamió los labios con descaro. Él gruñó, entre satisfecho y sorprendido, y descendió la mano a su trasero, que aplastó con fuerza.

—Joder... —emitió Evan, ronco, deteniendo el beso de golpe.

La contempló, con los negros ojos velados por el deseo. Los cerró y la embistió con la lengua de nuevo, moldeando sus nalgas sin control, ahora, con las dos manos. Rose gimió, deshecha de placer. Él la inclinó hacia atrás y, prácticamente, se la comió...

La besó con avaricia, de forma egoísta y posesiva, y moviendo la lengua con una pericia desvergonzada, demostrando que lo que quería lo tomaba sin permiso. Sus labios eran jugosos y despiadados a la par, porque le ofrecían la posibilidad de comerse un exquisito manjar, manipulando su mente y sus sentidos ante la visión de la golosina, tentándola a que lo probase. Y Evan le proporcionaba más goce que el que recibía, y recibía mucho porque Rose se

había entregado por completo a él, como nunca le había ocurrido con nadie...

¿Así besaba alguien que estuviera actuando?, se preguntó ella. No, pensó convencida. Eso era un beso auténtico. Evan la deseaba tanto como Rose a él... La erección insertada en su estómago era una prueba más que contundente. Y sus manos... Las manos de Evan se arrastraban por su cuerpo, en cada curva se paraban y jadeaba en su boca, lo que encogía el corazón de ella, un corazón que retumbaba en su pecho con una energía brutal.

Pero un claxon los interrumpió.

¡Oh, Señor! ¡Estamos en plena calle!

Rose retrocedió y se cubrió los labios, que palpitaban bruscamente. Él, con la boca inflamada y húmeda por los besos, la contemplaba desconcertado y atontado.

Evan parpadeó, se irguió y se limpió los labios con los dedos. Sujetó el carrito y emprendió la marcha. Ella corrió a su lado. Sus cuerpos chocaron, sufriendo los dos un calambre.

—¡Ay! —exclamaron a la par.

Y sonrieron. Él la rodeó por los hombros y continuaron el paseo.

—Me gustaría comprar unas cosas para la habitación —le comentó Rose.

—Claro. La habitación es tuya también. Con tal de que no me metas nada rosa... —enarcó una ceja, divertido.

Ella se echó a reír.

Se detuvieron frente a un establecimiento. En el escaparate, habían dispuesto un tocador. Era una mesita blanca con dos cajones pequeños y un espejo ovalado, cuyo marco estaba sujeto al mueble de tal modo que se inclinaba el prisma hacia arriba y hacia abajo, y, además, contenía una lamparita en la cima. El juego lo completaba un taburete bajo, rectangular, tapizado en terciopelo blanco y acolchado.

—Es precioso... —murmuró, apoyando las manos en el cristal.

—Cabe en el vestidor. Y no es rosa —Evan sonrió con travesura.

Ella le devolvió el gesto y entraron en el local. Le indicaron a una dependienta que deseaban comprar el tocador, y aprovechó para escoger un cesto para la ropa sucia, de mimbre, blanco y forrado en el interior con una tela beis muy fina. Cuando sacó la tarjeta para pagar, él se le adelantó.

—De eso nada —se negó Moore, agarrándolo del brazo.

—Lo siento, rubia, pero mi futura mujer no va a pagar nada —la ignoró y le tendió a la dependienta su propia tarjeta.

—¡Evan! —exclamó Rose—. Son dos caprichos míos, puedo pagarlos yo,

no soy pobre, ¿entiendes? —entornó la mirada.

—Discúlpenos un momento —le dijo él a la mujer, antes de arrastrar a Moore unos metros para que nadie los escuchara—. ¿Cuál es tu problema? —le exigió, inclinado hacia ella—. Ya es la cuarta vez que me montas un jodido numerito cuando pagamos las compras —se cruzó de brazos—. He hecho oídos sordos las tres anteriores, pero ya me he cansado.

—Yo también tengo dinero, ¿sabes? —bufó, indignada—. Mis ahorros no son nada en comparación a tu fortuna —hizo una mueca—, pero, para mí, son suficientes. Llevo nueve años valiéndome por mí misma y no me gusta que nadie me invite a nada. Jamás he permitido que un hombre me pague una sola cerveza. Pero tú no lo comprenderás nunca —lo apuntó con el dedo índice—. No te has enfrentado a una situación en la que te hayan echado de tu vida acomodada, de tus caprichos y de tu dinero —comenzó a gesticular—. No te has visto obligado a sudar o a limpiar la porquería de los demás para llevarte un trozo de pan a la boca. Cuando uno vive esa cara de la vida —entrecerró los ojos de nuevo—, entiende que comprar es la recompensa de tanto esfuerzo, aunque sea un calcetín —y suspiró de forma sonora.

Evan la analizó como si quisiera introducirse en su mente. Rose se asustó, sintiendo un escalofrío.

—No sabía yo que los calcetines fueran tan importantes para ti —dijo él, encogiéndose de hombros, despreocupado—. Lo tendré en cuenta como posible regalo de bodas —añadió, a la vez que se daba golpecitos en el mentón, fingiendo seriedad.

Al instante, ambos estallaron en carcajadas.

—Adelante, rubia —insistió Evan—, cómprate el calcetín —le indicó con la mano que lo precediera.

Rose le regaló una sonrisa radiante y pagó el tocador y el cesto. En un arrebató de felicidad, se colgó de su cuello y le besó la mejilla repetidas veces.

—¡Gracias!

Evan se rio, sonrojado por la atención recibida.

¡Es un nene grandullón!, pensó con deleite.

Regresaron a casa en un cómodo silencio. Bastian les dejó el coche para ir a los concesionarios, Zahira se prestó a cuidar de Gavin, y se marcharon.

Media hora después, Moore tuvo un flechazo...

—Me encanta... —pronunció ella en un hilo de voz, obnubilada ante un BMW X6, de color rojo brillante—. Esto es amor a primera vista. Lo siento,

soldado, no puedo casarme contigo, acabo de encontrar a mi alma gemela —se mordió el labio inferior, extasiada.

Él soltó una carcajada, la tomó de la mano y tiró de ella para entrar en uno de los concesionarios.

Después de recorrerse todas las marcas de automóviles de lujo y sopesar ventajas e inconvenientes, se decantaron por un Audi S7, azul metalizado. Espectacular. Se lo hubieran llevado nada más extender el cheque con el importe del automóvil, pero eso hubiera significado que la joven condujera el BMW de Bastian, y se negó en rotundo por lo grande que era, a pesar de que Evan brincaba como un niño por ser el primero en probar el coche nuevo.

Volvieron a casa. Él y Bas se marcharon a por el Audi. Ella se quedó con su amiga, que estaba acompañada de Cassandra y de Brandon. Se acomodaron en el sofá. La señora Payne acurrucó a Caty en su pecho y el señor Payne, a Gavin.

—Mañana, Zahira y yo vamos a secuestrarte, cariño —le informó Cassandra a Rose—. Quedan tres días para la fiesta de compromiso. Ya han confirmado todos los asistentes, que serán los mismos que el otro día en la boda. ¿Hay alguien a quien quieras invitar?

—¿James asistirá? —se atrevió a preguntar.

El matrimonio se miró un instante.

—Tiene un compromiso en Londres —le contestó Brandon, apenado—. Lo siento, Rose. Tampoco viene a la boda. Me contó que, pasado mañana, vuela a Europa. Dice que prefiere alejarse durante un tiempo para no interferir entre tú y Evan.

Ella asintió, entristecida. Howard era inglés, había nacido y crecido en Londres, la ciudad donde había erigido su primer hotel de lujo. Echaba mucho de menos a su amigo... Y no le había respondido las llamadas. Después de dos días telefoneándolo, sin éxito, había decidido no insistir más.

—Rose... —titubeó Hira—. ¿Y tu familia o tus amigos?

—Sí, cielo —convino la señora Payne—. Necesitamos saber tus invitados.

—Por mi parte, no hay nadie —aclaró Rose, desviando los ojos a la terraza—. La boda es muy precipitada y mi familia trabaja.

Mentira. No tenía ninguna intención de llamar a su familia.

—Aunque —añadió, sonriendo hacia Zahira—, espero contar con Stela, Sacha y Connor.

Hira y Cassandra se dedicaron una sonrisa enigmática.

—Por cierto, Rose —señaló la señora Payne, alzando las cejas—, ¿has

pensado cómo quieres que sea la fiesta de compromiso y la boda? Es que hay que decidirlo ya. Se nos echa el tiempo encima.

Aquello la pilló por sorpresa. Agachó la cabeza. Los últimos días, desde que había aterrizado en Estados Unidos, habían sido caóticos; de repente, su vida se había tornado del revés. Y había sido todo tan intenso, tan rápido y tan desconcertante, que de pensar en organizar su precipitado enlace, un enlace que ella se había visto forzada a aceptar, se le revolvían las entrañas, los nervios la paralizaban y sentía ganas de vomitar. Se tapó la cara con las manos, horrorizada.

La familia Payne era muy importante. Necesitaba un vestido de gala para la fiesta, peluquería, maquillaje, zapatos, bolso... ¡Y su traje de novia! Aunque lo primero era saber en qué consistía una fiesta de compromiso... No tenía ni idea.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó, antes de incorporarse de un salto. Se olvidó de lo que la rodeaba y caminó por el salón sin rumbo, murmurando para sí misma.

—Rose, tranquila —le pidió Brandon, que se acercó y la sujetó por los hombros—. Mírame y respira hondo. Concéntrate en mí, ¿de acuerdo?

Ella obedeció, hasta que el pánico se esfumó.

—¿Qué ocurre, cielo? —se preocupó Cassandra. Le entregó la niña a su marido y guio a Rose a la terraza. *Bas Payne* dormitaba en un rincón—. ¿Es por la boda?

Ella no lo soportó más y el nudo de la garganta explotó. La señora Payne la abrazó con dulzura y permitió que se desahogara, acariciándole la espalda como lo haría una madre con su hija, algo que echaba demasiado de menos.

—Es que yo... —sollozó—. Nunca he estado en una fiesta de compromiso, ni siquiera sé...

—Ya, tesoro —la besó en la mejilla. Sonrió con infinito cariño—. Como mañana te vamos a secuestrar —le guiñó un ojo, traviesa—, te explicaremos lo que quieras. Y, ahora, acuéstate un rato. Nosotros cuidaremos de Gavin. Son demasiadas emociones en muy poco tiempo —la acompañó a la habitación y volvió a besarla.

—Gracias... por todo... —se sorbió la nariz—. Supongo que estáis enfadados porque le oculté a Evan que estaba...

—No —la interrumpió Cassandra. Se encerró con ella. Se sentaron en uno de los *chaise longues* del sofá. Le apretó las manos con suavidad—. Mira, Rose, no te discuto que nos sorprendiera, pero ninguno te hemos juzgado, ni lo

haremos, porque no somos nadie para hacerlo. Y las razones por las que te fuiste a Europa sin contarle a Evan que estabas embarazada son tuyas y de él —suspiró—. Conozco a mi hijo. A veces, es un palurdo —frunció el ceño—, pero su corazón es noble —sonrió—. Va a ser un marido excepcional. A pesar de que está enfadado, no dudes de que cuidará de ti y de tu hijo. Está pasando por una de sus rabietas —hizo una mueca cómica—. ¿Sabes qué hacía de pequeño cuando se enfadaba?

Moore negó con la cabeza.

—Solo se enfadaba cuando lo regañaba yo —prosiguió la señora Payne, riéndose con suavidad—. Y lo regañaba mucho —arqueó las cejas un segundo—. No se despegaba de mí. Se colgaba de mi pierna como un chimpancé, envolviéndome con sus bracitos y sus piernecitas —sonrió con nostalgia, entrelazando las manos en su regazo—. A mí, siempre me ha encantado cocinar y era en la cocina donde pasaba gran parte de mi día, hasta que Brandon llegaba de trabajar. Y, claro, todo lo que yo hacía, Evan quería imitarlo —soltó una carcajada, recordando—. El problema era que él lo veía como un juego, y armaba unas... —meneó la cabeza—. Y yo me enfadaba. Lo sacaba de la cocina. Entonces, Evan se vengaba. Se metía en mi habitación —se secó un par de lágrimas con el dedo—, guardaba algo de mi ropa en una maleta y me la llevaba a la cocina. Me gritaba, llorando, que, como yo no quería estar con él, él tampoco quería estar conmigo.

Las dos se rieron.

—Yo acababa llorando como él —sonrió Cassandra—. Siempre he sido demasiado sensible, sobre todo con Evan. Y —levantó una mano en el aire para enfatizar— mis hijos tienen un problema con las lágrimas —se carcajeó—. Bastian no soporta ver a ninguna mujer llorar; la conozca o no, siempre se acercará para prestar auxilio. Kaden sale corriendo en dirección contraria, literalmente hablando. Y Evan se asfixia.

—¿Cómo que se asfixia? —quiso saber ella, extrañada.

—Se ahoga —se encogió de hombros—. ¿Por qué crees que no utiliza corbatas?

—¡No! ¿Me estás diciendo que si Evan no usa corbatas es por si ve a una mujer llorar, para no ahogarse con el nudo?

Ambas estallaron en risas.

—¡Es cierto! —insistió la señora Payne.

—Pues tiene muchas corbatas...

Espera, espera, espera...

Rose arrugó la frente. A su mente, acudió una imagen de su prometido en la boda de Bastian.

—Dios mío... —pronunció ella en un hilo de voz, dejándose caer en el sofá—. Es cierto... —observó a Cassandra—. En la boda de Zahira, una de las veces que nos gritamos Evan y yo, se me saltaron las lágrimas. Lloré sin darme cuenta.

—¿Y él se quitó la corbata? —adivinó, con una sonrisa.

—Sí... —contestó Rose, boquiabierta—. Creía que lo había hecho para estar más cómodo. Y cuando dejé de llorar, se la anudó...

—Así es mi hijo, cariño. ¡Se asfixia! —emitió una suave carcajada—. Cuando Evan era pequeño y me veía llorar —prosiguió con la anécdota—, se asustaba, se colgaba otra vez de mi pierna y me gritaba que, por favor, le diera un beso con los ojos cerrados.

—¿Con los ojos cerrados? —repitió ella, curiosamente maravillada por la historia.

—Sí. Para Evan, los besos son especiales.

—Pues tu hijo ha besado a muchas... —sus mejillas hirvieron por culpa de los celos.

—Tienes razón —apoyó una mano en su rodilla—, pero fijate bien.

—¿Qué quieres decir? —se extrañó.

—Si mi hijo Evan besa con los ojos cerrados, es que el beso es especial —sonrió.

—Todo el mundo besa con los ojos cerrados —resopló Moore, molesta.

—Él, no. Ya sea un beso en la mejilla, en la frente o en la boca, ya sea una amiga, un niño, su abuela o un vecino, si, para él, la persona en cuestión es especial, cierra los ojos antes de besarla, esté enfadado o no. Y puedes comprobarlo si buscas a Evan en internet. Estoy segura de que lo han fotografiado besando a mujeres —se levantó y caminó hacia la puerta—. Por cierto, Rose —no detuvo sus pasos—, la única vez que he visto a mi hijo besarte, cerró los ojos antes de hacerlo —y se fue de la habitación.

Rose contuvo el aliento. Se acercó al salón, se despidió de todos y le pidió a Hira que cuidara de su hijo, necesitaba asimilar... Y se marchó de nuevo al dormitorio. Se quitó los botines, el cinturón, la falda, las medias y el jersey, quedándose en ropa interior y camiseta, y se metió en la cama, con el iPhone en la mano.

La tentación era demasiado grande como para ignorarla y abrió una ventana de internet. Escribió el nombre completo de Evan en el buscador de imágenes.

En realidad, sí lo había vigilado durante su estancia en Europa. Y lo había contemplado largos minutos en las fotografías que publicaban de él. Era el padre de su bebé, y demasiado guapo como para fingir a solas lo contrario.

Había muy pocas imágenes de Evan Payne besando a mujeres, ninguna rubia, por supuesto... Y no pudo apreciar sus ojos, por lo que tendría que besarlos para cerciorarse de lo que le había dicho Cassandra.

Besarlo...

Solo de recordar el beso que habían compartido en la calle, se le erizaba la piel del cuerpo entero. Las dudas se apoderaron de ella. ¿Había sido un beso fingido, o había creído ella que era auténtico porque había deseado que lo fuera? De momento, no lo sabría. A pesar del buen día que habían pasado, no creía posible que la relación entre ellos se solucionara, el rencor era demasiado fuerte.

Se quedó dormida y, para su completo horror, no abrió los ojos hasta la mañana siguiente.

Se incorporó con premura al ver la hora en el reloj del móvil y corrió hacia el pasillo. Encontró a Evan dándole el biberón al niño en el sofá. Bastian, a su lado, en pijama, veía la tele con Caty en el hombro, que estaba expulsando los gases.

—¡Lo siento! —se disculpó Rose, enfrente de ellos—. Nunca había dormido tanto —estaba preocupada por su reacción—. De verdad que lo siento, Evan.

El mayor de los Payne ocultó una risita y el mediano, en cambio, tenía la boca abierta y los ojos muy abiertos, observándola de arriba abajo. El biberón cayó al suelo. El bebé gimoteó. Ella se agachó, cogió el biberón, limpió la tetina y, a continuación, tomó a Gavin en brazos, ajena al espectáculo que estaba protagonizando. Se lo llevó a la habitación. Evan la siguió de manera automática, pero Moore no se percató, sino que se sentó en el sofá y terminó de alimentarlo y ayudarlo a echar el aire, sin fijarse en nada que no fuera el bebé. Después, lo acostó en la cuna de viaje. Entonces, alzó la vista.

Evan se arrodilló a sus pies al instante, como si estuviera hipnotizado. Ella se sobresaltó y retrocedió, pero él no se lo permitió, le apresó las piernas con los brazos, pegándola a su cuerpo, cerró los ojos y depositó un beso excesivamente delicado en su muslo, apenas un roce.

¡Estoy casi desnuda! ¿Qué habrá pensado Bastian? ¡Qué vergüenza, por Dios!

Y, de pronto, la lengua de Evan le nubló el pensamiento y tuvo que sujetarse

a sus hombros, duros como una roca y tapados por un jersey fino. Aquella lengua recorrió su piel muy despacio, respirando de manera discontinua y sonora, emitiendo graves silbidos que lanzaron a Rose hacia el firmamento...

—Evan... —gimió antes de bajar los párpados, arrugándole la ropa.

Él colocó las manos en su trasero. Lo estrujó, mientras la chupaba y la besaba... mientras la mordisqueaba... mientras la acariciaba con los labios desde las rodillas hasta las ingles, también en los laterales... primero una pierna, luego la otra y vuelta a empezar... No dejó un centímetro sin venerar. Y la sensación era... increíble.

—Eres tan suave... —pronunció Evan en tono ronco.

Ella se mareó. Echó hacia atrás la cabeza. Le faltaba oxígeno. Carecía de fuerza para sostenerse e iba a derrumbarse en cualquier instante... Pero él, como si lo hubiera adivinado, bajó las manos unos centímetros y tiró para acomodarla a horcajadas sobre su regazo. Rose soltó un gritito ante el movimiento, agarrándose a su cuello.

Se miraron con los párpados entornados.

Evan se inclinó, cerró los ojos y...

Ella se suspendió cuando se apoderó de su boca.

Ha cerrado los ojos... ¡Ha cerrado los ojos!

Su interior rugió, victorioso.

Sin embargo, no pudo corresponderlo porque Gavin se despertó llorando en ese momento...

Capítulo 5

Evan se deshizo por enésima vez la pajarita negra del esmoquin. Era inútil. Estaba tan nervioso que le temblaban los dedos.

—Permíteme —le pidió Rose, desde el tocador, que habían colocado en el rincón libre del vestidor el día anterior.

Ella, al girarse en el taburete para levantarse, desveló sus piernas, deslumbrantes por la crema, que acentuaba la frescura de su aroma a mandarina. La larga bata que llevaba, de seda y color marfil, se cerró cuando se colocó frente a él. Alzó las manos y le anudó la pajarita despacio y con el ceño fruncido, concentrada en la tarea. Pero a Evan no le engañaba. Un tenue rubor se apreciaba en sus mofletes, todavía sin maquillaje.

En los últimos días, se había descubierto a sí mismo analizándola a escondidas. Había estudiado sus gestos y sus reacciones en cada situación, ya fuera cómo se endulzaba su sonrisa al coger en brazos al bebé o cómo se humedecía los labios al oler el chocolate caliente que Bastian preparaba.

Hacía una semana que vivían juntos y, desde que habían ido a comprar el coche, se había instaurado un agradable silencio entre ellos, sin reproches. De hecho, no hablaban, excepto para darse los buenos días o preparar los biberones del niño. Por las noches, él dormía en el sofá y Rose, en la cama. Evan se levantaba mucho antes que ella para permitirle intimidad, y también para no verla en camión...

El incidente acontecido tres días atrás no se había repetido, para su propia tranquilidad. Evan Payne había sido poseído por una fuerza desconocida que le había incitado a besarle las piernas, a acariciar su trasero y a chuparle la piel. Todavía seguía sin hallar una razón lógica para haber actuado como lo hizo...

Tampoco habían paseado por la calle juntos o probado el coche nuevo. Cassandra y Zahira la habían secuestrado por las mañanas. Por las tardes, Moore se tumbaba en la cama o se sentaba en el sofá del salón con un libro en

la mano y Gavin en su regazo. Él desaparecía en cuanto ella regresaba al apartamento: se ponía el chándal y salía a correr por el *Boston Common* largo rato, así se desfogaba, aumentaba su resistencia y la sangre no se concentraba en cierta parte de su anatomía que ni siquiera descansaba en sueños...

Corría y se ejercitaba desde el instituto. Jamás había pisado un gimnasio. Los abdominales y las flexiones los hacía en su habitación, después de correr en el parque, pero hacía una semana que los había aparcado para no molestar a Rose mientras dormía. En el último año, se había convertido en un atleta consumado por tanto como había pensado en ella, el deporte le había ayudado a relajarse; en cambio, desde hacía siete días...

—Ya está —anunció Moore, observando el resultado.

Evan se inclinó para mirarse en el espejo del tocador.

—Perfecta —musitó él—. Gracias —se acercó a descolgar la chaqueta del esmoquin, lo único que le faltaba por ponerse—. ¿Vas a tardar mucho?

—No —se acomodó en el taburete de nuevo—. En unos minutos, estoy lista. Gavin está con Bastian —abrió su estuche de pinturas.

Él apoyó los hombros en el marco de la puerta y contempló cómo se maquillaba. Sus movimientos eran delicados y cuidadosos. Se observaba a sí misma desde distintos ángulos, a la vez que se esparcía la crema de un bote diminuto, virando despacio el rostro, cerrando y abriendo los ojos, arqueando una ceja, seguida de la otra, frunciendo los labios, masajeándose la tez con las yemas de los dedos para no dejar restos blancos en su cara y en su cuello...

A continuación, comenzó a sacar cajitas negras de distintos tamaños, tubos dorados, lapiceros negros, una brocha y largos pinceles de varios grosores de la marca Chanel. Realizó una selección y lo elegido lo colocó en línea, manteniendo un orden preciso: cada objeto que iba cogiendo, de izquierda a derecha, lo utilizaba y, luego, lo guardaba en el estuche. Así era muy fácil saber cuándo terminaría, pensó Evan, con la cabeza ladeada.

—¿Nunca has visto pintarse a una de tus mujeres? —le preguntó ella en voz baja, concentrada en difuminarse una sombra en el párpado, similar al tono de sus ojos almendrados, inclinada hacia el espejo, justo debajo de la lamparita —. Me pones nerviosa.

—Yo no tengo mujeres, no soy ningún jeque propietario de un harén —contestó tranquilo—. Y, no, no he visto pintarse a ninguno de mis ligues.

—Supongo que tus ligues no lo necesitan. Tus modelos de pasarela se echan tanto maquillaje encima que les debe durar días —destapó el colorete y movió en círculos la brocha en su interior, para aplicárselo desde la mitad de

los pómulos hasta las orejas, apenas con un ligero roce diagonal.

—Supongo —sonrió, divertido—. Tú eres todo lo contrario. Es curioso.

—¿Qué es curioso? —se detuvo y lo miró a través del espejo—, ¿que el famoso Evan Payne se vaya a casar con una talla cuarenta y dos y rostro natural? —se rio sin humor.

—No —amplió la sonrisa, anotándose un punto por haber acertado en su talla—. Que te pintes es curioso. No te hace falta —se cruzó de brazos.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —exclamó él, arqueando las cejas—. Creo que tu ego me está echando de la habitación, no cabemos los tres —añadió, adrede, con humor.

Rose se rio.

—No es mi ego. Es la verdad. Soy guapa, inteligente y sé sacarme partido, aunque sea rubia —lanzó la pulla.

Evan soltó una carcajada y se aproximó. Se acuclilló y le quitó el pintalabios de la mano.

—¿Me permites? —le solicitó él, con unas inmensas ganas de recibir una respuesta afirmativa.

Ella asintió y se giró. El efecto del colorete se enfatizó. La bata se abrió, revelando sus piernas hasta la mitad de los muslos. El corazón de Evan se disparó a un ritmo vertiginoso. Rose entreabrió la boca y esperó.

—Para una mujer que habla con tanta seguridad sobre su aspecto —comentó él, sujetándole el mentón para pintarle los labios de color cereza—, las flores, los bombones y los halagos no sirven de nada.

—Que no se te olviden las cenas románticas y el beso obligatorio de despedida.

El tono que empleó poseía un matiz irritado. ¿Habría tenido muchas citas?, se preguntó Evan. ¿Habría besado a muchos hombres? Era una belleza, no cabía duda. Uno sería estúpido si no apreciara el atractivo de esa mujer.

—Vaya... —señaló él, después de chasquear la lengua y entregarle el pintalabios. Ella le extendió otro distinto, un brillo—. Y yo que creía que el romanticismo se había marchitado —ironizó. Su voz se tornó ronca—: ¿Y las joyas?

—A todas nos gustan las joyas, ya sean bisutería o el diamante más grande del mundo —hizo un ademán—, pero tampoco me tientan.

Él cerró el brillo, pero no se movió. Posó las manos en sus muslos desnudos, extremadamente suaves, deliciosamente cálidos.

—¿Y qué te tienta, rubia? —le susurró con aspereza.

Los intensos ojos de Rose chispearon, dibujando un mohín pícaro en su cara de *femme fatale* para mostrar una dentadura admirable.

—¡Oh! Ya sabes, lo típico —se encogió de hombros, coqueta—: los hombres uniformados, soldado.

Evan estalló en risas.

—Entonces, nada de flores, bombones, halagos, cenas, besos y joyas —enumeró él con los dedos mientras se levantaba del suelo—. Eres dura de roer.

Moore se volvió y comenzó a hurgarse en los cabellos para sacar un sinfín de horquillas que fue depositando en el tocador.

—Odio las flores porque se marchitan enseguida, no duran —le explicó ella. Se peinó los mechones, que estaban rizados en las puntas, retirándoselos del rostro—. Prefiero las plantas porque conllevan trabajo, paciencia, dedicación y esfuerzo. Si una planta se muere, significa que no la has cuidado bien. Me encantan los bonsáis. Siempre he querido tener uno —empezó a trenzarse el pelo a modo de fina diadema, desde una oreja hasta la otra—. Adoro los pastelitos de crema con azúcar espolvoreado, palomitas en el sofá viendo una película de animación y, en cuanto a las joyas, soy tradicional: los rubíes.

—¿Y los halagos? —destacó en un hilo de voz.

—Una mirada puede fundir el hielo —afirmó al instante, ruborizada—. Las palabras se marchitan, igual que las flores.

Se sacudió los cabellos en la espalda para que el sencillo peinado obtuviera un toque salvaje, que, combinado con la trenza, aportaba una imagen de clara confianza en sí misma, con el rostro desprovisto de cualquier mechón que obstaculizase su visión. Una mujer que no se ocultaba era una mujer sugestiva, era una mujer... peligrosa.

Él estaba alucinado. ¿Desde cuándo peinarse y maquillarse se había convertido en un arte? Todo en aquella mujer le fascinaba. Carraspeó para aclararse y se ajustó la chaqueta.

—¿Te importaría esperar un momento? —le pidió Rose, antes de correr hacia el baño.

Evan se sentó en el borde de la cama y se pasó las manos por la cabeza. Se encontraba en una encrucijada... Deseaba odiarla, pero, en ese momento, le resultó imposible. Era la primera vez que mantenían una conversación, en el completo sentido de la palabra, sin gritos, sin reproches, sin fingir. Estaban

solos, no tenían que interpretar el papel de feliz pareja enamorada. Y se habían escuchado e, incluso, reído con espontaneidad.

—¿Me subes la cremallera, por favor? —le preguntó Moore, ofreciéndole la espalda.

Se había aproximado a él y este no se había dado ni cuenta. Evan abrió las piernas y tiró de sus caderas con suavidad para que se situase entre ellas. Tembloroso, acercó la nariz a su piel de mandarina, bajó los párpados, incapaz de resistirse...

Llevo demasiado tiempo sin una mujer, es eso. Moore es rubia... ¡Es rubia, joder! ¡Detente! ¡No lo hagas! Piensa en Gavin... Piensa en Gavin... Piensa en Gavin...

Y no la besó, sino que gruñó y le subió el cierre hasta la nuca. A continuación, la empujó a un lado y se metió en el vestidor. No podía ni mirarla. No era solo la condenada mandarina, que parecía contar con poderes especiales de aturdimiento, lo que agrietaba el témpano de hielo de su corazón...

¡Es ella, joder!

Se agachó y cogió el estuche de terciopelo que había escondido debajo de las corbatas. Anduvo decidido hacia ella. Sin embargo, al entrar de nuevo en la habitación, frenó en seco. Enfundada en un vestido de encaje negro, manga corta, escote bajo, corpiño entallado y de caída libre hasta el suelo, marcando las caderas y el trasero respingón, Rose Moore estaba soberbia... Los altísimos tacones de aguja negros y los largos guantes blancos de gala completaban su atuendo... o no.

—Te falta algo —confesó él, acortando la distancia. Le tendió el estuche—. Es una parte de mi regalo de boda. Y creo que no me he equivocado.

Ella lo aceptó y lo destapó.

—¡Oh, Dios mío! —chilló—. Son... Son... ¡Oh, Dios mío! —repitió, boquiabierta.

Evan sonrió con satisfacción. Le quitó el regalo, tomó el contenido entre los dedos de una mano y lanzó el estuche a la colcha. Ella se sostuvo los cabellos en alto, respirando de una manera tan acelerada que se le iban a escapar los senos del encaje, una imagen demasiado sugerente como para ignorarla, sobre todo porque el collar de rubíes en forma de serpiente se abrochaba en el escote, quedando la cabeza del reptil sobre la cola, cuya unión descansaba entre sus insinuantes pechos.

El fogonazo de luz roja que desprendió, gracias a la tenue iluminación de la

estancia, lo cegó unos segundos. Y sus pecaminosos labios de cereza terminaron por causarle un ligero desvanecimiento.

—Yo... —titubeó Rose, tocándose el collar con miedo—. Gra... Gracias... No... No tenías por qué... hacerlo... —la timidez la dominó. El destello de los rubíes se prolongó a sus mejillas.

—Lo sé —frunció el ceño—. Mejor, no digas más —introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y respiró hondo, desviando la mirada—. Lo he hecho porque he querido. Mi intención era comprarte un anillo de compromiso para dártelo en la fiesta frente a los invitados, pero vi el collar y me recordó a ti —se encogió de hombros.

—¿Por qué? —inquirió, molesta, apretando los puños en los costados—, ¿porque soy una víbora?

—No —la contempló sin pestañear—. Porque es una pieza única.

El repentino enfado de Moore se evaporó de inmediato, igual que el aliento de él al percatarse del doble significado de sus propias palabras.

—¿Y por qué me lo has dado ahora, y no luego, delante de los invitados? —le preguntó ella en un susurro.

—Porque deseo algo más que interpretar un papel —confesó, al fin, en el mismo tono. Suspiró—. Yo te abandoné y tú me ocultaste la existencia de Gavin. No voy a explicarte por qué actué como lo hice, y tampoco voy a exigirte que lo hagas tú. Los hechos son los hechos y nada podemos hacer para cambiarlos —respiró hondo—. Hemos decidido casarnos, nadie nos amenazó con una pistola para hacerlo —negó con la cabeza—, pero no solo estará Gavin, seremos tres. Nunca nos hemos llevado bien, pero, ahora, debemos hacerlo por el bien del niño. Eso no significa que no podamos... disfrutar, o poner un poco de nuestra parte, intentar que haya unidad. ¿Quién sabe? —se encogió de hombros—. A lo mejor, nos sorprendemos y nos hacemos amigos —sonrió sin una pizca de alegría.

—¿Es eso lo que quieres? —tenía la punta de la nariz colorada, los ojos acuosos y tragaba repetidas veces, signo indiscutible de inminentes lágrimas.

Evan retrocedió, comenzando a ahogarse. Si la veía llorar...

—¿Y qué pasa con tus ligues, Evan? —insistió Rose, con suavidad, girándose para no mirarlo—. ¿Qué pasa contigo? ¿Vas a ser eternamente fiel a una esposa con la que no compartirás nada más que una amistad? Si tú... —ahogó un sollozo—. Si tú necesitas... Puedes quedar con mujeres, yo no... No te lo reprocharía... Lo único que te pido... —se irguió—. Por favor, hazlo de tal forma que no me entere. Sé discreto.

Aquello lo enfureció. La agarró del brazo y tiró.

—¿Y tú, Moore? —entrecerró los ojos—. ¿Te acostarías con otros a mis espaldas? ¿Quieres renegociar nuestro acuerdo? —esperó unos segundos en silencio y continuó, devorado por los celos—: Sé que has estado llamando a Howard.

Ella se soltó y reculó, cubriéndose la boca con las manos. Su cara estaba tan roja como el collar.

—Me dijiste que no solo habías fantaseado con él —le recordó Evan, rechinando los dientes—. También, me dijiste que no contactarías con él y lo has hecho a escondidas, como a escondidas haces otras muchas cosas —no pudo evitar lanzarle el reproche—. Por eso *me permites* —recalcó con énfasis — tener una amante, para que tú puedas tenerlo a él, ¿verdad? ¡Contéstame! —rugió, al perder la templanza.

—¡No! —se asustó—. Yo nunca... Él y yo nunca... —se detuvo. El miedo desapareció. Frunció el ceño—: ¡Ni siquiera lo he besado, imbécil! Además, no te dije que me había acostado con él, tú lo diste por hecho —lo apuntó con un dedo—. Y si te lo insinué fue para que me dejaras en paz.

—¿Que yo lo di por hecho? ¡Tú no lo negaste!

—¡Y tú me reconociste que te habías tirado a todas las solteras del hospital! ¿Cómo crees que me voy a sentir cuando vuelva a trabajar si, a cada paso, me voy a cruzar con uno de tus ligues? ¡Imbécil! —emitió un chillido agudo por la impotencia que sentía.

—¡Era mentira, joder! —se pasó las manos por la cabeza, intentando controlar sus ganas de zarandearla—. ¿Qué querías que hiciera cuando me dijiste que habías disfrutado durante diez meses viviendo con un hombre atractivo, cariñoso y rico, y con tus hormonas de embarazo disparadas?, ¿que te aplaudiera? —empezó a aplaudir, adrede—. Estupendo. Felicidades, Moore —sonrió sin humor—, me alegro mucho de que, esperando un hijo mío, te abrazaras a otro. ¡Enhorabuena! —alzó los brazos al techo—. ¡Pues no, joder! Te di tu propia medicina, nunca mejor dicho.

—Eres... Eres...

—Sí, sí... Soy un imbécil —concluyó por ella en un tono hastiado. Se ajustó la chaqueta—. Olvida lo que te he dicho antes. Tú y yo jamás seremos amigos. Jamás seremos nada, excepto los padres de Gavin —la observó con desdén—. Y, a lo mejor, te tomo la palabra y me busco una amante, pero tú, no.

—¿Tú sí y yo no? —repitió Rose, en un hilo de voz.

—Por supuesto —acortó la distancia, obligándola a levantar el mentón para

mirarlo—. Recuerda que esta es mi casa. Mi casa, mis tradiciones y mis normas —se le nubló el entendimiento por el inmenso enfado que le provocaba esa irritante mujer.

—¿Sabes qué, Evan? —le dijo ella, sonriendo con malicia—. Ahora estás de vacaciones, pero tus días libres se terminan dentro de tres semanas. Y, cuando eso ocurra, en tus doce horas de trabajo en el hospital, más las guardias, no vas a saber qué estaré haciendo lejos de ti. Podrás controlarme aquí —abarcó el espacio con los brazos—, cuando estés conmigo, pero, en el mismo momento en que salgas por la puerta, haré lo que me plazca y con quien me plazca.

—No te acercarás a ningún hombre, Moore —se inclinó, hambriento, a punto de atacar a su presa—. Nadie te tocará.

—Yo tengo las mismas necesidades que tienes tú —señaló Rose con gélida tranquilidad, estirando el cuello.

Tales palabras taladraron su estómago.

—Ni hablar. Lo haré yo —declaró Evan de inmediato.

—¿Qué? —su rostro reflejó incompreensión.

—Yo te... —sus pómulos ardieron—. Yo seré tu marido, así que te tocaré yo, nadie más.

La vergüenza inundó a ambos, aunque el duelo de miradas continuó.

—Además —agregó él, caminando hacia la puerta del dormitorio para salir al pasillo—, dentro de cuatro días, a esta hora, ya serás mi mujer. Una esposa tiene obligaciones que atender para con su marido —se giró y sonrió con satisfacción—. Soy un hombre de tradiciones, ya lo sabes, rubia.

Moore estaba atónita.

—Yo... —pronunció, desorientada. Parpadeó y frunció el ceño. Colocó las manos en las caderas y adelantó una pierna—. ¡Eres un cavernícola y un machista! Como te atrevas a forzarme, yo...

—Moore, seré más claro —la interrumpió con una serenidad que no poseía, pero que le resultó sencillo fingir—, follamos dos veces seguidas en un ascensor el año pasado; que yo sepa, fue de mutuo acuerdo —ladeó la cabeza, divertido por el intenso sonrojo del rostro de aquella rubia—, ¿o lo hiciste obligada?

—No —desvió los ojos a sus pies y dejando caer los brazos.

Los recuerdos de su escarceo amoroso retumbaron en el cuerpo de Evan, y el deseo que sentía hacia ella ganó la lucha... La alegría se esfumó. Se aproximó de nuevo y se paró a escasos centímetros, dejándose envolver por su

deliciosa mandarina.

—Mírame —le ordenó él.

Rose obedeció despacio, de repente, tiritando por un escalofrío seguido de otro.

—Te he besado tres veces desde que volviste a Boston —le recordó Evan, sin tocarla, pero abrasándose como si lo estuviera haciendo—. Nunca he interpretado un papel, ¿y tú?, ¿me has besado por los posibles rumores, porque estaba implícito en nuestro acuerdo? —y añadió en su oreja—: ¿o me has besado porque me deseabas?

Ella suspiró de forma entrecortada, pero no retrocedió.

—Evan...

—Contéstame —le exigió, dirigiendo sus fieros ojos a los suyos—. Será nuestro secreto... ¿Me deseas?, ¿sí o no?

Rose asintió, un gesto que suspendió el corazón de él.

—Quiero escucharlo de tu boca —insistió Evan, sujetándola de los brazos y pegándola a su anatomía con rudeza.

—Sí... —emitió Moore en un ronco jadeo—. Te deseo, Evan...

¡Bien, joder! Al menos, estamos de acuerdo en algo.

—Ahora, nos vamos a la fiesta —la soltó lentamente, obligando a sus manos a despegarse de ella—, porque si te beso... —gruñó, conteniéndose como nunca—. Si te beso, no será solo un beso —contempló sus labios, mordiéndose el suyo inferior con excesiva fuerza—, porque quiero tomarme mucho, pero que mucho, tiempo contigo —y se fue al salón en busca de su hijo.

Los temblores no cesaban. No había manera de que se relajara. Su fiesta de compromiso estaba en pleno auge. Trescientos invitados... Y para la boda se esperaba el doble... Pero no era eso lo que la mantenía en un constante estado de inquietud.

Evan... Solo Evan...

Su prometido no se había separado de ella en ningún momento; incluso, cuando Rose había necesitado ir al baño, él la había acompañado hasta la puerta y había esperado a que saliera.

Pero no, tampoco era eso lo que la turbaba... sino que Evan no paraba de tocarla... Le acariciaba la muñeca en círculos por encima del guante... le

rozaba la oreja con los labios... la besaba en la mandíbula... acercaba la nariz a su cuello e inhalaba su fragancia erizándole la piel... hundía los dedos en la curva de su cintura... se situaba a su espalda y se adhería como un imán... trazaba líneas en sus caderas... descansaba la mano al inicio de su trasero... Y todo de un modo distraídamente natural, pero ocultando una promesa... licenciosa.

Rose no debía olvidar que Evan Payne era un encantador nato, por lo que ese era su *modus operandi* ante una mujer, y más aún cuando tenían que fingir que estaban enamorados, y una pareja a punto de casarse no se alejaba un milímetro el uno del otro.

Sin embargo, tal idea se la hubiera creído si ambos no hubieran reconocido que se deseaban. Evan no estaba protagonizando una telenovela romántica, sino que estaba lanzando un mensaje directo, tanto a ella como al público: Rose Moore era suya.

Su nerviosismo no se apaciguaba por otra razón bastante sustancial: la manera en que la acechaba. Él estaba continuamente pendiente de ella, aunque charlase con otra persona, y era capaz de mantener una agradable y educada conversación con un invitado al mismo tiempo que fijarse en cómo miraba Rose las copas de champán que ofrecían los camareros, y solicitar una de inmediato, adelantándose a sus deseos antes de que ella abriera la boca.

Intimida... ¡Vaya si intimida!

La cena se había servido a modo de cóctel; unas doncellas, vestidas de manera impecable, de color negro y blanco, ofrecieron deliciosos canapés fríos y calientes en bandejas de plata por el gran salón, despejado de muebles y decorado con adornos navideños: guirnaldas, colgadas en los amplios ventanales que cubrían tres de las cuatro paredes, y muérdago, para aportar al evento un toque juguetón. Algunas parejas se habían besado al percatarse de que estaban debajo del muérdago; Rose, en cambio, lo había evitado. Llevaba toda la velada más pendiente de no terminar debajo del muérdago que de lo que acontecía a su alrededor.

Al fondo, donde se encontraban las estrechas y altas cristaleras que conducían al jardín, un cuarteto de cuerda amenizaba la celebración sobre un podio. Era Nochevieja, no solo su pedida de mano.

—Ya casi es la hora —les dijo una deslumbrante señora Payne, bellísima en su vestido de satén plateado.

Brandon silenció la estancia desde el podio. Cassandra se reunió con él. Rose se dio la vuelta para prestar atención.

—Queridos amigos y familiares —comenzó el señor Payne, entrelazando un brazo con el de su esposa—, es para nosotros un gran honor que hayáis acudido a la fiesta de compromiso de nuestro hijo Evan y su encantadora Rose. Gracias en nombre de todos. —La sala prorrumpió en aplausos—. Falta muy poco para recibir el año nuevo —sonrió—, y Evan ha decidido aprovechar justo este momento para decir unas palabras. ¿Hijo?

—Vamos, rubia —Evan indicó a Rose que lo precediera al estrado.

Ella, más ruborizada, imposible, asintió y caminó, bien erguida, hacia los anfitriones.

—Soy hombre de pocas palabras —declaró su prometido, sonriendo con su característica picardía, provocando carcajadas en los presentes—, así que seré breve —se giró y cogió a Rose de la mano. Su oscura mirada se incendió de inmediato—. Cometí un error al dejarte marchar a Europa. Me asusté —su atractivo semblante se tiñó de rubor—. Pero no tropezaré dos veces con la misma piedra —apretó la mandíbula un segundo—. Dentro de cuatro días serás mía y nada ni nadie te arrebatará de mi lado, ni a ti ni a nuestro bebé —inspiró hondo como si deseara serenarse—. No obstante —ladeó la cabeza y sonrió—, sé que, a veces, soy un poco difícil, pero solo a veces. —Los invitados se rieron—. Por ello, necesitarás esto cuando te saque de quicio y quieras respirar lejos de mí —sacó del bolsillo del pantalón una tela azul oscura—. Sé que es un regalo de bodas poco convencional —la observó—, pero tú no eres convencional —le entregó la tela.

Moore, aturdida por su discurso, apenas respiraba... Aceptó el...

¡Calcetín! ¡Es un calcetín!

Automáticamente, ella estalló en carcajadas, liberando toda la tensión y ahuyentando sus dudas y sus miedos. Él le guiñó un ojo y añadió:

—Hay algo dentro.

Rose frunció el ceño y metió los dedos en el calcetín. Sacó el contenido. Y se petrificó.

—Dios mío... —sostenía la llave de un coche, y no uno cualquiera... un BMW—. No me lo puedo creer...

Entonces, las lámparas se apagaron, el exterior de la vivienda se iluminó y un sinfín de confeti pobló el césped desde la azotea. Los sirvientes abrieron las cristaleras para que la gente saliera. Era medianoche. Sin embargo, ninguno se movió. Estaban todos, ella la primera, paralizados ante la visión de un BMW X6, rojo brillante, aparcado en el jardín.

—No me lo puedo creer... —repitió Moore, en un hilo de voz.

Evan, riendo, tiró de su brazo y la arrastró afuera. El frío era cortante, pero no lo sintió. La intensa emoción que la embargaba la mantenía en una burbuja hermética.

—Dios mío... —caminó despacio, alrededor del automóvil, rozando la carrocería con las yemas de los dedos—. Esto es... Me has comprado un coche...

—Sí —se inclinó a su oreja desde atrás y le susurró, en un tono aterciopelado—: Dijiste que no podías casarte conmigo porque habías encontrado a tu alma gemela. No me dejaste otra opción, rubia: o lo compraba para ti o nunca serías mía. ¿Te gusta?

Ella se dio la vuelta y agachó la cabeza. La incertidumbre la asaltó. Los invitados se olvidaron de la pareja, quedándose en el interior. El gran salón estaba alumbrado de nuevo y la orquesta acababa de retomar la música.

—Lo has hecho delante de los demás —afirmó Rose, jugueteando con la llave en la mano.

Evan gruñó, la sujetó del brazo y la apoyó contra el maletero del BMW, ocultándose así del gentío. La soltó y colocó las manos a ambos lados de su cabeza.

—Sí, te lo he dado delante de los demás —contestó, furioso, rechinando los dientes—, pero ellos solo creen que se trata de un regalo de compromiso poco común. No es un anillo, sino un coche. Y no necesitan saber más, ni siquiera lo que el regalo encierra.

—¿Y qué encierra? —se atrevió a preguntar apenas sin voz.

—Nuestro secreto.

Sus mejillas se abarataron por la respuesta. Jamás la había perturbado tanto un hombre. Nunca se había comportado de manera tímida con ninguno, tampoco había intimado con ninguno en mucho tiempo, pero, últimamente, se sentía torpe y vacilante, su seguridad flaqueaba cuando Evan Payne invadía el mismo espacio en que ella se hallaba, y más a tan escasa distancia...

—Nuestro secreto... —repitió Rose, embelesada—. Evan... Quiero...

—¿Qué quieres, rubia? —se pegó a ella, muy despacio, obligándola a levantar la mirada.

—Quiero que me beses...

Él suspiró con fuerza, bajó los párpados y... la besó.

Gimieron al instante y la pasión los desbordó. Se fundieron en un abrazo impulsivo, enredando las lenguas con cruda lujuria, con desesperación... Competían el uno contra el otro a ver quién devoraba más a quién, y ambos

deseaban ganar. Rose le sujetaba la cabeza con fuerza y Evan la aplastaba contra el BMW en un choque continuo de caderas que les arrancaba un jadeo seguido de otro. Le subió el vestido lo justo para tomarla por el trasero y alzarla en vilo, olvidándose de que cualquiera podría verlos. Ella lo envolvió con las piernas mientras él le estrujaba las nalgas.

—Ejem... —carraspeó alguien.

La pareja se detuvo de golpe. Zahira les sonreía con satisfacción.

Evan bajó a Moore al suelo y le arregló las ropas. Rose apenas respiraba por la vergüenza de haber sido atrapados.

—Me dijiste que te avisara cuando le tocara el *bibi* a Gavin —le explicó su amiga—. Alexis no quiso despertarlo a su hora porque estaba muy tranquilito, pero ahora está llorando y tiene mucha hambre —ocultó una risita—, y parece que no es el único.

La pareja se sonrojó más.

Moore se encaminó hacia el interior de la mansión. Subió al segundo piso. Evan la siguió. Caty y Gavin estaban acomodados en sendas cunas preciosas de color blanco. Los señores Payne habían comprado la de la niña cuando nació, para que Bastian y Zahira no tuvieran que llevar consigo siempre la de viaje. Y, al enterarse de la existencia de Gavin, su segundo nieto, no habían tardado en encargarse de otra idéntica. Se encontraban en una de las habitaciones de invitados, donde Alexis, una encantadora doncella de cincuenta y dos años de edad, los cuidaba para que los papás pudieran disfrutar de la fiesta.

Alexis tenía los cabellos ligeramente encanecidos y recogidos en una coleta corta y baja, con la raya lateral; sus ojos eran de un marrón muy claro, rozando el dorado; y mostraba una perpetua sonrisa entrañable, con una dentadura perfecta y blanca. Era muy menuda y de baja estatura. Se había quedado huérfana con dieciséis años y la señora Payne la había tomado como su protegida. A Alexis le encantaban los niños y, cuando terminó el instituto, le pidió a Cassandra que le dejara ser la niñera de Bastian. Ella, por supuesto, aceptó, y desde entonces estaba con los Payne.

—Acabo de preparar el biberón, señorita Rose —le anunció la niñera con el inquieto bebé en brazos, que sollozaba.

—Gracias, Alexis —le sonrió, cogió a su hijo y sostuvo el biberón.

A la derecha, estaba la cuna del niño, pegada a la pared, y situada a la izquierda, la de la niña, quien dormía plácidamente. En el centro, había un coqueto salón y, al fondo, existían dos camas individuales, separadas por una mesita de noche, debajo de la amplia ventana, cubierta por una cortina de

color marfil.

Rose se sentó en uno de los dos sillones de orejas, enfrentados y alejados por una mesa baja, a juego con el mobiliario de estilo romántico de la estancia. Se acomodó el cojín en uno de los brazos y procedió a alimentar a su hijo. Evan permaneció de pie a su lado. Alexis salió del dormitorio, permitiéndoles intimidad.

No intercambiaron palabras, aunque Moore se encontraba demasiado acelerada, todavía temblaba por el beso, el impresionante beso, breve, pero alucinante...

Cuando acostó a Gavin en la cuna, la niñera volvió y ellos regresaron a la fiesta. Y no se marcharon hasta que el último invitado se fue, de madrugada. Para entonces, Rose no se mantenía en pie sin tropezarse. Le dolían los pies por los altos tacones. No habían bailado, pero habían conversado con todos sin sentarse un solo segundo. Estaba agotada.

Cassandra y Brandon se dirigieron al salón-comedor. Los demás los siguieron. Se recostaron en los sofás. Bastian colocó las piernas de Zahira en su regazo, medio adormilada, le quitó los zapatos y le masajeó las plantas de los pies. Moore sonrió con dulzura y un poco de envidia, preguntándose si alguna vez recibiría tal mimo de su marido.

Un sirviente les llevó leche caliente, café, chocolate, agua y pastelitos. Rose se inclinó y cogió uno de crema con azúcar espolvoreado, su favorito.

—¿Por qué no dejáis aquí a los niños? —les sugirió Cassandra, reprimiendo un bostezo—. Así, no los movéis y no se despiertan ni salen al frío de la noche.

Hira emitió un murmullo incoherente que les provocó suaves carcajadas.

—¿Qué prefieres? —le preguntó Evan a Moore, tomándola de una mano.

—Lo que tú quieras —le respondió, al tragar el último bocadito.

Él se rio y le dijo:

—Espera —le limpió la boca con los dedos y seguidamente se los chupó—. Tenías azúcar.

Rose sonrió. Los ojos de ambos centellearon.

—¿Estás cansada? ¿Nos vamos a casa? —se preocupó Evan.

—Los pies y los riñones me palpitan —hizo una mueca—. Y si hubiera una cama cerca, me arrojaría a ella encantada...

Entonces, él se agachó, le retiró los tacones con suma delicadeza y la alzó en brazos contra su pecho cálido y duro. A Moore no le dio tiempo a quejarse ni reaccionar, cuando se quiso dar cuenta, Evan ya estaba caminando hacia la

puerta.

—Nos vemos por la mañana —se despidió él de su familia.

La llevó al garaje y la metió en el Audi. Después, se sentó frente al volante y condujo en silencio. El trayecto era corto, apenas veinte minutos, pero ella bajó los párpados enseguida y suspiró, feliz por primera vez en mucho tiempo.

Y así, ilusionada y dichosa, pasó los tres días previos a la boda.

Algo había cambiado en la pareja desde la fiesta de compromiso. Una exquisita timidez se había apoderado de ambos; aunque se dedicaban sonrisas tiernas, en especial si el bebé se reía por las atenciones que recibía de los dos, no habían vuelto a hablar sobre lo que sentían o sobre lo que se deseaban, y apenas se tocaban. Lo bueno era que no se evitaban, todo lo contrario.

Y las miradas que compartían... ¡Oh! Rose se derretía cuando Evan la observaba, humedeciéndose la boca, sin apartar los endiablados ojos de los labios de ella, que suspiraba de forma entrecortada y silenciaba un gemido tras otro. Gracias a la presencia de Zahira y de Bas, Rose no se lanzaba a su cuello. Con él, experimentaba fragilidad y arrojo, una mezcla de emociones que la tenían en un continuo estado de confusión.

La mañana de la ceremonia, despertaron en la mansión, lugar donde se llevaría a cabo el enlace. Evan también había dormido allí, pero Cassandra, atacada de los nervios por el acontecimiento, se encargó de que los novios no se vieran, no permitiendo que Moore saliera de la habitación para nada.

La estancia era muy amplia y elegante, y disponía de un baño privado, enorme y lujoso, de mármol rosa muy claro. Una doncella le preparó la bañera con sales de lavanda para que se relajara. Después, se cubrió la blanca lencería nueva con una bata de seda, también blanca, y se sentó en una silla, de espaldas a la ventana, con una taza de café en las manos.

—¡Ya estoy aquí, señorita! —la saludó Stela, entrando con una funda blanca en los brazos, seguida de Hira, el peluquero y el maquillador, amigos de Stela.

Stela Michel era una diosa en el mundo de la moda. Diseñaba para mujeres a nivel nacional e internacional. Había empezado su carrera creando ropa cotidiana, basada solo en vestidos, faldas y camisas, para un sector femenino de mediana edad. Luego, había aumentado su catálogo para ampliar tanto el tipo de ropa como la edad de su público. Más tarde, decidió instaurar una colección de fiesta y, desde el año anterior, también ofrecía vestidos y complementos para novias.

Stela era una mujer alta, esbelta y extremadamente elegante. Vestía por

completo de negro, aunque jamás repetía atuendo. Sus altos tacones de salón eran parte indiscutible de ella, nunca faltaban, y sus cabellos castaños siempre estaban recogidos en un moño bajo y tirante a modo de flor, con la raya lateral, mostrando su ancho mechón canoso, su distintivo especial. Caminaba con los hombros relajados y el mentón ligeramente alzado, una imagen que transmitía sabiduría y formalidad; no obstante, aquella señora era dulce, paciente, divertida y amorosa. A sus sesenta y cuatro años, era una mujer muy atractiva, con clase, educación y distinción.

Rose la había conocido hacía un año, gracias a Hira, que era su ayudante personal.

—¿Nerviosa? —le preguntó la diseñadora, con una sonrisa.

—No —mintió, acobardada.

No había dormido más de tres horas. Las náuseas se sucedían cada pocos segundos desde que se había metido en la bañera. Las ojeras, y que sus piernas no cesaban de repiquetear, revelaron abiertamente su embrollado interior. Los recién llegados estallaron en carcajadas al fijarse en Rose.

—¡No os riáis! —se quejó ella, enfadada. Se incorporó de un salto—. No es gracioso.

—¡Venga! —animó Zahira, corriendo hacia una cómoda que había junto a la puerta—. Vamos a bailar un poco para quitarnos el estrés —encendió una radio antigua, buscó una emisora de música actual y subió el volumen. Caminó hacia Rose, contoneando las caderas de forma exagerada y cómica—. ¡A mover el esqueleto!

Tiró de ella y la obligó a subirse la cama, donde empezaron a saltar como niñas. Los demás se rieron sin poder contenerse.

—Montáis una fiesta sin mí, ¿eh? —les dijo Kaden, que había entrado en ese momento.

—¡Kad! —gritaron las dos amigas, antes de agarrarlo y tirarlo al colchón.

Cayeron sobre él, en un amasijo de piernas y brazos. Kad decidió hacerles cosquillas como venganza y terminaron llorando por las carcajadas. Atraídos por el jaleo, llegaron Bastian y sus padres. El primero se unió a la fiesta de las cosquillas, mientras que Brandon y Cassandra se reían desde la puerta. Esta, de repente, se giró y empezó a gritar desde la puerta, malhumorada y haciendo aspavientos.

—¡Márchate, Evan! ¡No puedes verla hasta dentro de dos horas!

—¡Joder! —contestó Evan desde el pasillo—. ¡Tápame los ojos, pero déjame entrar! ¿Por qué ellos sí pueden divertirse y yo, no?

—¡Esa boca, Evan Payne, esa boca! ¡Vete a tu cuarto ahora mismo! —le ordenó como si fuera el niño de antaño que destrozaba la cocina de su madre y era castigado.

Cassandra dio un portazo y emitió un chillido de impotencia. Hira se lanzó a su marido, desde la cama, quien la levantó en el aire al instante, y la pareja salió de la estancia, besándose y riéndose como locos. Kaden besó a Rose en la mejilla y también se fue, junto con su padre.

—Bien —dijo la señora Payne, bajando el volumen de la radio—. Tenemos muy poco tiempo, cariño. Será mejor que empecemos ya, ¿de acuerdo? —le acarició la mejilla.

—Perdón por el jaleo —se disculpó Moore, ruborizada.

—Todas las novias necesitan liberar tensión —la rodeó por los hombros y la acompañó hasta su silla—. Y, ahora, a mimarte —la besó en la cabeza y se sentó en otra silla a su derecha.

Minutos después, Hira surgió en la habitación para peinarse y maquillarse también. Apareció con los cabellos revueltos, los labios hinchados y una pequeña mancha debajo de la oreja. Rose y Cassandra bromearon al respecto entre risas, provocando que la tensión de Moore se esfumase de su cuerpo. Se sintió ligera, fresca, contenta y, sobre todo, querida por personas que no eran su familia sanguínea, pero a quienes consideraba como tal. La emoción encogió su corazón, una mezcla de tristeza y añoranza invadió su interior. Hacía demasiado tiempo que no experimentaba tal amor...

Justo antes de que comenzaran a maquillarla, su iPhone sonó. Se levantó y lo cogió de la mesita de noche. Era un mensaje de Evan:

E: *Sé que fueron mis padres los que decidieron esto y que nosotros aceptamos por Gavin, pero... ¿estás segura de casarte conmigo?*

¿Él dudaba?, se preguntó ella, muerta de miedo.

R: *¿Por qué me dices esto ahora? No lo entiendo. ¿Es, acaso, una broma o parte de tu venganza? Porque, si pretendías hacerme daño con tus palabras, lo has conseguido.*

Esperó unos segundos interminables, hasta que el móvil volvió a sonar.

E: *Creía que para ti las palabras se marchitaban igual que las flores, y que una mirada derretía el hielo... ¿Cómo te he mirado estos días? Contéstame a esta pregunta y hallarás las respuestas de las tuyas.*

R: *Has mirado a muchas así... Te recuerdo que trabajábamos en el mismo hospital.*

E: *No he mirado a ninguna como te miro a ti desde hace ya dos años y cuatro meses.*

Rose frunció el ceño.

R: *¿Qué pasó hace dos años y cuatro meses?*

E: *Hace dos años y cuatro meses, yo estaba hablando con mi hermano Bastian en la recepción de la planta de Pediatría del hospital, cuando tú saliste del ascensor. Llevabas unos vaqueros blancos y estrechos, una camisa también blanca, sin mangas y con volantes en el pecho, un pañuelo estampado de color verde oscuro en la cabeza, igual que el bolso, y unas zapatillas blancas de esparto. Era tu primer día como enfermera de Pediatría. Mi hermano nos presentó. Rose Moore... Ese día, me prometí no pronunciar tu nombre ni en mis pensamientos. Y, como no te gustan los halagos, no te diré mis pensamientos de ese día, lo que sí te diré es esto: atrévete ahora a repetirme que miro a todas de la misma forma.*

Se le cayó el teléfono al suelo. El ruido la sobresaltó. Ahogó un grito, no solo por el susto... Se agachó y escribió, asustada... ¡Aterrorizada!

R: *¿Qué significa todo esto, Evan? No entiendo nada...*

E: *Significa que yo sí me caso contigo porque quiero, independientemente de que mis padres nos plantearan la idea por Gavin. Pero lo que no quiero es que tú lo hagas obligada. Nunca te quitaré al niño. Viviréais conmigo o ya nos organizaríamos tú y yo para que pudiéramos disfrutar los dos del bebé, pero no interpretaríamos ningún papel. Cambiaríamos nuestro acuerdo.*

Rose suspiró de manera discontinua. Su corazón se iba a escapar de su pecho en cualquier momento.

R: *No.*

E: *Vale, cancelaré la boda. No hay problema.*

Ella, rápidamente, tecleó de nuevo para aclarar su escueto monosílabo.

R: *¡No, Evan! ¡No quiero cambiar nuestro acuerdo, quiero casarme*

contigo!

E: *Joder... La próxima vez, sé más específica... Nos vemos en el altar, rubia.*

R: *Nos vemos en el altar, soldado.*

Capítulo 6

—Gracias por acompañarme —le dijo Evan a Bastian, que estaba a su izquierda, ambos de pie.

—Gracias a ti por pedírmelo —sonrió y le palmeó el hombro—. ¿Sabes? Nunca creí que llegara este día. El famoso mujeriego Evan Payne se va a casar... Ver para creer —le guiñó un ojo—. No te queda mal el chaqué.

—Soy el guapo de la familia —enarcó una ceja, fingiendo prepotencia—. Todo me queda bien —se estiró la levita de su chaqué azul, que no llegaba a ser oscuro, de igual tono que el chaleco y la corbata de seda.

Los dos se rieron.

Estaban en el gran salón, donde se llevaría a cabo la ceremonia. La asociación de su madre, Payne & Co, se había encargado de organizar la boda. Habían colocado una mesa rectangular, cubierta por terciopelo rojo, delante de las cristaleras que daban al jardín. Debajo de la mesa, comenzaba la alfombra, también roja, que se extendía hasta la doble puerta principal de la estancia; a ambos lados de la misma, había sillas de madera, sin brazos, forradas en tela blanca inmaculada, en las que ya estaban sentados algunos de los invitados, charlando animadamente entre ellos. Como la sala era tan grande y los asistentes sumaban la cuantiosa cifra de seiscientos cuarenta y ocho personas, los asientos llenaban el espacio, desde la entrada del salón. Un pequeño cuarteto de cuerda ensayaba las canciones, a la izquierda de su hermano.

—Diste en el clavo en tu fiesta de compromiso, en tu discurso —comentó Bas.

El mayor de los tres mosqueteros estaba feliz, no dejaba de sonreír, y Evan sabía que era porque estaba orgulloso de él, aunque no se lo hubiera dicho.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Evan, arrugando la frente.

—Definiste a Rose como mujer poco convencional.

—¿Por qué dices que acerté? —le extrañaron sus palabras.

—Ahora lo verás —señaló la puerta.

Cassandra y Brandon se acercaron a ellos.

—Estás guapísima, mamá —le obsequiaron ambos hermanos a su madre, cuando le besaron la mejilla.

Cassandra había elegido el azul marino para su vestido, en honor a su hijo, por ser su color favorito. El traje era largo, de corte en la cintura, falda de satén, corpiño bordado y cuyas mangas se ajustaban desde los hombros hasta las muñecas. Perfecta. El orgullo de ser su hijo emocionó a Evan.

—¡Oh, cariño! —exclamó Cassandra, lanzándose a su cuello sin previo aviso y llorando—. ¡Estoy tan feliz!

En ese momento, la orquesta comenzó a tocar la primera canción, el precioso *Canon de Pachelbel*. Los invitados silenciaron sus voces y ocuparon los asientos. Sus padres lo abrazaron por última vez y se situaron en las sillas de la primera fila, junto al padre y a la abuela de Zahira, Connor y Sacha, que sostenían a los bebés, adorables de rojo, un color que los favorecía. El sacerdote se situó detrás de la mesa.

El novio se acercó a la alfombra roja y dirigió los ojos a la entrada de la estancia. Su cuñada estaba espectacular, de un intenso rojo, a juego con los bebés y similar a sus cabellos de fuego, recogidos en la nuca. El vestido era largo, de corte en la cadera, manga tres cuartos, cerrado al cuello y con un profundo escote en la espalda, que pudo admirar porque se giró unos segundos. Sujetaba una cestita de pétalos blancos. Sonrió y empezó la lenta marcha por el pasillo, esparciendo los pétalos con suavidad.

Él escuchó a su hermano resoplar sin delicadeza y, adrede, le dijo:

—Tu bruja está preciosa.

—Mi bruja no lo está, lo es —lo corrigió Bas con una sonrisa de pura embriaguez.

Zahira los alcanzó, besó a los dos y se colocó enfrente, en su lugar de dama de honor.

Entonces, los presentes se levantaron para recibir a la novia.

Y la alegría desapareció del rostro de Evan en el instante en que divisó a Rose, acompañada de Kaden como padrino. La imagen le robó el aliento. Los nervios afloraron en su pecho y el témpano de hielo que preservaba su enardecido corazón se fragmentó por completo.

Los murmullos en el gran salón compitieron con la música. Entre las mujeres se vieron gestos de admiración, sorpresa, envidia y algún reproche de las más tradicionales. Los hombres parecían hipnotizados. No les culpó.

—Te lo dije —le susurró Bas.

A Evan le flaquearon las rodillas. A punto estuvo de caerse al suelo.

Ay, rubia, yo ya estoy perdido, pero haré que te pierdas conmigo...

No se trataba de una novia común, no... ¡Rose Moore vestía de rojo sangre!

El traje, de seda, era distinguido, inigualable... Tenía las dos manos entrelazadas en torno al brazo de su acompañante, sin ramo; el brazo derecho estaba desnudo, y el izquierdo iba cubierto por una manga larga y estrecha, hasta la muñeca; el escote era en forma de corazón, resaltando sus altos, redondeados y exquisitos senos, hasta el corte de cintura baja del vestido, en el que había cosido un fajín de dos centímetros, con diminutos cristales, que brillaban parpadeantes por sus movimientos al andar y al respirar; la falda, de volantes desiguales, poseía una abertura en el muslo derecho, permitiendo admirar su interminable pierna y un zapato rojo con el talón al aire, punta redondeada y refinado tacón; la cola, corta, irregular por el original diseño de los volantes, acariciaba la alfombra con delicadeza.

Las ondas de sus cabellos rubios se deslizaban sueltas por sus hombros; llevaba un turbante, también de seda roja, a modo de ancha tiara, con un nudo en el centro de su frente. Los labios, pintados de carmín, dibujaban una fascinante sonrisa tímida que se iba ampliando a medida que se acercaba al novio. La serpiente de rubíes era su única joya.

Sus hombros relajados y erguidos, su sereno caminar, su deslumbrante tez de porcelana y su indiscutible divinidad natural convertían a las demás mujeres en meras sombras. Normal que muchas celosas la estuvieran censurando por no vestir de blanco virginal.

—Cúidala, Evan —le advirtió Kaden, en voz baja.

Evan y su hermano pequeño se dedicaron una mirada hostil. No se dirigían la palabra desde la boda de Bastian.

Tomó a la novia del brazo para obligar a Kad a retirarse, quien gruñó, pero obedeció, y la condujo hacia la mesa, donde Hira y Bastian los esperaban, uno a cada lado.

—Queridos hermanos, familiares y amigos... —comenzó el padre Albert.

Evan y Rose tuvieron las manos entrelazadas durante toda la ceremonia; las de ella estaban sudorosas y frías, pero a él no le importó, sino que, de vez en cuando, se las apretaba o las rozaba con los dedos. Y, cuando eso ocurría, ambos sonreían, abstraídos de la realidad, pendientes solo el uno del otro.

—Os declaro marido y mujer —anunció el sacerdote.

—¿Puedo besarla ya? —quiso saber Evan, ansioso.

Los invitados se echaron a reír por su atrevimiento. El padre Albert asintió.
—Por fin, rubia...

Rodeó la cintura de su mujer, sin perder más tiempo. Rose apoyó las manos en su pecho, colorada, hermosa como ninguna. Él cerró los ojos y la besó.

Joder...

Ella lo correspondió; al principio, titubeante, temerosa, incluso, pero, en cuanto él le lamó los labios para que los separara, y así poder engullirla como tanto anhelaba, Rose envolvió su cuello, se puso de puntillas y el beso se tornó febril.

La estancia aplaudió con fuerza. Algunos vitorearon. Pero él no escuchó nada, excepto el palpar violento de su corazón y los intermitentes gemidos que emitía la garganta de su esposa, comparables a sus propios jadeos discontinuos.

Su esposa...

La enfermera Rose Moore se había convertido en su mujer, ante Dios, ante la ley y ante el mundo entero. Ese beso, indomable y urgente, lo confirmaba. Y se prometió a sí mismo enamorarla, porque lo único que codiciaba era ganarse el corazón, el cuerpo y el alma de la madre de su hijo, de su rubia... La quería a ella, solo a ella. Un amor inefable... Y no sabía cómo hacerlo, pero la conquistaría, y lo haría a través de besos y caricias, por medio de sus labios, sus manos y toda su anatomía, entregándose por entero. La haría suya en todo el sentido de la palabra, costara lo que costase.

—¡Enhorabuena, cuñados! —exclamó Zahira, entre lágrimas, abrazándolos.

Los invitados los separaron durante una condenada media hora. Después, harto y agobiado, Evan se encaminó hacia el baño para refrescarse.

Justo cuando cruzaba el *hall*, entraba una familia en la mansión. Evan se escondió detrás de la escalera, necesitaba un poco de aire, escapar del bullicio. Aunque extrañaba a su esposa, decidió permanecer oculto y espiar a los recién llegados, que, en ese momento, entregaban sus abrigos al mayordomo.

El hombre era alto, robusto, amenazador, con los cabellos rubios engominados hacia atrás, revelando unas pequeñas entradas, y de expresión autoritaria en un rostro que, seguramente, sería atractivo si sonriera, pensó, convencido. Evan entrecerró los ojos. Había algo en su cara, algo que le pinchó el estómago, pero que no supo definir.

La mujer era todo lo contrario: morena, menuda, de cálidos ojos azules y dulce rostro angelical. Sonreía a Cole y le agradecía sus servicios en un tono

frágil. Su cara también lo perturbó, incluso más que la del marido.

Los acompañaban sus dos hijos. El adolescente tenía los cabellos rubios y desordenados, ojos castaños y almendrados, estatura normal para, calculó, un chaval de diecisiete años de edad, y complexión delgada. La hija parecía mucho más mayor, quizás treinta años; era alta, esbelta, estirada, muy maquillada, de pelo oscuro y liso como una tabla, fríos ojos zafiro, y no dejaba de burlarse de su hermano, que la ignoraba adrede para molestarla; era guapa, no cabía duda.

¿Quiénes eran? Se encogió de hombros y entró en el servicio. Se refrescó la nuca y regresó al gran salón.

—Cariño —lo interceptó su madre—, busca a Rose, que el fotógrafo os está esperando en el comedor.

—¿Qué? Ni hablar —se negó en rotundo—. Quiero disfrutar de dos rubias y lo voy a hacer ahora.

—¿Dos rubias? —repitió Cassandra, frunciendo el ceño—. Evan Payne —lo apuntó con el dedo índice—, como se te ocurra...

—Me refiero a mi mujer y a una cerveza, mamá —la interrumpió, riéndose.

—Me traes en un sinvivir, hijo... —suspiró de forma teatral, pero sonrió—. Sin embargo, tendrás que posponer la cerveza. Vamos —lo empujó para que se moviera.

Él se enfadó y obedeció a regañadientes.

La hora que duró la sesión de fotos fue un suplicio. Lo bueno fue que el fotógrafo no les pidió que posaran, sino que actuaran con normalidad, así que pudo hartarse de mirar a su mujer; lo malo, el dichoso aroma a mandarina y el tierno rubor de ella... No se atrevió a besarla porque tocarla ya lo quemaba, y si la besaba...

Su familia se les unió al final, incluidos Connor y Sacha. Sacha, la abuela de Zahira, era una anciana de mirada tan clara, franca y aguda como la de su nieta, de pelo corto y blanco como la nieve, bajita, menuda y propietaria de una prominente nariz. Adoraba a Evan y siempre le pellizcaba las mejillas cuando lo veía.

También acudieron sus propios abuelos, los padres de Brandon, Annette y Kenneth Payne. La sonrisa tranquilizadora de Kad pertenecía a su abuela, una anciana de porte aristocrático, rellenita y con los cabellos grisáceos recogidos siempre en un moño sobrio a la altura de la nuca. Su padre era una copia de su abuelo, pero sin el bigote.

Eternos minutos más tarde, al fin, se dirigieron al jardín, donde habían

montado una enorme carpa blanca con calefactores. El lugar estaba dividido en tres partes. Las numerosas mesas para la comida se hallaban en el centro. El rectángulo del fondo estaba vacío, salvo por unos altavoces en una esquina, junto a la mesa de mezclas del *disc-jockey* que habían contratado.

Los camareros, en cuanto vieron aparecer a los novios, les ofrecieron bebidas y canapés fríos y calientes. Los recién casados cogieron una cerveza helada y dieron un largo trago.

—Madre mía... Tenía la garganta seca —comentó Rose, alzando las cejas—. Qué agobio de día...

—¿Te lo imaginabas así?

Ella lo observó muy seria y negó con la cabeza.

—Si te soy sincera, hubiera preferido que solo asistieran tu familia y la de Hira, nadie más —miró a su alrededor—. Hay demasiada gente. Intimida un poco.

—Si necesitas respirar, ya sabes... —bromeó él, guiñándole un ojo.

—Lástima, no he traído las llaves de mi supercoche —chasqueó la lengua.

—Entonces —posó una mano en su pecho—, me presto voluntario para realizarte la reanimación cardiopulmonar si te ahogas.

—¿Me masajearías el pecho —se acarició el escote, provocándolo a posta— y me darías aire por la boca? —se rozó los labios con los dedos lentamente.

Evan jadeó. Rose acortó la distancia, posó las manos en su abdomen y ascendió despacio hacia su cuello, que enroscó a la misma tortuosa velocidad.

—¿Por qué no empiezas ahora, soldado? —le sugirió, en tono áspero, a escasos milímetros de su boca—. Requiero oxígeno cuanto antes...

—Porque como empiece ahora, no voy a parar —la abrazó con fuerza por la cintura, excitándose a un límite indescriptible al apreciarla... Era exquisita...

—Pues no pares... —tiró de él y le chupó el labio inferior—. Nadie tiene por qué enterarse, será nuestro secreto.

—Joder...

Evan cerró los párpados, notándolos demasiado pesados. Su anatomía rugía el nombre de su mujer. Un año y veintiocho días de celibato por amarla como la amaba... O la tomaba en ese momento o tendrían que operarle de urgencia porque, a ese paso, iba a sufrir una castración por el lacerante dolor de su erección.

Pero no podían. Estaban en su boda, eran los novios.

—Bésame, Evan... Solo un beso... por favor...

—Joder... —se rindió—. Y todos los que quieras, rubia...

Se inclinó, cerró los ojos y la besó con sorprendente ternura. Le sujetó la nuca y se deleitó en su dulce boca sin prisas. Rose suspiró sonoramente, rindiéndose también. Evan le mimó los labios, los veneró con suavidad, pero, después, con ardiente agonía, jugando con su lengua hasta marearse los dos... Trastabillaron y gimieron.

Él la ciñó con un brazo por los hombros y con el otro, por las caderas, extasiado por notar cada curva de su cuerpo pegado al suyo, a la perfección... Sin embargo, un rayo de lucidez lo obligó a detenerse.

—No podemos... —pronunció Evan, con la frente apoyada en la suya, respirando ambos con dificultad.

—Sí podemos...

Atrevida y segura de sí misma, ella se apoderó de su boca, arrancándoles otro gemido, uno irregular y ronco. Se besaron con mayor rudeza, rapidez... más acelerados, más fogosos... Se adhirieron como pegatinas, incapaces de apartarse. Besarla era alucinante...

—¿Os importaría parar? —los interrumpió Bastian, con el ceño fruncido, acompañado de Zahira, que procuraba esconder las carcajadas—. La gente intenta arrimarse a vosotros y no hay manera... ¡Que sois los novios, por el amor de Dios! —añadió, gesticulando con los brazos de forma frenética.

Desorientados, los novios interpusieron una distancia prudencial entre ellos y carraspearon. Hira se llevó a Rose y él se mezcló con los invitados.

No obstante, a los pocos minutos, Zahira se acercó a Evan y lo agarró del brazo para hablarle sin que la escucharan los demás.

—Tienes que venir —le pidió ella en voz baja. Su semblante estaba cruzado por la gravedad—. Rose se ha mareado. Está en el baño.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber él, con su característica calma en situaciones de crisis, caminando hacia los servicios a grandes zancadas.

—No sé... —se angustió, retorciéndose los dedos—. Entramos en el baño y, de repente se puso pálida. Dijo que olía raro. Abrió mucho los ojos y se cayó de rodillas al suelo. No se desmayó, pero no la veo bien. Está extraña, como ida...

Evan entró en el servicio de mujeres, que estaba vacío. Al fondo, se encontraban los lavabos. Había cuatro escusados, dos a cada lado. Su cuñada le indicó con la mano el último de la izquierda, el único cerrado. Él empujó despacio y la puerta cedió: Rose estaba sentada en la taza del váter,

abrazándose las piernas contra el pecho. Su tez se había tornado blanca como la nieve y su mirada, en efecto, estaba fija en un punto infinito.

Evan se agachó a sus pies y sonrió.

—Hola, rubia.

Ella dirigió sus aterrados ojos a él.

—Hola, soldado —ladeó la cabeza. No varió su expresión—. ¿Has venido a rescatarme?

Evan tragó saliva. Escondió el pánico que le causó tal pregunta.

—Por supuesto. ¿Adónde quieres ir?

—Contigo, al fin del mundo... —suspiró de manera entrecortada.

Una lágrima descendió por su mejilla, lágrima que él le secó con el dedo y aprovechó para acariciarla. Estaba demasiado fría... Inmediatamente, Evan se quitó la levita y la tapó con ella. Rose se dejó hacer, no se quejó ni se inmutó.

—¿No tienes hambre, rubia? —probó suerte—. Porque yo estoy famélico. La comida está a punto de servirse.

—¿Puedo comer hoy? —el terror de su mirada se incrementó.

Hira ahogó una exclamación.

¿Puedo comer hoy? ¡¿Qué cojones significa eso?!

Él necesitó de todo su autocontrol para no zarandearla y que le explicara lo que sucedía. No era la primera ocasión en que trataba con personas en estado de shock... Pero ¿qué demonios había pasado para que su mujer estuviera en estado de shock?

—Evan... —estiró las manos temblorosas y le rozó la cara—. Yo también tengo hambre... Quiero comer... por favor...

¡¿Qué?!

—Claro que sí, rubia —se levantó y la ayudó a incorporarse.

Ella le tendió la chaqueta y caminó hacia el lavabo para refrescarse la nuca.

Evan y Zahira se miraron sin comprender y muy, pero que muy, intranquilos.

—¿Qué le pasa? —quiso saber su amiga, en un susurro.

—No lo sé —musitó sin perder de vista a su esposa—, pero lo averiguaré.

Regresaron a la fiesta, se estaba desarrollando el cóctel previo al banquete. Sin embargo, Rose cambió por completo: la chispa de su mirada exótica se había apagado y su sonrisa se había extinguido. Él le hablaba, incluso le gastaba bromas, pero ella no reaccionaba.

Justo cuando acudieron a la mesa nupcial para sentarse, una mujer morena y menuda, la que él había visto en la entrada de la mansión después de la

ceremonia, se chocó con ellos. Rose, entonces, desorbitó los ojos.

—Estás preciosa, Lizzie —pronunció la desconocida, con la mirada acuosa.

¿Lizzie?

—Lo lamento, señora, pero no la conozco —le dijo Evan, con una sonrisa educada, extendiendo la mano para la correspondiente presentación.

La mujer se acobardó, encogiendo los hombros, pero estrechó su mano, aunque con cierta debilidad.

—Soy... —carraspeó—. Soy Jane Moore, la madre de Lizzie.

—¡Ros! —gritó alguien a su espalda.

¿Ros? Hacía mucho tiempo que no escuchaba su apodo; de hecho, solo existía una persona en el mundo que la llamaba de esa manera. No podía ser cierto... ¿o sí?

Rose se giró y descubrió a su hermano, a escasos metros de distancia, sonriéndole con adoración, como siempre hacía cuando era niño. Su hermano pequeño... Jamás olvidaría esos ojos castaños y almendrados, iguales que los suyos, y ahora también iguales que los de Gavin.

—Dios mío... Ash...

Se cubrió la boca abierta, avanzó un paso y se detuvo. Él la imitó. Se miraron los dos llorando. Y, a la vez, corrieron a encontrarse el uno en los brazos del otro. Se apretaron con fuerza, temerosos de que aquello fuera un sueño. Rieron de forma entrecortada. Se tocaron la cara y el cuerpo para cerciorarse de que eran reales.

—¡Cuánto has crecido, Ash! Estás guapísimo y muy alto —le obsequió, sujetándose a sus antebrazos, delgados, pero resistentes.

—Ya te dije que iba a ser más alto que tú —le contestó su hermano, irguiéndose con fingida arrogancia.

Era cierto, pues ella le alcanzaba la nariz, y eso que llevaba tacones.

—¿Y este pelo? —le alborotó los cabellos rubios, entre carcajadas—. ¿Es la nueva moda en el instituto?

—A las chicas les gusta mi pelo —se encogió de hombros, ruborizado.

Ella se puso de puntillas y lo abrazó de nuevo, suspirando como si soltase una pesada carga. ¡Cuánto lo había extrañado!

Su marido se acercó.

—Hola —saludó, tendiéndole la mano—. Soy Evan.

—Yo, Asher, pero puedes llamarme *Ash* —se la estrechó, sacando pecho, un gesto que divirtió a Rose—. Soy su hermano pequeño, pero solo en edad, ¿eh?

Evan y ella se echaron a reír.

—En realidad, se llama Benjamin Asher Moore —le explicó Rose—, pero odia su nombre.

—Tengo dos nombres, pues elijo el único que me gusta —se quejó el adolescente, enfurruñado—. Igual que tú, ¿no?

—¿Eso que quiere decir... Lizzie? —indagó su marido, con una sonrisa traviesa, cruzándose de brazos.

—¿No lo sabes? —inquirió su hermano, arqueando las cejas, sorprendido—. Evan —le palmeó la espalda con graciosa confianza—, te has casado con Elizabeth Roselyn Moore. Y, por cierto, también odia su nombre.

Los tres estallaron en carcajadas.

—Creo que a mi marido le pasa lo mismo que a mí —apostilló ella, atrevida—. Solo me llama por mi apellido o...

—*Rubia* —concluyó Evan por ella.

Sus ojos color chocolate negro soltaron chispas enloquecedoras que a punto estuvieron de disolverla en la tarima blanca del suelo, de no ser por...

—Lizzie...

La voz de Jane Moore la obligó a darse la vuelta.

—Mamá...

Su madre agachó la cabeza y se sorbió la nariz. El corazón de Rose se estremeció. Estiró los brazos y la envolvió con ellos, incapaz de contenerse un segundo más.

—Princesita... —le susurró Jane, entregándose al gesto—. Cuánto te he echado de menos...

Rose gimió de alivio al escucharla. *Princesita...* Sonrieron y se cogieron de las manos, llorando de felicidad.

—Estás guapísima, mamá.

Jane Moore había sido siempre una mujer bellísima por la bondad que transmitía su rostro celestial, de facciones suaves, pestañas interminables, pómulos altos y piel albina. Sus hermosos ojos azules eran profundos y muy expresivos. Por desgracia, su mirada era su mayor defecto... Su madre había pasado la mayor parte de su vida enclaustrada en una amarga soledad y sus intensos ojos siempre la habían transmitido.

Eran de la misma altura, pero Rose parecía más grande porque Jane era mucho más delgada, demasiado... lo notó al estrecharla entre sus brazos. Prácticamente estaba en los huesos, aunque no se apreciaba mucho porque su vestido verde oscuro era suelto y caía desde la cintura hasta las rodillas.

—Tú sí que lo que estás, princesita —la besó con fuerza en la frente—. Me encanta tu vestido.

—El vestido es pasable —comentó una voz femenina ligeramente aguda—, pero no es el de una novia. ¿En qué estabas pensando, Liz?

La respiración de Rose se alteró. Su madre le propinó un apretón, para infundirle ánimos.

—Melinda —articuló ella, escueta y seria.

Ahí estaba su hermana... Y, a pesar de haber transcurrido nueve años, el rencor regresó y laceró su interior, como antaño.

Melinda la analizó sin pudor, con una sonrisa de satisfacción que se instauró en su cara estirada, operada y maquillada hasta el infinito.

—Has cambiado, Liz —soltó una carcajada—. ¿De rojo? Debe de ser una tradición en Boston que la novia vista de rojo, ¿no? Aunque —se inclinó, era diez centímetros más alta—, si es cierto lo que cuentan, no me extraña que descartaras el blanco, sinónimo de pureza. Eso nunca ha ido contigo, ¿verdad?

Fue a replicar, furiosa, pero su marido se le adelantó.

—¿Y tú quién eres? —quiso saber Evan, con tranquilidad gélida, rodeando la cintura de Rose.

Ella se sonrojó por el gesto protector; no lo necesitaba, pero lo agradeció.

—Soy Melinda, su hermana —respondió, aleteando las pestañas. A continuación, se retiró los negros cabellos para mostrar el, más que descarado, escote—. Es lógico que no me hayas ubicado, no nos parecemos en nada.

—Estoy totalmente de acuerdo —contestó él, sin variar el tono—. Y acabo de comprobarlo. Mi rubia es tan bella como tu madre.

Melinda se congeló instantáneamente por el merecido insulto recibido. Jane, Ash y Rose, por el contrario, procuraban ocultar las carcajadas, aunque se convulsionaban sin control.

—Y, por cierto —añadió su marido—, nunca he visto una novia más guapa que la mía —acto seguido, tomó por la nuca a su esposa, bajó los párpados y depositó un beso abrasador en sus labios. Fue veloz, pero la dejó tiritando.

En ese momento, los señores Payne se acoplaron a la reunión.

—¿Nos presentas, cariño? —le pidió Cassandra, con una deslumbrante sonrisa.

—Claro —convino ella, encantada de alejarse de Evan; de repente, necesitaba oxígeno, hacía demasiado calor.

Las dos consuegras simpatizaron al instante.

Brandon se disculpó y realizó los cambios pertinentes para que la familia Moore se acomodase en la mesa nupcial, en el centro de la carpa, junto con los Payne. Y, como era espaciosa, no hubo ningún problema.

—¡Qué bien, Ros! —exclamó Ash, alzándola en el aire.

—¡Bájame, idiota! —se quejó entre risas—. ¡Vas a destrozarme el vestido!

—Tienes razón —señaló su hermano, obedeciéndola—. Has engordado un poquito, ¿eh?

Ella le golpeó el brazo, entre risas, pero la diversión se esfumó instantes después, cuando Anthony Alexander Moore surgió ante sus ojos. De manera insintiva, Rose se situó detrás de Asher en un acto reflejo.

—Supongo que usted es el padre de Rose —comentó Brandon, tendiéndole la mano—. Es un placer —sonrió—. Soy Brandon, el padre de Evan.

—No sé quién es Rose —contestó, con su característica expresión de altivez—. Yo soy Anthony, el padre de Elizabeth, su nueva nuera, según tengo entendido —estrechó su mano.

La tensión se instauró en el lugar. Su hermano gruñó, su madre se encogió, Melinda sonrió, la familia Payne se quedó boquiabierta y ella...

—Ven aquí, Elizabeth —le ordenó Anthony en tono autoritario.

Temblorosa y tragando saliva sin cesar, Rose avanzó. Las náuseas le sobrevinieron, pero consiguió ignorarlas.

Su padre... no había cambiado nada, excepto por un incremento considerable de arrugas, pero su aspecto fornido, su postura regia, su prominente mentón siempre levantado con presunción de superioridad, su ceja alzada con prepotencia y sus impávidos ojos castaños, continuaban exactamente igual.

—Papá.

—Quiero ver a mi nieto —le exigió Anthony, sin un saludo, un beso, nada...

—Pero la comida...

—Ahora —la interrumpió, tajante.

Evan caminó hacia ellos, tensando la mandíbula con excesiva fuerza.

—A solas con mi hija —enfaticó su padre, que la agarró del brazo y la arrastró hacia el interior de la mansión.

Ella tuvo que correr porque se tropezaba con los tacones y la cola.

—De eso nada —se negó su marido, obstaculizándoles el camino cuando

entraron en el gran salón.

—Evan... —pronunció Rose, con gotas de sudor en las manos y la nuca.

—Fuera de mi camino —sentenció Anthony, bien erguido.

Evan respiró hondo y entrecerró la mirada, cargada de una ira escalofriante.

—Seré preciso, señor Moore. Está usted en mi casa —recalcó él en un tono glacial—, su hija es mi mujer y su nieto es mi hijo, así que se lo diré una sola vez: se sienta ahora mismo en la mesa o se marcha de aquí. Usted decide.

Ella contuvo el aliento.

—Evan, no te preocupes... Mi padre solo...

—Le diré a Alexis —la cortó su marido, con los ojos fijos en el señor Moore— que nos avise cuando se despierte Gavin. Solo entonces, tu padre lo conocerá, antes no —y le añadió a ella—: Mi casa, mis normas, ¿recuerdas?

Aquello fue muy cruel...

Rose se soltó de su padre, se recogió la falda y, llorando, salió corriendo de la estancia. Subió la escalera y se encerró en la habitación de los niños.

—¿Señorita Rose? —la niñera se aproximó, alarmada.

—Déjame sola, por favor —le rogó, reteniendo las lágrimas para poder hablar.

Alexis asintió y se marchó. Rose se arrodilló a los pies de la cuna de su bebé, metió los dedos a través de los barrotes y acarició su manita.

A los dos segundos, la puerta se abrió.

—Sigues siendo la misma tonta de siempre, Liz. ¿Cuándo aprenderás?

—Olvídame, Melinda —escupió ella, incorporándose—. Sal de aquí. Los niños están durmiendo.

Su hermana taconeó aposta al acercarse. Los bebés gimotearon por el ruido, pero se calmaron.

—¿Cuánto tiempo te costó, Liz? —ladeó la cabeza y se contempló las uñas de color fucsia, iguales que su vestido, excesivamente corto y tan entallado que parecía su segunda piel—. La última vez fueron dos años. ¿Y ahora? —apoyó las manos en su cintura y estiró la espalda, segura de sí misma—. ¿Cuánto has esperado esta vez para abrirte de piernas? Y, ¿cómo lo hiciste?, ¿lo emborrachaste? Porque tendría que estar muy ciego para acostarse contigo, otro como Devlyn —se rio.

Rose la agarró de la muñeca y tiró hasta sacarla al pasillo. Cerró tras de sí y la apuntó con el dedo índice.

—No lo nombres delante de mí —sentenció, con un nudo en la garganta que

le impedía respirar con normalidad. El llanto había sido reemplazado por la rabia, el resentimiento y el odio—. Vete a la carpa, Melinda. Te prohíbo que te acerques a mi hijo, ¿te queda lo suficientemente claro?

—¿Estás segura de que es tuyo? Quizás, tu mente trastornada lo robó de un hospital. Eres una vulgar enfermera, como mamá.

—¡Cómo te atreves! —le gritó, conteniéndose, lo que ansiaba era abofetearla—. ¡No insultes a mamá y, mucho menos, a mi hijo!

No debería asombrarse, tenía que estar acostumbrada a la crueldad de su hermana mayor.

—Si yo fuera Evan, me haría las pruebas de paternidad —insistió Melinda en su ataque—. ¡Vaya forma de atraparlo! Te concedo el mérito. Supongo que eso demuestra los buenos valores que tiene tu maridito. ¿Te presentaste con un bebé cualquiera para que se viera obligado a casarse contigo? —se dio varios toquecitos en la barbilla—. Parece que no eres tan estúpida, al fin y al cabo.

—¿Has terminado? —se cruzó de brazos.

—No, Liz —chasqueó la lengua, divertida—. Me preocupa que te hayas casado con un hombre que no te ama, nada más —sonrió con malicia.

—Eso no es asunto tuyo —se sonrojó, desviando los ojos al suelo.

—¡No me lo puedo creer! ¡Estás enamorada de él! —estalló en carcajadas—. Qué pena me das, Liz —le rozó la mejilla con la uña—, qué pena...

—¡No me toques! —retrocedió hasta chocarse con la pared.

—Eres escoria al lado del famoso Evan Payne —le susurró al inclinarse—. Bueno —se encogió de hombros, indiferente—, eres escoria al lado de cualquiera, sea hombre o mujer. Él es muy guapo —se humedeció los labios— y está para comérselo, justo mi tipo de hombre, pero tú... —la examinó de arriba abajo y se rio, palmeando en el aire—. ¡Qué te has hecho, por Dios! ¡Eres *Moby Dick*! —sus carcajadas resonaron por el espacio creando eco.

—¿Rose? —pronunció Zahira, de repente, en el rellano de la escalera.

Las hermanas Moore la observaron, sobresaltadas por la intromisión. Hira fruncía el ceño, mala señal... ¿Las había oído?

—Nos vemos en la mesa —anunció Melinda—. No tardes, Liz, que eres la novia, aunque vayas de rojo —se volvió a reír y se fue.

Rose se apoyó en la pared y se deslizó hacia el suelo. Expulsó el aire que había retenido. No le hacían daño los insultos de su hermana, ni de nadie, respecto a su cuerpo. No obstante, que le hablara de Devlyn... Eso sí que le revolvió las entrañas.

—¿Rose? —su cuñada se agachó y la tomó de las manos—. Todos

preguntan por ti y, hasta que no te sientes, el banquete no empieza. Ven, vamos —la ayudó a levantarse—. Retoquemos a la novia más guapa del universo —la rodeó por los hombros con cariño y se dirigieron a la habitación donde se habían arreglado para la ceremonia, un par de pasos más adelante.

Zahira le retocó el maquillaje, potenciando el colorete porque estaba muy pálida. Después, descendieron a la primera planta.

Su amiga era la persona más buena y comprensiva que había conocido. Había sufrido durante años, a pesar de su corta edad —contaba con veintitrés años—. Sabía en todo momento qué decir y qué hacer para animar a alguien. Lo mejor de su personalidad era que no agobiaba ni interrogaba, sino que esperaba dispuesta a escuchar siempre que uno la necesitase.

—Hola... —titubeó Evan, cuando las dos entraron en el gran salón, desde un rincón.

Ambas se detuvieron. Hira sonrió y los dejó solos.

—Lo siento —se disculpó él, serio, con las manos en los bolsillos del pantalón.

Estaba maravilloso en su chaqué azulón.

Maravilloso...

Cuando lo había visto al pie del altar, Rose se hubiera desmayado, de no ser por Kaden, que la había mantenido sujeta. Y su mirada... Esos ojos endiablados la habían desnudado en un instante... No supo cómo logró alcanzarlo, porque había caminado por la alfombra roja con temblores en las piernas. Melinda estaba equivocada: Evan Payne deseaba a Rose Moore, ahora Rose Payne.

No era amor, porque un seductor como él era incapaz de enamorarse, más bien lo contrario, encandilaba a todas, sin excepción. Sin embargo, para ella, de momento, era suficiente el deseo que sentían. Rezaba cada noche para que no le fuera infiel, para que no se arrepintiera de su acuerdo, para que no la abandonara por segunda vez y para que cesara en querer vengarse. Rezaba, también, para que la viera como a una verdadera mujer, para que la abrazara con cariño, para que se permitiera conocerla, para que la amara... Rezaba demasiado.

—Evan, yo... —agachó la cabeza, con las lágrimas a punto de estallar de nuevo.

—No, rubia —le alzó la barbilla—. Perdóname por lo de antes. No me refería a que acataras mis órdenes. Sé que no estuvo bien, pero si me comporté así fue por la manera en que te trató tu padre —rechinó los dientes—.

¿Siempre ha sido así?

Rose asintió, tragando saliva. Se perdió en su mirada, olvidándose de su padre, del pasado...

—Bésame... —le rogó ella, envolviéndole el cuello con los brazos—. Por favor, soldado...

No hizo falta repetírselo. Evan le acunó la cara entre las manos, bajó los párpados y la besó con infinita dulzura, de forma casta, pero... devastadora.

Los besos de Evan, en efecto, eran especiales. Y los necesitaba para borrar la ansiedad de su interior. Ver a su familia, después de nueve años, estaba siendo un duro golpe, pero que muy duro.

Se separaron lentamente. Él le besó los nudillos con los ojos cerrados. Rose gimió, feliz por el gesto. A continuación, la abrazó por los hombros, ella, a su vez, por la cintura y regresaron a la carpa.

Los invitados aplaudieron en cuanto aparecieron.

—¡Ya era hora! —bromearon algunos.

La pareja se rio y se sentó en la mesa nupcial, idéntica a las demás: redonda, con manteles blancos bordados con fondo rojo y velas en el centro. Cassandra, Zahira y las integrantes de la asociación Payne & Co al completo, habían realizado un trabajo magnífico a la hora de organizar la boda, siguiendo las preferencias de la novia.

La mañana que Hira, Cassandra y Brandon se la habían llevado, había sido para conducirla al taller de Stela Michel. Los señores Payne le habían regalado el vestido. Rose había discutido con ellos, pero sus suegros habían ganado la batalla. Lo más divertido de aquel día fueron las caras que habían puesto cuando ella decidió que su traje sería rojo, no blanco. ¡Habían palidecido! No obstante, sonrieron y le aseguraron que, por supuesto, la apoyaban en todo. La diseñadora había cosido con sus propias manos el vestido de novia, trabajando de madrugada, incluso. Ese había sido uno de los mayores regalos que había recibido Rose. Y, a partir de ahí, la ceremonia se centró en el color rojo.

Y, ¿por qué el rojo? Porque recordó su precioso collar de rubíes. Él se lo había comprado sin saber que era su piedra favorita, había acertado. Además, se lo había entregado en el dormitorio, sin interpretar ningún papel, a solas ambos, y alegando que le había recordado a ella, *una pieza única*, habían sido sus palabras. Por eso, Rose pensó en devolverle el regalo, vistiéndose de rojo. A Evan Payne era muy complicado sorprenderlo, pero quiso hacerlo, quiso fascinarlo... Lo hizo por él. Siempre, todo era por él.

Los asistentes al enlace se habían quedado atónitos ante su aparición, del brazo de Kaden, a quien había elegido como padrino sin dudar. La joven había escuchado comentarios de algunas mujeres a medida que avanzaban por el paseillo, y halagos por parte de los hombres, pero no le habían importado en absoluto, precisamente por el modo en que Evan la había mirado. Y su solemne figura masculina, su inconcebible atractivo, su sensual sonrisa... la habían abstraído de lo demás. Era cierto que las novias se tranquilizaban en cuanto su mirada se detenía en la del novio nada más verse en el día más importante de sus vidas, una mirada que había sido inolvidable...

—Buen provecho —dijo la señora Payne, colocándose la servilleta sobre las piernas.

Rose se sentó a la derecha de Evan, después, estaban Anthony, Jane, Ash, Melinda, Kaden, Zahira, Bastian, Brandon y Cassandra.

—¿A qué te dedicas, Evan? —se interesó Jane—. He leído en la prensa que eres médico. ¿De qué campo?

—Oncología —respondió él, sonriendo con orgullo—. En realidad, todos somos médicos, mis abuelos también lo eran.

—¿Y todos de la misma especialidad? —quiso saber Jane, sonriendo también.

—Mi hermano Bastian es cirujano pediátrico, mi padre es pediatra también —le explicó Evan, rodando despacio la copa de vino blanco entre sus dedos—, pero antes se dedicaba a la neurología en el *Boston Children's Hospital*; desde hace unos años, es el director. Mi hermano Kaden, en cambio —lo señaló con la cabeza—, es neurocirujano. Y mi madre es cirujana, aunque ya no ejerce —le guiñó un ojo a la aludida.

—¿Y dónde trabajas?

—En el Hospital General de Massachusetts, con mis hermanos —bebió un trago.

—¿Ah, sí? —se ilusionó la señora Moore, de repente—. Yo trabajé unos meses allí.

—¿Has vivido aquí, mamá? —se sorprendió Rose, igual que los demás.

—Estudié aquí —la corrigió, con su dulce sonrisa.

—¿Eres también médico? —le preguntó Cassandra.

—Solo es una enfermera —escupió Anthony, con indiferencia—. Yo sí soy médico, igual que mi preciosa hija —sonrió a Melinda con los ojos brillantes.

—¡Papá! —se quejó Ash.

Jane y Rose agacharon la cabeza. La familia Payne al completo, en cambio,

gruñó.

—Su *preciosa* hija es enfermera —enfaticó Evan, estrujando los puños sobre el mantel.

—He dicho *preciosa* —aclaró el señor Moore, arqueando las cejas con insolencia.

—Y yo le he dicho que...

—Evan, ya basta —lo regañó Cassandra, firme y tajante, imaginando lo que venía después.

—No importa —se rio Anthony—. Melinda es preciosa. Elizabeth... Bueno —bufó con desagrado—, es idéntica a su madre, con eso queda todo dicho.

Evan se incorporó de un salto, rabioso, y se dirigió al baño, donde se perdió de vista. Rose se incorporó, pero su padre la sujetó del brazo.

—Siéntate ahora mismo, Elizabeth.

Y todavía no nos han servido el primer plato...

Cuando su marido regresó, ella se fijó en sus nudillos enrojecidos. El banquete transcurrió en un silencio incómodo. Nadie abrió la boca, excepto para comer o beber.

Nueve años sin ver a Anthony Alexander Moore, nueve años felices sin él, y justo tenía que aparecer el día de su boda...

Capítulo 7

Evan necesitaba un oculista: lo veía todo rojo.

—Toma —Bastian le tendió una copa de *whisky* solo con hielo—. De un trago. Ayudará a que te calmes.

Él obedeció, pero el resultado fue en vano.

—Menudo suegro te ha tocado —comentó Kaden, que se acercó a ellos, arqueando las cejas—. Es todo un personaje... —silbó.

—¿Vienes a burlarte? —inquirió Evan—. Bastante he soportado tu actitud de mierda desde la boda de Bastian como para que te recrees en esto. Ahórratelo.

—No, tío —sonrió, mostrándose arrepentido—. Lo siento. Me equivoqué. ¿Hermanos otra vez? —le tendió la mano.

Él meneó la cabeza y le revolvió los desordenados cabellos a su hermano pequeño. Luego, se abrazaron. Aquello tranquilizó un poco su interior.

Estaban en un rincón del fondo, donde se desarrollaba el baile. En esa zona de la carpa, se encontraban la mayoría de los invitados; los demás se habían sentado en torno a las mesas que ocupaban la fila pegada a la pista. Había dos barras enfrentadas, una en cada lateral; a la izquierda, se servían el alcohol y los refrescos, y a la derecha, pastelitos, chocolates y gominolas. Vio a Zahira, Rose y Ash llenando un plato cada uno con dulces.

—Tu cuñada... —resopló Kad, dirigiendo los ojos a Melinda, que coqueteaba con un hombre casado de la edad de su padre—. Ha intentado ligar conmigo antes. Es imposible que sea médico...

—Pues créetelo —apuntó Bas, tras apurar su *gin-tonic* y entregarle la copa vacía a uno de los camareros que pasaban por la carpa con bandejas recogiendo platos o vasos sucios—. Jordan conoce la reputación de Anthony Moore. Resulta que es uno de los mejores cirujanos plásticos de Nueva York. Regenta su propia clínica, que heredó de su padre. Melinda trabaja con él.

—¿Qué? —exclamó Evan, boquiabierto—. ¿Ese cabrón es cirujano

plástico?

—Cuando el padre de Zahira se quemó en el incendio hace nueve años —comenzó su hermano mayor, que frunció el ceño y adoptó una actitud de gravedad—, estuvo once meses ingresado. Se sometió a treinta y seis operaciones sin éxito. Jordan buscó por todo Estados Unidos a eminencias en cirugía plástica, una de esas eminencias era Anthony Moore.

—Presiento el final de la historia... —masculló él, cruzándose de brazos.

—Jordan contactó con él por teléfono. Quedaron en reunirse en la clínica de Moore. Estuvo esperando en una sala durante cuatro horas y, en cuanto entró en su despacho, Moore le dijo que no operaría a Connor, que se buscara a otro, que no malgastaba el tiempo con casos perdidos.

—Joder... —pronunciaron Evan y Kaden en un hilo de voz.

—Zahira no lo sabe —les aclaró Bastian, apretando la mandíbula por el enfado que sentía—. Jordan me ha pedido silencio.

—¿Creéis que lo sabrá Moore? —preguntó él, observando a Rose.

Kad se echó a reír. Evan lo miró.

—Y ahora, ¿qué pasa?

—Que ya no es Rose Moore —le explicó su hermano pequeño con diversión—. Ahora es Rose Payne. ¿Tanto te cuesta decir su nombre? —le palmeó el hombro—. Tengo entendido que tiene varios... Ash la llama *Ros* —enumeró con los dedos—; Melinda, *Liz*; su madre, *Lizzie* y *princesita*; su padre, *Elizabeth*; tú, *rubia* y *Moore* y los demás, *Rose*. Creo que nunca he conocido a nadie con tantos apodos... —hizo una mueca cómica.

Los tres estallaron en carcajadas.

—¡Evan, cariño! —le llamó su madre, corriendo hacia él—. ¿Dónde está Rose? Tenéis que bailar. Ya es la hora. Voy a avisar al DJ. Tu vals favorito, ¿no, cielo?

—Claro. Voy a buscarla —asintió Evan.

Le encantaba bailar y era la excusa perfecta para estrechar a su mujer entre sus brazos. Caminó hacia ella.

—Señora Payne —dijo él, posicionándose frente a la, en efecto, nueva señora Payne—, ¿me concede este baile? —le guiñó un ojo y le ofreció la mano.

En ese instante, comenzó el *Vals No. 2* de *Dimitri Shostakovick*, el preferido de Evan desde que era un niño. Los invitados se percataron del cambio drástico de la música y abrieron la pista en un amplísimo círculo. Los que estaban sentados se levantaron. La iluminación se atenuó para favorecer el

romanticismo y un gran foco blanco alumbró el círculo. Todos observaron a la pareja, que se hallaban en un lateral. Zahira aplaudió con entusiasmo y Ash sonrió.

Rose apoyó el plato de los pastelitos en la barra de los dulces y, seria, llevó a cabo una reverencia dramática perfecta. Él se contuvo para no besarla allí mismo. Su señora Payne aceptó su mano, bien erguida, igual que si se tratase de una reina de otro siglo. Evan la imitó con su gracia seductora natural y la condujo hacia el centro. Contó mentalmente el compás mientras posaba la mano derecha en su espalda.

—¿Preparada, señora Payne?

Ella, al fin, sonrió. Él se cegó... Y la guio hacia las alturas, porque con Rose volaba. Era una cursilería, lo sabía y lo reconocía, pero así se sentía con esa beldad de mujer.

Bailaron con suavidad y maestría. Él había aprendido los bailes de salón gracias a que su madre, una apasionada de la música clásica, le había enseñado siendo pequeño. Como estaba todo el día enganchado a la pierna de Cassandra, ella había aprovechado para compartir su afición con él. Y él lo había disfrutado.

Evan la deslizó por el espacio, maravillado por la confianza que su esposa estaba mostrando, moviéndose de manera fluida, permitiéndole el mando, abandonándose a él. Evan se separaba y la obligaba a girar sobre sí misma para, después, atraparla de nuevo entre sus brazos, sin perder el ritmo ni la armonía conjunta de las oscilaciones de ambos. Y sin dejar de sonreír ninguno de los dos.

Al final, la hizo girar por última vez, la pegó a su cuerpo y la inclinó hacia atrás sobre su brazo, de tal modo que la abertura de la falda reveló su pierna. Rose la alzó con coquetería, robándole el aliento a Evan, y la cola se esparció por el suelo en una media luna a sus pies.

Los aplausos y los vítores inundaron la carpa. Sus hermanos silbaron. La pareja se echó a reír. Él la incorporó y la sujetó por la nuca para besarla. La música cambió a una canción actual. La pista se llenó de invitados. Y, de repente, alguien se interpuso entre ellos, justo un instante antes de que Evan se apoderase de su boca.

—Vamos, cuñado —era Melinda, dándole la espalda a su hermana—, baila ahora conmigo —se colgó de su cuello y contoneó las caderas hacia las suyas.

Rose agachó la cabeza y se perdió entre la muchedumbre.

¡Joder! No, rubia...

—Lo siento, Melinda —se negó él, tomándola de las manos para separarse de ella.

La desfachatez de Melinda lo irritó. ¿Quién se creía que era ese maniquí para comportarse así? ¡Y con su cuñado!

—Ahora somos familia —ronroneó su cuñada, jugueteando con su corbata, demasiado cerca de su cara—. Tenemos que conocernos mejor.

—Te diré algo, Melinda —le susurró en la oreja, en ese tono aterciopelado que sabía cuánto gustaba al sector femenino—. Tienes razón, ahora somos familia, pero no me andaré por las ramas si en algún momento tengo que bajarte a la tierra —la miró, enarcando una ceja—. Y ahora necesitas precisamente eso, *cuñada* —recalcó aposta—. Hay una mancha en tu cara que revela...

—¿Dónde? —lo interrumpió, aterrada, tocándose el rostro de manera histérica.

—No te preocupes porque es imborrable y solo aparece en las caras de las que son como tú: capaces de intentar ligarse al marido de su hermana, el día de su boda y en sus narices.

Melinda entornó los ojos.

—Y tú eres un experto en ese campo, ¿verdad, doctor Payne? —emitió una fría carcajada—. Eres igual o peor que yo.

Evan gruñó, la agarró del brazo con fuerza y la llevó a un rincón, apartados de los demás, donde la soltó bruscamente. Su cuñada se balanceó hasta equilibrarse.

—Para ti, llámalo tu *peor pesadilla* —la apuntó con el dedo índice—. Tú y yo no somos iguales, Melinda. Yo tengo distinción y clase a la hora de elegir; por eso, me he casado con tu hermana y te acabo de rechazar a ti.

Aquello la enrabetó. El maniquí expulsó un grito agudo de impotencia.

—El mujeriego Evan Payne del que hablan las revistas no ha desaparecido de la noche a la mañana —sentenció su cuñada—. Una semana antes de que se anunciara tu compromiso con la idiota de mi hermana te fotografiaron con una morena. Solo te has casado por el supuesto hijo que tenéis —bufó como la arpía que era.

—No te atrevas a dudar de mi hijo —se inclinó, amenazador—, mucho menos a insultar a tu hermana en mi presencia, porque la próxima vez me encargaré de que sea la última que lo haces, ¿entendido, Melinda? —la ira le estaba nublando el cerebro.

Su cuñada sonrió con suficiencia.

—No lo has negado... —comentó Melinda, observándose las uñas—. Las personas no cambian, Evan Payne. Has sido, eres y seguirás siendo un mujeriego sin escrúpulos, y, si no —lo miró—, tiempo al tiempo. Ya me encargaré yo de demostrároslo a ti y a la estúpida de Liz.

—No te acerques a tu hermana, ni a mí, para nada, porque no me voy a quedar de brazos cruzados si lo haces, que te quede claro de una puta vez, Melinda, no lo repetiré más —sentenció él, sujetándola del brazo y respirando como un animal enjaulado—. Y si no te echo de aquí ahora es por respeto a tu madre y a tu hermano, que son los únicos que se lo merecen en tu familia.

—Entonces —le arrugó las solapas de la levita entre los afilados dedos—, te provocaré para que me pongas en mi lugar, lo estoy deseando, cuñadito... —le estampó un beso en la mejilla utilizando la punta de la lengua y se fue.

Evan maldijo y se limpió la cara con excesiva fuerza, a punto de arrancarse la piel de lo asqueado que se sentía. Respiró hondo para calmarse. Su cuerpo experimentaba un escalofrío detrás de otro. Se aproximó a la barra y solicitó un *whisky* doble con hielo. Se lo bebió de un trago. Su faringe ardió, pero lo agradeció.

—Evan.

Él se giró y descubrió a su suegra.

—Nos vamos —le avisó Jane, muy seria—. Ya he hablado con tu familia. Venía a despedirme de ti. Asher está con Lizzie, ahora vendrá a decirte adiós —le apretó el brazo—. Por favor... Cuida de mi princesita... —tragó, nerviosa. Le palpitaba la mano—. ¿Te importaría darme vuestra dirección? Me gustaría escribir a mi hija, si no es molestia, por supuesto... —retrocedió un par de pasos.

Evan frunció el ceño. ¿De qué tenía tanto miedo esa mujer?, ¿de Anthony Moore?

—¿Te puedo preguntar algo, Jane?

Su suegra asintió, aunque giraba la cabeza vigilando sus espaldas.

—¿Cuánto tiempo hacía que no la veíais?

—Asher cumplió ocho años ese día —respondió ella, con la voz marcada por la tristeza y el dolor—. Ahora, mi hijo tiene diecisiete, así que... —se le quebró la voz.

—¿Nueve años? —desorbitó los ojos—. Entonces, ¿ella tenía...?

—Lizzie tenía dieciocho años cuando cogió su maleta y se fue sin mirar atrás, sin un centavo en los bolsillos —se cubrió la boca, encogiéndose.

Joder... Nueve años... ¡Nueve!

—¿Fue por culpa de su padre? —probó él, con los músculos entumecidos por la noticia que estaba escuchando.

—Fue a raíz de una discusión con su padre —lo corrigió, arrugando la frente, de pronto, enfadada—, pero eso colmó el vaso.

—¿Qué pasó? —la interrogó, ávido de respuestas, de comprender...

—Evan —dijo Ash, interrumpiéndolos en el mejor momento—. No sé cuándo nos veremos —tenía la mirada y la nariz enrojecidas.

A Evan le recordó a Rose cuando esta lloraba. Aquel muchacho era una copia de su mujer, y Gavin, a su vez, de su tío Asher.

—Estás invitado siempre que quieras —le aseguró él, revolviéndole los cabellos—. Vente cuando tengas vacaciones, o cualquier fin de semana —y añadió en su oreja—: Tendrás ganas de ponerte al día con tu hermana después de tanto tiempo.

Su cuñado asintió, cabizbajo.

—O podemos ir nosotros a Nueva York —sugirió Evan con una sonrisa sincera.

—¿De verdad? —se ilusionaron madre e hijo, al unísono.

—Claro.

—¡Gracias, Evan! —exclamó Ash, abrazándolo con efusividad.

Él lo correspondió, entre risas que compartieron con Jane.

—Espera, Jane —le pidió Evan antes de solicitar a un camarero papel y bolígrafo. Escribió la dirección postal del apartamento y también la de la mansión, por si acaso. Además, añadió su número de móvil y el de Rose, dedujo que tampoco lo tenía—. Toma.

Su suegra se escondió la nota en el escote con discreción y Evan los acompañó al *hall*, donde varias doncellas les estaban entregando ya los abrigos a Anthony y a Melinda. Cassandra, Brandon, Zahira, Bastian y Kaden también se encontraban allí, al igual que su mujer, a quien, al verlo, se le iluminó el rostro y él sintió un pinchazo en el estómago.

—¿Dónde os hospedáis? —se interesó Cassandra—. Os invitamos a comer mañana y así charlamos de la boda —tomó de las manos a Jane.

—¡Sí! —gritó Asher, emocionado ante la idea.

—Mañana volvemos a Nueva York —contestó el señor Moore, con su semblante hastiado—. Algunos tenemos que trabajar —miró a su mujer—, otros vagarán, como siempre —se giró y observó con acritud a Rose, que se acobardó, reculando por instinto—. Me voy sin conocer a mi nieto, ¿sabes qué significa eso, Elizabeth?

Evan se interpuso entre padre e hija. Ese odioso hombre era casi tan alto y ancho como él. Sus hermanos carraspearon para aligerar la tensión, pero no obtuvieron éxito.

—Estoy hablando con mi hija —masculló su suegro, alzando su prominente mentón.

—Buen viaje, señor Moore —estiró un brazo en dirección a la puerta.

Anthony y Evan se dedicaron la peor de las miradas.

—Por favor... —suplicó Jane—. ¿Nos vamos, Anthony?

El mayordomo les abrió al instante. El señor Moore salió, pero muy despacio, adrede, para aguijonearlo.

—Mamá... —sollozó Rose.

Madre e hija se abrazaron con fuerza, llorando. Ash se unió a ellas en iguales condiciones, aunque procuraba esconderlo.

—¡Vámonos ya! —vociferó Anthony desde la calle.

Jane acarició el rostro de su niña y sonrió con una tristeza inmensa.

—Cuidadme a mi princesita —y se fue.

Melinda lanzó un beso a Evan antes de marcharse también. Él gruñó. Su familia se quedó pasmada ante tal descaro del maniquí.

—Yo... —dijo Rose, retrocediendo hacia las escaleras—. Necesito... Solo un momento...

Evan acertó la distancia y la tomó de la barbilla.

—El tiempo que quieras, rubia —la besó en la frente.

—Gracias... —pronunció en un hilo de voz, se giró y subió los peldaños corriendo.

Él suspiró sonoramente, contemplándola hasta perderla de vista.

—¡Oh! —chilló su madre, desquiciada—. Jane y Ash son un amor, pero él... ¡Odio a ese hombre! Has hecho muy bien en enfrentarlo, hijo.

—Creo que lo que he hecho ha sido alentarlos —murmuró Evan, pensativo—. No es un hombre a quien le guste que lo desafíen. Y eso es lo que he hecho más de una vez —respiró hondo con fuerza—. Y la zorra de su hija...

—Esa boca, cariño —lo reprendió Cassandra en un acto reflejo.

—¡Y una mierda! —estalló él, haciendo aspavientos—. ¡Es una zorra, joder!

A continuación, se metieron en el comedor y les relató la discusión con Melinda y la conversación con Jane.

—Cuando fui a buscar a Rose, antes de la comida —les contó Hira, cuyo rostro revelaba gravedad—, la encontré discutiendo con su hermana. Solo oí

que Melinda la insultaba llamándola ballena. La comparó con *Moby Dick*...

Los presentes entreabrieron la boca, atónitos y mudos.

¡Yo la mato, joder!

—Pero no creo que por eso estuviera llorando —añadió Zahira, negando con la cabeza—. A Rose no le importan las críticas hacia su aspecto. Es segura y fuerte. No lloraba por eso, estoy convencida.

Regresaron a la fiesta.

Los hermanos Payne disfrutaron de una copa. Entonces, el busca de Kaden sonó. Se retiró a un rincón apartado y llamó al hospital desde el móvil. Y cuando volvió, lo hizo con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa, Kad? —se preocupó Bastian.

—Tengo que irme —le entregó la copa a un camarero—. Y encima he bebido, joder...

—Es ella, ¿verdad? —adivinó Evan.

—Está sufriendo un ataque en este momento.

—Relájate —le dijo el mayor—, solo has tomado una y esta la has dejado entera.

—¡Joder! —se sulfuró Kaden, frotándose la cara para despejarse—. Llevo un año sin beber un solo dedo de alcohol por si pasaba esto, y justo hoy que... ¡Joder! —se tiró del pelo y se fue corriendo en dirección a la salida.

Ella era Nicole Hunter, su paciente especial. Era el más sentimental de los tres en el ámbito profesional. A pesar de la fachada de perpetua tranquilidad que siempre mostraba, Kaden era puro corazón.

—Sigue en coma, ¿no? —le preguntó Evan a Bas, antes de dar un largo trago a su copa.

—Sí.

—¿Crees que siente por ella más que preocupación?

—Sí —apuró su bebida y pidió otra—, pero también creo que no lo sabe.

—¿Cómo? —arrugó la frente.

—Hasta hace un año, hasta que le llegó el traslado de Nicole Hunter —aclaró Bastian—, Kad ha estado saltando de flor en flor —suspiró y continuó—: Él siempre ha creído que se enamoraba de todas, pero a todas las dejaba por otra dos semanas después, nunca le han durado más de quince días...

Evan soltó una carcajada.

—Y lo que sea que le pasa con Nicole Hunter —agregó su hermano—, yo creo que es más que preocupación, aunque él no lo crea —dijo un sorbo—. Le viene muy bien a Kad que Nicole siga en coma, porque el día que despierte...

—resopló— estará jodido.

—¿Por qué piensas eso? —sonrió, adivinando la respuesta.

Bastian lo observó como si fuera estúpido y zanjó, con su característica arrogancia:

—Mírate al espejo y me lo vuelves a preguntar.

Los dos se observaron un segundo y se echaron a reír.

Evan terminó su copa y se despidió de su hermano para buscar a su mujer. Llevaba demasiado tiempo sola. Entró en la mansión y subió las escaleras. Abrió la puerta de la habitación donde ella se había arreglado para la boda.

La estancia estaba a oscuras, tan solo iluminada por la luz de la luna que se colaba a través de la ventana del fondo. Las cortinas estaban descorridas. A la izquierda, se encontraba la cama de matrimonio, pegada a la pared. Sonrió. Rose se había quedado dormida, hecha un ovillo, encima del edredón.

Avanzó con sigilo y se arrodilló en un lateral. Le retiró los tacones con cuidado de no despertarla. A continuación, se quitó los zapatos, los calcetines, la levita, el chaleco y la corbata. Se desabotonó la camisa en el cuello, se la sacó de los pantalones y se la remangó por encima de los codos. Dejó los gemelos en la mesita de noche. Se tumbó a su lado, la atrajo hacia su cuerpo, aspiró la mandarina y cerró los ojos.

Rose abrió los párpados cuando una luz la molestó. Fue a moverse, pero no pudo, una roca cálida la inmovilizaba. Giró el rostro.

¿Estoy soñando?

Evan, dormido, la ceñía entre sus brazos. Sus labios carnosos estaban ligeramente separados y su aliento sosegado le cosquilleaba la mejilla. Era tan guapo su guerrero... Se le aceleró la respiración y se le inundaron los ojos de lágrimas. La había defendido frente a su padre. Si no hubiera sido por él, Anthony hubiera hecho lo que hubiera querido con ella, como antaño. A pesar de la fuerte discusión de nueve años atrás, el desencadenante de su huida de Nueva York, era más que evidente que ella no había aprendido nada...

Se giró y escondió el rostro en los cojines. Dirigió las rodillas a su pecho y lloró en silencio. Sin embargo, no pudo reprimir un sollozo sonoro cuando pensó en su madre. Su marido se estiró, pero ella no se percató hasta que él la besó en la cabeza y la abrazó con más fuerza al sentir sus lágrimas.

—Evan... —cerró los ojos.

—Rubia... —le dijo, ronco por el sueño—. Estoy aquí...

Ella suspiró de manera irregular, se aferró a su guardián imperioso y se desahogó hasta quedarse dormida de nuevo.

Sí, es mi guardián, queramos los dos o no...

Cuando despertó, estaba anocheciendo.

La habitación se hallaba a oscuras. Tenía el móvil en la mesita, comprobó la hora. No escuchaba nada, así que se levantó y, alumbrando el camino con la linterna de su iPhone, consiguió alcanzar el servicio. Prendió la luz, que por un momento la cegó, y accionó la bañera. Necesitaba desentumecer los músculos.

Se despojó de las ropas del día anterior. Lanzó a un rincón el arrugado vestido de novia, la ropa interior y las medias y se metió en el agua caliente llena de espuma. Gimió de placer en cuanto introdujo la cabeza unos segundos. Le resultaba complicado lavarse el pelo en una bañera, pero lo hizo tan bien como pudo. Después, se escurrió los cabellos y se los tapó con un paño de lino pequeño. A continuación, se incorporó y salió del agua. Se anudó una toalla grande en las axilas para taparse el cuerpo y se dio la vuelta para regresar al dormitorio y vestirse, pero...

—¡Evan! —gritó, con la mano en el corazón, asustada, de repente, al verlo apoyado en el marco de la puerta abierta.

Su marido la contemplaba hipnotizado, igual que el día en que se había arrodillado a sus pies y le había besado las piernas... Ella retrocedió por instinto. Él se mordió el labio inferior, aleteando las fosas nasales a su vez; avanzó y no se detuvo hasta que la acorraló contra los azulejos de la pared del fondo, entre la bañera y la ducha.

—Eres mi mujer... —le susurró Evan, arrastrando las sílabas para enfatizar su significado, mientras colocaba las manos a los lados de la cabeza de ella—. Y mi mujer es... —despacio, le retiró el paño del pelo.

Rose estaba paralizada, apenas respiraba, al contrario que él, que parecía llevar varias millas corriendo, incluso le brillaba la frente por el sudor, y no era consecuencia del espeso vapor que reinaba en el espacio... No sabía cuánto tiempo la había estado mirando, y tal pensamiento le robó un resuello entrecortado. Tampoco notó lo mojados que estaban sus mechones enredados, que se pegaron a su nuca, a sus hombros y a su escote.

Y Evan no permaneció quieto un segundo, sino que cogió el extremo de la toalla que la cubría y tiró. Sus erguidos senos se descubrieron.

—Joder... —aulló él, con los ojos chispeando, poseídos por algo más que

pura lujuria, algo que ella no consiguió identificar, pero que oprimió su interior en un nudo.

Rose se sujetó a sus hombros de inmediato, se le aflojaron las piernas. Tal movimiento hizo que la toalla cayera al suelo. Y Evan jadeó.

—Tienes razón —observó su desnudez con ardiente curiosidad, humedeciéndose los labios—. Contigo no sirven las palabras —suspiró discontinuo—. Dijiste que una mirada podía fundir el hielo. ¿Te das cuenta de cómo te miro, rubia? No he mirado a ninguna mujer como te estoy mirando a ti ahora... —inhaló aire y lo expulsó con excesiva fuerza.

—Evan... —articuló en un hilo de voz por la vulnerabilidad que sentía y la impaciencia que padecía—. Por favor...

—No lo haré —dijo Evan, sin elevar el tono ni aclarar su ronquera, adivinando sus más perversos pensamientos—. Todavía no, rubia. Quiero disfrutarte durante horas... —alzó una mano y le rozó la mejilla con los nudillos—. Quiero que te entregues a mí porque me necesites como necesitas el oxígeno para vivir —le acarició la cara con suma delicadeza, trazando sus facciones con las yemas de los dedos de las dos manos, quedándose ella envuelta por su dura y heroica anatomía—. Quiero confinarte a un lugar donde nunca hayas estado y del cual te resistas a volver. Quiero que tus ojos solo vean los míos. Quiero que tu boca implore la mía —le rozó los labios, se los perfiló—. Quiero que tu piel sienta alivio solo gracias a mí —descendió a los brazos y, enseguida, a los costados, que manoseó hacia arriba y hacia abajo sin descanso—. Quiero que tu cuerpo solo se rinda al mío. Quiero tantas cosas contigo, rubia —resopló—, tantas...

Aquellas palabras la abrasaron. Bajó los pesados párpados, que había obligado a mantener abiertos para admirar el chocolate negro de sus magnéticos ojos. Le estrujó el fino jersey a la altura de sus latentes e imponentes pectorales. Tragó saliva con dificultad.

Evan trazó con un dedo el recto recorrido desde su barbilla hasta su vientre, entre los pechos, por el ombligo... Rose contrajo los músculos y abrió los párpados de golpe. Su marido tenía la cabeza ladeada y continuaba analizándola, en ese momento, con un alarmante martirio en su mirada.

—¿Cómo pude acostarme contigo en un ascensor? —murmuró para sí mismo con voz castigada—. Ahora lo entiendo... —silueteó sus senos, uno después del otro, que se alzaban de manera acelerada al compás de su exaltado corazón—. Escondes muchas cosas, señora Payne —suspiró de forma entrecortada, bordeando su cadera—. Pero no me arrepiento —chasqueó la

lengua, dirigiendo el dedo a la curva de su trasero—. Fueron los dos mejores polvos de mi vida. Sin embargo... —inspiró una gran bocanada de aire—, ahora quiero más —le sujetó la nuca y cerró los ojos un instante antes de añadir—: Ahora te quiero a ti —y la besó con rudeza.

La joven gritó en su boca, gritó de alivio. Su lengua la embistió con osadía. Su guerrero había vuelto... Ella se retorció, alzó una pierna para rodearlo. Entonces, Evan le apretó las nalgas y la impulsó del suelo. Rose lo envolvió por la cintura y por el cuello. Ambos jadeaban, extraviados en aquellos besos tan adictivos.

Su marido estaba vestido por completo, con la ropa empapada por culpa de ella. Intentó quitarle el jersey, pero él se lo impidió, apresándole las manos por encima de la cabeza con una de las suyas. Entonces, Evan se despegó de su boca y dirigió la mano libre a su vientre.

—No... —pronunció Rose, temblorosa.

Toda la fortaleza que ella demostraba de cara a los demás, en concreto en presencia de los hombres, se fragmentó. Y eso solo lo lograba una persona: Evan Payne.

—¿No? —repitió su marido con una pícaro sonrisa—. Te diré algo —bajó hacia su intimidad—. Para mí, un *no* es un *sí*.

Y la tocó.

—¡Oh, Dios! —gimió ella; su cabeza aterrizó en los azulejos.

Un sinfín de sensaciones inconexas la condujeron hacia las estrellas. Nunca nadie había acariciado su inocencia. No era virgen cuando se acostó con Evan, pero la primera y única vez que había hecho el amor en su vida había sido dolorosa y humillante. No hubo mimos, ni besos, ni arrumacos, ni palabras cariñosas, tan solo un universitario lo suficientemente borracho como para aprovecharse de una adolescente de diecisiete años tontamente enamorada. En cambio, Evan... ¡Dios mío!

Su orgulloso guerrero se apoderó de su cuello, se lo lamió y se lo mordió, a la vez que la acariciaba con mano experta, audaz, peligrosa, ardiente... Y, sin previo aviso, su cuerpo explotó en un indescriptible holocausto que la cegó, la enmudeció y la despojó de toda su voluntad.

Él escondió el rostro en su pelo, abrazándola por la cintura con ternura, besándole los mechones de forma distraída. Rose se dejó caer sobre él, exhausta, intentando recuperar el aliento. Evan la sostuvo sin esfuerzo como si se tratara de una niña y la transportó a la cama, donde la sentó y la cubrió con el edredón.

—Voy a ducharme.

Ella asintió con los ojos vidriosos y los músculos flácidos. Cuando su marido se encerró en el baño, se derrumbó en el colchón. Y, cuando lo escuchó rugir en la lejanía, sonrió, saciada y feliz.

Respiró hondo y encendió las lamparitas de las mesitas de noche. Sacó el pequeño equipaje que había en el armario, junto al servicio y frente al lecho. Estiró la ropa en la cama y se vistió. Había elegido unas mallas negras que se ajustaban como un guante a sus piernas. Las conjuntó con una camisola blanca que le alcanzaba la mitad de los muslos, de manga larga, con las muñecas ligeramente abombadas y cuello redondo. Se ajustó un cinturón trenzado de piel, fino y de color beis. Se puso unos calcetines de lana y unos botines planos y anchos del mismo tono que el cinturón.

Se desenredó los cabellos en la habitación, con la raya en el centro. Se los alborotó al terminar para que se secasen con la naturalidad de sus ondas. Y, por último, se enrolló con doble vuelta una pashmina verde en el cuello. Se sentó en el borde de la cama y esperó a que saliera Evan.

Él abrió la puerta del servicio en ese instante, vestido solo con unos vaqueros claros y desabrochados, que dejaban entrever el filo blanco de sus *boxer*. Rose desorbitó los ojos y se le desencajó la mandíbula. Y se arrepintió por haberse abrigado el cuello porque, de repente, hacía demasiado calor...

¡Madre mía!

Evan sonrió, henchido de satisfacción, al pasar por su lado y comprobar el efecto que le había causado, el muy tunante... ¡Lo había hecho a posta!

Era la segunda vez que lo veía con el torso desnudo y su corazón se precipitó de igual modo que la primera.

Definitivamente, nunca me acostumbraré...

No se esperaba toparse con él de esa guisa. Evan Payne era digno de explorar, reconocer y palpar una memorable eternidad. Si ella fuera médico, se tomaría todas las libertades con su paciente. Incluso siendo enfermera, se entregaría a su doctor Payne como la mejor de todas sus empleadas. Soltó una carcajada espontánea ante tal pensamiento.

—¿Qué pasa? —se preocupó él, que acababa de colocarse una camiseta blanca de manga corta, ceñida a su portentosa anatomía, envidiable para la población masculina y provocadora de infartos en la femenina.

—Nada —se incorporó de un salto.

Cogió el estuche de sus pinturas y entró en el baño. Reprimió un gemido al inhalar la fragancia de madera acuática de Evan. Meneó la cabeza para

despejarse y se aplicó un tono rosa intenso en los labios y rímel en las pestañas, nada más, sus mejillas ya estaban coloradas y sus ojos brillaban, y no era para menos. El famoso mujeriego Evan Payne sí sabía cómo hacer disfrutar a una mujer...

Al salir al dormitorio, lo descubrió ojeando el móvil. Llevaba un jersey distinto al de antes, de color azul y cuello en pico, debajo de una americana a juego que marcaba sus hombros y estilizaba su figura. Tenía los pies enfundados en unas preciosas zapatillas de ante y lazada azul marino. Informal y muy atractivo. Rose tembló con solo mirarlo.

Se reunieron con Cassandra y Brandon en el salón-comedor. El bebé estaba en los brazos de su abuela, despierto.

—¡Hola, gordito! —saludó a su hijo, acunándolo en el pecho y haciéndole suaves cosquillas en la barbilla, que estimularon sus inocentes risas.

Se acomodaron en los sofás y charlaron sobre la boda.

Un rato después, recogieron sus pertenencias y partieron rumbo al apartamento.

Bastian estaba cocinando; Zahira y Kaden se encontraban en el sillón y Caty con ellos, en su cuco. Los recién casados deshicieron el equipaje y se acoplaron a la cena. Rose disfrutó como una niña pequeña que veía por primera vez la nieve, en compañía de su nueva familia. Evan, además, se comportó como un auténtico caballero, atento y amable con ella. Vieron una película en el salón, comiendo palomitas. Después, Bas se llevó a su mujer en brazos a la cama, se había dormido; Kad se metió en su cuarto y Evan y ella acostaron a Gavin en la cuna.

Rose se descalzó en el vestidor y se puso uno de sus largos camiones de seda, con tiras en la espalda y encaje bordeando los senos. Se sentó en el tocador y se peinó los cabellos, que recogió en un moño alto y deshecho para que no la molestaran al dormir. Observando el suelo, caminó con premura hacia el baño, donde se limpió la cara y se la masajeó con una crema especial. A continuación, se dirigió a la cama. Sin embargo, su interior se envalentonó al reparar en Evan, tumbado en el baúl, debajo de la cristalera, leyendo un libro. Llevaba el pantalón del pijama, nada más.

—E... Evan... —titubeó como una colegiala frente al profesor más guapo de la escuela.

Él la miró con seriedad.

—¿Dónde vas a dormir? —atinó Rose a preguntar.

—En el sofá.

—Yo... —carraspeó y se tiró de la oreja izquierda.

Evan sonrió al fijarse en el gesto, cerró el libro y se aproximó a ella. La tomó de las manos y se las apretó.

—¿Qué quieres, rubia?

A ti, soldado...

—Bueno, es que... Ya que estamos...

—¿Casados? —la ayudó él, arqueando las cejas, regocijado en su nerviosismo—. ¿Quieres que duerma contigo?

—No es... No quiero que... —se soltó y retrocedió un par de pasos—. Es tu cama también y... —se irguió—. Somos adultos.

—Vale. Cumpliré tu deseo —se cruzó de brazos, fingiendo indiferencia—. Dormiré contigo si es lo que quieres. Reconozco que soy irresistible —dijo con petulancia.

—¡Oh! —exclamó Rose, avergonzada—. ¡Yo no he dicho eso!

Entonces, su marido estalló en carcajadas. Había picado de nuevo... Y se contagió de la risa.

—Pero... —añadió él, levantando una mano—. Si duermo hoy, duermo siempre, sin excepción.

—¿Aunque discutamos o nos insultemos? —sonrió—. Tu casa, tus normas. Entendido.

—Nuestra casa, nuestras normas, rubia —la observó, hambriento de los pies a la cabeza—. Precisamente, cuando discutamos o nos insultemos, dormiremos más juntos.

Rose se introdujo entre las sábanas de inmediato para no desmayarse a sus pies por aquellas palabras, pero, más, por su significado.

Evan la imitó. Apagaron las luces. Se colocaron de espaldas. Ella tenía tanto miedo de moverse por si lo rozaba que apenas respiró. Le costó un esfuerzo sobrehumano conciliar el sueño y, justo cuando su cuerpo comenzaba a relajarse, Gavin sollozó.

—Ya voy yo —anunció su marido, con una voz demasiado despierta.

Ella se sentó y observó cómo él cogía al bebé con cuidado y ternura, susurrándole tiernas palabras que consiguieron calmarlo. Después, se acercó y lo tumbó en el colchón, entre los dos. La pareja se acostó bocabajo, frente a Gavin, que estiraba y encogía las extremidades de forma frenética para atraparse un piecico que se le escapaba. Ambos sonrieron, enamorados de su bebé.

—Se parece mucho a Ash y Ash se parece mucho a ti —le comentó Evan

con dulzura.

—Sí... —suspiró, entristecida.

—¿Qué pasó para que te marcharas?

Aquella pregunta la pilló desprevenida. Su mente rememoró la discusión que provocó su huida de Nueva York. El dolor, los insultos recibidos, la desesperación, la asfixia...

De repente, Elizabeth Rose Payne fue engullida por la oscuridad.

—¿Rubia? Mírame... Respira hondo... ¡Moore! ¡No me obligues a llamarte por tu nombre, joder! ¡Vuelve conmigo!

Aquella orden la devolvió al presente.

—Joder... Uf... Ya era hora... —emitió Evan en un silbido de alivio—. ¡Está bien! —gritó en dirección a la puerta.

Ella frunció el ceño. Estaba en su regazo y él la mantenía abrazada contra su pecho. ¿Cuándo había llegado ahí? ¿Qué demonios...?

—¿Evan? —se incorporó, pero le sobrevino un mareo—. Ay, Dios...

—Ya... Tranquila... —la recostó en los almohadones—. No te muevas —se sentó en el borde de la cama y comprobó sus constantes vitales—. ¿Cómo te sientes?

—¿Qué ha pasado? —se notaba el cuerpo entumecido y pesado.

—Te has desmayado.

—¡¿Qué?! —exclamó, alucinada—. Nunca me he desmayado... —palideció.

Bastian y Kaden entraron en el dormitorio. Evan levantó una ceja y fue suficiente para demostrar que no la creía en absoluto.

Rose se ruborizó y giró el rostro para que ninguno se percatara de su embuste.

—Vámonos —le indicó Bas a Kad, comprendiendo la inquietud de ella—. Si sucede algo más, despiértanos, no importa la hora, Evan.

Él asintió y ellos se marcharon.

—La última vez que me desmayé fue hace nueve años —respondió ella en un hilo de voz.

Evan soltó un gruñido, la sujetó por la cabeza y la obligó a mirarlo. Sus ojos desprendían una cruda preocupación. A Rose se le formó un grueso nudo en la garganta, se mordió los labios para que cesaran de vibrar, pero rompió a llorar de manera desconsolada. No podía parar... La sensación era horrible, la angustia martilleaba por dentro...

Él la estrechó, sentándola de nuevo en su regazo, y comenzó a acariciarle la espalda.

—En el banquete, cuando te escondiste en el baño, Zahira me llamó porque estaba preocupada por ti. Cuando llegué, estabas como ida... Te pregunté si querías comer algo y me dijiste, muerta de miedo, si ya podías comer —suspiró—. ¿Tu padre te prohibía comer?

Ella levantó la cabeza. Las lágrimas se detuvieron de golpe.

—Me castigaba —lo corrigió en voz baja—. Melinda siempre hacía lo que quería: destrozaba el jardín, rompía jarrones, echaba jabón líquido en las escaleras, pintaba las paredes con rotulador, recortaba figuras en las cortinas, ponía chicles en las almohadas... Y todas las diabluras que se te puedan pasar por la cabeza —inhaló aire y lo expulsó lentamente—. Lo hacía cuando mi padre estaba a punto de llegar a casa del trabajo. Y, en cuanto él cruzaba la puerta, Melinda se echaba a llorar y gritaba que había sido yo, que ella había intentado pararme, pero que yo la había pegado —lo observó con fijeza—. También se hacía heridas para dar veracidad a sus acusaciones.

—Joder... —bufó—. ¿Cuántos años tenía cuando hacía esas cosas?

—Nunca dejó de hacerlas.

Evan se quedó rígido unos segundos.

—¿Y cómo reaccionaba tu padre?

—Me castigaba sin cenar —contestó Rose con tranquilidad. Estar en sus brazos la inundaba de paz—. Eso, al principio. Luego, los castigos empeoraron.

—¿Qué quieres decir? —arrugó la frente.

—Siempre me ha gustado mucho el dulce —jugeteó con el bajo del camisón—. En mi casa, nunca se comía porque mi padre era, y es, un tiquismiquis con las grasas y los azúcares. Nos pesaba cada dos semanas desde muy pequeñas, según él, para educarnos en la salud —hizo un aspaviento con la mano—. Pero, una de esas noches que me castigó, mi madre se coló por la ventana de mi habitación y me trajo pastelitos de crema.

—Tus favoritos —sonrió.

—Sí —asintió, devolviéndole el gesto—. Y, como todos los días me iba a la cama sin cenar por culpa de Melinda, a partir de esa noche, mi madre me daba comida por la ventana. Siempre eran dulces —soltó una risita nostálgica—. La siguiente vez que mi padre me pesó, se enfadó porque había engordado medio kilo. Para él, eso era muchísimo, aunque estuviera en edad de crecimiento.

—¿Cuántos años tenías?

—Doce —respiró hondo y continuó—. Pero mi madre siguió alimentándome a escondidas durante meses. Yo seguía engordando, claro. Y Melinda nos pilló —sonrió sin humor—. Mi padre decidió castigar también a mi madre, no solo a mí.

—¿Qué coño...? —abrió mucho los ojos y la boca.

—Sí. La encerraba en su habitación con llave el tiempo que yo estuviera castigada. Teníamos una doncella interna, Laura —le sobrevino un temblor al recordar a la sirvienta—. Laura se encargaba de que las órdenes de mi padre se cumplieran a rajatabla. Y dejó de darme de comer.

—¿Quién?

—Laura —sintió que sus músculos se fragmentaban—. Y comenzaron mis desmayos... —suspiró, trémula—. Sufrí anorexia con catorce años, la primera vez de muchas.

Capítulo 8

Evan ya se imaginaba que su mujer tenía algún tipo de trauma con la comida, pero escucharlo de su boca, verla tan frágil mientras se lo contaba, con lo fuerte que era la enfermera Rose Moore... Ella había creado un escudo a su alrededor antes, incluso, de lo que pudiera recordar, pensó él, convencido. Rose, en el fondo, todavía era una niña, una niña castigada sin comer...

Y ese momento, aquella conversación supuso un antes y un después para ambos, así lo sintieron los dos.

—¿Cuándo fue la última vez que te ingresaron? —se atrevió a preguntar.

—La última vez que estuve ingresada no fue por anorexia... —confesó ella en un hilo de voz, levantándose para ir a la cuna, donde se agachó y metió los dedos entre los barrotes para acariciar al niño—. Pero, por favor... —suspiró de forma irregular—. No me hagas recordarlo...

Él se reunió con Rose. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Un pinchazo le atravesó las entrañas al observar su palidez y la expresión de terror que le cruzaba el rostro. Ignoró el dolor que experimentó al verla así y sonrió.

—Lo de la boda ha sido muy rápido —señaló Evan, cambiando de tema, adrede—, no hemos hablado, en realidad —ambos fruncieron el ceño—. Ni siquiera sé si te gustaría hacer un viaje de luna de miel —se pasó la mano por la cabeza, nervioso, de repente—. Aunque, claro... —los celos surgieron—. Has estado diez meses en Europa, quizás... —se detuvo y se incorporó.

¡Serás gilipollas! Que te haya contado su pasado no cambia la situación. ¡No te ama, entérate de una puta vez! Pero la forma en la que se rindió a mis manos y a mis besos...

Anduvo hasta la ventana. Se cruzó de brazos y contempló las vistas nocturnas del *Boston Common*.

—¿Tú quieres ir de luna de miel? —quiso saber Rose a su espalda.

Oírla tan cerca lo sobresaltó. Se giró.

—Solo si tú quieres —contestó, con el corazón aprisionado entre cadenas—. Todavía me quedan diez días de vacaciones —se encogió de hombros, fingiendo desinterés.

—Bueno, yo... —titubeó, agachando la cabeza—. No lo había pensado —lo miró—. ¿Adónde iríamos?

—Mis abuelos tienen una casa en Los Hamptons. Podríamos ir allí. Está a unas cuatro horas en coche, más o menos.

Ella se sonrojó y se mordió el labio. Evan creyó morir en ese momento...

—El año pasado estuviste allí, después de la gala. Me lo dijo Zahira.

Él asintió despacio, ocultando el enfado que le produjo la noticia.

Desde luego, en esta casa no saben cerrar la puta boca...

—Si te sientes más tranquila, puedo decírselo a Bastian —le indicó Evan—. Todavía le quedan días libres por la boda. Y Zahira nunca ha estado en Los Hamptons.

—¿Más tranquila? —repitió Rose, acortando la distancia mientras contoneaba las caderas sin pretenderlo—. Creo que antes me has tranquilizado tú solito muy bien...

La osadía de aquella mujer al recordar lo que había pasado horas antes, motivo por el que todavía le dolía la monumental erección, lo divirtió y le encantó a partes iguales. Las mujeres siempre lo habían utilizado para convertirse en *la amiguita de Evan Payne* —así las definía la prensa— y conseguir cenas y regalos durante un brevísimo espacio de tiempo, pero él también las había usado a placer. Las mujeres y Evan siempre ganaban: ellas, atenciones y él, sexo para desfogarse.

Sin embargo, atrás quedó aquello. Desde que había conocido a la enfermera Moore, ninguna de sus conquistas lo había satisfecho. Cuando se acostó con Rose en el hotel *Liberty* supo que había muerto y nacido en otra vida, tanto en su mente como en su corazón. Y ahora que se había convertido en su mujer, y que, además, era la preciosa madre de su hijo, sentía que experimentaba todo por primera vez: un beso, una mirada, una caricia, una sonrisa, un despertar...

Soltó una carcajada. Estaba locamente enamorado de Rose Payne. Había perdido la cabeza. Sería capaz de besar el suelo por donde ella pisase, aunque esto era otro secreto añadido a su lista.

—Entonces, rubia —abrió las piernas, dejó caer los brazos y sonrió con travesura, percibiendo la excitación en cada poro de su piel—, ¿te he tranquilizado muy bien?

—Sí —apoyó las palmas en su pecho y fue subiendo—, aunque no lo definiría como *muy bien*, ya sabes que no soy buena con las... palabras.

—Deberíamos dormir... —susurró Evan, ronco y acelerado por sentir esas manos en su cuerpo, unas manos que lo estaban enajenando.

La deseaba tanto... Pero no era ni el momento, ni el lugar, ni la situación: Gavin estaba despierto, emitiendo ruiditos, y hacía unos minutos que Rose había estado llorando. Quizás, pasar unos días en Los Hamptons les serviría para empezar desde cero entre ellos. Doce días habían transcurrido desde que se habían reencontrado, doce días intensos, muy intensos...

—Por cierto —le dijo él, recordando a Jane Moore—, tu madre me pidió nuestra dirección. Se la escribí en un papel con nuestros números de teléfono.

—No me llamará —le ofreció la espalda.

—¿Has estado estos nueve años sin saber nada de ninguno? —quiso saber Evan, colocándose frente a ella—. Es evidente lo mucho que os queréis tu madre y tú. Me resulta extraño que no hayáis mantenido el contacto. O con Ash.

—Tú no sabes nada —escupió Rose, pasando por su lado para meterse en la cama.

Él alzó las cejas.

—Perdona, no he querido...

—¿Sabes qué, Evan? —lo cortó—. Tú jamás entenderías nada.

—Pues explícamelo para que lo entienda —la miró, enfadado—. Hay algo que falla en la historia, joder.

Se observaron como si se batieran en un duelo.

—Lo que no me has contado —declaró Evan y la apuntó con el dedo índice — tiene que ver con Melinda, y no me refiero a lo que ya me has contado. Pasó algo gordo por su culpa, ¿a que sí?

Ella, sentada en el borde del colchón, agachó la cabeza.

—Todas las cosas que te he dicho que hacía Melinda —comenzó de nuevo, en voz baja y, ahora, cargada de odio y profundo rencor—, estaban enfocadas a mi madre —suspiró sonoramente para calmarse—. Trabajó de enfermera hasta que se casó con mi padre —se movió hacia atrás, recostó la espalda en el cabecero y se rodeó las piernas flexionadas—. Dejó de trabajar para dedicarse al hogar, aunque tuvieran a Laura. La contrataron como doncella nada más comprar la casa —respiró hondo—. Mi madre enseguida se quedó embarazada de Melinda. Tres años después, nací yo. Y mi hermana pasó a un segundo plano porque mi madre se centró en mí, al ser yo un bebé. Laura se

encargó de Melinda a partir de entonces.

—Celos —adivinó sin esfuerzo.

—Mi madre siempre me ha dicho que se enamoró de mí nada más nacer —sonrió con nostalgia—. Decía que tuvo una conexión conmigo, un relámpago, así lo llamaba —se rio con suavidad. Evan se acomodó en el suelo, a sus pies —: Ese relámpago que nos unía a ella y a mí, por desgracia, lo percibió Melinda, y no se lo tomó bien... —arrugó la frente.

»Y, desde muy pequeña, empezó a destrozar lo que más le gustaba a mi madre: el jardín, los jarrones, las cortinas... Mi madre la regañaba mucho, y mi hermana solo veía que a mí me sonreía y a ella le gritaba. Además —levantó una mano—, Melinda siempre ha sido muy caprichosa. Mi padre la consentía y mi madre, no. Mi hermana se chivaba, decía que la castigaba, cosa que no era cierta porque mi madre jamás nos ha castigado a ninguno de los tres. Al principio, mi padre no la creía, pero, un día, comenzó a hacer caso de las mentiras de Melinda.

—¿Qué cambió? —apoyó las manos en el suelo, a su espalda y estiró las piernas.

—Laura. Eso cambió —rechinó los dientes—. Laura nunca soportó a mi madre. La miraba mal, no la obedecía, a veces la ignoraba, se ponía sus joyas a escondidas... Mi madre la pillaba siempre, pero nunca se lo dijo a mi padre. Cuando mi madre se quedó embarazada de Ash, Laura se volvió más... —entrecerró la mirada, intentando acertar con la palabras.

—¿Envidiosa? —la ayudó Evan.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno —se encogió de hombros—, está bastante claro. Estaba obsesionada con tu padre, quería ser tu madre, por eso se ponía sus joyas o la miraba mal. Si a eso le añades que tu padre solo tenía ojos para Melinda, la niña que ella cuidaba...

—Supongo que sí —suspiró—. Las trastadas de Melinda aumentaron cuando se enteró de que tendríamos un hermanito. Y cuando nació Ash... —sonrió sin humor—. Si conmigo estaba celosa, con un bebé más ni te cuento... —hizo un ademán—. Un día, escuché a Laura decirle a Melinda que me echara las culpas a mí, que hablara con mi padre y le mintiera, de ese modo, me castigarían a mí y mi madre y él se enfadarían.

—Que era lo que buscaba Laura, porque sabía que entre tu madre y tú había un vínculo especial —ladeó la cabeza.

—Exacto —asintió Rose—. Por aquel entonces, Ash tenía cuatro añitos y

yo, doce. Fue Laura quien le dijo a mi hermana que se hiciera cardenales para que mi padre la creyera.

—Joder con Laura... —siseó Evan, incorporándose para sentarse en el borde de la cama.

—Ahí empezaron mis castigos y las discusiones entre mis padres. Mi padre siempre ha sido muy frío con mi madre. No recuerdo que se abrazasen o se besasen nunca —arqueó las cejas un instante—. El caso es que, cuando Melinda descubrió que mi madre me daba de comer dulces a escondidas, se convirtió en su sombra. La vigilaba en cuanto llegaba de la escuela y, luego, entre ella y Laura le daban el parte a mi padre. Eso continuó incluso cuando Melinda entró en la universidad —se detuvo, de pronto, sonrojada.

—¿Qué pasa? —se preocupó él, tomándola de una mano.

—Yo... —tragó saliva—. Con quince años, me enamoré por primera vez...

Evan dio un respingo ante la confesión.

—Era un amigo de mi hermana —prosiguió ella en un hilo de voz—. Se llamaba Devlyn. Él no me hacía ni caso porque solo tenía ojos para Melinda, pero... —suspiró temblorosa—. Un par de años después, mi hermana se enteró de que me gustaba y, un día, me invitó a una de sus fiestas universitarias en una fraternidad. Me dijo que Devlyn me correspondía.

Él se tensó.

—Mi padre me dejó ir porque mi hermana lo convenció —Rose se soltó de Evan y se abrazó las piernas por instinto—. Se suponía que estaríamos un par de horas y, luego, Melinda me acompañaría a casa, pero no fue así. Un rato después de llegar, mi hermana me pidió que la esperara en una habitación porque necesitaba contarme algo muy importante —las lágrimas bañaron su compungido rostro—. Pero quien estaba en la habitación no era ella, sino Devlyn. Estaba borracho, aunque yo no me di cuenta —se limpió las mejillas con los dedos, pero de nada sirvió porque el llanto silencioso persistía. Su voz se rompió—. Empezó a decirme cosas bonitas... Que yo era muy guapa, que le gustaba desde que me conoció...

»Y me besó. Yo me asusté. Era mi primer beso y no sabía cómo hacerlo... —se rodeó a sí misma—. Un beso llevó a otro y... Perdí mi virginidad. Me dolió muchísimo... Pero yo era tan idiota que no lo frené. Quería tanto a Devlyn que no me importó nada que no fuera él —frunció el ceño—. Cuando terminó, fui más idiota aún y le confesé mis sentimientos. Y Devlyn se rio en mi cara. Me dijo que yo era una frígida y una sosa, que él había tenido que cerrar los ojos e imaginarse a otra para... —carraspeó—. Pero eso no fue lo

peor... —sufrió un escalofrío—. Melinda salió del armario con el móvil en la mano. Lo había grabado todo.

Evan enmudeció.

—Así me quedé yo —asintió despacio Rose, contemplándolo con una inmensa tristeza—. Te imaginarás el resto...

—¿Se lo contó a tu padre?

—Me exigió alejarme de mi madre, si no, le enseñaría el video a mi padre —apretó la mandíbula, dolida y furiosa—. Un mes y medio después, aborté sin saber siquiera que estaba embarazada. Me desmayé en el instituto. Cuando abrí los ojos, estaba en el hospital con mi madre. La directora la había telefoneado. Mi padre estaba trabajando y no se enteró —se calló un interminable minuto—. Le conté todo a mi madre, todo... ¿Sabes qué hizo ella? —sonrió con los ojos inundados en lágrimas—. Me abrazó y me prometió que jamás se alejaría de mí, que por mucho mal que pretendieran causarnos, siempre estaríamos juntas —inhaló aire con fuerza.

»Entonces, Melinda se fijó en que mi madre y yo estábamos más unidas que nunca. Y en el cumpleaños de Ash, al que asistió toda mi familia —enfaticó adrede con una mueca—, mi hermana cogió el proyector de mi padre y lo encendió en el salón. Pensamos que era un video especial para Ash —se encogió de hombros y echó hacia atrás la cabeza. Cerró los ojos—. Éramos Devlyn y yo... —hizo una larga pausa, sin variar la postura ni alzar los párpados—. Mi padre apagó el proyector enseguida, se acercó a mí y me abofeteó. Pero yo ya no pude seguir callada... —suspiró por enésima vez, como si expulsase años y años de represión—. Le grité lo mucho que lo odiaba. Le grité lo del aborto. Le grité lo frío que era con mi madre. Le grité a todo el mundo lo mal que se portaba con mi madre y conmigo. Y él, para variar —ironizó, observando a Evan con rabia—, defendió a Melinda. Llené una maleta y me fui.

Se contemplaron sin pestañear hasta que Rose rompió a llorar de manera desconsolada, lanzándose a sus brazos, que la envolvieron de inmediato. Él se estremeció y se enfureció. Tuvo que reprimir las acuciantes ganas que tenía de golpear a su suegro en ese preciso momento. Acunó a su esposa con toda la ternura que pudo demostrar. Le deshizo el moño y le peinó los cabellos con los dedos.

—Mi rubia... —susurró Evan con el corazón en suspenso.

—Nunca... se lo he contado... a nadie... —confesó ella más calmada, aunque aún respirando con dificultad por el hipo.

—Será nuestro secreto.

—Sí... —exhaló aire—. Nuestro secreto...

—¿Adónde fuiste? —le preguntó él, sin detener las caricias.

—A casa de una amiga de mi madre —sorbió la nariz. No se movió, permaneció aferrada a él—. Llamé a mi madre para decirle dónde estaba y vino a verme al día siguiente. Me trajo dinero y comida y me pidió que me marchara a Boston, que allí podría estudiar lo que yo quería: Enfermería. Melinda la había seguido y nos descubrió. Me quitó el dinero y me exigió que volviera a casa. Yo me negué, salí corriendo con la maleta y me metí en el metro. Fui a la estación de autobuses y me compré un billete.

—A Boston.

—Sí —respondió ella en un susurro—. Llegué al día siguiente. Me recorrí todos los restaurantes y bares de la ciudad para encontrar un trabajo. No tenía dinero para pagar la universidad, ni siquiera para vivir —se tumbaron abrazados en la cama—. Un italiano se apiadó de mí, me contrató como friegaplatos en su restaurante y dejó que durmiera en su sofá hasta que ganara mi primer sueldo y pudiera pagarme un alquiler. La casa estaba encima del restaurante, en *North End* —se rio—. No te imaginas lo mal que lo pasé... ¡La primera semana, vomitaba cada vez que limpiaba un plato! —meneó la cabeza, divertida—. A los dos meses, me ascendió a camarera y encontré un apartamento pequeño, pero muy bonito, en el mismo barrio —sonrió con dulzura—. Cuando cumplí veinte años, me matriculé en la universidad —frunció el ceño—. Fue duro estudiar y trabajar a la vez, pero mereció la pena.

—¿Tu madre nunca se puso en contacto contigo?

—No. Tiré mi teléfono antes de subirme al autobús —recostó la cabeza en su pecho y le dibujó figuras con las yemas de los dedos de forma distraída—. Cuando me compré uno, telefoneé muchas veces a mi casa, pero siempre respondía Laura, así que colgaba. Y sé que mi madre se mantuvo alejada por miedo a que mi padre descubriera dónde estaba yo. La eché tanto de menos... —se le quebró la voz—. Supongo que se enteraron de la boda y del niño por la prensa. Y ahora...

—No permitiré que te pase nada malo —le prometió Evan con solemnidad—, ni a ti ni a Gavin. Jamás. Y si tu padre o Melinda lo intentan... —se levantó hasta sentarse y apretó los puños—. No respondo de mis actos, ¿entiendes, rubia?

Rose sonrió, se incorporó y se sentó a horcajadas sobre Evan, sorprendiéndolo y excitándolo sin remedio.

—Lo entiendo, soldado —le enroscó los brazos al cuello—. Evan... —titubeó y se mordió el labio inferior—. Yo no... —se ruborizó.

Él se inquietó.

Por favor, que no me cuente más desgracias... Por favor... ¡Bastante ha sufrido ya, joder!

—Después de Devlyn —dijo ella, incorporándose—, yo nunca... Nunca me... ¡Ay, Dios! —exclamó, de pronto, frotándose la cara—. Olvídalo —se giró y se tumbó de nuevo, escondiendo el rostro en los almohadones.

Evan, que lo había entendido, se quedó boquiabierto.

—Por favor... —le rogó él—, dime que entre Devlyn y yo hubo alguien más...

Rose no respondió...

—¡Joder! —caminó por la habitación sin rumbo—. ¡Cómo no me lo dijiste! —gesticuló como un histérico—. ¡Te hice daño, joder! ¡Fui un bruto! —se pasó las manos por la cabeza, desquiciado.

—Evan —se aproximó y lo agarró del brazo—. No te preocupes, yo estaba... —sus mejillas ardieron—. Yo quise que fueras un bruto.

—No me extraña que salieras huyendo a Europa sin contarme lo de Gavin... —declaró, enfadado consigo mismo. Retrocedió un par de pasos. No se merecía tocarla. ¡Había sido un animal!—. Lo siento... De verdad que lo siento... Aunque no signifique nada porque pasó hace más de un año, perdóname...

—¡No! —negó, tajante, con la cabeza—. No se te ocurra, Evan —lo apuntó con dedo—. ¿Te arrepientes? —la incertidumbre se reflejó en su cara.

Evan masculló unos cuantos tacos, acortó la distancia y le sujetó la nuca con fuerza, conteniéndose unos segundos porque, si no, hubiera gritado que la amaba, despertando a su familia y, sobre todo, ridiculizándose...

Paciencia... ¡Y una mierda, paciencia! ¡Esto es una jodida condena!

A ella se le cortó el aliento. Entonces, él cerró los ojos y la besó. Al principio, Rose no reaccionó, pero, a los pocos segundos, se alzó de puntillas y se pegó a su cuerpo lentamente. Evan jadeó. ¿Dónde estaba el famoso libertino Evan Payne? ¿Por qué no sabía actuar con aquella mujer? ¡Era ella quien lo seducía!

Se cataron sin prisas. Se succionaron los labios con una increíble sensualidad, compenetrados, como si llevaran toda la vida besándose, disfrutando de cada instante, sin querer separarse y transmitiendo esa electricidad especial que los atraía de un modo alucinante.

¡Contrólate, campeón! Ha pasado por mucho, no seas el gilipollas que se aprovecha de ella en una situación así, no seas el Evan Payne del pasado. No.

Te esperaré, rubia... Lo que necesites... Será especial. Y será nuestro secreto...

Pero Rose introdujo la lengua en su boca con pequeñas embestidas, incitándolo al desequilibrio y desbaratando su control. Él estaba desesperado... Dirigió las manos por su espalda a su trasero, hundió los dedos y gruñó, por la impresión de apreciar la redondez de sus nalgas respingonas que imploraban ser examinadas con firme detenimiento, y eso sin despegarse de sus labios, tan celestiales como su belleza.

Ella gimió... Su dulce niña con caparazón de mujer gimió en su boca... Evan se mareó al escucharla, se le doblaron las rodillas y trastabilló con sus propios pies hasta caer en la cama con Rose sobre él.

Pero no se frenaron. No. Ella se subió el camisón para poder acomodarse a horcajadas en su regazo. Y tal gesto lo consumió por completo.

No puedo parar... Ya no.

Evan rugió, le aplastó el trasero por encima de las braguitas de seda y la instó a frotarse contra su erección. La sensación fue tan intensa que se le nubló la razón... En su mente, aparecieron imágenes de Rose desnuda. Recordó sus generosos, rosados y erectos senos... Recordó su calidez, su entrega y su recepción... Recordó el momento exacto en que ella había exhalado el suspiro agónico del éxtasis apenas unas horas antes... Recordó...

El beso se tornó salvaje. Ambos jadearon, engulléndose la boca, mientras chocaban las caderas a la par... ¡Ella se movía demasiado bien! Evan iba a hacer el mayor ridículo de su vida, pero no podía parar. Y Rose se mecía buscando su goce, alentada por la presión que él ejercía en su intimidad.

Y cuando ella gritó en su boca... Evan Payne se perdió.

—¡Joder! —bramó él, poseído por el placer, deteniendo el beso de golpe, estrujándole el trasero con saña, apretándose contra Rose.

—Evan... —gimió ella, desplomándose sobre su pecho.

Dios mío... Pero ¿qué acaba de pasar?

—¡Joder! —repitió Evan, respirando tan agitado como ella—. ¡Joder, joder, joder! —la levantó sin esfuerzo, pero con brusquedad.

Rose parpadeó confusa, todavía aturdida. Él se encerró en el baño. Y el niño se echó a llorar por el ruido. Ella tomó una gran bocanada de aire y la soltó sonoramente. Se incorporó y se acercó a la cuna. Sus piernas vibraban tanto que temió coger al bebé por si se le caía, así que le acarició la carita y le colocó el chupete. Gavin, enseguida, se durmió otra vez.

Evan salió del servicio con una toalla anudada a las caderas y con el semblante cruzado.

—¿Qué te pasa? —se preocupó Rose.

Él gruñó y se metió en el vestidor. Ella esperó sentada en el borde de la cama. A los pocos segundos, lo vio aparecer con un nuevo pantalón de pijama puesto.

—Evan...

—¡Duérmete, joder!

Aquello la sobresaltó.

—¿Se puede saber por qué me hablas así? —inquirió Rose, enfadada y dolida por su contestación.

—Métete en la cama —le ordenó, tensando la mandíbula.

—No —se cruzó de brazos—, hasta que no me digas lo que te pasa. ¿Por qué estás tan...?

—¡Que te duermas, joder! —la interrumpió y se tumbó en la cama, de espaldas a ella, farfullando tacos, su especialidad.

Rose obedeció, desorientada por tal reacción. El sol asomaba ya en el horizonte, poco iban a dormir. No obstante, nada más recostar la cabeza, se dejó atrapar por el sueño.

Cuando abrió los ojos, se encontró sola en la habitación. Se colocó la bata larga a juego con el camisón y se encaminó a la cocina para prepararse un café.

—Buenos días, dormilona —la saludó Zahira desde el salón.

El perro corrió hacia Rose. Le rascó las orejas, encantada por su recibimiento.

—Hola —le dijo a su amiga—. Últimamente, se me pegan las sábanas. Es la cama. En eso aplaudo a Evan. El colchón es magnífico —se vertió café en una taza y se reunió con Hira en el sofá—. ¿Dónde están?

—Bastian y Evan se han ido con los niños al supermercado.

—¿De verdad? —se asombró—. ¿Evan sabe comprar?

Las dos se rieron.

—Bastian lo ha obligado —le aclaró Zahira con una sonrisa traviesa—. Te

estaba esperando para que me lo explicaras.

—¿El qué? —dijo un sorbo al líquido humeante.

—Evan estaba enfadado. ¿Habéis discutido?

El rostro de Rose se chamuscó.

—No, pero...

—¿Pero? —la instó Hira, posando una mano en su pierna—. ¿Qué ha pasado?

—Si te digo la verdad... —desistió y suspiró, derrotada—. No tengo ni idea. Anoche él y yo... —carraspeó y desvió la mirada.

—¡Ay, madre mía! —exclamó, tapándose la boca—. ¡Lo sabía! —se levantó de un salto—. ¡Estáis juntos!

—¡No! —tiró de su brazo para que se sentara de nuevo—. Bueno, no lo sé... —dejó la taza en la mesa de cristal y se derrumbó en el sillón—. Ayer... —chasqueó la lengua—. Digamos que ayer... intimamos, ¿vale?

—Vale —asintió despacio.

—Dos veces...

—¡Dos veces! —desorbitó sus ojos de color turquesa

—Baja la voz —la regañó ella—, no quiero que entren y Evan me escuche.

—De acuerdo, perdona. Continúa —cruzó las piernas debajo del trasero.

—Ayer, en casa de sus padres, pues... Me di un baño cuando me desperté y, al salir de la bañera, vi a Evan mirándome desde la puerta —sus mejillas estaban sufriendo un incendio de dimensiones épicas. Se tiró de la oreja izquierda—. Nos besamos y... Él me... me acarició, ¿vale?

Su amiga sonrió.

—Y esta madrugada, pues... Pasó lo mismo, pero de otra manera.

—No te entiendo, Rose —frunció el ceño.

—Intimamos con ropa, ¿lo entiendes ahora? —arqueó las cejas.

—Intimasteis con... ¡Oh! —emitió su amiga, con asombro.

—Sí y, de repente, él se enfadó y se encerró en el baño. Luego, me gritó que me metiera en la cama y me durmiera. Así que no entiendo nada —dejó caer los hombros—. Llegamos hasta el final, aunque con la ropa puesta —respiró hondo—. No sé... —agachó la cabeza—. La sensación que tengo es que, como me odia, no le gustó llegar al final conmigo.

De repente, Zahira estalló en carcajadas que la doblaron por la mitad. Rose la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Evan no te odia, aunque no queráis verlo ninguno de los dos. ¿Cómo puede ser que tú no sepas lo que le pasa? —le preguntó su amiga, asombrada

—. Creía que tenías experiencia en este tema.

—No —confesó en voz baja, hundiéndose cada vez más en el sofá—. En realidad, Evan es el segundo hombre con el que me he acostado en mi vida. Y le separa ocho años del primero.

—Bueno... —dudó un segundo—. Pues, a ver —arrugó los labios—. Pues que anoche tú y Evan, los dos... —juntó las manos—. Ya sabes.

—Sí, claro que lo sé, se manchó los pantalones. Espera... —se incorporó, alucinada—. ¿Por eso se enfadó? ¡Menuda bobada! —volvió a sentarse.

—Evan perdió el control —se encogió de hombros—, y con los pantalones puestos, tengo entendido que eso es humillante para algunos tíos —ladeó la cabeza, sonriendo—. Parece mentira que no sepas cómo es Evan. Por mucho que aparente que todo es diversión y juerga, es un hombre que necesita tenerlo todo controlado y planeado al milímetro. No le gustan las rubias, pero la única rubia con la que se ha liado, ha tenido un hijo de penalti y, encima, se ha casado de prisa y corriendo, es la única mujer capaz de descontrolarlo —adoptó una expresión de gravedad—. Rose, vivo con Evan desde que me atropellaron —la tomó de la mano—. Y la primera vez que lo he visto pestañear en los últimos diez meses fue en mi boda.

—¿Y tú cómo sabes todo esto de perder el control con los pantalones puestos, Hira? —quiso saber Rose, desviando el tema de una conversación que no se sentía preparada para afrontar—. ¿Tanto has aprendido en estos diez meses que he estado fuera? Se te olvidó contarme estas cosas en nuestros e-mails, ¿eh?

—Bueno... —se mordió el labio inferior, tan colorada como sus cabellos sueltos—. Digamos que tengo al mejor profesor.

Sonrieron.

—Entonces —insistió Zahira—, ¿entre tú y Evan...?

—Ayer me preguntó si quería que fuéramos a Los Hamptons como una especie de luna de miel —sonrió, recordando la intensa noche—. Dijo que tú no habías estado y que podíamos irnos los cuatro.

—¡Qué bien! —chilló, de repente, eufórica, abrazándola por el cuello—. ¡Nos apuntamos!

—¿Adónde? —pronunció la voz de Bastian.

Los dos hermanos Payne, con los bebés, acababan de entrar en el ático.

—¡A Los Hamptons! —gritó de nuevo Zahira, brincando en el sofá.

Rose se acercó a Evan con la timidez invadiéndola a pasos agigantados. Los pómulos de él se tiñeron de rubor.

—Hola, Bella Durmiente —le susurró su marido, serio.

El apodo le encantó y le sonrió.

—Es culpa de tu cama, es maravillosa —declaró ella con sinceridad, cogiendo al niño en sus brazos, y tan agitada que le extrañó que ninguno escuchara el potente latir de su corazón.

—Nuestra cama —la corrigió en un tono persuasivamente áspero.

Hira y Bas se encerraron en su cuarto con la niña.

—¿Sigues enfadado? —se preocupó Rose, haciendo arrumacos a Gavin, que reía con dicha—. No te avergüences —se ruborizó—. A mí no me importa.

—Ya, pero a mí sí —gruñó, aunque la rodeó desde atrás, con cuidado de no aplastar al niño—. Lo de anoche será nuestro secreto, rubia.

Rose se puso tensa.

—Joder... —volvió a gruñir él al percatarse de su nerviosismo—. Se lo has contado a Zahira, ¿verdad?

Ella no respondió...

—¡Joder! —rugió Evan y se dirigió a la habitación. Se detuvo frente al ventanal.

—Perdóname, Evan —lo siguió y tumbó al bebé en la cuna—, es que... —se tiró de la oreja izquierda—. Yo no entendía lo que te pasaba y... Lo siento... —dejó caer los hombros—. No diré nada más a nadie de ti.

—No es eso —se colocó frente a Rose y la tomó de las manos—. Es que... —respiró hondo de forma sonora y fuerte—. Desde el principio, desde que llegaste —la miró con fijeza y gravedad—, todos han opinado, todos han criticado, todos han decidido —enumeró con los dedos—. Y no quiero que interfieran más porque... —suspiró y retrocedió. Se pasó las manos por la cabeza—. Me da la sensación de que todo lo que has hecho conmigo desde que llegaste ha sido por influencia de los demás. Nos casamos porque lo dijeron mis padres, vives aquí desde la primera noche porque también lo dijeron mis padres, si nos hemos besado por la calle ha sido para acallar a los demás, porque también dirigen nuestra relación —chasqueó la lengua y se calló, frustrado.

—Evan, yo... —avanzó y lo observó con valentía, a pesar de que su interior estaba atemorizado—. Nunca he fingido contigo, ni siquiera en un beso.

—Yo, tampoco, y por eso no quiero que nadie se entere de lo que pasa entre tú y yo de verdad. Lo que sea que tengamos será solo nuestro, de nadie más —acortó la distancia, obligándola a alzar la barbilla.

Aquellas palabras la emocionaron. Evan Payne era famoso. Los periodistas de cotilleos lo adoraban porque siempre se mostraba en público sin esconderse. Un sinfín de morenas habían colgado de su brazo en numerosas revistas. Y si ahora él deseaba intimidad con ella, significaba que Rose no era simplemente la madre de su hijo, ni una presa más...

Cuánto anhelaba que la viera diferente a cualquier mujer... Cuánto deseaba ser cuidada por su guardián... Cuánto rezaba para enamorallo...

—Anoche pensé... —comenzó ella con timidez, pero necesitaba decírselo—. Pensé que, como me odias, no te gustó... llegar al final conmigo. Quizás, te obligué a...

—No —la cortó, posando un dedo sobre su boca—. Mereces mucho más que anoche, mucho más... —sus ojos se oscurecieron por un deseo repentino—. Te deseo, rubia, no te haces una idea de cuánto... —se inclinó lentamente. Le acarició los labios con el pulgar, contemplándolos, embobado—. Contigo pierdo el control. Y nunca me había pasado con nadie, ni siquiera siendo un chaval de instituto. Por eso, me enfadé. No es agradable —sonrió con travesura— divertirse con los pantalones puestos.

Rose se derritió por esa sonrisa y gimió. Se sujetó a sus hombros en un acto reflejo. Su aroma fresco y limpio la cegó. Fue a besarlo, por instinto, lo necesitaba; más, cuando él la abrazó en ese instante y lentamente se inclinó, cerrando los ojos, hacia su boca. Sin embargo, Hira los interrumpió golpeando la puerta.

La pareja se separó de inmediato, parpadeando como si se despertaran de un trance; ella se encerró en el baño y accionó la ducha. Observó su propio reflejo en el espejo del lavabo. Estaba muy colorada y tenía las pupilas dilatadas. Y se sentía como una pluma que volaba según las ráfagas del viento, de lo desorientada que se encontraba.

Permaneció más tiempo de lo habitual debajo del chorro del agua caliente. Después, se secó y anudó la toalla a las axilas. La vergüenza la invadió al pensar en salir de esa guisa, por lo que corrió hacia el vestidor sin reparar en nada, aunque escuchó cómo su marido exhalaba un jadeo al pasar junto a él.

A los pocos minutos, algo recompuesta gracias a los vaqueros y al jersey de gruesa lana que eligió, como si así pretendiera esconder su agitado interior, se reunió con Evan en el dormitorio.

—Nos vamos mañana a Los Hamptons con Bastian, Zahira y Caty, ¿te parece bien? —le dijo él, sentado en el borde de la cama, con el niño en el regazo.

—Evan... —dudó, seria.

Él la miró con la frente arrugada y esperó.

—Había pensado en hablar con Jordan para incorporarme al hospital —comentó ella—, pero no sé qué hacer con Gavin —se acomodó a su lado y rozó el piececito del bebé de forma distraída—. No quiero dejarlo y no sé si deseo hacerlo con una desconocida.

—Puedo hablar con mi madre para contratar a Alexis.

—¿No te molesta que quiera trabajar? —se preocupó. El pasado retumbó en su pecho—. Mi madre lo dejó porque a mi padre no le gustaba que trabajase.

—A tu padre lo que no le gustaba era no controlar a tu madre las veinticuatro horas del día —la corrigió, prácticamente gruñendo—. Y tu madre siempre ha sido demasiado buena como para llevarle la contraria. ¿Qué marido castiga a su mujer por dar de comer a su hija? —bufó, indignado—. A veces, el maltrato psíquico es peor que el físico. Lo he visto en el hospital. Y tu madre está completamente anulada. Siento decirte esto.

—Mi padre no se la merece... —observó a su precioso hijo—. Míralo... —sonrió, loca de amor por su bebé—. ¡Qué gordito es mi niño! —se inclinó y le apresó un piececito en la boca para hacerle reír.

—¿Por qué lo llamaste Gavin?

—Por mi abuelo materno —no perdió la sonrisa—. Mi madre siempre me contaba historias de mi abuelo antes de dormir. Era escocés. Nunca lo conocí porque murió antes de que yo naciera. Mi abuelo era escritor de novelas históricas de aventuras —se rio con suavidad—. Todos sus libros se ambientaban en Escocia en diferentes épocas y, en todos ellos, siempre había un halcón blanco que guiaba al protagonista en su caminar, que lo protegía a distancia —rozó la nariz de su hijo—. *Gavin* es un nombre de origen escocés que significa *pequeño halcón blanco*.

Cuando dirigió sus ojos a Evan, se impresionó por la preciosa sonrisa que había dibujado en su rostro. Contuvo el aliento.

Qué guapo eres...

Sin pensar, movida por su instinto, depositó un casto beso en sus labios. Ambos ahogaron un resuello entrecortado. Permanecieron embelesados el uno en el otro eternos segundos, con la mirada vidriosa y centelleante, hasta que Gavin soltó un gimoteo porque se había sentido desprovisto de atenciones. Los papás sonrieron y se encargaron de entretenerlo durante un tierno rato, tumbados los tres en la cama.

Ese gran momento, en familia, quedó atesorado en la memoria y el corazón de Rose.

Mis dos nenes grandullones...

Por la tarde, preparó el equipaje mientras Evan telefoneaba a Cassandra para preguntarle si podían contratar a Alexis de niñera.

—Las dos han aceptado encantadas —le aseguró él desde la cama—. ¿Le pedirás a Jordan trabajar en Pediatría con Bastian, como antes?

—Ojalá... —suspiró, cerrando la bolsa azul celeste de su hijo—. Aunque no me importaría probar otra planta. Quizás, le pida formar parte del equipo de Kaden —se encogió de hombros, despreocupada.

—¿Por qué todas preferís a Kaden? —estalló, levantándose de un salto, de repente, enfadado—. Zahira decía que, si alguna vez le pasaba algo, le gustaría que fuera Kad su médico —colocó los puños en las caderas—. Tú trabajaste con Bastian y ahora quieres con Kaden. ¿Y qué pasa conmigo?

Rose se echó a reír.

—¿Estás celoso, soldado?

—¿Yo? —resopló, herido en su orgullo—. Esa palabra no está en mi diccionario.

—No creo que Jordan me permitiese trabajar contigo. Eres mi marido. Están prohibidas las relaciones entre compañeros de la misma sección. Y renuncié a mi puesto de jefa de enfermeras en Pediatría un mes después de aceptarlo —alzó las cejas—. Eso sin contar que llevo más de diez meses sin ejercer. Creo que me resultaría un poco complicado ganarme de nuevo un lugar en Pediatría. Lo mejor es probar en otra planta.

—Hablaré con Jordan y le pediré que trabajes conmigo, así te respetarán desde el primer momento porque yo me encargaré de que lo hagan —declaró con rudeza.

—No, Evan —negó con la cabeza repetidas veces—. Si entro en tu equipo, seré la enchufada, y eso es peor. No quiero ayudas, no es negociable —levantó una mano para recalcar tal hecho—. Me defiendo muy bien sola. Espero que lo entiendas y lo aceptes, porque, si no, tú y yo tendremos un problema —arrugó la frente, nerviosa por su reacción y tirándose de la oreja izquierda.

Él la miró, intentando descifrarla, y, finalmente, asintió. Y sonrió. Se acercó.

—Lo entiendo, rubia —la besó en la frente—. Y lo acepto. ¿Me dejas, al menos, ayudarte con el equipaje? —bromeó, provocándole a ella una carcajada.

Y así pasaron el día, tranquilos y contándose anécdotas del hospital.

A la mañana siguiente, mientras Zahira y Rose le daban el biberón a los niños, Evan y Bastian guardaron las maletas en los coches. Y partieron rumbo a Los Hamptons, una zona que comprendía el este de *Long Island*, en el estado de Nueva York. Ella permaneció dormida todo el trayecto.

—¿Sabes? —le dijo él, unos minutos antes de parar—. Eres la auténtica Bella Durmiente.

—Ja —ironizó ella, restregándose los ojos. Miró por la ventanilla—. ¡Dios mío! —exclamó, atontada por las impresionantes mansiones a ambos lados del estrecho carril por donde transitaban. Y, para su completa alegría, estaba nevado—. ¿Esto es real? Es una preciosidad...

La opulencia y la riqueza del lugar le erizaron la piel. A pesar de ser neoyorkina, nunca había estado en Los Hamptons.

Se detuvieron frente a una verja no muy alta que Evan abrió con un mando a distancia. Continuaron por un camino de gravilla con curvas a la derecha hasta un garaje techado en la parte trasera de la vivienda, donde había varios coches, que, dedujo, serían de los empleados. Aparcaron.

—¡Me encanta! —chilló Hira, brincando, emocionada, al bajar del coche.

Ambas amigas se abrigaron y tomaron a sus hijos en brazos. Siguieron a los hermanos Payne hasta una puerta. Entraron en un recibidor. En la pared de la izquierda, colgaba un enorme cuadro impresionista en el que se había pintado un colorido jardín con el mar de fondo, relajante y precioso. De frente, había un pasillo que se bifurcaba en cinco direcciones.

—¡Buenas tardes! —los saludó con jovialidad una anciana que, prácticamente, corrió a su encuentro.

Los hermanos se la presentaron: se llamaba Danielle y era el ama de llaves. El vestido negro le alcanzaba la espinilla. Llevaba una rebeca de color gris claro encima. El pelo, tan blanco como los copos del exterior, estaba recogido en un perfecto moño en la nuca. Era pequeña y rellenita.

Los recibieron varios sirvientes más, todos en vaqueros, jerseys y zapatillas o botas, nada de uniformes. Una de las doncellas, muy joven, morena y delgada, se acercó a Evan como si estuviera volando, balanceando su larguísima melena con coquetería, y lo besó en la comisura de la boca. Los presentes, incluido él, desorbitaron los ojos.

—Anne —pronunció Evan, retrocediendo un paso... ruborizado.

—Hola, Evan —respondió Anne, rozándole con un dedo el hombro mientras se humedecía los labios—. Siempre es un placer volver a verte.

¿También se ha acostado con las que trabajan aquí?, ¿en serio?!

—Las vacaciones prometen... —le susurró Zahira a Rose, no demasiado contenta.

Sin embargo, antes de que esta pudiera responder, otra chica, castaña, de pelo recogido en una coleta alta y cuerpo exuberante, avanzó hacia Bas y lo besó en el mismo sitio que la primera a Evan, además de pestañear con irritante insinuación. Bastian imitó a su hermano, también sonrojado. Se llamaba Helen.

—Hacía mucho que no venía por aquí, señorito Bastian —comentó Helen, estirando bien pecho—. Lo echábamos de menos.

Hira y Rose gruñeron, levantaron el mentón y le pidieron a Danielle que les indicara cuáles eran sus dormitorios, para acomodar a los niños.

—No hagan caso de Anne y de Helen —les aseguró el ama de llaves con un ademán. Caminaban por el segundo pasillo de la derecha. Las alfombras rectangulares y mullidas se sucedían una detrás de otra—. Son descaradas, pero inofensivas.

Las dos amigas, en exceso celosas y enfadadas, decidieron mantenerse calladas. Giraron a la izquierda, continuaron recto y volvieron a girar, a la derecha, hasta una escalera.

—Esto es un laberinto —murmuró Rose, con el ceño fruncido, subiendo los peldaños.

—Lo es —corroboró Danielle, con una sonrisa—. Primera parada —se detuvo frente a una puerta, que abrió, y les cedió el paso.

Se toparon con un amplio y cerrado *hall*. Una alfombra roja y cuadrada se disponía en el centro, sobre la que se ubicaba una mesita alta y circular, marrón oscuro, con un jarrón de cristal y preciosas rosas rojas en su interior. Había dos puertas a cada lado, separadas dos metros entre sí. La luz se distribuía en lamparitas hogareñas, una en cada esquina.

—Estamos en el ala del señorito Evan —anunció la anciana—. Para cualquier cosa que necesite, señorita Rose, no dude en tocar la campanilla que hay dentro de cada habitación —le dio un cariñoso apretón en el brazo y la dejaron sola.

Rose caminó hacia la primera puerta de la derecha y sonrió, pero la alegría se desvaneció de su rostro al escuchar una risita femenina acompañada de una voz masculina que le resultó bastante familiar.

Sí, las vacaciones prometen...

Capítulo 9

Se había olvidado por completo de Anne...

¡Joder!

La doncella era guapa, nunca lo había negado. Su cuerpo era delgado, pero llamativo; no obstante, Evan no sentía nada por ella. La había visto crecer. Anne tenía veinte años y, aunque fuera una niña a sus ojos, siempre procuraba rozarlo, hablar con él o, incluso, vigilarlo, porque, en muchas ocasiones, se había chocado con ella al doblar una esquina.

No era ningún tonto, pero tampoco se consideraba un maleducado. Anne era una de las hijas de Jules, la cocinera, una mujer adorable que amaba a los hermanos Payne como si se tratase de sus propios hijos, por lo que jamás se le había pasado por la cabeza ser desconsiderado con sus hijas, aunque ganas no le faltaban a veces...

Sin embargo, ahora surgía un gran problema: Evan se había casado y no podía permitir un solo coqueteo inofensivo por parte de Anne.

—De verdad que no hace falta, Anne —le aseguró él, al detenerse en el *hall* de su pabellón.

Soltó las maletas en el suelo y echó un vistazo a la puerta abierta de la derecha, por si su mujer estuviera escuchando.

—Todo lo que necesites, Evan, ya lo sabes —ronroneó ella, tirando de su brazo.

—Dile a tu madre que bajaré en un rato para presentarle a mi mujer.

Lo dijo adrede y logró lo que buscaba... Aquello enfadó a Anne, que frunció el ceño y se marchó.

—¿Ya se fue tu amiguita? —le preguntó Rose con un deje exasperante en la voz.

Evan la vio apoyada en el marco de la puerta. La profunda arruga de su frente revelaba lo molesta que estaba.

—Sí —respondió él, cogiendo el equipaje y entrando en la estancia—. ¿Te

gusta? —se interesó, de pronto nervioso por su opinión.

Ella se ruborizó, agachó la cabeza y caminó por el dormitorio en línea recta, atravesando la alfombra de estampado verde que separaba la puerta del baúl, a los pies de la gigantesca cama con dosel, en el centro de la pared del fondo, cuyas cortinas estaban descorridas y atadas a los cuatro postes de madera. Los muebles en ese ala del edificio eran gris claro y gastados, de estilo antiguo; cortinas, sábanas, cojines y demás textiles, eran blancos, irradiando limpieza y pulcritud, y olía a limón, como su habitación de Boston. El ancho ventanal se hallaba a la izquierda y a la derecha, la preciosa chimenea encendida, de piedra, también gris, que soltaba chispazos de madera quemada y desprendía un calor muy agradable y embrujador.

El armario, con tres largos espejos verticales en la fachada, estaba enfrente de la cama, a la izquierda de la puerta, donde Evan dejó las pesadas maletas antes de cerrar tras de sí. Rose tumbó al bebé, dormido, encima del edredón. Lo protegió con almohadones por si se movía y montó la cuna de viaje entre la cama y la chimenea. Luego, metió a Gavin en la cuna y lo arropó. A continuación, se dedicó a deshacer el equipaje, sacando la ropa a manotazos, farfullando incoherencias.

—Rubia, ¿qué...? —fue a agarrarla del brazo, pero ella saltó para alejarse todo lo posible.

—No me lames *rubia* —le espetó con voz contenida, observándolo como si quisiera asesinarlo.

—No he hecho nada —entornó los ojos—. Tus celos son infundados.

—¡Ja! —bufó, orgullosa—. No son celos, es rabia —cerró las manos en puños.

—No he hecho nada —insistió él en voz baja

—¿Te has acostado con ella? —le exigió, lanzando al suelo la camiseta que tenía en las manos—. No me mientas. No soy estúpida.

—¡No! —respiró hondo para serenarse—. Nunca me he acostado con ninguna de aquí.

—No te creo —tensó la mandíbula con fuerza y se cruzó de brazos, adelantando una pierna, segura de sí misma, decidida y firme.

Esos vaqueros negros que llevaba se ajustaban a su cuerpo de una manera enloquecedora, y los finos tacones de sus elegantes botines de piel beis aumentaban la admirable longitud de sus extremidades. El jersey rosa incrementaba la divinidad de su cara...

¡Espabila, campeón! ¡Céntrate, que estáis discutiendo!

—Te lo prometo, rubia —empleó un tono apenas audible. Se le secó la garganta. Su erección golpeó la cremallera de sus vaqueros claros—. No me he acostado con ninguna.

—¿Y por qué se ha tomado tantas confianzas contigo? —inquirió Rose y añadió, gritando y gesticulando, furiosa—: ¡Te ha besado en la boca!

—No me ha besado en la boca.

—Besarte en la comisura es besarte en la boca.

Él acortó la distancia, pero ella retrocedió. La coleta alta y tirante que sujetaba sus largos cabellos se deshacía por segundos debido a sus frenéticos movimientos. Algunos mechones revolotearon por su rostro y los sopló sin delicadeza. Su dulce rostro estaba tan colorado, tan apetecible, que Evan se desorientó. Parpadeó para enfocar la tentadora visión. Se humedeció los labios en un acto reflejo, un gesto en el que su mujer se fijó y ahogó una exclamación, pero volvió a estar rabiosa.

—Lo he visto, Evan —siseó—. No lo niegues.

—Anne no... —carraspeó, malhumorado por no poder controlar su agitado interior, pero no logró tranquilizarse, se achicharró más porque ella eligió ese momento para quitarse el jersey de un arrebato, arrastrando consigo la camiseta blanca que tenía debajo. Un atisbo del sujetador blanco de seda y encaje estuvo a punto de aniquilarlo—. Joder... —gimió sin darse cuenta.

Ella se tapó con torpe premura, nerviosa, y desvió los ojos al suelo. Seguía profundizando la arruga de su frente, pero sus mejillas ardían mucho más que un momento antes. Aquella mujer era una belleza fiera.

—Ven aquí —le ordenó Evan, con aspereza.

Rose lo miró y negó con la cabeza.

—Rubia —avanzó.

—¡No me llames *rubia*! —lo regañó, reculando para girar a la cama—. ¡Me llamo Rose, maldita sea! ¡No es tan difícil, Evan Payne!

Él se enfadó al ver cómo huía, pero no frenó, sino que la acosó. La diversión se mezcló con la excitación. Le encantaba picarla, ¡era tan fácil! Aunque corría el riesgo de quedar atrapado en su propia red.

Ella se subió a la cama de un salto y se bajó en el otro extremo. Evan no paró.

—Evan, por favor... —le suplicó, al chocarse con la pared, junto a la chimenea.

—¿Qué quieres, rubia?, ¿escapar? —se situó a un milímetro, abrió las piernas y cercó las de ella con las suyas—. Ni de coña —apoyó las manos a

los lados de su cabeza y se inclinó para susurrarle—: Nunca me acosté con Anne. Tampoco la he besado. No la deseo, ni a ella ni a ninguna.

—¿A... ninguna? —repitió en un suspiro entrecortado.

Esos senos ceñidos a la camiseta se irguieron, alzándose con tanta rapidez que Evan emitió un aullido ante la erótica imagen.

—A ninguna... —la contempló con deleite— que no seas tú —le retiró la tela muy despacio sin rozarle la piel. Rose dejó de respirar—. Solo quiero verlos —inhaló una gran bocanada de aire—. Quítate el sujetador —su corazón se suspendió—. Solo quiero... —tragó el grueso nudo que se le formó en la garganta. Cerró los ojos un segundo—. Hazlo —añadió con rudeza, observando sus exóticos ojos castaños, que libraban una batalla entre el deseo y el orgullo.

Ella se quitó el sujetador con manos temblorosas, se irguió y contrajo el estómago, desviando la mirada a un lado. Su timidez lo embriagó de deseo.

—No te avergüences. Tienes unos pechos increíbles, rubia...

¿Qué clase de masoquista soy?!

Evan quiso llorar de angustia. Si la tocaba, la tomaría en la pared como hizo en el ascensor, y tras el ridículo protagonizado dos días atrás, estaba a un paso de convertirse en el eterno hazmerreír. Pero era tan condenadamente bonita, parecía tan frágil y tan seductora a la vez... Poseía unos senos suculentos, delicados, pero, al mismo tiempo, sobresalientes, rosados y tiernos a la par, altos, espléndidos, llenos, preciosos...

Son... perfectos... Pero como los toque, adiós a mi autocontrol...

—Nunca te avergüences conmigo. Nunca —enfaticó él después de morderse la lengua—. Necesito mirarte y que veas cómo te miro. Necesito que no te pierdas un solo segundo, porque estoy tan hambriento de ti que las palabras tampoco sirven conmigo —tragó saliva.

Rose giró la cara y alzó los párpados. Automáticamente, resopló al darse cuenta de sus palabras. Él observó su cuello, su escote, su ombligo, la curva apenas perceptible de su tripa, una diminuta redondez con la que soñaba desde que la había desnudado en casa de sus padres. Otra vez hundió los dientes en la lengua, recordando lo mucho que le disgustaban los halagos. Era extraño que no deseara escuchar cuán soberbia era su belleza. Cualquiera estaría ansiosa por que le regalasen piropos, pero ella, no; ella era diferente en todo.

De repente, notó una mano en la cinturilla del pantalón. La frenó al instante.

—No —gruñó Evan—. Si me tocas solo un poco...

Pero Rose lo interrumpió desobedeciéndole con la mano libre. Desató el

cinturón y desabrochó el vaquero con una lentitud abrasadora. Se soltó de él y, con las dos manos, le bajó la ropa hasta el trasero. Su dolorosa erección le dio la bienvenida.

—No... —imploró Evan, incapaz de moverse y de inhalar aire.

—Creía que un *no* era un *sí*, soldado.

Y lo hizo. Lo acarició. Lo tomó en sus cálidas y suaves palmas y lo arrastró al infierno... La fortaleza de Evan se quebrantó. Su frente cayó en la pared, al lado de la cabeza de ella. Y gimió sin control.

Joder... Esto es demasiado bueno para ser real...

Tanto tiempo soñando con que esa mujer lo tocara, tanto tiempo deseando que lo hiciera... Y la realidad superaba con creces su imaginación... Se le debilitaron las rodillas. Ella, que respiraba tan acelerada como él, no varió el ritmo, continuó martirizándolo hasta cegarlos de lujuria. Entonces, Evan se incorporó y contempló sus gloriosos senos. Los apresó entre las manos y los devoró con la boca.

—¡Evan! —gritó, curvándose.

Él los comprimió sin piedad, los mordisqueó y los succionó, intercalando los labios con los dedos. Debía ir lento y cuidadoso, se dijo, pero aquella mujer lo trastornaba, tanto por su mano como por sus tiernos pechos, los mejores que había probado en su vida. Con ella fantaseaba... Y eran fantasías oscuras, repletas de una pasión inmortal. Necesitaba impregnarla de su propio aroma a base de besos ardientes, de caricias y de amor, mucho amor...

Rose aumentó la cadencia de su mano. Se arqueaba ofreciéndole los senos con un candor abrumador. Era muy, pero que muy, receptiva y ruidosa, gemía y gemía sin timidez alguna, se dejaba llevar por un delirio que prometía el mismísimo edén.

Evan se separó con un esfuerzo sobrehumano, la empujó contra la pared y se arrodilló a sus pies. Le quitó los botines y las medias. Subió las manos desde los tobillos hasta el botón de los pantalones. Un rayo de lucidez le cruzó el cerebro, pero la codiciaba con tanta urgencia que lo ignoró. Rompió el botón y la cremallera del vaquero.

—Dios... mío... —jadeó su mujer, de forma irregular, sosteniéndose a la pared.

Él se levantó, la izó por el trasero y la lanzó a la cama sin miramientos. Antes de que ella tuviese tiempo de reaccionar, le atrapó los pies y tiró del pantalón.

—Joder... —emitió Evan en un tono lastimero, al observarla vestida solo

con las pequeñas braguitas, a juego con el sujetador.

Él se deshizo de la sudadera y la camiseta a la vez. Después, le tocó el turno a las zapatillas y a los calcetines. Sin molestarse en cubrir su propia intimidad, se subió a la cama encima de Rose, colocándose entre sus piernas, que lo envolvieron de inmediato.

—Evan... —se mordió el labio inferior, con los ojos entornados. Admiraba su musculatura con ese centelleo de deseo en sus ojos que lo volvía loco. Dirigió las manos a su torso y lo mimó con las yemas de los dedos, dibujando cada músculo—. Eres...

Evan la besó; tampoco requería halagos, solo acciones. Absorbió su boca con deleite. Le lamió los labios y la embistió enseguida con la lengua. Ella le rodeó la cabeza con las manos y se arqueó, frotándose sin ninguna vergüenza. Pero Evan alejó las caderas de las suyas al notar el elástico de la seda en su erección; estuvo a punto de sucumbir al éxtasis, tan pronto... Se despegó de su boca para besarle la mandíbula y fue descendiendo lentamente por su cuello, su escote, entre sus senos, su ombligo, su vientre... La miró, sin aliento. Rose suspiró de manera muy sonora y discontinua. Entonces, él se incorporó y la desnudó, sin despegar los ojos de los suyos. Evan se tumbó con la cara entre sus muslos y la sujetó por las nalgas.

—¡No! —exclamó ella, de pronto.

Él frunció el ceño y se acomodó de nuevo con los rostros a la misma altura. Sonrió, acariciándole las mejillas con ternura. Su mujer temblaba, asustada.

—Tranquila, rubia —la besó en la frente—. No tengas miedo —la besó en la nariz—. Jamás te haría daño, Bella Durmiente —la besó en la barbilla—. Solo quiero comerte.

—Evan... —se relajó en sus brazos.

—Mi rubia... —la besó, muy dulce, en los labios—. Mi mujer... —la besó durante más segundos. Ambos se aceleraron—. Solo mía... —la besó, más delirante.

—Mi guardián... —pronunció, correspondiéndolo de igual modo y recorriéndole la espalda con las manos, hacia su trasero—. Mi soldado... —se lo masajeó con fuerza.

—Joder, rubia... Me gusta mucho, pero mucho... —inhaló aire con dificultad—, que me llames así...

Más que gustarle, incrementaba su ego, y también su ilusión hacia ella. Se percató en ese momento de que Rose Payne sentía más que deseo por él, y él estaba más que dispuesto a investigar qué era ese más...

—Mi soldado... —repitió Rose, en un gemido exquisitamente suave.

Evan fue incapaz de aguantar un segundo más, la engulló con rudeza, mientras conducía una mano hacia su intimidad. Gruñó al comprobar cuán dispuesta estaba... Ella gritó, levantando las caderas, buscando su liberación.

Y Gavin se despertó...

¡Qué oportuno, joder!

Se detuvieron de golpe.

Los sollozos del bebé transformaron la pasión en un gélido invierno comparable a la nieve exterior. Evan se incorporó y se abrochó los pantalones, a punto de unirse a los lamentos de su hijo por la intromisión. Se acercó a la cuna y lo cogió con cuidado.

—Eres un bribón —le dijo, acariciándole la cara con un dedo, calmando su angustia—. Iba a hacer muy feliz a mami, ahora se quedará con las ganas.

Ella, ya vestida, aunque con los vaqueros rotos, se echó a reír. La pareja se tumbó en la cama con Gavin en medio. Cada uno agarró una manita del niño, que ya no lloraba, sino que se estiraba y se encogía, tarareando sin orden ni concierto.

Evan observó a su mujer y a su hijo con el corazón henchido de amor. Se inclinó, cerró los ojos, besó a Gavin en la cabeza y, después, a Rose en la mejilla. Sonrió. Ella le devolvió el beso y la sonrisa, sonrojada por completo. Sin embargo, él se tornó serio. Necesitaba decírselo. Fue superior a él seguir ocultándolo.

—No te gusta, pero ahora tengo que decirlo —confesó Evan, a escasos milímetros de su boca—. Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida, Rose.

El tiempo se congeló, hasta que el bebé chilló, sobresaltándolos.

—Es la primera vez que me llamas por mi nombre, soldado —declaró ella, con una sonrisa de satisfacción.

—Pues no te acostumbres, rubia —le guiñó un ojo.

Los dos se rieron y se centraron en el niño. Una hora más tarde, tras deshacer el equipaje, Evan le enseñó el pabellón.

—Todas las habitaciones de esta parte están comunicadas, y tienen acceso al recibidor.

Caminaron hacia una puerta que había junto al armario y que formaba parte de la pared. La abrió y le cedió el paso. Entraron al lujoso baño privado, del mismo color y con la misma decoración que la habitación. Rose giró sobre sus talones para admirar extasiada el lugar.

—¡Es precioso!

Lo era. Los dos inmensos lavabos de mármol blanquecino estaban a la izquierda, debajo de un impresionante espejo rectangular con marco de madera gris oscuro y gastado; en el centro, había un *puf* bajo, ovalado, sin respaldo, mullido y de terciopelo verde grisáceo. A la derecha, se ubicaba la bañera exenta, debajo del ancho ventanal que ofrecía las vistas del invernadero, en un lateral de la mansión, a modo de cabaña; una cómoda en el rincón de la derecha, al fondo, se situaba justo enfrente de una estantería baja, provista de toallas y con espacio suficiente para guardar los neceseres.

Rose continuó hacia la puerta, entre la cómoda y la estantería.

—¡Oh! —exclamó, al introducirse en el salón—. Pero ¡qué bonito! —dio una vuelta sobre sí misma.

La estancia era grande y estaba dividida en dos: a la derecha, había una biblioteca, con las estanterías repletas de libros desde el suelo hasta el techo, un escritorio, con un tablero de cristal, y una silla de piel, ambos sobre una alfombra de color azul celeste; estaba separada por un biombo de los sofás de piel y una mesita, una zona sencilla y despejada.

—¿Son tuyos? —le preguntó ella, acercándose a las estanterías para rozar los lomos de los libros con un dedo.

—Sí.

—¿Y te los has leído todos?

—Sí, desde muy pequeño —asintió él, avergonzado, de repente.

—Eres muy listo, Evan. Intimidado —se ruborizó.

—Claro que no —respondió al instante. Odiaba alardear, pero más odiaba que Rose se sintiera mal por su culpa. Hizo un ademán restando importancia—. Sigamos.

La mitad superior de la pared del fondo era acristalada. Las cortinas estaban descorridas y se podía ver la terraza, cerrada en invierno por las bajas temperaturas.

—¿Toda esta zona es tuya?

—La mansión es de mis abuelos —le explicó Evan, dirigiéndose hacia la izquierda, pues al lado del mueble de la televisión existía una puerta que formaba parte de la pared y que conducía a la última estancia del pabellón—. Somos sus únicos nietos. Cuando la compraron, nosotros éramos muy pequeños, pero la reformaron para que Bas, Kad y yo tuviéramos nuestro propio pabellón.

Entraron en la última sala, su favorita.

—¡Un billar! —chilló Rose, corriendo hacia el centro de la habitación, donde estaba el billar, que ocupaba gran parte del espacio; era la estancia más pequeña.

El cuarto tenía la misma cristalera que el salón y conducía al mismo balcón. En cuanto a la decoración, estaba vacío, excepto por un mueble cerrado que ocupaba toda la pared de la izquierda, no había nada más.

Rose cogió una bola de billar y avanzó hacia el mueble. En ese momento, él se la imaginó desnuda sobre la mesa de billar, mientras le hacía el amor con una pasión descomunal...

Paciencia, campeón, todo llega y el billar llegará... ¡Eso seguro!

—¿Y esto? —quiso saber Rose, señalando el mueble.

Evan sonrió con travesura.

—Atenta —pulsó un interruptor al lado de la puerta que daba al *hall*.

Automáticamente, el mueble comenzó a plegarse de izquierda a derecha como si se tratase de un acordeón, descubriendo así un potente equipo de música, un televisor ultraplano y todos los caprichos tecnológicos de último modelo.

—Esto es... Es... —balbuceó ella, boquiabierta, torpe al buscar el adjetivo idóneo para describirlo—. Impresionante...

—Es mi habitación favorita.

—No me extraña —silbó con admiración—. No quiero ni imaginarme cómo será el resto de la casa.

Alguien golpeó la puerta y seguidamente entró. Eran Zahira y Bastian, quien sostenía a Caty dormida en el hombro.

—¡Madre mía! —exclamó Hira, anonadada unos segundos también por la habitación—. Habíamos pensado ver una película o jugar a algo, como ya es de noche. ¿Os apetece?

Evan y Rose se miraron y asintieron a la par.

Atravesaron el laberinto de la mansión hacia la primera planta. No tenía ni idea del camino que habían tomado. Se sentía desorientada y un poco asustada. Algunos pasillos estaban en penumbra porque no contaban con ventanas y las lamparitas de las paredes eran pequeñas.

—Si se va un día la luz —comentó ella, al descender la larga escalera principal—, creo que no me encontrarán ni los perros... —sufrió un horrible

escalofrío.

—Ya somos dos, amiga —convino Zahira, con igual palidez.

Los hermanos Payne se rieron.

—De pequeños, jugábamos a las tinieblas cuando se cortaba la luz —les contó Bastian, rodeando por los hombros a su mujer para tranquilizarla.

—Sí —dijo Evan, que tenía a Gavin en brazos—. Y se va mucho la luz, pero no os preocupéis. Los abuelos instalaron luces de emergencia en el suelo, como las de los aviones.

—¿Qué tiempo va a hacer esta semana? —quiso saber Rose, con voz temblorosa y las palmas sudorosas.

Su eterno pánico era perderse. Siempre le había pasado, desde niña. La oscuridad no le importaba si se encontraba en un espacio conocido, pero sí el no hallar la salida de un lugar, en especial de noche o a solas.

—No hay aviso de tormentas —anunció Hira con una sonrisa radiante.

Rose no alcanzó a devolverle el gesto; por el contrario, se pegó a Evan todo lo que pudo, incluso tiró de su sudadera en la espalda sin darse cuenta. Él giró el rostro y, serio, entrelazó la mano libre con la suya y le dio un pequeño apretón.

Llegaron al majestuoso *hall* de la vivienda, que le recordó a las mansiones de la aristocracia de otras épocas: de techos altos, amplios ventanales verticales y espacioso como el resto del lugar, por lo que pudo ojear desde el recibidor. Además, en lo que sí se fijó, y que captó su curiosidad, fue en los cuadros impresionistas, todos de paisajes, que colgaban de las paredes. Giraron a la derecha, por detrás de la escalera, hacia un pasillo largo que conducía a la cocina, de madera antigua y que olía maravillosamente bien.

—Pastelitos de crema... —susurró ella, babeando por el característico aroma.

La estancia era cuadrada, grande, en consonancia a la mansión, y poseía un tablero de madera con bancos a los lados, al fondo, y una isla en el centro, donde una mujer de mediana edad estaba colocando bandejas de pastelitos en el horno.

Rose se acercó e inhaló el aroma con deleite. La mujer, que dedujo que se trataba de la cocinera, emitió una carcajada cantarina y la miró. Era alta y delgada, morena, de cabellos muy cortos, saltones ojos negros y muy atractiva.

—Rose, ¿verdad? —adivinó—. Soy Jules —se limpió con un trapo y le tendió una mano para el correspondiente saludo.

—¿Cómo lo sabe? —se la estrechó.

—Evan me pidió que hiciera pastelitos de crema porque son los favoritos de su mujer —le guiñó un ojo a Evan, cuyos pómulos se tiñeron de rubor—. Y, por favor, tutéame.

Rose avanzó hacia su marido, se alzó de puntillas y lo besó en la mejilla como agradecimiento. Él cerró los ojos un instante y el estómago de ella se revolucionó por el gesto.

Charlaron un rato con Jules, degustando los pastelitos de crema, y después se dirigieron a un salón que los hermanos Payne denominaron *pequeño*. Desde luego, no se quiso ni imaginar el tamaño del salón principal...

Se sentaron en el suelo, sobre cojines, alrededor de una mesa, junto a los cucos donde estaban los niños durmiendo.

—¿Sabéis algo sobre Nicole Hunter? —les preguntó Evan.

—¿La paciente de Kaden? —Rose frunció el ceño.

—En la boda, tuvo que marcharse al hospital —sirvió cerveza para todos—. Lo llamaron porque Hunter estaba sufriendo un ataque.

—La estabilizaron —añadió Bas, antes de dar un sorbo a su vaso—. Kaden le ha repetido las pruebas esta semana. Sigue sin haber rastro de aquel coágulo y parece que tampoco existen efectos secundarios a raíz del accidente después de un año. Está estable, pero en coma.

—Pobres padres... —musitó Hira con expresión desolada—. Primero, se les muere su hija pequeña de diecisiete años, de repente, por un derrame cerebral. Tres años más tarde, su otra hija, la mayor, tiene un accidente de tráfico. Y ya lleva un año y medio en coma... —arrugó la frente—. La vida es injusta.

—Sí, lo es —convino Rose. Bebió un trago de cerveza—. Aunque parece cosa del destino.

—¿Por qué lo dices? —se interesó su marido, ladeando la cabeza con curiosidad.

—Porque las dos son hermanas y porque se trata del mismo médico, pero con tres años de diferencia —respondió ella, con cierta tristeza—. Es normal que Kaden lo viva como una penitencia. Quizás, yo también me sentiría igual —se encogió de hombros— y actuaría del mismo modo que él, que la cuida a diario, trabaje o no, sea su día libre o su responsabilidad —respiró hondo. Los presentes la escuchaban concentrados—. Creo que, para Kaden, es como una segunda oportunidad —gesticuló con las manos a la vez que hablaba—, como si pudiera enmendar el error.

—No cometió ningún error —negó Evan con tranquilidad.

—Lo sé, pero él lo pasó muy mal cuando Lucy murió, ¿no?

—Se culpó —recalcó Bastian, arqueando las cejas—. Por eso, no aceptó el cargo de jefe de Neurocirugía hasta casi un año después. Sentía que no se lo merecía.

—¿Os lo ha dicho? —quiso saber ella.

—No —suspiró su marido—. Nunca ha hablado del tema, ni siquiera cuando ocurrió. Kaden es muy reservado. Nunca se altera —sonrió con los ojos fijos en el mantel—. Jamás nos enterábamos de nada que le pasase cuando éramos pequeños; ahora, tampoco.

—Estuvo en terapia por la muerte de Lucy Hunter —les informó Bastian, apoyando los codos en la mesa—. Jordan le pilló un día saliendo de la consulta del psicólogo y nos lo contó cuando, por fin, aceptó su nuevo puesto.

—Pobre Kaden... —señaló Zahira, abrazándose a Bas—. La llegada de Nicole le abrió viejas heridas. Si de verdad lo hubiera superado, no se entregaría tanto a la chica.

—Creo que nunca terminas de superar la muerte de un paciente —dijo Rose en un tono íntimo y agachando la barbilla—. A mí también se me murieron pacientes, en mi primer trabajo, antes de entrar en el General. Y todavía los recuerdo a todos —sonrió con tristeza—. Esta profesión, salvar vidas —unió las manos en el regazo—, es la mejor y la peor al mismo tiempo. Cuando alguno se va, te asaltan las dudas, te cuestionas si has fallado en algo, si has cometido un error. Es inevitable —suspiró sonoramente.

Evan rodeó sus hombros y la besó en el pelo. Ella cerró los ojos en un acto reflejo y se recostó en su pecho con naturalidad. Cuando alzó los párpados, sus cuñados la observaban con una sonrisa tan pícara que la ruborizó, y se alejó de él.

Anne y Helen entraron en la estancia con bandejas. Cada una se situó a un lado de los hermanos Payne y colocaron los platos de comida contoneando las caderas y sacando pecho. Además, se habían cambiado de ropa, ahora lucían pronunciados escotes y faldas tan cortas que parecían cinturones...

Zahira y Rose compartieron una mirada significativa.

—Lo que necesites, Evan, ya sabes —le recordó Anne, la repelente morena, acariciándolo en el brazo.

—Igual para usted, señorito Bastian —convino Helen, la atrevida castaña, que se inclinó para mostrar su asqueroso canalillo, tan pronunciado que poco faltó para que se le salieran los senos de la camiseta.

Hira carraspeó con ímpetu. Las doncellas se rieron con malicia y se

marcharon, meneando los traseros adrede.

Evan y Bastian miraban a cualquier sitio menos a sus mujeres, sonrojados de una forma ofensiva para ellas. Rose se enfureció tanto, porque ninguno había frenado a esas dos pelandruscas, que se levantó de un salto, cogió su cena y su cerveza y se sentó en el sofá más apartado del salón, junto a la televisión apagada, en un rincón. Zahira la imitó, uniéndose a ella. Los dos hombres, con el ceño fruncido, se acercaron.

—Solo faltaba que encima os enfadarais —se quejó Hira, entornando la mirada.

—No hemos hecho nada —declaró Bas, cruzándose de brazos.

—Efectivamente —asintió Zahira, riéndose sin alegría—, no les habéis parado los pies. ¿Os creéis que somos tontas, doctor Payne?

—No me llames *doctor Payne*.

—La única manera —se incorporó y dejó el plato en la mesa— de que una persona reconozca su error es vivir la situación en sus propias carnes.

—¿Qué quieres decir? —se atrevió a preguntar Rose, que se había mantenido callada para no entrometerse en la discusión.

—Esta casa tiene un establo —le respondió su amiga, con una sonrisa de satisfacción—. Supongo que habrá gente que trabaje en él, que cuide de los caballos, ¿no? —se dirigió a Bastian—. Esta tarde, cuando llegamos, me fijé en que había hombres, no solo mujeres forman parte del servicio, así que alguno se ofrecerá encantado a enseñarme a montar, estoy segura.

—Ni se te ocurra —le advirtió Bas, apuntándola con el dedo índice.

Rose se molestó por aquella actitud tan posesiva, por lo que caminó hacia Hira y sonrió.

—Cuenta conmigo, Hira —se irguió—. Mañana, les pediremos a dos chicos guapos que nos enseñen a montar a caballo. ¡Me encanta el plan! —abrazó a su amiga.

—Vamos a hablar con Danielle para preguntarle quién nos puede ayudar mañana.

Y se fueron a la cocina.

—¡Eh! —exclamó Evan, agarrándola del brazo, obligándola a frenar en el *hall* principal—. Te enseñaré yo a montar —apretaba la mandíbula con fuerza.

Ella se soltó sin perder la sonrisa.

—Gracias, bichito, pero prefiero... —lo analizó de los pies a la cabeza—. Prefiero un hombre con más experiencia, ¿lo entiendes?

—Perfecto —aceptó su marido, sonriendo de repente—. Déjalas, Bas —

añadió hacia su hermano—, luego, no saben estar sin nosotros —se jactó—, por muy celosas que se pongan.

—Vámonos, Hira —tiró Rose de su amiga, escondiendo la rabia que la poseyó al escucharlo—, no sea que el bichito nos contagie cualquier cosa, después de todo, los bichos solo van de flor en flor, cuantas más flores, mejor —lo insultó aposta.

Evan y Bastian rechinaron los dientes. Zahira estalló en carcajadas. Ambas amigas chocaron la mano por la victoria obtenida y se marcharon.

El ama de llaves no estaba, pero Jules, sí. Anne y Helen cuchicheaban entre ellas cuando entraron. Zahira les dedicó la peor de las miradas, pero Rose le dio un codazo con disimulo.

—Que no sepan que te molesta —le susurró al oído—, no les des ese gusto, Hira.

La pelirroja asintió con gravedad.

—¿Quién se encarga de los establos, Jules? —le preguntó ella con una dulce sonrisa fingida.

Las dos doncellas no se perdían un solo detalle, las contemplaban con evidente curiosidad y con las espaldas bien estiradas, como si las estuvieran desafiando sin respeto ninguno.

—George y sus hijos, Caleb y Magnus —respondió la cocinera, que estaba fregando las cacerolas donde había preparado la cena.

—¿Son escoceses? —Rose se sorprendió ante tal grato descubrimiento.

—Su madre, la esposa de George, era escocesa, pero ellos nacieron en Nueva York.

—Y, ¿crees que mañana podrían enseñarnos a montar a caballo? —quiso saber Zahira.

Jules cerró el grifo y se secó las manos con un trapo. Las miró y sonrió.

—No creo que tengáis ningún problema.

—Gracias, Jules.

Salieron de la estancia, pero no buscaron a los hermanos Payne, sino que decidieron pasear por la mansión y tramar el plan a seguir. Sin embargo, pasadas dos horas, se percataron de que se habían perdido en el laberinto.

—¿Dónde estamos? —pronunció Rose en un hilo de voz. El pánico la paralizó por segundos. Estaban en uno de los pasillos sin apenas luz. Era largo y estrecho. Las paredes se achicaban...—. Ay, por favor... —gimió, deslizándose hacia el suelo y rezando una plegaria.

Está en mi cabeza... No es real... Está en mi cabeza...

—¿Rose? ¿Estás bien? —se preocupó Zahira, agachándose a su altura.

—No... No... —tartamudeó. Sus manos comenzaron a sudar—. Qui... Quie... Quiero salir de... aquí... —su corazón bombeaba con una energía alarmante.

—Tranquila, Rose... —le frotó los brazos—. Yo estoy contigo... No pasa nada... Respira hondo... Venga...

Ella obedeció, pero no se calmó.

Entonces, sonó un golpe seco a la izquierda.

—¡Ay! —se tapó la cabeza, haciéndose un ovillo.

—Levanta. Lo mejor es continuar —la ayudó a incorporarse.

Rose se arrojó a su cuello, aterrada y con los ojos casi cerrados. Sintió envidia de su amiga, que estaba tranquila y caminaba con seguridad. Ella, en cambio, trastabillaba con sus propios pies y las piernas le temblaban tanto que se caería en cualquier momento.

Hira sacó su móvil y alumbró el pasillo con la linterna. Giraron varias veces. Entonces, otro ruido las sobresaltó.

—¡AY! —estaba a punto de llorar.

—Como esto sea una broma... —masculló Zahira, enfadada—, me van a oír esos dos... ¡Me van a oír, puñetas!

—Esa boca, bruja —la reprendió una voz masculina en la lejanía.

—¡No tiene gracia, Bastian! —contestó Hira, deteniéndose—. ¡Ya basta!

Bastian y Evan aparecieron a su espalda.

—¿Se puede saber qué os pasa? —les exigió el mayor de los Payne, con las manos en las caderas.

—Que sea la última vez que nos gastáis una broma así —sentenció su mujer.

—¿Qué broma? —preguntaron los dos al unísono, sin entender nada.

—Sabíais que nos habíamos perdido y habéis dado golpes a las paredes para asustarnos —contestó Rose, fría como un témpano de hielo. Se abrazó a sí misma de manera inconsciente.

—No hemos hecho nada de eso —se defendió Evan, con el ceño fruncido—. Tardabais mucho y decidimos ir a buscaros por si acaso os habíais perdido. Y no nos hemos equivocado.

—¿Y los niños? —quiso saber Zahira.

—Están con Jules y Danielle —les explicó Bas—. Les pedimos que los subieran a las habitaciones para buscaros.

—Pues vamos —ordenó Hira—. No tenemos ni idea de cómo salir de aquí.

Las dos parejas seguían enfadadas entre ellas. No se miraban y caminaban con bastante distancia. Alcanzaron una bifurcación y se despidieron. A pesar del enfado, Rose se pegó todo lo que pudo a Evan.

En la habitación, estaba el ama de llaves al lado de la cuna.

—Se acaba de dormir —anunció la anciana con una sonrisa—. Es un angelito, como su madre.

—Pues espero que en el carácter sea como yo, porque, si no, mal vamos... —gruñó él.

—¿Qué significa eso, imbécil? —se envalentonó.

Danielle los dejó solos de inmediato.

—¿Ya empiezas con los insultos, víbora? —Evan se colocó frente a ella, bien erguido y dispuesto a luchar—. Primero, los celos, luego, las pullas y, ahora, los insultos.

—¿Pullas?

—Creía que te había dejado bien claro que la prensa hablaba más de la cuenta y que en el hospital pasaba igual, pero has vuelto a decir que estoy demasiado usado. Y te lo advierto —la señaló con el dedo—, una vez más, y será la última.

—Yo no te he dicho nada de eso —adelantó una pierna—. Tú solito te has dado por aludido. Me preguntó por qué será... —entrecerró los ojos—. Y no me amenazas, porque eres tú quien ha actuado mal, no yo.

—¡No he hecho nada! —alzó los brazos al techo, desesperado.

—Baja la voz. Gavin duerme —mover la cuna hacia el rincón del fondo de la habitación, cerca de la chimenea—. Hira tiene razón, Evan. Si te quedas quieto para recibir los toqueteos de Anne, es como si estuvieras haciendo *algo* —recalcó—. ¿Sabes? Es insultante —bufó, meneando la cabeza—. Eres mi marido.

—¿Y? —enarcó una ceja, prepotente—. A ti te valen poco tus palabras, ¿no? Mañana, vas a aprender a montar a caballo con un chico guapo, ¿recuerdas? —ladeó la cabeza—. Pues yo te esperaré en casa —sonrió malicioso—; seguramente, con alguna chica guapa a mi alrededor.

Aquello la encolerizó. Sin embargo, adoptó una expresión de fingida indiferencia.

—Muy bien —aceptó ella, también sonriendo—. Entonces, por mí perfecto —se dirigió al armario y cogió el camisón y el neceser—. Pues diviértete con Anne o con quien prefieras, que yo conoceré a Caleb y a Magnus —se mordió el labio con coquetería.

—No te acerques a Magnus —su rostro se volvió morado, a punto de explotar.

—¿Perdona? —exclamó, incrédula—. Serás mi marido, pero no eres mi dueño— se metió en el servicio.

Él entró al segundo escaso.

—He dicho que no te acerques a Magnus —comprimió los puños a ambos lados del cuerpo—. Y no te acercará. Además, tienes un hijo que cuidar.

—¿O qué? —lo retó Rose, girándose para mirarlo—. ¿Tendré que atenerme a tus consecuencias?

—Magnus no es trigo limpio para ti —indicó en un tono más comedido.

—¿Qué quieres decir? —soltó el neceser de malas maneras en el espacio existente entre los lavabos.

—Eres demasiado inocente para él.

—¿Quién te crees que eres, imbécil? —estalló, empujándolo con fuerza—. ¡No sabes nada de mí!

Evan retrocedió porque no se lo esperaba, pero, al instante, la tomó de las manos y la inmovilizó con ellas en la espalda.

—¡Eres inocente, maldita sea! —respiró hondo conteniéndose. La observaba con un enfado que competía con el suyo—. Si pretendes darme celos, lo único que conseguirás es que Magnus se aproveche. Y sabe aprovecharse muy bien, porque él no acepta un *no* por respuesta.

Ella se retorció hasta que consiguió alejarse de su ardiente contacto.

—Entonces, te parece bastante a Magnus, ¿no? —inquirió Rose, tirándose de la oreja izquierda con nerviosismo.

Él la contempló con fiereza.

—No me compares con él, porque yo te... —se detuvo y se dio la vuelta—. No voy a seguir perdiendo el tiempo contigo. Te he avisado sobre Magnus, más no puedo hacer. Solo espero que luego no lo laments —y desapareció del dormitorio.

Será... ¡Imbécil, imbécil, imbécil!

Reprimió un chillido de impotencia. Se cambió de ropa, se lavó los dientes, se limpió la cara y se metió en la cama. El dolor que le perforaba el pecho inundó sus ojos de lágrimas, pero tragó repetidas veces y no derramó ni una sola. Se suponía que habían viajado a Los Hamptons de luna de miel. Unas horas antes, habían estado a punto de hacer el amor, y ahora...

Tardó en quedarse dormida. Su marido no apareció. Y cuando se despertó a la mañana siguiente, no había rastro de Evan.

Un rato después, cuando ya se había vestido, Zahira se presentó en la habitación.

—No has bajado a desayunar —le dijo su amiga, sentándose en el borde del colchón—. Evan, tampoco. ¿Está todo bien?

—¿No has visto a Evan?

El aludido entró en ese preciso momento. Las dos lo observaron, pasmadas.

—¿Estás bien, Evan? —se preocupó Hira, levantándose para ayudarlo.

Él caminó trastabillando hacia la cama, donde se derrumbó y comenzó a roncar.

—El muy imbécil está borracho —escupió Rose con desagrado. Inhaló aire y lo expulsó lentamente para preservar su paciencia. Y añadió—: Lo ha hecho aposta para que me tenga que encargar de Gavin y no pueda ir a montar —cogió al bebé de la cuna—. Pero ¿sabes qué, Hira? Que nos vamos a los establos. Ya.

Te vas a enterar, bichito...

Capítulo 10

Se despertó con una resaca terrible. Le martilleaba la cabeza. Alzó los párpados e incorporó medio cuerpo. Tenía la boca pastosa por el maldito alcohol que había ingerido. Hacía muchos años que no se agarraba tal cogorza; de hecho, nunca se había agarrado tal cogorza. La culpa era de una condenada rubia. ¡Sí! ¡Ella, solo ella!

Se tambaleó hasta la bañera. En ese momento, le disgustó que no hubiera una ducha. Después, se vistió con unos vaqueros, una camiseta de manga larga, un jersey grueso y sus zapatillas de ante. Se dirigió a la cocina, pero se cruzó con Bastian en la entrada de la mansión. Su hermano sujetaba a los bebés en brazos.

—¿Dónde...? —fue a preguntar, pero recordó la discusión. Y se enfadó—. ¿Te han dejado con los dos? —cogió a Gavin, lo besó en la frente y lo acunó en el pecho—. ¿Qué hora es?

—La una —masculló Bas, también enojado—. Llevan desde las diez afuera. Ya deberían estar aquí.

—¿Desde las diez? —repetió, incrédulo—. Esa rubia me va a escuchar... —le devolvió al niño y salió de la casa sin molestarse en abrigarse.

La vivienda era un precioso castillo de piedra gris, con dos torres, y su tamaño era grandioso. El césped nevado se extendía alrededor de la construcción, con subidas y bajadas en las que los hermanos Payne se habían tirado en trineo cuando eran pequeños. Había un invernadero a modo de cabaña en el lateral derecho. En la parte trasera, estaban el garaje y otra casa independiente, donde se encontraba, además, la piscina cubierta.

Él se encaminó hacia los establos, a unos minutos de la mansión, a la izquierda. La estructura de las cuadras era de madera y en forma de T. La puerta corredera estaba abierta y los empleados trabajaban en el mantenimiento: unos limpiaban y otros alimentaban a los caballos. Buscó a George, el encargado, un hombre de sesenta años, de aspecto vigoroso y sin

pelo desde hacía unos años ya.

—¡Evan! —lo saludó con una amplia sonrisa—. ¿Qué tal, muchacho?

—Hola, George —le devolvió el gesto. Se abrazaron—. Estaba buscando a mi mujer y a mi cuñada. ¿Están aquí?

—Están paseando con Caleb y Magnus. Hace rato que se marcharon, así que no creo que tarden.

—¿Se las han llevado sin saber montar? —la rabia se apoderó de Evan a un ritmo alarmante. Notó cómo le ardía la cara y cómo la arruga de su frente se intensificaba hasta rozar el dolor.

—No te preocupes, van con ellos en los caballos —contestó George, agachándose para alzar un saco de heno.

—¿Cómo que van...?

No pudo terminar la frase porque unas risitas femeninas lo interrumpieron. Clavó los ojos al fondo de la galería y se petrificó. El encargado tenía razón: Caleb sujetaba por la cintura a Hira, subidos ambos en un magnífico semental blanco, el caballo de Bastian; el otro semental, una preciosidad zaina con la cola y las crines negras, el caballo de Evan, lo guiaba Magnus, que rodeaba a Rose para que no se cayera.

¡Y una mierda para que no se caiga!

Se detuvieron en la intersección de la T. Él avanzó, respirando de manera contenida. Sería capaz de lanzarse a golpes contra Magnus, de su misma edad y aspecto, y le tenía tantas ganas...

Magnus Shaw, el mayor, y su hermano Caleb, eran morenos, de pelo corto y ojos verdes. Todas las doncellas caían rendidas a sus pies y se ruborizaban en su presencia. El pequeño, más delgado, era muy simpático, agradable y educado; el mayor, ancho como Evan, en cambio, era déspota, prepotente, engreído y un auténtico mujeriego.

—Creo que tu marido va a castigarte, Rosie —dijo Magnus, saltando al suelo y seguidamente alzando los brazos para ayudar a la joven a bajar.

¿Rosie? ¡Yo lo mato!

Ella se sonrojó y aceptó el gesto. Evan se olvidó por completo del resto, centrándose en el manoseo de Shaw hacia su mujer.

—¡Hola, Evan! —lo saludó Zahira, antes de besarlo en la mejilla—. Hace mucho frío, pero ¡ha sido genial! —aplaudió—. Gracias, Caleb —sonrió con dulzura.

—De nada, Hira —le devolvió la sonrisa y le tendió la mano a él—. ¿Qué tal, Evan? Ha pasado un año.

—Sí —contestó, estrechándosela—. Veo que habéis conocido ya a mi mujer —recalcó el adjetivo posesivo.

—Es demasiado guapa para ti, ¿no, Payne? —declaró Magnus con una sonrisita de satisfacción y sin soltarla todavía.

—No te molestes, no le gustan los halagos —señaló Evan, cerrando las manos en dos puños sin darse cuenta y sin dejar de mirar con resentimiento a Rose.

—Algunos sí me gustan —lo corrigió ella, colorada y contemplándolo a él, pero sin alejarse de Shaw.

¿Algunos sí? Será... ¡víbora!

—Ya está la comida preparada —anunció Anne, que apareció en el momento justo, y se aproximó hacia él con su característico flirteo.

Evan observó cómo a Rose se le cruzaba el semblante por los celos, y decidió aprovecharlo para que recibiera su propia medicina. Le había advertido que no se acercara a Magnus y había ignorado su consejo. Perfecto.

Esto es lo que te mereces...

Se giró y sonrió a la doncella.

—Muéstrame el camino, Anne —le pidió él con voz aterciopelada y seductora.

Anne asintió y se colgó de su brazo. A Evan no le pasó por alto la mirada de suficiencia que le dedicó Anne a Rose. En otras circunstancias, él no se hubiera comportado así, porque no lo necesitaba, amaba a su mujer con toda su alma, pero los celos eran siempre malos consejeros... En realidad, se sintió asqueado por permitir el contacto de Anne y, nada más entrar en la mansión, se soltó con delicadeza.

Su hermano echaba humo por las orejas. Supuso que los niños estarían con Danielle y Jules.

—¿Dónde está? —exclamó Bas, haciendo aspavientos en el recibidor.

—Con Caleb y Magnus —contestó la doncella, antes de desaparecer por el pasillo que conducía a la cocina.

Zahira y Rose se unieron a ellos.

—¡Ya era hora, joder! —rugió Bastian.

Hira se mordió el labio para ocultar una risita, se aproximó a su marido y lo rodeó despacio por el cuello, de puntillas. Automáticamente, Bas la abrazó y la besó con rudeza sin esconderse, levantándola en el aire y sacándola de allí. Se encerraron en el salón pequeño.

Evan sonrió, pero la alegría se esfumó cuando su mujer pasó frente a él. La

agarró de la muñeca, parándola en seco.

—¿Adónde crees que vas?

—Tanto ejercicio me ha dado hambre —respondió ella, con una expresión de indiferencia.

—Primero, ve a por tu hijo, que lo has desatendido —escupió con desagrado.

—Como tú, ¿no? —retrocedió, pero no consiguió escapar de la sujeción de Evan—. ¡Suéltame, borracho!

—¿Borracho, yo? Solo fueron un par de copas —mintió, irguiéndose—. A ver si ahora no voy a poder beber. Tú haces lo que quieres —se inclinó—, pues yo, también, querida esposa —recalcó adrede.

—Lo hiciste aposta. Pero ¿sabes qué? He quedado con Magnus mañana también, y el resto de la semana. No te salió bien la jugada, bichito.

—Pues, ¿sabes tú qué? —tiró de ella y la pegó a su cuerpo—. Aquí vienen las consecuencias —entrecerró la mirada—. El borracho tiene sed, rubia —bajó los párpados y la besó con saña.

Rose le golpeó el pecho, pero solo al principio, porque, en cuanto la embistió con la lengua, se rindió... Él la envolvió entre sus brazos con fuerza, al igual que ella a él. Se devoraron con una pasión que mareó a Evan de puro placer.

¡No, no y no! ¡Detente! ¡Es una víbora!

Y se detuvo con brusquedad. Los labios hinchados y húmedos de su mujer le arrancaron un jadeo involuntario. Pero debía centrarse. No podía someterse a sus encantos. El problema era que la deseaba tanto... ¿Por qué no acabar con la agonía? ¿Por qué no llevársela a la cama de una vez y para siempre? Pues porque necesitaba su corazón antes que su entrega carnal, así de simple, pero así de complicado... Si estaban enfadados, celosos o, incluso, si le robaba besos, perdía puntos.

—Lo siento —se disculpó él, serio y aún afectado por aquel beso tan increíble—. Tienes razón. No debí beber, pero no lo hice para que cuidaras de Gavin y no montaras a caballo con Magnus, me creas o no —suspiró—. Solo... —desvió los ojos—. Quería desconectar.

—Pues tienes un hijo, Evan —lo reprendió—. No puedes desconectar.

—¿Y tú, sí? —rebatió, alucinado por sus palabras—. ¿Tú puedes montar a caballo durante tres horas y yo no puedo beber? ¿Tú sí puedes desconectar y yo, no?

—Yo monto a caballo —aclaró, colocando los puños en la cintura—, tú te

emborrachas. Hay una diferencia abismal, Evan, ¡abismal!

—Es lo mismo: desconectar.

—Mira, no nos vamos a poner de acuerdo —dejó caer los brazos, derrotada—. He perdido el apetito. ¿Dónde está Gavin? Quiero irme a la habitación —le ofreció la espalda.

Evan gruñó y se marchó en busca del ama de llaves, que estaba con Jules en la cocina. Ambas sostenían a los bebés, que se reían por las cosquillas que recibían. Tomó a su hijo sin decir una palabra ni variar su malhumor y regresó al *hall*.

—Aquí tienes —le entregó al niño.

—Acompáñame.

Él arqueó una ceja por la orden.

—No sé cómo llegar al pabellón —le explicó ella, ruborizada.

—Pues aprendes.

Rose arrugó la frente y asintió. Cuando Evan la perdió de vista, se arrepintió al instante. La noche anterior, había descubierto a una nueva Rose. Bastian y él habían ido a buscarlas al percatarse del tiempo que tardaban en reunirse con ellos, tras la discusión de la cena. Había encontrado a su mujer pálida, sudorosa y aterrada. Ellos no habían golpeado las paredes, como les recriminaron las dos. O bien había sido el viento o alguien deseaba reírse de Zahira y de Rose. Pero ¿quién? Solo esperaba que las culpables no fueran Anne y Helen, aunque la sospecha aún persistía en su mente.

Caminó hacia el pabellón, pero no se topó con su mujer. ¿Dónde estaría?, se preocupó. El castillo era un laberinto oscuro para quien no lo conociera.

Entonces, escuchó un grito a lo lejos. Asustado, corrió.

—¡Evan! —chilló Rose, agazapada en el suelo a unos metros de él.

La alcanzó y la ayudó a levantarse. El bebé gimoteaba y ella era incapaz de respirar con normalidad.

—¿Has sido tú? —quiso saber ella, estrujándole el jersey en el pecho.

—¿Yo?

—¿Has dado golpes como anoche?

—Claro que no, joder, no soy tan malo —la abrazó con fuerza—. Ven, vamos a la habitación. Esta casa tiene muchos ruidos, estate tranquila.

No la soltó hasta que entraron en el dormitorio. Rose tumbó al niño en la cuna y se metió en el baño. Evan paseó por el espacio sin rumbo, nervioso por su mujer, hasta que no se calmara, él no se tranquilizaría.

Rose salió del servicio. No tenía color en las mejillas, se encogía con

ligeros espasmos y su expresión era de puro pánico. El interior de Evan sufrió una sacudida.

—¿Quieres que te suba algo de comer o de beber?

—No... —pronunció ella en un hilo de voz, descalzándose para, después, meterse en la cama.

Él la dejó sola y se encerró en la estancia del billar. Encendió el aparato de música y seleccionó una canción clásica al azar, que resultó *Concierto en Re Mayor para violín* de *Tchaikovski*. Avanzó hacia la cristalera y contempló la nieve del césped, distraído e inhalando aire con suavidad, admirando el extraordinario violín que resonaba en el espacio.

Un violín... Así era Rose Payne, un violín, de aspecto pequeño, dulce e incluso frágil a veces, pero engañoso, porque, en realidad, era capaz de aplastar una masa humana con su fortaleza e hipnotizar al más escéptico de los hombres.

Su iPhone vibró en el bolsillo delantero del pantalón. Se sobresaltó. Lo sacó. Era un mensaje de ella.

R: *¿Te importaría venir a buscarme dentro de un rato?*

Evan sonrió con embeleso. Su mujer no sabía que él estaba a solo unos pasos de distancia.

E: *Cuando quieras, Bella Durmiente.*

R: *¿Y podrías traerme pastelitos de crema?*

E: *Creo que te los terminaste ayer... Le pediré a Jules que haga más.*

Telefonó a la mansión para no moverse de donde estaba. Descolgó Danielle. El ama de llaves le dijo que por supuesto hablaría con la cocinera.

Cuando finalizó la llamada, tenía un nuevo mensaje de su mujer.

R: *Gracias... Por los pastelitos y por acompañarme... Pensarás que te has casado con una niña por asustarme ayer y hoy. Tengo pánico a perderme, lo siento...*

Su dulce Rose había regresado... Evan se apoyó en el cristal y se deslizó hacia el suelo. Estiró las piernas y las cruzó a la altura de los tobillos. Escribió:

E: *Todo el mundo tiene miedo de algo.*

R: *¿Tú de qué tienes miedo?*

E: *Tengo miedo de que te vayas otra vez.*

Se pasó la mano por la cabeza, reprendiéndose en silencio por ser tan idiota. La noche anterior había estado a punto de confesarle sus sentimientos... Menos mal que en el último instante la cordura había vuelto a su cerebro y se había frenado a tiempo de cometer una insensatez.

Su móvil vibró.

R: *Me fui por ti.*

E: *Fui un cabrón insensible por dejarte tirada en el ascensor. Sé que ya es tarde, pero... Lo siento...*

Ella tardó un par de minutos en contestar.

R: *Tratas a todas igual, Evan. Las usas y las deshechas. Yo fui una más de tus conquistas, aunque nunca me arrepentiré porque Gavin es mi vida... Cuando me quedé embarazada, me enfadé mucho contigo. Te odié durante meses. Y al llegar a Boston después de diez meses alejada de ti, me veo obligada a casarme contigo, el mismo hombre que, sí, me dejó tirada en un ascensor, que al principio pretendía vengarse de mí y cuya personalidad es como la de un troglodita.*

Evan respiró hondo de manera abatida.

E: *¿Hay algo que pueda hacer para que lo olvides y me perdones?*

R: *No. Pasó. No hay marcha atrás. Y lo peor de todo es que no te odio, aunque te lo merezcas...*

Sonrió.

E: *Es que soy irresistible, rubia, ya lo sabes.*

R: *Tu ego me está asfixiando... Al final me vas a echar de Los Hamptons.*

Él se echó a reír, pero enseguida adoptó una actitud seria.

E: *Si te sirve de consuelo, la resaca que tengo es por tu culpa...*

R: *No sabía yo que tenía poderes de hipnosis... Expílicate, soldado, siento curiosidad...*

E: *Me vuelves loco la mayor parte del tiempo. Anoche fue una de esas veces... Conseguiste tu objetivo. Estoy celoso, ¿contenta, rubia?*

R: *Pero bebiste anoche y yo conocí a Magnus hoy. ¿Te pusiste celoso solo*

porque te dije que quería aprender a montar a caballo con un chico guapo?

E: *Me ofrecí para enseñarte yo y te negaste. Te pedí que no te acercaras a Magnus y lo hiciste. De hecho, has estado tres horas subida a un caballo y abrazada a él.*

Comenzó a respirar con dificultad. Una tormenta estaba a punto de estallar.

R: *Solo estuve la última de las tres horas sentada en la silla delante de Magnus. Y no lo abracé, él me sujetó para que no me cayera. Y Anne se te insinúa todo el tiempo en mis narices, delante de tu mujer, que soy yo, y solo llevamos aquí un día. Dentro de seis, cuando volvamos, ¿os descubriré en algún armario? Repito: es insultante.*

E: *¿Qué es insultante?, ¿que yo le parezca atractivo a una mujer?*

R: *No vayas por ahí, Evan. ¡Y no es una mujer, es una niña!*

E: *Pues ella, mujer o niña, me demuestra que le parezco atractivo.*

R: *¿Qué significa eso? ¡Yo nunca he dicho que no me parezcas atractivo!*

E: *Tampoco te he oído decir lo contrario... ¡Ah, claro! Es que a la rubia no le gustan los halagos. Pues no todos somos como tú, ¿lo sabías?*

Evan estaba cada vez más enfadado. Se incorporó y rodeó la mesa de billar infinitas veces hasta que el iPhone vibró de nuevo.

R: *¡Madura!*

E: *Me corrijo, a la rubia sí le gustan los halagos, pero de otros que no sean los de su marido. Lo has dejado bien claro hace un rato.*

R: *¿De qué estás hablando?*

E: *Antes ha dicho Magnus que tú eras demasiado guapa para mí. Yo le contesté que no se molestara en halagarte porque no te gustaba. Y respondiste que algunos halagos sí te gustan. ¡Es obvio, joder!*

R: *Increíble... ¡Me refería a ti! ¡Es que eres imbécil!*

E: *¿De qué estás hablando tú ahora? Y no me insultes, víbora.*

R: *Ayer me dijiste que yo era la mujer más hermosa que habías visto en tu vida... Aunque a lo mejor se te ha olvidado, porque has halagado a muchas, bichito...*

El corazón de Evan se detuvo de golpe.

E: *Jamás podría olvidar lo que te dije ayer, porque es lo que siento desde que te conocí.*

R: *No juegues conmigo, Evan. No soy una de tus conquistas.*

E: *Claro que no, ni lo serás nunca. Eres mi mujer. Y no estoy jugando. Si fueras un juego, lo que estuvo a punto de suceder ayer, te aseguro que hubiera sucedido hace ya unos días.*

R: *¿Y por qué no lo has intentado antes? ¿No soy tan sexy como tus ligues?*

Su estómago se alborotó. Su erección tensó los vaqueros hasta casi romper la cremallera.

E: *Ya te lo dije. Quiero que me necesites tanto que no puedas respirar sin que yo te bese o te acaricie, porque contigo quiero más, rubia, te quiero a ti.*

Evan suspiró de forma entrecortada. Apoyó las caderas en la mesa de billar, porque las rodillas se le doblaron. ¡Estaba atacado!

R: *¿Y si te dijera que cuando te hablaba mal en el hospital era porque no soportaba que a mí no me mirases como mirabas a las demás?, ¿que no he dejado de pensar en ti un solo día desde que me dejaste tirada en el ascensor?, ¿que te he odiado, sí, pero que soñaba con volver a verte, sin importarme que me dejaras tirada otra vez en un ascensor?, ¿que he llegado a un punto que me da igual ser una conquista más con tal de que me hagas el amor una sola vez? Porque yo también te quiero a ti...*

Literalmente, Evan Payne se cayó al suelo.

¡Oh, Dios mío! ¡¿Qué he hecho?!

Rose se golpeó la frente con la mano a ver si así se espabilaba, porque su trastorno sobrepasaba fronteras... En sus cabales, jamás le hubiera reconocido tales sentimientos, ¡jamás!

¡No voy a poder mirarlo a la cara! ¡Le acabo de suplicar! Dios mío... ¿Qué pensará de mí?

Se levantó del colchón y paseó por la habitación, acelerando y desacelerando. Entonces, el picaporte cedió. Se cubrió la boca, horrorizada. Lanzó el móvil a la cama. Rezó para que fuera Zahira quien entrase.

Y sus plegarias recibieron respuesta.

—¡Hola! —la saludó su amiga, con el pelo alborotado y los labios hinchados.

Rose se echó a reír de manera histérica.

—¿Estás bien? —se preocupó Hira, parpadeando confusa por su reacción.

—Sí, sí... —carraspeó. Suspiró y sonrió—. ¿Y tu aspecto se debe a...?

El rostro de Zahira adquirió el color de sus cabellos. Rose sintió una punzada de envidia, pero estalló en carcajadas, contagiando a su amiga.

—Bastian ha pensado que vayamos los cuatro a *Long Island* a cenar — comentó Hira, sentándose en el borde de la cama—. Acabamos de hablar con Jules y con Danielle y han dicho que estarán encantadas de cuidar a los niños. ¿Te apetece?

—Pues... —observó a su hijo dormir—. No sé... No me gusta dejar a Gavin.

—¿Nunca saliste sin el niño con James por Europa?

James...

La tristeza la invadió. Se acomodó junto a Zahira y agachó la cabeza.

—¿Lo echas de menos? —la rodeó por los hombros para ofrecerle consuelo.

No había vuelto a pensar en Howard desde que dejó de telefonarlo. Siempre sería su amigo, de eso no cabía duda, lo quería muchísimo, pero...

—Han pasado demasiadas cosas en estas tres semanas —se justificó ella, ruborizada. Inhaló una gran bocanada de aire—. Antes del parto, sí salíamos a cenar. Muy pocas veces nos quedábamos en el hotel. En realidad... Me había olvidado de James... —confesó en un hilo de voz. Se dejó caer hacia atrás—. Soy la peor amiga del mundo... —se tapó la cara.

—No lo eres —se tumbó a su lado—. Es normal, Rose. Estás enamorada.

—Hira, no empieces...

—Lo estás —se rio—. Y desde hace mucho tiempo. Y James... —suspiró—. James fue un gran hombre que cuidó de ti un tiempo en el que necesitabas alejarte —permaneció unos segundos muda—. Sé por qué te marchaste a Europa.

—¿Ah, sí, listilla? —bromeó Rose—. Y, según tú, ¿por qué me fui?

—Porque te enamoraste de un hombre que te hizo daño, Rose, el mismo

hombre que te abandonó en el ascensor de un hotel y que, encima, te dejó embarazada —hablaba con los ojos cerrados y una tranquilidad asombrosa—. Te dio miedo admitir y reconocer tus sentimientos. Te dio miedo contarle la verdad. Y te agarraste a James como la vía de escape que necesitabas. Créeme —la miró, con las cejas levantadas—, sé lo que es huir. Y huir es la solución perfecta cuando te encuentras perdida, pero solo es una solución temporal. Tarde o temprano, todo vuelve a su cauce, porque la realidad está ahí y te golpea cuando menos te lo esperas —se incorporó y le secó las mejillas con cariño.

Rose estaba llorando y no se había percatado de ello. Se cogieron de las manos.

—Me pidió que me casara con él cuando recibí el alta en el hospital después de que naciera Gavin.

—¡No me lo habías dicho! —se quedó boquiabierta.

—Le respondí que no —se sorbió la nariz con delicadeza—. No podía casarme con él. James se merece a una mujer que de verdad lo ame. Y él ya sabía que yo... —se detuvo porque el nudo de su garganta se lo impidió.

—Tiene que ser muy difícil para James estar sin ti —señaló Zahira, en tono bajo—. De verdad, ese hombre te adora, Rose. Creo que nadie soportaría vivir con la persona amada sin ser correspondido y, luego, aceptar la derrota.

—¿Sabes? —sonrió con tristeza. Las lágrimas continuaban humedeciéndole las mejillas—. Me gustaba verlo con Gavin, cómo lo cuidaba, pero... —suspiró de forma irregular—. Siempre deseé que fuera Evan y no James quien me sujetara la mano en el parto... Fue tan duro, Hira... Fue tan duro ver a Evan en la prensa del brazo de otra mientras yo llevaba a su hijo en mi vientre... Tan duro... —se derrumbó. El llanto la venció.

Su amiga la abrazó con fuerza y lloró con ella. Los recuerdos de las noches en vela, las infinitas lágrimas que había derramado desde que se había enterado de que estaba embarazada... Todo regresó encogiendo su corazón.

—Venga —la intentó animar Hira, poniéndose en pie—. Vamos a elegir un modelito sensacional para esta noche, ¿vale?

Rose se secó la cara con las manos y asintió.

—¿Evan lo sabe?

—Está Bastian con él en la sala del billar.

—¿A...? ¿Aquí?

—Sí —respondió Zahira, abriendo el armario.

¿Había estado Evan a dos pasos de ella cuando se habían escrito los

mensajes del móvil? ¿Por qué no se había acercado? ¿Por qué no había contestado al último mensaje?

Se ruborizó. Se aclaró la voz y comenzó a probarse vestidos. Entre las dos, eligieron una falda larga de color verde oscuro, recta desde las caderas hasta el suelo y con una abertura lateral por encima de la rodilla derecha; para el cuerpo, se decantó por una blusa negra, ceñida a sus curvas, sin mangas, cerrada al cuello por delante y con pronunciado escote en la espalda, muy sugerente.

Rose se preparó un baño cargado de espuma y dejó abierta la puerta del servicio por si se despertaba su hijo, a quien le faltaba poco para el biberón. Se metió en la bañera y cerró los ojos para relajarse, pero se durmió sin darse cuenta.

Cuando alzó los párpados, se encontraba en la cama, cubierta por el edredón. La habitación estaba a oscuras, excepto por una luz que provenía de la rendija de la puerta del servicio. Ya era de noche. Corrió al armario para ponerse la ropa interior. Ojeó la hora en el móvil y se puso la bata para cubrirse.

Se acercó a la cuna. Gavin estaba despierto y tenía el piececito en la boca. Al verla, el bebé se agitó, claro gesto de que lo tomara en brazos, ¡menudo bribón! Y eso hizo. Lo tumbó en el colchón y jugó con el niño, riéndose los dos, hasta que Evan salió del baño con una toalla anudada a las caderas. A ella se le desencajó la mandíbula. Su cuerpo se incendió al contemplar su desnudez. Era impresionante. Emitía fogonazos de atracción tan potentes a su alrededor que era imposible desviar la mirada de su torso viril, de sus brazos protectores y fuertes o de sus piernas labradas. Y su espalda... La espalda de ese hombre era su parte favorita, tan marcada, tan recia, la de su guardián... Recordó cuando, la tarde anterior, la había acariciado y hasta la había arañado con suavidad... Gimió. Se le aceleraron las pulsaciones.

—La Bella Durmiente se ha despertado —anunció él, sacando ropa del armario.

—¿Te importa si...? —carraspeó y se levantó. Colocó cojines en torno a su hijo por si se caía—. ¿Te importa cuidar de Gavin mientras me visto?

—Claro —se giró y estiró unos vaqueros claros y una camisa blanca sobre el edredón—. No te preocupes.

—Gracias —agachó la cabeza, tímida.

Cogió la falda, la blusa y las medias y se encerró en el servicio. Una vez dentro, inhaló aire profundamente para serenarse y se desnudó. Se maquilló

los labios y los párpados, con sombra negra ahumada. Se recogió los cabellos en una coleta alta y tirante. Y se vistió. Sonrió ante su reflejo. Y así, feliz por poder disfrutar de una noche sin obligaciones, se dirigió al dormitorio.

Y se paralizó al ver a Evan con Gavin en brazos. Iba de lo más sencillo, pero la informalidad de llevar la camisa por fuera de los pantalones, abierta en el cuello y pegada de forma elegante a su anatomía, sin jersey, pero con una chaqueta moderna de piel, azul oscura, incrementaba su atractivo de un modo abrumador. Ese hombre sabía cómo sacarse partido en cualquier situación, y se notaba que le gustaba la ropa.

Ella se calzó unas manoleínas planas y negras con brillantes diminutos que resplandecían a la luz con los movimientos de sus pies. Se decantó por una chaqueta parecida a la de su marido, de estilo roquero, corta, negra y también de piel. Se la ajustó enseguida porque, por primera vez en su vida, se sentía vulnerable por su atuendo. Tenía la espalda al aire y, aunque deseaba que Evan se fijara, la cobardía ganó la batalla. Después de suplicarle claramente que le hiciese el amor, su valentía había desaparecido. Con ese hombre, no se amedrentaba en cuestión de mensajes escritos o discusiones, pero, en su presencia, sin haber gritos ni insultos, salía huyendo...

—Ya estoy —dijo ella, cohibida y colorada a un nivel infinito.

Los ojos de su marido ascendieron por su cuerpo, deteniéndose más segundos de lo normal en la abertura de la falda, donde brillaron en demasía, y hasta entreabrió los labios. Carraspearon los dos, desviando las miradas, avergonzados.

Rose le entregó su documentación, para no llevar bolso, y se encargó del bebé mientras Evan se guardaba la tarjeta en su cartera. A continuación, se encaminaron hacia el recibidor de la mansión, donde Bastian, Zahira y Caty ya los esperaban.

—Vaya, vaya... —dijo Magnus, seguido de Anne y de Helen—. Ten cuidado con Rosie, Evan, no sea que alguno te la quite —sonrió con malicia—. Nunca se sabe.

Magnus Shaw le resultaba desconcertante. Era muy atractivo, ella no lo dudaba, y un mujeriego nato, saltaba a la vista. Sin embargo, sus ojos verdes eran fríos, demasiado. Cuando lo conoció por la mañana, tardó menos de un minuto en darle la razón a su marido: Magnus no era trigo limpio. De hecho, no le había gustado nada la manera en que la había sujetado sobre el caballo, pero Rose le había permitido esas familiaridades porque había visto a Evan a lo lejos. No obstante, se estaba replanteando si recibir o no una nueva clase de

equitación con Shaw, claro enemigo de su marido. Ambos se dedicaban chispas venenosas en ese momento.

—Gracias por tus consejos, Shaw —le contestó él, sin mirarlo y con la voz hastiada—, pero, en adelante, ahórratelos.

—Mañana a la misma hora, Rosie —afirmó Magnus, ignorando deliberadamente a Evan. Se acercó a ella y acarició la nariz de su hijo—. Es igual de guapo que su madre —añadió en tono ronco.

Evan agarró a Rose de la cintura y tiró para pegarla a su cuerpo. Shaw, que no era tonto, se rio con petulancia y levantó las manos con fingida rendición.

—No lo sé, Magnus —dudó ella—. Por si acaso, no me esperes mañana. Cuando te necesite, te avisaré.

Magnus enarcó una ceja de modo altivo y su semblante se cruzó por algo que no consiguió descifrar, pero que le causó un escalofrío muy desagradable. Su marido la apretó más al sentir su repentino malestar.

Anne avanzó hacia Evan, pero le tocó el turno a Rose para interponerse.

—¿Dónde está Jules? —le exigió ella a la doncella, con autoridad y el ceño fruncido—. Por favor, llámala. Y a Danielle también. Nos vamos ya.

Anne entornó los ojos y sacó pecho, retándola.

—Ya has oído a mi mujer, Anne —intervino Evan—. Por favor —utilizó un tono suave, pero firme.

Las dos doncellas se sorprendieron por la orden y se marcharon, chismorreando. Rose, dichosa por la defensa, se giró, se alzó de puntillas y depositó un dulce beso en su boca. No lo planeó, ni siquiera lo pensó. Él se petrificó un segundo, pero, al siguiente, la sujetó por la nuca, con cuidado del bebé, y le devolvió el beso de forma más audaz, mordisqueándole el labio inferior. La llamarada que recorrió el cuerpo de ella, de los pies a la cabeza y viceversa, le arrancó un suspiro discontinuo. El crudo deseo que transmitió la mirada de Evan terminó de fascinarla por completo.

—Aquí estamos —los interrumpieron el ama de llaves y la cocinera.

—Por favor, cualquier cosa, llamadnos —les pidió Rose, entregándoles al bebé, profundamente desalentada por separarse de Gavin—. No sé si es buena idea irnos, no...

—Rubia —la cortó él, apresándole las manos entre las suyas—, se queda en las mejores manos —le besó los nudillos.

Ella asintió. Besó repetidas veces la cara de su hijo, al igual que Zahira hizo con su niña. Y salieron al garaje. Montaron los cuatro en su BMW rojo brillante y partieron a *Long Island*.

Cenaron marisco en un bonito restaurante de estilo naviero cercano a la bahía. Se rieron, bromearon y charlaron contando anécdotas de sus vidas y sus trabajos. El lugar estaba atestado de gente. Había varios grupos de mujeres que aleteaban las pestañas y se insinuaban con gestos a los hermanos Payne; Evan, ganaba la medalla de oro, aunque Bastian no se quedaba atrás, pero ellos solo tenían ojos para sus mujeres.

Rose y su marido apenas se tocaron. Habían cambiado. La sinceridad de los mensajes parecía haberlos enmudecido. Y no solo ella estaba ruborizada casi todo el tiempo, sino que él también se sonrojaba cuando se rozaban las manos o las piernas.

Después, decidieron beber unas copas en un club de moda. Evan conocía los bares y las discotecas del este de *Long Island* porque era quien más visitaba Los Hamptons. Nada más llegar a la puerta del club, un aparcacoches se encargó del BMW. Una gran cola de personas que deseaban entrar se perdía en la esquina de la calle.

—¡Evan Payne! —dijo un hombre joven, atractivo, alto y trajeado, desde la puerta—. Ha pasado un año, tío. Ya creía que te habías olvidado de nosotros.

Subieron el primer tramo de escaleras. Evan estrechó la mano del desconocido.

—¿Qué tal, Hawks? —lo saludó.

—Enhorabuena por la boda, lo vi en la prensa —le obsequió Hawks, con sus curiosos ojos azules fijos en Rose y una sonrisa jugueteando en sus labios finos—. La señora Payne, supongo —le tendió la mano—. Soy Ethan Hawks. Es un verdadero placer.

—Soy Rose —se la apretó, sonriendo.

—En realidad, hay otra señora Payne, mi cuñada, Zahira —le explicó Evan.

Tras las presentaciones, Hawks los guio por una cortina de terciopelo. Atravesaron la gran pista de baile, subieron cuatro escalones y entraron en la zona VIP, llena de apartados con sofás en forma de U invertida, una mesa en el centro donde se colocaban las bebidas y una cortina blanca que permitía intimidad, aunque se podían vislumbrar las sombras de los que bailaban.

Hawks llamó a una camarera vestida de negro, con los rubios cabellos recogidos en un moño alto. No había hombres trabajando, excepto los guardias de seguridad. Ordenó que les sirvieran a cuenta de la casa durante toda la noche.

—Ethan es el dueño —le susurró Evan a Rose en la oreja para que lo

escuchara, la música estaba muy alta—. ¿Me permites? —le preguntó, galante, sujetándole la chaqueta desde atrás.

Ella asintió y él le quitó la prenda.

—Joder, rubia... ¿Qué llevas puesto? Estás...

Antes de que Rose se diera la vuelta, sintió la caricia de un dedo desde su nuca hasta el final del escote de la blusa. Se le erizó la piel y ahogó un gemido. Se giró. Evan le rodeó los hombros con un brazo.

—Vamos a bailar —informó él a los presentes, antes de arrastrarla consigo.

Se detuvieron en el centro de la pista, la soltó para cogerla de la mano, girarla y pegarla a su cuerpo, frente a frente. La cantidad de personas que había los apremiaba a no dejar un solo milímetro de distancia entre ellos. Rose tuvo que levantar la barbilla para poder mirarlo. Los alientos irregulares de ambos se entremezclaron de lo cerca que se hallaban. Su marido colocó las manos en sus caderas, se las estrujó un instante y la instó a moverse al ritmo de las suyas, siguiendo la canción que ambientaba sensualmente el espacio. Ella se sujetó al cuello de su camisa y se dejó guiar, abstraída por su imperiosa atracción. Sus manos ardían a pesar de la tela; las de él subieron y bajaron por su espalda desnuda a una lentitud flamígera. No pestañearon. No sonrieron.

Entonces, todo a su alrededor se atenuó. La cadencia con la que bailaban se ralentizó, aunque no se alejaron un ápice. La música se desvaneció en la lejanía. Rose ni siquiera oía el latido de su corazón. Le rozó las mejillas con las yemas de los dedos, la nariz recta, los labios carnosos... Tiró de ellos, observando cómo se abrían y cómo se cerraban a su merced, maravillándose por su extrema suavidad. Su guerrero la contemplaba hambriento, peligroso y muy tentador.

Se inclinaron a la vez y se besaron como si hubieran transcurrido siglos sin probarse. Entrelazaron las lenguas de inmediato. Se abrazaron con anhelo. Él recorrió cada rincón de su boca, clavándole los dedos en la piel. Después, la agarró de la coleta con rudeza y ahondó el beso, capturando sus labios y su lengua de esa manera despótica que tanto la estremecía. A Rose se le doblaron las piernas. Evan la apresó con más fuerza y la alzó unos centímetros del suelo. Ella gritó en su boca al notar la prominente erección en su ingle. Él bajó una mano a su trasero y lo pellizcó, provocando que Rose se sobresaltara, parando el beso.

—Eres un... bruto... —pronunció ella, respirando de forma desbocada.

—Lo soy —rugió y la besó de nuevo con rudeza para corroborárselo.

Rose se rio un segundo por su arrogancia, pero la diversión se esfumó en apenas un instante, por culpa de esos besos tan... adictivos. Se arrojó a él y se entregó con desesperación, sujetándole la cabeza. Se volvió loca... Pero Evan, también, porque le aplastó las nalgas y se restregó contra su intimidad... Los dos jadearon por el rayo de intenso deseo que los atravesó a la par.

—¡Basta! —exclamó él, deteniéndose abruptamente.

Ella se tambaleó por la brusquedad, aunque no se cayó porque Evan la tomó de la muñeca y la condujo hacia el sofá donde estaban sus cuñados.

Rose, acompañada de Hira, se fue al baño. Necesitaba refrescarse, parecía como si tuviera una fiebre tan alta que fuera capaz de explotar un termómetro. No comentaron nada entre ellas. Rose se refrescó la cara. Su corazón amenazaba con escaparse a su antojo de lo precipitado que le latía.

Cuando salieron del servicio, al fondo de un pasillo, las interceptaron dos hombres de unos cuarenta años. Zahira se asustó y retrocedió, pero Rose se colgó de su brazo para transmitirle sosiego y alzó el mentón.

—Apartaos, por favor —les pidió en un tono bajo que no admitía negativa.

—Os estábamos esperando —sonrió el más delgado, oscilando por el alcohol ingerido—. No nos vamos a ninguna parte sin vosotras.

—Y nosotras no nos vamos a ninguna parte con vosotros —se rio de lo patéticos que eran; aunque su altura, sus elegantes ropas y su atractivo engañaban, estaban borrachos y eso los perjudicaba y deslucía.

Rose avanzó con Zahira, pero el otro, el más fornido, la asió de la muñeca y tiró para separarlas. Ella se enfadó y le golpeó el pecho para soltarse, pero era demasiado robusto. En ese momento, el más delgado se agachó en un rincón y vomitó, doblándose en dos. Hira huyó.

—Me gustan las luchadoras, y más si son tan guapas como tú —manoseó su trasero.

—Deja de tocarme o te arrepentirás —sentenció Rose, rechinando los dientes.

—¡Cómo nos vamos a divertir, muñeca! —la sujetó por la cabeza y estampó su pegajosa boca en la suya.

Ella lo mordió. La repugnancia la invadió, las náuseas la paralizaron un segundo. El baboso reculó, atónito, tocándose el labio magullado.

—Serás zorra...

Ella, aterrorizada de repente porque los ojos del hombre se inyectaron en sangre, lo rodeó para escapar, pero él fue más rápido, la empujó y la abofeteó. Rose se petrificó. Un punzante dolor se anidó en su cara.

—¡Ahora aprenderás, zorra!

—¡No! —chilló ella.

Pero no la llegó ni a rozar, porque Evan lo agarró por el cuello a tiempo y lo lanzó hacia el otro extremo.

—¡Madre mía! —exclamó Zahira, sacándola del pasillo—. ¿Estás bien? Bastian ha ido a buscar a Ethan... ¡Rose! —la zarandeó—. ¡Rose!

Pero Rose no reaccionaba. Observaba cómo su marido asestaba un puñetazo detrás de otro al desconocido, que se defendía con torpeza. La ira que estaba descargando Evan la impresionó. Se quedó boquiabierta por la rapidez, la destreza y la dureza de sus golpes y, en especial, por su mirada asesina.

El baboso cayó al suelo, desmayado, por fin. No obstante, su marido se sentó sobre el hombre y se ensañó más...

—¡Evan! —le gritó ella, separándose de Zahira y corriendo hacia él—. ¡Para, Evan! —intentó moverlo, pero le fue imposible—. Evan... Por favor... Detente... —emitió entre lágrimas.

Entonces, Evan paró y se giró. Rose se echó a sus brazos, en llanto histérico. Él se incorporó y la levantó por las caderas. La abertura de la falda se rompió al envolverle la cintura con las piernas, pero no le importó la ropa. Se aferró a su cuerpo sintiendo sus espasmos.

—Ya, rubia... —le susurró al oído con voz trémula—. Cálmate, por favor...

—Evan... —lo miró. Tenía un arañazo en el pómulo—. Mi guardián... —sonrió y le acarició la herida con infinita ternura.

—Siempre, rubia, siempre seré tu guardián...

Capítulo 11

El alba asomaba en el horizonte y Evan todavía no se había dormido. Llevaba horas velando el sueño de su mujer. Estaban tumbados en la cama. Ella, de perfil frente a él, respiraba de manera pausada, con los labios entreabiertos y los ojos cerrados. Tenía las manos debajo de su mejilla sana; la otra, mostraba una pequeña hinchazón rojiza cerca de la comisura de la boca.

La noche anterior, Zahira había acudido a los hermanos Payne, sofocada y asustada, para contarles lo que estaba ocurriendo en el baño del club. Evan no había perdido un solo segundo. Cuando su cuñada le había señalado con la mano el pasillo donde estaba Rose, una rabia inhumana lo había cegado al ver a un hombre golpearla... Lo agarró justo a tiempo de evitar un mal mayor. Y se cebó con él, le devolvió el bofetón sin medida ni control, solo deseaba matarlo. Jamás se había sentido así y nunca había experimentado tanto miedo. Si ella no lo hubiera detenido, seguramente el apestoso gusano estaría en coma, o peor, aunque se alegró de que fuese a pasar unos días en el hospital. Le había roto varias costillas, la nariz, el pómulo y algo más, además de noquearlo. Se lo merecía.

Rose no se había separado de Evan desde que se habían abrazado en aquel oscuro pasillo. Bastian no había bebido alcohol, por lo que había conducido de vuelta a Los Hamptons. Su mujer se había acomodado en su regazo, en el coche, y se había dormido antes de llegar a la mansión. Él la había cargado hasta la cama, la había despojado de la ropa para vestirla con el largo camisón de seda marfil y la había resguardado con el edredón. A continuación, se había desnudado y, en calzoncillos, se había tumbado a su lado sin apartar los ojos de ella.

—E... —murmuró Rose en sueños, acercándose a él—. Mi... Te... E... — apoyó la cabeza en el hombro de Evan.

Él sonrió. En verdad, era la Bella Durmiente. Podía estallar una guerra, que aquella niña con caparazón de mujer continuaría durmiendo a pierna suelta. La

envolvió entre sus brazos, bajó los párpados y la besó en el pelo. Y ya no los abrió.

Cuando se despertó, se encontró desarropado y solo en el lecho. Estaba anocheciendo. Se incorporó y caminó hacia el baño. La luz se filtraba a través del hueco de la puerta entornada. Empujó y descubrió a Rose observando su reflejo en el espejo, rozándose el cardenal con los dedos. Tenía los cabellos sueltos y en desorden y su rostro angelical poseía huellas de las sábanas.

—Ay... —se quejó ella, dando un respingo.

—Hay que aplicarte una pomada —le dijo Evan, con la voz ronca por el sueño y por lo sexy que estaba. Se acercó y la tomó de la barbilla con delicadeza. Examinó la herida. Frunció el ceño—. Siento mucho no haber llegado antes. A partir de ahora, te acompañaré a cualquier parte.

Rose se rio, pero se lastimó de nuevo. Él le retiró los mechones de la cara, acunándola, se inclinó, cerró los ojos y depositó un suave beso en la herida. Ella exhaló un suspiro entrecortado y se sujetó a sus hombros. Evan se agachó y la cogió en vilo. Su corazón hacía rato que se había precipitado a las alturas. La sentó en la cama.

—Voy a prepararte un baño. Te sentará bien —la besó en la frente y volvió al servicio. Cuando realizó la tarea, apagó el grifo—. Ya está, rubia.

Ella se reunió con él, ruborizada y sonriendo con timidez. Entonces, se agarró el bajo del camión y lo subió hasta sacárselo por la cabeza.

—Joder... —jadeó él—. Será mejor que... que... que...

Mejor no hables.

Estaba completamente desnuda...

—¿Me ayudas? —le pidió Rose, extendiendo una mano.

Evan no reaccionó, sino que la contempló, cautivado, con la garganta seca, los ojos desorbitados y la mandíbula desencajada.

¡¿Es que con esta mujer no sé hacer otra cosa que el ridículo?!

—Soldado, ¿me ayudas? —repitió.

Él parpadeó y obedeció. La metió en la bañera como un autómatas.

—¿Entras conmigo? —le preguntó ella, abrazándose las piernas.

Evan asintió despacio, se quitó los *boxer* y se situó a su espalda, estirando las piernas a ambos lados de su exquisito cuerpo, agradeciendo, en silencio, el poco espacio existente.

Masquista... No tienes remedio, campeón.

Rose se roció la espalda con agua y comenzó a enjabonarse. Él, deslumbrado por su belleza, su luz, sus curvas, incluso por las gotas que fluían

en su piel tan clara, cogió el gel, se vertió un poco en las manos y la masajeó desde la nuca hasta el inicio de las nalgas. Ella se relajó de inmediato, recostó la cabeza en las rodillas, bajó los párpados y gimió.

A Evan le hormigueaban las manos. Era tan tierna, tan sensible a su tacto... Se inclinó y la besó en el cuello. Pretendía darle un beso casto, nada más, pero la mandarina lo trastornó. Deslizó las manos por sus costados, erizando la piel de ambos. Siguió por su tripa, delineando su ombligo y ascendió hacia sus pechos.

—Rubia...

Te perdiste... Ya no hay marcha atrás. ¡Hasta el final!

Ella se deshizo por las caricias... Él la instó a que se reclinara en su cuerpo. Y se encargó de idolatrar sus espléndidos y erguidos senos, que sobresalían de sus manos.

Esta mujer es impresionante... ¿Cómo he podido aguantar tanto? Es un milagro que siga entero...

Rose escondió el rostro en su clavícula y empezó a besarlo con la punta de la lengua, hacia la oreja. Lo mordió y lo chupó, emitiendo ruiditos de deleite. Evan gruñó y le aplastó los pechos, los pellizcó también con los dedos, provocando un incremento considerable en las pulsaciones de ambos. Estaban tan pegados que notaba los latidos de su corazón, tan indómito como el suyo...

Ella se arqueó, estimulando su erección sin pretenderlo, que se hallaba presa entre esas jugosas nalgas que se frotaban contra él.

—Bésame, por favor... —le suplicó ella en un hilo de voz.

Él la miró un eterno momento con las manos aún en sus senos. Tiró de ellos con ardiente crueldad y su mujer gritó de placer... Los ojos de Evan relampaguearon. La levantó para girarla y colocarla a horcajadas. Y la besó con abandono.

—Ay... —se quejó Rose, deteniéndose de golpe y palpándose la hinchazón.

—Perdona... —estaba desorientado—. Lo... Lo siento... Debería salir de aquí, yo...

—¡No! —lo sostuvo por la nuca—. No te vayas... —le mimó el rostro—. Ámame, soldado... Solo... ámame... por favor...

Ya te amo, rubia, ya te amo...

El sonrojo de ella taladró su alma. Acunó su cara entre las manos y la atrajo hacia él. La besó con todo el cuidado que su agitación le concedió para no dañarla. La dulzura de sus labios lo desarmó. Se contuvo con un esfuerzo sobrehumano para no poseerla de una maldita vez y saciar su apetito, aunque

Rose respondía con la misma necesidad que escondía Evan. La abrazó por las caderas y la guio a que lo cabalgara, buscando el goce de los dos. Quizás, si él culminaba antes con el mero roce de sus cuerpos, su avariciosa lujuria se atenuaría y podría actuar con la ternura que ella se merecía, porque, en ese momento, se sentía un animal...

Sin embargo, su mujer tenía otros planes bien distintos... Trazó sus pectorales con las uñas, azorándolo... Arañó su abdomen, silueteando los músculos, que se contrajeron de manera involuntaria, robándole el aire... Dibujó sus ingles... Paró y se incorporó de rodillas sobre la bañera. Lo observó un instante con sus exóticos ojos entornados, vidriosos por el indiscutible deseo que la invadía, resplandecientes... y tal expresión de sopor que él rugió, consumido por el mismo deseo y el inefable amor que la profesaba. Y lo acarició...

—Rubia... —gimió Evan—. Joder...

Se mordió la lengua, notando rápidamente el sabor metálico de la sangre. Echó hacia atrás la cabeza un instante, sin resuello, pero se obligó a mantener los ojos abiertos ante la escena: una criatura divina de belleza etérea y cuerpo enloquecedor, con los desordenados y mojados cabellos pegados a sus hombros... con los preciosos senos balanceándose... reverenciando su erección de forma insólitamente candente...

Era inexperta, pero su torpeza lo estimulaba todavía más. Le encantaba su fuego interior, que no se molestaba en disimular cuando estaban en esas circunstancias. Era extraordinaria... La mujer más hermosa y apasionada que había conocido. Con ella, en efecto, todo era una primera vez, ¡todo! Con ella, el pasado no existía y él nacía en una nueva vida, porque no imaginaba un solo instante más sin Rose a su lado.

La rodeó por la cintura y la sentó en su regazo. Estuvo a punto de perder el conocimiento por el choque de sus caderas...

—Evan... —suspiró, sonora, hundiéndole las uñas en sus hombros.

—No quiero hacerlo aquí —declaró Evan en un áspero susurro, a escasos milímetros de su boca—. Te voy a hacer daño... —procuraba convencerse a sí mismo de que no era buena idea, a pesar de la tentación—. Ya fui bruto una vez, no quiero que...

—Dos veces —lo corrigió ella, colorada por cuán excitada estaba—. Vamos a por la tercera, soldado —se inclinó despacio y le lamió los labios.

—Joder... —gruñó él—. Así no hay manera... Eres tan... —y la devoró.

La succionó y la embistió con la lengua. Los dos gimieron, atormentados.

Se tocaron por todas partes. Evan cogió sus senos entre las manos, los alzó y los devoró. Ella pasó las manos por la cabeza de él, curvándose para ofrecerse cuanto su cuerpo le permitía, bailando sobre su erección. El agua se desbordó de la bañera, apenas les alcanzaba la cintura con tanto vaivén. Entonces, sin previo aviso, Rose gritó su nombre, meciéndose sin control sobre sus caderas, sacudiéndose por el éxtasis que rápidamente la atrapó y la dejó tiritando.

Evan, preso del frenesí, bajó las manos a su trasero, la levantó sin esfuerzo y la penetró de un duro empujón que le robó el aliento.

Y ella chilló, pálida, de repente.

—¡Perdón! —exclamó él, alarmado—. Joder, lo siento...

—No... —tenía los ojos cerrados—. Dame un... un segundo... —ocultó el rostro en su cuello, sobrecogida.

Evan quiso llorar de frustración, pero, por su mujer, se mantendría quieto aunque le costara su propia vida. Fue a retirarse, pero ella se lo prohibió, rodeándole la cintura con las piernas. Se miraron. Sudaban y vibraban sin control.

—Evan... —suspiró de manera entrecortada—. Ahora... Ahora, soldado...

—No sé... —le costaba muchísimo hablar—. No sé si... aguantaré mucho...

—No importa... —sonrió, acariciándole la cara—. Será nuestro secreto...

Se besaron. Y sucumbieron a lo inevitable...

Evan la sujetó con fuerza por las caderas y, en tan solo un par de embestidas, pereció en el paraíso que tanto había soñado, pero en el que jamás había estado hasta ahora, hasta ella... Y no lo hizo solo, su mujer lo acompañó.

Nada... Nada ni nadie eran comparables a Rose. Su enfermera... Su rubia...

—Nunca dejaré que te marches de mi lado, Rose —sentenció él, contemplándola con un miedo atroz a perderla—. Ya lo fastidié una vez. No habrá una segunda.

Rose dio un respingo al escuchar su nombre.

Sin separarse, aún unidos, se enjabonaron el uno al otro, el pelo y el cuerpo. No dejaron de mirarse en ningún momento. Cuando el agua se enfrió, Evan salió de la bañera con ella en sus brazos. La secó con la toalla, besando sus labios cada dos segundos, haciéndola reír... ¡Amaba verla feliz! Su corazón traqueteaba cuando Rose sonreía.

Se vistieron para recoger a Gavin. Evan terminó antes y observó, desde la puerta del servicio, cómo ella se peinaba y se maquillaba. Desde su fiesta de compromiso, en Nochevieja, la espiaba cuando podía. Llevaba unos vaqueros

pitillo claros, una camisola de cuadros azul y verde y unos botines planos con hebillas. Sus cabellos húmedos caían hasta la mitad de su espalda. Estaba inclinada sobre el espejo, pintándose los labios con carmín.

Su trasero respingón lo incitó a avanzar. Se situó detrás y posó las manos en sus nalgas. Rose se sobresaltó, pero no se retiró. Él las moldeó a placer, las apretó, mordiéndose la lengua para reprimir un gemido tras otro. Y, sin pensar, levantó la palma y la azotó con suavidad.

—¡Evan! —gritó, ruborizada a un nivel indefinible.

Evan la miró a través del espejo, deseoso de poseerla otra vez. Tenía desabrochados los suficientes botones en el escote como para revelar el inicio de sus generosos pechos.

—Sujétate al lavabo —le ordenó él, antes de azotarla de nuevo, con menos delicadeza.

Rose jadeó.

—Sujétate al lavabo, rubia —repitió, ronco.

Ella soltó el pintalabios y obedeció con torpe premura. Evan le subió la camisola a la cintura, le desabotonó el pantalón, se agachó y tiró con fuerza hacia abajo. Le quitó los botines, los calcetines, los vaqueros y la ropa interior. Se incorporó y contempló sus nalgas como si se tratasen de un tesoro de incalculable valor, *su* tesoro.

Rose respiraba con dificultad y sus nudillos se habían tornado blancos de tanto como apretaba el mármol. Estaba asustada, pero confiaba en él. Y tal pensamiento hizo que Evan sonriera con malicia. Le acarició el trasero y clavó los ojos en los suyos. Alzó la mano y la dejó caer. Ella gimió. Él la masajeó enseguida, con ambas manos, para aliviar el escozor. Esa piel de porcelana se enrojeció ligeramente.

—Me vuelves loco —le susurró en la oreja, rozándosela con la lengua.

Rose bajó los párpados y entreabrió la boca. Evan acarició sus caderas, su ombligo, su vientre, sus ingles... Y no se detuvo hasta que alcanzó lo que quería: su intimidad.

—Evan...

—Joder, rubia... ¡Joder!

Rápidamente, él se desabrochó los pantalones y se los bajó, junto con los calzoncillos, hasta el final del trasero. La sujetó por el vientre con una mano, guiándola hacia su erección, levantó la otra y la azotó de igual modo que la vez anterior. La reacción fue instantánea: ella se arqueó y él la penetró de una embestida profunda y ruda. Y como el bruto en que se convertía con Rose, la

poseyó con urgente ardor... Chocó y chocó sus caderas.

—Quiero verte. Ahora —gruñó Evan, con los ojos fijos en su escote.

Sin parar, sin ralentizar el desbocado ritmo, ella desprendió los botones de la camisola, pero como él estaba ansioso por verla, le rompió el sujetador y los senos bailaron de forma frenética con cada acometida.

—Evan... —gimió Rose, a punto de desfallecer.

—Vamos, rubia... Conmigo... Siempre conmigo...

Ella se derritió y gritó su nombre... Él la envolvió entre sus brazos y la siguió al cielo, derrumbándose sobre su cuerpo y este, sobre el lavabo...

—Te... he hecho... daño... Joder... —no podía hablar en condiciones. La cordura regresó y se horrorizó por lo que acababa de hacer.

—No... No... Yo... —balbuceó Rose, intentando recuperar el aliento.

Evan se arregló la ropa y la abrazó, temblando los dos. Ella se giró y se arrojó a su cuello. Él la alzó en vilo y la sentó en el borde del mármol, colocándose entre sus muslos desnudos, que lo ciñeron sin fuerza.

—Eres un poco bruto —lo miró y sonrió—, pero me gustas así. Será...

—Nuestro secreto —la sostuvo por la nuca, cerró los ojos y la besó en la frente.

Rose suspiró.

No la merezco...

—Evan... ¿Alguna vez, has...? —comenzó ella, pero carraspeó.

—Nunca he hecho esto con ninguna mujer —adivinando su miedo—. Nunca he sentido con ninguna mujer lo que siento cuando estoy contigo. Ni el año pasado ni ahora. Nunca, rubia.

—¿Te vuelvo loco? —sonrió con travesura.

Evan suspiró sonoramente y asintió.

—Muy loco...

Ambos bajaron los párpados y se besaron con los labios entreabiertos.

La vistió él mismo; no se sentía del todo bien porque había sido demasiado brusco. No obstante, Rose estaba más radiante que nunca, por lo que respiró más tranquilo. Se prometió ser tierno en la siguiente ocasión, y rezó para cumplir su palabra, porque ya había fallado varias veces...

La pareja salió del pabellón en busca de su hijo. Lo encontraron al cuidado de Bastian y Zahira en el salón pequeño.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Hira a su amiga—. ¿Te duele mucho? —se preocupó, rozándole la hinchazón.

—Me tira un poco cuando me río —contestó ella.

Se sentaron en los sofás y Rose puso a Gavin en su regazo. Danielle y Jules se acercaron para interesarse por ella.

—Mira lo que te he traído para levantarte el ánimo, pequeña —la cocinera le mostró una bandeja repleta de pastelitos de crema.

Rose se humedeció los labios. Evan, que se fijó en el gesto, se mordió la lengua para no cometer el terrible error de gemir delante de todos... Y apenas abrió la boca durante la cena, los remordimientos pesaban.

Si esta es tu forma de enamorarla, te has lucido, campeón...

—Estoy cansado —mintió él, poniéndose en pie—. Si no os importa, me voy a la habitación —y añadió a su mujer—: Escríbeme un mensaje cuando quieras, para acompañarte, ¿vale?

Ella se incorporó con el niño en los brazos.

—Voy contigo. Hasta mañana, chicos.

—Hasta mañana —se despidieron los otros dos.

Cuando entraron en el dormitorio, Rose cambió al bebé de ropa y lo meció tarareando una nana hasta que el sueño lo venció. Lo tumbó en la cuna. Evan se metió en la cama, ya con el pantalón del pijama, y cerró los ojos. La escuchó entrar y salir del baño hasta que se introdujo entre las sábanas. La oyó suspirar.

—Sé que estás despierto, Evan.

—¿Y cómo lo sabes? —giró el rostro para mirarla.

Se colocaron el uno enfrente del otro. Estaban muy serios.

—Porque normalmente sonríes todo el tiempo, pero, a veces, se te marca una arruga en la frente cuando algo te inquieta, y lleva esa arruga en tu frente desde que bajamos a recoger al niño. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Puedes... —titubeó, avergonzada—. Puedes confiar en mí, Evan. Sé que tú y yo no somos amigos, pero... —se ruborizó y desvió los ojos.

—Yo diría que somos algo más que amigos, ¿no? —arqueó las cejas.

—Buenas noches, Evan —se dio la vuelta.

Evan la imitó, pero no contestó. Necesitaba poner en orden su interior. Si la tocaba, se convertía en un bruto, por lo que mantendría una distancia prudencial hasta que lograra amansar a la bestia que escondía y que solo salía en presencia de Rose Payne.

Se despertó sola, como los últimos días, en concreto, desde que Evan y ella habían hecho el amor, primero, en la bañera y, después, en el lavabo. Cada vez que lo recordaba, se ruborizaba, su tripa se revolucionaba como un volcán y sonreía. Y cuando rememoraba sus palabras: *nunca he sentido con ninguna mujer lo que siento cuando estoy contigo...* La ilusión se incrementaba en su corazón haciéndolo explotar.

Pero ahí había terminado todo y la emoción se había desvanecido. Evan había cambiado de actitud. Su ceño estaba siempre fruncido, apenas la miraba y no le hablaba. Además, era Zahira quien acudía todas las mañanas a buscarla para no perderse en el laberinto de los pasillos, al igual que por las noches, pues su marido desaparecía.

Su impresión era estar reviviendo el pasado, cuando se habían acostado en el ascensor del hotel *Liberty* y, luego, la había ignorado y dejado tirada.

Y se enfadó. Al principio, se preocupó y pensó, ingenua, que, quizás, existía la posibilidad de que Rose lo trastornara, de que él pudiera sentir amor hacia ella, pero que lo asustaba y no sabía cómo manejarlo, por eso se había alejado... otra vez.

Sin embargo, desechó tal absurda idea al percatarse de que las ausencias de Evan aumentaban. Llevaba dos días sin coincidir con su marido y su lado de la cama estaba frío y sin una arruga: no había dormido con ella. El rostro de Anne cruzó su mente infinidad de veces en esos dos días.

Y los celos se clavaron como un puñal en sus entrañas.

—¡Hola! —saludó su amiga al entrar.

Rose gruñó.

—¿Qué pasa? —se preocupó Hira.

—¿Crees que Evan...? —no terminó la pregunta—. Olvídalo. No pasa nada —abrió el armario y sacó las maletas para llenarlas, en menos de veinticuatro horas regresaban a Boston.

—Habla, Rose —enarcó las cejas y se cruzó de brazos.

Rose se derrumbó... Se sentó en el suelo y suspiró. Le contó a su amiga lo sucedido en la última semana, sin omitir detalles.

—Tengo la sensación de haber retrocedido en el tiempo —se lamentó, recostando la cabeza en el baúl que había a los pies de la cama—. Y si esta vez lo veo más es porque está obligado a verme, porque nos hemos casado y vivimos bajo el mismo techo, si no... —el dolor se instaló en la boca de su estómago—. ¿Es así como va a ser lo nuestro si nos acostamos, Hira?, ¿va a salir corriendo en dirección contraria?, ¿tan idiota soy —se golpeó la frente

—, que no he aprendido la lección? —las lágrimas le mojaron las mejillas como una lluvia torrencial, pero no se molestó en secarlas.

—Rose...

—No lo digas —inhaló una gran bocanada de aire y la expulsó fuerte y sonoramente—. Esto es una mierda...

—Vale —asintió Zahira—. No hablemos de amor, pero sí de pasión.

—No te entiendo —señaló Rose, frunciendo el ceño.

—Es más que evidente la atracción que sentís el uno por el otro. Y también es obvio que Evan se... —pensó la palabra unos segundos— trastorna contigo. Entonces —se inclinó y añadió en voz baja—, ¿por qué no lo buscas? Sedúcelo, Rose. Toma tú las riendas. Logra que reaccione, que salga del lugar donde se mete después de que estéis juntos, porque se encierra en sí mismo y eso es porque algo lo asusta.

—Yo no... Yo no sé... —vaciló, incorporándose.

—A ver, amiga mía —le dijo Hira, levantándose—, que he sido testigo de tus artes —colocó las manos en la cintura y sonrió divertida—. ¿Te recuerdo que el año pasado, en la gala, con solo retirarte el pelo hacia atrás conseguiste que ocho hombres babearan por ti? —alzó los brazos—. Piensa que Evan es uno de ellos y asunto arreglado.

—Evan no es como ellos. Evan no es como ninguno... —confesó ella, en un hilo de voz, con el corazón encerrado en una jaula demasiado estrecha—. Con Evan, yo... Me desconozco. Pierdo mi seguridad, Hira. Me pierdo a mí misma... —se frotó la cara con las manos. Emitió un gemido de frustración—. No voy a ser capaz de seducirlo, Hira. Es imposible —se sentó en el borde de la cama, con los hombros caídos en actitud de derrota—. No sé cómo hacerlo. Mi única experiencia ha sido con él y te prometo que yo no hago nada... —su rostro ardió y su cuerpo se sacudió ante los recuerdos—. Evan no me deja hacer nada —se corrigió, sonriendo sin darse cuenta—. Y me gusta... Me gusta mucho cómo es conmigo, un... poco brusco —un trémulo resuello brotó de su garganta—. Me gusta mucho que sea como es —sus mejillas ardieron en exceso.

—Rose —la tomó de las manos—, he visto cómo te mira y te aseguro que Bastian me mira igual —le acarició los nudillos con cariño—. Puedes llevar un trapo encima que te desearía de la misma forma que con una lencería de infarto, es decir, no te hace falta la experiencia, solo tú y él.

Ambas sonrieron.

—Por cierto —continuó Zahira, colorada de pronto—, se nota que son

hermanos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque... —carraspeó, avergonzada—. A Bastian le encanta morderme, es un poco...

—¿Bruto? —sonrió con picardía.

—¡Sí! —y estallaron en carcajadas.

Rose le había prometido a su marido no revelar nada a nadie sobre ellos, pero las mujeres necesitaban amigas en sus vidas, por lo menos una. Y agradecía al cielo tener a esa pelirroja a su lado. Diez meses separadas y un sinfín de correos electrónicos las habían unido como las mejores hermanas, que, sin importar la distancia o el espacio, estarían siempre la una para la otra.

Pasaron un rato ameno, desvelándose intimidades, riendo y, sobre todo, desconectando de la realidad, que falta le hacía a ella. Luego, se despidieron para preparar cada una su propio equipaje.

Más tarde, Evan se presentó en la habitación. En ese momento, Rose se percató de cuánto lo había echado de menos, de cuánto extrañaba su actitud vanidosa, sus gestos distraídos de conquistador, sus ojos sobre los suyos...

—¿Dónde has estado? —se interesó ella, con una dulce sonrisa.

—La comida ya está —ignoró su pregunta, sin ni siquiera mirarla—. Nos están esperando —sujetaba el picaporte de la puerta abierta.

Rose agachó la cabeza, sintiendo un horrible puñal en el pecho ante su actitud. Caminaron en silencio y bien separados hasta el salón pequeño. Almorzaron con sus cuñados. Los niños se durmieron en sus cucos. Y nadie habló. Solo se escucharon los cubiertos en la porcelana. La situación resultaba incómoda y tensa, por lo que, en el postre, decidió probar suerte.

—¿Y si jugamos al billar? —sugirió ella, tras comerse un pastelito de crema con azúcar espolvoreado.

Hira la observó detenidamente y sonrió despacio.

—Me parece una gran idea —convino su amiga—. Jugamos por parejas. Chicas contra chicos.

—Yo no puedo —contestó Evan.

—Puedes jugar al billar y lo harás —le ordenó Bastian, soltando de malas maneras la cuchara de chocolate caliente que se estaba tomando.

Los hermanos Payne se contemplaron con rencor un interminable minuto.

—Si Evan no quiere jugar, que no juegue —dijo Rose, poniéndose en pie con tranquilidad, sin demostrar lo aciago que estaba su interior—. Solo lo he propuesto para disfrutar de la última tarde que nos queda, pero se me acaban

de quitar las ganas —anduvo hasta la puerta, para sorpresa de los presentes—. Cuida de Gavin un rato, Evan, por favor —le pidió, ahora ella sin mirarlo a él—. Necesito tomar el aire —y salió de la estancia.

Nada más cerrar tras de sí, escuchó a Bas exigirle explicaciones a su hermano por su comportamiento hacia ella, pero no oyó la respuesta de Evan, no se quedó, sino que cogió su abrigo, su bufanda y su gorro de lana, del perchero del *hall*, y se dirigió a los establos.

La nieve del césped brillaba por los rayos del sol. Hacía frío, pero no lo sentía, su cuerpo estaba entumecido por el rechazo, por su amor no correspondido... Eso le pasaba por enamorarse de un mujeriego, por esperanzarse, en vano, por que él pudiera llegar a amarla.

Encontró a Caleb en la pista exterior, en la parte trasera de las cuadras. Era un espacio grande y ovalado de arena, cercado por gruesos troncos paralelos.

—Hola, Rose —la saludó él, con una radiante sonrisa—. ¿Quieres montar? —sostenía las riendas de una yegua marrón con manchas blancas en las patas y en la cabeza.

Rose le devolvió el gesto y asintió, acercándose. Caleb la ayudó a subirse. El animal le resultó demasiado alto.

—Es muy buena, no te preocupes —le aseguró, palmeando el cuello de la yegua—. No has vuelto por aquí. ¿Es por lo que pasó en el club?

—¿Lo sabes? —se sorprendió.

—Me lo contó Evan —empezó a guiarla por la arena—. No te veo la hinchazón —le analizó la cara.

—Ayer me desperté sin una marca —sonrió sin humor—. ¿Estás solo?

—Sí, ¿por qué? —alzó una ceja—. ¿Esperabas a mi hermano?

—¡No! —desorbitó los ojos.

Caleb soltó una carcajada.

—No está —aclaró él—. Magnus y Evan no se soportan. Es mutuo.

—¿Pasó algo entre ellos? —se interesó.

—Siempre han rivalizado en cuestión de tías —paró—. Perdona, no tenía que haber dicho eso.

—Tranquilo, Caleb —se inclinó sobre la silla y le dio un suave apretón en el hombro—. Sé con quién me he casado —musitó, triste y dolida.

—Conozco a Evan, Rose —se giró y la observó sin pestañear—. Para él, la lealtad es inquebrantable y protege todo lo que es suyo, ya sean objetos o personas, te incluyo a ti. De pequeños —se rio, nostálgico—, Kaden, Bastian y Evan se escapaban con los caballos —reanudó el paso del animal—. Una de

esas veces, Kaden se cayó del caballo porque Magnus lo picó para que saltara unas barras. Cuando Evan vio a su hermano en el suelo... —silbó, mirándola—. Digamos que Magnus y él tuvieron más que palabras.

—¿Se pegaron? —inquirió Rose, concentrada en la historia.

—Esa fue la primera de muchas peleas entre mi hermano y Evan. El año pasado fue la última. Y ahora entiendo muchas cosas.

—¿Qué ocurrió el año pasado? —arrugó la frente, curiosa.

—Evan vino una semana a mediados de diciembre, hace poco más de un año. No avisó, sino que se presentó aquí un domingo —se encogió de hombros—. Se encerró en su pabellón y no salió durante tres días seguidos. Jules y Danielle estaban preocupadas porque le llevaban bandejas con comida y Evan las devolvía tal cual, sin probar bocado. Empezaron los rumores.

—¿Qué rumores, Caleb? —su corazón se precipitó hacia el horizonte.

—Jules decía que estaba deprimido, que no sonreía, y que eso se debía a una mujer.

Ella contuvo el aliento.

—El cuarto día —continuó él— salió del pabellón, vino a los establos a cabalgar un rato, pero su caballo lo tenía Magnus —hizo una mueca—. Es mi hermano, Rose, pero, cuando se trata de Evan, es un gilipollas. Perdona mis palabras.

—Tranquilo. Sigue, por favor —le pidió Rose.

—Discutieron. Magnus lo picó, le preguntó sobre la supuesta mujer que le había obligado a huir de Boston para encerrarse en Los Hamptons. Le dijo que seguro que era una... —carraspeó. Sus pómulos se tiñeron de rubor— zorra, porque él solo atraía a zorras a la cama.

—¿Qué hizo Evan?

—Mi hermano estaba sentado sobre el caballo —le explicó, gesticulando con la mano libre—. Evan se lanzó a por él y lo derribó. Le gritó a Magnus que no se atreviera a nombrarla siquiera, que ella era suya. Mi hermano no se quedó atrás... —arqueó las cejas un segundo—. Le dijo que no la trajera nunca a la mansión porque se encargaría de probar la mercancía y comprobar lo zorra que era —se aclaró la voz, nervioso—. Mi padre y yo escuchamos las voces y corrimos a separarlos y...

—¿Y? —tiró de las riendas para detenerse. Se apeó de la yegua y se colocó frente a él—. ¿Y? —repitió.

—Evan lleva los últimos cuatro días encerrado como aquella vez —clavó los ojos en los suyos—. Y si a eso le sumamos que tenéis un bebé... Es

evidente que esa mujer eras tú. Y me alegro de que no hayas aparecido en los establos desde que montaste con Magnus.

—¿Por qué lo dices? —su estómago sufrió una sacudida nada agradable.

—Porque mi hermano... —respiró hondo—. Porque mi hermano también lo sabe y no me fío de él —arrugó la frente—. De hecho —levantó la mano—, me parece muy extraño que Magnus no haya intentado hacer algo. Está demasiado tranquilo.

—Caleb... —titubeó. Tenía que contárselo—. Los dos primeros días, escuché golpes y ruidos en los pasillos de la casa, pero no vi a nadie. ¿Tú crees que Magnus...?

Caleb entrecerró la mirada.

—¿Se ha vuelto a repetir?

—No —negó con la cabeza—. No he vuelto a pasear sola por la mansión, hasta ahora...

El semblante de ambos se cruzó por la gravedad.

—No será nada —mintió él, fingiendo una sonrisa—. Deberías regresar. Está anocheciendo.

Ella asintió, suspirando. Le agradeció sus palabras y se dirigió a la casa, aunque sintió que alguien la vigilaba. Creyó que se trataba de su mente, que le jugaba malas pasadas, así que ignoró la sensación. Buscó a sus cuñados y a los niños, pero no encontró a nadie. La cocina estaba desierta y no se escuchaba nada que no fueran sus propios pies. Pensó que, quizás, Bastian, Zahira y Evan estarían jugando al billar, por lo que se aventuró en el laberinto.

En cuanto giró a la derecha en el primer pasillo, su valentía desapareció... El pánico comenzó a devorarla lentamente. Se arrepintió de no haber cogido el móvil. Se abrazó a sí misma. Su respiración se entrecortó, se le formó un nudo en la garganta y el sudor inundó su fría piel. Se ajustó el abrigo al cuello.

Y se perdió.

Ya debería haberse aprendido el camino, pero se consideraba una inútil en cuanto a la orientación. Giró tantas veces que no supo dónde estaba. Paró y se sujetó a la pared. Entonces, unos pasos avanzando hacia ella la alertaron. Rezó una plegaria en silencio.

Por favor, por favor, por favor, por favor...

Los pasos se silenciaron. Ella continuó y los pasos, también...

Ay, Dios mío...

Rose chilló, asustada, al apreciar una silueta oscura y grande a lo lejos. Trastabilló, pero no se cayó, dio media vuelta y corrió. Y un golpe en la pared,

a su espalda, la frenó en seco.

—¡Ya basta! —gritó, desesperada, lanzando el gorro al suelo. Retomó la carrera hasta que alcanzó el *hall* del pabellón de Evan—. Por fin... —suspiró, temblorosa.

Entró en el dormitorio e inhaló aire hasta que consiguió calmarse.

Alguien llamó a la puerta.

Rose avanzó y abrió, pero no había nadie. Se encogió de hombros y cerró. Oyó unos pasos, los mismos de antes... Retrocedió, con el cuerpo vibrando de pánico. Echó el pestillo.

Pero los pasos se aproximaron a la puerta.

El picaporte se movió.

Rose, aterrorizada, con el corazón en suspenso, atravesó el dormitorio, el baño y el salón, hasta que se introdujo en la sala de billar. No estaba encendida la luz y el manto de la noche ya había empezado a cubrir el cielo estrellado. No obstante, reconoció una sombra.

—E... Evan... —tartamudeó.

Su marido, que observaba el exterior a través de la cristalera, se giró al escucharla. Arrugó la frente al percatarse de su angustia y de su palidez. Entonces, ella corrió hacia él y se arrojó a su cuello, llorando de forma histérica. Evan la estrechó con fuerza.

—¿Qué sucede, rubia? —su voz se quebró.

Pero Rose no podía articular palabra... Él gruñó, la alzó en vilo y la sentó en la mesa de billar. Ella envolvió su cintura con las piernas y escondió el rostro en su clavícula. Ligeros espasmos agitaron sus extremidades. Evan le peinó los cabellos con los dedos y se los besó hasta que se relajó.

—Te he echado de menos... —le susurró Rose, con los ojos cerrados, aspirando su aroma a madera limpia y acuática.

Levantó la cabeza y lo miró. Examinó sus ojos, que parecían debatirse en una lucha, cálidos y bravíos a la par. Observó sus labios y los rozó con los dedos, abrasándose por el suave contacto.

Y, de pronto, Evan gruñó, la sujetó por la nuca, bajó los párpados y la besó con rudeza, penetrándola con la lengua de inmediato...

Ella gimió. Adoraba esa urgencia que lo caracterizaba. Evan recorrió cada rincón. Jadearon y se detuvieron. Se miraron, cautivados, y volvieron a besarse, pero de manera lánguida, recóndita, íntima... Nunca la había besado de ese modo, como si pretendiera entrar en su alma y robársela, pero sin que se diera cuenta...

La piel de Rose se erizó. Resbaló las manos hacia el trasero de su marido y lo apretó, arqueándose hacia sus caderas. Los dos sollozaron por el movimiento y comenzaron a frotarse el uno contra el otro, sin prisas, apreciándose a través de la ropa. El beso los condujo a la gloria. Las lenguas se acunaban en un baile tan licencioso que los ruidos roncós y agudos que brotaban de sus gargantas crearon su propia melodía. Evan, además, la saboreaba con deleite, pero embistiéndola y retirándose enseguida para frustrarla y arrancarle lamentos.

—Rubia —le desabrochó el abrigo y se lo retiró despacio. Lo arrojó al suelo—. He intentado alejarme —suspiró—. Ha sido una tortura...

—¿Por... qué? —logró ella articular.

Pero él no respondió con palabras, sino que le besó el cuello con la lengua y los labios. Rose agarró el borde de su jersey y tiró hacia arriba, llevándose la camiseta consigo.

—Evan... —tocó sus hombros—. Eres... imponente... —lo acarició a su antojo.

Pero Evan le atrapó las muñecas y se las elevó por encima de la cabeza, para, acto seguido, quitarle el fino suéter.

—¿Sabes cuántas veces —susurró él, mientras la desnudaba por completo— he soñado con hacerte el amor en la mesa de billar? —la instó a que se tumbara—. Cada condenado segundo de cada maldito día de esta jodida semana, he fantaseado con tenerte aquí —posó los ojos de puro chocolate negro en los de ella—. Justo como ahora... —se agachó y le besó un seno, pellizcándole el otro con los dedos.

—¡Evan!

Las manos de Evan siluetearon la cinturilla de sus vaqueros, quitaron los botones y fueron bajando los pantalones, a medida que le lamía la piel expuesta de las piernas. Rose contraía el abdomen y se retorció sobre el tapete verde de la mesa, cuya aspereza y dureza no percibió, porque él la estaba ahogando en un océano de prodigiosas sensaciones. Su boca era limbo y abismo, dulce y temeraria...

La despojó de toda ropa y se alejó para encender las lamparitas que había en las esquinas de la pequeña estancia. La luz la atontó un instante, pero era tan tenue que se acostumbró enseguida.

Evan se situó frente a ella y se deshizo de los pantalones y los *boxer* blancos, admirando cada milímetro de su cuerpo, con la boca abierta, los ojos reluciendo y ladeando la cabeza de un lado a otro. Rose se dobló y arañó el

tapete, sintiéndose atractiva y poderosa, pero, también, unas cadenas pesadas e invisibles la mantenían aferrada al billar... y a la mirada egoísta de su guerrero... y al incuestionable dominio que ese hombre ejercía sobre ella.

Él se situó entre sus muslos, tomó sus tobillos y los colocó en el borde de la mesa. La sujetó por la cintura y la pegó a sus ingles. Su intimidad se adhirió a su erección, arrancándole un alarido espontáneo. Él tensó la mandíbula, conteniéndose.

—Muévete —se inclinó hacia sus pechos—. No te avergüences, rubia, no conmigo... Nunca conmigo...

Aquellas palabras la desarmaron y se curvó. Evan se apoderó de sus senos, alternando las manos, la lengua y los dientes, a la vez que la golpeaba con las caderas. Sin embargo, Rose necesitaba más...

—Te necesito... a... ti... Evan... —le dijo, entre gemidos.

—Ya me tienes.

—No... —enredó los brazos en su nuca y lo atrajo hacia ella—. Bésame, por favor...

Él obedeció, pero lo hizo despacio, y solo con los labios. Rose lo buscó, sin embargo, Evan se retiró, inhalando aire con mucha dificultad y los ojos cerrados. Pararon. Ella se asustó.

—¿Qué te pasa? —se preocupó Rose, acariciándole el rostro—. ¿Evan?

—No quiero hacerte daño —confesó en un hilo de voz.

Las lágrimas inundaron las mejillas de ella, lágrimas de felicidad. Sonrió.

—¿Por eso te has alejado de mí estos días? —le preguntó con suavidad.

—Si... —la miró, atormentado—. Si nos acostamos, te haré daño, porque... —tragó—. No puedo ser tierno... Nunca lo he sido contigo. Contigo no puedo ser de otra manera, Rose... Y no sabes cuánto lo siento...

Rose... Mi nombre... Cuánto amo a este hombre...

—¿Y si me encanta que seas un bruto? Será nuestro secreto...

Capítulo 12

No, no podía ser tierno, porque lo que sentía por ella no era ternura, sino algo tan fuerte y poderoso que no era capaz de definirlo.

La besó con arresto. Era suya y quería marcarla. Dejó de esconderse, de sentir remordimientos por ser un bruto. ¿Para qué?, se preguntó, si Rose quería que fuera un bruto... Así que quemó sus labios con los dientes, para luego aliviarla con la lengua... Arremetió en su boca para luego alejarse... Ella gemía, se quejaba, sollozaba... Se arqueaba, se estiraba, lo apretaba con los muslos... Él le aplastaba los pechos, los pellizcaba, los amasaba...

Evan descendió hacia sus caderas, las sujetó con firmeza y, de un solo empujón, la penetró. Ambos se quedaron sin respiración. Él se incorporó, sin moverse ni soltarla. Se miraron.

—¿Preparada, rubia? —susurró en un tono áspero.

Rose levantó los brazos y se agarró a los extremos de la mesa de billar.

—Preparada, soldado —sonrió.

Evan también sonrió, pero con malicia. Se retiró casi por completo, centímetro a centímetro, y la embistió.

Y gritaron.

Y se abandonaron...

La imagen de Rose, tendida a su merced, curvada hacia él, recibiendo sus duras embestidas con una entrega alucinante, sin una queja, sino demostrando la misma pasión que Evan, se grabó en su alma. Solo podía pertenecer a esa mujer.

Y apenas unos minutos después, él se derrumbó sobre ella, ambos saciados, temblando, sudando... Rose lo acunó entre sus pechos, que Evan besó mientras recuperaba el oxígeno.

—¿Estás... bien? —quiso saber él.

—No...

La preocupación se apoderó de Evan y se levantó como un resorte. Sin

embargo, su mujer sonreía...

—Creía que, para ti, un *no* era un *sí*.

—Joder, rubia... —soltó el aire que había retenido. La incorporó para sentarla en el borde de la mesa y se abrazaron—. Querías jugar al billar.

—¿Y Gavin?

—Está con mi hermano.

—¿Te apetece jugar? —enroscó las manos en su nuca—. Soy una experta, estás avisado —se acercó y lo besó con timidez.

—No más que yo. Soy el mejor —le devolvió el beso, cogiéndola por el trasero para bajarla al suelo.

Recogió sus braguitas y su propia camiseta y la vistió con ellas. Su mujer se ruborizó, pero no dejó de sonreír.

—Me está un poquito grande.

Evan, con los calzoncillos ya puestos, acertó la distancia y le apesó los pechos entre las manos. Rose emitió un gemido agudo, retrocedió y se chocó con la mesa, pero él avanzó y oprimió sus erguidos senos sin misericordia, otra vez.

—Aquí no te está grande —los pellizcó por encima de la camiseta, creciendo, de nuevo, el deseo a una velocidad vertiginosa.

—Evan...

—Rubia...

Él se inclinó y los capturó con los dientes, mojando la tela con la lengua.

—¿No vamos...? ¿No vamos a... jugar?

—Claro que vamos a jugar —se alejó unos pasos—. Y no te imaginas lo que vamos a disfrutar...

Evan suspiró y la analizó de los pies a la cabeza con una mirada famélica. No se molestó en esconder su excitación, que amenazaba con salirse de los *boxer*. Preparó el billar y le tendió un taco.

—Las damas primero.

Ella sonrió y se colocó en posición. Él se situó detrás y se mordió el labio al admirar su trasero respingón. Rose ajustó el taco y sacó, lanzando la bola blanca hacia las demás, en triángulo. Tres se metieron en las troneras.

—Lisas para mí —anunció su mujer con seriedad.

Según el juego, debía continuar hasta que fallase.

Y Evan alucinó... Rose era muy buena, ¡una versada en el billar!

—¿Dónde has aprendido? —quiso saber él.

—En el restaurante italiano donde trabajé —se posicionó de nuevo para

tirar—. El dueño se llama Luigi. El local tiene una parte de descanso para los empleados donde hay un billar. Luigi me enseñó.

Pero Evan, a pesar de escucharla, comenzó a picarse. Todavía no había jugado y ella estaba a tres bolas de ganar, por lo que decidió distraerla... Se ubicó a su espalda y, justo cuando ella echó hacia atrás el taco, él le rozó las nalgas con las yemas de los dedos.

—¡Ay! —brincó—. ¡Eso es trampa! —la bola avanzó un centímetro escaso.

—Es mi turno —anunció Evan, fingiendo indiferencia.

Pero no contó con que Rose siempre lograba retarlo, aunque no lo pretendiera... Ella se inclinó sobre la mesa, en el extremo contrario, ofreciéndole una visión muy jugosa de sus senos a través del escote en pico de la camiseta. No lo hizo adrede, porque parecía concentrada, fruncía el ceño, pero a él le vibraron las manos. Aún así, introdujo una bola en el agujero.

Procuró no fijarse más en Rose, pero, cada vez que lanzaba, ella actuaba de igual modo, ofreciéndole sus pechos a distancia. Y Evan sudaba y gruñía. Había sido un completo error.

—Tú también lo haces muy bien —le obsequió su mujer.

Él ajustó el taco y la miró.

¡No la mires! ¡No!

Rose se abanicaba con la tela, sonriendo.

—Hace mucho calor aquí, ¿no? —comentó ella, que se estiró, provocando que los senos tensasen la camiseta.

Evan jadeó en un acto reflejo y lanzó sin pensar.

Y falló.

—¡Mi turno!

Te vas a enterar, rubia...

Rose se colocó en posición. Él, detrás de ella, esperó a que retirase el taco para tirar y le propinó un suave azote en el trasero.

—¡Eso no vale! —se quejó Rose, frotándose la nalga—. Eres un mal perdedor —lo acusó, apoyando el taco en la borde de la mesa y cruzándose de brazos.

—Tú eres una mala jugadora que se distrae con pequeñas cosas —le dedicó una sonrisa radiante.

—Muy bien —entrecerró los ojos—. Tu turno, bichito.

Cuando lo llamaba *bichito* significaba que estaba enfadada y quería vengarse, pero Evan estaba preparado. Se situó en una esquina, ajustó el taco y lanzó. La bola se coló en la tronera. Sin embargo, al alzar la mirada por

encima de ese agujero, descubrió a Rose bajándose la tela por el pecho, insinuándose, pero sin llegar a enseñar nada, una imagen que lo aturdió tanto que, en el siguiente lanzamiento, sus fuerzas desaparecieron y ni siquiera acarició la bola, la única que le quedaba.

—Me toca a mí —anunció ella, pasando por delante de él y rozándolo aposta con la cadera.

Evan contempló cómo contoneaba sus nalgas antes de tirar el taco. Babeó... Tragó saliva. Apoyó el taco en la pared y acertó la distancia. Agarró sus braguitas, las rasgó lentamente y cayeron a sus pies.

—¡Evan! —se sobresaltó.

Pero él ya estaba enloquecido... Pasó una mano por su ombligo y bajó hacia su intimidad.

—Joder... —aulló Evan, atónito porque estaba tan excitada como él.

Rose estaba paralizada y contenía el aliento. Evan le abrió las piernas con la rodilla. Ella apretaba tanto el taco que sus nudillos estaban más blancos de lo normal. Era tal la voracidad que sentía hacia esa mujer, que cerró los ojos y la mimó... muy despacio. Y Rose comenzó a gemir y a arquearse contra su mano... Él introdujo la otra por dentro de la camiseta y veneró sus senos.

—Evan...

Evan continuó, incapaz de detenerse. No le importaba nada que no fuera su rubia. Solo quería el goce de su mujer, que tocara el cielo, que gritara su nombre, que implorase sus caricias, que soñara con sus manos acariciando su cuerpo, que suplicase su amor...

—No te gustan... los halagos... pero... —pronunció él entre resuellos y con la garganta seca—. Eres preciosa... Así... Entregada a mí... Preciosa...

Le subió la tela y se la sacó por la cabeza, pero Rose no movió los codos flexionados en el tapete, por lo que la camiseta descansó arrugada en ellos. La besó en la espalda. Le lamió la nuca, le mordió la oreja... Tomó sus pechos con la mano libre, pero eran tan generosos que se le escapaban.

—Evan... No puedo...

Evan gruñó y aceleró el ritmo.

—Confía en mí... —le dijo en un ronco susurro—. Déjate llevar... Conmigo, solo conmigo...

—Solo... contigo... —y gritó, deshaciéndose por culpa del clímax que la sobrevino.

Pero él no le concedió un instante para que se recuperara, sino que se bajó los *boxer* y la penetró con lentitud. Ella exhaló un suspiro entrecortado y se

curvó, recostándose en el billar. Evan se retiraba lánguidamente y arremetía con vigor.

Fue lo más intenso que experimentó en su vida. El éxtasis fue tan enérgico que lo enmudeció.

—Me encanta tu mandarina, rubia... —la estrechó entre los brazos, respirando de forma irregular sobre su pelo.

Rose se paralizó un segundo y al siguiente estalló en carcajadas. Evan se contagió. Se separó de ella con extrema delicadeza para no dañarla, se ajustó los calzoncillos y la cogió en brazos sin esfuerzo, adorando su cuerpo acurrucado contra el suyo. En el servicio, la desnudó y preparó la bañera. Unos minutos después, se encontraban abrazados en el agua, tranquilos y limpios. La espalda de Rose estaba pegada a su pecho, su rostro escondido en el hueco de su clavícula y las piernas de los dos entrelazadas. Él besaba sus cabellos mojados de manera distraída.

—Evan.

—Dime.

—No hemos... —titubeó, agitada, de repente. Se incorporó, posó las manos en sus pectorales. La gravedad cruzó su semblante—. No hemos utilizado preservativo, ninguna de las veces que lo hemos hecho.

—Lo sé —asintió Evan—, pero te tomas la píldora. Tienes las pastillas en tu neceser. Tenía que haberlo hablado contigo —se puso nervioso— y no dar por hecho que...

—No pasa nada, confío en ti —Rose habló en voz baja, temerosa—, pero...

—¿Qué ocurre? —arrugó la frente, sintiéndose abatido por un posible rechazo—. Si lo prefieres, usaremos preservativo, no quiero que te sientas incómoda o...

—Evan... —desvió la mirada, ruborizada—. ¿Alguna vez, has hecho... con otras...?

—No —la interrumpió, serio. Se sentó y la acomodó a horcajadas—. Siempre tomé precauciones, independientemente de ellas. Y me reviso muy a menudo.

Su mujer frunció el ceño. La rigidez la poseyó.

—¿Qué pasa? —se preocupó él, sujetándola por la nuca.

—No me gusta hablar de tus ligues —declaró en tono hostil, soltándose con brusquedad de su agarre.

Pero Evan no se lo permitió, gruñó y la apretó contra su cuerpo con fuerza.

—¡Quita, déjame! —le golpeó el pecho.

—¡No! —la inmovilizó—. Tú fuiste la última con la que me acosté — confesó al fin.

—Pero... —se quedó boquiabierta—. Las fotos en internet... Cada semana...

—No hice nada con ellas. Nada —negó con la cabeza—. No ha habido ninguna mujer después de ti. Ninguna. No pude...

—Evan... —sonrió, con los ojos inundados en lágrimas.

—Por favor, no llores... —se angustió y empezó a respirar con dificultad.

—Me acabas de hacer muy feliz —declaró Rose, arrojándose a su cuello—. Muy feliz, mi guardián.

Salieron de la bañera y se vistieron el uno al otro como los amantes que eran, entre mimos y besos que prometían el paraíso y las tinieblas a partes iguales.

—¿De dónde venías antes? —quiso saber él.

Entraron en el laberinto, de la mano.

—De los establos —respondió ella, deteniéndose y mirándolo, asustada—. Evan... —se rodeó a sí misma.

—¿Qué sucede? —se alertó y la envolvió en su calor.

—Antes me perdí —se aferró a Evan con pánico—. Escuché... golpes... pasos... Por eso, te encontré en la sala de billar. Yo... Llevaba un gorro y se me cayó, pero no sé dónde. Cuando llegué a la habitación, alguien llamó a la puerta. Abrí y no había nadie. Cerré y oí los mismos pasos de antes en los pasillos. Me asusté y... y te vi.

—¿Cómo eran esos pasos? —se cruzó de brazos—. ¿Cortos y rápidos o lentos y amplios?

Su mujer arrugó la frente, pensativa.

—Lentos... Sí —asintió—. Eran pausados.

Aquello solo significaba que se trataba de un hombre, no de Anne, como creyó al principio.

—¿Se ha vuelto a repetir? —se interesó él, reanudando la marcha—. El primer día, Hira y tú también escuchasteis golpes.

—No consigo aprenderme el camino. Zahira venía a buscarme todos los días y luego me acompañaba por las noches.

Evan quiso atizarse a sí mismo por ser tan estúpido. Se había preocupado tanto por mantenerse alejado, que se le había olvidado su miedo a perderse en la mansión.

—Lo siento, rubia —se disculpó, pasándose las manos por la cabeza—. He sido un imbécil. No tenía que haberte dejado sola.

—No, Evan —lo sujetó de los brazos, deteniéndose al inicio de la gran escalera principal de la casa—. No importa —sonrió con dulzura.

—Sí importa —la corrigió y la abrazó con rudeza un instante—. No te dejaré sola otra vez.

Descendieron los peldaños y se dirigieron al salón pequeño, donde adivinó que estarían su hermano, su cuñada y los niños. Y no se equivocó.

—Enseguida vuelvo —anunció él. La sospecha se acrecentaba a cada segundo. Entró en la cocina—. ¿Habéis visto un gorro perdido? —les preguntó a Jules y a Danielle, que preparaban la cena.

—Sí —contestó el ama de llaves, secándose las manos con un trapo—. Hace un ratito —caminó hasta el tablero de madera y cogió un gorro de lana verde oscuro. Se lo entregó.

—Gracias —se lo acercó a la nariz. Olía a mandarina—. ¿Dónde estaba?

—Lo encontró Anne. Está en su habitación, si quieres hablar con ella.

Evan salió de la estancia. Se topó con la doncella en el recibidor.

—Te lo dio Magnus, ¿verdad? —inquirió él, sin esconder la rabia.

—Evan, yo...

—Responde, Anne.

—Yo... Yo... Lo encontré en... Estaba en el salón pequeño.

—¡Y una mierda! —vociferó Evan.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó Bastian, reuniéndose con ellos, seguido de Zahira y Rose.

Jules y Danielle también surgieron en el *hall*.

—Estás mintiendo —continuó él, ignorando a los presentes.

—Ese es mi gorro —anunció su mujer—, el que se me perdió.

—Lo sé —y añadió a la doncella—: Te lo dio Magnus.

Anne, sonrojada, agachó la cabeza y asintió. Evan gruñó como nunca y abrió la puerta principal. Caminó hacia los establos.

—¡Evan! —gritaban a su espalda.

Pero no se detuvo hasta que vio a Magnus en la pista exterior. Estaba iluminada por cuatro grandes focos. Sujetaba las riendas de un caballo sin silla.

—¿Qué hacías en los pasillos de la mansión? —le reclamó él, parándose a su espalda.

Shaw sonrió al fijarse en el gorro y se bajó de un salto del animal.

—Ya viene el señorito Evan con sus aires de grandeza. No tengo prohibida la entrada en la mansión. Por cierto —arqueó las cejas—, es de tus abuelos,

no tuya.

—Tienes prohibido el acceso a cualquier parte que no sea la cocina —lo corrigió Evan, controlando la respiración. Su corazón latía tan rápido que podía explotar—. ¿Qué hacías en los pasillos? ¿Ahora, una de tus funciones es asustar a la gente?

—Por gente te refieres a tu mujer —afirmó Shaw, irguiéndose y sin perder la diversión—. Solo ha sido una broma, nada más. La creía más valiente. Al menos, grita bien.

—Serás... —musitó Rose, avanzando—. ¡Imbécil!

—¡Eh! —se quejó Evan, agarrándola del brazo. Y le susurró—: *Imbécil* soy yo, nadie más, víbora.

Ella sonrió con las mejillas arreboladas, se alzó de puntillas y lo besó en el pómulo. Zahira se rio y él estuvo a punto de hacerlo, pero Magnus interrumpió la escena.

—Ella tiene la culpa —lo picó Shaw, introduciendo las manos en los bolsillos de la chaqueta—. El otro día, se mecía muy bien entre mis piernas. Y sus miraditas siempre me piden que le meta un poco de caña, tú ya me entiendes, ¿verdad, Evan? —le guiñó el ojo.

—¡No te he mirado de ninguna manera! —le increpó Rose, interponiéndose entre los dos para evitar la inminente pelea.

—Ahora, no pretendas negarlo, Rosie. Ambos sabemos que eres como el resto de mujeres a las que se tira tu marido.

Evan, cegado por la ira, empujó a su mujer a un lado y agarró de la pechera a Shaw.

—Retira tus palabras —siseó.

—¿Vas a pegarme? —se carcajeó. No retrocedió ni se inmutó.

—¡Evan! —gritó Rose, tirando de su jersey—. Olvídate de él. No merece la pena.

—Ganas no me faltan, Shaw —lo soltó como si se hubiera quemado y se giró.

—Buena calentabraguetas se ha buscado el señorito —musitó Magnus a su espalda—. Dios los cría y ellos se juntan. Seguro que está tan aprovechada como tú.

—¡Oh! —exclamaron los presentes.

Evan se giró, tiró el gorro a la arena y se lanzó contra Shaw. Rodaron por la pista, propinándose puñetazos los dos con una furia inhumana. Y no frenaron los violentos ataques hasta que Bastian lo separó de Magnus con gran

esfuerzo.

—¡Ya basta! —bramó su hermano.

—¡Evan! —su mujer corrió hacia él y le sujetó la nuca para obligarlo a mirarla—. ¿Estás bien? —le rozó el pómulo, que le ardía. Frunció el ceño y rumió incoherencias. Se separó y caminó hacia Shaw—. ¿Sabes qué, Magnus? —le dio una patada en la entrepierna—. Para que ahora tengas tu bragueta caliente y me insultes con propiedad.

Shaw, que no se lo esperaba, cayó de rodillas, pálido y enmudecido por el dolor.

Todos se echaron a reír. Evan alzó a Rose por el trasero, quedando los dos rostros a la misma altura. Ella le envolvió las caderas con las piernas y el cuello con los brazos. Y la besó, posesivo y henchido de orgullo.

¡Cuánto amo a mi rubia, joder!

El incidente quedó relegado al olvido en cuanto entraron en la mansión. Jules y Danielle se encargaron de curarle las heridas a Magnus en la cocina. Las dos parejas cenaron en el salón pequeño junto a sus hijos. Después, los cuatro decidieron jugar al billar, llevándose los cucos a la sala. Se dividieron en chicas contra chicos.

—No tengo ni idea de jugar —confesó Zahira.

—Mi rubia, sí —dijo Evan con una pícara sonrisa—. Ha practicado muy bien hoy.

Mi rubia... ¡Oh, Dios mío! Te como enterito, soldado...

Y empezaron la partida. Hira lanzó la primera, derribando el triángulo de las bolas. Se coló una rayada en la tronera.

—¡He metido una! —se emocionó, colgándose del cuello de Bas y brincando.

Los tres se rieron. Y continuaron, pero Zahira falló enseguida. Les tocó el turno a los chicos. Su cuñado era bastante bueno y metió dos lisas de un solo tiro, pero, después, falló.

—Vamos, rubia —la picó su marido, colocándose detrás de ella.

—No hagas trampas —le avisó, apuntándolo con el taco.

Él levantó las manos en señal de paz. Rose se inclinó sobre la mesa, ajustó el taco y lanzó. Metió una rayada. Rodeó el billar hasta encontrar otra bola fácil. Repitió los movimientos y, cuando fue a tirar, recibió una caricia en el

trasero que la sobresaltó y falló.

—¡Eso no es justo! —se quejó, arrugando la frente y dedicando a Evan la peor de sus miradas.

—Mi turno —anunció su marido, escondiendo una risita.

Ella entornó los ojos y esperó a que él se confiara. Permitted que colara tres lisas y, en la cuarta, le pellizcó la nalga justo antes de que lanzase el taco.

—¡Joder! —exclamó Evan, frotándose el trasero.

—Déjame a mí, Hira —le pidió Rose a su amiga.

Sin esperar a que Zahira se pronunciase, se situó en posición y, cuando retiró el taco para tirar, recibió un fuerte azote en las nalgas.

—¡Ay! —chilló del susto—. ¡Eres un bruto, imbécil! —se enfadó.

—Eso te pasa por desconcentrarme antes, víbora —tenía el ceño fruncido—. Me toca a mí, Bastian —añadió, sin dejar de observarla a ella con un enfado no disimulado.

La otra pareja se sentó en el suelo. Y comenzó la guerra. Rose y Evan no consiguieron colar ninguna bola más porque se lo impedían el uno al otro en cada lanzamiento. Y así hasta que Hira y Bas estallaron en carcajadas.

—Nos vamos a dormir —anunció Bastian, poniéndose en pie—. Que disfrutéis de vuestra partida privada.

Los dejaron solos.

—¡Mira lo que has conseguido! —le increpó Rose a su marido, con los puños en la cintura.

—¿Yo? —se señaló a sí mismo.

—Has empezado tú con las trampas, no te hagas el inocente ahora, imbécil.

—Cuida esa lengua, víbora —la apuntó con el dedo índice—. Se acabó, no juego más.

—¡Claro! —bufó, conduciendo el cuco, que tenía ruedas, hacia el dormitorio—. Sabes que soy mejor que tú, por eso me hiciste trampas esta tarde y me las has hecho ahora. ¡Has empezado tú las dos veces!

—No eres mejor que yo.

—A ver si te crees que tu brillante inteligencia —hacía aspavientos, descontrolada— te hace el mejor en todo, porque ya te aseguro yo que no. Cuentas con muchos puntos débiles, Evan. Asímelo.

—¿Y qué puntos débiles son esos? Ilústrame, por favor —sonrió sin humor.

—Las mujeres y el billar, entre otros muchos —colocó el cuco junto a la cuna y se irguió, altanera.

—Yo creía que estabas bastante satisfecha con el bruto de tu marido —se

cruzó de brazos—, sobre todo por lo bien que gritas cuando te hago mía, víbora. Tan mal no se me dará, ¿no?

—¡Yo no grito! —su rostro estaba tan encendido que le pareció ver humo a su alrededor.

—Tienes razón —sonrió con suficiencia—. No gritas... ¡chillas de placer! Antes te ha escuchado la mansión entera.

¡Oh, Dios mío!

—¿Lo dices en serio? —le preguntó ella, sofocada, de repente, olvidándose del enfado. Se tapó la cara con las manos—. Qué vergüenza...

—Joder... —Evan acertó la distancia. La sostuvo por los hombros—. Me encanta que chillas de placer, rubia, no sabes cuánto... —se humedeció los labios y se mordió el inferior, observándola como un animal famélico frente a un succulento manjar—. Dime en qué fallo contigo —le susurró, áspero y sugerente— y te prometo que haré lo imposible para solucionarlo.

—Evan... —gimió sin querer. Se sujetó a sus brazos—. No tienes fallos... —se le debilitaron las piernas—. Solo lo he dicho porque estaba molesta.

—Yo también estaba molesto —la tomó por la nuca—. Tienes razón. Eres mejor que yo con el billar —sonrió con travesura—. Perdóname por las trampas —se inclinó y le rozó los labios con los suyos—. Rubia... Te necesito ahora mismo... —le apresó el labio inferior y tiró—. Ahora... mismo.

Rose emitió un suspiro entrecortado. Estaba tan caliente que le sorprendió que su ropa no ardiera en llamas. Cerró los ojos. Él la empujó contra la pared, entre el armario y el baño. La obligó a abrir las piernas con una rodilla.

—¿Te puedo... hacer una pregunta... Evan?

Era imposible hablar cuando estaban tan cerca. Se le nublaba el cerebro y no conseguía formular un pensamiento con coherencia.

—Espera —le pidió su marido, desabrochándole el vaquero con premura y bajándose de un tirón.

Le quitó las manolinas, las medias y los pantalones. Arrodillado, le retiró las braguitas. Esos ojos se tornaron negros ante la piel descubierta.

—Eres insaciable, Evan —susurró, atónita.

—Contigo siempre. Y tenemos que aprovechar.

—¿El qué? —ya notaba cómo un intenso calor invadía cada centímetro de su piel, mientras se dejaba desnudar por su imperioso soldado.

—Pues que estamos al principio, rubia. Tenemos que aprovechar ahora, que luego dirás que te duele la cabeza, que estás cansada, que los niños pueden oírnos, que...

Ella no pudo evitarlo y rompió a reír.

—¿Y si el que pone excusas eres tú? —inquirió Rose, tirándole del pelo para que se incorporara.

—¿Excusas? —arrugó la frente—. ¿Yo? ¿Contigo? —se levantó, con una expresión de confusión—. ¿Estás de coña? —hizo una mueca de incredulidad, repasándola con una mirada tan hambrienta que le debilitó las piernas—. ¿De verdad crees que podría rechazarte una sola vez? —se desabrochó el pantalón a una rapidez asombrosa y se lo bajó, calzoncillos incluidos.

—Nunca se sabe... —la diversión se desvaneció—. Quizás, necesito que me demuestres tus palabras, ya sabes que las palabras se marchitan como las flores... —se sentía vulnerable, pero tremendamente ansiosa por pertenecerlo de nuevo, y poderosa, porque era la única que lo volvía loco.

—Quizás, yo también necesito demostrarte mis palabras —le susurró, ronco, en sus labios, un instante antes de abandonarse a ellos...

Y, durante escasos minutos, contra la pared, permitieron que la locura los invadiera y no los soltara hasta que culminaron de placer y cayeron al suelo con los cuerpos enredados. La *demostración* fue... gloriosa.

—¿Cuál era... la... pregunta? —quiso saber su marido, sin alejarse un milímetro.

Rose se rio, aunque de manera intermitente porque le costaba respirar todavía.

—Si sabes que existen las camas.

Él la observó confuso unos segundos y rompió a reír al entenderla.

—Tengo miedo, Evan... —ella agachó la cabeza y se frotó los brazos al sentir un escalofrío—. Tengo miedo de que te canses de esto, de mí... De que esto solo sea un juego para ti, que me veas como a uno de tus ligues... Ya me hiciste daño una vez.

—No eres un ligue, nunca podrías serlo —su voz se rasgó por la emoción—. Y no te imaginas cuánto me arrepiento por haberte abandonado en el ascensor.

Rose alzó la barbilla para mirarlo. Y se sorprendió. Los cálidos ojos de su marido batallaban la misma lucha que había apreciado por la tarde, al encontrarlo en la sala del billar. Y su semblante revelaba castigo.

—Evan, yo... —ella tragó. Las lágrimas amenazaron con aparecer—. Eres... Eres importante para mí —confesó, sonrojada y tímida—. No solo eres el padre de nuestro bebé, yo... —inhaló una gran bocanada de aire y la soltó despacio y de manera discontinua—. Yo te... Yo no quiero que juegues

conmigo —se rectificó antes de hacer el ridículo—. Si esto para ti es solo sexo, entonces prefiero... —tragó de nuevo. Su rostro comenzó a mojarse—. Prefiero que te busques a otra. Respetaré tu decisión.

Me dolerá más que a nada...

Le resultó tan complicado decirle todo aquello que se incorporó, haciendo una mueca al separarse de su cuerpo. Se ajustó la ropa interior. Necesitaba distanciarse. Sin embargo, Evan la abrazó por la espalda y la besó en la coronilla. Rose, al fin, lloró de forma desconsolada. Él la giró y la cogió en vilo. Se sentó en el borde de la cama y la envolvió con ternura entre sus protectores brazos.

—Tú también eres importante para mí, Rose, más de lo que crees y más de lo que soy capaz de explicar.

Rose dio un respingo.

Mi nombre... Rose...

—Esto para mí no es ningún juego —prosiguió Evan en un tono seco—. Y no pienso buscarme a otra porque a quien necesito es a ti, a nadie más. ¿Lo entiendes? —añadió, zarandeándola.

—Evan... —lo rodeó con los brazos.

Se apretaron, temblando los dos. Permanecieron en esa postura una maravillosa eternidad.

—¿Te gustaría que nuestro matrimonio fuera real? —se atrevió a preguntar ella, notando su rostro calcinado por la vergüenza.

—Sí quiero, rubia —asintió, solemne.

Los dos se rieron.

—Y ahora, a dormir —anunció él, quitándole el jersey y la camiseta—. Y te quiero desnuda en la cama —sonrió con picardía, desabrochándole el sujetador—. Todas las noches desnuda, nada de camiones ni ropa interior, ¿de acuerdo?

Rose fue a cubrirse, pues la embargó la timidez, pero su marido adivinó lo que pretendía, se inclinó y depositó un beso muy suave en cada uno de sus senos. Un rayo recorrió su cuerpo y gimió sin poder evitarlo.

—Tu pecho es precioso —le dijo él en un tono apenas audible. La levantó y le retiró las braguitas—. Y tu culo... —gruñó, la tumbó bocabajo sobre el edredón y le pellizó las nalgas con los dientes.

—¡Evan! —brincó.

—No puedo... Esto no es normal —farfulló, alejándose—. Joder... Ponte el camisón y duérmete.

Escuchó un portazo. Desorientada, se giró y descubrió que estaba sola y ardiendo en fiebre... Se puso el camisón. Gavin sollozó por el ruido. Lo cogió en brazos, lo acunó y le cantó una nana hasta que se durmió. Lo acostó en la cuna y lo arropó. Después, se acercó al baño y abrió: Evan estaba inclinado sobre el lavabo, donde descansaban sus manos; tenía la cabeza echada hacia adelante. Rose avanzó y se coló entre el mármol y él.

—Hola, soldado —sonrió.

—Hola —refunfuñó como un niño.

—¿Te vienes a la cama conmigo? —le preguntó con infinita dulzura—. Mañana madrugamos y es tarde.

—Para dormir —recalcó adrede.

—Para dormir —ocultó una risita, lo agarró de la muñeca y tiró.

Él se dejó guiar. La joven lo sentó en el lecho y comenzó a desnudarlo, sonriéndole con cariño. Sus ojos le gritaban cuánto lo amaba, resultándole imposible seguir escondiéndolo más. Los de Evan, en cambio, no se perdían un solo detalle.

Ninguno habló. Él permitió que lo desvistiera. Ella se arrodilló a sus pies y le quitó las zapatillas, los calcetines y los pantalones. Luego, abrió las sábanas y esperó a que se metiera. Lo cubrió con el edredón. En ese momento, pensó que ese hombre no estaba acostumbrado a que lo cuidaran, pero le gustaba recibir dichas atenciones, porque no se había quejado, al contrario, se había dejado mimar.

Tan fuerte, tan autoritario, tan arcaico a veces, pero, en el fondo, es un nene, mi nene grandullón...

—Buenas noches, mi guardián —le besó la mejilla.

Rose se introdujo por su lado correspondiente. Al instante, Evan la rodeó por la cintura con un brazo y debajo de su cabeza recostó el otro, atrayéndola hacia su calidez.

—Buenas noches, rubia —la besó en el pelo.

Y se durmieron.

A la mañana siguiente, partieron rumbo a Boston. Tardaron cinco horas en llegar. Kaden los recibió en el apartamento, somnoliento. Acababa de despertarse tras una guardia de cuarenta y ocho horas. Deshicieron el equipaje y Rose se reunió con Kad en el salón. Se sentó en el sofá junto a él. Evan se quedó en la cama descansando y el bebé, en la cuna. Bastian y Zahira se encerraron en su habitación.

—¿Qué tal la luna de miel? —se interesó Kaden.

—Muy bien —contestó, colorada como los fresones.

Kad soltó una carcajada.

—¿Se sabe algo de Nicole Hunter? —se interesó ella, flexionando las piernas debajo del trasero.

—No hay cambios —su expresión se tornó grave—. Ya sabes que el coma se escapa de la Medicina —clavó los ojos, del color de las avellanas, en la mesa—. Lleva ya más de un año así. Ayer fue su cumpleaños.

Rose se entristeció, tanto por la situación de la paciente como por el tono castigado de Kaden, quien, a pesar de contar con treinta y tres años, parecía un niño asustado en ese momento.

—Cumplió veinticinco —continuó él, sin pestañear—. Tenía veintitrés cuando entró en coma después del accidente. Ha perdido ya casi dos años de su vida. No es justo —añadió con rigidez.

—¿Sabes si estudiaba o trabajaba? —se recostó en su hombro.

Kad apoyó la cabeza en la suya y suspiró:

—Estudiaba Derecho en la universidad de *Suffolk*, pero, cuando murió su hermana, abandonó la universidad y viajó a China. Estuvo dos años allí. Me lo contó su madre.

—¿China! —se incorporó debido a la impresión—. ¿Y qué hizo allí?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Dice su madre que nunca les habló de ello, pero que volvió siendo otra persona.

—¿Y después? —quiso saber ella, abrazándose las rodillas.

—Tampoco lo sé.

Permanecieron en silencio unos segundos.

—Kaden, ¿qué te parecería si trabajase en tu equipo? —le preguntó Rose, con una sonrisa.

Él la miró sin comprender.

—Quiero trabajar —le explicó ella—. Tengo que hablar con Jordan. Pensaba acercarme mañana al hospital. Y había pensado en tu planta.

—Pero estabas con Bas, ¿no quieres seguir en Pediatría?

—Verás... —suspiró y adoptó una actitud seria—. Me ofrecieron el cargo de jefa y al mes lo abandoné. No creo que sea buena idea entrar ahí otra vez, y menos si Bastian es mi cuñado —arqueó las cejas—. A Janet, mi antigua jefa, la bajaron de categoría por subirme a mí y la volvieron a subir cuando me fui. Me lo contó Hira.

—Y no quieres un posible enfrentamiento.

—Exacto —asintió despacio—. Además, así pruebo otro campo de la

Enfermería.

—Me encantaría tenerte en mi equipo —le apretó la mano con cariño—. Podemos ir a hablar con Jordan ahora —se puso en pie—. Iba a ir a ver a Nicole. Te acompaño, si quieres.

A ella no le pasó por alto que Kad se refiriera a la paciente por su nombre de pila.

—Claro. Voy a por el abrigo y a decírselo a Evan.

Entró en la habitación y encontró a su marido sobre el edredón, con las extremidades en cruz. Rose ocultó una risita. Incluso dormido era imponente... Se acercó y le quitó las zapatillas con cuidado de no despertarlo. Gavin, en cambio, sí estaba despierto y se chupaba el pie. Cuando su hijo la vio, comenzó a emitir ruiditos y a sonreír.

—Ven, gordito —le susurró, al cogerlo en brazos.

Lo vistió en el sofá con una rana y unos zapatos verdes, unos leotardos gris claro, como la rebeca, y una camisa blanca. Ella llevaba unos vaqueros y una camisa larga y entallada; se ajustó una *pashmina* verde, a juego con el bebé, y se calzó sus botines planos beis de hebillas. Abrigó al niño y luego, a sí misma. Se colgó el bolso y sentó a Gavin en el carrito. Besó a Evan en la mejilla y salió en busca de Kaden.

Caminaron hacia el General en un cómodo silencio. Entraron en el hospital por una puerta lateral. El característico aroma le arrancó una carcajada de dicha. Lo había echado mucho de menos...

Subieron por uno de los ascensores para uso exclusivo del personal, con un código de acceso que introdujo Kad. Se detuvieron en la última planta.

—¡Qué grata sorpresa! —exclamó el director Jordan West, cuando les abrió la puerta del despacho.

Se saludaron y se acomodaron en las dos sillas que flanqueaban el escritorio.

—Me gustaría incorporarme, si se puede —anunció Rose, seria.

—Tú siempre tendrás un hueco en mi hospital, Rose —sonrió el director—. ¿Quieres volver a Pediatría?

—Había pensado... —carraspeó, nerviosa.

—Quiere trabajar conmigo —la ayudó Kad.

—Pues es tu planta, muchacho —accedió Jordan—. Si hay hueco para ella y tú estás de acuerdo, por mí no hay ningún problema. Solo tenéis que decirme qué día te incorporas para preparar tu contrato y que lo firmes.

—¡Qué bien! —exclamó ella, emocionada.

Los dos hombres se rieron por su gesto espontáneo.

Acordó llamar al director West al día siguiente y se despidieron de él.

—Te acompaño a ver a Nicole —le dijo Rose a su cuñado—, así la conozco.

—Pues vamos —le indicó con la mano los elevadores.

Descendieron a la quinta planta: Neurocirugía. Pasaron la recepción y anduvieron por un pasillo recto lleno de visitantes, que saludaron a Kad a su paso con infinito respeto, y con habitaciones a ambos lados. Giraron a la izquierda y continuaron hasta el fondo. A la derecha, había una puerta con una plaqueta colgada con el nombre del doctor Kaden Payne y su cargo de Jefe de Neurocirugía. A la izquierda, había otra puerta, la última estancia para pacientes ingresados: el cuarto de Nicole Hunter. Rose pensó, convencida, que no era mera casualidad que la estancia más cercana al despacho de su cuñado fuera precisamente esa.

Se sorprendió al descubrir la cama al fondo, debajo del ventanal, desde donde se apreciaban las vistas nocturnas del *Boston Common*. No había nadie, excepto la chica en coma. Kad se acercó y comprobó los monitores. Ella colocó el carrito pegado a la pared y se acercó.

Y se quedó atónita.

—Es guapísima... —señaló Rose en un hilo de voz.

—Tiene los ojos más verdes que he visto jamás —comentó él, con una sonrisa distraída.

Los ondulados cabellos de Nicole, de color marrón oscuro, estaban recogidos en una coleta lateral que alcanzaba su cintura, sujeta debajo de la oreja por un precioso lazo azul celeste; el flequillo, desigual en las sienes, le llegaba a las cejas, no gruesas, sino perfectas; sus ojos cerrados parecían alargados y grandes y las pestañas eran interminables y rizadas; los pómulos rosados se alzaban a los lados de una nariz pequeña y recta; los labios entreabiertos eran finos, perfilados y brillaban, lo que significaba que alguien los había pintado, y recientemente; el rostro era ovalado, su cuerpo, delgado, y no parecía alta, de hecho, el aspecto era el de una preciosa muñeca, incluida su cara, en especial por el peinado.

—Hola, Nicole —la saludó él—. Te presento a Rose. Dentro de poco será tu nueva enfermera.

Las constantes vitales de la paciente se aceleraron. Rose se sobrecogió, posando una mano en el pecho. Kaden se echó a reír.

—Es normal —le aseguró su cuñado, encogiéndose de hombros con fingida

indiferencia—. Siempre se acelera cuando le hablo.

Rose parpadeó, aturdida.

No, Kad, esto no es normal...

Capítulo 13

—¿Preparada? —le preguntó Evan, con una dulce sonrisa.

Rose inhaló aire y lo expulsó de forma sonora.

—Estoy preparada —contestó ella, erguida y con el ceño fruncido, preocupada—. Nací preparada, soldado.

Él soltó una carcajada.

—¡Mucha suerte en tu primer día! —exclamó Zahira, abrazándola.

Cassandra y Brandon también estaban en el ático. Habían traído a Alexis en coche por ser el primer día de trabajo de su nuera, deseaban animarla en persona. Evan había besado a su madre con efusividad cuando les había abierto la puerta, pues le había encantado que aparecieran. Eran las cinco de la madrugada, muy temprano, pero su horario laboral comenzaba a las seis.

—Por favor, Alexis —le rogó Rose a la niñera—, para cualquier cosa, por mínima que sea, llámame.

Los presentes se rieron.

—Vámonos ya —anunció Kaden.

Se despidieron y se marcharon rumbo al hospital. Evan y su mujer bajaron al *parking* del edificio; sus hermanos, como siempre, decidieron ir caminando. Se montaron en el Aston Martin y condujo hacia el General, a apenas diez minutos. Cuando aparcaron, ya los esperaban Bas y Kad.

Habían transcurrido ya tres días desde su regreso de Los Hamptons. Habían estado tranquilos, disfrutado de su hijo, paseado por las calles, almorzado en restaurantes los tres solos como una verdadera familia, dormido juntos, charlado de tonterías, pero los besos ardientes y las caricias secretas se habían quedado en Los Hamptons...

Evan estaba en un persistente estado de excitación. Horrible. Frustrante. Impotente. Su erección no se serenaba. Era tal su deseo hacia su rubia, que se estaba convirtiendo en un problema. Se sentía patético. La deseaba tanto como la amaba. Tenía que estar a menos de un metro de distancia de Rose, si no, se

enfadaba y celaba. ¡Profesaba celos hasta de su propia familia! ¡Ridículo!

Ella, además, lo cuidaba a él con la misma entrega y ternura que a Gavin. Eso era algo novedoso para Evan, algo que lo desorientaba sin cesar, pero que le robaba el aliento, que lo desbordaba. Rose estaba pendiente de él y del bebé. Se sentía mimado, incluso querido, se emocionaba como un niño pequeño ante la chuchería más grande del mundo. ¿Llegaría su enfermera a amarlo, a corresponder sus sentimientos? Las ilusiones crecían en cada amanecer, cuando ella le besaba la mejilla en la cama y sonreía, somnolienta, como una diosa, hermosa, tentadora y cariñosa.

Sin embargo, desde la última noche de la luna de miel, había optado por no buscarla. Desde que habían hablado, desde que Rose le había confesado su miedo a que Evan solo la viera como un ligue más, a que se cansara de ella por el tema del sexo, decidió que la mejor manera de demostrarle lo contrario era no hacerle el amor, por muy desesperado que estuviera. Necesitaba que fuera su mujer quien se lo pidiera o lo buscara, segura y confiada en él.

A eso se le añadía lo distraída que había estado. Evan se consideraba una persona que podía atisbar determinadas cosas que para el resto eran invisibles. Y Rose estaba muy nerviosa por volver a trabajar. A veces, la descubría con la mirada perdida, y la noche anterior, además, se había quejado de migrañas.

—Os acompaño —anunció él, al entrar en el General por la puerta lateral.

Se montaron en el ascensor para uso exclusivo del personal. Bastian salió en la tercera planta, después de besar en la mejilla a su cuñada y desearle suerte; ella dibujó una sonrisa débil como respuesta. Continuaron hasta el quinto piso: Neurocirugía.

Kaden se acercó a la recepción y preguntó por la jefa de enfermeras, Amy Clark, una mujer de treinta y seis años, divorciada, morena teñida de pelo y ojos negros y fríos. Evan la conocía demasiado bien porque ella se le había insinuado en varias ocasiones. La había rechazado siempre, no por su físico, era atractiva y poseía un cuerpo esbelto y bonito, pero Amy era una arpía, aunque Kad estaba muy contento con su eficiente trabajo.

—La reunión será en diez minutos —le dijo Kaden a Clark.

La jefa de enfermeras miró a Evan y le dedicó una sonrisa coqueta. Él carraspeó, incómodo, arrugó la frente y rodeó la cintura de su mujer. Amy, entonces, frunció el ceño.

—Por supuesto, doctor Payne.

—Gracias, Amy —se giró—. ¿Te quedas a la reunión, Evan?

—Sí, yo...

—No —lo interrumpió Rose—. De ninguna manera —tiró de su brazo y lo arrastró a un rincón para que nadie los escuchara—. Vete, por favor. No quiero que te quedes. No quiero que mi marido me proteja, ¿entiendes? Ya te lo comenté antes de irnos a Los Hamptons. Por favor.

—Soy tu marido y te protejo porque me da la puta gana —contestó en un tono bajo y firme.

—Evan, por favor... —le suplicó.

—Está bien —accedió a regañadientes—, pero bajaré a verte cuando me plazca.

Ella sonrió y le besó la mejilla. Evan se ruborizó y refunfuñó. El gesto le encantó y le incrementó las pulsaciones. Se contuvo para no besarla en la boca, porque anhelaba devorar sus labios. Cuatro malditos días sin besarla... Masculló una despedida y ascendió por las escaleras al siguiente piso, Oncología, su planta.

Todos los pisos eran iguales, excepto dos: el último, donde se encontraban el despacho del director y las salas de juntas, y el suyo, más grande y amplio porque contenía los laboratorios dedicados exclusivamente a la investigación contra el cáncer, una tercera parte de la planta de Oncología.

En la recepción, a la izquierda, estaba su secretaria, Bonnie Taylor, que lo esperaba charlando con dos enfermeras.

—Buenos días, doctor Payne —lo saludó con su característica sonrisa radiante.

Bonnie era rubia, de pelo corto hasta los hombros, siempre liso e impecable, de ojos verdes saltones, bajita y delgada. Tenía treinta años y estaba felizmente casada y embarazada. Su barriga de cinco meses lo confirmaba. Era un amor de persona: amable, alegre y responsable. La había escogido para el puesto, cuatro años atrás, por ser rubia y así no fijarse en ella de otro modo que no fuera laboral, y se había sorprendido porque era muy inteligente, solucionaba los problemas antes de que acontecieran y parecía leerle el pensamiento, sabía lo que quería en cada momento. Era perfecta.

—Buenos días, Bonnie —sonrió.

Ambos se dirigieron al despacho. Atravesaron el recto pasillo, lleno de habitaciones a los dos lados, hasta una bifurcación; a la izquierda, otro corredor conducía a los laboratorios; de frente, seguían las estancias para los pacientes ingresados y, a la derecha, un tercer pasillo, que llevaba a cuatro puertas paralelas: un aula grande de reuniones, la sala de enfermería, una

habitación que hacía las veces de saloncito de descanso al que solo accedían él, Bonnie y la jefa de enfermeras, Charlotte Swann, y su despacho.

Entraron en su despacho. Era como el de sus hermanos. Sin embargo, a la derecha, en vez de un sofá, estaban la mesa y la silla de su secretaria, separados de su gran escritorio por un biombo de tela blanca.

Bonnie y Evan colgaron los abrigos en sus correspondientes taquillas, en la pared de la izquierda. Él, además, se quitó la chaqueta azul del traje y se colocó la bata blanca y el estetoscopio, alrededor del cuello.

—Su primera consulta comienza en una hora, doctor Payne —le anunció Bonnie con la agenda en la mano—. Por cierto —sonrió, mostrando una deslumbrante dentadura—, fue una boda maravillosa. Su mujer estaba increíble.

Evan se rio. Su secretaria, acompañada de su marido, había sido invitada a la ceremonia y habían asistido encantados. Bonnie seguía sin tutearlo, pero se trataban muy bien el uno al otro, había cierta familiaridad entre ambos. De hecho, su secretaria era la persona en la que más confiaba de todo el hospital, después de sus hermanos.

—¿De verdad lo crees? —quiso saber él, recostándose en su elegante silla de piel—. Muchas la criticaron por vestir de rojo. Las oí —añadió en un gruñido.

—¿Me toma el pelo? —desorbitó sus ojos saltones—. ¡El vestido era impresionante! Me atrevería a decir que se ha casado con la horma de su zapato, doctor Payne.

Evan soltó una carcajada, notando un regocijo en sus entrañas.

—¿Por qué lo dices?

—Porque solo una mujer con arrestos es capaz de vestir de rojo en su propia boda —ladeó la cabeza, divertida—. Y usted necesita a una mujer hecha y derecha en su vida, no a las damiselas debiluchas que frecuentaba —hizo un cómico ademán—. Perdone mis palabras, pero ya sabe lo que opino al respecto.

Su secretaria había sido siempre muy sincera con él, y abierta en su pensamiento. Y por eso, Evan la consideraba una amiga, además de ser una de las poquísimas mujeres en el General que no intentaban ligar con él. No lo reconocería en voz alta para no parecer arrogante, pero hacía mucho tiempo que se había cansado de las constantes insinuaciones que recibía cada vez que daba un paso en el hospital.

—¿Sabe? —continuó Bonnie, con una dulce sonrisa—. Me crucé muchas

veces con la enfermera Moore en la cafetería, cuando trabajaba en el hospital antes de irse a Europa. Siempre me gustó. Tiene una seguridad en sí misma admirable. Me pareció diferente a las demás, quizás, influyeron los rumores —se encogió de hombros.

—¿Qué rumores? —se cruzó de brazos, como si se preparase para un ataque.

—Era la única que lo enfrentaba, doctor Payne. Decían que la enfermera Moore lo odiaba y que el sentimiento era mutuo, que ninguno de ustedes se soportaba y que era evidente que entre los dos —lo señaló con el bolígrafo— había una tensión sexual no resuelta. Cuando el río suena...

No hizo falta que terminara la frase. Evan se sonrojó de forma inevitable y se irguió en el asiento. Encendió el ordenador. Bonnie emitió una melodiosa risa y se acomodó en su lugar.

—Bonnie —frunció el cejo.

—¿Sí, doctor Payne? —se acercó de nuevo.

—Hoy comienza a trabajar aquí —declaró él, serio—. Mi mujer.

—Lo sé. También se ha comentado —respondió con gravedad.

—Explícate —le exigió, nervioso, incorporándose.

—La doctora Laurence ha comenzado con sus burlas —gruñó—. Pero no se preocupe, doctor Payne, que solo su corrillo la escucha, nadie más.

Evan se enfureció. La jefa de Maternidad, Laurence, había sido apodada como *Daryl*, en honor al personaje del diablo que interpretaba Jack Nicholson en la película *Las brujas de Eastwick*. Se la consideraba una de las mejores de Massachusetts en su especialidad de Neonatología, pero era una déspota con los que no poseían un rango como el suyo o superior. Ningún residente quería trabajar con ella y las enfermeras de su planta estaban amargadas o solicitaban un traslado, nunca duraban más de un año.

Había intentado cazar a Evan; en realidad, lo acorraló una vez en su despacho, presentándose sin previo aviso y entrando sin llamar. Se había desabrochado la bata blanca para enseñarle su conjunto de lencería de encaje rojo. Él se había petrificado en la silla y había empezado a ahogarse cuando la doctora se había subido a su mesa, como una *striper* torpe y ansiosa. Evan todavía sentía el sudor frío que se había colado por su cuerpo al verse en esa situación. Gracias a Bonnie, que los había descubierto a tiempo, no hubo incidente que lamentar. Desde entonces, rehuía a *Daryl* como si se tratase de una serpiente venenosa.

—¿Y en su corrillo hay alguien de la planta de Neurocirugía? —quiso

saber él, preocupado por su esposa.

—Me temo que sí —respondió su secretaria, apenada—. La jefa de enfermeras, Amy Clark, y la enfermera Savannah.

—¡Joder! —exclamó, pasándose las manos por la cabeza.

Me había olvidado de Savannah... ¡Joder!

Se había acostado con Savannah en el despacho de su hermano Bastian hacía más de un año. Y, al día siguiente, la enfermera se había vuelto loca... Había estado una semana entera mandándole mensajes cada minuto del día, en los que le decía lo mucho que lo amaba y las ganas que tenía de presentarlo a su familia. En la actualidad, Savannah lo odiaba, porque Evan la había frenado, y no de buenas maneras; eso sin incluir que se había visto obligado a cambiar de número de teléfono. La enfermera lo había amenazado con vengarse en el futuro.

—Tengo que ir a verla —dijo él, dirigiéndose a la puerta.

—No, doctor Payne —lo agarró del brazo—. Si lo hace, será peor para su mujer.

—No voy a permitir que le hagan daño.

—En primer lugar —sonrió Bonnie, soltándolo—, la enfermera Moore es una mujer de armas tomar y no necesita a nadie para defenderse. Por lo poco que la conozco, puedo asegurarlo, y más gente aparte de mí. Y, en segundo lugar —levantó una mano para enfatizar—, si usted la vigila, la perjudicará. Mire —suspiró—, no sé... —titubeó.

—Habla sin problemas, Bonnie —le pidió Evan, con una sonrisa serena.

—Olvídelo, porque no soy nadie para meterme en su vida privada —se giró para regresar a su escritorio.

Él la siguió.

—Habla sin problemas —repitió de igual modo—. No me voy a enfadar. Te lo prometo —mostró un gesto cómico en el rostro.

Su secretaria emitió una suave carcajada.

—Bueno, resulta extraña su boda de cara a los demás, que no a mí —comentó Bonnie, que dejó la agenda y el bolígrafo sobre la mesa—. Creo que soy la única persona en el hospital que puede afirmar que usted está enamorado de la enfermera Moore desde que ella empezó a trabajar aquí, hace un par de años, ¿me equivoco? —arqueó las cejas.

Evan no se inmutó, pero su corazón se precipitó en picado.

—Su mujer se marchó a Europa casi un año y, cuando volvió —continuó su secretaria, gesticulando con las manos—, lo hizo con un bebé de cinco meses,

su bebé, doctor Payne. Anunciaron la boda, sin relación previa, y, en menos de dos semanas, se casaron, dos semanas en las que han salido en la prensa demostrando un profundo amor —sonrió—. La luna de miel ha durado sus tres semanas de vacaciones y se incorporan los dos a la vez al trabajo, en el mismo hospital. Ella —alzó el dedo índice hacia el techo— se reincorpora —recalcó adrede la corrección— después de casi un año. Para la enfermera Moore, debe de ser duro por muchas razones.

La ansiedad arremetió contra él como un puñetazo en el estómago.

—Una de ellas, la principal —prosiguió Bonnie, seria—, es precisamente entrar a trabajar en un lugar donde ya la conocen, pero donde ahora la odian por haberse casado con usted. Seamos sinceros, doctor Payne... El noventa por ciento de las mujeres de este hospital besa el suelo que usted pisa. Hasta hace nada, usted era uno de los solteros más codiciados de la alta sociedad y salía en la prensa cada semana con un nuevo ligue. De repente —dio una palmada en el aire—, se casa con la mujer a la que, supuestamente, odiaba. Eso no cuadra para ese noventa por ciento, algunas de las cuales, además, lo conocen a usted en la cama... ¿Me entiende? Y no lo sé, pero me imagino que algunas querrán verificar la información.

—¿A qué te refieres con verificar? —preguntó en un hilo de voz, paralizado.

—A que, seguramente, querrán probarla a ella, o a usted; por ejemplo, que intenten acercarse a usted más que antes porque piensen que su boda solo se ha llevado a cabo por el niño, no por amor. Y no se olvide de los celos que sienten ya hacia ella —se sentó en la silla para descansar y respiró hondo—. Las mujeres somos muy malas si queremos, cuando se trata de un hombre, y más si ese hombre es alguien como usted: muy guapo, con mucha labia y rico —le guiñó un ojo.

—¡Por eso quiero comprobar que esté bien, joder! —se desquició, moviendo los brazos de forma frenética.

—¿Le recuerdo que las enfermeras Amy y Savannah están en la planta de su mujer? —inquirió su secretaria—. Permítale batallar su primer día sola. Una novia que viste de rojo en su boda es una mujer fuerte y valiente —sonrió—. Si quiere, puedo hacerlo yo.

—¿Bajarías a comprobar que esté bien? —sonrió.

—Lo haré, doctor Payne —se rio—. No me equivoqué antes, ¿verdad? —lo miró con cariño.

Evan entendió sus palabras al instante y no varió su sonrisa.

—No —admitió él en un ronco suspiro.

—Y le diré más —se levantó y acortó la distancia—. Su mujer también lo ama desde hace mucho tiempo.

—Eso es imposible... —se le cortó el aliento.

—Soy mujer, doctor Payne, y estoy loca por mi marido. Conozco la mirada de una mujer enamorada, y su mujer lo está de usted desde el minuto cero que se cruzaron sus vidas.

—¿De verdad crees...?

Un sinfín de imágenes de los últimos días pasaron por su mente como una película muda en blanco y negro. Las ilusiones se acrecentaron.

—Lo creo, doctor Payne —le apretó el brazo—. Estuve en la boda. Fui testigo de cómo se miraban, cómo se besaban y cómo estaban pendientes el uno del otro, no solo usted, sino también ella. Y el baile fue maravilloso... —sonrió, con los ojos brillantes.

—¡Oh, no! No te pongas a llorar, Bonnie —retrocedió, asustado, negando con la cabeza.

Bonnie estalló en carcajadas.

—Es el embarazo —inhaló una gran bocanada de aire y la expulsó despacio—. Si me permite un consejo: tenga detalles con ella en el hospital.

—¿Detalles? —frunció el ceño.

—Sí —asintió su secretaria—. No se guarde un beso, una caricia o un gesto amable con ella por miedo, o por que estén la doctora Laurence, Amy, Savannah o cualquiera presentes —arrugó la frente—. Me refiero a que haga lo que le salga de aquí —se tocó el pecho a la altura del corazón—. Lo conozco bien, doctor Payne —sonrió con picardía—. Usted tiene una manera de ser muy traviesa. Habla como si coquetease todo el tiempo. No digo que lo haga aposta, simplemente, usted es así. Una sonrisa suya hace babear a las mujeres, pero —su mirada se endulzó—, con Rose Moore nunca ha sido así. Ahora, más que nunca, debe resaltar tal hecho: que ella es diferente.

—No quiero que le hagan daño —se lamentó Evan, cabizbajo—, ni que mi pasado la salpique.

—Eso no puede evitarlo. Su pasado es el que es, pero, con mayor motivo, haga lo que le digo, así ella se sentirá resguardada por usted sin sentirse, a su vez, vigilada. A las mujeres nos gusta que nos protejan —asintió, vehemente—, pero también nos gusta hacernos valer. Y si a eso le sumamos que su mujer ahora es compañera de un antiguo ligue suyo... —chasqueó la lengua—. Por eso, dije antes que será duro para ella. Esté a su lado sin agobiarla. Y así verá

cuánto le importa a usted.

—Gracias, Bonnie. ¡Qué haría sin ti! —le estampó un beso en la frente.

—Voy a prepararle su café —anunció, y se dirigió a la estancia contigua, a la que se accedía por dentro del despacho, pues estaban comunicadas.

Evan, más animado, sacó su iPhone del bolsillo del pantalón del traje y le escribió un mensaje a Rose:

E: *Ánimo en tu primer día, rubia. ¿Comemos juntos?*

Guardó el teléfono creyendo que no contestaría, pero se equivocó, pues al minuto escaso vibró. Leyó la respuesta con manos temblorosas:

R: *No sé si podré comer contigo. Digamos que he empezado fuerte el día, tengo una jefa adorable... Por cierto, tu reputación te precede. ¿No conocerás a una tal Savannah? Ella a ti, sí.*

Se le cayó el teléfono al suelo.

Joder... ¿Y ahora qué hago?

Cuando Rose salió de la reunión, creyó que su primer día sería bueno, el principio de una nueva etapa. Pues no. Se dirigió al vestuario con su jefa, que le entregó un uniforme de su talla a estrenar y una chapa plateada con su nombre y su nuevo apellido: Rose Payne. Amy le pidió que se cambiara lo antes posible para enseñarle el funcionamiento de la planta. Hasta ahí todo bien. Clark era fría y estricta, pero educada. No obstante, justo cuando se marchaba, pareció pensárselo mejor y le dijo que no por ser la cuñada de Kaden iba a consentir una sola falta leve por su parte, además de insinuar que Rose se había reincorporado al General por ser la mujer del doctor Evan Payne, íntimo amigo del director.

Ese fue el primer golpe de la mañana. El segundo vino de la mano de una enfermera llamada Savannah... De veinticuatro años, tenía el pelo negro y suelto hasta la cintura, los ojos azules bordeados por una línea negra, los labios muy finos pintados de rosa chicle; era de su altura y muy delgada. La enfermera se coló en el vestuario al salir la jefa.

—Tú eres Rose —le dijo, cruzándose de brazos, mostrando una considerable talla de pecho—, la nueva adquisición de Evan.

Rose se rio, no pudo evitarlo. Meneó la cabeza y se mentalizó para armarse

de paciencia. No le hizo falta más para saber que su compañera Savannah había sido una de esas mujeres que se querían acostar con su marido y habían fallado en el intento.

—Soy su mujer, no su nueva adquisición —la corrigió, quitándose el jersey para ponerse el uniforme blanco—, pero puedes llamarme *señora Payne* —ocultó una sonrisa.

Savannah gruñó y se colocó frente a ella. Rose suspiró con desgana y se sentó en el banco alargado de madera que había en el centro de la estancia, donde se calzó sus Converse rojas, que se había comprado solo para trabajar.

—¿Sabes cuántas conocemos a Evan? —inquirió su compañera, con una sonrisa maliciosa.

—Estoy segura de que todo el hospital —ironizó con voz cansada, atándose los cordones despacio, tomándose su tiempo—, más que nada porque es el jefe de Oncología. Y, para ti, no es *Evan*, sino *el doctor Payne*.

—Me sorprende que te casaras con él —ignoró su comentario—. Supongo que, al final, eres igual que las demás, mucho odio que fingías demostrar, pero, luego, bien que te abriste de piernas —se carcajeó—. Es todo un semental, ¿verdad? Coincidirás conmigo en que los rumores son ciertos: *Evan* —recalcó el nombre aposta— es un salvaje en la cama.

Pues resulta que Savannah no solo fue un intento...

Aquello supuso, en efecto, el segundo golpe del día... Rose se paralizó. Su compañera se rio y se marchó. Le costó un par de minutos serenarse. Caminó sin rumbo por el vestuario, controlando su agitada respiración, hasta que recibió un mensaje de su marido, en el que le deseaba suerte en su primer día y le preguntaba si comían juntos. Por supuesto, ella aprovechó la ocasión para nombrarle a Savannah y el muy cobarde no respondió. Esperó otros dos minutos y, al percatarse de que no iba a recibir ningún mensaje, guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y salió de la estancia, cerrando de un portazo.

El resto de la mañana fue una odisea. Amy le había ordenado que se pegara a Savannah como si se tratase de su sombra, que aprendiera de su compañera y que no hiciera nada hasta que la propia Amy se cerciorase de que podía intervenir. Fue un completo aburrimiento, en especial porque Savannah era torpe en ejecutar las acciones, apenas sabía cómo cambiar el suero de los pacientes. Rose se mordió la lengua más de una vez y apretó los puños otras tantas.

Kad la rescató a la hora del almuerzo, asomándose a la habitación donde

estaban las dos enfermeras.

—¿Me acompaña, enfermera Payne? —le preguntó su cuñado, con una sonrisa pícar—. La necesito urgentemente.

—Claro, doctor Payne —contestó Rose, con fingida seriedad.

—Amy ha dicho que no puede separarse de mí —se quejó Savannah.

—Bueno, Savannah, pues le dices a Amy —le indicó Kaden, tirando del brazo de Rose—, que el jefe de Neurocirugía necesitaba urgentemente a la enfermera Payne. Seguro que lo entenderá.

Salieron al pasillo.

—Tengo que hacer unas pruebas a un paciente y pensé que te gustaría venir —le dijo él, rumbo a los ascensores—. ¿Qué tal con Savannah?

—¿Te refieres a una de las ex de mi marido? —señaló ella, sonriendo sin humor.

—Por eso te lo preguntaba... —le devolvió el gesto y entraron en uno de los elevadores—. Espero que no haya sido Savannah tan mala como para decírtelo a la cara.

Rose enarcó una ceja como respuesta. Kad gimió lastimero.

—Lo siento, Rose —presionó una tecla que conducía a una de las plantas bajas.

—No pasa nada —su interior sufrió una sacudida desagradable—. No es tu culpa que me haya casado con un hombre que se ha tirado a medio hospital —agachó la cabeza, dolida por el significado de sus propias palabras—. Y no son celos.

—Lo sé —le acarició la mejilla con cariño. El ascensor se detuvo—. Venga, que voy a enseñarte algo que espero que te guste —le guiñó un ojo—. Y, después, comemos.

Ella se limpió una lágrima con discreción y siguió a su cuñado por un corredor hacia una sala donde iban a realizar una tomografía computarizada —más comúnmente llamada TC— a un paciente que había llegado al hospital con fuertes jaquecas, dos horas antes. Kaden intuía que se debía a un tumor cerebral.

—La tomografía computarizada ayuda a hacer el diagnóstico correcto, diferenciando el área cerebral afectada por el trastorno neurológico —le explicó Kad—. Hola, Joe.

Se acomodaron en una silla cada uno a ambos lados de Joe, el encargado de los monitores donde saldría la ecografía bidimensional correspondiente al cerebro del paciente. Este estaba tumbado en una camilla especial, que se

acababa de deslizarse dentro de una cámara angosta. Un cristal los separaba de la cámara.

—Cuando estuve en el Kindred, vi algunas TC —le contó Rose, con una amplia sonrisa. Se recostó en el asiento y cruzó las piernas.

—Me gustan tus Converse —le obsequió su cuñado—. Soy tan adicto a ellas como Hira.

—No me sorprende —comentó, divertida—. Eres tan niño como Hira, Kad. Él se encogió de hombros, sonrojado, y ella se rio.

Las luces se apagaron, excepto por el haz de rayos X de la cámara angosta que comenzó a girar alrededor del paciente, tan quieto y estático como una tabla. Una enfermera le había suministrado un sedante para tranquilizarlo. Diez minutos más tarde, la imagen transversal del cerebro se mostró completa en una pantalla y en otra, la del cuerpo entero.

—Dime qué ves, Rose —le pidió Kaden, analizando la ecografía cerebral. Ella observó con atención una mancha en el lado derecho.

—Es pequeño, parece un tumor primario, ¿no?

—Lo es —sonrió él con aprobación—. Algunos tumores no causan síntomas hasta que son bastante grandes y otros los muestran lentamente, lo que significa que el paciente ha recurrido a nosotros en cuanto se ha notado extraño, una actitud que lo va a beneficiar. Otros tardan en acudir al médico —sacó el móvil del bolsillo de la bata y tecleó un mensaje, luego lo guardó—. Al ser tan pequeño —la miró—, podemos extirparlo en su totalidad.

—El resto del cuerpo está limpio —anunció, examinando la otra imagen.

—¿Y qué significa eso?

—Que no se ha propagado el tumor a tejidos de otros órganos —declaró Rose, concentrada—. Es un tumor benigno, ¿no?

—Eso parece, enfermera Payne. Esto se te da bien.

Fue a contestar, pero un intenso aroma a madera acuática y fresca la enmudeció. Se levantó de un salto. Su corazón bombeó con fuerza mientras se giraba.

Ahí estaba... su marido.

—Hola, rubia —la saludó Evan con su sonrisa juguetona.

Esa sonrisa... ¡Oh, Dios mío! ¡Reacciona! ¡Se supone que estás enfadada con él!

Reaccionó, sí, pero de qué manera...

Para asombro de los presentes, incluida la enfermera que, en ese momento, sacaba al paciente de la sala, Rose acertó la distancia con Evan, le arrojó los

brazos al cuello y lo besó en los labios entreabiertos. Él gruñó, la abrazó al instante y la correspondió con rudeza, como un... salvaje.

¡Mierda!

Ella se retorció hasta que consiguió separarse con brusquedad.

—Eres un imbécil —siseó, ruborizada y exaltada.

Lo que más deseaba era perderse en sus besos, que había extrañado demasiado en los últimos cuatro días, pero no. El problema había sido esa maldita sonrisa embrujadora que la había trastornado. Solo esperaba que no se volviera a repetir... Rezó para mantener el control sobre sí misma la próxima vez que lo viera sonreír, porque era obvio que, en lo referente a Evan Payne, su voluntad se anulaba.

—¿Se puede saber qué coño te pasa, joder? —le exigió Evan, enfadado.

—Pregúntaselo a Savannah —rebatió la joven, entornando la mirada.

Él chasqueó la lengua, entre furioso y desalentado.

—¿Para qué me has llamado, Kaden? —pronunció Evan en un tono hostil, pasando a su lado sin rozarla.

—Quiero que veas esto.

Kad le mostró las ecografías para que se inclinara sobre los monitores y analizara las imágenes.

—No parece complicado ni profundo y tampoco ha dañado otros tejidos —murmuró él, incorporándose—. ¿Cuándo lo vas a operar?

—Lo prepararé para mañana —se levantó—. ¿Quieres hacerlo tú?

—No —sonrió, palmeándole el hombro—. Te lo dejo a ti.

—Y a Rose —añadió Kaden, señalando a la aludida con la cabeza.

Evan la contempló con el ceño fruncido, igual que ella a él. Se batieron en un duelo muy, pero que muy, intenso.

—Entonces, me apunto —dijo Evan, sin variar el enfado.

—Muy bien —Kad escondió una risita—. ¿Comemos, Rose? ¿Te vienes, Evan?

—Claro —respondieron al unísono.

Salieron los tres al pasillo en un tenso silencio y subieron una planta por las escaleras, a la cafetería exclusiva para el personal. La sala era muy grande, carecía de puertas y contaba con una amplia terraza acristalada, al fondo; a la derecha, estaba el bufé, seguido de una barra. Cogieron un sándwich y un refresco cada uno y se sentaron en una de las mesas de la terraza.

Rose percibió numerosos ojos a su espalda, vigilando todos sus

movimientos, lo que la enervó aún más. Prefirió no darse la vuelta, pero, entonces, cuando se disponía a comer, comenzó a escuchar murmullos a su alrededor. Inhaló aire y lo expulsó lentamente. Mordió el sándwich.

—¿Cómo puede estar con ella? —comentó una voz femenina—. Pero ¿tú has visto lo que está comiendo? Como se atiborre a sándwiches, no va a caber por la puerta del hospital, aunque poco le falta... Vaya culo gordo...

Oyó risitas.

—Savannah me ha dicho que la ha pillado comiendo chocolatinas a escondidas —agregó otra—. Amy tiene razón: es una vaca.

Más carcajadas.

¡Eso es mentira!

Rose notó cómo le ardían las mejillas por la rabia. Soltó el sándwich con repugnancia. Sus ansias por abofetear a esas dos cotorras le nublaron el entendimiento. Quiso hacerlo. ¡Quería pegarlas! Pero no merecía la pena malgastar sudor y esfuerzo por gente de esa calaña.

—Es evidente que se ha casado con ella por el niño —prosiguió la primera—. Míralo a él y mírala a ella. ¡Qué pena me da! Va a ser una cornuda de por vida.

Se acabó. Me largo de aquí.

Ya no pudo seguir escuchando más. Se levantó y rodeó la mesa para marcharse, pero una mano sujetó su muñeca, frenándola en seco. Al segundo, tiró de ella y la hizo chocar contra una roca dura y cálida con aroma a madera acuática... Sin darle tiempo a reaccionar, otra mano la sostuvo por la nuca y unos labios carnosos, suaves y húmedos se apoderaron de los suyos con una autoridad incuestionable.

Rose ahogó una exclamación. ¡Evan la estaba besando! Cerró los ojos y le devolvió el beso de inmediato, envolviéndole los hombros con los brazos. Se alzó de puntillas, desesperada por abarcarlo, por que él la estrechara con su fuerte anatomía, por sentir cada uno de sus portentosos músculos consolidados a ella... Y Evan le concedió el deseo: la abrazó por la cintura, alzándola unos centímetros. La anatomía de su guerrero la obsesionó. Suspiró, desmayada...

Se olvidaron de la realidad, de las exclamaciones de estupor que oyeron. Se succionaron los labios, movidos por sus oscuros instintos, enlazaron las lenguas y cedieron a lo inevitable: a paladearse, a complacerse mutuamente a través de besos abrasadores que les arrancaron jadeos roncós y agudos.

Su marido la bajó al suelo y resbaló las manos a su trasero, muy despacio, arrastrando las palmas por su cuerpo, por sus curvas. Se lo apretó y ella se

derritió por el fulgor que traspasó y erizó su piel. Gimió, tirando del cuello de su bata blanca. Esa boca... era demencial. Dulce y violenta a la vez. Y él... El corazón de Evan latía tan apresurado como el suyo.

Entonces, los aplausos y los vítores los detuvieron.

La mirada de su marido resplandecía y sonreía con ternura. Se inclinó:

—Te he echado de menos, rubia —le susurró, acariciándole la oreja con los labios.

—Evan... —lo contempló, temblando sin remedio—. Lo has hecho por ellas.

Su más que atractivo semblante se tornó grave.

—Llevo cuatro días queriendo besarte —confesó él en un tono apenas audible por el jaleo—. Y porque nos han interrumpido, que si no... —gruñó y le clavó los dedos en las nalgas.

—¿Y Savannah? —no escondió la punzada de celos que la sobrevino.

Evan la tomó de la mano para sacarla de la cafetería, lo que aumentó las risas de los presentes, que les marcaron un sendero hacia la salida.

—¡Bien hecho, Evan! —gritó uno.

—¡Vivan los novios! —proclamó otro.

La pareja se rio, ruborizados los dos. Él, además, la paró y la obligó a girar sobre sí misma.

—¡Evan! —se quejó ella, muy colorada, pero encantada.

Evan la atrajo a su cuerpo y selló su boca de forma sonora. Voces de aprobación inundaron la estancia. Y se metieron en el ascensor.

—Tengo que trabajar, Evan, no puedo...

—Tenemos que hablar —la cortó. El elevador abrió sus puertas en la sexta planta—. Así conoces a Bonnie.

Seguían cogidos de la mano y, aunque ella procuraba alejarse, su marido se lo impedía apretándole más la mano.

—¿Quién es Bonnie?

—Mi secretaria.

—¿Tienes secretaria? No me lo puedo creer... —meneó la cabeza—. No solo voy a enfrentarme a diario con una manada de gatas en celo, también a una secretaria. Seguramente será morena y soltera, ¿me equivoco?

Evan emitió una carcajada y abrió su despacho. La soltó y, con la mano, le indicó que lo precediera. Entró. Olía a limón, a madera acuática fresca y limpia y a una fragancia floral muy sutil. Inhaló los aromas con una sonrisa.

El sonido de un bolígrafo golpeando un papel la alertó. Observó el biombo

que dividía en dos partes la estancia. Se vislumbraba la silueta de una persona.

—Bonnie —la llamó él—. Quiero que conozcas oficialmente a alguien.

—Sí, doctor Payne —contestó una mujer de voz melodiosa.

La silueta se levantó de una silla. Unos suaves tacones se acercaron.

—¿Tú eres... Bonnie? —pronunció Rose, con las cejas arqueadas.

—Y usted es la enfermera y señora Payne —afirmó, con una preciosa sonrisa, tendiéndole la mano—. Veo que no me recuerda de la boda. Soy Bonnie Taylor, la secretaria de su marido. Es un placer.

Evan la empujó para que reaccionase.

—Perdón —se disculpó ella, estrechando su mano—. El placer es mío.

—Es rubia, está felizmente casada y espera su primer bebé —le susurró él.

Bonnie era guapa, cariñosa, simpática y, sobre todo, ¡rubia! Sus bonitos ojos saltones la impactaron. Llevaba un vestido rojo y ajustado que revelaba su barriga y una larga rebeca de lana fina y gris, abierta; las medias y los zapatos eran también grises.

—Por favor, tutéame y llámame *Rose* —le pidió ella, sonriendo.

—Claro, Rose —aceptó la secretaria—. Iré a estirar las piernas, doctor Payne. Nos veremos a menudo, Rose.

—Gracias, Bonnie —le dijo él.

Bonnie cerró al salir.

—Tu despacho no es como el de Bastian —comentó Rose, caminando hacia la silla de piel—. No hay camilla —se sentó y admiró el espacio, girando en el asiento rotatorio—. Tampoco hay sofá. Parece más serio y a la vez más acogedor.

—¿A qué te refieres? —se situó a su espalda y frenó la silla.

—Creo que es el olor. Nuestra habitación también huele a limón, como aquí, pero es como si hubiera flores.

—La colonia de Bonnie —se agachó y le besó el pelo—. Si no te gusta, le diré que se cambie de perfume.

—Huele muy bien —se rio y cruzó las piernas.

—Creía que no te gustaban las flores —le besó la sien.

Ella suspiró de manera entrecortada y bajó los párpados. Evan la movió, le separó las rodillas con cuidado y apoyó los brazos en sus muslos, acuclillado a sus pies.

—¿Alguna vez...? —comenzó Rose, pero no se atrevió a terminar la pregunta.

—No —contestó él, ronco—. Te aclararé algo porque lo necesitamos los dos —se incorporó y apoyó las caderas y las manos en el escritorio. Clavó la mirada en el suelo—. Antes de estar contigo en la gala, no fui ningún santo. Por desgracia, es algo que no puedo cambiar. Y, créeme, lo haría si pudiera —la observó en silencio unos segundos, fruncía el ceño, preocupado—. No me he acostado con todas las solteras del hospital, ni siquiera me acerco a una tercera parte, hay más mentira que verdad en los rumores que circulan sobre mí. Con Savannah, sí. Fue una sola vez y terminamos mal.

—¿Mal? —repitió, tranquila.

Detestaba escuchar sus innumerables victorias amorosas, pero su marido estaba en lo cierto: necesitaban hablar de ello. Sin embargo, el dolor comenzó a rasgar su alma.

—Estuvo una semana entera mandándome mensajes para decirme lo contenta que estaba por nuestra relación y que sus padres querían conocerme —hizo una mueca de disgusto—. Le dije que lo que pasó entre ella y yo había sido un error. Me amenazó con vengarse en el futuro. Y temo que lo haga contigo.

—Puedo lidiar con sus pullas —le reconoció Rose a regañadientes, celosa perdida—. Lo que sí quiero saber son los nombres de las demás —y añadió con sarcasmo—: Si Savannah se ha molestado en contarme lo *salvaje* —recalcó adrede— que eres en la cama, prefiero estar preparada para las otras.

Evan palideció. Ella se levantó y paseó por el despacho, apretando la mandíbula y los puños. Las lágrimas estaban a punto de estallar, hasta le costaba ya respirar.

—Me dijiste que nunca... —suspiró con fuerza y continuó—. Dijiste que nunca habías sido con ninguna el hombre que eres conmigo, pero... —se frotó los brazos al sentir un horrible escalofrío—. Conmigo eres... eres un bruto, Evan, y *salvaje* es sinónimo de *bruto*. Yo... —se cubrió la cara—. No sé si puedo soportarlo...

Su marido la rodeó, pero Rose se apartó.

—No, Evan —su rostro ya estaba mojado. No se molestó en secarlo—. Me duele... —estrujó la camiseta del uniforme entre los dedos—. Me duele que hayas estado con otras, que... —tragó con dificultad—. Miro esta mesa —la señaló— y te imaginé con Savannah o con cualquier otra de mis compañeras. Yo trabajé aquí —se apuntó a sí misma con un dedo, rechinando los dientes—. Yo escuché las historias calientes que circulaban sobre ti, embustes o verdades, no importa. ¡Y duele, joder, duele mucho! —exclamó, llorando de

forma histérica.

Evan la abrazó de inmediato. Ella lo golpeó para soltarse, pero él se lo impidió aumentando la fuerza del agarre.

—¡Déjame! —le gritó Rose.

—¡No! —la empujó contra la pared, inmovilizándole las manos a la altura de los hombros—. Por favor, no pienses en ello. Por favor... Nunca traje a ninguna aquí —sus ojos revelaron tormento—. Por favor, créeme...

—No es solo tu despacho... El hospital es muy grande, Evan...

Él retrocedió, cabizbajo.

—Confía en mí, Rose, por favor —le suplicó en un hilo de voz, con los hombros caídos—. No escuches a nadie... Por favor...

—No confío en mí misma —avanzó y posó una mano en el centro de sus pectorales—. Intentaré... —tragó de nuevo—. Intentaré no pensarlo, pero... Dame tiempo. Necesito tiempo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó en un tono quebrado. Sus ojos brillaban demasiado...

—Necesito acostumbrarme a... —se alejó unos pasos hacia la puerta— a tu vida, Evan —le ofreció la espalda—. Tu pasado, por desgracia para mí, es nuestro presente. Necesito espacio para asimilarlo.

Y se fue. Corrió por el pasillo hasta un baño, echó el pestillo, se deslizó hacia el suelo y lloró, escondiendo la cara en las manos.

Capítulo 14

Habían pasado dos semanas desde la última vez que Evan había coincidido con su mujer. Dos semanas, y el maldito olor a mandarina lo perseguía al salir y entrar en el despacho a diario. Se estaba volviendo loco, ¡se imaginaba hasta su aroma!

Después de que Rose le hubiera pedido espacio, ella había solicitado un cambio de turno en el hospital. Él se había enterado gracias a Bonnie, que lo había escuchado por casualidad. Su mujer trabajaba de noche, sin contar con las guardias, que en esos quince días habían sido los fines de semana. El problema era que muchos pacientes de Kaden pasaban por Evan también. Había evitado, hasta en sus propias guardias, acercarse a Neurocirugía, inventando excusas con su hermano... hasta ahora.

—¿Me vas a decir que cojones os pasa? —le exigió Kaden, al irrumpir en su despacho, a las once de la noche, con una profunda arruga en la frente.

Él tecleaba en el ordenador unos informes.

—¡Joder, Evan!

Evan lo miró.

—No pasa nada.

—¡Y una mierda! —exclamó Kad, alzando los brazos—. Llevo viendo a Rose llorar desde que se reincorporó en el hospital. Ella cree que no me doy cuenta, pero, a veces, la escuchó en el baño y siempre tiene los ojos rojos. ¿Qué le has hecho?

—¡Yo no he hecho nada, joder! —se levantó, furioso consigo mismo, y angustiado. Se pasó las manos por la cabeza. Observó las luces de la ciudad a través de la ventana. Inhaló una gran bocanada de aire y la expulsó lentamente—. Quiere espacio y tiempo para asimilar.

—Asimilar, ¿qué? —quiso saber su hermano, más calmado.

—Ya lo sabes.

—Pues tendrás que invadir su espacio y su tiempo porque es evidente que

está más hundida que hace quince días.

Evan se giró. Kaden arqueó las cejas.

—¿No te das cuenta de que alejarte de Rose la está perjudicando de cara a las demás, y a sí misma también? —le dijo Kad con suavidad.

—Es ella la que se ha alejado, yo solo respeto su decisión —apretó los puños a ambos lados del cuerpo—. No quiero hacerlo. ¿Crees que me resulta fácil? ¡No, joder! Si yo estuviera en su situación... —gruñó.

—No soportarías que otros hombres te recordasen o te contaran mentiras sobre la cantidad de veces que se acostaron con ella, ¿a que no?

—¡Claro que no! —rugió, sujetándolo por las solapas de la bata.

Kaden sonrió.

—¿Y preferirías que Rose se mantuviera lejos de ti o a tu lado?

—Ella me lo pidió... —emitió él en voz apenas audible. Lo soltó y retrocedió, temblando.

—Contesta a esta pregunta —le pidió en igual tono—: ¿cómo te sentirías si ella respetase tu decisión, estando tú en su situación, Evan?

—Me comería la cabeza, la imaginaria con esos hombres y... ¡Joder! —de nuevo, se pasó las manos por la cabeza, desquiciado, clavándose los dedos—. Ella tiene razón, es insoportable... —resopló—. La quiero conmigo. A mi lado —se le inundaron los ojos de lágrimas. Parpadeó y se giró para que su hermano no lo descubriera—. Si ella se apartara, me sentiría mucho peor —los celos se mezclaron con el dolor que le produjo un machete invisible atravesando su corazón.

—Hoy es una noche tranquila —Kad le palmeó el hombro—. Operé ayer a un paciente que necesita unas pruebas. Hay que comprobar si el tumor ha desaparecido. ¿Por qué no te encargas tú con Rose ahora? Así le enseñas una parte de ti que desconoce: tu trabajo.

—Ella no quiere que yo...

—Ella no tiene por qué saberlo hasta que te vea —le guiñó un ojo y se dirigió a la puerta—. Te aviso por mensaje cuando esté todo listo. Por cierto —dio media vuelta—, le interesa tu especialidad.

—¿A quién? —frunció el ceño.

—A tu mujer. Tenéis más cosas en común de lo que creéis —y se fue.

Media hora más tarde, recibió el mensaje de su hermano, indicándole la sala donde estaba Rose y la información sobre el paciente. Atacado de los nervios por volver a verla tras dos imperecederas semanas, se encaminó hacia la planta más baja del edificio. Se acercó con sigilo a la habitación

correspondiente. Kad había dejado el estor de la ventana subido para verlo llegar y salir antes de que Evan entrase y ella, así, no tuviera excusa para escaquearse.

Su rubia...

De perfil a él, estaba sentada al revés en una silla, tenía el pecho y los codos apoyados en el respaldo; su largo cabello se hallaba recogido en una coleta alta, tirante y ondulada; la camiseta del uniforme, ceñida a la exquisita curva de su cintura, estaba remangada en las muñecas; y por la postura, los pantalones se ajustaban a su trasero respingón. El aliento de Evan se extinguió.

Su hermano se levantó y se reunió con él en el pasillo.

—Buena suerte —le deseó Kaden, con su sonrisa tranquilizadora.

Evan asintió y tomó una gran bocanada de aire. Entró. No había nadie más. El paciente ya estaba en su cuarto y los encargados de los monitores se encontraban en la cafetería haciendo un receso, según el mensaje que le había escrito su hermano. Abrió la puerta y se metió en la sala, fingiendo naturalidad, cuando, en realidad, su interior se asemejaba a un volcán en erupción. Se acomodó en un taburete, a su izquierda. Ella todavía no había quitado los ojos de la pantalla.

—Historial del paciente —pronunció él en un tono áspero.

Su mujer dio un brinco y giró la cabeza en su dirección al instante. Evan se maldijo por su palidez, sus ojeras y el agotamiento que transmitía su mirada. Se contuvo para no abrazarla en ese momento. Ni siquiera se atrevió a tragar, a pesar del grueso nudo que se le formó en la garganta. Se observaron el uno al otro. El tiempo y el espacio quedaron relegados a un plano inexistente.

Él se cruzó de brazos, arrugando la frente.

—Historial del paciente —repitió.

Rose continuaba sin reaccionar, contemplándolo con un increíble anhelo en sus exóticos ojos. Evan se mordió la lengua y carraspeó. Ella se sobresaltó y dirigió la mirada al monitor, donde aparecía una ecografía cerebral.

—Jack Kilber —procedió, en una voz extremadamente delicada—. Cuarenta y dos años. Ingresó por convulsiones y, a las pocas horas, perdió visión del ojo derecho. Tenía un tumor en el lado izquierdo del cerebro —señaló con un bolígrafo la pantalla de la izquierda, la imagen transversal del cerebro del enfermo antes de la operación—. Se llevó a cabo la citorreducción quirúrgica porque el tumor era profundo y se había infiltrado en el tejido cerebral —apuntó al monitor de la derecha—. Este es el estado actual del paciente.

Solo de escucharla hablar con términos médicos, se emocionó, física y psíquicamente.

—¿Qué es la citorreducción? —la probó.

Rose frunció el ceño.

—La citorreducción es la extracción quirúrgica de la mayor cantidad posible de un tumor. Puede aumentar la posibilidad de que la quimioterapia y la radioterapia destruyan las células tumorales. Se puede realizar para aliviar los síntomas o ayudar a que el paciente viva más tiempo.

Ni sus mejores residentes serían capaces de citar la definición con tanta rapidez y soltura como la enfermera Payne, pensó Evan, ocultando una sonrisa. Su pecho se hinchó de orgullo.

¡Tu mujer, campeón! ¡Tuya!

—Dime qué ves tras la intervención y qué recomendarías.

—Se ha reducido el tamaño del tumor —respondió ella, examinando la ecografía correspondiente—. No hay daños en el resto de los órganos, ni antes ni después de la operación, solo en el cerebro. Recomiendo la terapia mixta, radiación con tratamiento de fármacos, pero lo tendrá que valorar el equipo de radioterapia, yo solo soy una enfermera —añadió con timidez—, tú eres el experto.

—Pues, para ser una enfermera, te defiendes mejor que muchos de mis colegas.

—Me gusta —se encogió de hombros.

—¿La Oncología? —intentó mitigar la felicidad que invadió su estómago.

—Sí. Es muy triste en los casos mortales, pero... —suspiró y lo miró, sonriendo de manera distraída—. Los casos en los que el paciente se salva, sobre todo un niño, tu especialidad es maravillosa —se le iluminó su precioso semblante. El cansancio desapareció. Brilló, cegándolo—. Y estar durante todo el proceso, desde el primer minuto hasta el final... —respiró hondo— es increíble.

Joder... ¿Cómo se puede ser tan dulce?

Evan se inclinó, no pudo ni quiso evitarlo, y le besó la comisura de la boca con ternura. Su mujer dio un respingo. Su rostro, colorado, se volvió más hermoso que nunca. A escasos milímetros de distancia, contempló sus labios entreabiertos, que se humedeció con la lengua en ese instante. Los dos alientos, cálidos e irregulares, se entremezclaron. Ninguno se movió.

—Debería regresar a Neurocirugía —susurró ella, no muy convencida.

—Deberías... Y yo, a mi despacho —susurró él, no muy convencido.

—Deberías...

La atracción era tan sólida que resultaba abrumadora y hasta asfixiante.

—Evan... —gimió.

¡Gimió!

—Joder, rubia...

Se abalanzaron a la vez...

Se apoderaron de sus bocas entre jadeos de alivio y de excitación. Evan la alzó por la cintura y la sentó a horcajadas en su regazo. Rose le sujetó la nuca. Ladearon la cabeza y ahondaron el beso como si les fuera la propia vida en ello. Él estaba tan ansioso por acariciarla que introdujo las manos por dentro de su camiseta y no se detuvo hasta alcanzar sus senos, que subían y bajaban de manera frenética por lo exaltada que estaba. Le retiró el sujetador hacia abajo, lo justo para sostenerlos sin obstáculos. Su seductora mujer, tan, pero tan, receptiva, gritó en su boca. Evan, también. La suavidad de su piel, la abundancia de sus pechos, erguidos al tacto, sensibles, llenos y tremendamente eróticos, lo enajenaron... Le desabrochó los botones de la camiseta y los devoró al descubierto.

—¡Evan!

—No grites, rubia.

Los amasó, a medida que los mordisqueaba, los lamía y tiraba de ellos entre los dientes. Ella se arqueaba, se ofrecía y se deshacía por él, solo por él...

Entonces, Rose descendió las manos por su cuerpo, presionando cada uno de sus músculos, hasta el cinturón, que quitó con premura. Evan contuvo el aliento cuando le desabotonó el pantalón del traje, abrió la cremallera, metió las manos y tomó su erección con un mimo exquisito.

—¡Joder!

—No grites, soldado —sonrió con picardía.

Y esa sonrisa lo mareó... Aplastó sus pechos con fuerza y se apoderó de sus labios, demostrando la urgencia, el egoísmo y la locura que lo poseían. Rose, adorable y atrevida a la par, le acarició con tierna torpeza. Evan bajó una mano y cubrió las de ella para guiarla, con movimientos lentos y largos. Enseguida, ella aprendió y él gruñó una y otra vez, resoplando en su boca y embistiéndola con la lengua al mismo ritmo que sus caricias. Curvó las caderas, incapaz de parar, mientras dirigía una mano al interior de los pantalones de Rose, que se sostenían a sus caderas por una cinta elástica; la introdujo por dentro de sus braguitas y encontró su tesoro.

—Ev... Evan... —sollozó, aumentando la cadencia de sus manos sin darse cuenta, incitándolo a él a imitarla.

—¿Te gusta, rubia?

—No pares... —echó hacia atrás el cuello.

—No te... imaginas cuántas veces... he soñado... contigo así... —articuló Evan, obligándose a pensar con lucidez, pero le resultaba casi imposible—. Dos semanas, joder... —le chupó el cuello—. Quince días sin besarte... —sopló adrede—. Quince días sin verte...

Rose emitió un suspiro agudo y discontinuo, mirándolo con los ojos vidriosos y anegados en lágrimas, sin dejar de tocarlo... sin dejar de tocarla...

Cuando él no lo resistió más, se levantó con ella en brazos y caminó hacia el rincón más oscuro de la sala, donde apenas existía luz. La desnudó de cintura para abajo, la alzó por el trasero y la observó, en suspenso.

—Quince días sin amarte como un bruto...

Y se enterró en su interior de un solo empujón.

—¡Oh, Dios! —gritó Rose, ebria de deseo y placer, envolviéndolo con los brazos y las piernas.

Sus pechos tensaban su camiseta blanca del uniforme. Enseguida, se la desabotonó. Ambos jadearon.

—Joder, eres tan dulce... —resopló Evan de nuevo, entre roncosp gemidos—. Llevo dos años... cuatro meses... tres semanas y seis días... queriéndote solo... a ti...

Rose lo miró, conmocionada por su confesión. Las lágrimas bañaron su rostro. Él paró, aunque no se separó ni retrocedió. Temblaban.

—Solo te quiero a ti, Rose...

—Evan... —lo cogió por la nuca con las dos manos y lo observó, llorando—. Perdóname... Yo... —tragó—. Necesitaba... —tragó de nuevo—. Necesito... Yo... —suspiró. La tristeza la inundó—. Todavía duele...

—¿Qué hago para que deje de dolerte... por favor? —le rogó, desesperado por hacerla feliz de una vez.

—Amarme, soldado, cada día... —sonrió, ruborizada. El centelleo parpadeante de sus ojos lo encandiló—. Amarme ahora... —movió las caderas—. Y prometerme que no... —se balanceó, incitándolo— te cansarás... —se meció, buscándolo— de amarme... —lo apretó con los muslos— nunca... —le acarició el rostro—, mi guardián...

Evan rugió, orgulloso, y obedeció.

—Te lo prometo... —la inmovilizó, sosteniéndola por las caderas, se retiró

por completo y la penetró con rudeza—. Cada día... —repitió la acción—. Te lo prometo... mi rubia...

—Tu rubia...

Cayeron al suelo cuando el clímax los consumió. Y continuaron abrazados hasta tiempo después de recuperarse. Él respiraba en su pelo, la coleta se había deshecho y los mechones habían volado en desaliño. Ella inspiraba y exhalaba en el hueco de su clavícula.

No obstante, un escalofrío invadió a Rose, que suspiró y levantó la cabeza. La tristeza cruzaba su precioso rostro. Un pinchazo atravesó el interior de Evan. Le abrochó la camiseta para que se sintiera más cómoda.

—Evan... —desvió la mirada y se mordió el labio—. No quiero más tiempo ni más espacio.

—Ay, rubia... —se rio y se pusieron en pie—. ¿A qué hora acabas la guardia?

Adecentaron sus ropas.

—A las seis.

—Yo, también —la tomó de la mano y la giró, para arreglarle la coleta—. Iré a buscarte para volver juntos a casa.

Salieron al pasillo y entraron en el ascensor. Se observaron un segundo y estallaron en carcajadas, recordando cierto elevador, de cierto hotel, de cierta gala...

Evan la cogió de las muñecas y tiró. Ella le rodeó el cuello. Tenía el claro aspecto de haber hecho el amor unos minutos atrás: le brillaban los ojos, su tez resplandecía y su sonrisa transmitía una dulce embriaguez. Él le rozó las mejillas con los nudillos, hipnotizado por su belleza. Ella se alzó de puntillas y lo besó, despacio. Evan gimió, la abrazó por la cintura, subió las manos por su espalda hasta atraparle la coleta y la nuca, y siguieron besándose sin percatarse de que el ascensor se había detenido en la quinta planta, que las puertas se habían abierto y que varias personas los observaban, alucinadas. Continuaron besándose en su burbuja particular...

—Ejem... —carraspeó alguien.

Pararon de golpe y buscaron al intruso: Kaden, que ocultaba la risa.

—Pensé que os habíais matado —comentó su hermano, cruzándose de brazos—. Y no me he equivocado —les guiñó un ojo.

Rose se apartó, avergonzada; Evan continuó recostado en la pared, tan aturdido que, por más que parpadeaba, no lograba enfocar la visión ni estabilizar sus constantes vitales.

—Bueno, yo... —dijo ella, retorciéndose las manos—. Luego nos vemos, Evan.

Él se acercó, la rodeó por la cintura y le estampó un beso rápido y duro en la boca.

—Luego nos vemos, rubia —la soltó y retrocedió.

Rose suspiró de manera irregular y con los ojos velados por el deseo. Kad, carcajeándose, tuvo que arrastrarla porque no se inmutaba. Evan sonrió con travesura y le guiñó un ojo a su mujer, que le devolvió la sonrisa.

Salieron los tres del elevador. Él se dirigió a las escaleras. Se giró para mirarla una última vez antes de marcharse, pero ella ya estaba hablando con Harold Walter, neurocirujano de reputada experiencia, de cuarenta años y divorciado. Era rubio, de ojos azules, alto y de complexión atlética. Tenía fama de ser un hombre de intachable educación, responsabilidad y caballerosidad.

Harold le susurró algo a Rose que le arrancó una risa que condenó a Evan. Gruñó y avanzó hacia ellos. La abrazó desde atrás.

—Walter —saludó él, rígido.

—Payne —contestó, escueto, serio y con una ceja enarcada.

Se conocían y se llevaban fatal.

—Luego vengo a buscarte, rubia —le recordó, en un tono íntimo, antes de besarle la mandíbula.

Rose le sonrió y asintió. Le besó castamente los labios y se separó. Él frunció el ceño, pero accedió a regañadientes, pues no era el lugar ni el momento para marcar territorio, y regresó a su despacho, celoso y rabioso. Su mujer era demasiado bonita como para pasar desapercibida entre la población masculina, sobre todo, en el hospital, donde pasaba la mayor parte del día. Su aroma a mandarina, sus apetitosas curvas, su cara celestial, su seguridad en sí misma...

¡Es preciosa, joder!

Se dedicó a rellenar unos informes, pero estaba tan nervioso que sacó el móvil del bolsillo y ojeó las fotografías de Gavin y de ella. Su interior se llenó de una paz inmensa.

Mi familia...

Un regocijo invadió sus entrañas, estrujó su corazón y apresó su garganta. Una lágrima, que no se molestó en secar, descendió por su pómulos. Le envió su imagen favorita.

Rose caminaba hacia la habitación de Nicole Hunter cuando su iPhone vibró en sus pantalones. Arrugó la frente y lo sacó. Ahogó una exclamación de sorpresa. Era un mensaje de su marido en el que le adjuntaba una foto de ella y del bebé: madre e hijo estaban en la cama del ático, de perfil, riéndose y mirándose con infinito amor; Rose llevaba el camisón de marfil arrugado en las rodillas, porque estaba balanceando las piernas en el aire; Gavin tenía sus pequeñas manos en el rostro de ella.

Le respondió, con manos temblorosas debido a la emoción.

R: *¿Cuándo la hiciste?*

E: *Cuando llegué de la guardia del hospital el día que compramos el coche.*

R: *¿Tienes más?*

E: *Tengo muchas más. Esa es mi preferida.*

Suspiró. Su pulso se aceleró. Y se atrevió.

R: *Quiero una cita...*

E: *Creía que odiabas las citas...*

R: *Las odiaba porque ninguno de esos hombres eras tú.*

Se apoyó en la pared e inhaló aire repetidas veces para serenarse. Era su marido, no necesitaban un cortejo, ya tenían una relación, pero...

Su teléfono la avisó con un nuevo mensaje, interrumpiendo sus pensamientos.

E: *Soy directo y de pocas palabras... ¿Te gustaría cenar conmigo el viernes?*

Antes de contestar, se dirigió al despacho de Kaden. Golpeó con suavidad la puerta y esperó a que él le diera permiso para entrar.

—Hola, Rose —le dijo Kad—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me preguntaba si... —carraspeó—. ¿Podría volver al turno de mañana?

—Por supuesto —sonrió—. Yo mismo hablaré con Amy, no te preocupes. Tómame el día de mañana libre para que descanses y pasado mañana comienzas, ¿de acuerdo?

—No quiero ningún problema con Amy. Y sé que pedirte a ti es

buscármelo, pero...

—Tranquila. Sé que ella es tu jefa y también sé que no quieres nada que te favorezca por ser la mujer de Evan, pero llevo quince días viendo cómo te entregas la que más en el trabajo, así que te mereces un regalo —le guiñó un ojo—. ¿Estarás bien de vuelta con Savannah?

—Lo prefiero —sonrió, ruborizada—, así puedo estar con Evan.

Él se echó a reír.

—Entonces, no hay más que hablar —la besó en la mejilla.

Rose salió y le mandó un mensaje a Evan:

R: *Sí, soldado, me encantaría cenar contigo el viernes por la noche.*

E: *¿Y tu trabajo?*

R: *Regreso al turno de mañana...*

E: *¿Por qué? Necesito saberlo...*

Se mordió el labio y respondió con sinceridad:

R: *Estos quince días también han sido una tortura para mí... He subido a tu despacho todas las noches, a escondidas. Me aseguraba de que no hubiera nadie en los pasillos. Me sentaba en el suelo, cerraba los ojos y pensaba en ti. Estoy loca, ¿verdad?*

No se arrepintió de haberle confesado su actitud infantil, pero las dudas y el miedo encogieron su estómago. ¿Y si se estaba comportando igual de desesperada que las otras mujeres que estaban detrás de las atenciones de Evan, como Savannah? ¿Y si se cansaba de ella, de su extraño matrimonio? Era tan complicado saber lo que sentía él... Era un hombre que ofrecía una cara de conquistador, con sus gestos distraídos de seducción, estuviera serio o alegre, pero ¿qué profesaba a Rose?, ¿solo atracción física o un cariño especial por ser la madre de su hijo o...?

Había ocasiones en que se esperanzaba, como en Los Hamptons, cuando él le había asegurado que ella era importante en su vida, que no se trataba de una conquista, pero la incertidumbre no la abandonaba. Las palabras se marchitaban como las flores... Quería ser valiente en su presencia, no desfallecer, no convertirse en uno más de sus muchos ligues. Sin embargo, su marido era capaz de aniquilar su voluntad con solo una mirada...

En esos quince días, Rose se había creído los comentarios malintencionados de las arpías del hospital, aunque las ignorase. A la mínima

oportunidad que coincidían con ella a solas, en los pasillos, en el vestuario o en la sala de descanso, se jactaban del semental que era el doctor Evan Payne en la cama.

No las creas, se repetía sin cesar, Evan te pidió que confiaras en él, que no escucharas a nadie. Pero era tan difícil...

Y al comentar los resultados de la operación del paciente Jack Kilber, había sentido a su marido diferente. Se había asustado al pedirle él la información del historial del paciente, de repente se había sentado a su lado. Y se había quedado impactada por la desolación que había apreciado en sus ojos. Y, al besarla en la comisura de la boca, su aliento se había desvanecido de golpe. Había llorado tanto en esas dos semanas que el dolor de sus párpados se acercaba al de su alma. Le había resultado imposible alejarse y correr en dirección contraria. Le pertenecía, independientemente de que Evan correspondiera o no sus sentimientos...

Rose guardó el teléfono y empezó la ronda de habitaciones. Acababa de entrar en el cuarto de Nicole Hunter cuando su iPhone vibró en el bolsillo de su pantalón.

E: *Perdona el retraso, pero he leído tu mensaje cien veces seguidas... Ahora entiendo por qué llevo quince días oliendo a mandarina cada vez que entro o salgo del despacho. Y yo que creía que me estaba volviendo loco de cuánto te echaba de menos...*

Se cubrió la boca abierta con la mano libre.

R: *¿Me echabas de menos?*

E: *No he hecho otra cosa que echarte de menos...*

Su corazón se precipitó hacia el firmamento. Emitió una risa entrecortada.

R: *Mi guardián...*

E: *Joder, rubia... Creí que te había perdido... Por favor, cuando necesites tiempo y espacio, mótate en tu precioso BMW y date una vuelta, pero no vuelvas a abandonarme, no lo soportaré una tercera vez...*

R: *¿Una tercera vez?*

E: *La primera vez, te fuiste a Europa y la segunda, te cambiaste de turno en el hospital para no verme ni siquiera en casa. No habrá una tercera. Esto es una orden de tu neandertal favorito.*

Rose estalló en carcajadas, aunque rápidamente se contuvo.

R: *Nunca hemos hablado de Europa.*

E: *No quiero hablar de lo bueno que fue Howard contigo. Pídeme lo que quieras, menos eso. Ni siquiera me lo nombres. Pensar que otro hombre que no era yo te abrazó y te cuidó es algo superior a mí. Y sé que la culpa fue mía por abandonarte como lo hice. Jamás me lo perdonaré.*

R: *Me refería a por qué me marché a Europa. Relájate, que los celos no son buenos, te hablo por propia experiencia. Además, ya te perdoné. Perdónate tú a ti mismo.*

Sonrió. Sí, en ese preciso momento, lo perdonó. Le escribió un nuevo mensaje sin esperar a que él le mandara otro:

R: *Si recuerdo el ascensor del hotel Liberty, ya no siento dolor ni enfado. Creo que las cosas pasan por algo y que los dos necesitábamos un tiempo separados. En ese tiempo, tú no has estado con ninguna mujer, y esa es la razón por la que te perdono. Aunque siga con miedo y me duelan los comentarios de mis compañeras, te creo, Evan.*

E: *No las escuches, por favor...*

R: *No puedo evitarlo...*

E: *Hagamos una cosa: cuando oigas o te digan algún comentario, por muy tonto que sea, escríbeme un mensaje.*

R: *¿Y qué te digo?*

E: *Podíamos tener una palabra de seguridad.*

R: *¿Como las parejas que practican relaciones sexuales de dominación?*

Desorbitó los ojos en cuanto lo envió. ¿A quién se le ocurría decir algo así?! ¿En qué estaba pensando, por Dios!

Nerviosa, caminó por la habitación. El iPhone vibró a los pocos segundos.

E: *Joder... Pensaba que era imposible sorprenderme, pero tú lo haces todo el maldito tiempo... Y tu última pregunta se lleva la medalla de oro... ¿Te importaría explicarme qué sabes tú sobre relaciones sexuales de dominación?*

R: *¡Nada!*

Rose comenzó a sudar.

E: *¡Ni de coña! Habla ahora o te hago hablar. Siempre puedo atarte a la cama para que hables... O, a lo mejor, prefieres que te caliente el culo con mi mano... Las veces que lo he hecho te ha gustado. Y te aseguro que con solo recordarlo... Joder, rubia... Es que tienes un culo...*

El corazón de la joven derrapó. Sus rodillas flaquearon. Se guardó el móvil y comprobó el suero de la paciente. Estaba todo en orden, menos ella misma... Respiraba de un modo tan acelerado que temía sufrir un mareo.

Recibió otro mensaje.

E: *Sube a mi despacho o bajo a por ti. Tú decides.*

R: *¡No! ¡Estoy trabajando!*

E: *Pues dime qué sabes tú de la dominación sexual.*

R: *¡Que no sé nada, te lo prometo!*

Se sentó en el suelo. Se tiró de la oreja izquierda.

E: *¿Y por qué lo has dicho?*

R: *¡Solo ha sido un ejemplo tonto! ¡Déjalo ya, me estás poniendo muy nerviosa!*

E: *¿Te estás tirando de la oreja izquierda?*

Rose alucinó. Ahogó una exclamación. Se soltó la oreja despacio.

R: *¿Cómo sabías lo que estaba haciendo?*

E: *Porque siempre lo haces cuando estás nerviosa. Y no te desvíes del punto... ¿Te interesa la dominación? Nunca lo he probado, pero contigo me vuelvo un bruto...*

R: *No tienes vergüenza...*

E: *Contigo no, rubia.*

No obstante, frunció el ceño y tecleó en el teléfono.

R: *Evan... ¿Estás satisfecho conmigo?*

E: *No te sigo...*

R: *Me refiero al sexo... Has dicho que no has probado la dominación, pero en ningún momento has dicho que no quieres probarla. A lo mejor, necesitas algo más fuerte que lo que hacemos tú y yo. Pero yo no sé si*

podré darte lo que necesitas... No quiero que me pegues con un látigo, ni que me ates a una cama, ni que me pongas un collar para ser tu sumisa... Lo siento, Evan, no creo que pueda hacerlo, y tampoco quiero probarlo.

La contestación de su marido tardó dos interminables minutos en llegar...

E: *No te gustan los halagos, pero me acabas de obligar a hacértelos... No necesito que cambies nada de ti, eres perfecta. Tu cara es la más bonita que he visto en mi vida... Eres dulce y sexy a la vez, y eso me vuelve loco, porque me encanta cuando te pones colorada y tímida, pero también me encanta cuando tomas las riendas, en el ámbito que sea... Tus curvas no tienen comparación con nada ni con nadie, la de tu cintura me marea, lo juro... Tus pechos son dos caramelos muy jugosos, y no me gustaba el dulce, pero ahora no quiero otra cosa... Tu culo es increíble, se merece un monumento aparte... Tus piernas son preciosas, y no sueles mostrarlas, lo que hace que me gusten aún más, porque las quiero solo para mí... Tus ojos me tienen hechizado y tu sonrisa es capaz de derretirme... Pero no solo eso... Cuando te acaricio, te beso y te hago el amor, tiembles y haces que yo tiemble... Ya te lo dije una vez y te lo repito ahora: nunca he sentido con nadie lo que siento cuando estoy contigo. No necesito nada más que a ti, lo que tenemos es perfecto. Y, por si te asalta la duda, no, rubia, jamás le he dicho estas cosas a ninguna mujer porque jamás una mujer me había gustado tanto como me gustas tú. Y si te interesa saber cuánto me gustas, recuerda tus propias palabras: una mirada funde el hielo...*

Dos lágrimas cayeron a la pantalla encendida de su móvil. Lo leyó tantas veces que perdió la cuenta. Cuando le escribió la respuesta, lo hizo sonriendo.

R: *Me gustaría cenar contigo el viernes en el restaurante donde trabajé. Es pequeño y, aunque esté en un buen barrio, no es lujoso ni tiene la categoría a la que estás acostumbrado...*

E: *Me encantará cenar en el restaurante de Luigi. Siempre podremos jugar al billar después... Por cierto, ¿qué te parece «calcetín» como palabra de seguridad?*

Rose vislumbró corazoncitos volando a su alrededor...

R: *Me parece perfecto, soldado. Será nuestro secreto.*

E: Solo nuestro, rubia... Nos vemos en unas horas.

Se puso en pie y guardó el teléfono. En ese momento, pensó que nada lograría esfumar la felicidad que sentía.

Pero se equivocó...

Nicole Hunter sufrió un ataque.

—¡Dios mío! —exclamó ella, que corrió hacia el despacho de Kaden—. ¡Kaden! ¡Es Nicole!

Él se levantó de la silla de un salto. Rose lo siguió sin perder un segundo. Tardaron casi dos minutos en estabilizarla, demasiado tiempo. Cuando lo consiguieron, el pasillo estaba repleto de curiosos.

—Todo el mundo a trabajar —les ordenó Kad, furioso—. Esto no es un circo —cerró la habitación de un portazo y se dirigió a su estudio.

Ella se sobresaltó al verlo así. Indicó a los espectadores que se marcharan y entró en el despacho sin llamar. Y se petrificó... Kaden estaba en un rincón de la estancia con la cabeza escondida en las rodillas flexionadas. Rose acortó la distancia, se arrodilló y lo abrazó. Él dio un respingo, pero, enseguida, la apretó con fuerza, temblando, sudando... Ella se mordió la lengua para no llorar. Le acarició el pelo. Lo acunó como si se tratase de su hijo, hasta que él aflojó el agarre un buen rato más tarde.

—Voy a traerte un café —le susurró Rose, incorporándose.

—No me gusta el café —se levantó y se secó la cara con las manos—. Prefiero una chocolatina con almendras.

Ella sonrió con ternura y asintió. Se encaminó hacia la sala de descanso para las enfermeras, donde había máquinas de comida y bebida. Seleccionó lo que quería Kad y salió al pasillo, pero algo llamó su atención.

—Evan...

Su marido acababa de descender las escaleras. Su expresión era de preocupación, lo que significaba que ya se había enterado de lo de Nicole. Frunció el ceño y fue deteniéndose al percatarse del estado de Rose, cuyas lágrimas empezaron a derramarse. Corrió hacia él, sin importarle las habladorías. Él abrió los brazos y esperó. Ella se arrojó a ellos, sollozando.

—¡Cal...! ¡Calceín! —pronunció Rose en un tono demasiado agudo.

—Ya, tranquila —la alzó unos centímetros y la llevó a una estancia vacía—. Dime qué ha pasado —la tomó de la nuca y la obligó a mirarlo.

—Es Kaden... Él... —tragó saliva—. Nicole tuvo un fallo respiratorio. La estabilizamos, pero Kaden se... —le recorrió un escalofrío. Evan le frotó la espalda con cariño—. Lo encontré en su despacho hecho polvo... Nicole ya

está bien, pero él, no, Evan —le agarró las solapas de la bata blanca y lloró de nuevo.

Evan la envolvió con dulzura en su cálido cuerpo y la besó en la cabeza. Rose bajó los párpados y su aroma masculino la relajó al instante.

—Es el segundo ataque que sufre en tres semanas —dijo él en un tono muy grave—. No es normal para un paciente que lleva en coma más de un año, y al que nunca le ha pasado nada, hasta ahora.

—¿Por qué crees que le pasa esto? —quiso saber ella, apoyando las manos en su pecho.

—El coma es un misterio, rubia —respondió, ahora con voz suave, secándole las mejillas con los pulgares.

Rose analizó su atractivo semblante. La mirada de Evan estaba entornada y poseía una chispa extraña, como si acabara de resolver una ecuación matemática, la misma chispa que destellaba cuando adivinaba el pensamiento de ella.

—Tienes una teoría —afirmó Rose, sin dudar.

—Sí —asintió—, tengo una teoría —la besó en la frente—. Creo que Nicole está luchando por despertar, pero todavía no puede —descansó las manos en las caderas de ella, con naturalidad—. Y también creo que lo hará.

—Ese razonamiento no es propio de un hombre de ciencia —sonrió.

Él se encogió de hombros y la contempló con fijeza. Sus ojos se tornaron fieros, penetrantes.

—Llevo un tiempo pensando que la ciencia no tiene todas las respuestas y que hay cosas que se escapan del razonamiento, que suceden sin explicación lógica y que algunas se convierten en milagros.

—Evan... —articuló en un hilo de voz, impresionada.

—Y, seguramente, lo que piensa Kad es justo lo contrario —continuó él, ladeando la cabeza—: que Nicole se está muriendo —respiraron hondo—. ¿Te encuentras mejor?

Rose asintió despacio y se apartó, ruborizada porque recordó los mensajes que se habían escrito. Se sintió como una adolescente patosa frente al chico más popular del instituto.

—Voy a llevarle esto —le enseñó la chocolatina—. ¿Vienes?

—Mejor, regreso a mi despacho —contestó su marido, sonrojado también—. Creo que si voy, se va a sentir peor.

Salieron a la recepción. Ella le dedicó una tímida sonrisa y él se inclinó, bajó los párpados y la besó en la mandíbula. Entonces, Rose lo abrazó y Evan

la correspondió de inmediato.

—Gracias, soldado —lo besó en la mejilla—. Me gusta nuestro *calcetín* —y se fue.

Notó sus ojos en la espalda y, cuando giró en el pasillo y se volvió, su marido todavía la observaba... Rose, coqueta, le lanzó un beso y se perdió de vista, dirigiéndose al despacho de Kaden, pero no lo encontró allí, sino en la habitación de Nicole Hunter.

—Aquí tienes, Kad —le entregó el dulce.

Kaden lo cogió y se lo comió despacio, en silencio.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dijo ella, observando a la paciente.

—Dime.

—¿Te preocupas tanto por ella por lo que le pasó a su hermana?

—Al principio, sí —respondió él en voz baja, recostándose en la pared y clavando los ojos en Nicole—. Cuando la operé, estaba muy nervioso. Había llevado a cabo muchas intervenciones de ese tipo, pero estuve las veinticuatro horas anteriores repasando todos mis apuntes, por si me quedaba en blanco —suspiró—. La operé sin haber dormido. Tenía tanto miedo de que saliera mal... —arrugó la frente—. Los días pasaron. Las pruebas salieron perfectas, pero no salía del coma —se acercó a la cama—. Me volqué en ella por su hermana, sí, pero... —con el dedo índice rozó la muñeca de la paciente—. No sé en qué momento Lucy se marchó y solo quedó Nicole.

Rose sonrió, emocionada por sus últimas palabras. Y no fue la única, porque las pulsaciones de Nicole se alteraron.

—Cuando despierte...

—Si despierta —la corrigió Kad, con el ceño fruncido.

—Si despierta —amplió la sonrisa—, ¿qué harás?

—Tratarla como a los demás pacientes —retrocedió y se cruzó de brazos, a la defensiva.

Ella soltó una carcajada.

—No he dicho nada —levantó las manos en señal de paz.

—Pero lo estás pensando —la señaló con el dedo, ruborizado.

—Pues es muy guapa —insistió Rose, sentándose en el borde de la cama—. Y, según tú, tiene los ojos más verdes que has visto jamás.

—Yo nunca he dicho eso —se quejó Kaden, a su espalda—. Es una chica normal y corriente.

—Sí lo has dicho. Y no es una chica normal. Tiene la cara tan perfecta que parece una muñeca, ¿verdad?

—No lo sé —mintió, con la voz ronca.

—A mí no tienes que engañarme —lo miró, sin ocultar la diversión—. Te recuerdo que trabajo contigo, doctor Kaden.

—Está bien... —claudicó, avanzando hacia ellas. Observó a Nicole como abstraído de la realidad—. Es preciosa... —susurró en un tono apenas audible.

Rose sintió un revoloteo en el estómago. Se incorporó y se dirigió a la puerta.

—Kaden, ¿crees que Evan ve cosas que la gente no ve? —le preguntó ella con cierta confusión—. No sé si me entiendes...

—Lo creo —contestó él, seguro de sí mismo—. Evan siempre ha sido especial. A veces, me da la sensación de que es capaz de leer la mente —emitió una suave carcajada.

Rose sonrió, enigmática.

—Evan tiene una teoría respecto a Nicole —comentó, atenta a la expresión de su cuñado, en la que se reemplazó la alegría por el miedo—. Dice que Nicole está luchando por despertar, y que lo hará, pero que todavía no puede.

Kaden farfulló una serie de incoherencias, como hacían los otros dos hermanos Payne cuando Zahira y Rose los alteraban sin poder defenderse, y se marchó.

—Bueno, Nicole —le dijo ella a la paciente dormida—, será mejor que no tardes mucho. Solo faltas tú para cerrar el triángulo, si lo mío con Evan, sea lo que sea, no fracasa, claro.

Capítulo 15

—Joder... —silbó Evan, atónito.

—No es para tanto —murmuró Rose, avergonzada y con las mejillas arreboladas.

¡Que no es para tanto, dice! No llegamos al restaurante...

Él, boquiabierto, analizó a su mujer como si se tratase de la octava maravilla del mundo. Caminó alrededor de ella lentamente. Llevaba una falda negra de tubo, con una abertura en la parte trasera y ceñida desde la cintura hasta debajo de las rodillas, del estilo del uniforme de oficina de las secretarias en los años cincuenta; la exquisita prenda acentuaba la curva de su cintura, marcaba sus nalgas y aportaba al sencillo atuendo una elegancia admirable.

Joder... Voy a regalarle un armario entero solo de estas faldas...

Había elegido una camisa vaquera, muy clara, entallada, ajustada en el pecho, que se había remangado en los antebrazos, desabrochado en el escote, lo justo para insinuar sin enseñar, y se la había colocado por dentro de la falda. Los altos tacones negros con la punta dorada eran clásicos, pero, a la vez, sofisticados. Dos brazaletes dorados tintineaban en su muñeca izquierda, pues se tiraba de la oreja con evidente nerviosismo.

—¿Dónde has dejado tu seguridad, rubia? —le susurró en el oído—. Soy yo quien tiene que temblar, no tú. Y te aseguro que estoy a punto de sufrir un infarto... —contempló su trasero, fascinado y cautivado—. Vaya culo que te hace esta falda...

No pudo evitarlo, levantó la palma y la dejó caer sobre su nalga derecha. El sonido y el brinco de ella lo dejaron sin aliento. Rose fue a frotarse, pero Evan se le adelantó, acariciándola con las dos manos.

Y ella gimió...

Desesperado, la abrazó por las caderas y la pegó a su cuerpo, duro como el granito de lo excitado que estaba. Cerró los ojos e inhaló el aroma a

mandarina que desprendían sus cabellos, rizados de forma salvaje. Se separó, la agarró del brazo y la giró. Como la falda era tan estrecha, Rose trastabilló por el rápido movimiento, pero él la sostuvo con firmeza. El carmín de su boca lo remató de deseo.

Como la beses, sí que no habrá restaurante que valga...

Ella sonrió, mordiéndose el labio inferior, con los pómulos sonrojados. Evan se inclinó y se detuvo a un milímetro de distancia.

—Esta noche —le susurró él, con voz aterciopelada—, aprovechando que Gavin duerme con mis padres, que Kad y Bas tienen guardia y que Hira y Caty se quedan con su familia, es decir —contempló sus ojos vidriosos—, que tenemos la casa para nosotros solos, te haré el amor durante horas hasta que no puedas más.

—¿En... la cama? —preguntó, entre resuellos entrecortados.

Evan le rozó los labios con los suyos y sonrió.

—En la cama —accedió él—, si llegamos...

Se apartó, cogió la capa negra de ella y la desplegó para ponérsela como todo un caballero, conteniéndose para no arrancarle la ropa, colgarla en su hombro como un animal y lanzarla a la dichosa cama para venerarla sin parar. Se colocó su abrigo azul oscuro, entallado, hasta las rodillas. Abrió la puerta, le cedió el paso y cerró con llave. Bajaron en silencio hasta el garaje. La ayudó a montar en el Aston Martin y, a continuación, se sentó en el asiento del conductor.

Estaba demasiado alterado... Le vibraba el pie en el acelerador. Condujo hacia el barrio de *North End*, donde estaba el restaurante italiano en el que había trabajado Rose cuando se había mudado a Boston. Se le consideraba el barrio más entrañable de la ciudad, de influencias italianas y con gran reputación culinaria; los edificios eran de ladrillo rojo y persianas negras, y los establecimientos poseían toldos verdes, y terrazas en los días calurosos. Aparcaron a pocos pasos del local.

—Espera —le pidió él al apagar el motor.

Descendió del coche, se ajustó el abrigo en el cuello, aunque apenas sentía el frío por el fuego que recorría su interior, rodeó el coche y le abrió la puerta. Extendió una mano. Su esposa aceptó el gesto y salió del deportivo. Estaba tan ruborizada que Evan tuvo que ocultar una risita.

El restaurante era pequeño. A través de los dos grandes ventanales en la fachada, a ambos lados de la puerta de madera, contó quince mesas cuadradas, con manteles a cuadros verdes y blancos, de cuatro comensales cada una.

Quedaban dos libres. Detrás de las mesas, a la izquierda, había una cristalera, por donde se podía ver cómo cocinaban, y, a la derecha, una cortina corrida de color verde oscuro.

—¡Luigi, Rose está aquí! —gritó una mujer mayor, con acento italiano, corriendo hacia ellos en cuanto entraron—. ¡Mi niña! —abrazó a Rose.

La anciana tenía la piel de un tono aceitunado, las caderas anchas, una nariz prominente y los ojos negros, como su atuendo sobrio y de luto; un mandil a juego con los manteles se anudaba a su cintura; su semblante alegre y emocionado revelaba una dulzura que contrastaba con sus facciones, en exceso fuertes para tratarse de una mujer, una combinación que resultaba fascinante.

—¡Francesca! —saludó ella, con una sonrisa radiante.

Francesca observó a Evan con una mirada inquisidora. Lo analizó de los pies a la cabeza. Después, dibujó una gran sonrisa en su arrugado rostro.

—Tienes muy buen gusto, niña. Es muy guapo tu acompañante.

—Es mi marido —anunció Rose—. Francesca, te presento a Evan Payne.

—¡Marido! —se cubrió la boca con las manos—. ¡Luigi, que la niña se nos ha casado! —y añadió, dirigiéndose a Evan—: Es un placer, muchacho.

—El placer es mío —convino él, tomándola de la mano para besarle los nudillos.

La anciana se rio con coquetería, un gesto que le encantó.

El local olía a salsa de tomate y a una mezcla de diferentes quesos que hizo rugir su estómago.

Salió un hombre de la cocina, delgado y alto, pero no tanto como Evan; tenía el pelo negro como el carbón y canas en las sienes, además de una mirada autoritaria; la nariz era la misma que la de Francesca, por lo que dedujo que se trataba de su hijo, Luigi. A medida que se acercaba, el hombre se erguía más y enarcaba una ceja sin apartar los ojos de Evan, con quien parecía querer batirse en duelo. Él sostuvo aquella mirada, frunciendo el ceño, sin amilanarse. Su interior se revolvió. No había duda: Luigi era más que el antiguo jefe de su mujer, era como un padre, uno de verdad, no Anthony Moore.

—Doctor Evan Payne, supongo —lo saludó el dueño del restaurante, extendiendo una mano. Su acento italiano apenas se notaba—. Soy Luigi Bassi.

Los dos se apretaron, midiendo su fuerza.

—Luigi, por favor... —lo avisó Rose, abochornada.

El hombre se soltó.

—Mi pequeña —la abrazó con cariño—. He tenido que enterarme por la

prensa de que te habías casado —la reprendió con severidad—. Y nada menos que con el padre de tu hijo —observó a Evan con desagrado.

—Lo siento, Luigi —se disculpó ella, con pesar—. Todo fue muy rápido y...

—No te justifiques conmigo, pequeña —la besó en la mejilla y la condujo hacia una mesa.

Evan los siguió, enfadado. Lo que prometía ser una noche memorable acababa de torcerse... ¿Qué problema tenía el italiano?

El local resultaba acogedor y la luz era la justa para favorecer la intimidad. Había una lamparita en cada mesa y otras, repartidas por las paredes. Se acomodaron pegados al ventanal derecho, en una esquina. Él le retiró la silla a su mujer, que le sonrió tímidamente, y se sentó a su izquierda. Dejaron los abrigos en una tercera silla.

—Me gustaría enseñar el restaurante a tu marido, ¿te importa, pequeña? —le preguntó Luigi a Rose.

—Claro. Aquí os espero.

—¿Doctor Payne? —el hombre sonrió sin humor.

—Solo *Evan* —contestó él con sequedad, poniéndose en pie.

Tras pasaron la cortina y entraron en el área de descanso de los empleados, donde estaba, en efecto, el billar. El italiano se detuvo, se giró y lo apuntó con el dedo índice.

—Si vuelves a hacer daño a Rose, tú y yo tendremos más que palabras. No me fio un pelo de ti, doctor Payne.

—¿Para esto quería enseñarme el restaurante? —se cruzó de brazos.

—Rose es como una hija para mí —avanzó—. La abandonaste estando embarazada. Te desentendiste del bebé. Eso no lo hace un hombre —escupió.

—¡Luigi! —lo reprendió Francesca, que se unió a ellos con el semblante cruzado por el enfado—. Deja en paz al chico. No eres nadie para inmiscuirte.

—¡Por supuesto que lo soy, madre! —se quejó el italiano, gesticulando con las manos—. Rose es mi pequeña y no permitiré que cometa el error de estar con él.

—Pues ya es un poco tarde, ¿no crees? —rebatía la anciana con los puños en la cintura—. Ha sido su decisión casarse con Evan, respétala o tendrás un problema con Rose.

—Yo no me desentendí del bebé —les aclaró Evan, rechinando los dientes—. No sabía que estaba embarazada cuando se marchó a Europa.

—Pero Rose nos dijo... —comenzó el italiano, pero se detuvo. Chasqueó la

lengua—. En cualquier caso, no me caes bien. Eres un mujeriego. No me gustas.

—Tú a mí, tampoco.

—Basta, los dos —los cortó Francesca—. Ve con Rose, Evan —y añadió a su hijo—: A la cocina, Luigi, pero ya.

Los dos hombres obedecieron a regañadientes, irradiando chispas venenosas por los ojos. Evan necesitó respirar hondo antes de sentarse, pero no se calmó.

Cenaron en un silencio muy tenso e incómodo. Él apenas contestaba con monosílabos y ella parecía consternada.

En el postre, Rose se retiró al baño. Sin embargo, a los cinco minutos, Evan decidió ir a buscarla. Entró en el servicio de mujeres, a pesar de que había dos retocándose el maquillaje.

—¿Rubia?

—¿Evan?

Caminó, decidido, hasta el segundo y último escusado. Empujó la puerta con suavidad y la descubrió sentada en la tapa, cubriéndose la cabeza con las manos.

—¿Estás bien? —se preocupó él, arrodillándose, alarmado por su extrema palidez.

—Algo me ha sentado mal... Y la cabeza me va a estallar...

—Espera —se levantó y mojó una toalla con agua—. La cabeza hacia atrás —le ordenó, en voz baja. Comprobó su pulso: muy débil—. Cierra los ojos. Respira hondo —le pasó el paño por la frente y la nuca—. Nos vamos a casa. ¿Puedes andar?

La ayudó a ponerse en pie. Sin embargo, el rostro de Rose se tornó verde, se agachó con torpeza y vomitó. Evan le sostuvo el pelo en alto para que no se manchara. Arrugó la frente.

—¿Y si estás embarazada? La píldora puede fallar —le dijo él con dulzura, limpiándole la cara con la toalla.

—Tuve el periodo la semana pasada. Todo normal.

—Te has pegado una buena paliza desde que empezaste a trabajar —comentó Evan, entrelazando una mano con la suya—. El turno de noche no es bueno. Y todavía no hemos tenido una semana relajada desde que llegaste de Europa. Tu cuerpo no puede más.

—En Los Hamptons, sí —sonrió, con la mirada alicaída.

—En Los Hamptons, fui un imbécil que te abandonó casi todos los días —

gruñó—, así que no cuenta.

—Evan... —se dejó caer en su hombro—. Lo siento, pero... —gimoteó, incómoda.

Él la abrazó por los hombros y cogió los abrigos. Se despidieron de Francesca, quien los acompañó al coche y besó a Rose con infinito amor.

Cuando aparcaron en el garaje de casa, la tomó en brazos medio adormilada.

—Gracias, soldado... —musitó ella, recostada en su pecho.

La depositó en la cama con sumo cuidado. La desnudó, le colocó el camisón, la metió entre las sábanas y la arropó. Después, en calzoncillos, se tumbó a su lado, abrazándola por la cintura. La contempló largo rato. Se sentía extraño, desvelado. Odió verla enferma y no poder hacer nada para curarla, excepto esperar a que despertara y se encontrara mejor.

Evan abrió los ojos casi al mediodía, solo en el lecho. Prácticamente, corrió hacia el servicio. Su mujer estaba en la bañera cubierta de espuma. Se acercó y se sentó en el suelo, con un brazo apoyado en el mármol.

—Estás mejor —afirmó él, respirando con un alivio impresionante. Se pasó las manos por la cabeza—. ¿Tienes hambre? ¿Necesitas algo?

Ella alzó una mano y sopló espuma en su dirección. Evan dio un respingo y se fue a la habitación. La preocupación aún pinchaba sus entrañas.

—¿Evan?

Pero él no respondió. Se ajustó los vaqueros de la noche anterior que estaban tirados en el suelo. Se frotó la cara. Se estaba asfixiando... Su estómago se cerró en un nudo tirante y su corazón comenzó a bombear con excesiva rapidez. De repente, unos brazos delicados y húmedos envolvieron su cintura. Evan se sobresaltó al apreciar el cuerpo de su mujer, oculto por la toalla, pegarse a su espalda.

—¿Qué sucede? —le susurró Rose.

—No me gustó que enfermaras anoche.

—Siento mucho haber estropeado la cita —se apartó y se situó frente a él, cabizbaja.

Evan frunció el ceño. La sujetó por los hombros.

—¿Crees que eso me importa? —inquirió, molesto—. Mírame.

—Evan, yo...

—¡No! —tiró y la abrazó con fuerza—. No te vuelvas a poner mala. ¡Te lo prohibo! Es una norma más añadida a la lista.

Rose se rio, se alzó de puntillas y lo besó en los labios.

—Gracias por cuidarme, soldado.

—No he hecho nada —sus pómulos ardieron.

—Se nos estropeó la cita —sonrió—. Siempre podemos repetir.

—¿Quieres otra cita? —le retiró los mechones del rostro con dedos temblorosos.

—Quiero muchas citas.

Él se inclinó y capturó su boca. Ella gimió, fundiéndose entre sus brazos.

—Evan... Quiero terminar ahora la cita de ayer... en la cama...

Joder...

Rose acercó los labios a su cuello y lo besó con la punta de la lengua. Evan jadeó, bajando los párpados. Las rodillas se le doblaron, pero consiguió mantenerse en pie. Ella apoyó las manos en sus pectorales y comenzó un reguero de besos por su mandíbula, descendió a la clavícula y subió a la oreja, a la que dedicó vehementes atenciones como si se tratase de una gran golosina... La sensación era increíble... Un hormigueo recorrió su piel, perdió el equilibrio y cayó sentado al *chaise longue*. Abrió los ojos de golpe y los desorbitó al instante al descubrir cómo Rose, sonriendo, agarraba el extremo de la toalla para soltarla.

—Joder...

Estaba completamente desnuda, erguida, orgullosa, segura de sí misma, decidida y con una sonrisa tan seductora que se le doblaron los brazos, quedando recostado sobre los codos. Se humedeció la boca, analizando su memorable cuerpo. La erección sobresalió por la cremallera abierta de los pantalones, que no se había abrochado. Paralizado, no podía apartar la mirada de sus curvas...

Ella hundió una rodilla en el sofá, entre las suyas, y se agachó, obligándolo a tumbarse. Después, posó la boca en su pecho. Sus labios y su lengua recorrieron su torso, su abdomen y su vientre, arriba y abajo... abajo y arriba... mientras Evan intentaba respirar con normalidad. Imposible. Contraía los músculos que Rose iba lamiendo... Y, encima, gemía... agitándose sobre él como una gatita que ronroneaba buscando el placer, pero sin llegar a tocarlo con las manos.

Evan resopló al fijarse en su trasero, balanceándose de un lado a otro, hipnotizándolo como un péndulo. Se preguntó qué demonios había hecho para haberse casado con tal mujer. No halló respuestas, ni las quería... Y no cerró los ojos, a pesar de que le pesaban los párpados una barbaridad. Luchó porque necesitaba verla, necesitaba grabar esa imagen, necesitaba...

Entonces, Rose alcanzó los vaqueros, lo miró un segundo a los ojos, sonrojada, y se los quitó con su ayuda, junto con los *boxer*. Ella contempló su desnudez y comenzó a tirarse de la oreja izquierda en un acto inconsciente. Evan sintió que el corazón le explotaba por aquel gesto tan adorable... Levantó una mano y atrapó la suya, parando su nerviosismo.

—No tienes que hacerlo —le susurró él, ronco, sonriendo con ternura.

—Yo quiero... pero... yo no... —titubeó la joven, abochornada.

Evan se incorporó y la acomodó en su regazo a horcajadas. La besó en la frente de manera prolongada, dulce y casta. La abrazó. Le acarició la espalda. La besó en el cuello. La rigidez de Rose fue desvaneciéndose y exhaló un gemido agudo como respuesta a cada beso, más y más jugoso a cada segundo... La sujetó de la nuca y se apoderó de sus labios, enredándolos, succionándolos, devastándolos... Ella volvió a gemir y abrió la boca, dándole pleno acceso a su lengua, que él embistió de forma pausada, tomándose su tiempo, catándola... Rose osciló sobre sus caderas al mismo ritmo. Evan gruñó, pero no aceleró, sino que la saboreó, mimándola con las manos en los costados, en la cintura, en las caderas, en las nalgas...

Él se recostó y la arrastró consigo, quedando tumbada sobre su cuerpo, que ardía a un nivel indescriptible. Y, cuando dirigió las manos a su trasero... se descontroló... La besó con ansia, entre jadeos, retirando la lengua enseguida para volverla tan loca como lo estaba el propio Evan. Sin embargo, Rose lo sujetó con fuerza de la cabeza. Él protestó.

—Qué impaciente, rubia... —le susurró él, azotándole una nalga.

—Evan... —articuló en un resuello—. Quiero que seas un bruto...

Él rugió y apresó su boca de nuevo, aplastándole el trasero. Rodó en el sofá, sin soltarla, besándola sin descanso, para dejarla debajo de su cuerpo, alzó una pierna de ella a su cadera y la penetró con ímpetu.

—Así, soldado... —echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos—. Así... Así me gusta... mucho...

—Tú me gustas más, muchísimo más...

Entrelazaron las manos por encima de la cabeza de Rose y se besaron con delirio, uniéndose sus cuerpos a mitad de camino con embestidas poderosas... Evan la penetraba con fuerza... Ella respondía con fuerza... Era maravillosa... Lo tenía fascinado.

—No puedo... más... —suplicó Rose, arqueándose, ofreciéndole los senos sin pretenderlo.

Evan le apretó las manos y descendió hacia su pecho.

—Solo conmigo...
Y fallecieron a la vez...

Las palabras de su marido se sucedieron en su mente como un disco de vinilo que no dejaba de girar aunque la música se hubiera silenciado... *Tú me gustas más, muchísimo más...*

Se quedaron dormidos en el *chaise longue*, con la cara de él entre sus pechos y ella arrullándolo débilmente con los brazos, apreciando su peso, con las lágrimas agolpadas en sus ojos; no se derramaron porque el sueño la atrapó antes de tiempo.

Al despertar, estaba sola en el sofá y cubierta por una manta fina y agradable. Era de noche. La habitación se encontraba a oscuras, salvo por la luz que se filtraba a través de la puerta entornada del baño. Se incorporó y sonrió al escuchar la ducha encendida. Se coló en el servicio con sigilo. El vapor la sumió en un mundo mágico.

Evan estaba de espaldas, ¡y menuda espalda! Se le desencajó la mandíbula al admirar su portentosa anatomía. Tenía las palmas apoyadas en los azulejos y la cabeza agachada. El chorro del agua caía en su nuca.

Rose corrió la mampara todo lo despacio que pudo para que no se diera cuenta. Acortó la distancia y le rodeó la cintura. Su marido se sobresaltó, pero permaneció en la misma posición. Lo besó en la columna y se movió para quedar encerrada frente a él. Enseguida, se mojó. Sonrió, extasiada por lo atractivo que era; la contemplaba con la mirada cargada de... ¿admiración?, ¿devoción?

¿Será posible?, se preguntó, esperanzada, *¿conseguiré que me ame, aunque solo sea una pizca de lo que lo amo yo? Solo me conformo con eso...*

Le acarició el rostro. Evan se inclinó muy despacio y la besó con suavidad. Rose lo abrazó por el cuello y él a ella, por las caderas, alzándola en el aire sin dejar de besarla. Y no hicieron más que besarse, pero aquel beso fue diferente, los aisló del resto del mundo, desintegró el corazón de Rose al sentir que los labios de su marido le transmitían mucho más que lujuria.

Ella detuvo el beso y lo sujetó por la nuca para obligarlo a mirarla. Respiraban de manera intermitente. La expresión de suplicio de Evan la aguijoneó.

—¿Evan?

Él agachó la cabeza y la escondió en su cuello, besándola debajo de la oreja.

—Rose... —la estrechó entre sus protectores brazos—. Mi Rose...

Mi nombre... Oh, Evan... Me amas... Ahora lo sé...

Sus lágrimas se mezclaron con el agua que bañaba sus cuerpos. Tragó saliva. Era la quinta vez que la llamaba por su nombre...

Evan, ajeno a la felicidad que embargaba a Rose, la bajó al suelo, cogió el champú y le enjabonó los cabellos. Ella, sonriendo, lo imitó. Disfrutaron de caricias y de besos hasta que la ducha se enfrió. Se secaron y se arreglaron para recoger a Gavin de casa de sus suegros. Se quedaron a cenar con Cassandra y Brandon.

—Organizamos una subasta benéfica dentro de dos semanas —anunció su suegra—. Cuento con vosotros, ¿no?

Estaban en el salón-comedor. Acababan de servirles el primer plato, verduras salteadas con jamón y patata cocida.

—Claro, mamá —contestó Evan, antes de dar un largo trago a la cerveza—. ¿Dónde?

—En el hotel *Liberty*.

La joven pareja estalló en carcajadas: su secreto...

La cena transcurrió de manera agradable. El café se lo tomaron en los sofás.

—¿Qué tal la cita anoche? —les preguntó Cassandra, sonriendo con travesura.

—Bueno... Me sentó mal la comida —declaró Rose, abatida—. Nos tuvimos que ir a casa. Estropeé la cita.

—No estropeaste nada, rubia —él la besó en la frente.

Ella sintió un regocijo en su interior. Evan no se estaba dando cuenta, pero la estaba tratando con mucho cariño en presencia de sus padres, que los contemplaban con un brillo especial en los ojos y una sonrisa de satisfacción.

—Podéis arreglarlo hoy tomando una copa en algún club —sugirió su suegro, con las cejas alzadas—. Nosotros estamos encantados con Gavin. Y así no lo movéis ahora de noche que está dormidito. ¿Qué os parece?

—No sé... —dudó Rose—. Desde que empecé a trabajar, he estado poco con Gavin.

—Solo es una copa —la tranquilizó Evan—. Yo también quiero estar con él, pero no te niego que me apetece un rato a solas contigo —le guiñó el ojo.

—No estoy vestida para salir a tomar una copa —masculló ella, agitada—.

Voy en vaqueros.

—Mírame —le ordenó con suavidad en el oído.

Ella así lo hizo. Y se derritió ante el escrutinio llameante que le dedicó el hombre más guapo que había conocido en su vida...

En ese instante, un sinfín de imágenes de las últimas semanas poblaron su mente. Recordó cuando estaban preparando el equipaje para la luna de miel en Los Hamptons: *Lo que sea que tengamos será solo nuestro, de nadie más. Nuestro secreto, rubia.* Esas fueron sus palabras...

Analizó detalles. Por ejemplo, no la halagaba porque Rose lo detestaba, y las dos veces que lo había hecho, le había pedido disculpas de antemano, lo que significaba que la respetaba porque sabía que, para ella, las palabras se marchitaban como las flores, que una mirada fundía el hielo, como ahora...

También estaba el pormenor del calcetín que le había regalado por la boda, en cuyo interior había encontrado la llave del BMW, justo después de que Rose le dijera que, para ella, ganarse el dinero, esforzarse, era importante hasta para comprarse un mero calcetín. Y esa misma palabra, *calcetín*, había sido elegido por él para que, cuando ella se agobiase por las arpias del hospital, lo escribiera en un mensaje y así él la rescataría de un posible ataque de llanto, pánico o ansiedad.

Y si a todo eso se añadía el tormento que había atisbado en sus preciosos ojos oscuros cuando le había pedido tiempo y espacio para asimilar su pasado de mujeriego o, incluso, el día de la boda, al defenderla frente a su padre, o también al pelearse con la sanguijuela del club en *Long Island*, y con Magnus...

¿Así se comportaba un hombre que solo sentía deseo físico? No. Quizás, él no lo sabía, pero la amaba... O tal vez sí lo sabía, pero le daba miedo sincerarse.

Pues yo te ayudaré, soldado. Porque yo también te amo y te mostraré el camino hacia mi corazón, porque es tuyo, aunque no lo sepas todavía...

Al final, la convencieron.

Evan telefoneó a un amigo que era relaciones públicas de la discoteca más famosa entre la clase alta de Boston: *The Boss*. Condujeron hasta la misma puerta, donde un aparcacoches se encargó del Audi. No esperaron la cola, sino que entraron por la puerta principal, cogidos de la mano. Su marido saludó a los porteros, que le sonrieron y le palmearon la espalda con confianza.

El local era enorme, de techos altos y una barra cuadrada en el centro. La música actual retumbaba en el suelo; la pared de la derecha era un espejo y

tenía taburetes donde estaban sentados los que preferían charlar; no había pista, casi todos movían las caderas por el espacio. Avanzaron hasta unos sillones blancos sin respaldo que había al fondo, subidos en un podio más alto que el resto.

Caminaron entre el gentío hacia los sofás, pero, antes de llegar a la barra, dos hombres, vestidos con vaqueros, camisas y americanas, atractivos y altos, los detuvieron.

—¡Evan! —saludó uno de ellos, de pelo rubio muy corto y delgado.

Él esbozó una gran sonrisa.

—¿Qué tal, tíos? —les estrechó la mano sin soltar la de Rose.

—¡Cuánto tiempo, Payne! —convino el otro, también rubio, pero los cabellos le llegaban a los hombros—. Ya creíamos que te había secuestrado tu mujer —observó a Rose con una sonrisa seductora—. ¿Dónde has dejado el vestido rojo, señora Payne?

Ella frunció el ceño. No los recordaba.

—Soy Chase —dijo el del pelo largo, adivinando su pensamiento—. Él es Adam —señaló con la cabeza al otro—. ¿Y el vestido rojo? —insistió, divertido.

—¿No te gustan mis vaqueros? —rebatió Rose, ocultando una risita.

—Nunca he dudado del buen gusto de Payne, pero tú te llevas el primer puesto, y con diferencia. Me dejaste impactado con tu vestido de novia —hizo una cómica reverencia.

Los cuatro se rieron. Evan tiró de ella y siguieron a sus dos amigos hasta los sillones blancos. Se reunieron con un grupo que saludó a su marido con gran cariño, pero cuatro chicas los obligaron a separarse y rodearon a Evan como lobas en celo. Rose se cruzó de brazos y emitió un gruñido nada femenino.

—¿Qué te apetece beber? —le preguntó Chase a ella al oído, llamando a un camarero.

Pero Rose no respondió, los celos ganaron la batalla. Su nuevo amigo soltó una carcajada y la agarró del codo.

—Evan solo tiene ojos para ti, puedes estar tranquila. Lo conozco desde que éramos unos críos —sonrió.

—En quien no confío es en ellas —apuntó con acritud—. Además —lo miró, arrugando la frente—, ¿cómo sabes que solo tiene ojos para mí?

—Porque eres rubia —se encogió de hombros.

Rose se ruborizó y Chase se rio.

—¿De verdad que nunca ha estado con ninguna rubia? —se interesó ella.

—Nunca —negó despacio con la cabeza—. Y de ti habla desde hace un par de años. Eso ya dice mucho de él en lo que a ti respecta.

—¿Y qué decía? —solicitó un *gin- tonic*.

—Decía que había una rubia en el hospital que trabajaba con su hermano Bastian que le ponía muy nervioso. Y Evan es un experto en controlar sus emociones —bebió de la copa que tenía en las manos—. Cuando le pedimos que nos dijera cómo eras, dijo que no podía describirte, que había que conocerte para que entendiéramos a qué se refería.

—¿Y a qué se refería? —aceptó el *gin- tonic* que le trajo el camarero.

—Es obvio. Eres una belleza.

Rose se sonrojó aún más y dio un largo trago a la bebida, no por las palabras de Chase, sino porque el *no halago* provenía de Evan. Su corazón salió despedido hacia el firmamento sin retorno posible.

De repente, unos brazos cercaron su cintura, pegándola a una roca cálida, dura y flexible que olía a madera acuática.

—¿Me das un poco? —le pidió su marido.

Ella le aproximó la copa a los labios. Él tragó y se los humedeció, saboreando la bebida. Chase sonrió y los dejó solos.

—Perdona por lo de antes —se disculpó Evan en su oreja, rozándosela adrede.

Ella se giró entre sus brazos y lo besó en la mejilla.

—No importa, soldado. Eres mío.

Evan le dedicó una sonrisa devastadora, debilitando las rodillas de Rose, y se inclinó.

—Permiso para piropearte, rubia —descendió las manos a su trasero.

—Permiso concedido, soldado —su interior se revolucionó. Sonrió.

—Me encantan estos vaqueros —le apretó las nalgas. Sus ojos relampaguearon—. Así puedo tocarte el culo siempre que quiera.

—¡Eso no es un piropo!

—¿Mi rubia —ladeó la cabeza—, la que supuestamente odia los halagos, se ha enfadado porque he piropeado a su culo y no a ella?

—Tus halagos me gustan porque son tuyos —jugeteó con el cuello de su camisa—. Y, por tu culpa, ahora quiero que me halagues todo el tiempo... —suspiró de forma discontinua.

Su marido la sujetó por las mejillas y depositó un dulce beso en sus labios entreabiertos. Se estremeció...

—Ahora quieres citas y halagos —le acarició el rostro, retirándole los mechones hacia atrás—. ¿Y las flores, los besos de despedida y los bombones?

—Eso todavía no.

—¿Los besos de despedida tampoco?

—Prefiero los besos... secretos.

Evan la atrajo hacia él y la besó entre risas. Rose se arrojó a su cuello. La emoción le impidió seguir hablando. Él la abrazó, levantándola del suelo unos centímetros para estrujarla bien fuerte y robarles carcajadas a ambos.

—¿Sabes? —le dijo ella, acomodándose en uno de los sofás—. Nunca he estado en ninguna discoteca.

—¿Nunca? —frunció el ceño, extrañado.

—Mi primera y única fiesta fue cuando mi hermana... —agachó la barbilla—. Ya sabes.

Él gruñó y la rodeó por los hombros.

—Echo de menos a mamá... —Rose se recostó en su pecho.

—¿Te gustaría verla? —la besó en la cabeza.

—La invitaría a la gala, pero no vendrá sola.

—Invita a tu familia —asintió Evan, decidido—. Hazlo. No permitiré que te hagan daño. Puedes estar segura de eso —añadió con rudeza, tensando la mandíbula.

Ella sonrió, dejó el *gin-tonic* en una mesita que había frente a ellos y lo besó en un arrebató de felicidad. Cuando se apartó, él la sujetó con fuerza de las caderas.

—Bésame en condiciones —le provocó Evan, con un brillo travieso en la mirada—. Marca territorio —giró el rostro y señaló a las cuatro chicas que no les quitaban los hambrientos ojos de encima.

—Ya decía yo que tu ego tardaba en aparecer... —ironizó Rose.

Su marido soltó una carcajada, que se bebió ella al besarlo de inmediato y sin disimular el anhelo que sentía por él. El deseo creció como un huracán al instante, pero Evan se apartó, se puso en pie y le ofreció una mano. Rose aceptó el gesto, desorientada. La guio hacia los servicios por un pasillo que había a la derecha de los sillones. Entraron en uno vacío y echó el pestillo. La empujó contra la puerta y capturó su boca con un ardor... brutal. Y se besaron como locos, aplastándose el uno al otro durante una eternidad.

Sin embargo, cuando él introdujo las manos por dentro de su blusa, ella se puso rígida. Él lo notó, paró y la observó.

—¿Estás bien? —se preocupó.

—Yo... —respiró hondo—. No quiero aquí —desvió la mirada—. No quiero ser una más, Evan.

—Nunca serás una más, Rose —la besó en la frente—. Perdóname... No pretendía hacerte sentir incómoda —su voz se quebró—. Lo siento... —le costaba hablar. Estaba inquieto—. Contigo pierdo el control, ya lo sabes. No volverá a ocurrir, te lo prometo.

Ella le acarició la cara y lo besó con ternura.

—No sé si quiero preguntártelo, pero necesito saberlo... —musitó ella.

—Nunca —sonrió, adivinando su muda pregunta—. Contigo todo es una primera vez.

Rose suspiró, aliviada y emocionada, y regresaron con sus amigos.

Charlaron, bailaron y se divirtieron durante unas horas. Cuando ella ya no podía más del cansancio, se despidieron de Chase y de los demás y partieron rumbo al apartamento. Cayó rendida en la cama antes de desnudarse.

A la mañana siguiente, recogieron a su hijo y, como hacía sol a pesar del frío, pasearon los tres por la ciudad. Almorzaron en un restaurante muy bonito y acogedor. Hablaron sobre la gala y acordaron que fuese Cassandra quien se comunicara directamente con su madre, Jane.

Rose desbordaba felicidad. Se reía por tonterías y se quedaba embobada en Evan todo el tiempo, en especial cuando cogía al niño y lo acunaba en el pecho. La población femenina se giraba al verlo. Sentía celos, era inevitable, pero también un profundo orgullo porque ese hombre tan atractivo y atento era suyo.

Por la noche, cenaron con Zahira, Bastian y Kaden, en el salón. Los cinco vieron una película con palomitas en el sofá, Rose en el regazo de Evan, mientras él le acariciaba el rostro con los labios de vez en cuando de forma distraída.

Fue un día perfecto.

No obstante, la vuelta a la rutina, al hospital, aunque la relación entre ellos se había fortalecido ese maravilloso fin de semana, retornó su angustia hacia determinadas compañeras.

Su marido la besó en los labios al despedirse en la quinta planta, frente a todo el mundo, sin esconderse. Amy y las demás no ocultaron su desagrado ante la escena.

—Recuerda —le susurró él al oído—, mándame un calcetín antes de desaparecer.

Ella asintió, poco convencida, y se dirigió al vestuario para cambiarse de ropa.

Comenzó su ronda con la repelente de Savannah. Su jefa seguía sin permitirle hacer nada que no fuera acatar las órdenes de su compañera. En el turno de noche, se había sentido útil y tranquila, pero, desde que se había cambiado de nuevo, la jornada resultaba tediosa y eterna de nuevo.

A las once, hicieron un descanso, que Rose aprovechó para visitar a Evan. Ilusionada por sorprenderlo, llamó a su despacho. Le abrió la puerta Bonnie.

—¡Hola! —la saludó la secretaria con una amplia sonrisa—. Se acaba de marchar, lo siento.

—No importa —mintió ella.

—¿Te apetece un café?

—Claro.

Bonnie preparó café para las dos en una sala que comunicaba con el estudio. Estaba prácticamente vacía. Era muy amplia y la luz entraba a raudales por el ventanal que ocupaba la pared de la derecha.

—Hoy lo he visto más contento que nunca —le comentó la secretaria—. ¿Las cosas están mejor entre vosotros?

Rose sonrió, ruborizada.

—Me alegro —continuó Bonnie antes de dar un sorbo a su taza—. Los días que estuviste en el turno de noche... —adoptó una actitud grave—. Estaba hecho polvo. Jamás lo había visto tan mal.

—Es duro... —confesó, con la cabeza agachada—. Creo que nunca me acostumbraré a los comentarios. Son malas.

—Las mujeres somos arpías por naturaleza —se rio con dulzura—. Lo amas.

Rose la miró y suspiró, entrecortada. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y no tardaron en mojar sus mejillas.

—¡Oh, cariño! —exclamó la secretaria, abrazándola—. Perdóname. Mi intención no era que lloraras.

—No te preocupes... —se sentaron en las dos únicas sillas que había pegadas a la mesa donde estaba la cafetera, junto a una nevera pequeña—. El día que lo conocí, cuando me miró... —se mordió el labio inferior—. Suena cursi, pero... me derretí —respiró hondo—. Siempre lo veía rodeado de mujeres que babeaban por él. Escuchaba historias y me enfadaba. No quería ser como ellas, quería ser diferente, que me viera diferente —se corrigió, estrujándose el uniforme en el pecho con la mano libre, con la otra sujetaba el

café que todavía no había probado—. Empecé a tener citas con hombres con la esperanza de poder olvidarme de él.

—Pero ninguno de ellos era él.

—Ninguno —clavó los ojos en un punto infinito—. Perdí la cuenta de la cantidad de veces que me dormía llorando al recordar lo que contaban sobre Evan. Era horrible... —sintió un escalofrío—. Y ahora... —resopló— es peor aún... Él me dice que no haga caso, que las ignore, pero es difícil...

—¿Por qué no trabajas en esta planta con él? Así estarías con Evan, y lejos de Savannah y Amy —le sugirió Bonnie—. Me ha contado que te gusta la Oncología y Evan es uno de los mejores oncólogos del estado. Aprenderías mucho con él, sobre todo porque le apasiona su trabajo y es un gran jefe. Los residentes están encantados. Y trata muy bien a todos.

—Están prohibidas las relaciones personales entre compañeros de la misma sección. Y es una pena, porque me encantaría trabajar con él —sonrió—. Las dos únicas veces que hemos coincidido por un paciente de Kaden, me he sentido más cerca de Evan y lo he sentido a él distinto... He sentido una conexión. No sé cómo explicarlo... —apoyó la taza en la mesa—. Evan es todo lo contrario a lo que muestra en su fachada de mujeriego —gesticuló mientras hablaba—. Es muy detallista, considerado y cariñoso, pero solo a escondidas, como si pretendiera ocultarse del mundo, porque de cara a la galería finge ser despreocupado e interesado en cosas vanas. Y en el trabajo lo he visto como realmente es. Han sido unos minutos escasos los que hemos coincidido, pero... —inhaló una gran bocanada de aire y lo expulsó de forma sonora—. Lo adoro... —meneó la cabeza entre carcajadas—. Lo amo tanto que necesito aferrarme a cualquier cosa de él, sobre todo a esa conexión...

Bonnie sonrió.

—Evan es especial —añadió Rose, con la mirada ausente—. Nunca he conocido a nadie como él. Tiene algo que lo hace diferente a cualquiera, no sé qué es... pero, cuando lo miro, siento que él me protegerá hasta de mí misma. A pesar de las discusiones o del dolor que me causan las mentiras que oigo de Evan, es mirarlo y querer correr hacia sus brazos —se levantó para regresar al trabajo. Suspiró y sonrió—. Gracias por el café, Bonnie. Tengo que volver —abrió la puerta para salir por el despacho y se alarmó—. ¡Evan!

Sí, Evan Payne estaba frente a Rose y no parecía que acabara de llegar...

Capítulo 16

¡Piensa rápido!

Pero no. Se atascó. Ni siquiera respiraba.

Rose, muy colorada, salió del despacho, murmurando una despedida.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí, doctor Payne? —le preguntó su secretaria.

—Yo...

Bonnie se rio y lo dejó solo. Evan se sentó en la silla de piel. Unos minutos antes había entrado en su despacho y había oído la voz de Rose. Se había acercado a la puerta que comunicaba con la habitación vacía y se había paralizado al escuchar su nombre: *Evan es especial... Nunca he conocido a nadie como él... Tiene algo que lo hace diferente a cualquiera, no sé qué es... Pero cuando lo miro, siento que él me protegerá hasta de mí misma. A pesar de las discusiones o del dolor que me causan las mentiras que oigo de Evan, es mirarlo y querer correr hacia sus brazos...*

Esas palabras se tatuaron en su alma... ¿De verdad pensaba eso de él? ¿De verdad se sentía así por él? Respiró hondo infinitas veces para normalizar su acelerado corazón, pero no logró relajarse en todo el día, tampoco concentrarse. En más de una ocasión, alguna enfermera le preguntó si se encontraba bien. Él respondía con monosílabos, escueto y, todavía, aturdido. No bajó a almorzar a la cafetería por si se cruzaba con su mujer. Era ridículo, ¿desde cuándo se asustaba?

Cuando recogió la bata y se colocó la chaqueta, su iPhone vibró en el bolsillo. Era un mensaje de ella:

R: *Estoy con Zahira y tu madre en el taller de Stela. Salí antes de trabajar. Nos vemos en casa.*

Evan gruñó. ¡Y encima huía!

¡Eres tú quien se ha escondido, joder!

Se marchó a casa y se cambió de ropa. Después, se llevó a Gavin al salón.

—¿Y esa mirada? —quiso saber Bastian, sentado en el sofá. Caty estaba durmiendo en su cuco, a un lado, y el perro, tumbado sobre la alfombra, junto a la niña—. La he visto antes —entornó los ojos.

—No —musitó él, distraído.

—Es por Rose —adivinó Bas, alzando una ceja, arrogante—. No te molestes en negarlo. Es la misma mirada que tenías cuando llegaste a casa después de la gala en el hotel *Liberty* —levantó una mano—. Escúpelo, Evan.

Evan se acomodó a su lado y clavó la vista en un punto perdido en la mesa.

—Creo que... Creo... Olvídalo, Pa —se incorporó y fue a la cocina, donde se sirvió un vaso de agua fría.

—¿Qué ocurre, Evan? —se preocupó su hermano, sentándose en uno de los taburetes de la barra americana.

—¿Cómo te sentiste cuando sospechabas que Zahira estaba embarazada?

—¿Rose está embarazada?

—¡No! —exclamó él—. Contesta a la pregunta.

—Bueno... —se encogió de hombros—. Zahira tardó un mes en decirme que estaba embarazada porque tenía miedo de que yo me viera obligado a estar con ella por el bebé. Cuando lo sospeché —sonrió—, me sentí muy feliz, pero —arrugó la frente— también nervioso. ¿Por qué quieres saber todo esto?

—Esta mañana, escuché a Rose decirle a Bonnie que... —se ruborizó—, que yo... que ella...

—Está enamorada de ti.

—¡No! Bueno... No lo dijo con esas palabras, pero...

—¿Qué fue lo que dijo? —se cruzó de brazos.

—Se siente segura conmigo —sonrió sin darse cuenta—. Dijo que, a pesar de nuestros enfados o del daño que le causan sus compañeras, me necesita...

—Eso es bueno, ¿no?

Evan permaneció callado. Suspiró, suspiró, suspiró...

—¿Cuál es el problema? —dijo Bastian, dando una palmada en el aire para que se espabilara—. Un momento... —entrecerró los ojos—. ¿De verdad nunca has sospechado que Rose estuviera enamorada de ti?

—No está enamorada de mí... —lo corrigió él, sin convicción.

—Lo está. ¿Cómo es posible que el mayor mujeriego de Boston no supiera hasta ahora y porque se lo ha escuchado a escondidas a la aludida? —soltó una carcajada y se levantó—. A mí me sucedió lo mismo con Zahira, si te sirve de consuelo. Creía que ella no me amaba. ¿De qué tienes miedo, Evan?

—¡No lo sé! —se desesperó. Caminó hacia el salón y tumbó a Gavin en su cuco, al lado del de su sobrina—. Supongo que... Me asusté... ¡Y no sé por qué, joder! —se pasó las manos por la cabeza.

—La amas.

—¡Por supuesto que la amo! —se derrumbó en el sofá.

—Vaya... Por fin lo reconoces en voz alta —Bas sonrió, frente a él.

—Estoy aterrado, joder... —apoyó los codos en las rodillas y la barbilla en las manos—. No quiero perderla... —se le formó un nudo en la garganta—. Es como si ahora tuviera una gran responsabilidad para la que creía que estaba preparado, pero... ¡Joder!

—¿Por qué no le confiesas lo que sientes por ella?

—¿Y si he malinterpretado sus palabras? —las dudas lo asaltaron—. ¿Y si lo que he escuchado hoy solo responde a un sentimiento especial porque soy el padre de su hijo? —frunció el ceño. Se incorporó de un salto y soltó varias palabrotas—. Esto es una mierda... ¡Con lo fácil que es estudiarse un puto libro de Medicina! —alzó los brazos, implorando una respuesta.

—¿Por qué te resulta tan complicado? —rebatía su hermano, observándolo con diversión—. Estáis locos el uno por el otro, es un hecho para todo el mundo menos para vosotros, y desde hace mucho tiempo, Evan. Mira, conozco ese miedo —sonrió con suavidad—. Lo sé porque yo siento ese miedo por Zahira.

—¿Todavía? —preguntó Evan, extrañado y asustado a partes iguales—. ¿Y la presión en el pecho? —se estrujó la camisa a la altura del corazón—. ¡Es horrible, joder! Cuando la miro, cuando pienso en ella, cuando me sonrío... ¡Joder! —se pasó las manos por la cabeza de nuevo—. ¿Y si me abandona otra vez? —paseó sin rumbo por la estancia—. ¿Y si no es suficiente para ella lo que yo siento? ¿Y si en el hospital consiguen que se aleje de mí otra vez? ¿Y si no soy lo suficientemente bueno para ella? ¿Y si me equivoco? ¿Y si lo fastidio? ¿Y si...?

—Tan inteligente para unas cosas y tan estúpido para otras —sonrió con suficiencia—. Si existiera el manual perfecto del amor, ya te lo hubieras empollado y ahora no estarías así —se rio abiertamente.

—Eso seguro... —jadeó, recostándose sobre la pared.

—Vas a tener ese miedo siempre, Evan. Es inevitable. Pero tendrás que arriesgarte, porque el amor es eso.

—¿Sabes por qué tengo tanto miedo? —lo miró, atormentado—. Porque con Rose no sirven las palabras, ni siquiera un *te amo*... ¿Cómo le dices a un

mujer así que la amas? Y tampoco valen los clásicos —enumeró con los dedos —: odia los piropos, las flores, los bombones y las citas —dejó caer los hombros, derrotado—. Y, claro, con una mujer así, el riesgo es mil veces mayor, y eso es proporcional al miedo. Bueno, ahora sí quiere citas, pero solo hemos tenido una y salió mal —sonrió—. Es única. No hay nadie como ella. No es normal ni siquiera vestida de novia.

Ambos se rieron.

—¿Por qué no os escapais un fin de semana? —le sugirió Bastian—. Nosotros cuidamos de Gavin. Os lo merecéis.

Evan lo pensó. Todo en su relación había sido planificado por terceras personas. No se arrepentía de nada, pero la realidad era la que era. Y cada vez que avanzaban entre ellos, siempre surgía algo que los desestabilizaba.

Su mujer quería una cita, pero Rose era diferente, así que la cita debía de ser diferente. Abrazó a Bastian en un arrebato de felicidad, sacó el móvil del bolsillo del pantalón y telefoneó a Kaden.

—¿Qué quieres, Evan? —su saludo de siempre.

—Oye, Kad, ¿podrías decirme si el fin de semana que viene lo tiene libre Rose?

—Perdona... ¿Quién?

—Rose.

—¿Quién? —repitió en un tono irónico.

—¡Rose, joder! ¡Te estoy hablando de Rose!

Su hermano pequeño soltó una sonora carcajada.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—¿Tienes fiebre?

—Que si tengo... —se pellizcó el puente de la nariz—. ¿Me lo dices tú o tendré que averiguarlo yo?

—Es la primera vez que te oigo llamarla por su nombre —suspiró, teatrero—. Qué pena que no lo esté grabando...

Evan se ruborizó y le dio la espalda a Bas, porque estaba escuchando la conversación y también se estaba riendo sin disimulo.

—Contéstame, Kaden —le exigió en un gruñido.

—¿Por qué no se lo preguntas tú? Hoy ha estado distraída, no sabrás tú la razón, ¿verdad?

—Quiero darle una sorpresa y necesito saber si el fin de semana que viene lo tiene libre sin que ella se entere.

Kad permaneció en silencio unos segundos.

—*El fin de semana que viene lo tiene libre; el de la gala, creo que no.*

—¡Perfecto! —exclamó Evan, efusivo—. Gracias, Kad —colgó.

Estuvo la siguiente media hora con el iPhone pegado a la oreja, organizando la cita y rezando, a la vez, por acertar en el lugar.

Rose y Zahira llegaron dos horas más tarde, pasada la cena. Él ya estaba tumbado en la cama y simuló estar durmiendo. La mandarina lo envolvió un instante después.

—¿Evan?

Pero Evan no se inmutó, a pesar de que el corazón se le iba a salir del pecho.

Ella se quitó los tacones y caminó descalza hacia la cuna.

—Dulces sueños, gordito. No he podido venir antes, pero te prometo que mañana, en cuanto termine de trabajar, no me despegaré de ti.

Él reprimió las ganas de sonreír. Le encantaba oírla y verla con el bebé. Adoraba cuando lo llamaba *gordito*. Rose era una madre tierna, segura, atenta y, sobre todo, tranquila. El niño podía llorar, darse un golpe o estar enfermo, que ella no se alteraba, sino que lo cuidaba con una preciosa sonrisa apacible y tal cariño que tanto Gavin como Evan se derretían.

Entreabrió los ojos con cuidado de no ser descubierto. La vio alejarse de la cuna y entrar en el baño. Cambió de postura: bocarriba. A los cinco minutos, su mujer salía del servicio en ropa interior.

¡Joder! ¡Cierra los ojos, campeón!

Obedeció a su inteligente vocecita interior, pero dejó una ranura, incapaz de no admirarla. Su largas piernas eran una belleza aparte... Las pequeñas braguitas de seda blanca y el sujetador a juego lo turbaron. Su erección aumentó sin medida.

Dos minutos más tarde, se unía a él en la cama, pegándose a su cuerpo y besándolo en la mejilla.

—Qué guapo eres, mi guardián —lo besó de nuevo y apoyó la cabeza en su hombro, entrelazando una pierna con las suyas y posando una mano a la altura de su corazón.

Él se mordió la lengua para no jadear de placer y gritar de amor. Y se quedó dormido.

De madrugada, apagó el despertador del móvil, gruñendo. Estaba demasiado a gusto y calentito como para querer levantarse. Entonces, Rose se estiró como una felina demasiado sugerente...

Todos los días igual... Esto es insoportable... ¿Cómo puede ser tan sexy?

Me va a tocar ducharme con agua helada, ¡como cada jodida mañana!, pero hoy va a merecer la pena... Hoy mi rubia no se va a escapar...

Evan, todavía con los párpados bajados, arrastró la mano que tenía en las caderas de ella hacia su costado. Aspiró su mandarina, le retiró el pelo del cuello con la nariz y la besó debajo de la oreja. Estaban de perfil, la espalda de Rose se retorcía en su pecho.

—Evan... —gimió, somnolienta.

Él continuó con los ojos cerrados, depositando castos besos en su cuello. Tenían tiempo suficiente antes de que el bebé reclamase el biberón, por lo que la movió y se tumbó encima, entre sus piernas, agradeciendo en silencio que el camisón se le hubiera arremolinado en los muslos durante la noche. Siguió besándola en el cuello, intercalando la lengua con los labios. Lo recorrió entero, cada milímetro, mientras Rose le pasaba las manos por la cabeza y de su garganta brotaban murmullos ininteligibles.

Estoy hambriento...

Evan respiraba de manera irregular, apoyado en los codos para no aplastarla. Descendió una mano por encima de la seda hacia el dobladillo. La introdujo por dentro y la atrajo hacia sus caderas.

—En la cama... —sollozó ella.

—Sí, rubia —le dijo con la voz ronca sobre la piel de su escote—, en la cama... Te voy a comer enterita en la cama. Hoy sí.

Le subió el camisón y se lo sacó por la cabeza. Regresó a su cuello, pidiéndole con la nariz que girara el rostro. No llevaba sujetador, y sus senos erguidos lo sentenciaron al desvarío.

Y cumplió su palabra.

Evan le besó la clavícula... le mordió el hombro... le lamió el escote... delineó con la lengua sus senos... y los engulló, famélico, sediento y desbocado, temblando. Utilizó los dedos en uno y los dientes en otro, alternando cada poco, devorándolos como un loco. Y su mujer... Su preciosa mujer jadeaba, agitándose tan inquieta por el placer que recibía que él comenzó a resoplar como un animal, conteniéndose para no rugir y despertar al niño.

Por favor, que Gavin no se despierte... Por favor... Por favor... Por favor... Necesito esto...

Bajó por su abdomen, bordeó su ombligo y continuó hacia su vientre, deslizándose Evan, a su vez, por el colchón, hacia abajo. Rose tenía los ojos cerrados y la nuca arqueada, no paraba de mover las piernas, doblándolas y

estirándolas sin control. Él se incorporó de rodillas y le retiró las braguitas lentamente, tocándola con los dedos, angustiándola aposta. Ella protestó. Él sonrió con malicia. Lanzó la seda sin miramientos y se inclinó hacia su tripa con las manos a ambos lados de su distinguida cintura. Posó los labios en su piel y los dirigió hacia las caderas, besándolas de izquierda a derecha... de derecha a izquierda...

—Eres increíble... —susurró Evan, apenas sin voz. Estaba subyugado a su belleza, a su candor, a su entrega...—. Tan suave... Tan condenadamente bonita...

Cuando alcanzó sus ingles, Rose abrió los párpados de golpe.

—Evan... —se tensó, asustada.

Él la miró sin detenerse, porque no iba a parar.

—Confía en mí, rubia.

Siguió rozando su cuerpo con la boca húmeda hacia la cara interior de sus muslos: primero uno... luego otro... Su mujer se relajó, pero ladeó la cabeza en su dirección y entornó su brillante mirada, sin perderlo de vista.

—Solo... en... ti...

Evan se acomodó. Con los hombros, le indicó que se expusiera aún más a él, de forma delicada, pero decidida. Le apresó el trasero con las manos, masajeándolo, estimulándola todavía más, a juzgar por la manera en que apretaba los labios para no gemir ruidosa. Contempló sus exóticos ojos, que traspasaron su piel hasta clavarse en su corazón. Bajó los párpados y descendió despacio hacia su intimidad.

Y ambos fallecieron...

Joder... Definitivamente he muerto...

Evan cerró los párpados y... la idolatró. Se adueñó de su inocencia siguiendo sus instintos. Sí, era la primera vez que besaba ese preciado tesoro a una mujer. Inocencia en estado puro. Y era extraordinario... Se alegró infinitamente por haberse reservado para su rubia.

Notó cómo Rose se deshacía, cómo se acercaba al abismo, arqueándose hacia su boca con frenesí, delirante por el goce que estaba experimentando. Él estuvo a punto de estallar en los pantalones del pijama cuando ella, al fin, halló su ansiada liberación... Evan jadeó, fue inevitable. Rose se derritió gracias a él y eso supuso el mayor placer que jamás había sentido.

Besó sus muslos con ternura, se incorporó y se tumbó de nuevo sobre ella. Sonrió, sosteniendo su peso para no hundirla. Estaba dolorido más allá del límite, pero no le importaba.

—Eres tan dulce, rubia —le susurró al oído, rozádoselo con los labios—. Me encantas...

Rose le envolvió la cintura con las piernas debilitadas y lo abrazó por el cuello. Evan le besó la mandíbula, la mejilla, las cejas...

—¿Te cuento un secreto? —le preguntó él, acariciándole la nariz con la suya.

Ella asintió.

—Nunca lo había hecho —confesó Evan, con los pómulos ardiendo.

—Pero si tú... tú... —balbuceó, cubriéndose la boca con las manos.

—Te contaré otro secreto —sonrió con cierta timidez—. Para mí, los besos son especiales. Y lo que acabo de hacer ha sido besarte.

—¿Por qué yo? —su voz se quebró por la emoción.

—Ya te lo dije una vez —acortó la escasa distancia—: eres una pieza única.

—Evan... —le acarició el rostro, seria—. No me dejes nunca... —le temblaron los labios.

—Nunca, Rose —contestó con rudeza—. Nunca.

Una lágrima descendió por su rostro y él se la besó. Y la abrazó. Rose emitió un sollozo entrecortado y lo apretó con fuerza. Evan escondió la cara en sus cabellos desordenados. Permanecieron en esa postura, sin despegarse, hasta que el bebé soltó un gritito agudo seguido de un llanto desconsolado.

—Yo le daré el biberón —anunció él, levantándose.

Ella se dirigió desnuda al baño.

—Buenos días, bribón —saludó Evan a su hijo, cogiéndolo en brazos. El bebé se calmó de inmediato y sonrió al reconocerlo—. Tienes hambre, ¿verdad? Uf... Yo, también...

—¡Hola, cariño! —la saludó Cassandra, en la recepción de la planta de Neurocirugía.

—¡Hola! —correspondió Rose, sin esconder la felicidad que la abrumaba desde que se había despertado, de madrugada, en los brazos de su ardiente marido.

—Espero que no te importe que haya venido sin avisar. ¿Tienes un descanso?

Kaden, a su lado, besó a su madre en la mejilla.

—Bajad a la cafetería —les dijo él, con su sonrisa tranquila—. Es la hora del almuerzo y esto está tranquilo. Bastian, Evan y yo no tardaremos.

La señora Payne se colgó del brazo de Rose y se marcharon, encantadas. Se acomodaron en una de las mesas de la terraza acristalada. Todos a su paso saludaban a Cassandra con respeto y admiración. La mujer respondía con una sonrisa deslumbrante. Era muy conocida, no solo a nivel social y porque fuera la madre de los tres mosqueteros, sino porque había sido una cirujana de gran reputación cuando había ejercido la profesión.

—Llamé a tu madre —le contó Cassandra—. Me dijo que intentarían venir, pero que no me lo confirmaba porque tenía que preguntárselo a tu padre.

Rose agachó la cabeza.

—La echas de menos —afirmó su suegra, acariciándole las manos.

—Mucho... —se le formó un nudo en la garganta.

—Los invité a quedarse en casa en vez de en un hotel —frunció el ceño—. No me parecía bien. Son tu familia, independientemente de que... —se detuvo de sopetón.

De repente, unos brazos rodearon la cintura de Rose; esta giró el rostro y observó a Evan, arrodillado a su lado. No pudo disimular la tristeza que la invadía. Él arrugó la frente y la escrutó.

—Estoy bien —mintió ella, al percibir su preocupación.

Él enarcó una ceja sin creerla en absoluto. Rose suspiró de forma entrecortada.

—Calcetín... —pronunció ella en un hilo de voz.

Evan no tardó ni dos segundos en levantarse y arrastrarla fuera de la cafetería. Se dirigieron a un rincón oscuro para que nadie los molestara o los vigilara, detrás de las escaleras. Él apoyó las manos en la pared a ambos lados de sus hombros, encerrándola adrede.

—No creo que mi familia asista a la gala —declaró Rose, desviando la mirada—. Tu madre los ha invitado a su casa, pero mi madre ha dicho que todo depende de mi padre, así que... De todas maneras, tengo guardia ese día.

—Cámbiala.

—Evan, no puedo. Es Amy quien asigna las guardias y el fin de semana pasado y este que viene los tengo libres. Me tocan dos seguidos de trabajo y dos seguidos libres.

—¿Desde cuándo una enfermera trabaja diecinueve días seguidos? —entornó los ojos, enfadándose poco a poco—. Eso va en contra del reglamento. Desde que has entrado a trabajar aquí, solo has descansado cuatro

días y llevas un mes. Hablaré con Amy.

—¡No! —lo sujetó de las solapas de la bata—. ¿Crees que no sé que me están probando? No soy estúpida, Evan. Soy la única que hace fines de semana de guardias seguidos y que trabaja diecinueve días para tener dos libres. Todas mis compañeras se turnan. Ninguna hace más de uno mensual. Lo sé.

—Y, ¿por qué lo permites? —estalló. Retrocedió y se pasó las manos por la cabeza—. Me da igual lo que digas, hablaré con Amy. ¿Lo sabe Kaden?

—No lo sé —se recostó en la pared, derrotada.

—¿Qué más? —reclamó él, cruzándose de brazos—. ¿Qué más te están haciendo?

—En realidad, solo he trabajado cuando estuve en el turno de noche —le confesó Rose, ofreciéndole el perfil.

—¿Qué significa eso? —la agarró de la muñeca y la obligó a darse la vuelta.

—El primer día, Amy me dijo que estaría bajo la supervisión de Savannah, que yo no haría nada excepto obedecer a Savannah, hasta que Amy creyese conveniente que estoy capacitada para enfrentarme sola a los pacientes de manera profesional.

—¿Se puede saber quién cojones se cree Amy que es? ¿Y te pone con Savannah? ¿Es una puta broma? —alzó los brazos al techo y los dejó caer.

—No es ninguna broma, te lo aseguro... —se tiró de la oreja izquierda—. Evan, no quiero que hagas nada. No necesito que seas mi guardián en esto, ¿de acuerdo? —se enojó—. Sé luchar solita mis propias batallas.

—¡Pues quién lo diría, joder!

La contempló, todavía más furioso, un largo rato.

—He respetado siempre todas tus decisiones —señaló Evan con voz contenida. Apretaba los puños—. Antes de irnos a Los Hamptons, me pediste que no me inmiscuyera en tu trabajo. En tu primer día, me echaste de Neurocirugía. Y no se me olvida —arqueó las cejas— que me exigiste tiempo y espacio y que te cambiaste de turno durante dos semanas para no cruzarte conmigo. Y todo lo hiciste pensando únicamente en ti. Yo te di igual —rechinó los dientes—. Lo siento por ti, pero ahora tomaré cartas en el asunto. Se acabaron los juegos —acortó la distancia y la cogió por los hombros—. Eres mi mujer y no voy a permitir más mierdas sobre ti. Y, sí, soy tu guardián, no te atrevas a negarlo una segunda vez —la soltó y se fue como un vendaval.

Ella, atónita, regresó a la mesa. Su marido no estaba. Tampoco preguntó por él. Comieron una ensalada. Después, se despidieron de Cassandra en la

puerta principal del hospital y cada uno volvió a su trabajo.

Sin embargo, cuando Rose se acercó a la sala de descanso para prepararse un café, encontró a Amy y a Savannah cuchicheando.

—Tú —le dijo, sin educación, su jefa, apuntándola con el dedo índice y echando humo por todos los poros de lo enfadada que estaba—. Te crees una reina, ¿eh?

La rodearon. Ella no se amilanó ni se inquietó, sino que suspiró con desgana.

—Lo único que voy a consentir es que hagas una guardia de un fin de semana al mes como las demás —prosiguió Amy, colorada por la rabia—. Nada más, *vaca Payne*. Continuarás como hasta ahora, bajo las órdenes de Savannah y de mí, porque yo así te lo mando como tu jefa que soy.

¿Vaca Payne?

Rose se echó a reír. ¡Qué poco la conocían!

—Evan no tardará en buscarse a otra —escupió Savannah, sacando pecho—. Eres una vaca cornuda, o lo serás dentro de poco.

—Pues aquí la *vaca Payne* —se señaló a sí misma, sonriendo con satisfacción— se ha casado con vuestra mayor fantasía frustrada. Y me lo pidió él. De hecho —levantó una mano para enfatizar—, al principio lo rechacé —avanzó hacia Savannah—. Tú te abriste de piernas igual que yo, ¿no? Esas fueron tus palabras exactas. Pues, ¿sabes qué te digo yo a ti ahora? —se inclinó, sin perder la diversión—. Se ha casado conmigo, no contigo, por algo será, Savannah. Y, obviamente —se giró para enfrentarse a Amy—, contigo no llegó ni a eso —caminó hacia la puerta.

—Soy tu jefa, te exijo respeto.

—Y lo estás teniendo, Amy —le contestó con tranquilidad. La miró—. Tú me has insultado y yo a ti, no.

—¡Eres una puta vaca asquerosa! —le gritó su jefa, colérica.

—¿No se te ocurre algo mejor? —se carcajeó ella.

Patéticas y ridículas... ¡Vaya par!

—¡Putas vacas asquerosas y cornudas! —convino Savannah, demostrando carecer de personalidad.

—Os repetís —Rose les dedicó una mirada divertida—. No me afectan vuestros insultos, ni siquiera que me hagáis trabajar más que a ninguna, porque, cuando me despierto cada día, lo hago entre sus brazos y con nuestro hijo al lado. Solo por eso, merece la pena sacrificarme en el hospital y soportar vuestra presencia. Y, ¿sabéis más? —ladeó la cabeza—. No he

utilizado mis influencias porque quería hacerme valer como la excelente enfermera que soy —colocó las manos en la cintura y adelantó una pierna—, pero me acabo de dar cuenta de que no necesito demostrar nada, y mucho menos a dos verduleras como vosotras, por mucha jefa que seas, Amy, así que se acabó. Soy la mujer de Evan y la cuñada de Kaden y Bastian, aceptadlo y asumidlo porque eso no va a cambiar.

Salió al pasillo sin darles la oportunidad de responder. Se le quitaron las ganas del café. No estaba intranquila, de hecho, se sentía realmente bien. Por primera vez desde que regresó de Europa, el pasado de su marido quedó relegado a eso, al pasado. Él la amaba, aunque no se lo hubiera confesado, ni ella le hubiera declarado sus sentimientos; al fin y al cabo, Evan y Rose no eran una pareja normal... Las palabras se marchitaban, pero los gestos y las miradas podían fundir el hielo, y ella se derretía en su presencia. Sonrió, con las mejillas coloradas, al recordar el último despertar...

Cuando se acercó a recepción, su jefa, que la había seguido, se situó a su derecha.

—Tiene que ser genial ser la mujer del mosquetero mujeriego Evan Payne —le comentó Amy con ironía, sonriendo con malicia y en un tono lo suficientemente alto como para que la oyeran todos los que estaban a su alrededor—. Te felicito. ¿Cómo llevas eso de cruzarte con sus amantes? Se ha acostado con casi todo el General. Te admiro —aplaudió, consiguiendo la atención de los presentes, ya fueran visitas de los pacientes o empleados—. Si yo trabajara en el mismo hospital que él, no me atrevería a levantar los ojos del suelo. Menuda vergüenza... ¿Qué se siente al ser la que se sale de su regla inquebrantable? Eres rubia y estás gorda —estiró el cuello—. Se casó contigo solo por el bebé, si es que es suyo... —soltó una carcajada.

¡Oh, no! ¡Eso sí que no!

La ira la poseyó. Notó cómo se le inyectaban los ojos en sangre. Su cuerpo se incendió.

—Retira tus palabras ahora mismo, Amy —sentenció Rose, sombría.

—Solo he dicho la verdad. Eres una puta vaca asquerosa y cornuda.

Se escucharon exclamaciones de asombro.

—Eso me da igual —se contuvo para no insultarla—. Lo de mi hijo.

Amy se echó a reír.

—¿Evan se ha hecho las pruebas de paternidad? —insistió su jefa, retirándose el lacio cabello de los hombros con coquetería—. ¡Venga ya, Rose! Es bastante patético que hayas acorralado a un hombre como él de esa

manera. ¿No te fuiste a Europa con el empresario James Howard? Eso tiene un nombre... —se golpeó la barbilla con dos dedos, fingiendo pensar en la palabra—. ¿Hace falta que lo diga? —dibujó una amplia sonrisa en su rostro—. A saber quién es el padre de...

Rose la abofeteó tan fuerte que le cruzó la cara. Amy se cubrió la mejilla, enmudecida y asustada. El silencio reinó en el lugar.

—Vuelve a dudar de mi hijo y no me controlaré, porque no será una bofetada lo que recibas, ¿entendido, *jefa*? —emprendió la marcha por el corredor en dirección a la habitación de Nicole Hunter, pero Amy decidió cometer un terrible error...

—Solo un hombre como Evan es capaz de estar con una puta vaca como tú.

—¿Y cómo es Evan, Amy? ¡Ilústrame! —desplegó los brazos en cruz.

—Un cualquiera a quien le vale cualquiera —bufó, indignada y resentida.

—Ay, Amy... —meneó la cabeza—. Ni mi marido es un cualquiera ni le vale cualquiera, porque si le valiera cualquiera se hubiera acostado contigo, y no lo ha hecho. Nunca.

No tuvo tiempo de darse la vuelta, cuando su jefa acertó la distancia y agarró su coleta.

—¡Ay! —exclamó Rose—. ¡Suéltame!

Una enfermera corrió por el pasillo y otra se perdió de vista por las escaleras, alarmadas las dos. Pero eso no detuvo a Amy, porque esta tiró con fuerza de su pelo hacia atrás para empujarla hacia delante, provocando que se cayera de bruces contra el suelo. Sus rodillas se resintieron.

¡Esta zorra se va a enterar!

—Serás... —se levantó y se lanzó hacia su jefa.

Se olvidaron del lugar donde se encontraban y se defendieron como dos tigresas salvajes. Trastabillaron y rodaron por el suelo. La rabia que inundaba a Rose era la misma que poseía a Amy.

—¡Separadlas! —gritó una mujer—. ¡Que alguien haga algo!

Varios se aproximaron con dicho propósito, pero ellas estaban demasiado enzarzadas, por lo que se formó un círculo en torno a las luchadoras.

—¡Amy, Rose, ya basta! —clamó un hombre, a lo lejos.

—¡Largo de aquí! —vociferó otro.

Su jefa estaba a horcajadas sobre ella, que intentaba frenar sus ataques. La coleta se le había deshecho y los mechones que bailaban libres y en remolino por su rostro le impedían ver con claridad. Consiguió aferrar por las muñecas a Amy y girar, quedando encima. No la golpeó, a pesar de que era lo que más

deseaba, sino que procuraba sujetarla, pero su jefa pataleaba y se retorció con saña, incluso quiso morderla.

De repente, alguien la levantó por las axilas y Kaden incorporó del suelo a Amy de malas maneras.

—Suficiente, rubia —le susurró ese alguien al oído, abrazándola por la cintura en el aire, y pegándola a su cuerpo.

—Evan... —volvió el rostro y lo vio. El enfado se evaporó al fijarse en su sonrisa pícaro—. Evan, yo... —la vergüenza la inundó.

—No te disculpes, gatita —ocultó una risita—. Al menos, no conmigo.

Ella se sonrojó y agachó la cabeza.

—Las dos, a mi despacho. Ya —gruñó Kad, antes de caminar a paso firme por el corredor, junto a la jefa de enfermeras, que se ajustaba el uniforme para parecer presentable.

¡Pero ¿qué he hecho?! ¡¿Desde cuándo soy así?! ¡Me ha visto todo el hospital!

Evan soltó despacio a Rose, se agachó y recogió su goma del suelo. A continuación, se colocó a su espalda y, con mimo, le peinó los cabellos en una coleta alta y tirante. Entrelazó una mano con la suya y la guio por el pasillo ante la pasmosa mirada de los visitantes y del personal del hospital, algunos procedentes de otras plantas. Ella estaba tan nerviosa por la reacción de Kaden, por su propio comportamiento, que se tiraba de la oreja izquierda sin descanso.

Entraron en el despacho del jefe de Neurocirugía. Evan cerró tras de sí y se recostó en la puerta, cruzado de brazos y mordiéndose el labio para no sonreír. Las dos enfermeras se situaron frente a Kad. Amy se irguió, mostrando la característica frialdad de sus ojos negros. Rose se encorvó, sintiéndose fatal por su cuñado, que la observaba con evidente decepción.

—¿Necesito llamar a algún testigo —preguntó Kaden con la voz contenida—, o seréis capaces de explicarme lo que ha pasado sin sacar las uñas otra vez? ¿Amy?

—¡Me ha abofeteado sin razón! —exclamó, señalándola con la mano.

—¿Sin razón? —repitió ella con incredulidad—. Me has insultado primero a mí —enumeró con los dedos—, después, has insultado a mi hijo y, luego, has insultado a mi marido. Eso son tres motivos —la miró con un odio inmenso.

Su marido estalló en carcajadas.

—¡Evan! —se quejó Kad—. Fuera de aquí.

—Vamos, Kad...

—He dicho que fuera de aquí. Y llévate a Rose. Primero, hablaré con Amy.

—Ven conmigo, rubia —le dijo Evan, tomándola del codo para arrastrarla de vuelta al pasillo—. ¿Estás bien? —la sujetó por la nuca para comprobar que no tuviera ningún golpe o arañazo.

Rose le ofreció la espalda.

—No, no estoy bien —declaró ella, abatida—. Kaden tiene que odiarme... Qué vergüenza, Evan... —se tapó la boca—. Yo no soy así...

Él la atrajo hacia su pecho, rodeándola por las caderas, y la besó en la sien.

—Se le pasará, estate tranquila. ¿Qué ha ocurrido?

Le relató los hechos, sin omitir detalle. Justo cuando terminó, Amy salió.

—La próxima vez que toques a mi mujer, le hagas daño de algún modo o insultes a mi hijo, Amy —sentenció Evan, en un tono tan frío que hasta Rose se sorprendió—, haré que te despidan y que no te contraten en ningún hospital de Boston.

—¿Me estás amenazando? —entrecerró los ojos.

—Te estoy avisando de lo que sucederá si te atreves a perjudicar otra vez a mi familia —besó a su mujer en el cuello—. Límitate a trabajar, que para eso estás aquí.

—Tú no eres nadie para ordenarme nada —le escupió Amy, colorada por la rabia que sentía hacia el matrimonio.

Él la soltó y se colocó frente a la jefa de enfermeras. Introdujo las manos en los bolsillos del pantalón del traje y sonrió con serenidad.

—Vuelva al trabajo, enfermera Clark, se lo ordena —recalcó con excesivo énfasis— el jefe de Oncología.

Amy se sobresaltó por la formalidad de sus palabras y se marchó.

La pareja entró en el despacho de Kad, que en ese instante colgaba el teléfono fijo del escritorio.

—Rose... —comenzó Kaden. Estaba consternado—. Jordan me acaba de llamar pidiéndome explicaciones por lo ocurrido. No puede dejarlo correr, por mucho que le pese en relación a ti. Ya se ha enterado todo el hospital —se revolvió los cabellos y caminó hacia la ventana, al fondo. Suspiró y la miró con gravedad—. Amy descende de categoría. Al ser la jefa, su culpa en la pelea es mayor porque debía haber dado ejemplo. Y no se le abre un expediente porque ni Jordan ni yo queremos abrírtelo a ti, pero, a partir de este momento, Amy deja de ser la jefa de enfermeras de Neurocirugía. Se lo comunicaré ahora.

—¿Y yo? —le preguntó, en un hilo de voz.

—Quitarle el puesto va a suponer un problema más para ti, Rose. Quizás, lo mejor sea que cambies de planta —se encogió de hombros—. Así evitaremos más problemas.

—Estoy a gusto aquí...

—Jordan me ha cedido tu castigo a mí. Y yo... —respiró hondo—. Te lo cedo a ti.

Rose alzó las cejas. Evan sonrió.

—Eres mi cuñada —señaló Kad, sonriendo también— y mi amiga, así que no puedo castigarte ni ser imparcial. Soy un jefe horrible, ¿eh? —hizo una mueca cómica.

Ella soltó una risita.

—Haré lo que tú me digas, jefe. De verdad que siento mucho lo que ha pasado...

—Sé que fue Amy quien empezó —le dijo Kaden—, pero soy el jefe de la planta y tampoco puedo dejarlo correr, no sería ético ni profesional —ladeó la cabeza—. Te asignaré a una enfermera que no sea Savannah durante un mes. Después, te someteré a un examen como si fueras una enfermera en prácticas, ¿de acuerdo? No tendrás problema porque te lo haré yo mismo y porque eres una de las mejores, y con diferencia —le guiñó un ojo—. Además —levantó una mano—, la enfermera que te supervise tendrá que hacer un parte diario de tu actividad. Es decir, tu castigo es un mes de prueba.

—Es un buen castigo —convino Evan, feliz por la decisión.

—Gracias, Kaden —le aseguró Rose, conmovida por tener un cuñado y un amigo tan bueno.

Ella y su marido salieron al pasillo.

—¿Estarás bien? —se preocupó él, tomándola por las mejillas—. Mándame un calcetín antes de sacar las uñas, gatita —se carcajeó—. Nos vemos luego —la besó en los labios—. Por cierto —la abrazó por la cintura—, te debía una cita, ¿no?

—¿Cuándo, soldado? —enroscó las manos en su cuello.

—El viernes por la noche. Saldremos directamente del hospital. Bastian y Zahira cuidarán de Gavin, ya hablé con ellos.

—¿Adónde vamos? —se mordió el labio. Su corazón se disparó.

—Es una sorpresa —la besó de nuevo, dulce y tentador.

—¿Un... secreto? —articuló Rose en un suspiro entrecortado.

Su marido la devoró con esos ojos de puro chocolate, que relampagueaban,

erizándole la piel. A ella se le doblaron las rodillas.

—Siempre nuestro secreto —afirmó él, en un áspero susurro.

—¿Y tengo que vestirme de alguna manera especial?

—Como tú quieras —sonrió, enigmático—. No vamos a ningún sitio de etiqueta. Creo que te gustará.

Se besaron una última vez y se despidieron.

Sin embargo, Rose decidió bombardearlo con mensajes el resto de la tarde.

R: *Dime dónde, soldado, por favor...*

E: *Te daré una pista: no es una cita normal.*

R: *¿Y eso qué significa?*

E: *Te confieso que tengo un poco de miedo...*

R: *¿El famoso Evan Payne tiene miedo a una cita?*

E: *Tengo miedo porque no es fácil impresionarte, rubia. Odias las citas, las flores, los bombones y los besos de despedida. Contigo hay que esmerarse. Y, no, nunca he tenido una cita así con nadie, por si te lo preguntas. Solo espero no equivocarme...*

Se derritió...

Y derretida estuvo el resto de la semana, hasta el temido viernes. Se había traído al hospital el conjunto de ropa en una bolsa de piel, que luego Kaden se llevaría al apartamento para no tener que cargarla ella en la cita.

—Hoy es la gran noche, ¿no? —le dijo Tammy, con una sonrisa adorable.

Tammy era la enfermera que Kad había elegido para que la supervisara en su mes de castigo, la misma a quien habían ascendido a jefa de enfermeras de Neurocirugía tras el descenso de Amy. Era el encanto personificado, amable, educada y cariñosa. En cuanto al físico, era rubia ceniza de pelo muy corto, ojos azules, alta y esbelta, considerada una de las mujeres más atractivas del General. Tenía treinta y ocho años y estaba soltera y sin compromiso, aunque más de uno babeaba por ella.

—Estoy un poco nerviosa —le confesó Rose, cambiando el suero de un paciente que en ese momento estaba dormido y solo en la habitación.

—¿Solo un poco? —arqueó las cejas—. Llevas cinco minutos de reloj para cambiar el suero del señor Ryan —se rio—. ¿Por qué no te tomas un café y te relajas un poco?

Ella asintió y se encaminó hacia la sala de descanso. Su móvil vibró en el bolsillo de su pantalón de uniforme. Era un mensaje. Su interior se

revolucionó.

E: *Abre tu taquilla.*

Siguió su escueta instrucción y descubrió una caja rectangular envuelta en papel rojo. En su interior, había unos tapones para los oídos, un pañuelo azul de seda y una nota:

Guárdalo en tu bolso, porque lo vas a necesitar... E.

Rose reprimió un gritito de felicidad.

Ay, Evan... Todavía quedan tres horas, pero ya es la mejor cita del mundo...

Capítulo 17

Evan estaba apoyado en un lateral del todoterreno de su madre, con los brazos cruzados al pecho, encogido por el horrible frío que aún asolaba la ciudad en el mes de febrero, cuando su mujer traspasó la puerta principal del hospital. En cuanto Rose lo vio, corrió hacia él sin importarle los altos y finos tacones que llevaba, y con una desenvoltura increíble.

Evan sufrió una parada cardíaca, y no fue el único, pues más de uno se giró para admirarla. El abrigo de terciopelo azul no alcanzaba sus rodillas, era corto y muy femenino, ceñido a su cintura y con el cuello alto y rígido. Sus cabellos serpentinos se balanceaban por su espalda. Un bolso pequeño, rectangular y de piel le cruzaba el cuerpo gracias a una cadena dorada. Y sus piernas estaban enfundadas en unas medias tupidas, también azules.

—Buenas noches, soldado —le dijo, antes de besarle la mejilla de forma sonora.

—¿Preparada para nuestra cita, rubia? —se incorporó, la rodeó con un brazo y la pegó a su cuerpo—. ¿Has traído el pañuelo y los taponés?

Ella asintió, ruborizada. Él observó sus labios un instante... y los devoró al siguiente de manera fulminante y feroz, dejándola en el mismo estado ansioso en que Evan se hallaba desde hacía varios días. La soltó y la ayudó a montar en el coche. El chófer de Cassandra, Robert, estaba avisado, por lo que se pusieron en marcha en silencio.

—El pañuelo, rubia —le pidió él, extendiendo la mano. Rose lo sacó del bolso y se lo entregó—. Media vuelta —sonrió, travieso.

Ella frunció el ceño, mosqueada, pero se giró. A continuación, Evan dobló la seda y le tapó los ojos.

—Evan, ¿qué...?

—Es parte de la cita —la interrumpió, anudando los extremos detrás de la cabeza—. ¿Confías en mí? —le susurró al oído.

—No —se mordió el labio.

Él sonrió con malicia. Para Evan, un *no* era un *sí*, ambos lo sabían y se había convertido en un juego, en otro de sus muchos secretos. Le rozó la oreja con los labios, incapaz de resistirse, y entrelazó una mano con la de ella.

Unos minutos más tarde, le indicó que se colocara los tapones. Reprimió una carcajada ante su desconcierto.

—¿Esto es necesario? —se quejó Rose.

—Te diré lo que va a pasar: cuando paremos, te cogeré en brazos, luego te sentaré en un sillón y no podrás quitarte los tapones ni el pañuelo hasta que yo te lo diga.

—¿Qué sillón, Evan? —se tiró de la oreja izquierda.

Él se lo pensó unos segundos y decidió mentirle. Más adelante, descubriría ella misma la verdad.

—El sillón de un coche muy grande.

—¿Nos montaremos en otro coche?, ¿una limusina? Eso es un coche muy grande.

—Exacto, rubia —le acarició las mejillas con los nudillos—. Después, te cogeré en brazos otra vez y te meteré en otro coche; ahí, te quitarás los tapones. ¿Alguna pregunta?

—¿Vas a responderlas?

Evan se echó a reír.

—De momento, es todo confidencial —la besó en la boca—. Ponte ya los tapones.

Ella obedeció y el todoterreno se detuvo.

—Gracias, Robert.

—Un placer, señorito Evan. Que disfruten —sonrió.

—¿Rubia? —la llamó, para asegurarse de que no escuchaba nada.

Como Rose no respondió, él salió del coche, abrió su puerta y la cogió en brazos. Ella se sujetó a su cuello. Caminó un par de pasos y ascendió una escalera móvil para entrar en el nuevo transporte.

—Buenas noches, señor Payne —lo saludó una mujer de uniforme, con una amplia sonrisa. Era morena y pasaba de los cuarenta años—. Por aquí, por favor —le mostró sus asientos.

El personal estaba avisado de que era una sorpresa para su mujer, gracias a su amigo Chase, por lo que nadie comentó nada con respecto al pañuelo, a los tapones o a que la estuviera cargando en actitud romántica. Él la acomodó en un sillón, se sentó a su lado y le quitó el bolso y el abrigo para que estuviera a gusto.

—Evan, por favor...

Pero Evan no cedió. Se deshizo de la chaqueta del traje y se remangó la camisa en las muñecas.

—¿Algo de beber o de comer, señor Payne? —le preguntó la mujer, dejándoles dos mantas y dos almohadas en los sillones de enfrente, bastante separados de ellos.

—Ahora no, gracias.

Se quedaron solos. Él se agachó y descalzó a Rose, que se sobresaltó por el contacto. Le subió las piernas al asiento y la abrazó por los hombros, instándola a que se recostara en su pecho. Ella suspiró profundamente y flexionó las rodillas hacia un lado.

Tal imagen le robó el aliento. Estaba preciosa de azul. El vestido era sencillo, pero refinado, de seda, ajustado en el corpiño, suelto desde la cintura hasta la mitad de los muslos, de manga larga y escote en forma de corazón. Posó una mano en su cadera, cerró los ojos y rezó una plegaria para que se durmiera, porque tenían cuatro horas de viaje...

Y la Bella Durmiente no lo defraudó.

Cuando llegaron a su destino, le calzó los tacones sin despertarla. El abrigo no hacía falta, por lo que se lo colgó del brazo, junto con el bolso y su chaqueta del traje, y la levantó en vilo.

—Que pasen una bonita velada, señor Payne —le deseó la mujer uniformada.

Bajaron otra escalera móvil y se dirigió hacia un hombre que sostenía las llaves de un Aston Martin Vanquish, idéntico al suyo, alquilado por él mismo. El desconocido le abrió la puerta para ayudarlo. Evan metió a Rose en el sillón del copiloto.

—Aquí tiene, señor Payne —le entregó las llaves.

—Gracias —sonrió y se sentó en el asiento del conductor.

Con cuidado, retiró los tapones de los oídos a su mujer, le ajustó el cinturón y emprendió el nuevo trayecto. En apenas unos minutos, aparcó el deportivo. Aprovechando que continuaba dormida, no la despertó y entró en el edificio. Realizó las gestiones convenientes y regresó al coche. Condujo hacia un *parking* subterráneo y apagó el motor.

—Rubia —sonrió y la besó en los labios con suavidad.

—¿Evan? —movió las manos hacia la cabeza.

—Todavía no —se las sujetó y se las besó con dulzura—. Estamos en el coche. Te ayudaré a salir.

La cogió de nuevo en brazos hasta el ascensor, donde la bajó al suelo, rodeándola por la cintura. Tocó la tecla que conducía a la última planta.

—Queda muy poco —le besó el cuello, estrujándole el vestido de las ganas que tenía de acariciarla desnuda.

—Ya merece la pena... —susurró ella, tocándole la cara para situarse y poder besarle en los labios.

Y él se perdió... Fue como si cayera por una cascada y el impacto contra el agua lo revitalizase al fin.

¡A la mierda!

Gruñó y la apretó contra su cuerpo. El beso se tornó voraz enseguida. Rose gimió, enroscándole los brazos en la nuca. Enredaron las lenguas y se embistieron el uno al otro con urgencia. Llevaban demasiados días sin probarse. Se habían echado muchísimo de menos...

La empujó contra una de las paredes, todas eran de espejo, e introdujo las manos por dentro del vestido hacia su trasero, frotándose contra ella a la vez que se curvaba.

El elevador se detuvo, parándolos de golpe.

La tentación de no quitarle el pañuelo, de no salir del ascensor y de hacerle el amor en ese pequeño cubículo era demasiado grande, pero retrocedió y la tomó del brazo. La guio hacia la única puerta existente. Metió la llave electrónica y abrió. Tiró de su mano con suavidad. Encendió las luces.

Y le quitó el pañuelo.

—¡Oh! —exclamó Rose, tapándose la boca por la impresión. Caminó muy despacio, atónita—. ¡Oh, Dios mío! —repetía sin cesar a medida que analizaba el espacio—. ¡Oh, Dios mío!

Evan sintió un glorioso aleteo en el estómago. La siguió por el espacio de doscientos sesenta metros cuadrados exclusivo para ellos.

—Bienvenida a la *suite* presidencial del hotel *Ritz-Carlton* de... —hizo una pausa, adrede, para crearle más expectación. La diversión se apoderó de él—. *Bal Harbour*, Miami.

—Es... Estamos... ¡Oh, Dios mío! —corrió hacia la cristalera que conducía a la impresionante terraza de la *suite*, enfrente de la puerta principal. Salió al exterior para ver la playa bañada por la inmensa luna. Aspiró el aroma del mar y se rio—. ¡No me lo puedo creer! —brincó, emocionada.

Él estalló en carcajadas. La abrazó desde atrás.

La terraza era alargada y curva, de principio a fin de la *suite*, y tenía dos enormes sofás blancos en forma de L, con cojines negros, perfectos para

disfrutar de las vistas y de la tranquilidad del océano.

—Los tapones eran para que no escucharas el avión —apoyó la barbilla en su clavícula.

—Hemos montado en avión...

—Como eres la Bella Durmiente, ni te has enterado —sonrió y la besó en el cuello—. ¿Te gusta la sorpresa?

—¿Que si me gusta? —se giró y le rodeó la nuca. Sus ojos brillaban, parpadeantes. Su voz se enrojeció—. Esto es increíble, Evan... —se ruborizó—. Tú eres increíble —le acarició el pelo—. Gracias, soldado.

El soldado suspiró, entrecortado... No supo quién de los dos estaba más feliz.

—¿Recuerdas a mi amigo Chase?

—Sí.

—Pues su padre es el gerente de una compañía aérea de jets privados, LO Airways. Chase es el director. Hemos volado en uno de ellos —se inclinó—. Nos quedamos hasta el domingo.

—¿Y la maleta? —arrugó la frente—. ¿Y Gavin?

—Gavin está con Bastian y Zahira, en las mejores manos. Los llamaremos mañana antes de irnos de compras —le lamió los labios, enloqueciéndose ambos al instante. Sus respiraciones se alteraron a una velocidad alarmante. Bajó los pesados párpados y le rozó la nariz con la suya lentamente—. Dime... que te gusta la cita...

—Evan... —jadeó, trémula entre sus brazos.

—Dímelo, rubia... —escondió la cara en sus cabellos e inhaló la mandarina, ciñéndola con fuerza—. Joder, qué bien hueles...

El timbre los interrumpió. Se separaron a regañadientes.

—Ponte cómoda —le indicó él—. Yo abriré —se encaminó hacia la puerta.

El servicio de habitaciones traía la cena que había encargado al realizar la reserva. El camarero aparcó el carrito en el recibidor. Evan le dio una generosa propina y cerró. Se llevó el carrito al salón, a continuación del *hall*.

Todas las estancias eran rectangulares. El salón tenía, a la derecha, una televisión ultraplana colgada en la pared; dos sillones marrones, individuales, creaban un área de descanso para leer el periódico, pues los había de varios países, sobre una cajonera alta pegada a la cristalera. En el centro, el comedor, estaba la mesa de madera oscura con cuatro sillas enfrentadas de piel beis, justo debajo de una gigantesca lámpara. Una cocina pequeña, con barra americana y tres taburetes, se situaba detrás del comedor. A la izquierda,

se hallaba un precioso piano de cola negro, pegado a la terraza y colocado de tal modo que quien lo tocara lo haría observando el mar; un sofá en esa pared, junto al piano, servía para acomodar a la audiencia que desease deleitarse con la música.

Condujo el carrito hacia la mesa. Se quitó la chaqueta, que tendió sobre el respaldo de una silla, y se remangó la camisa por debajo de los codos. Colocó los cubiertos, las servilletas de tela y los numerosos platos repletos de deliciosa comida. Había pedido casi toda la carta. Los postres los mantuvo escondidos gracias al mantel blanco que tapaba la última balda metálica del carrito. Había solicitado, también, champán para beber.

—¡Tienes que ver el baño, Evan! —exclamó Rose, corriendo hacia él, descalza y sin medias—. ¡Es maravilloso!

Evan se quedó momentáneamente en *shock* al apreciar sus largas y sublimes piernas desnudas. Se deslizó como un hada. Incluso, él creyó atisbar unas alas en su espalda...

Joder... Ahora tengo visiones... Ay, rubia... ¿Qué me has hecho?

Se acomodaron el uno enfrente del otro.

—Ya ha empezado la cita, ¿no? —quiso saber ella, flexionando las piernas debajo del trasero, para poder impulsarse y llegar a todos los platos.

—Y dura hasta el domingo —sirvió el champán en dos copas.

—Entonces, me gustaría saber cosas de ti. En las citas, se hacen preguntas, ¿no? Tú sabes casi todo de mí, pero yo no sé casi nada de ti.

¿Casi todo? ¿Qué significa eso?

—Pregunta, rubia —le entregó una copa y dio un sorbo a la suya.

—¿Siempre supiste que querías ser médico? —bebió un poco.

—Desde que tenía nueve años —respondió él con una sonrisa nostálgica—. Bas tenía once y Kad, siete. Un día, al volver del colegio, vimos un perro atropellado en la cuneta. Llovía. Me acuerdo perfectamente porque mi madre nunca nos dejaba salir de casa cuando llovía —pinchó un trozo de carne y se lo comió—. Nos escapamos y lo recogimos. Lo escondimos en el cuarto de Bas. Tenía una pata rota, muchas heridas y estaba muy sucio. Le robamos un libro de Medicina a mi padre del despacho e intentamos curarle las heridas y entablillarle la pata, según las fotos del libro. Lo llamamos *BEK*, por las iniciales de nuestros nombres —bebió champán—. Lo escondimos una semana entera, hasta que mi madre lo descubrió y se lo llevó al veterinario sin decírnoslo.

—¿Qué pasó con *BEK*? —se interesó ella, antes de picar un poco de

ensalada.

—Cuatro días después, estábamos jugando en la habitación de Bas cuando apareció *BEK* moviendo el rabo y cojeando. Le habían vendado la pata y le habían puesto un embudo para que no se lamiera las heridas —sintió una punzada en el pecho al recordar al perro—. Mi madre nos abrazó llorando y nos dijo que *BEK* se quedaba con nosotros. El veterinario le había dicho que lo que hicimos, aunque no tuviéramos ni idea —se rio—, le había salvado la vida. Vivió con nosotros doce años —suspiró, tranquilo—. Era nuestro mejor amigo, pero para Bas siempre fue muy especial. Por eso, Zahira le regaló a *Bas Payne* en su primer cumpleaños juntos, la misma raza que *BEK*.

Rose sonrió. Tenía la barbilla apoyada en las manos, con los brazos doblados en la mesa.

—Y a partir de ahí —añadió Evan—, empecé a leer libros de Medicina.

—¡Con nueve años! —se le desencajó la mandíbula.

—Me gustó mucho sentir que ayudé a salvar a *BEK* —se encogió de hombros, despreocupado. Era la primera ocasión en que hablaba sobre su brillante inteligencia sin agobiarse por si otra persona se sintiera incómoda. Por eso, odiaba alardear y evitaba dicha conversación. Pero con su esposa le ocurría justo lo contrario: necesitaba charlar sobre ello—. Y, como todo lo que he leído siempre se me ha quedado grabado enseguida, me resultó muy fácil. Utilizaba mucho el diccionario, porque desconocía la mayoría de las palabras.

—Y, ¿por qué Oncología?

—Siempre estaba colgado de la pierna de mi madre como un koala. No me separaba de ella para nada —soltó una carcajada—. Cuando pasó lo de *BEK*, dejé de colgarme de su pierna porque tenía un libro y un diccionario en las manos —asintió despacio con la mirada perdida—. Ahí fue cuando mi madre se dio cuenta de que mi cabeza iba a otro ritmo —la ladeó—. Me hicieron un test de inteligencia y otro de personalidad. Los resultados establecieron que mi coeficiente intelectual era de ciento sesenta. Mis padres comprendieron muchas cosas.

—¿A qué te refieres? —le preguntó, intrigada, con el ceño fruncido.

—Digamos —gesticuló con las manos— que yo siempre he sido o todo o nada. Nunca me he conformado con un punto medio y he necesitado la perfección absoluta. En el colegio, me ponía muy nervioso porque el profesor tenía que explicar las cosas más de una vez para que mis compañeros lo entendieran, cuando yo lo había comprendido antes de que terminara de

impartir la lección. Me aburría muchísimo —se encogió de hombros de nuevo—. Los profesores propusieron meterme con Bas, pero mi madre se negó —sonrió—. Dijo que yo viviría todo en su momento aunque me resultara más sencillo que a los demás, aunque yo fuera más intenso que los demás, y que ella se encargaría de que estuviera a gusto siempre, enseñándome más cosas después de la escuela.

» Y empezó a llevarme al hospital porque la Medicina me encantaba. Ya no trabajaba, pero la respetaban en el hospital y nos dejaban pasar las tardes allí. Cada día, aprendía una cosa nueva con los libros —se cruzó de brazos en la mesa y recostó la cabeza en ellos—. Me gustaba lo que me explicaba mi madre en el hospital, sí —entornó los ojos, enfocado en los recuerdos—, pero me seguía pareciendo fácil, a pesar de mi edad, o, por lo menos, no me impactaba. Tenía catorce años —hizo una pausa—. Cuando a mi abuela materna le diagnosticaron cáncer, se vino a vivir con nosotros. Mi madre la cuidó las veinticuatro horas del día, y yo, cuando no estaba en el colegio, no me separaba de ellas —se incorporó y sirvió más champán—. Por desgracia, mi abuela murió dos años después. Al no haberse salvado del cáncer, me di cuenta de que la Oncología era un campo con infinitos secretos por descubrir, por investigar —posó una mano en el corazón—. Sentí que la Oncología me necesitaba a mí. Puede parecer arrogante, pero... —agachó la cabeza—. Me sentí como un niño normal que podía aprender algo como un niño normal...

Rose sonreía con tal ternura que Evan dejó de respirar.

—Te habrán hecho estas dos preguntas miles de veces... —le dijo ella, de repente, tímida.

—Eres la primera persona ajena a mi familia que me pregunta algo que no esté relacionado con mi dinero o mis influencias sociales.

Rose se paralizó al escucharlo.

—¿De verdad? ¿Y tus... ligués? ¿A ninguna le ha interesado tu profesión, por ejemplo, o tu niñez? Los hermanos Payne son inseparables, ¡los tres mosqueteros! —alzó la copa en un brindis.

—Mi profesión solo les interesaba en cuanto al sueldo —respondió él, encogiéndose de hombros—, pero, además, soy rico de cuna y miembro de una de las familias más influyentes de la alta sociedad. Eso es lo único que veían en mí. No es gran cosa.

Ella lo observó, muy sorprendida, tanto que inquietó a Evan.

—Solo hay que mirarte un segundo para saber que eres más que físico y dinero, Evan.

Aquello sí que no se lo esperaba... La contempló largo rato sin pestañear y con el corazón apresado en un puño que le prohibía palpar con normalidad.

—¿Creíste eso de mí cuando nos vimos por primera vez? —se atrevió él a pronunciar.

Su mujer se sonrojó y dio un sorbo a la copa.

—Contéstame —le ordenó, sin percatarse de la fiereza que transmitió al hablar.

—Yo... —carraspeó y agachó la cabeza—. Sí —retorcó la servilleta entre los dedos—. No sabía quién eras, me enteré después. No leía las noticias que no fueran sobre salud y medicina, lo demás no me interesaba —se humedeció la boca—. Cuando salí del ascensor, el día que te conocí... —se detuvo unos segundos y alzó los ojos hacia él, cegándolo sin remedio por tanto como relucían—. Estabas hablando con Bastian. Sonreías. Pero, en cuanto te fijaste en mí, dejaste de hacerlo.

—¿El qué? —arrugó la frente.

—Dejaste de sonreír —su semblante se tornó triste—. Me miraste como si... —se mordió el labio inferior, con las mejillas coloradas— como si pretendieras entrar en mí en busca de algo que necesitases desesperadamente, como si quisieras huir de tu propia vida... —se le apagó la voz—. Yo no vi dinero, vi una luz atrapada —se recostó en el asiento—. Es una tontería. Olvida lo que he dicho —hizo un ademán para restar importancia, aunque sin éxito.

—Era justo así como te estaba mirando.

—¿Y encontraste lo que buscabas?

—Sí. Te encontré a ti.

¡Oh, Dios mío!

Evan no había dudado un instante en responder...

—Respira, rubia, que te vas a desmayar —le aconsejó su marido, sonriendo con picardía—. Aunque no me importaría hacerte el boca a boca —le guiñó un ojo.

Rose estalló en carcajadas, relajándose.

—Apenas has probado la cena —comentó él con el ceño fruncido—. ¿Estás cansada?

Ahora mismo no podría dormir ni comer...

—Es muy tarde y mañana nos espera un día bastante ajetreado —continuó Evan, poniéndose en pie para recoger los platos.

—Espera, que te ayudo —le indicó ella, incorporándose.

—No —sonrió—. Vete a la cama. Ya me encargo yo.

Rose suspiró de manera irregular por tantas atenciones. Asintió y salió del salón hacia el dormitorio.

La *suite* era majestuosa, lujosa, enorme y preciosa. Atravesó un salón más pequeño; a partir de ahí, cada sala estaba enmoquetada, muy limpia y perfecta. Los muebles eran marrones, de estilo moderno e innovador, y los sillones, beis como las sillas del comedor. *Chaise longues*, sofás, *pufs*... ¡De todo! Y no había puertas, pero sí vanos enmarcados que separaban las estancias entre sí. Lo que más le gustó fueron las altas plantas que decoraban la *suite*, que se encontraban en huecos abiertos en las paredes, iluminadas con luces blancas de neón, aportando vida y sosiego al lugar.

El dormitorio constituía una belleza increíble, combinando los claros con los oscuros, ofreciendo un hogar lejos de casa. La cama era la más grande que jamás había visto y ocupaba la mayor parte del espacio; las sábanas, los almohadones y el edredón eran blancos con un borde fino a modo de redecilla, beis; los cojines tenían un estampado en tonos marrones claros. Las mesillas de noche, cajoneras, iban a juego con el resto del ornamento de la *suite* y las lámparas eran de gruesa madera con relieves circulares y pantalla amarilla de tela rígida.

Salió a la terraza, a la derecha, donde había una mesita cuadrada con una lamparita para poder escribir o leer; encima de esta, se hallaba un jarrón estrecho y pequeño con flores verdes artificiales, que desprendían un suave olor a menta. Se sentó en una de las dos sillas que flanqueaban otra mesita — esta era redonda y estaba a un metro de la barandilla de cristal—, y flexionó las rodillas al pecho. Sonrió e inhaló el aroma del mar.

Estaban muy altos y no vio vecinos por ningún lado, ni siquiera si se asomaba, a no ser que se inclinara hacia los pisos inferiores. Y la idea de estar en su burbuja particular le arrancó un revoloteo en la tripa.

De repente, una mano le tapó los ojos. Dio un brinco.

—¡Evan! —se asustó.

Él se rio.

—¿Quién creías que era? —le susurró al oído—. Abre la boca, rubia.

Rose obedeció, todavía con las pulsaciones alteradas por el sobresalto. Saboreó azúcar, crema y bizcocho esponjoso. Era...

—Un pastelito de crema... —suspiró, extasiada, al tragar.

Su marido se arrodilló a sus pies. Se había descalzado y remangado los pantalones en los tobillos, además de que se había sacado la entallada camisa por fuera de los mismos. Se le veía tan cómodo, tan despreocupado, tan seguro de su propio atractivo, en especial destilando ese aspecto de interesante informalidad, que a ella se le atascaron las palabras.

—Te he traído otro más, el resto lo he metido en la nevera, porque, si no, te los comes todos de una sentada —bromeó él, y le ofreció el otro pastelito.

Sin embargo, cuando lo fue a coger, Evan lo retiró y sonrió con picardía.

—Abre la boca y no lo muerdas, solo sostenlo entre los dientes.

Ella así lo hizo, con las pulsaciones ya disparadas. Entonces, su marido se apoyó en los brazos de la silla, se inclinó y le arrebató la mitad del dulce en un beso tan lento y sensual que Rose gimió y abrió las piernas para que él se acomodara, pero sin bajarlas al suelo.

—Muy, pero que muy, dulce... —pronunció Evan, ronco, antes de humedecerse la boca como si todavía degustase el pastelito.

Se miraron con los ojos cargados de apetito, deseo y amor... No le hacía falta escucharlo de su boca para saber que la amaba. No sabía cómo explicarlo, porque nada relacionado con él poseía lógica, pero así lo sentía ella. Nunca había experimentado tanto cariño, tantas atenciones, tantos detalles, tanta ternura y tanta pasión de y por una persona. Nunca se había sentido tan hermosa y tan mimada...

Evan la cogió por el trasero y la pegó a sus caderas. Rose lo envolvió con las piernas.

—Sujétate a la silla.

Ella volvió a obedecerlo, aunque con temblores porque su cuerpo vibraba de expectación. Él le subió el vestido hasta sacárselo por la cabeza y sus ojos, negros en ese momento, refulgieron al admirarla en ropa interior, un conjunto de seda azul oscuro con transparencias insinuantes, que estrenaba para la ocasión y en honor a su marido por ser su color favorito. Recostó la espalda en el asiento para que la observara a placer.

—¿Te gusta? Me lo compré para ti.

Él subió las manos por sus brazos, erizándole la piel con las yemas de los dedos, hacia sus hombros. Rose sufrió un escalofrío tras otro.

—Muy sexy —suspiró, mirándola fijamente a los ojos—. Es precioso.

Ella jadeó, más por el halago que por las caricias... Y esa frase jamás se marchitaría como las flores, sino que quedaría grabada a fuego en su alma.

Evan alcanzó las tiras del sujetador y las deslizó despacio hasta donde llegaron, sin quitárselas. Acercó la boca a la seda y lamió un seno, mojando el sujetador. Rose se arqueó, y echó la cabeza hacia atrás. Apretó los reposabrazos del asiento y cerró los párpados.

Él le clavó los dientes. Ella gritó...

Él succionó con fuerza. Ella gritó...

Quemazón y sedante, una mezcla explosiva.

Evan la rodeó por la cintura para atraerla más a su cuerpo, notando Rose enseguida la erección que pugnaba por salir de los pantalones. Le clavó los talones en las nalgas, dominada por esa boca llameante que la estaba conduciendo al desvarío. Y gimió cuando su guerrero utilizó una mano para prodigar al otro pecho iguales atenciones... Y cuando cambió de seno... Y cuando utilizó los dientes para bajarle el sujetador y exponerlos a la fresca noche de Miami...

—Joder... —resopló él, desabrochándole el sujetador para dejarlo caer al suelo—. Podría estar horas adorándolos...

Constituía una parte de su físico que le encantaba de sí misma. En el pasado, a pesar de la anorexia, se había desarrollado antes de tiempo y había heredado el extraordinario pecho de su madre, bonito, suave y alzado a la perfección, como correspondía a su tamaño, incluso a su edad actual.

Y a su marido también le encantaban, pues escondió la cara entre ellos y los besó con mimo candente. Ella se rio entre gemidos.

—Son... un poco... grandes...

—Son perfectos, rubia, perfectos... —y continuó besándolos entre aullidos lastimeros—. Joder... —soltó un gruñido y los devoró, friccionándolos a su vez con los dedos—. Son míos... solo míos...

Y tú eres mío, soldado, solo mío...

Por tal pensamiento, Rose, que ya no aguantaba más, se impacientó, levantó la cabeza y le desabotonó la camisa, aunque estaba tan ansiosa por verlo, por acariciarlo, por perderse en su extraordinaria anatomía, por abandonarse a su protección... que sus dedos temblaron demasiado y tardó. Evan se incorporó y ella se la retiró por los anchos hombros, sin despegarse de la silla. Descansó las manos en su clavícula unos segundos y descendió hacia los pectorales, calcinándose por el intenso calor que desprendía su piel, más bronceada que la suya. Siguió por su abdomen, mordiéndose el labio inferior con saña, admirando su perfección masculina... Él extendió una mano y tiró con suavidad para evitar que se hiciera sangre. Se miraron. Sonrieron, ruborizados los dos,

pero la sonrisa se evaporó.

Y se encontraron a mitad de camino.

Se besaron, agonizando. Se abrazaron y se devoraron como dos salvajes. Evan la sujetó por las caderas y se puso en pie con ella, sin esfuerzo. Rose lo envolvió con el cuerpo, insólitamente agitada. Ninguno despegó su boca del otro. Continuaron besándose, gimiendo y respirando con ese ímpetu tan propio de ellos, solo de ellos...

De repente, Evan la lanzó a la cama. Ella gritó por el susto al notar cómo volaba y aterrizaba en el colchón, rebotando entre los almohadones. Por un instante, se quedó desorientada.

—Desde que he visto la cama, he querido hacer esto —le dijo su marido, sonriendo con malicia.

—A lo mejor debería hacértelo yo también —masculló Rose, tapándose los pechos.

—No puedes conmigo, rubia, soy demasiado... —observó sus senos escondidos— grande —se rio.

—¡No te rías, imbécil! —retrocedió, abrazándose las rodillas.

Evan amplió su sonrisa y le dijo:

—Ven aquí, víbora.

—¡No! —lo encaró, entornando los ojos.

—Mi mujer —se agachó y agarró el borde del edredón con ambas manos—, mis normas. Parece que precisas un recordatorio, señora Payne.

—¡Eres un cavernícola y un machista! ¡Y eso no era una norma, sino una orden! ¡Eres un...!

Pero él tiró con fuerza, arrastrándola hasta el borde de la cama.

—¡Ay! —chilló la joven, tumbada en ese momento boca arriba y con los brazos en cruz.

La estructura era tan alta que las caderas de los dos encajaron a la perfección. Rápidamente, Evan se inclinó, la ciñó por la cintura y la elevó para lanzarla de nuevo hacia los cojines. Sin embargo, en esa ocasión, se tumbó encima de ella y le apresó las muñecas por encima de su cabeza con las dos manos.

—Pregunta sencilla —pronunció él en tono áspero—. ¿Dónde estamos?

—En Miami.

—Frío, frío... —sonrió, a escasa distancia de su boca.

—Estamos en un hotel —lo abrazó con las piernas y se arqueó ligeramente.

—Templado... —le propinó un suave empujón con las caderas que les robó

el aliento a ambos.

Ella gimió.

—Es... Estamos en... una habitación...

—Caliente... —le delineó los labios con la lengua.

—Evan... —cerró los ojos.

—¿Dónde estamos, rubia? —la besó en la mandíbula y fue bajando hacia la oreja.

—En...

—¿Dónde? —le chupó el lóbulo y se lo mordisqueó.

—¡Dios, en una cama! —gritó, apretándolo con los muslos.

—Te quemas...

Y la besó en la boca, embistiéndola con la lengua sin concederle tregua para tomar aire. La soltó para estrecharla entre sus poderosos brazos. Rose le devolvió el beso de forma devastadora. No se quemó, no, se chamuscó... Se acariciaron de un modo descontrolado, se tocaban de manera atrevida, se manoseaban como dos adolescentes inexpertos cegados por sus hormonas disparadas, jadeando de manera escandalosa...

Ella le desabrochó el pantalón y él detuvo el beso y salió de la cama para quitárselo. Se quedó con los *boxer*, blancos con una línea azul oscuro en el borde. Eran de firma y no quiso imaginarse cuánto costaban, le sentaban tan bien... Era elegante hasta en la ropa interior, y hasta en eso también se parecían.

Rose se incorporó de la cama y, coqueta, sonrió y apoyó una mano en su abdomen plano. Comenzó a girar a su alrededor, silueteando los calzoncillos, que se ajustaban a sus caderas, mostrando el inicio de aquella uve enloquecedora de sus ingles. Se colocó a su espalda y le bajó los *boxer* lentamente, muy lentamente... Evan contuvo la respiración. Ella se sentó de nuevo en la cama, recostándose en los codos, sin perder su traviesa sonrisa. Levantó una pierna y posó el pie en el vientre de él. Repitió el movimiento con el otro, procurando ser tan seductora como pudo. Evan sonrió con malicia, se inclinó y le retiró las braguitas... muy despacio.

—Ahora —anunció Rose, retrocediendo hacia el centro del lecho—, ven aquí —se tumbó y alzó los brazos hacia él— y hazme el amor como solo tú sabes, mi guardián.

—Eres tan hermosa... —susurró, embelesado en todo su cuerpo, en su cara...

—Evan... —se quejó, nerviosa por el examen al que estaba siendo

sometida. A punto estuvo de tirarse de la oreja izquierda—. Te quiero aquí...

Evan la miró a los ojos con férrea determinación al contestarle:

—Y yo te quiero solo a ti.

A ella se le nubló la vista y se le formó un nudo en la garganta.

Por favor, que nada ni nadie nos destruya... Por favor...

—Como un bruto, rubia. ¿Eso es lo que quieres? —se acomodó entre sus muslos.

—Sí... —se acercó a su boca. Él bajó los párpados, emitiendo un rugido—. Eso es justo lo que quiero...

Y la besó.

Y se emborracharon de pasión...

Rose lloró al alcanzar el éxtasis, no pudo evitarlo. El amor que sentía por él excedió sus límites. Escondió la cara en su cuello. Evan la abrazó, todavía unidos e intentando recuperar la estabilidad física y emocional.

Ella era feliz, pero había algo en su interior que la pinchaba de forma desagradable, como un mal augurio. Quizás, no se creía que aquello fuese real. Lo apretó con excesiva fuerza, aferrándose a él.

Evan la sujetó por la nuca y la observó con detenimiento, era demasiado perspicaz como para engañarlo.

—Mi Rose —sonrió.

Ella emitió un sollozo al escuchar su nombre. Él se giró para tumbarse bocarriba y acunarla en su pecho. Y se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, Evan la despertó demasiado pronto para su gusto. Hubiese permanecido entre las sábanas muchas más horas.

—Vamos, Bella Durmiente —le azotó el trasero.

—¡Ay! —brincó.

—Te espero en la ducha —le guiñó el ojo y caminó desnudo hacia el baño.

—Por Dios... —murmuró ella, acalorada de repente—. Cómo se puede estar tan bueno... —gimió, mordiéndose el labio—. Vaya culo, madre mía...

—Te he oído —se asomó por la puerta y le sonrió con satisfacción y petulancia.

—Pues lo que le faltaba a tu ego... —se incorporó de la cama—. ¿Debería salir de la habitación? —lo picó, adrede, colocando las manos en la cintura y adelantando una pierna—. Empiezo a ahogarme —ironizó.

—Ven aquí y te lo diré.

Rose se dirigió al baño, en la pared de enfrente de la terraza. Sin embargo, antes de entrar, se fijó en que su marido la analizaba de los pies a la cabeza

con un hambre voraz. Se paró a solo un par de pasos.

—Rubia...

—Soldado... —sonrió, traviesa, y empezó a retroceder.

Evan imitó su gesto y avanzó. Ella, entonces, corrió por la *suite* en dirección contraria, desinhibida por completo. Su marido la atrapó enseguida y la cargó sobre el hombro.

—¡Me he casado con un neandertal! —estalló en carcajadas—. ¡Socorro!

Él, entre risas, la azotó de nuevo.

—¡Ay! —se sobresaltó, pero no perdió el humor.

La llevó a la ducha, accionó el chorro del agua, pero, como no esperó, salió fría. Rose gritó por la impresión. Evan la bajó al suelo, de piedra gris, y la estrechó entre sus brazos, tiritando ambos.

Cuando el agua cambió de temperatura, se enjabonaron y se lavaron el pelo el uno al otro, entre risas y toqueteos nada inocentes.

—Tendremos que comprar también un champú de mandarina —le susurró él al oído.

Y aquello desencadenó que Rose girara sobre los talones, le enroscara las manos en la nuca, se alzara de puntillas y lo besara con abandono... Y se perdieron los dos. Evan la alzó por el trasero, instándola a que lo rodeara con las piernas, salieron de la ducha, besándose de manera desquiciada, y no llegaron a la cama. La estrelló contra la pared del dormitorio y la poseyó con su característico y delicioso ímpetu. Ella chilló en cada embestida.

Frenético. Poderoso. Impresionante...

Cayeron al suelo, resoplando alterados.

—¿Te he hecho daño? —se preocupó él, acariciándole las mejillas.

Rose sonrió y lo abrazó. Quizás un poco, pero había merecido la pena.

—Ha sido perfecto... —lo besó en el hombro, debilitada, pero dichosamente consentida por su guerrero.

Él se levantó y la sentó en el colchón. Cogió dos toallas y le entregó una.

Se vistieron con la ropa que traían, aunque ella sin las medias, hacía un sol radiante y la temperatura, durante el día, era cálida, en torno a los veinticinco grados. Se calzó los tacones, abiertos en la parte delantera. En ese instante, se alegró por haberse pintado las uñas de los pies y de las manos de color azul oscuro para la cita. Frente al espejo de los lavabos del servicio, se remangó la seda por encima de las muñecas. Llevaba unas horquillas en el bolso y un pintalabios rosa; se retiró varios mechones hacia atrás y se revolvió los cabellos para acentuar las ondas húmedas.

El atractivo rostro de Evan apareció en el espejo. Tenía el ceño fruncido.

—Es un poco corto el vestido. ¿Y si te pones mis pantalones?

—Creía que te gustaban mis piernas —se rio.

—Me encantan tus piernas —la corrigió, acortando la distancia. Le acarició el lateral de los muslos con las yemas de los dedos—. Lo que no soporto es que te miren otros.

—También te van a mirar a ti —se dio la vuelta y le sonrió, ruborizada.

Él no se había puesto la chaqueta y se había remangado la camisa. El pantalón del traje se ajustaba con distinción a sus músculos y los zapatos de lazada eran preciosos. Estaba demasiado guapo, por supuesto que lo iban a mirar otras.

Salieron de la *suite*, se cogieron de la mano y, automáticamente, se olvidaron de los celos, de miradas ajenas y de cualquier cosa que no fuera disfrutar, disfrutar y disfrutar...

Capítulo 18

Al salir del hotel, emprendieron el camino hacia el lujoso centro comercial *Bal Harbour Shops*, en la misma calle, donde se hallaban las tiendas más opulentas de Miami. El centro comercial era un gran rectángulo de varios pisos, sin techo en los preciosos patios repletos de palmeras y plantas.

—¡Qué bonito! —exclamó ella, con los ojos brillantes—. ¿Ya habías estado aquí?

—Vengo a Miami una vez al año, a veces más. Chase tiene una casa aquí, en primera línea de playa. Me la ofreció, pero preferí el hotel —arrugó la frente.

¡Por supuesto que preferí el hotel!

Se detuvieron frente a uno de los establecimientos.

—¿Por qué? —quiso saber ella, demasiado astuta—. A mí no me hubiera importado —agachó la cabeza, tímida.

Evan suspiró. Le elevó la barbilla con el dedo índice.

—Porque estuviste diez meses viviendo en un hotel con otro hombre y quería borrártelo —respondió en un tono brusco—, aunque sé que es imposible reemplazar esos recuerdos y... a él —retrocedió y se giró.

Rose se situó frente a él, sonriendo con dulzura, y le acarició las mejillas.

—Si te sirve de consuelo, estuve cada segundo de cada día de esos diez meses pensando en ti —su semblante se cruzó por la tristeza—. James fue un gran amigo, pero no eras tú. Y yo solo te quería a ti conmigo. Y debería sentirme mal por decir esto cuando James me trató tan bien, me cuidó, pero... —se separó y desvió la mirada—. Yo solo... —suspiró—. Era tan idiota que te buscaba en internet a diario. Cuando te veía con esas mujeres... —apretó la mandíbula y frunció el ceño—. En esos momentos, me arrepentía de haber rechazado a James.

—¿Cómo? —arqueó las cejas—. ¿Rechazado?

—Me pidió que me casara con él. No pude.

Evan se acercó.

—¿Por qué no pudiste?

—Porque no estaba enamorada de él —caminó hacia un escaparate.

Joder... Soy yo...

Recordó la conversación que había escuchado a escondidas en la boda de Bastian y Zahira. James había dicho que sabía que el corazón de ella ya poseía dueño antes de volar a Europa. Y Evan pensó que se refería a Kaden...

Tal descubrimiento le arrancó una carcajada espontánea. Una indescriptible emoción se adueñó de su cuerpo. Nunca nada lo había entusiasmado tanto... Ella lo amaba desde hacía mucho, igual que él... Le invadió una sensación de verdadera libertad, paz y alivio. De repente, soltó el aire que llevaba reteniendo más de dos años, desde el día que la conoció. Había permanecido enclaustrado hasta que la enfermera Moore se había cruzado en su camino. Rose tenía razón: aquella mañana la había mirado anhelando lo que necesitaba desesperadamente y no sabía, hasta ese día: a ella.

—¿Entramos aquí? —sugirió él, tomándola de la mano. Le besó los nudillos. Su mujer contuvo el aliento—. ¿Te gusta esta tienda?

Rose asintió, distraída y embelesada en Evan, no en el establecimiento.

¿Cómo había sido tan obtuso?, se cuestionó él. La amaba tanto que sus sentidos se habían turbado hasta el punto de no atisbar la realidad. Se había centrado en conquistarla, cuando ya era suya... Y ahora se esmeraría todavía más para que jamás lo abandonara, para enamorarla cada día, para consentirla y mimarla, para adorarla, porque una vida sin su mujer y su hijo no era vida.

Qué cursi soy, joder... Pero es cierto...

Se recorrieron todas las tiendas femeninas del centro comercial. Rose se compró ropa interior, medias y cinco conjuntos de lencería; uno de ellos llevaba ligero, que en la percha lo excitó al imaginárselo con ello. También, eligió un vestido elegante para la noche, pero era sorpresa porque no le dejó verlo; otro más abrigado, para volver a Boston, dos camisolas playeras y unas sandalias de tacón y otras planas, además de un cinturón y dos bolsos: uno, de fiesta y otro, de estilo *casual*.

Cuando le tocó el turno a él, y la dependienta de la primera tienda masculina en la que entraron le tendió una camisa que había elegido, agarró la muñeca de su mujer y se encerró con ella en el probador.

—Lo siento, pero no se permiten dos personas en los probadores —protestó la dependienta.

Pero Evan echó el pestillo, sonriendo con picardía.

—¡Evan! —se ruborizó Rose—. Haz el favor.

Evan comenzó a convulsionarse. La dependienta masculló una serie de incoherencias y escucharon cómo se alejaba deprisa. Él, al fin, estalló en carcajadas.

—Rubia —le apesó el trasero por dentro del vestido y se lo pellizcó—, no hago más que pensar en ti con el ligero puesto desde hace un rato y ya no me aguanto más.

—Evan, por favor... —se quejó sin convicción—, que estamos en un probador... Contrólate —pero se mordía el labio para evitar gemir.

—Ahora mismo ni puedo parar ni tú quieres que pare —le bordeó las braguitas por las caderas e introdujo la mano—. No grites, que nos echan de la tienda.

—Evan... —jadeó sin control cuando él le acarició su intimidad.

—Joder... —aulló, al descubrir lo avivada que estaba—. Siempre tan preparada... Solo por mí... Joder...

La besó para beberse sus sollozos de placer. La empujó contra la pared y la condujo al cielo durante unos segundos. Le rabiaba el cuerpo de tanto como la deseaba, pero se dominó, ya se desfogaría más tarde, en ese momento solo le preocupaba Rose.

Sin embargo, de repente, Evan notó cómo le desabrochaba el pantalón y le bajaba la cremallera... cómo su atrevida mano se adentraba en el interior de sus calzoncillos... Y lo veneraba de la misma forma pausada y agónica con que él la mimaba a ella.

Se detuvo de golpe. Observó el amplio espacio. Se sentó en el taburete acolchado que había en una esquina, el único mobiliario de la estancia, y la arrastró consigo tirando de su muñeca. Se quitó la camisa despacio, al fin y al cabo, tenía que probarse la nueva. Rose no se perdió un solo detalle y lo contempló con ojos centelleantes, expulsando chispas de puro deseo que aumentaron su ego, ¡para qué negarlo!, y algo más... algo que no se molestó en esconder. Se quitó los zapatos y los calcetines y se bajó los pantalones y los *boxer* hasta sacárselos.

—Ahora vas a salir de aquí —le indicó Evan en un tono firme aunque áspero— y vas a escoger nueve camisas y diez pantalones. No tardes.

—Pero... —parecía consternada.

—Vamos, rubia —señaló la puerta con la cabeza.

Ella apoyó el bolsito en el suelo, ofreciéndole, sin pretenderlo, la gloriosa visión de su trasero, y obedeció.

Fueron los cinco minutos más largos de su vida, en los que sintió la imperiosa tentación de liberarse él solo sin aguardarla.

Rose entró con cuidado, de sus brazos colgaba lo que Evan le había pedido. Un agradable escalofrío le recorrió el cuerpo al darse cuenta de que todas las camisas eran blancas y de que los pantalones, de pinzas o vaqueros, eran azules en distintos tonos oscuros.

Hasta en eso es perfecta. Siempre tan atenta... Solo en mí... Mi rubia...

Rose puso la ropa en los ganchos con excesivo escrúpulo. Tenía las mejillas muy rojas y evitaba dirigirse a él, lo que le divirtió y estimuló a partes iguales. No se levantó del asiento y esperó a que terminara. Entonces, dulce y sofocada, suspiró de manera entrecortada, de perfil a Evan, tirándose de la oreja izquierda.

—Ven aquí —extendió una mano.

Ella se giró y, agachando la cabeza, aceptó el gesto.

—Nunca te avergüences conmigo.

Rose asintió, seria. Él abrió las piernas y la colocó entre ellas. Le rozó la piel de los muslos con ternura. La miró a los ojos.

—Desnúdate.

—Pero si...

Evan le tapó la boca con un dedo, acercándola más a sus caderas. Rose respiró hondo de forma discontinua y cerró los párpados con fuerza antes de sujetar el dobladillo de su vestido y comenzar a subírselo. Él no desaprovechó la oportunidad y posó los labios en su piel blanquecina e increíblemente suave, cálida, acogedora... Ella se sobresaltó, por un instante, se paralizó, pero logró terminar la tarea. A continuación, mientras Evan la impregnaba de besos húmedos por el vientre y trazaba círculos con los dedos en su espalda, ella se deshizo del sujetador. Los alientos de ambos se alteraron.

—Si vienen...

—No pueden entrar —le bajó las braguitas lentamente—. Por eso, te pedí que trajeras tanta ropa, rubia.

—Pero...

—¿Confías en mí?

La joven apoyó las manos en sus hombros. Sonrió.

—Nuestro secreto.

—Nuestro, rubia, solo nuestro...

La acomodó en su regazo a horcajadas. La dejó con los tacones puestos. No se consideraba un fetichista, era un hombre bastante corriente en cuanto al

sexo, aunque con Rose se estaba descubriendo a sí mismo... Lo volvía loco en todos los aspectos de su vida. Con ella, todo era muy intenso, desbordante, tórrido, extremado, justo lo que él siempre había necesitado y querido: blanco o negro, sin escala de grises.

La alzó y la penetró muy, pero que muy, lánguido, saboreando cada milímetro de su unión. Tomaron una gran bocanada de aire los dos, temblando.

—Evan...

—Coge una camisa... Joder... —la sujetó por las caderas para que se zarandeara lo menos posible—. Y estate quieta —gruñó.

Rose estiró el brazo con un esfuerzo sobrehumano y cogió una de las camisas.

—Pruébamela —apretó la mandíbula y tragó. Tuvo que soltarla para ayudarla. Y los movimientos les arrancaron un resuello—. Siguiente.

Y así se probó más, pero, al colocarle la camisa número seis, empezó a sudar. Ella se percató, fue a quitársela, pero Evan se lo impidió, apresándole las nalgas. Rose arrugó la camisa en el cuello y se pegó a su cuerpo, estremecida.

—Me están... todas... bien... —susurró él, inhalando como un animal encerrado.

—Faltan... cuatro...

Entonces, Evan la alzó unos centímetros y la embistió con vigor una sola vez. Rose se mordió el labio, echando hacia atrás la cabeza y cerrando los ojos.

—No... Mírame...

Lo miró, con mucho esfuerzo. Él estaba a punto de estallar y apenas se habían balanceado, excepto en ese instante, pero estar enterrado profundamente en su adicto interior lo enardeció hasta el infinito. Se enderezó, apreciando sus jugosos y erguidos senos resbalando en su pecho. Le cubrió la boca con una mano y deslizó la otra por su intimidad.

Y ella sucumbió... Tan sensible... Se arqueó y se convulsionó, emitiendo un grito seguido de otro, que quedaron amortiguados en su palma, incluso le clavó los dientes, y lo arrojó a él al infierno... La mordió en el hombro para silenciarse a sí mismo.

No se inmutaron hasta que un golpe en la puerta los alertó. Evan la abrazó para que no se apartara.

—¿Sí? —dijo él, antes de aclararse la voz ronca.

—¿Va todo bien? —se preocupó la dependienta.

El probador era alto, pero carecía de techo.

—Las camisas son perfectas —declaró Evan.

—¿Y los pantalones? —preguntó en tono receloso.

—Estoy en ello. No tardaré. Disculpe las molestias, señorita.

Escuchó a la morena reírse con coquetería y alejarse.

—Evan... —susurró Rose, acariciándole las mejillas, ruborizada. No sonreía—. Necesitas también zapatos y ropa interior.

Él enarcó las cejas y se echó a reír, contagiándola.

Ella se vistió bajo la atenta y famélica mirada de Evan, que se colocó las prendas de la tienda a una rapidez inusitada. Salieron del probador. Compró las diez camisas y los diez pantalones solo por los recuerdos que atesoraban. Le entregó la tarjeta de crédito a la morena, pero distraído y embobado en su mujer, que ojeaba las corbatas. Se acercó a ella por detrás y se pegó a su espalda.

—¿De verdad no utilizas corbatas por si te cruzas con alguna mujer llorando?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tu madre.

—Mi madre me va a oír... —se quejó él, meneando la cabeza.

—Fue el día que me contó que tus besos son especiales, que cierras los ojos antes de besar a alguien, si ese alguien es especial para ti.

El corazón de Evan amenazó con explotarle en el pecho.

—Y ese mismo día me fijé —confesó ella, jugueteando con el cuello de su camisa— en que cierras los ojos conmigo, cuando vas a besarme. Siempre lo haces.

La dependienta los interrumpió en ese momento.

—Nos alojamos en el *Ritz-Carlton* de *Bal Harbor*, en la *suite* presidencial —le indicó él, dándole una generosa propina.

—Gracias, señor. En menos de una hora lo tendrán todo allí.

Se marcharon en busca de una zapatería masculina y una maleta para guardar las compras y llevárselas a Boston. Terminaron las compras en silencio, regresaron al hotel y se cambiaron de ropa.

Evan optó por unos vaqueros, una de las camisas más informales, que se remangó en los antebrazos, y unas Converse blancas.

Rose le robó el aliento... Mostraba las piernas, porque había elegido una de las camisolas, de manga corta y abombada en los hombros, blanca, de cuello corto y rígido y abierta en el escote, además del cinturón trenzado y fino en las

caderas y unas sandalias planas de tiras marrones, a juego; se había recogido los cabellos en una coleta alta, tirante y ondulada. Parecía un ángel... Estaba preciosa.

Se montaron en el Aston Martin y condujo hacia *Ocean Drive*, una de las zonas más populares de Miami. Era un paseo marítimo situado en el área de *South Beach*. Estaba atestado de gente, sobre todo de patinadores. Los edificios eran de estilo *Art Decó*, caracterizados por la geometría elemental. La música latina inundaba el lugar y las playas de arena blanca y agua cristalina estaban abarrotadas.

Pasearon cogidos de la mano durante un rato. Después, se sentaron en una terraza y comieron unos sándwiches acompañándolos con cervezas. Ella estaba exultante, no paraba de sonreír.

Se descalzaron y entraron en la playa. Rose soltó una risita al hundir los pies en la cálida y fina arena. Corrió hacia la orilla. Evan sonrió y la siguió, viendo cómo se detenía en el borde del agua. Él dejó los zapatos de los dos en la arena y se quitó la camisa, donde escondió la cartera y el iPhone. Hacía mucho calor. Ocultó una carcajada y se reunió con ella.

—Está helada —le dijo Rose, brincando y riéndose como una niña pequeña emocionada en su primer viaje a la playa.

—Sí —suspiró Evan, de cara al sol—. Ponte más cómoda, ¿no? —acortó la distancia y le desanudó el cinturón, que lanzó al resto de sus pertenencias. Sonrió.

—¡Oh! —exclamó ella, retrocediendo por la orilla—. ¡No! —gritó, al adivinar sus intenciones, sin detenerse en su huida.

—No, ¿eh? —avanzó, amenazante—. Para mí un *no* es un *sí*, rubia...

Rose chilló cuando Evan la atrapó, la alzó en el aire y, a pesar de patalear, la arrojó al mar. Emergió a la superficie en un ataque de tos debido a la risa. Él le quitó la goma del pelo y la abrazó por la cintura. Ella lo envolvió con las piernas. Y se besaron, entre carcajadas porque las olas les rompían en el cuerpo, impulsándolos de un lado a otro. Evan la lanzó varias veces por los aires, alucinándola por su fuerza. No estaba precisamente delgada, pero su marido era todo un dios.

Salieron del agua. Se escurrió los mechones y la camisola mientras él se sentaba en la orilla.

—Ven aquí —extendió los brazos.

Rose sonrió y se tumbó encima, para espectáculo de los presentes, que no les quitaban el ojo. Y besó a su marido con toda la pasión que sentía por él, mientras el agua les salpicaba las piernas.

La tarde fue maravillosa. Se comportaron como dos adolescentes que se habían saltado las clases del instituto para vivir una escapada romántica.

Cuando Rose ya estaba seca, Evan decidió enmendar tal hecho mojándola de nuevo.

—¡Para!

Él no obedeció, por lo que ella lo imitó, pero Evan se fugó a tiempo. Rose corrió tras él, se impulsó y se subió a su espalda. La sujetó por el trasero, se lo pellizó, juguetón, y comenzó a girar sobre sí mismo. A ella le dolía el estómago de tanto reír.

Cayeron a la arena porque su marido se mareó por las vueltas. Evan se acomodó con medio cuerpo encima del suyo. Le retiró los cabellos del rostro con ternura, acariciándole la cara. Sus ojos brillaban con cariño. Bajó los párpados y la besó en los labios. Ella enroscó las manos en su nuca y lo correspondió con dulzura.

Se hicieron cientos de fotos con el móvil. Enviaron una a Zahira y le escribieron para saber qué tal estaba su hijo. Su amiga les mandó imágenes de Gavin y Rose, sentimental, se echó a llorar, conmovida al ver a su bebé.

—Lo echo muchísimo de menos...

—Yo, también —se sentó y adoptó una actitud demasiado seria—. Pero no me arrepiento de haber venido. Creo que necesitábamos esto. El siguiente viaje lo haremos con él —contempló el océano, perdido en el horizonte.

—¿Qué te pasa, soldado? —se preocupó, abrazándolo por la espalda.

—No quiero que, al volver, todo sea como hasta ahora —declaró Evan, en un hilo de voz—. No quiero que, a partir de mañana, regresen las dudas, las desconfianzas, los problemas y las inseguridades. Me da la sensación de que esto es un sueño... —suspiró—, un sueño del que no quiero despertar.

Ella gateó hasta quedar a horcajadas sobre su regazo. Le sujetó la cabeza con ambas manos y sonrió. Su corazón frenó en seco al atisbar el tormento que transmitía la mirada de su guerrero. Se le formó un nudo en la garganta. Ya no podía continuar ocultándolo más.

—¿Te cuento un secreto, mi guardián?

Tembló. Él la rodeó al notar su nerviosismo, aunque Rose no pudo evitar tirarse de la oreja izquierda.

—Cuéntame tu secreto, rubia —le pidió en un tono ronco.

—Evan, yo...

—Yo, también... —el martirio había desaparecido. Dibujó una sonrisa preciosa, la más bonita que había mostrado hasta el momento, su mejor sonrisa —. Una mirada funde el hielo, ¿no?

Las lágrimas se derramaron por sus mejillas, no solo en las de ella... Se abrazaron con fuerza.

Y regresaron al hotel, sin dejar de sonreír.

Evan descansó en la terraza mientras Rose se duchaba. Habían comprado su champú y su acondicionador, sin aclarar, con fragancia a mandarina. En toalla, frente al espejo, se aplicó el producto para desenredarse los húmedos cabellos, admirando a través del prisma la belleza del baño.

Era de piedra gris oscura, como el plato de la ducha. Había una bañera con hidromasaje, enorme, a la derecha, frente a un gran ventanal que ofrecía las espectaculares vistas nocturnas de Miami. Las luces eran pequeñas, blancas, de neón y estaban estratégicamente colocadas para otorgar intimidad, en rincones ténues.

Eligió el conjunto de lencería con ligero, rosa pálido y de encaje. Emitió una risita entrecortada al recordar la reacción de Evan cuando se lo había enseñado en la percha. Él había desorbitado los ojos, sus pómulos se habían teñido de rubor y su aliento se había acelerado.

Se alisó el pelo con el secador del hotel. Se tapó con el albornoz y salió al dormitorio.

—¡Ya, Evan! —gritó para que la escuchara.

Surgió instantes después, sonrió, la besó en la mandíbula y se encerró en el servicio.

Rose sacó el vestido de su funda y lo descolgó con cuidado de la percha, que lanzó al colchón. Bajó la cremallera lateral, del mismo tono que la ropa interior, cándido y tierno. Se lo colocó por la cabeza. Se ajustaba hasta las caderas, proporcionando un toque provocativo a la prenda, y el corpiño, además, era transparente, con bordados que ocultaban el sujetador y parte de su piel: una mujer dulce y ardiente a la vez. Las mangas se ceñían hasta las muñecas. No había escote, tampoco en la espalda, era cerrado y sin cuello, alcanzaba la mitad de sus muslos por delante y llegaba al suelo por detrás; la seda de la falda era magnífica.

Abrió las puertas del armario, enfrente, y cogió la caja de las sandalias de tacón y el bolsito de fiesta, plateados, sencillos, pero estilosos. Jamás había

utilizado ropa y complementos tan caros. Su familia, los Moore, tenían mucho dinero, pero Evan Payne circulaba en otra órbita.

Se calzó, admirando lo bonitos que eran sus pies en esas sandalias de tiras estrechas que rodeaban sus tobillos; el tacón era excesivamente alto, pero le encantaba. Cambió sus pertenencias de bolso y se dirigió a otro baño, más pequeño, al que se accedía también por la habitación. Se recogió los cabellos en un moño bajo y lateral a modo de flor y se pintó la boca con brillo. Observó su reflejo en el espejo de pie que había en un rincón. Sonrió. No sabía dónde cenarían, era otra sorpresa, pero ya estaba disfrutando de la cita como nunca hasta ahora.

Se encaminó hacia el salón principal, donde dejó caer el bolsito en el sofá, y salió a la terraza. Apoyó las manos en la barandilla e inhaló el aroma del mar. Su mente evocó las imágenes de aquella tarde. Sus labios temblaron. Se los humedeció.

Me ama... Y sabe que yo lo amo... Tenemos el mejor hijo del mundo y estamos disfrutando de una inolvidable cita de dos días, ¿qué más puedo pedir!

No obstante, el mal augurio regresó a su pecho. Frunció el ceño.

¿Qué demonios te pasa? ¡Disfruta y no pienses en nada!

Evan carraspeó a su espalda. Rose se giró y se tropezó al verlo. Se agarró a la barandilla y se le secó la garganta.

¡Qué guapo, por Dios!

Llevaba unos distinguidos zapatos de ante azul con dos borlas, sin calcetín; unos vaqueros oscuros asentados a sus caderas y entallados con elegancia; un cinturón de piel azul; una camisa blanca por dentro de los pantalones, de cuello corto, rígido y de puntas redondeadas; y una americana azul marino, ceñida de manera muy apetecible a su arrogante anatomía. Estaba magnífico. Imponente.

Cuando alcanzó sus ojos, jadeó de forma involuntaria. La contemplaba como si se tratase de un manjar. El chocolate de su mirada se oscureció, causando una auténtica devastación en su interior.

Él extendió una mano en su dirección y ella posó la suya encima. Evan tiró y la atrapó entre sus brazos, envolviéndola con su sensual aroma a madera acuática. Rose gimió al fijarse en su boca carnosa. Estrujó las solapas de su chaqueta.

—Esta noche no vamos a dormir —pronunció él en tono áspero—. Estás avisada, rubia.

La soltó para entrelazar una mano con la suya y la condujo al pasillo para esperar el ascensor. Al llegar al recibidor del hotel, ella se disculpó, necesitaba ir al baño.

—Te espero en la recepción.

Rose caminó por un corredor estrecho, pasado el elevador, y entró en el servicio. Las dos mujeres que había arquearon las cejas con prepotencia, repasándola con desdén.

¡Soy guapa, que os den!

No se molestó en devolverles el saludo tan educado que le habían dedicado. Se metió en uno de los escusados.

—Hay algunas que necesitan un estilista, pero, claro, el dinero no lo compra todo, ¿no crees? —comentó una, en voz baja.

—Por supuesto —convino la otra—, aquí hay muchas... sueltas, ya me entiendes. Será la amiguita de algún viejo aburrido podrido de dinero.

Ella reprimió una carcajada. Esperó a que se marcharan y salió al pasillo. A paso seguro, recto y confiado, fue en busca de su viejo aburrido. En cuanto pisó el majestuoso *hall*, repleto de personas adineradas y elegantes, adultas y jóvenes, divisó a las mujeres del baño, que rondaban los cuarenta y pocos, y que, en ese momento, babeaban por Evan Payne.

Rose, sonriendo, no se detuvo ni aceleró, avanzó con fría serenidad. Fue consciente de las miradas de admiración, incluso de deseo, de los hombres a su alrededor, que se giraban y la escrutaban con descaro. Su marido arrugaba la frente y golpeaba el suelo con el zapato de un modo impaciente, gruñendo porque se había dado cuenta del espectáculo que estaba protagonizando, sin quitarle los ojos de encima, aunque quieto y erguido con soberbia.

Para comerte...

De lo que él no se había percatado era de que, también, actuaba en un papel protagonista, pues el sector femenino se lo estaba comiendo con la mirada...

Lo alcanzó, le rodeó el cuello con el brazo, se alzó de puntillas y lo besó en la boca, demostrando abiertamente que se pertenecían. Evan la ciñó con fuerza por la cintura y la correspondió de igual modo. Rápido y duro, pero flamígero...

Saciada por el beso, Rose volvió la cabeza hacia las arpias y les guiñó un ojo, abrazada de manera posesiva por su *viejo aburrido*. Las aludidas se sobresaltaron y enrojecieron de vergüenza, aunque levantaron el mentón, dignas y orgullosas.

—¿Qué pasa? —quiso saber él.

—Nada. ¿Nos vamos, viejo aburrido? —observaba aún a las arpías.

—¿Cómo me has llamado? —se extrañó.

Ella se rio.

—Ahora te lo cuento —lo besó en la mejilla, rebotando felicidad.

Se montaron en el Aston Martin, estacionado en la entrada del *Ritz*, y se dirigieron al restaurante, a media hora en coche del hotel. Le relató lo sucedido en el servicio y estallaron en carcajadas. La mano derecha de Evan estuvo en su muslo izquierdo todo el trayecto, un gesto natural que mariposeó su estómago.

Aparcaron a las puertas de *Zuma*, un restaurante de comida japonesa que era toda una sensación en Miami. Había otros en Londres, Hong Kong, Estambul, Dubai y Bangkok. El chef poseía gran reputación. Se necesitaba reserva, si uno no quería esperar dos horas de cola como mínimo.

Un hombre uniformado de mediana edad se acercó a ellos. Evan salió del deportivo y la ayudó. Le entregaron las llaves al empleado y entraron en el recinto del restaurante. Atravesaron un corto y ancho camino de hormigón blanco, con césped a los dos lados. Se saltaron la cola.

—Buenas noches —les saludó el *maître* con una sonrisa.

—Buenas noches —le dijo Evan, rodeando a Rose por la cintura—. Teníamos una reserva a nombre de Evan Payne.

—Por supuesto, señores Payne —respondió sin comprobar el nombre en el listado que había sobre un atril—. ¿Me acompañan, por favor?

El local era una belleza que mezclaba lo oriental con lo occidental. Un panel curvado de bambú separaba la entrada del resto. De los techos, colgaban láminas cuadradas de color crema, como en las paredes. Una barra se disponía en el centro, donde algunos grupos pequeños o parejas disfrutaban de una copa previa a la cena. Las mesas eran circulares, de cristal negro ahumado, y los asientos eran sillones bajos e individuales de color rojo, frente a otro alargado, beis. Al fondo, a la izquierda, estaba la bodega, en la que las numerosas botellas se distribuían en baldas, desde el suelo hasta el techo.

El *maître* los guio a la derecha, pasada la barra. Se acomodaron en el sofá alargado. Les tomaron nota de las bebidas. Pidieron una botella de vino tinto y otra de agua.

—¿Te gusta la comida japonesa? —se interesó Evan cuando estuvieron solos.

—Solo he comido sushi —sonrió—, así que me fío de ti. No le hago ascos a nada.

Él le guiñó un ojo y le apretó la mano por debajo de la mesa. En un arrebato, ella le besó la mejilla. Estaba encantada con la cita. Cada minuto se sentía más y más dichosa. Estaba siendo un viaje inolvidable, un fin de semana inolvidable, un marido inolvidable...

Saborearon las especialidades del chef, todo para compartir: carne tatami, escalope tártaro, salmón teriyaki... Y, lo más importante, cenaron en su burbuja particular. Se alimentaron el uno al otro como amantes locamente enamorados. Las risas se intercalaron con besos robados y tiernas caricias.

—Hoy me toca a mí preguntar —anunció Evan, sonriendo con picardía.

—Pregunta —apuró la copa de vino y sirvió más para los dos.

—¿Siempre quisiste ser enfermera? —se recostó en el asiento.

Rose apoyó los antebrazos en la mesa y sonrió, nostálgica.

—Siempre. Desde que era una niña. Quería ser como mi madre —se le formó un nudo en la garganta, que consiguió controlar.

—Te pareces mucho a ella —le pellizcó la nariz, arrancándole una carcajada para aliviar su tristeza—. Excepto por el color del pelo y de los ojos, eres igual que tu madre. Tenéis la misma belleza angelical y la misma expresión dulce —se inclinó y se detuvo a un milímetro de distancia de su boca—. Y las dos sois bajitas —ocultó una risita y se apoyó de nuevo en el sofá.

—¡Oye! —le golpeó el hombro, fingiendo enfadarse.

—La siguiente pregunta me cuesta hacerla, pero quiero saberlo —se cruzó de brazos en actitud defensiva—. ¿Saliste con alguien del hospital?

—No me... —carraspeó, avergonzada—. No me acosté con nadie, ya lo sabes.

—Pero me dijiste que odiabas los besos de despedida —rechinó los dientes—. Dime quiénes del hospital te han besado —la miró, rabioso por los repentinos celos que lo asaltaron.

Ella arqueó las cejas, divertida.

—Alguno que otro —bebió más vino.

—Dime cuántos.

—No sé... —se encogió de hombros, despreocupada—. ¿Siete, ocho? Creo que diez.

—¡Diez! —exclamó, atónito y pálido.

Rose estalló en carcajadas y lo abrazó.

—Te estoy tomando el pelo, soldado. No los recuerdo porque solo me importas tú, nadie más. Lo único que recuerdo del pasado es a ti en el

ascensor del hotel *Liberty* —le mordisqueó la oreja.

Él carraspeó para silenciar un gemido. Se removió y pidió la cuenta al camarero. Ella besó su mejilla por enésima vez, adoraba hacerlo, pero más adoraba el rubor de su marido cuando lo hacía.

Mi nene grandullón...

Se montaron en el coche. Sin embargo, no fueron al *Ritz*.

—¿Adónde vamos?

—Otra sorpresa —la cogió de la mano y le besó los nudillos.

La sorpresa resultó ser un local donde se bailaba salsa.

—¡Qué bien! —gritó Rose, colgándose de su cuello—. Aunque te advierto que no sé bailar.

—Yo, sí —le guiñó un ojo.

El dueño del club los recibió en la entrada. Conocía a Evan, pues se abrazaron con familiaridad. Los invitó el resto de la noche a cócteles para ella y agua para su marido. Y bailaron, ¡vaya que sí!

El local era pequeño y estaba atestado de gente, mayoritariamente latina, que contoneaba las caderas al ritmo de la salsa. Él se quitó la chaqueta, que un camarero guardó con su bolsito, detrás de la barra, se remangó la camisa y se la sacó de los pantalones, para completo deleite de Rose.

—A ver qué sabes hacer, soldado —lo picó, retrocediendo hacia el centro del club. No tenía ni idea, pero le gustaba mucho bailar y aprendía rápido.

Su marido sonrió con suficiencia y la siguió. La sujetó por las caderas, la pegó a su cuerpo de un tirón que no se esperaba y comenzó a balancearse con sensualidad al compás. Era un experto, no solo en la salsa, sino también en guiarla hacia las estrellas... Se desintegró...

Y se divirtió como nunca. Algunos amigos de Evan le enseñaron más pasos y bailó hasta que le dolieron los pies y la tripa, de tanto reír.

Pidió un cóctel para refrescarse. Su bailarín particular la cercó desde atrás, colocando las manos en la barra, y le chupó el cuello de manera osada y ansiosa. Rose se olvidó de la bebida, de lo que la rodeaba, se recostó en su pecho, cerró los ojos y ladeó la cabeza para permitirle total acceso a su piel. Él gruñó y succionó. Ella gimió. Entonces, Evan la giró con violencia y se apoderó de su boca, sus sentidos, su alma, su corazón, su voluntad... Audaz. Autoritario. Adictivo. Vehemente...

La alzó lentamente en el aire y Rose, absorta, le envolvió las caderas con las piernas. Él resopló por el gesto y, de repente, volaron. La empujó contra la pared de un rincón oscuro, sin bajarla al suelo. Solo se besaron, pero... ¡Qué

beso!

—Vámonos —dijo Evan, deteniéndose bruscamente.

Rose parpadeó hasta enfocar la visión e intentó recuperar la normalidad de su respiración. Se alisó el arrugado vestido con manos trémulas. Se aproximaron a la barra para recoger la americana y el bolso, se despidieron de sus amigos y salieron a la calle. Tuvo que correr para mantener su ritmo, pero no le importó porque se sentía igual de ansiosa que él por abandonarse a sus secretos...

Regresaron al hotel y, en cuanto entraron en el ascensor, se devoraron y se manosearon con torpeza. Se besaron, muy ruidosos y sin control. Y en la *suite*, se desvistieron el uno al otro, de camino al dormitorio, chocándose con todos los muebles y haciendo volar cada prenda por los aires.

Cuando estuvieron desnudos, la cogió en brazos y cayeron en la cama en un amasijo de piernas. No hubo más preliminares, tampoco despegaron los labios ni las lenguas y no dejaron de gemir. Y su marido, un hombre de honor, cumplió su palabra: no durmieron... Hicieron el amor durante horas. Se besaron durante horas. Se veneraron durante horas. La noche cedió paso a un amanecer tórrido, en el que los gritos de Rose se mezclaron con los roncros rugidos de Evan...

Y no se movieron de la *suite* hasta que volaron rumbo a Boston, por la tarde. Ella durmió todo el viaje. Estaba muy cansada, no era para menos, y el agotamiento la había vencido. Lo malo fue que se despertó con una punzante migraña.

—¿Estás bien? —se preocupó él, al apreciar su malestar—. Estás pálida.

—Me duele la cabeza —hizo una mueca.

—En un cuarto de hora estamos en casa. Aguanta, rubia —la besó en la frente.

Se abrigaron por el frío exterior. Llevaban la ropa del viernes por las bajas temperaturas de Massachusetts. El chófer de Cassandra los esperaba en la pista, al lado del avión. Rose se metió en el coche con tristeza, pero pensó en Gavin y sonrió, deseando acunar a su hijo cuanto antes.

—¡Hola! —los saludó Zahira desde el salón, con el niño en brazos.

—¡Gordito! —exclamó ella, ignorando la jaqueca, la fatiga y el negativo presentimiento.

Corrió hacia su hijo y lo meció en el pecho, haciéndole cosquillas. Evan besó al bebé infinitas veces, provocándole una sonrisa tras otra, y se encargó de la maleta.

—¿Qué tal el viaje? —se interesó Kad.

—De ensueño... —suspiró, con un maravilloso aleteo en el estómago.

Cuando su marido se reunió con ellos, vestido con el pantalón del pijama y una camiseta blanca de manga corta, la relevó con Gavin para que se cambiara. La migraña palpitó al agacharse para quitarse las medias y se le escapó un jadeo de dolor. Se tumbó, a ver si se le pasaba, haciéndose un ovillo. Todo le latía con inquina. Así la encontró Evan minutos más tarde.

—¿La cabeza? —adivinó él—. Te traeré una pastilla.

Ella se tragó el medicamento bebiendo un poco de agua. Su marido la desnudó —Rose era incapaz de moverse—, la metió entre las sábanas, apagó la luz y la besó en la frente.

—Gracias, soldado...

—Ay, rubia... —respiró hondo sobre su mejilla antes de rozársela con los labios—. No soporto verte así... ¿Qué más puedo hacer?

—Cuidarme, mi guardián... —sonrió, debilitada.

—Siempre.

Capítulo 19

Los cinco días que siguieron al mágico fin de semana fueron horribles. Le tocó guardia de cuarenta y ocho horas del jueves al sábado. Y las tres jornadas anteriores apenas había coincidido con Rose, a quien todavía atacaba la maldita jaqueca. En el hospital, no se vieron porque, como ella estaba en periodo de prueba, no deseaba distracción, quería entregarse al máximo para Kaden y Jordan, aún avergonzada por la pelea con Amy. Y por las noches, Rose se metía en la cama en cuanto entraban en el apartamento por la intensa migraña que padecía. Le aseguró que era normal por la menstruación, que alguna vez le había pasado, pero Evan estaba inquieto, no soportaba que enfermara. Era la segunda ocasión en que estaba indispuesta y a él, de repente, se le olvidaban sus conocimientos en Medicina y se agobiaba.

Y cuando ella le había dicho que estaba con la regla, el pesar lo invadió, aunque no se lo demostró. Evan tenía una espinita clavada... Le hacía ilusión tener otro bebé, sentía la necesidad de cuidarla embarazada, de consentirla y de mirarla, ya que la primera vez lo había hecho otro hombre, no él.

—Rose cambió la guardia que tenía hoy y mañana entrará de noche —le contó Kaden, en su despacho.

Evan se quitó la bata blanca para ajustarse la americana. No tenía ganas de hablar. Eran casi las siete de la mañana, el fin de su interminable guardia. Su hermano había ido a saludarlo antes de que se marchara a casa.

—Me he enterado de que ha fallecido uno de tus pacientes —comentó Kad, con gravedad.

—Sí —asintió y suspiró con desgana—. Necesito a mi mujer, a mi hijo, una ducha y una cama.

—¿En ese orden? —sonrió y le palmeó la espalda.

Evan sonrió, fingiendo alegría. Estaba agotado física y psicológicamente. Se despidió de su hermano y condujo hacia el apartamento.

Su mujer y su hijo dormían, cada uno en su lugar. Se desnudó y se duchó,

procurando ser lo más silencioso posible. Pensó en el anciano que había pasado a mejor vida. Era inevitable derrumbarse. Por cada pérdida, Evan se culpaba, se enfurecía consigo mismo y se encerraba en un estado de frustración que le duraba varios días, en los que no hablaba con nadie, excepto para responder con monosílabos. Su familia lo sabía y lo respetaba.

Se colocó el pantalón del pijama y se reunió con Rose, que, somnolienta, sonrió con dulzura y recostó la cabeza en su pecho.

—Te he echado de menos, soldado.

Aquella declaración lo relajó por completo. Se olvidó de todo y cerró los ojos, abrazándola.

Cuando se despertó, ella estaba sentada con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, la espalda apoyada en el cabecero y el móvil encendido en las manos. Sonreía. El crepúsculo bañaba la estancia de una acogedora luz. Él extendió una mano y le rozó el muslo con las yemas de los dedos. Rose lo miró, se deslizó hacia abajo y dejó el iPhone en la mesita de noche. Le acarició el rostro.

—Hola, soldado —susurró.

—Hola —no sonrió. Su interior pesaba muchísimo...

—Me lo ha contado Bastian —subió una pierna en las de Evan, que se encontraba boca abajo y con la cara en su dirección—. ¿Estás bien?

Él no contestó, bajó los párpados y giró la cabeza hacia la puerta. Ella, entonces, se acomodó encima, estirándose sobre su cuerpo.

—Tenemos que arreglarnos para la gala —lo besó en la mejilla con infinito cariño—. Voy a prepararte un baño con mucha espuma, verás qué bien te va a venir.

Cuando Rose se incorporó, Evan gruñó, la agarró de la muñeca y tiró. Se acomodó entre sus hermosas piernas desnudas y enterró la nariz en sus cabellos. Ella se rio, envolviéndolo con ternura. El largo camisón se le arremolinó en las caderas.

—Perdóname —se disculpó él en un susurro—. Nunca es fácil... Es que eso ya ha sido la gota que ha colmado el vaso esta semana...

—¿Por qué lo dices? —le preguntó con suavidad, pasándole las manos por el pelo, inundándolo de paz.

—Porque no te he visto, porque has estado enferma y... —suspiró sonoro y enfurruñado—. No soporto que estés mala... Te necesito bien, siempre bien, para poder hacerte el amor cada día...

Ella se rio.

—Te necesito ahora... —continuó Evan, abrazándola con más fuerza, apreciando sus curvas, su calidez, enardeciéndose por lo receptiva que era, porque comenzó a estirarse y a encogerse, ronroneando.

Se le nubló el raciocinio. Introdujo una mano por dentro de la seda y le acarició un seno, mientras resoplaba en su cuello...

—Evan... —gimió su adorable mujer—. Evan...

—Joder... Te necesito... —jadeó— ahora...

Descendió la mano hacia el interior de sus braguitas, decidido, desesperado... Rozó su intimidad. Ella se arqueó, conteniendo el aliento. Él cerró los ojos, mareado de deseo. La aplastó con su peso, pero no se quejó. Rose temblaba y se retorció, emitiendo agudos ruiditos ininteligibles.

—Ahora...

Evan detuvo las caricias para bajarse los pantalones con premura. Le retiró las braguitas hacia un lado y la penetró, lento y profundo, disfrutando y saboreando el indescriptible alivio que experimentaba al hacerle el amor. Se mordió la lengua para no despertar a Gavin. Rose lo apretaba con los brazos en la espalda, le clavaba los talones en el trasero y los dientes en el hombro, nombrándolo una y mil veces entre sollozos del más intenso placer. Las embestidas fueron... desgarradoras.

—Rose... —le susurró al oído, inhalando la gloriosa mandarina—. Te amo...

Y el extraordinario éxtasis los arrastró al edén.

Ella, llorando, lo sujetó por la cabeza para obligarlo a mirarla.

—Yo también te amo... —tragó, emocionada—. Mi guardián...

La emoción le impidió hablar. Le picaron los ojos. Rose se percató y sonrió, incorporándose para besarlo. Evan se arrodilló y se la llevó consigo.

—¿Qué tal anda tu cabeza? —se interesó él, besándola en el pelo.

—Hoy, mejor. Solo noto una molestia. Kaden me dio unas pastillas milagrosas.

—Me alegro —suspiró—. Ahora, a preparar el baño, rubia —sonrió con picardía y le azotó la nalga, antes de dirigirse al servicio con ella en brazos, donde la bajó al suelo.

—Alexis vendrá en menos de una hora —abrió el grifo del agua caliente.

Minutos después, se metían juntos en la bañera, cubiertos de espuma hasta las orejas, porque a Rose se le había caído el bote del gel, se había roto la tapa y se había volcado todo el jabón en la bañera. Las carcajadas inundaron el espacio y el bebé lloró. Ella salió, tapándose con una toalla, a punto de

caerse de bruces. Evan se rio todavía más.

—¡Ya vale, imbécil! —se quejó ella, enfadada, desde el dormitorio.

Pero él no refrenó las carcajadas. Se secó y vació la bañera. Estaba contento, radiante, pletórico. Se arregló en el vestidor, mientras su mujer le daba el biberón al niño en la cama.

El timbre sonó cuando Evan se estaba colocando la camisa por dentro de los pantalones del esmoquin. La niñera iba a cuidar de Caty y Gavin para que los cuatro padres pudieran asistir a la gala en el hotel *Liberty*. Se encaminó con el niño al salón. Saludó a Alexis y le entregó a su hijo. Sacó el cuco de la habitación y se encerró con su mujer para terminar de vestirse.

—El chófer de mi madre pasará a recogernos —le indicó a Rose, apoyado en el marco de la puerta del vestidor, observándola peinarse.

Los dos sonrieron, la escena se repetía.

—Te falta la pajarita.

—Quiero que me la pongas tú, pero cuando acabes. No hay prisa —se humedeció los labios—. Estoy muy a gusto ahora mismo mirándote.

Ella se acaloró, dedicándole una sonrisa tímida que alteró su respiración.

—Tengo tres sorpresas para ti —pronunció él en tono ronco—, pero no me preguntes.

El lunes se había escapado del hospital para comprarle unos pendientes de diamantes y zafiros que, rezaba, pudiera llevar esa noche para la gala. No había visto su traje, no sabía el color tampoco, solo esperaba que conjuntase con las joyas. Rose le había prohibido abrir la funda del vestido, de Stela Michel. La segunda sorpresa la descubriría en el hotel.

—Oye, ¿y Kaden? —se preocupó ella.

—Todavía está en el hospital.

Rose se hizo una trenza gruesa y de raíz, que luego recogió en la nuca, introduciéndosela por dentro del pelo, exponiendo su sugerente nuca desnuda. Él se quedó atónito por su maña, rapidez y soltura. A continuación, se maquilló, ahumando los párpados con sombra azul oscuro, acentuando la belleza de sus ojos exóticos, y los labios, con brillo natural.

¡Bingo! Vas de azul, rubia.

—La pajarita —le pidió ella, levantándose del taburete y acercándose, con la bata de seda marfil abierta en el pecho.

Evan gruñó, tiró del cinturón y descubrió el conjunto interior más sexy que jamás había visto: braguitas brasileñas de encaje blanco con ligero a juego. Se paralizó, boquiabierto y babeando. ¿Y el sujetador?

—Joder... —siseó.

—La pajarita —le propinó un manotazo y se cubrió.

Él carraspeó y le entregó la pajarita que tenía en la mano. En tenso silencio, Rose se la anudó. Después, Evan huyó con la chaqueta en el brazo, hacia el salón, donde ya esperaba Bastian.

Los dos hermanos Payne se tomaron una cerveza en los taburetes de la cocina, que giraron hacia el sofá para prestar atención a la televisión.

Hira apareció vestida de satén gris perla, estilo sirena, con mangas estrechas hasta los antebrazos, escote discreto en pico y una pequeña cola. El tono tan claro resaltaba el turquesa de sus ojos y el llamativo pelirrojo de sus largos cabellos ondulados, sujetos por una diadema de fina plata vieja. Se había pintado los labios de carmín. Los zapatos eran gris oscuro, de tacón, acordes al pequeño bolso de mano.

—Joder... —articuló Bas en un ataque de tos por haberse atragantado con la bebida.

Evan le palmeó el hombro, orgulloso de su cuñada. Su aspecto menudo, su semblante siempre alegre y su personalidad optimista la convertían en una mujer encantadora, una amiga leal y una hermana irremplazable.

—Estás muy guapa, peque —la obsequió Evan, acercándose para besarle la mejilla.

Su cuñada lo abrazó como respuesta.

Unos suaves tacones, seguros y confiados, resonaron a su espalda cada vez más próximos. Él se giró y se le desencajó la mandíbula.

—Joder...

En ese momento, fue su hermano quien le palmeó el hombro para que se espabilara...

Su mujer se presentaba ante él como una heroína de singular belleza fría, serena y solemne. Sus mejillas acaloradas otorgaban el toque humano a su divina perfección. Tenía el mentón alzado y la espalda, erguida con majestuosidad. El vestido era blanco, y, en ella, el significado del color —pureza— adquiriría justo el término contrario: pecado. Oh... y Evan estaba más que dispuesto a probar la manzana prohibida... A comérsela de un solo bocado.

Las mangas y el escote eran transparentes con pedrería, desde las muñecas estrechas hasta cubrir el cuello entero; a partir de los senos, trazados en forma de corazón, su figura se realzaba gracias a que la seda se ajustaba a cada curva, hasta el corte en las caderas; la falda caía suelta y poseía un fruncido

justo en el centro de su vientre, una tira ancha que se deslizaba hacia el suelo junto con el resto de la seda. No portaba bolso y apreció un atisbo de las sandalias azul eléctrico, como sus uñas. Una diosa...

Él rodó el dedo índice en alto para que diera una vuelta. Rose, ocultando una sonrisa, giró lentamente. Su preciosa espalda le arrancó otro jadeo a Evan. La transparencia con pedrería continuaba hasta la mitad de los omoplatos, donde comenzaba el óvalo que exponía su piel... hasta el trasero. Desorbitó los ojos, carraspeó y se aflojó la pajarita, asfixiándose de tanto calor. Si en Miami le faltó poco para asesinar con la mirada a los que miraban a Rose, esa noche seguro que acababa en la cárcel.

De blanco... No era normal. Nada en ella era normal. Apostaría el Aston Martin a que solo ella vestiría de blanco. Y tal pensamiento le provocó una sonrisa. Evan Payne no podía estar con alguien corriente o convencional, estaba destinado a su rubia.

—¿Nos vamos? —sugirió su hermano.

—Ahora bajamos nosotros —le indicó él, acortando la distancia con su mujer. Entrelazó una mano con la suya y la condujo a la habitación—. Espera aquí —sacó la caja de terciopelo que escondía debajo de las corbatas y se reunió con ella, que se encontraba frente a la cristalera, contemplando las vistas del *Boston Common*—. La primera sorpresa —se la entregó con las palmas sudorosas.

—¡Oh, Dios mío! —chilló al abrir la tapa.

Los pendientes eran dos zafiros enmarcados en estrellas de diamantes de diez puntas, de tamaño mediano, largos y brillantes, llamativos; se disponían en vertical, seguido uno de otro.

—¿Te gustan? —le quitó la caja para colocárselos—. Creía que el vestido era azul —sonrió, divertido—. Menos mal que te has pintado de azul.

—Evan, es... —suspiró de forma discontinua—. Son demasiado... No... —tragó—. No puedo aceptarlos...

Evan frunció el ceño y avanzó, acorralándola en el rincón. La tomó de la barbilla.

—¿Te gustan?, ¿sí o no? —le exigió con rudeza—. No son rubíes.

—Ni tampoco son serpientes —inhaló una gran bocanada de aire y la expulsó despacio—. Me encantan, Evan, pero... —agachó la cabeza—. ¿Por qué lo has hecho? La primera y última vez que me regalaste joyas fue por nuestro compromiso.

—Y te di el collar a solas, no lo olvides —sonrió con ternura—. Sé que te

gustan los rubíes, pero mi color preferido es el azul y quise comprarte zafiros desde que mi madre nos habló de la gala —adoptó una actitud seria. Su corazón se disparó con el característico cohete a propulsión—. En otra gala, nuestra primera gala —aclaró, adrede—, en el *Liberty*, igual que hoy, concebimos a Gavin. No fue muy romántico que digamos... —se rieron los dos. Respiró hondo, haciendo una breve pausa. La contempló sin pestañear y añadió, con la voz rasgada—: Esa noche, me di cuenta de que estaba enamorado de ti. Y, para mí, estos pendientes simbolizan que... —tragó—. Quiero enmendar mi error. Te abandoné porque me entró pánico. Acéptalos, por favor...

Rose se limpió una lágrima que se le había escapado y sonrió, con los labios temblorosos. Le arrojó los brazos al cuello y lo abrazó.

—Te amo...

—Yo también te amo, Rose —la envolvió con fuerza—. Mi rubia...

Ella estalló en carcajadas irregulares por la emoción. Evan aspiró su aroma a mandarina con los párpados bajados y le colocó los pendientes, que se balancearon brillando.

—¡Me encantan! —exclamó Rose, besándolo en la mejilla infinidad de veces.

Él le guiñó un ojo, la tomó de la mano y le besó los nudillos.

—Estás impresionante, rubia —la giró en una vuelta de baile sobre sí misma—. Impresionante... —se la comió con los ojos, mordiéndose la lengua para reprimir un gemido.

Se despidieron de Alexis y de Gavin, que ya dormía, y se reunieron con Hira y Bas. El chofer de Cassandra los llevó al hotel. Había cola. Estaban invitadas seiscientas personas. Era una subasta benéfica para recaudar fondos para la investigación contra el cáncer.

Bastian y Evan ayudaron a sus preciosas acompañantes a salir del coche, al inicio de la alfombra roja, frente a la entrada del hotel. Un sinfín de flashes, periodistas y curiosos se disponían a ambos lados. Había un *photocall* donde las dos parejas permitieron que las fotografiasen, por separado y juntas. Los reporteros les hicieron un interrogatorio a cada uno, pero ninguno respondió con palabras, sí con sonrisas.

—¿No tienes frío? —se preocupó él, posando una mano en su espalda desnuda, para guiarla hacia el *hall*.

—Contigo no tengo frío —le susurró al oído antes de pellizcárselo con los dientes.

Evan jadeó. Se le erizó la piel y se le debilitaron las rodillas.

—Quizás, hoy podamos recordar viejos tiempos —le propuso Rose al entrar en el mismo ascensor donde se habían acostado por primera vez, hacía ya un año y tres meses.

Los dos se rieron.

Descendieron a la planta inferior. Caminaron por el amplio corredor con gruesas columnas en el centro, simulando dos senderos. Casi al final, a la derecha, un mayordomo a cada lado flanqueaba la doble puerta abierta.

El gran salón, cubierto el suelo por una moqueta gris, se dividía en tres partes diferenciadas: en el centro, ocupando dos de las tres partes, se disponían las mesas para la cena, con los nombres de cada uno escritos a mano en una etiqueta sobre la porcelana blanca, junto a la paleta para la subasta; al fondo y a la izquierda, estaba la orquesta, que amenizaba el concurrido ambiente con música suave y agradable; y un podio, a la derecha, donde se llevaría a cabo la subasta antes del baile.

Fue como retroceder en el tiempo. Estaba todo exactamente igual que aquella noche en que Rose y Evan se dejaron llevar, al fin, por su pasión reprimida.

Y, en efecto, ninguna mujer vestía de blanco, lo que lo enorgulleció aún más.

Los camareros les ofrecieron champán, pero pidieron cerveza.

Cassandra, muy atractiva de negro, y Brandon, de esmoquin, igual que el resto de los hombres, acudieron a su encuentro. Abrazaron a los cuatro y se deshicieron en halagos hacia sus dos nueras.

—¿Dónde está Kaden? —se interesó su padre, arrugando la frente.

—Pues no sé —contestó Evan, encogiéndose de hombros—. Estaba en el hospital.

—¿Alguna urgencia? —quiso saber su madre.

—Ayer, Nicole sufrió otro ataque —les informó Rose—. Duró apenas un minuto, fue el más leve hasta ahora —chasqueó la lengua—. Y ya va el tercero...

—Entonces, no creo que Kaden venga a la gala —murmuró él.

—Yo, tampoco —convino Bas, serio.

Se relacionaron con los presentes, en especial con los médicos, que paraban a Evan cada pocos pasos reconociendo su trabajo. Él se sonrojaba, era inevitable, nunca se acostumbraba, pero ya estaba su mujer para intervenir en su auxilio cuando eso ocurría.

Es sencillamente perfecta...

Cuando unas doncellas les indicaron que se sentaran para cenar, Evan recibió un mensaje en el móvil. Sonrió. Tomó de la mano a Rose y la sacó de la sala.

—La segunda sorpresa, rubia —se colocó a su espalda y le tapó los ojos con la mano libre al llegar al pasillo—. ¿Preparada?

—¡Mamá! ¡Ash! —gritó, corriendo para abrazar a su madre y a su hermano pequeño.

Jane y Asher la correspondieron entre lágrimas. Los tres se echaron a llorar y a reír, felices por verse de nuevo.

—¡Mi princesita! —la analizó de los pies a la cabeza con adoración—. Estás preciosa.

—Estás muy guapa, Ros —la obsequió su hermano, rodeándola por los hombros.

—¿Y Melinda y papá? —se atrevió a preguntar ella, temerosa por la respuesta.

Madre e hijo se dirigieron una mirada enigmática.

—¿Qué ocurre? —se impacientó.

—Hola, Jane —la saludó Evan, besándola en la mejilla—. Ash —le revolvió los cabellos desaliñados al chico.

—Hemos llegado hace un par de horas —le explicó Jane—. Nos alojamos en casa de tus suegros —sonrió y le acarició el mentón—. Tenemos que buscar un apartamento cuanto antes.

—Pero...

—¡Nos mudamos a Boston, Ros! —exclamó Asher, alzando los brazos.

—Pero... —repitió—. ¿Todos? —el pánico recorrió su cuerpo a modo de escalofríos.

—No —le respondió su madre, colgándose de su brazo y encaminándose hacia el salón—. Ash y yo nos mudamos aquí —aclaró—. Hablaremos mañana, ¿de acuerdo?

—¿Y papá? —frunció el ceño, preocupada.

—Nos fuimos esta mañana, Lizzie —continuó Jane, seria—. Le envié los papeles del divorcio a la clínica. No me fío de Laura, ya lo sabes. Si los hubiera dejado en casa... —suspiró—. Prefiero no pensarlo.

—¿Di...? ¿Divorcio? —balbuceó—. Pero... ¡mamá! —la abrazó con fuerza—. ¡No te imaginas cuánto me alegro!

—Buscaré un trabajo y tu hermano necesita un instituto.

—Yo os ayudaré, mamá. No estás sola. Nunca lo has estado.

—Lo sé. Y si no llega a ser por Ash, estos nueve años... —agachó la cabeza.

—Mañana hablaremos y pensaremos bien qué hacer y, ahora, a divertirnos —la animó Rose—. Un momento... —se quedó pensativa unos segundos—. ¿Y tu móvil? Te localizará papá.

—Los tiramos a un contenedor antes de salir de Nueva York —le contó su hermano, sacando pecho.

Se acercó a Evan y lo besó en la mejilla con ternura, de manera prolongada y sin previo aviso.

—Te amo, mi guardián.

Su marido sonrió, se inclinó y le rozó la nariz con la suya, cerrando los ojos. Ella se alzó de puntillas y lo besó en los labios. Él gimió en su boca, la ciñó por la cintura y la devoró. Hubo carraspeos, hubo silbidos...

Ralentizaron el beso hasta separarse poco a poco. Ambos tenían los labios hinchados y enrojecidos y una expresión de sopor. No sonrieron.

Se sentaron junto a Bastian, Zahira, Connor, Jordan, Cassandra, Brandon, Jane y Ash, en una misma mesa circular. Llevaron a cabo las presentaciones.

—¿Jane Moore? —pronunció el padre de Hira, estrechando su mano, con el ceño fruncido—. ¿No será usted, por casualidad, familiar de Anthony Moore, un cirujano plástico de Nueva York?

A Rose no le pasó por alto la significativa mirada que se dedicaron Bas, Evan y West.

—Sí, yo... —Jane carraspeó, incómoda por el escrutinio del padre de Zahira—. Soy su mujer.

—Exmujer —la corrigió la joven, abrazándola por los hombros—. Mis padres están separados.

Su madre se ruborizó. Jordan se acercó y le sonrió.

—Es un placer, Jane. Soy...

—Jordan West —lo interrumpió, devolviéndole el gesto—, el director del hospital donde trabajan mi hija y mi yerno.

—*Jordan*, por favor —le besó los nudillos.

Rose desorbitó los ojos. Ash le dio un codazo.

—Parece que mamá no pierde el tiempo, ¿eh?

Los hermanos Moore compartieron una sonrisa, encantados por la escena. Su madre se merecía ser feliz al fin.

—¿Nos sentamos?

Y comenzaron a cenar.

Después del tercer plato, Rose se retiró al baño. Se refrescó la nuca, se lavó las manos y salió al pasillo. Inmediatamente, se paralizó.

—James...

Se le formó un grueso nudo en la garganta al ver a su amigo ante ella, de esmoquin, con las manos en los bolsillos del pantalón y esa sonrisa ladeada tan característica en su atractivo semblante. Howard abrió los brazos en clara invitación.

—¡James! —corrió y se arrojó a él.

—Mi pequeña flor... —la apretó—. Cuánto te he echado de menos, no te lo imaginas...

Ella lloró. Se miraron. Rieron. Su amigo la tomó de las manos.

—Estás guapísima.

—No sabía que estabas aquí —le sonrió y le acarició el rostro con cariño.

James cerró los ojos y le besó la palma de forma prolongada, como hacía antaño. Tal gesto, en otras circunstancias, le hubiera arrancado una carcajada, pero dio un respingo y retrocedió, sintiéndose mal. Howard se percató y adoptó una actitud seria.

—Cuando te vi salir al baño, quise saludarte a solas. Espero que no te importe.

—Claro que no —negó ella con la cabeza, algo nerviosa.

—Eres feliz —afirmó su amigo, sonriendo con tristeza—. Me alegro mucho, Rose. Tú y Evan... —suspiró—. De verdad que me alegro.

Rose avanzó y lo abrazó de nuevo.

—Nunca dejaré de quererte, James —le dijo sin separarse—, aunque me gustaría que las cosas fueran de otra manera. Quiero que formes parte de la vida de Gavin.

—Yo, también —la estrechó entre sus brazos—, pero no puede ser —la sujetó por la cintura—. Lamento no haber respondido a tus llamadas. No podía. Necesitaba tiempo.

—¿Y si quedamos esta semana para tomarnos un café? Así ves a Gavin. Está muy grande.

—No sé si...

Alguien carraspeó, interrumpiéndolos.

Evan. Un furioso Evan. Los observaba desde la doble puerta abierta, demasiado erguido, apretando los puños a ambos lados del cuerpo y descargando chispas venenosas por los ojos.

Rose se apartó, muy nerviosa.

—No la culpes a ella —gruñó James—. He sido yo quien se ha acercado.

Payne y Howard se batieron en un peligroso duelo de miradas, hasta que Evan se giró y entró en el gran salón sin decir una palabra.

—Será mejor que vayas con él —le aconsejó su amigo—. Lo último que quería era buscarte un enfrentamiento. Y no es buena idea que hablemos, por lo menos en la gala. Primero relaja a tu marido. Si sigues queriendo tomar ese café conmigo, búscame en mi hotel, ya sabes dónde —la besó en la mejilla y volvió a la cena.

Ella tenía el corazón muy acelerado y le repiqueteaban las piernas. Justo en ese momento, apareció Zahira.

—¿Qué ha pasado? —se preocupó Hira, aproximándose—. Evan salió a buscarte porque tardabas, pero entró solo y muy enfadado. Y me acabo de cruzar con James. ¿Estás bien?

—¿Podrías decirle a Evan que venga, por favor?

James era su amigo, pero Evan y Gavin eran su mundo. No podía permitir que algo los afectara de nuevo, que los alejase.

Otra vez no...

Zahira asintió y obedeció.

A los pocos minutos, su marido surgió ante ella, silencioso y distante. Ni siquiera la miró. Se cruzó de brazos y se apoyó en una de las columnas, fuera de la vista de los asistentes a la subasta.

—Evan, yo... —se tiró de la oreja izquierda y paseó sin rumbo por un corto espacio—. Siento mucho que nos hayas visto así, yo...

—¿Perdona? —la cortó él, incorporándose y arqueando las cejas—. ¿Sientes que te he pillado abrazada a otro hombre, pero no sientes el abrazo en sí? ¡No es un hombre cualquiera, joder!

—Baja la voz, por favor —le rogó, con la voz quebrada.

Entendía su enfado. Se sentiría igual en su situación. Sin embargo, no pensaba ser el centro de un cotilleo, por lo que lo agarró de la muñeca y tiró para encerrarse en el servicio. Le obligó a entrar en uno de los escusados por si entraba alguien, le costó gran esfuerzo moverlo. Ella se sentó en la taza del váter.

—Te seré sincera, Evan —juntó las manos en el regazo—. Me despedí

obligada de James el día de la boda de Zahira y Bastian, cuando acepté casarme contigo por Gavin —hablaba en un tono bajo—. Llamé a James durante dos días. No me respondió, ni me cogió el teléfono ni me devolvió las llamadas. Nada. Nunca —recalcó con énfasis—. Un día, en Los Hamptons, Hira y yo hablamos sobre Europa, sobre lo difícil que había sido para mí estar sin ti en el embarazo y en el parto —las lágrimas amenazaban—. Ese día me di cuenta de que me había olvidado de él.

—¿De quién? —quiso saber Evan, con la voz áspera y contenida.

—De James —lo miró—. Fue un gran amigo, Evan. Cuando me enteré de que estaba embarazada, ya había salido a cenar con él un par de veces —gesticuló con las manos—. Le conté que estaba embarazada y que tú eras el padre de mi bebé. Y también le conté lo que sucedió: que me abandonaste en el ascensor, que me ignoraste después, que tenía miedo de decirte lo del embarazo y que... —inhaló aire y lo expulsó, temblorosa—. Y que estaba enamorada de ti.

No le gustaba recordar aquello, pero era necesario.

—Entonces —prosiguió ella—, James me propuso alejarme de Boston una temporada, un año quizás, o el tiempo que yo necesitase. Dudé. Por mucho que tú me rechazaras, ni siquiera me mirabas... Antes de que tú y yo nos acostáramos, me hablabas mal, pero me hablabas, igual que yo a ti. Y dudé si aceptar o no porque no soportaba la idea de no verte, Evan —se puso en pie y se apoyó en una de las paredes—. Era tan estúpida que necesitaba verte cada día aunque fuera en los brazos de otra mujer, aunque sonrieras a otra mujer, aunque te acostaras con otras... —clavó los ojos en un punto perdido en el suelo—. Pero acepté porque, tarde o temprano, se me notaría la tripa. No quería que nadie lo supiera, me acobardé —se encogió de hombros—. Tampoco quería obligarte a relacionarte conmigo por el bebé. Si tú no me mirabas, eso solo significaba que lo nuestro para ti había sido un error... —tragó con dificultad—. Me dio la sensación de estar reviviendo el pasado, lo de Devlyn... Yo... —se detuvo, no pudo continuar, las lágrimas bañaban ya sus mejillas sin control.

De repente, se encontró aplastada por el poderoso cuerpo de su marido.

—Si no dejas de llorar, me deshago la pajarita, tú decides.

—Evan... —se aferró a él, temblando.

—Rubia, yo... —chasqueó la lengua. La tomó por la nuca. No sonreía. Su semblante se había cruzado por la desesperación—. Fui un imbécil, lo sé. No hay un solo día en el que no me arrepienta, porque si te abandoné fue porque

me di cuenta de que estaba loco por ti y no supe cómo manejarlo —la besó en la frente—. Lo siento, Rose... De verdad que lo siento... —la abrazó con fuerza—. No puedo evitar sentir celos de Howard.

—James fue un gran amigo —apuntó Rose, rozándole el rostro con los dedos—. No te voy a negar que me gustaría seguir viéndolo, que se convierta en el tío de Gavin. Pero no tienes que sentir celos, Evan. Lo quiero mucho, pero no lo amo. Yo te amo a ti, a nadie más. Jamás he amado a nadie hasta que te conocí —sonrió, ruborizada—. Y si tú no quieres que lo vea, no lo haré.

—No puedo negarte nada... —musitó, perdido en sus pensamientos, embobado en ella—. Qué me has hecho...

Rose se sobrecogió ante sus palabras. Se alzó de puntillas y lo besó con todo el amor que sentía por él.

—Te amo... —le susurró él—. Hueles tan bien... —le succionó el cuello—. Necesito tocarte... —le subió el vestido con premura y se arrodilló. Le bajó el encaje y la instó a separar las piernas.

—Aquí no, por favor... —se quejó, sin convicción, permitiendo que le quitara la ropa interior.

—Aquí sí.

Y besó su intimidad...

—¡Evan! —gritó Rose, sosteniéndose a la pared para evitar caerse.

—Sujétate la falda —la observó con una intensidad alucinante—. Quiero que me mires, quiero que no te pierdas un solo segundo de mis besos.

Y Evan, apresándole las nalgas, la consumió entera...

¡Oh, Dios mío!

Ella se sujetó la falda y la arrugó por el indescriptible placer que experimentó. Su marido la reclamó con los labios y la lengua, emitiendo graves resuellos, con los ojos cerrados, sin descanso, disfrutando... Ardiente, bárbaro, peligroso, insaciable, caprichoso, egoísta... Demasiado bueno... Demasiado abrumador... Demasiado...

Y Rose comenzó a desintegrarse... Se obligó a mantener los párpados alzados. Se mordió la boca para silenciar sus jadeos. Sus pulsaciones eran tan frenéticas que expiraría en cualquier momento.

Y lo hizo.

Sucumbió... Voló... Y chilló sin remedio.

Evan continuó mimando su intimidad hasta que ella se relajó. Después, besó sus muslos con dulzura y le colocó las braguitas, arrastrando los dedos por su piel, que se erizó todavía más de lo que ya estaba. Le alisó el vestido y

se incorporó. Se humedeció los labios y la besó. Rose gimió, tiró de las solapas de su chaqueta y se pegó a su anatomía. Él la aplastó contra la pared. Su inmensa erección se clavó en el vientre de ella, quien levantó una pierna hacia su cadera de manera inconsciente. Evan se la apresó y le hundió los dedos por encima de la falda.

Pero unas voces femeninas los interrumpieron de golpe. Rose se alarmó, bajó la pierna al suelo y ahogó una exclamación. Él le cubrió la boca con la mano.

—*¿La habéis visto hoy?* —comentó una de las tres mujeres que entraron—. *Esa se equivoca de día.*

Escucharon risitas. La pareja frunció el ceño, presintiendo lo mismo.

—*¿Qué os podéis esperar?* —apuntó una segunda—. *No pertenece a nuestro círculo. ¡Está a años luz! Normal que se confunda de colores, de día, ¡de todo!*

—*A lo mejor, es daltónica con el rojo y el blanco.*

Más carcajadas desdeñosas.

—*Pues, ¿sabéis de qué me enteré el otro día?* —añadió la tercera mujer—. *Es hija de ese cirujano plástico tan famoso de Nueva York, Anthony Moore.*

—*Creía que ese médico trabajaba con su hija en la clínica.*

—*Tiene tres hijos, un chico y dos chicas, y una de ellas trabaja con él. Melinda, se llama.*

—*¡Ah, sí, Melinda Moore! Es preciosa esa chica, muy simpática, dicen, y sale siempre divina en la prensa, nada que ver con su hermana —bufó—. ¿Estás segura de que son hermanas? Una tan guapa y simpática y la otra tan poca cosa y tan fría... No me extraña que no hable de su familia, ahora lo entiendo.*

—*¿Y sabéis por qué se vino a Boston?* —volvió a decir la tercera—. *Parece ser que se quedó embarazada del novio de la hermana —soltó una risa maliciosa.*

—*¿Y qué fue del bebé?*

—*Lo perdió. A saber...*

Rose comenzó a verlo todo rojo... Se quedó rígida. ¡Cómo se atrevían!

—*¿Y tú cómo lo sabes?* —inquirió la segunda mujer—. *Siempre te enteras la primera de todo, te envidio.*

—*Tengo mis fuentes, querida, y son muy fiables.*

—*Pobre, Evan...* —suspiró la primera—. *No entiendo qué ha visto en ella,*

si odia a las rubias. ¡Todo el mundo lo sabe!

—Sí, pero ya sabemos que los hombres solo piensan con la entrepierna, queridas. Y ella no es ninguna inocente. ¿De rojo en su boda y de blanco en una gala? No. Esa sabe mucho.

—Estamos rodeadas de guarras, porque eso es lo que es. He visto cómo lo besa delante de cualquiera. No tiene decoro ni vergüenza.

—Y lo va a desplumar —añadió la tercera—. El padre la desheredó y ha estado mendigando todos estos años hasta que se acostó con Evan. Dicen que llevaba planeándolo desde que empezó a trabajar con Bastian en el hospital. Tengo entendido que se insinuó a Bastian y a Kaden y, como la rechazaron, fue a por todas con Evan, aunque tardó más de la cuenta.

—¡Qué horror! —exclamó la primera.

—Qué vergüenza de mujer... —convino la segunda, chasqueando la lengua.

—Lo acorraló en un ascensor de este hotel —les contó la tercera.

—¡En un ascensor! ¡Madre mía!

—¿Os imagináis que hoy hace lo mismo? He visto a Evan celoso perdido cuando se ha cruzado con James Howard hace un rato.

—De verdad que pobrecito Evan...

—A lo mejor, la rubita se vuelve a abrir de piernas en cualquier lugar de este hotel con tal de dejarlo tranquilo. Si no es tonta... Howard no tiene tanto dinero como los Payne, pero poco le falta.

—¿Y si es su amante?

—No me extrañaría...

Evan observó a Rose, mostrando la misma rabia que ella sentía. Le retiró la mano y le indicó que permaneciera en silencio. Entonces, comenzó a dar golpes secos contra la pared, al principio, despacio, pero aceleró el ritmo, al tiempo que gruñía cada vez más alto, fingiendo gemir. Rose entornó los ojos, sonrió y lo imitó, soltando jadeos para dar más énfasis a lo que, supuestamente, estaban haciendo.

Cuando terminaron el teatro, ambos emitieron un largo y falso gemido, mirándose con esa complicidad que les unía. Ella se emocionó y lo besó en los labios, agradeciéndole su defensa. Él le guiñó un ojo.

—Se te ha corrido la pintura —le dijo, pasándole los dedos por debajo de los ojos.

Rose le colocó la pajarita antes de que retirara el pestillo. Evan salió primero, carraspeó y le ofreció una mano, que ella aceptó de inmediato, sin perder la satisfacción que la invadía. Tiró de Rose ante la helada presencia de

las mujeres, que habían enmudecido y palidecido, y abrió la puerta, sujetándola para que lo precediera; al pasar ella, recibió un sonoro azote en el trasero por su parte, brincó, pero no se quejó, sino que se rio.

—Vamos, soldado —se colgó de su brazo, todavía bajo la horrorizada mirada de las arpías—, ya he cumplido en esta gala contigo, ¿no?

Su marido soltó una carcajada y la azotó de nuevo. La puerta se cerró.

—Eres muy mala, señora Payne —la mordió en el cuello con cuidado de la pedrería.

—Hacemos muy buena pareja, señor Payne.

—La mejor, rubia, nunca lo dudes.

Capítulo 20

Evan y Rose se acomodaron en sus asientos. Acababan de escandalizar a tres arpías marujonas que se lo tenían bien merecido. Se miraron y estallaron en carcajadas.

Después del postre, durante el café, se llevó a cabo la subasta. Cada comensal tenía una paleta roja con un número en color blanco. En el podio del fondo, la atractiva Cassandra Payne, acompañada de los cinco miembros de la asociación Payne & Co, entre los que se hallaba Zahira, se situó frente al atril de madera con unos papeles en las manos. Había una cortina de terciopelo gris a la derecha, que dos doncellas del hotel recorrieron para mostrar el primer objeto: un impresionante collar de perlas sobre un busto femenino de color negro.

La subasta era de joyas y la puja mínima, de cincuenta mil dolares. Pendientes, pulseras, collares, colgantes, cadenas, sortijas, brazaletes, broches, alfileres... Rubíes, esmeraldas, diamantes, amatistas, zafiros, oro, cuarzo rosa... Algunos llegaron a pagar casi los veinte millones de dolares. Las joyas eran excepcionales y pertenecían a una cuarta parte de las mujeres invitadas a la gala, que las habían ofrecido, encantadas de participar. Rose se quedó atónita ante tanto poder adquisitivo, murmurando con asombro, haciéndolo reír.

Las tres horas que duró, estuvieron girados hacia el podio; Evan, detrás de ella, con el brazo en el respaldo de su asiento. No la tocó, ni le habló, aunque mantuvo sus ojos fijos en cada uno de sus movimientos y sus gestos. En varias ocasiones, Rose hizo el amago de levantar su paleta; sin embargo, las demás mujeres parecían demasiado ansiosas y luchaban por las joyas, por lo que se arrepentía en el último segundo.

Evan lo sabía. La conocía. Su mujer quería donar dinero, pero no se sentía cómoda, porque, aunque estaban casados, ella entendía que el dinero era de él, no de ella, y no poseía ni una décima parte de la puja mínima, sus ahorros no

llegaban a los cinco mil dolares.

Él se enfadó. ¡No era su dinero, era de los dos, pero no le entraba en la maldita cabeza! Estuvo a punto de pujar todas las veces que Rose se desilusionaba, pero desistió. Su interés se concentraba en una joya en particular que estaba esperando.

—Damas y caballeros —anunció Cassandra—, llegamos al final. El último objeto de la subasta se trata de una pieza única, donada por una mujer anónima que nos la envió a la asociación con una nota. Leo textualmente —desdobló un papel—:

Toda mi vida estuve a tu lado, mas tú no me veías... Te curaba las heridas sin que te dieras cuenta. Te ofrecía agua sin que supieras que estabas sedienta. Te alimentaba cuando no podías abrir la boca. Te secaba las lágrimas antes de que las derramaras. Siempre creíste en tu fortaleza, pero solo porque yo así lo decidí. Era yo quien te cuidaba, en la sombra, porque tu sonrisa, triste, pero una sonrisa, al fin y al cabo, estaba dirigida a otro, no a mí, porque no me veías a mí, veías a otro, a mi hermano, sangre de mi sangre. Cada día, me preguntaba qué había hecho yo para merecer un castigo tan cruel. Primero, fuiste su amiga, luego, su novia, después, su esposa, una niña presa bajo las terribles cadenas de mi hermano, un hombre desalmado que te mantenía encerrada porque era un cobarde, porque sabía que, si te dejaba libre, huirías de él y me verías a mí... Pasaron años desde el primero de muchos días en que te protegía en secreto.

Una mañana, un pequeño halcón blanco se posó en el alfeizar de mi ventana. Lo hizo en cada nuevo amanecer durante semanas. Yo lo miraba largos minutos. Me recordaba a ti, porque era una criatura libre, pero, por alguna extraña razón, no quería moverse de mi ventana, igual que tú del lado de mi hermano. Un día, entonces, comprendí que debía ayudar a ese pequeño halcón blanco a retomar su camino. Comprendí que debía alejarme de ti. Y lo hice. Me fui. Volé junto al halcón, lejos de ti. No miré atrás. Quise morir... Pero el pequeño halcón blanco nunca me abandonó. Y terminé mi

camino. Solo. Sin ti. Caí de rodillas cuando aquello ocurrió. Me desplomé del cansancio, de la pena y del doloroso amor que sentía por ti. Cuando abrí los ojos, no estaba el halcón, estabas tú... vestida de blanco, descalza, con tus largos cabellos negros ondeando al viento y tus profundos ojos azules centelleando por la emoción... Cuando sonreíste, lo supe: tú eras mi pequeño halcón blanco.

El gran salón enmudeció. La orquesta, que entonaba una suave melodía, había dejado de tocar, sobrecogidos también los músicos por la historia.

Evan espío el perfil de su mujer; estaba llorando.

Lo que Cassandra acababa de leer era la carta que le había escrito el abuelo de Rose a su abuela, antes de que el cáncer le ganara la batalla, antes de que Rose naciera. El abuelo le entregó la carta a la abuela con un colgante que había mandado diseñar especialmente para ella: un zafiro, con la forma de un pequeño halcón con las alas extendidas; una fina cadena de oro blanco lo sostenía. La abuela murió de pena un mes después.

Las doncellas descubrieron la joya, que había pertenecido, primero, a la abuela de Rose y, después, a Jane. Esta se la había mostrado a su hija la primera noche que había sido castigada sin cenar por culpa de Melinda y le había llevado comida a escondidas. Le había contado la historia de sus abuelos y le había enseñado el colgante. A partir de ese día, había comenzado a relatarle las novelas de aventuras de su abuelo, mientras madre e hija comían pastelitos de crema.

Y, ¿por qué sabía Evan todo eso?

—No obstante —dijo Cassandra, secándose las lágrimas—, este objeto es de inestimable valor sentimental y, por ese motivo, ya hay una persona interesada en él —levantó una mano—. No me refiero a la mujer que lo donó —sonrió—. Esa persona está dispuesta a ofrecer una cantidad mínima como puja inicial porque sabe que esto es una subasta y que estamos aquí para pujar al mejor postor. Según las palabras de esa persona, no es una cantidad suficiente porque la joya no tiene precio. Si alguno ofrece más, por favor, damas y caballeros, ya saben lo que han de hacer. La puja inicial es de... —carraspeó, creando expectación, divertida— cincuenta millones de dolares.

Rose jadeó. Los presentes ahogaron exclamaciones de asombro. Evan ocultó una sonrisa, erguido en el asiento y sin despegar el brazo del respaldo de su mujer. Ella agachó la cabeza. Él analizó su dulce rostro, entristecido y dolido. Era tan expresiva que un sinfín de interrogantes desfilaban por su cara.

¿Por qué Jane lo había donado? ¿Por qué querría desprenderse de algo tan valioso a nivel emocional? ¿Qué había sucedido para subastar el halcón de su familia? Rose no entendía nada, su semblante era un libro abierto.

Un hombre, a la izquierda, alto, de mediana edad, con entradas en el pelo y expresión autoritaria, Colin Williams, un importante ingeniero de afamada reputación en Estados Unidos, se puso en pie. Los invitados acallaron sus voces de inmediato para escucharlo.

—Solo una persona que valora la historia más que la joya, pujando inicialmente con una cantidad tan elevada y por una buena causa, como es la investigación contra el cáncer, es el único merecedor de poseer el colgante —alzó su copa en brindis.

Aquellas palabras provocaron aplausos respetuosos.

—Deberías sonreír un poco más, mi querido Colin —bromeó la señora Payne desde el podio.

—Lo haría si todos fueran tan guapos como tú, querida —respondió el hombre dedicándole una atractiva sonrisa—. Mi gran amigo Brandon es un condenado suertudo.

Los invitados estallaron en carcajadas. Colin, que era divorciado, se sentó.

—Bueno... —suspiró Cassandra—. Si todos están de acuerdo, el pequeño halcón blanco queda vendido por la cuantiosa cifra de cincuenta millones de dolares —golpeó el atril con un mazo pequeño de madera, dando por finalizada la puja y, por tanto, la subasta—. Por favor, que el nuevo propietario pase a recoger su joya —sus ojos brillaron de manera especial en su dirección.

Rose, apenada por haber perdido el colgante de su abuela, se levantó y se dirigió a la salida. Sin embargo, Evan fue tras ella, ignorando los murmullos que, de repente, inundaron el lugar. La agarró de la muñeca antes de que traspasase la doble puerta abierta, frenando así su avance.

—Déjame, Evan —le ordenó, vertiendo amargas lágrimas.

Hasta llorando es preciosa...

Él sonrió con ternura. Necesitaba besar cada una de esas lágrimas, abrazarla, pero, para consolarla, tenía un plan mejor...

—La tercera sorpresa, rubia —extendió el brazo libre hacia el podio.

En ese momento, se percató de que todos los observaban a la espera de su reacción.

—Oh, Dios mío... —pronunció ella en un hilo de voz—. Tú...

Él, tímido y sonrojado, asintió. Tiró de Rose, que caminó de forma

automática y boquiabierta hacia Cassandra. La señora Payne abrazó con inmenso cariño a su nuera, y a su hijo le dedicó una mirada de pura adoración, que lo avergonzó un poco. Zahira, cuya mirada turquesa se había enrojecido por la emoción, le entregó el colgante a su amiga.

—Dios mío... —repitió Rose, incrédula, contemplando el halcón, rozándolo con dedos temblorosos, apenas respiraba.

—Y ahora, damas y caballeros —anunció Cassandra—, ¡a disfrutar de la fiesta!

La orquesta volvió a tocar, pero él no oía nada, tampoco veía nada, excepto a su mujer. Cogió la joya, se situó a su espalda y se la colgó del cuello. El pequeño halcón de zafiro descansó justo entre sus senos, al inicio de la seda, no en la pedrería. Lo acarició. Las lágrimas continuaban mojando las mejillas de Rose.

—¿Lo sabías? —quiso saber ella en un tono quebrado.

—Tu madre me llamó al hospital esta semana —se sinceró Evan, serio, pero muy nervioso. Introdujo las manos en los bolsillos del pantalón, donde apretó los puños—. Me dijo que querían venir Ash y ella porque te echaban de menos. Me contó que había discutido con tu padre porque él no pensaba moverse de Nueva York, ni asistir a la subasta, mucho menos para verte a ti —tensó la mandíbula, conteniendo la rabia—. Tu madre explotó. Me dijo que, desde nuestra boda, la situación entre ellos se había vuelto insoportable. Se quería separar, pero le daba miedo la reacción de tu padre. Yo le puse en contacto con el abogado de mi familia. Y la convencí para que vinieran Ash y ella —la observó, intranquilo—. Tu padre te hizo mucho daño, pero es tu padre... Quizás... —se pasó las manos por la cabeza—. Asumiré el riesgo... —se giró.

Las luces del gran salón se atenuaron y las doncellas empezaron a recoger. Rose lo agarró del brazo y lo guio hacia el rincón más alejado y oscuro.

—¿Qué riesgo, Evan? —lo soltó—. No te entiendo —su semblante mostraba desconcierto.

—El riesgo de que me odies —musitó con los ojos fijos en la pared.

—¿Odiarte?, ¿por qué? —sonrió—, ¿por ayudar a mi madre a vivir de verdad? Te amo más por ofrecerle una salida rápida —le acarició la mejilla—. Y te amo muchísimo más por regalarme el colgante de mi abuela...

—Rubia... —la envolvió por la cintura, atrayéndola despacio hacia su cuerpo—. Tu madre me contó la historia de tus abuelos y lo mucho que significaba para ti el halcón de zafiro. Me dijo que quería regalarte la joya

porque para ella suponía la misma liberación que cuando tu abuela abandonó a su marido porque a quien amaba era a tu abuelo —notó cómo sus pómulos ardían—. Yo le propuse que la donara porque quería sorprenderte... Porque te amo, Rose —estrujó la seda del vestido a su espalda, controlándose—. Quería hacerlo hoy porque, para mí, esta gala, en este hotel, es como si fuera el inicio de nuestro... —sonrió, se inclinó y le rozó la nariz con la suya— de nuestro secreto.

Ella rio entre lágrimas. Se arrojó a su cuello. Él respiró, aliviado. Se besaron con dulzura un maravilloso momento.

—Lizzie.

Rose se giró y vio a Jane. Corrió a su encuentro. Se abrazaron.

—Te quiero mucho, mamá...

—Y yo a ti te adoro, mi princesita... —observó a Evan—. Gracias... Muchas gracias, Evan.

Evan hizo un ademán, restando importancia. Lo volvería a hacer mil veces si fuera necesario, aunque tuviera que arruinarse, pero su mujer y todo lo relacionado con ella eran lo primero para él.

—Mañana hablaremos con calma, tesoro —le indicó Jane—. Lo que te ha dicho tu marido es cierto —la tomó de las manos—. El halcón significa, por un lado, que al fin me libero de tu padre —sonrió— y, por otro lado, el gran amor de tus abuelos, un amor intenso, igual que el vuestro. Y no te imaginas lo feliz que soy porque tú no has cometido ninguno de mis errores —besó a los dos en la mejilla y se mezcló con los invitados.

Evan y Rose compartieron una sonrisa y disfrutaron de una noche increíble.

Horas después, cuando llegaron al apartamento, de madrugada, descubrieron que Alexis se había quedado dormida en el sofá, junto a los dos cucos. De su hermano pequeño, no había ni rastro, por lo que lo telefoneó, pero Kaden no respondió. El chófer de su madre esperaba a la niñera para llevarla a la mansión. Bastian y él la acompañaron a la calle.

—¿Qué va a pasar ahora con Jane y Ash? —se interesó Bas, caminando hacia el ascensor, de vuelta a casa.

—Les he comprado un apartamento en este edificio —se encogió de hombros, despreocupado—. Han estado nueve años sin verse y sin hablarse. Supuse que la mejor opción sería que vivieran cerca.

Bastian se echó a reír.

—¿Y qué opina Rose de eso?

—No lo saben ninguno de los tres —estaba ligeramente azorado—. Se

enfadará. Lo sé. Menuda es con el dinero, joder...

—Parece que Jordan y tu suegra han hecho buenas migas —frunció el ceño—. ¿Crees que tu suegra sabrá lo de Connor?

—Mañana se lo contaré. Tiene que saberlo. Y Zahira también.

—Pues será mejor que lo sepan a la vez. Rose y ella son como hermanas, Evan. Comeremos en casa de mamá y papá y hablaremos con ellas.

Evan asintió y entró en su habitación. Su mujer estaba tumbada en la cama, todavía vestida como una diosa, aunque sin los tacones. Balanceaba las piernas en el aire y le hacía cosquillas y mimos al niño. Él sonrió, cautivado por la escena. Sacó el iPhone del pantalón y los fotografió sin que se enteraran. Se quitó la chaqueta, la pajarita, los zapatos y los calcetines; se desabrochó la camisa en el cuello y se la sacó por fuera de los pantalones.

—¿Qué haces despierto, bribón? —le dijo al bebé, acomodándose junto a su preciosa familia. Lo besó en la mejilla de forma sonora, arrancándole una sonrisa—. Eres tan bonito como mamá.

—Tiene un gesto muy tuyo —señaló Rose, divertida—. Atento... —y añadió, dirigiéndose a Gavin—: ¿Quién ha venido, gordito?

Automáticamente, el niño examinó a su padre con los ojos entornados, emitiendo una chispa electrizante, parecía que pretendiera meterse en su cerebro, mientras alzaba las manitas para encontrar su cara, bostezando. Evan se alarmó, se sintió vulnerable. Gavin sonrió, debilitado por el sueño que comenzaba a atraparlo.

—Eso es tuyo, soldado —se rio.

—¿Yo miro así? —articuló, incrédulo.

El niño bostezó de nuevo y bajó los párpados.

—¿Recuerdas cuando Nicole Hunter tuvo su segundo ataque, cuando Kaden se quedó hecho polvo? —le preguntó ella, seria—. Después de que te contara lo que había pasado, me miraste de la misma manera que Gavin te ha mirado ahora —sonrió, se giró y se recostó en el colchón, boca arriba, con las piernas flexionadas. La seda de la falda descendió a sus caderas, revelando el endemoniado ligero y las medias transparentes con el seductor borde de encaje blanco—. Y también miras así a la gente cuando la analizas. Apenas lo haces un par de segundos, pero...

Él dejó de escucharla. Sus sentidos se habían apagado ante tal tentadora visión. Cogió a su hijo en brazos y lo tumbó en la cuna. Lo arropó y le acarició la carita. El bebé ya dormía con la boca entreabierta.

Evan contempló a Rose con un innegable ardor que no se molestó en

disimular. Ella se sentó sobre la cama, extrañada.

—¿Evan? —titubeó.

—Ven aquí —extendió una mano—. Vamos a dormir. Es muy tarde y mañana nos esperan en casa de mis padres, pero... —se incendió al aceptar ella el gesto. Apretó su mano. Rose salió de la cama—. Quiero desnudarte —declaró, áspero, y con el corazón volando sin rumbo—. Quiero que duermas solo con la ropa interior —la giró para tenerla de espaldas—. ¿Te importa?

Ella suspiró de manera discontinua y afirmó con la cabeza. Él le bajó la larga cremallera del vestido, en su costado izquierdo, de forma pausada. Le retiró uno a uno, despacio, los diminutos botones que cerraban la pedrería, desde su nuca hasta la mitad de sus omoplatos. Al aflojarse la seda, le introdujo las manos por dentro del vestido, rozando la piel del escote con los dedos, que se abrasaron por el contacto. Se agachó y la desenvolvió como si se tratase de un regalo de inestimable valor, admirando su exquisito cuerpo, ahogando un resuello seguido de otro. Dejó caer el vestido al suelo, emborrachándose de su belleza.

—Joder, rubia... —jadeó—. No te imaginas lo hermosa eres...

Rose sonrió con timidez, aunque sin taparse. Evan procedió a deshacerle la trenza. Se inclinó y la besó en el hombro. Roció su piel con besos pequeños, de un hombro a otro, mordisqueándola unos segundos en el cuello... rozándole las orejas con los labios... susurrándole halagos que ahora esa mujer le imploraba...

—Evan... —gimió, echando hacia atrás la cabeza—. No quiero... dormir...

—¿Y qué quieres? —le susurró, sin aliento.

—Te quiero a ti... dentro de mí...

Se sentó en el borde de la cama, frente a ella y abrió las piernas. Rose lo miró y avanzó sin que se lo hubiera pedido. Evan contempló el pequeño halcón, que descansaba entre sus redondeados y erguidos senos. Se relamió la boca. Todavía no la había tocado y las manos ya le hormigueaban. Se recostó sobre los codos, devorándola con los ojos. Ella sonrió, dulce, muy dulce... y procedió a desnudarlo. Él tuvo que alzar las caderas para ayudarla. Después, Rose dio media vuelta y se quitó las braguitas brasileñas, contoneando las caderas. Evan se obligó a permanecer quieto, a pesar de los espamos que ya sufría. Ella se giró de nuevo. El rubor de su rostro, la curva de su cintura, su piel de porcelana, las medias y el ligero... lo marearon.

—Si me quieres, aquí me tienes —susurró ahora él, apoyándose en el colchón con las manos y sin perderse la mirada famélica de su mujer, que

examinaba sus músculos con un hambre voraz.

Para su completo goce, Rose hundió una rodilla en la cama, a la izquierda de Evan, se sujetó a sus hombros, temblando, y repitió el movimiento con la otra, aguantando el peso con las dos, sin sentarse sobre su regazo. Sus senos estaban tan cerca de su cara, que empezó a hiperventilar...

—Querías dormir —le recordó ella, trazando curvas por sus pectorales en dirección a su abdomen—, pero yo, no.

—Dormiremos... —tragó— después...

—¿Después de qué, soldado?

Aquella condenada mujer tomó su erección y la condujo hacia su intimidad. A él se le doblaron los brazos al sentir la delicada caricia y se derrumbó sobre el edredón. Se le cerraron los ojos un instante, pero, al siguiente, alzó los párpados al notar que Rose se detenía.

—¿Después de qué, soldado? —repitió, poderosa.

—Joder... —se frotó la cara, desesperado—. Después de... —no pudo terminar la frase. La espera lo estaba matando.

—¿Te ayudo?

Evan fue a agarrarla, pero la muy bruja se retiró a tiempo.

—¡Sí, joder! —exclamó, desquiciado—. ¡Ayúdame!

—No grites —reprimió una carcajada—. ¿Preparado?

Él asintió. Entonces, Rose descendió lentamente hasta abrigoarlo por completo.

—Oh, joder... —emitió Evan en un grave aullido—. Es la última vez... que te... cedo... el control... Esto es... ¡Joder!

—Te encanta que yo tenga el control —y empezó a mecerse sobre él como una auténtica criatura sobrenatural—. Mío... Eres mío, soldado...

Evan cerró los ojos, incapaz de mantenerlos más tiempo abiertos. Rose Payne era peligrosa, él corría el riesgo de morir... de placer.

Llegaron a la mansión Payne al mediodía, habiendo dormido apenas unas pocas horas. Rose abrazó a su madre y a su hermano con la misma alegría que la noche anterior. Y, por fin, los Moore conocieron a Gavin. Jane se deshizo en arrumacos para con su nieto. Todos coincidieron en lo que Evan y ella ya sabían y de lo que se enorgullecían: el bebé era una copia de su tío Asher.

Comieron entre risas y bromas. Charlaron sobre la gala y sobre la cuantiosa

suma de dinero que habían recaudado para la investigación contra el cáncer, superando los cien millones de dolares.

En el café, acomodados todos en los sofás del salón, los dos hermanos Payne, pues Kaden seguía desaparecido en el hospital, intercambiaron una aguda mirada.

—Hay algo que debéis saber —anunció Evan, demasiado serio.

Los presentes acallaron las voces, preocupados por el tono grave que había empleado.

—Para ponerte en situación, Jane —dijo Bastian, entrelazando una mano con la de Zahira—, hace nueve años, Connor, mi suegro, a quien conociste ayer, fue víctima de un incendio.

—Dios mío... —se cubrió la boca.

¿Por qué estamos hablando del incendio de Connor? ¿Y qué tiene que ver mamá en todo esto?

—¿Qué está pasando, Bastian? —inquirió Hira, soltándose de su mano, recelosa.

—Ahora lo entenderás, peque —le indicó Evan, sonriendo sin humor.

—A raíz del incendio —continuó Bas, gesticulando—, Connor fue sometido a treinta y seis operaciones, sin éxito, los once meses que estuvo ingresado —frunció el ceño—. Antes de que lo mandaran a casa, Jordan, que, además de ser el director del General es el mejor amigo de Connor —aclaró para contextualizar a Jane, quien asintió—, decidió buscar al mejor cirujano plástico de Estados Unidos.

Rose, Asher, que tenía a Gavin en brazos, y su madre palidecieron. Zahira, en cambio, seguía sin comprender nada.

Por favor, que no diga lo que estoy pensando...

Su marido la rodeó por los hombros al notar su inquietud, pero ella no se calmó.

—Y lo encontró —señaló Bastian, observando a las dos amigas, sentadas en sillones enfrentados—. Anthony Moore.

Rose se incorporó, atacada de los nervios. Comenzó a pasear por la estancia, tirándose de la oreja izquierda.

—Pero nadie lo operó, Bastian —confirmó Hira, extrañada—. Mi padre se encerró en su casa. Lo operaron el año pasado, ya lo sabes. ¿A qué viene todo esto?

—Jordan se puso en contacto con Anthony —explicó Bastian—. Quedaron en reunirse en su clínica, en Nueva York. Jordan estuvo esperándolo en una

sala cuatro horas. Y en cuanto entró en su despacho, Anthony le dijo que no operaría a Connor, que se buscara a otro, que no malgastaba el tiempo con casos perdidos.

Brandon y Ash gruñeron, Cassandra y Jane ahogaron un grito, el bebé gimoteó, y Rose... Rose se mareó, trastabilló y a punto estuvo de caerse de no ser por Evan, que la cogió a tiempo y la sentó en el sofá.

—Dios mío... —repitió su madre, meneando la cabeza.

—¿Por qué me estoy enterando ahora? —se enfadó Zahira, poniéndose en pie de un salto—. ¿Por qué no me lo has dicho antes, Bastian? —se cruzó de brazos—. ¿Lo sabe mi padre?

—Te estás enterando ahora porque Jordan me pidió silencio —respondió Bas, incorporándose también—. Lo sabe tu padre. Y si os lo hemos contado hoy...

—¿Hemos? —pronunció Rose en un hilo de voz. Contempló a su marido, horrorizada—. ¿Sabías que mi padre no quiso operar al padre de Hira y me lo has ocultado? —se levantó despacio. Apretó la mandíbula para controlar la rabia—. ¡Cómo has podido! —estalló—. Hira es mi mejor amiga. Mi padre ha sido un monstruo con el suyo, y más en algo tan delicado como lo fue ese incendio, ¿y no me lo dices?!

—Tranquila, rubia —se levantó—. Si...

—¡No me llames *rubia*! —gritó, colérica.

Él se sobresaltó, igual que el resto.

Lágrimas furiosas arrasaron su rostro. Ni siquiera las sintió. Inhaló una gran bocanada de aire para controlarse, aunque no obtuvo el éxito que deseaba. La odiosa jaqueca surgió.

—No culpes a Evan, Rose —le pidió su cuñado, abatido—, yo le dije que mantuviera el secreto. Ni Jordan ni Connor querían que nadie lo supiera.

—Secreto... —bufó, riéndose sin humor. Avanzó hacia su marido, colocando los puños en la cintura—. Nuestro secreto —lanzó la pulla adrede, aunque nadie lo entendiera, pero él, sí, porque su semblante se cruzó por el dolor—. Pues se acabaron los secretos. Me voy —se giró y cogió al bebé. Cuando se dio la vuelta de nuevo, Evan bloqueaba el camino. Estaba enfadado, pero también atisbó arrepentimiento en sus fieros ojos—. Me voy sola —recalcó—. Quítate de en medio, Evan.

—No. Vas a escucharme —le ordenó sin contemplaciones—. Mamá —añadió a Cassandra—, cuida de Gavin.

—Claro, cariño —accedió su suegra, obedeciendo de inmediato.

Él agarró a Rose del brazo y la arrastró hacia el baño, que cerró de un portazo.

—¡Suéltame!

La soltó, aunque lentamente. Ella retrocedió. Se sentía traicionada.

—No tengo que hablar contigo de nada más.

—Acabo de decir que vas a escucharme —entornó la mirada, inclinándose, amenazador—, en ningún momento he mencionado que vayas a hablar tú.

—¡Pues no quiero escucharte, imbécil! —gritó, realizando aspavientos con los brazos.

—Deja de insultarme —gruñó, rechinando los dientes.

Estaban a un metro de distancia. Y el odio, ese odio que hacía semanas, casi dos meses, que se había evaporado, renació con una fuerza imparable.

—Me enteré el día de nuestra boda —le confesó él en un tono gélido, tan frío que a Rose se le erizó la piel—. Bastian nos lo contó a Kaden y a mí, pidiéndonos silencio porque Zahira no lo sabía. Y no lo sabía porque su padre así lo quería. Yo no soy nadie para meterme en la vida de Connor.

—¿Te has parado a pensar en que yo —se apuntó a sí misma—, tu mujer —lo señaló con el dedo índice—, soy la hija del miserable que no quiso operar a Connor? ¡Es el padre de mi mejor amiga, Evan, mi mejor amiga, maldita sea! ¡Pues claro que estás en medio de la vida de Connor! ¡Fue tu suegro quien lo rechazó, y de la forma más cruel!

—Sinceramente —se pasó las manos por la cabeza—, no creí que fueses a reaccionar así. Tu madre...

—Mi madre, ¿qué? —lo cortó.

—Te estás comportando como una cría —arrugó la frente—. ¿Por qué estás tan enfadada?

—¿Cómo me puedes preguntar eso? —rebatió, incrédula—. Se trata de mi mejor amiga y de mi padre —se secó la cara a manotazos—. Es un dato bastante importante. Hira puede odiarme por esto. ¿No se te ha ocurrido pensarlo? —habló ahora con más calma, aunque no por ello disminuyó su decepción hacia él—. Creía... —carraspeó—. Creía que entre tú y yo no había secretos porque tú y yo éramos un secreto en sí... Está claro que me he equivocado contigo.

—No, yo...

—No te molestes —se acercó a la puerta—. Entiendo que tu hermano te pidiera que guardaras silencio —lo miró—, pero, aunque Hira y yo no tengamos la misma sangre, para mí, es mi hermana, así que entiende tú que yo

tenía que haberlo sabido en su momento, y más después de haberte contado lo que mi padre me hacía cuando era pequeña —se pellizcó el puente de la nariz por la migraña—. Tú te enfadas porque he reaccionado como una niña, y yo... —respiró hondo—. Necesito pensar —salió al *hall*.

—¿Qué es lo que tienes que pensar? —quiso saber Evan, cogiéndola de la muñeca para frenar su avance. Su rostro transmitió miedo, el mismo miedo que estaba perforándola a ella—. ¿Qué quieres decir? —se le quebró la voz.

—Lo que has oído —se soltó con brusquedad—. Necesito pensar. Ahora mismo, me pregunto qué es lo que puedo esperar de ti, Evan, porque es evidente que en los aspectos importantes me ignoras.

—¡Eso no es verdad! —exclamó él, alzando los brazos al techo.

—¡Lo es! —contestó de igual modo—. ¡Llevas más de un mes ocultándomelo! ¿Qué esperabas hoy, Evan? —se inclinó, comprimiendo los puños a ambos lados de su cuerpo, conteniéndose para no empujarlo—. ¿Esperabas que os agradeciera a Bastian y a ti que, por fin, os dignarais a desvelar vuestro secretito?, ¿eso esperabas? ¡Pues no! Puede que a Hira no le importe haberse enterado hoy, pero a mí, sí —las atroces lágrimas, de nuevo, inundaron sus mejillas, quemándola sin piedad—. Sabes perfectamente todo por lo que pasó Hira durante ocho años... ¡Mi padre es un monstruo! —y se derrumbó, en llanto.

—Princesita...

Unos brazos delicados la acunaron en un pecho muy familiar, que olía a las rosas blancas que su madre colocaba a diario en los jarrones que Melinda rompía cuando eran pequeñas, para después culpar a Rose y que su padre la castigase sin cenar. Se aferró a ese consuelo. Se aferró a los recuerdos...

Logró alzar los párpados, a pesar de que le pesaban una barbaridad. Vio a Kaden, de perfil a ella, ojeando unos papeles, con la bata blanca. Rose observó el lugar. Estaba en el hospital, tumbada en una de esas camas individuales para los pacientes de Urgencias, con una cortina blanca que la aislaba del resto.

—¿Kaden? —pronunció en un tono ronco.

Su cuñado la miró y sonrió. Tenía ojeras, sus cabellos parecían haber sufrido un huracán, pues en vez de poseer su característico desaliño, estaban hacia arriba en desorden, y su rostro reflejaba cansancio. Apoyó las caderas en el borde de la cama.

—Evan tiene razón: eres la Bella Durmiente —le retiró un mechón de la

frente—. ¿Recuerdas algo?

Rose se restregó los ojos. Respiró hondo. Se contempló a sí misma. Estaba vestida con sus vaqueros y su jersey largo de cuello alto, aunque sin zapatos. Su brazo derecho estaba remangado y había un apósito sujeto al interior de su codo con un esparadrapo.

—¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste hace cuatro horas —su sonrisa se tambaleó—. Tuve que echar a Evan de aquí por lo nervioso que estaba, pero le diré que entre.

Evan entró escasos segundos después. La preocupación en su atractivo semblante apuñaló su corazón. Y recordó la discusión. La tristeza la devoró, y los remordimientos por haber sido tan inmadura e injusta con él... No podía reprocharle haber mantenido el secreto por su hermano Bastian, Rose hubiera actuado igual en su situación.

La imbécil soy yo... Pero ¡qué me pasa! ¡Desde cuándo pierdo los nervios de esa manera y sin motivo!

Evan se detuvo a gran distancia, precavido por una posible mala reacción por parte de ella. Los hombros de Rose comenzaron a convulsionarse y se echó a llorar, levantando los brazos hacia él, quien suspiró como si expulsara una pesada carga. La acunó con inmenso cariño mientras le acariciaba el pelo.

—Joder, rubia... Nunca sé cómo vas a reaccionar... Qué susto me has dado...

—Tienes razón... Fui una cría... Lo siento... —se disculpó entre hipidos.

—No —la apretó con fuerza—. Tú eres quien tiene razón. Debí habértelo contado, y más sabiendo lo que Zahira significa para ti. He sido un imbécil. Perdóname... —el tono que utilizó fue débil, incluso tembló.

Ella se acurrucó en su regazo, necesitada de su protección. Bajó los párpados y aspiró su inconfundible aroma a madera acuática, el mejor rincón del mundo...

—No me gusta discutir contigo —susurró Evan, con los labios en sus cabellos—. No me gusta que me digas que necesitas pensar. No me gusta verte llorar, y mucho menos por mi culpa. No me gusta que te pongas mala. No me gusta que te desmayes —la sujetó por la nuca y le secó las mejillas con los dedos—. Y no vuelvas a decir que se acabaron los secretos entre nosotros. Otra norma...

—Añadida a la lista —concluyó por él—. Lo siento, Evan... —se estremeció—. Creo que sentí celos... —agachó la cabeza, estrujándole el jersey a la altura de los pectorales—. Soy una tonta...

—¿De qué sentiste celos? —frunció el ceño.

—De tu hermano... —declaró Rose, abatida, y volvió a llorar. Inhaló aire repetidas veces hasta que se relajó, pero su interior estaba revuelto—. Me alteré por Hira, sigo pensando lo mismo que te dije, pero también... —suspiró de manera discontinua—. No me gustó que guardaras un secreto con alguien que no fuera yo. Soy una estúpida... Lo siento, de verdad...

Me muero de la vergüenza... ¡Tonta! ¡Te has lucido! Tanto numerito, ¿por esto? Increíble...

Evan le alzó el mentón.

—No sientas celos de nadie, porque mi secreto solo es tuyo, de nadie más.

—¿Y cuál es tu secreto? —su corazón frenó en seco.

—Yo, rubia. Yo soy tu secreto y tú eres el mío —le rozó la nariz con la suya—. Y lo que sentimos es nuestro secreto —tragó, emocionado—. Te amo...

—Yo también te amo, mi guardián... —le envolvió el cuello con los brazos, sentándose a horcajadas sobre él, que la correspondió enterrando la cara en su pelo.

—¿Puedo pasar ya? —preguntó Kad, asomando la cabeza por el hueco de la cortina.

La pareja, ruborizada, lo miró y asintió, aunque no se movieron, sino que permanecieron en la misma postura. Kaden se sentó en un taburete giratorio.

—Bueno, Rose —dijo, con los papeles en una mano y su pluma estilográfica en la otra—, ya tengo el resultado de tu análisis de sangre —observó la primera hoja, concentrado, mordiéndose un lateral de su labio inferior, un gesto que hacía mucho sin darse cuenta—. ¿Te has desmayado más veces?

—Sí —contestó Evan, muy serio—, al día siguiente de la boda.

—Y eso de que eres la Bella Durmiente... —sonrió Kad—, ¿desde cuándo te sucede? ¿O has sido siempre muy dormilona? —le guiñó un ojo, divertido.

Rose pensó la respuesta.

—En realidad... —ladeó la cabeza—. Desde que regresé a Boston he dormido más de la cuenta. ¿Por qué?

—¿Qué tal tu última regla? —la interrogó Kaden, arrugando la frente.

Ella y su marido se tensaron.

—Fue un poco rara —frunció el ceño.

—¿Rara? —repitió Kad, arqueando las cejas—. Cuéntame.

—Sí —asintió—, manché mucho más de lo normal y me sentí muy débil.

—¿Cómo van tus dolores de cabeza? —continuó Kaden, cada vez más grave en el tono y en la expresión.

—¿Se puede saber a qué vienen tantas preguntas, joder? —estalló Evan, quitándole los papeles a su hermano de malas maneras. Hojeó los resultados de la analítica. Frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —exclamó ella, asustada.

—Tienes anemia, Rose —anunció Kad, sin sonreír—. Voy a recetarte unas ampollas de hierro. Durante un mes, tómate una por la mañana y otra por la noche, ¿de acuerdo?

—Esto no es anemia, es un pozo seco —gruñó Evan, entregándole los papeles a su hermano.

—¿Tomas algún medicamento desde hace poco, Rose? —quiso saber Kaden—. Dices que los dolores de cabeza los tienes desde que volviste a Boston.

—La píldora. Empecé a tomármela antes de volver a Boston. Dejaré de tomármela, está claro que no me siento bien.

—Prueba a ver —sonrió Kad, aunque sin alegría.

A pesar de encontrarse mejor, excepto por la cabeza, que aún le dolía, Kaden la mandó a casa, prohibiéndole hacer guardias, además de aconsejarle que cuidara su alimentación y no olvidara tomarse las ampollas de hierro.

Al día siguiente, Rose y Kaden comieron un sándwich en la cafetería del General, con Cassandra y Jane, que los visitaron porque estaban haciendo unas compras por el barrio.

—¿Dejaste ya la píldora? —se interesó su madre.

—Sí, hoy ya no me la he tomado, pero me siento igual.

—Porque solo ha pasado un día —le aseguró Kad, serio. Todavía no había sonreído desde el interrogatorio por el desmayo—. Es pronto. Y lo mismo pasa con las ampollas. Tienes una anemia muy grande, Rose, ese pozo, como lo llamó Evan, debe llenarse.

Ella se tocó la sien, haciendo una mueca.

—¿Todavía te duele? —se preocupó él, profundizando la arruga de su frente.

—Un poco —mintió, le molestaba más que *un poco*, por desgracia.

En ese momento, las mujeres de la sala comenzaron a cuchichear. Rose se giró y lo vio. Y suspiró. Se le cayó el sándwich a la mesa.

Evan caminó hacia ellos con su sonrisa traviesa, su espalda erguida, su seguridad intachable, su atractivo imponente y sus relampagueantes ojos del

puro chocolate líquido.

Y ella se mareó, literalmente. Parpadeó hasta enfocar la visión. Él se percató y frunció el ceño.

—¿Estás bien? —le preguntó Evan, arrodillándose a sus pies y tomándola de las manos—. Estás pálida y fría.

—Gracias por el halago —bromeó, dedicándole un amago de sonrisa—. Solo se me ha nublado la vista un segundo. Será por lo guapo que eres, pero no te lo creas mucho que luego tu ego me echa.

Ambos se rieron.

—Por cierto —le dijo él, sentándose a su lado, sin soltarla—, he estado pensando... —carraspeó, incómodo—. Si quieres ver a Howard, iré contigo.

—¿De verdad?

—Hay algo que tienes que entender —sonrió, entristecido de repente—. Howard sigue enamorado de ti. Lo sé. Me di cuenta en la gala, me fijé en cómo te miraba. No te digo esto por celos, sino por lo duro que debe de ser para él verte feliz al lado de otro. También lo sé porque así me sentí yo en la boda de Bastian —la observó unos segundos, callado. Y añadió—: Quizás, no es prudente que retomes la amistad que teníais, por el bien de él —gruñó—. Y también por el mío, porque no soportaré que ningún otro te toque, ¿entendido?

Tan blanco y negro... Me encantas, Evan, tú y tus extremos...

—Podríamos ir después del trabajo —le sugirió Rose—. Se hospeda en su hotel. Está muy cerca de aquí.

Y eso hicieron. Recogieron a Gavin del apartamento al terminar su jornada laboral y pasearon hasta el *Hotel Cas*, propiedad del empresario James Howard. Se llamaba así por la abreviatura de *Castle*, pues era un castillo de piedra gris con seis torres en el exterior, y lujo y modernidad en el interior.

Entraron en el *hall*, muy luminoso, con mobiliario blanco mate, sillones de piel, alfombras y cortinas negras, de techos altos y suelo brillante. El uniforme de los empleados era rojo y gris; las mujeres llevaban faldas lápiz y tacones; las chaquetas variaban en función del rango de los trabajadores en cuanto a número de botones y el cuello. La familia Howard era muy minuciosa en los detalles y el protocolo.

Dos ascensores se ubicaban en el centro, de frente a las tres puertas principales, y, a ambos lados de los mismos, comenzaba la gran escalera de mármol italiano, cuyos extremos curvados se unían en la mitad.

Ella guio el carrito del bebé directamente hacia el despacho de James, detrás de la escalinata. Continuaron por un pasillo hasta el final, donde giraron

a la derecha y se toparon con una puerta de acero, de acceso restringido, que poseía un aparato en el que había que introducir una clave. Su marido gruñó al verla teclear cuatro dígitos que se sabía de memoria. Rose lo miró y se echó a reír, pero, al volver el rostro para saludar a Howard, se le borró la alegría de golpe.

—Melinda...

Capítulo 21

No me lo puedo creer... Primero, mi rubia y, ahora, mi cuñada... ¡Pero este tío de qué va, joder!

—¿Rose? —pronunció Howard, que apareció por el hueco que había a la derecha, cerca del escritorio de cristal, situado al fondo.

Evan reconoció que James poseía un gusto impecable, pues no solo el hotel era increíble, parecía que el despacho iba a juego con el estilo innovador, luminoso y espacioso del edificio.

Melinda Moore sonrió, entornando los ojos, antes de acercarse a Howard y colgarse de su cuello con familiaridad y coquetería. James se tensó y sus pómulos se tiñeron de rubor. Delicadamente, retrocedió, soltándose del agarre. Ella frunció el ceño por el rechazo y alzó el mentón.

—Howard —lo saludó Evan, extendiendo una mano.

—Payne —se la estrechó.

Eran rivales, las chispas venenosas que se dedicaban siempre no habían desaparecido.

—¿Qué haces aquí, Melinda? —inquirió Rose, rechinando los dientes, conteniéndose, reaccionando al fin.

—¿Os conocéis? —preguntó Howard, extrañado.

Evan observó a su cuñada, analizando cada uno de sus gestos, escrutando cualquier atisbo de la maldad que la caracterizaba. Primero, había intentado ligar con Kaden en la boda, luego, se había ofrecido al propio Evan y, ahora, ¿James Howard?

Malo, campeón, muy malo...

—Es Liz —anunció Melinda, adelantando una pierna, enfundada en medias. Su aspecto seguía siendo el de siempre: vestido ajustado rojo, escote pronunciado, tacones de aguja altísimos, largos cabellos sueltos alisados y ojos de un azul glaciár.

—¿Tu hermana Liz? —pronunció James en un hilo de voz, pálido—. Pero

si se llama Rose...

—Elisabeth Roselyn Moore —señaló Melinda, sonriendo— es mi hermana Liz...

—Payne —gruñó Evan, corrigiéndola, cruzándose de brazos en el pecho—. Rose Payne, Melinda, que no se te olvide.

Lanzó la advertencia con dos propósitos: defender a su mujer, porque odiaba su primer nombre, y recalcar el hecho de que era suya. Y su cuñada lo entendió, enrojeció de rabia y le dedicó una mirada de indiscutible odio.

—¿Qué diantres haces aquí, Melinda? —repitió Rose, alterada, apretando tanto el carrito que sus nudillos se tornaron blancos.

—¿Acaso no es obvio, Liz? —se giró y contempló a Howard unos segundos, suspirando—. He venido a ver a mi novio. Tengo unos días libres en la clínica.

—¿No...? ¿Novio?

Evan reprimió una carcajada incrédula.

—Y, ya de paso —continuó Melinda, que en ese momento comenzó a jugar con la corbata de un estático James—, ver a mamá.

—¡Ni se te ocurra! —estalló Rose, que avanzó hacia la extraña pareja—. Por eso estás con James, ¿a que sí? —la apuntó con el dedo—. A mí no me engañas, Melinda. Pero ¿sabes qué? —se rio sin humor—. James no tiene la más remota idea de dónde vivo, ni dónde viven mamá y Ash —miró a Howard, sin disimular la traición que sentía—. Habíamos venido para charlar un rato y que vieras a Gavin, pero debimos llamar antes —se giró y condujo el carrito hacia la puerta de acero—. Vámonos, Evan.

Él acató la estricta orden al instante, aunque con cierto recelo. Su cuñada sonrió satisfecha y James ni siquiera se inmutó.

—¿Estás celosa? —quiso saber Evan cuando salieron al pasillo, agarrándola de la muñeca para frenar su avance.

Ella dio un respingo. Parpadeó, confusa.

—Pero ¿qué...? —se tambaleó, de pronto.

Él se asustó y la sujetó por la cintura.

—No me encuentro bien, Evan... —se quejó Rose, tocándose la sien.

Evan respiró hondo para calmarse. Telefonó a Bastian para que los recogiera con el coche. No se arriesgaría a volver a casa caminando, aunque fueran quince minutos. Ayudó a su mujer a sentarse en uno de los sillones del *hall*, y esperaron la llegada de su hermano.

Una vez entraron en casa, ella se puso el camisón y se metió en la cama,

con el cuerpo debilitado y un condenado dolor de cabeza. Él le cambió el pañal al niño, lo vistió con el pijama y se dirigió a la cocina con el bebé para prepararle el biberón. Gruñó una y mil veces. Gruñó infinitas veces.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Kaden, descalzo, en camiseta y en vaqueros, en la cocina—. Déjame a mí, tú prepárale la cena —tomó a Gavin en brazos y se acomodó en uno de los taburetes—. ¿Qué te pasa, Evan?

—Se ha mareado —declaró Evan, al introducir el frasco en el microondas para calentarlo.

—¿Otra vez?

—Sí... —suspiró, pasándose las manos por la cabeza, desquiciado—. Se ha acostado.

—Le duele la cabeza —afirmó su hermano, grave y en voz baja.

—¡Sí, joder!

El bebé se sobresaltó, pero Kad lo acunó en el hombro y se relajó de inmediato. Evan apoyó las caderas en la encimera, junto a la vitrocerámica. Bastian se unió a ellos en ese momento, sentándose en el otro taburete.

—Howard tiene novia —les contó a sus hermanos—. Melinda Moore.

—¿Qué?! —exclamaron los dos al unísono, atónitos.

—Rose y yo fuimos a su hotel y la vimos en su despacho. Se presentó como su novia y él no lo negó. De hecho —sonrió sin humor—, se quedó bastante traspuesto al enterarse de que Melinda y Rose son hermanas.

—Qué raro, ¿no? —comentó Bas, recostándose en la barra americana con los codos.

—De raro, nada —apuntó él, con los ojos fijos en el suelo—. Y tampoco es ninguna casualidad que, justo cuando Jane se separa del gilipollas de Anthony —escupió con desagrado—, Melinda haga una visita a su novio. Dice que se ha cogido unos días de vacaciones para ver a Howard. No me creo nada —los miró—. Tengo que contaros algo...

Sacó el biberón del microondas, ajustó la tetina y cogió a su hijo para darle de cenar en el sofá del salón, mientras les relataba el pasado de Rose: su infancia, su anorexia, su adolescencia, incluso el incidente de Devlyn, su huida de Nueva York, el octavo cumpleaños de Asher, los castigos a su suegra... Todo. No omitió detalles. Bastian y Kaden, como era de esperar, enmudecieron un par de minutos, asimilando la información.

—¿Crees que Melinda se ha acercado a Howard para poder controlar a tu suegra como ha hecho siempre? —pensó Kad, en el suelo, con las piernas flexionadas.

—No solo eso —convino Evan en voz baja para no asustar a Gavin, que comía tranquilo—. No olvidéis su amenaza en mi boda. Me dijo que se encargaría personalmente de demostrarnos a Rose y a mí lo mujeriego que soy —gruñó—. ¿Qué se traerá entre manos? —chasqueó la lengua.

Continuaron murmurando sospechas y más sospechas sin llegar a ninguna solución ni a ninguna conclusión. Melinda era ahora la pareja de Howard y estaba en Boston, lo que significaba que algo quería, pero ¿qué?

Los interrogantes persistieron en su mente, agitando su interior, durante el resto de la semana. A eso se le añadía el malestar que padecía su mujer: estaba ojerosa, apenas conciliaba el sueño, se despertaba sudorosa y estremecida, los mareos no cesaban, las náuseas se sucedían, aunque no vomitaba, y las migrañas no desaparecían. Había dejado de tomarse la píldora anticonceptiva de inmediato y cuidaba mucho su alimentación, sin embargo, Evan no atisbaba cambio ninguno. Ella, además, fingía alegría con él y se esforzaba con el niño. Hacía muecas cuando se agachaba. No lo engañaba.

El viernes, Evan se escapó del trabajo a la hora del almuerzo para comer con su suegra, su cuñado y su madre en la mansión Payne. Jane y Ash ya estaban al tanto del apartamento que les había comprado y habían puesto el grito en el cielo al enterarse. No obstante, al fin lo aceptaron. Decidieron, para evitar una posible discusión entre él y Rose, que esta jamás se enterase de que él lo había pagado.

—¿Se sabe algo de Melinda? —se interesó su suegra, retorciéndose los dedos en el regazo—. No me atrevo a salir de aquí, por si la vemos.

Estaban en los sillones del salón.

—Te lo he dicho muchas veces, mamá —la increpó Asher, enfadado—. Siempre dejas que Melinda y papá se salgan con la suya. ¡Estoy harto! —alzó los brazos al techo. Se levantó del sofá—. Siempre la misma historia... Ahora que nos hemos ido, ¿tenemos que escondernos? —se tiró del pelo con fuerza—. ¡Me niego!

Jane ahogó un sollozo, a punto de llorar.

—Tranquilízate, Ash —lo reprendió Evan, incorporándose—. Tu madre se acaba de separar. Dale tiempo, porque una cosa es ser el hijo que ve cómo su padre maltrata a su madre —apretó la mandíbula—, y otra bien distinta es ser tu madre en esa situación. Son muchos años.

La estancia se silenció. Todos los pares de ojos se desorbitaron.

—Perdona, Jane —se disculpó él—, no debí...

—No, Evan —lo interrumpió—. Tienes razón —se puso en pie—. Ash

también tiene razón. Además, ya es hora de mudarnos, llevamos demasiados días abusando de tu hospitalidad, Cassandra.

—¡Ah, no! —se quejó Cassandra, tomándola de las manos—. Eso sí que no. Esta es vuestra casa. Podéis quedaros —mostró una sonrisa radiante— hasta que amuebléis la nueva. Y hay que inscribir a Ash en un instituto. En el que estudiaron mis hijos tiene una reputación muy buena. Conozco al director, es amigo de Brandon. Lo llamaré ahora mismo —cogió el móvil de la mesita y telefoneó a su marido.

Evan adoraba a su madre. Siempre tenía una respuesta y una solución para todo y era tan persistente como él. Físicamente, solo se parecían en la nariz, pero, en cuanto a personalidad, lo único que los diferenciaba era que su madre tenía una paciencia infinita y Evan, no.

Se despidió de todos y regresó al hospital.

—Su hermano pequeño acaba de irse, doctor Payne —le dijo Bonnie en el despacho, acariciándose el redondeado vientre de forma distraída.

—¿Y mi mujer? —se ajustó la bata blanca.

—No la he visto. El doctor Kaden me pidió que lo avisara cuando usted llegara.

—Ya lo hago yo. Gracias, Bonnie.

Salió al pasillo y se encaminó hacia la planta de Neurocirugía, así visitaba a Rose, la echaba terriblemente de menos. Se había vuelto dependiente hasta de su sombra. Cada vez que tenía un hueco libre, descendía al quinto piso y la espiaba, maravillándose de lo bien que trabajaba, lo mucho que se esforzaba y hasta lo fácil que le resultaba ser enfermera. Se entregaba la que más y siempre sonreía a todos los pacientes, les hablaba con dulzura y los trataba con cariño. Y si él se cruzaba con alguno de esos enfermos, lo felicitaban por la extraordinaria esposa que tenía. La enfermera Payne era la mejor. En menos de dos meses, se había ganado el respeto y el puesto con creces. Evan no podía estar más orgulloso.

Tocó la puerta del despacho de Kaden y entró. Su hermano estaba sentado en la silla de piel detrás del escritorio, leyendo unos informes.

—¿Me buscabas, Kad?

El aludido levantó la cabeza. La expresión de gravedad de su recto semblante lo sorprendió.

—¿Le ha pasado algo a Nicole Hunter? —se preocupó él, acercándose a la mesa.

—Sigue igual —hizo una mueca. Cogió una carpeta y sacó una ecografía

cerebral que le ofreció—. Dime qué ves.

Evan la aceptó y avanzó hacia la derecha. Ubicó la imagen en el negatoscopio, el dispositivo que permitía ver las radiografías a través de un sistema de iluminación por transparencia del negativo, colocado ante un vidrio esmerilado. Se cruzó de brazos y frunció el ceño. Había una diminuta mancha en el lado derecho del cerebro.

—Neoplasia —anunció él sin dudar—. ¿Está extendido?

—No. Está muy bien localizado. Es muy pequeño.

—Ausencia de necrosis y hemorragia.

La neoplasia, comúnmente, se denominaba *cáncer*, una masa anormal de tejido, en términos médicos. Y ese paciente, la tenía. Era muy pequeña, pero lo suficiente como para atisbar la irregularidad del cerebro.

—¿Capacidad visual, auditiva...? ¿Le has hecho ya todas las pruebas? —preguntó Evan, girándose para mirar a Kaden.

—Todavía no. Te esperaba a ti.

—¿A mí? —repitió él, extrañado.

En ese momento, Bastian entró y clavó los ojos en Kad. Ambos estaban demasiado serios. Entonces, Kaden observó a Evan unos interminables segundos y dijo:

—Hace un rato, Rose se desmayó. Estábamos subiendo los tres de la cafetería en el ascensor cuando empezó a encontrarse mal.

Evan sufrió un *shock*. Dejó de respirar. Palideció. Se acercó al negatoscopio. Un pánico atroz engullía su cuerpo a pasos agigantados. Abajo, a la izquierda de la ecografía, estaba transcrito el nombre de la paciente.

—Dios mío...

Se le doblaron las rodillas. Retrocedió. Sus hermanos lo agarraron y lo sentaron en el único sofá.

—La he ingresado, Evan —le comunicó su hermano pequeño—. Todavía está dormida. Tammy no se ha separado de ella y le he pedido que, en cuanto se despierte, me avise. Solo he podido realizarle la TC.

—Dios mío... —comenzó a sudar y, en un arrebato, se levantó y se quitó la bata a manotazos—. El problema no era la píldora... ¿Cómo he podido estar tan ciego?

—No lo podías saber, Evan. Y lo has analizado tú mismo —intentó tranquilizarlo Kaden—. Es una mancha pequeña y bien localizada. Hay que realizarle las pruebas y operarla cuanto antes.

No puede ser... No es cierto... Es una pesadilla...

—Le he hecho la TC porque me olía algo —Kaden se encogió de hombros—. Cuando se desmayó el domingo y le pregunté, tú te enfadaste por el interrogatorio, pero me resultaban muy extraños los persistentes e intensos dolores de cabeza, además de la cantidad de horas que duerme. Y tras otro desmayo, por las dudas... —suspiró—. Lo siento, Evan.

—Mírame, Evan —le pidió Bas, zarandeándolo por los hombros. Sonrió con tristeza—. No pasa nada. Kaden la operará y, en pocas semanas, nos habremos olvidado de esto. ¿De acuerdo?

—Además —continuó el pequeño de los Payne sin elevar el tono íntimo y respetuoso—, Rose dijo que la somnolencia le sucedía desde que regresó a Boston. Y la mancha es muy pequeña, lo que significa que la expansión es muy lenta. Eso es buena señal, Evan.

Él se soltó con brusquedad. Su cuerpo iba a explotar de un momento a otro.

—¿Dónde está? —exigió Evan, poniéndose la bata de nuevo.

—En la habitación quinientos dos, pegada a Nicole.

—¿Lo sabe alguien más?, ¿lo sabe ella? —se atrevió a formular.

—Solo Tammy, nadie más, ni siquiera Rose.

No esperó un segundo más, salió al pasillo. Justo enfrente del despacho de Kad, se encontraba la estancia quinientos dos: cerrada. Con manos temblorosas, giró el picaporte y empujó. La jefa de enfermeras de Neurocirugía se levantó de la silla del lado de la cama en cuanto lo vio.

—Doctor Payne —saludó Tammy, compungida, con los hombros caídos y una desolación en la cara imposible de esconder.

—Sigue dormida... —afirmó él en un susurro quebrado por la emoción.

La enfermera acarició la mano de Rose y se marchó.

Evan se aproximó despacio. Se sentó en el borde de la cama y le retiró los mechones de la frente. Un nudo comprimió su corazón. Tenía el dulce rostro ladeado hacia él; ojeras, tez mortecina, labios entreabiertos y anémicos... Llevaba el camisón blanco del hospital; sus serpentinos cabellos sueltos alcanzaban su pecho; los brazos se hallaban extendidos a ambos lados de su cuerpo y en la muñeca derecha le habían colocado la vía. La sábana la cubría hasta la boca del estómago.

Él respiró hondo de forma irregular, enlazó una mano con la de ella y rozó sus nudillos. De repente, Rose gimió y alzó los párpados con pesadez, sonriendo débilmente al verlo.

—Soldado... —fue a desperezarse, pero se topó con la vía. Se asustó—. ¡Evan! —se sentó de golpe.

—No te muevas —la obligó a tumbarse—. Tranquila... —se mordió la lengua. Tragó infinitas veces—. Rose...

Su mujer se alteró tanto al escuchar su nombre en tales circunstancias que se le aceleró la respiración.

—Evan, ¿qué hago aquí? —las lágrimas se agolparon en sus exóticos ojos desalentados—. Evan... ¡Evan!

Él se sobresaltó, despertando del trance. Procuró sonreír. Imposible. Procuró serenarse. Imposible. Procuró encontrar un timbre de voz normal. Imposible.

—Tenemos que hablar, rubia...

¿Estaba preparado? ¿Lo estaría ella? Dios mío...

Se lo contó.

Y la reacción de ella lo desarmó... Rose estalló en llanto. Gritó. Lo empujó. Lo echó de la habitación.

Y discutieron.

—¡Que me dejes sola, imbécil!

—¡Por supuesto que no te voy a dejar sola!

Ella forcejeó con la vía mientras salía de las sábanas.

—¡Ya basta! —exclamó Evan, deteniendo sus movimientos e instándola a recostarse.

Rose le golpeó el pecho con rabia, pero él la abrazó.

—¡Suéltame! ¡Déjame en paz! ¡No!

Al instante, ambos lloraron, temblando, demostrando el pánico que sentían a perderse... Ella lo nombró a él y a Gavin sin cesar...

Kaden y Bastian se presentaron en la habitación al oír tanto jaleo, pero se marcharon en cuanto comprobaron lo que sucedía.

—Evan... no me dejes sola... por favor... —le rogó, entre sollozos, aferrándose a su cuerpo, rehilando con pavor.

—Nunca, rubia... Nunca...

Se tumbó, acunándola en el pecho. No se despegaron ni hablaron más el resto del día. Sus hermanos se encargaron de contárselo a la familia. Se presentaron todos tras enterarse, y sin poder ocultar la tristeza ni el miedo.

Jane y Ash se hundieron... Quisieron tocar a Rose, abrazarla, pero ella no se separaba de Evan, sino que se apretaba más contra él cuando alguien se acercaba, escondiendo la cara en su cuello, cerrando los ojos y vibrando aún más. Los Moore lo comprendieron y lo aceptaron, aunque supusiera un aumento horrible de su dolor; Cassandra y Brandon los llevaron a la cafetería

para que se despejaran.

El hospital ya estaba al tanto a última hora del día. Se había corrido el rumor. Algunas compañeras de Rose quisieron visitarla, pero ella se negó a ver a nadie. No cenó.

Fue la primera noche de las más largas de sus vidas...

Durante los siguientes dos días, Rose se sintió como un animalillo expuesto a pruebas y más pruebas, a conversaciones y más conversaciones... Tener un tumor cerebral era malo, muy malo, pero la espera lo era aún peor, y si a eso se le añadían las expresiones descorazonadas de cuantos la rodeaban...

A pesar de que su cuñado le había asegurado que el tumor era pequeño y estaba bien localizado, los riesgos eran altos. En esos momentos, se percató de lo débil que era. Tanta seguridad en sí misma en cuanto a su aspecto y a su personalidad... Benigno o no, era un maldito tumor.

Evan, en cambio, no se había pronunciado; si había abierto la boca había sido para preguntar dudas y contestar a las preguntas o comentarios de Kad, pero a ella, nada.

Y, por si fuera poco, la prensa se hizo eco. En la tercera mañana que despertó ingresada, James y Melinda la visitaron, pero su madre y Ash la echaron en cuanto entró en la habitación. Todos salieron, menos Howard, que se sentó en el borde de la cama. La empalagosa colonia de su hermana impregnó el lugar.

—Hola, mi pequeña flor —le acarició la rodilla por encima de la sábana.

Rose estaba de perfil hacia la ventana. Encogió las piernas ante el roce, alejándose del que, supuestamente, era su amigo.

En primer lugar, no soportaba que nadie que no fuera su marido la tocara. Entre Evan y ella no se decían nada, pero la realidad era que ella no quería hablar, solo respondía con monosílabos a los médicos y a las enfermeras que la trataban, entre las que se encontraba Tammy, y su marido parecía entenderla a la perfección, cosa que agradecía sobremanera, porque, a veces, los silencios apoyaban más que cualquier palabra de ánimo.

Sin embargo, cada rato libre que Evan sacaba del trabajo, se tumbaba con Rose y permanecían abrazados hasta que tenía que regresar a consulta, al despacho o a intervenir en alguna urgencia. Cada noche dormían juntos. Había ocasiones que lo esperaba ansiosa durante horas, pero, en cuanto lo veía,

soltaba el aire retenido y se refugiaba entre sus brazos.

Y, en segundo lugar, James era el novio de Melinda. No podía tratarlo como antaño. Demasiadas cosas habían sucedido en esa semana, como para mantener una conversación sobre la odiosa de su hermana. Rose no era ninguna estúpida.

—No sabía que era tu hermana, Rose. Siento que te hayas enterado así.

—¿Crees que acaso me importa quién es tu novia, James? —inquirió, ronca, con un inmenso nudo en la garganta, el mismo que se le había formado hacía tres días. Se dio la vuelta para mirarlo—. No quiero a Melinda aquí. Y a ti, tampoco —se giró de nuevo y le ofreció la espalda—. Melinda Moore. ¿Acaso no la investigaste como investigas a todo el mundo que conoces? ¿Moore? —resopló—. Venga ya, James...

—Ella me hablaba de sus hermanos Benjamin y Liz... —se justificó—. Y no. Por primera vez, no investigué. Te echaba de menos, Rose —chasqueó la lengua—. De repente, dejamos de vernos. Después de diez meses juntos, a diario... —suspiró—. Melinda apareció en el momento más oportuno. La utilicé para olvidarte y, luego, me di cuenta de que me gustaba estar con ella. Me gusta mucho, Rose. Lo siento.

—Melinda está contigo por mi familia y por mí —aclaró con acritud. Le sobrevinieron las náuseas, que pudo contener tragando—. Melinda es una mala persona —desvió los ojos—. Todo el mundo sabe que estuve contigo en Europa una temporada justo antes de casarme. Leí las revistas. Leí las mentiras que publicaron sobre nosotros, James —inhaló una gran bocanada de aire, que expulsó de forma discontinua. Contempló el *Boston Common*, sin fijarse en nada—. Y la prensa lo escribió tras el anuncio de la boda. Fue así como mi familia me encontró, así que te aconsejo que no te hagas ilusiones con mi hermana porque Melinda nunca hace nada desinteresadamente.

—¿Estás celosa? —su tono reveló sorpresa absoluta.

—¡¿Qué?! —lo miró, entre alucinada y asqueada—. ¡Jamás he sentido celos de Melinda! —se apuntó a sí misma—. No tienes ni idea de nada, James. ¡No la conoces! ¡No sabes de lo que es capaz!

—¿Sabes qué, Rose? —se levantó y se ajustó la corbata, alzando el mentón—. Llevo con Melinda dos meses y me ha contado más cosas sobre sí misma en ese tiempo que tú en los diez meses que estuvimos juntos en Europa —la observó con el ceño fruncido—. A quien no conozco es a ti, Rose, ni siquiera sabía que eras de Nueva York, pero a Melinda sí la conozco. Y tu manera de echarla de la habitación ha dejado mucho que desear.

—Te ha envenenado... —murmuró ella, atónita por sus palabras—. ¿Qué te ha dicho? ¡¿Qué te ha dicho?! —perdió los nervios.

—Que hace nueve años te mudaste a Boston porque discutiste con tu padre —se cruzó de brazos, sin esconder su enfado—. Ella siempre estuvo a tu lado, pero tú la culpaste de tus propios errores, la insultaste y la atacaste de la peor forma. La echaste de tu vida cuando solo quería ayudarte.

—Oh, Dios mío... —se frotó la cara, desesperada—. ¿Qué errores, por Dios?

—No te hagas la ingenua, Rose —avanzó y se detuvo al chocar con la cama—. Puedo aceptar que utilizaras a los chicos como una vía de escape para desconectar, pero tu hermana te ofreció la mano miles de veces para salir de todo aquello, a pesar de que a tu padre le decías que era ella quien se acostaba con ellos. Te perdonó, por si necesitas que te lo recuerden —añadió en un bufido.

—¿Per...? ¿Perdón?

¿Utilizar a los chicos como una vía para desconectar? ¿Salir de todo aquello? ¿Perdonarme? Pero ¡¿qué le ha contado Melinda?!

—No soy nadie para juzgarte —se disculpó James, estirándose la chaqueta. Retrocedió un par de pasos—. Perdona mi rudeza. No me imaginé... —suspiró—. Solo quiero que sepas que tu hermana está dispuesta a empezar de cero y a olvidar tus fallos, más ahora que tienes el tumor —carraspeó, incómodo—. Quizás, es el momento para expiar tus faltas, Rose. Nunca es tarde.

¿Empezar de cero? ¿Mis fallos? ¿Expiar mis faltas?

Rose ahogó un gemido de frustración, rencor y dolor. Comenzó a llorar, pero ya estaba tan acostumbrada que no sentía cómo se le mojaba la cara.

—Vete. Ahora mismo.

—Rose, no es buena tu actitud —suavizó el tono—. Melinda te quiere muchísimo y la estás rechazando otra vez. Es evidente que ella tenía razón... —resopló, indignado—. Utilizas a la gente en tu propio beneficio y, cuando no te interesan más, los echas de tu vida sin importarte sus sentimientos, como hiciste conmigo. Me utilizaste para huir de Evan —su voz transmitió rencor—. Después, me tiraste a la basura y, luego, me llamaste durante tres días. Y, encima, ahora que estoy con tu hermana, te enfadas conmigo. Qué ciego he estado, Rose...

—¡Vete de aquí! —le gritó, sentándose—. ¡Evan! ¡EVAN!

—Rose...

—¡EVAN! —chilló, tirándose del pelo, haciéndose un ovillo en el colchón.

Lo necesitaba. ¡¿Dónde estaba su marido?!

—¡EVAN!

Su cuerpo entero tembló sin control. Le costaba respirar. Se estrujó el camión en el pecho, donde unas cadenas invisibles comprimían sus pulmones.

Howard se asustó y corrió a buscar a alguien para que la ayudara.

—¡Rose! —exclamó Tammy, que entró enseguida—. ¡Que alguien avise a Kaden y a Evan! Mírame, Rose... Mírame... Inhala aire... Rose...

—No... puedo... res... respirar...

De repente, todo se volvió borroso. Los gritos se desvanecieron en la lejanía, como si le hubieran colocado taponos en los oídos. Varias sombras la rodearon. Notó una presión en la garganta. Quiso vomitar, quiso moverse, pero, sencillamente, no podía... Sus extremidades no reaccionaban. ¡Nada reaccionaba!

Entonces, cuando creía que iba a morir asfixiada, sus brazos y sus piernas hormiguearon y empezó a enfocar con claridad.

—Hola, rubia —la saludó Evan, sonriendo con gran alivio, sentado a su lado.

Ella respiró hondo. Él le acarició con ternura la cara hasta que Rose cerró los ojos, disfrutando de la serenidad que le proporcionaba su mano en su piel.

—La operación es mañana —le anunció su marido en voz muy baja—. Será una craneotomía. Estarás despierta parte de la operación. Un radiólogo hablará contigo mientras Kaden te quita el tumor. Ya sabes lo que implica...

Ella alzó los párpados de golpe. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Evan la colocó en su regazo y la envolvió con su cálida anatomía.

Sí, sabía lo que implicaba.

Se quedó dormida sin darse cuenta.

Cuando despertó, se deshizo del abrazo y caminó hacia el baño de la habitación. Contempló su reflejo en el espejo. Enredó varios mechones entre los dedos. Podía perder a Gavin, a Evan, a su madre, a su hermano, a Cassandra, a Brandon, a Zahira, a Bastian, a Kaden, incluso a James...

¿Cómo se afronta esto? ¡¿Cómo?!

Cayó de bruces contra el suelo, apoyando a tiempo las palmas de las manos. Estuvo a un milímetro de golpearse la cabeza contra el lavabo.

Evan, desorientado por el sueño, abrió la puerta al instante.

—¡Quiero ser fuerte! —gritó Rose, tirándose del pelo—. ¡Quiero ser fuerte! ¡Quiero ser fuerte! —repitió una y otra vez, intentando, sin éxito, convencerse a sí misma—. ¡Quiero ser fuerte!

Él se agachó y la apretó contra su cuerpo. Ella se convulsionó sin control.

—¡Tengo miedo, Evan! ¡No quiero perderos! ¡No quiero!

—Escúchame bien —la sujetó por la nuca—. No vas a perdernos, ¿entendido? ¡No lo harás!

Evan también lloraba, pero sin emitir un solo sonido. Rose besó cada una de sus lágrimas con labios temblorosos. Se besaron en la boca, aunque más que un beso fue una lucha contra el destino.

—No nos vas a perder, Rose —le acarició la cara con las yemas de los dedos—, ¿sabes por qué? —sonrió, triste y dulce—. Primero, porque Kaden te va a operar, y es el mejor neurocirujano del mundo —le guiñó un ojo—. Y, segundo, porque yo no permitiré que nos pierdas —añadió, rechinando los dientes.

—Evan... —lo miró y suspiró, trémula—. Rápame.

—¿Qué? —arrugó la frente.

—Rápame... —le arrugó la camisa en el pecho.

—No —se negó en redondo—. No te hace falta —tensó la mandíbula.

—La incisión que me hará Kaden se notará, porque es casi en la parte de arriba de la cabeza. Prefiero rapármela y que me crezca todo el pelo a la vez, a que me falte un trozo en un sitio tan visible. Por favor... Y quiero que lo hagas tú. Por favor...

Él inhaló aire, lo expulsó con fuerza y asintió. La dejó en la cama y se fue en busca de una maquinilla. Escasos minutos más tarde, apareció. Rose se sentó de espaldas a Evan, en el suelo, frente a la ventana, con las piernas flexionadas debajo del trasero. Él enchufó la maquinilla.

Se mantuvo erguida. Tragó, tragó y tragó... Se mordió la lengua. No lloró. No cerró los ojos. Observó, a través del cristal, cómo caían sus largos mechones. Evan, con delicadeza, le tocaba la frente y la barbilla para ir girándola y no saltarse un solo milímetro. Cuando terminó, lo limpió todo y ella se tumbó en la cama, de costado; agarrando los barrotes como si dependiera de ellos para vivir. Él se acomodó detrás y la rodeó por la cintura, instándola a girarse. A Rose se le aceleró el corazón y bajó los párpados mientras se daba la vuelta.

—Mírame —le pidió su marido—. Mírame, por favor... —la atrajo hacia su cálida anatomía.

Ella suspiró de manera entrecortada y obedeció. Evan sonrió.

—Eres la mujer más guapa que he visto en mi vida, rubia, y con diferencia.

—Ya no... —tragó por enésima vez—. Ya no se nota que soy rubia hasta

que no me crezca... —sollozó.

—Eres mi rubia —su voz se tornó ronca—. Lo fuiste, lo eres ahora y lo serás siempre.

—Tu rubia... —suspiró, apoyando la cara en su pecho.

Un rato más tarde, Zahira, Bastian, Cassandra, Brandon, Jane y Ash, junto con Caty y Gavin, se presentaron en la habitación sin previo aviso. Rose se asustó. La vergüenza la inundó. Quiso taparse, pero Evan no le permitió esconderse y dijo, sonriendo:

—¿A que mi rubia está más guapa que nunca? —se levantó.

Todos sonrieron, con lágrimas en los ojos.

—Mi princesita es preciosa —respondió su madre, entregándole a Gavin.

Rose se emocionó al verlo y al sentirlo en su pecho, pegado a su corazón. Lo acunó, susurrándole cariñosas palabras, besándolo por el cuerpecito. El niño se rio, le tocó la cara y la pellizcó con las uñas sin darse cuenta.

—He traído café —anunció la señora Payne, sacando un termo del bolso.

—Yo, chocolate —convino Bas, con otro recipiente.

—Y yo, el trivial —agregó Hira.

—¡Me encanta el trivial! —exclamó Evan, aplaudiendo como un niño pequeño, feliz y dichoso ante su juguete favorito.

—¡Ni hablar! —se negó Bastian, cruzándose de brazos—. Tú no juegas, Evan, que siempre ganas.

Estallaron en carcajadas.

Todos se sentaron en el suelo, divertidos y deseosos de pasar una noche juntos, al lado de Rose y sin recordarle lo que sucedería en pocas horas, menos Zahira, que se sentó en el colchón, con Caty dormidita en su hombro.

—Jamás podría culparte, Rose —le susurró, apenada—. Jamás te relacionaría con las acciones de tu padre. Necesitaba decírtelo. No hemos hablado del tema.

—Siento vergüenza, Hira... —musitó en el mismo tono. Se mordió la lengua—. Mi padre ha pisoteado siempre a buenas personas, es decir —la miró directamente a los ojos—, a quienes son mejores que él —respiró hondo. Observó a su bebé, que comenzaba a adormecerse—. Nunca seré como mi padre. Nunca antepondré un hijo a otro. Tampoco conduciré a Evan hacia el miedo, que es el lugar donde ha estado mi madre durante años, solo por el mero hecho de sentirme inferior, porque ese ha sido siempre el problema de mi padre, y no me he dado cuenta de ello hasta hace poco...

Permaneció unos segundos callada, sin percatarse de que todos le prestaban

atención.

—Cuando de verdad amas a alguien —continuó Rose, con la voz quebrada—, eres tú quien se esfuerza por ser mejor, porque ese alguien te inspira a ser cada día mejor. Mi padre es un hombre que nos anulaba a mi madre y a mí, con Melinda como esbirro —hizo una mueca—. No nos quiso. Creo que jamás querrá a nadie más que a sí mismo. Mi hermana era leal a él, por eso la protegía, pero no por ello la quería, ni la quiere. Mi padre es incapaz de querer a nadie, Hira. Y de verdad que lo siento mucho por Melinda —se sinceró, distraída en su hijo, rozándole la cara con los dedos, dibujando sus preciosas facciones—. Nadie se merece lo que sufrió mi madre, ni los desprecios que yo recibí de él, ni siquiera mi hermana, aunque muchas veces deseé que estuviera en mi situación.

—Yo no lo denominaría desprecios, sino indiferencia —arqueó las cejas—. O, quizás, exceso de control. En la boda, dejó bien claro que necesita sujetarte, por así decirlo.

—Tienes razón —asintió, pensativa—. La indiferencia es peor que un insulto. Es como la decepción, peor que la tristeza o el enfado. Una persona que grita o llora cuando sufre es porque siente, porque ama u odia, pero el caso es que siente algo —se tocó el pecho para enfatizar—. Pero si tu padre es indiferente contigo y solo se dirige a ti para encerrarte en tu habitación sin cenar durante días, semanas, meses, años... —suspiró, en calma—. Eso es mucho peor, porque te das cuenta de que tu padre lo único que siente hacia ti es que tú sobras en su vida —se encogió de hombros.

—¿Te encerraba sin cenar? —se atrevió Zahira a preguntar.

—Hira, tu madre te encerraba porque le recordabas a tu tía, al amor de tu padre. Mi padre me encerraba a mí porque así él creía controlarme. Me castigaba sin cenar cuando Melinda hacía una trastada y me culpaba. Y todo porque mi madre me adoraba. Al principio, mi padre no la creía, pero, un día, mi hermana decidió arañarse o golpearse y decir que había sido yo quien la había pegado. De ese modo, mi madre y yo nos separábamos físicamente, porque mi padre prohibía que nadie se me acercara, que era lo que pretendía Melinda, porque siempre ha estado celosa de la relación tan estrecha que teníamos mi madre y yo, cuando, en realidad —aclaró, recalcando adrede cada palabra—, debería haberse molestado en unirse más a nosotras, no en hacer una guerra en nuestra contra desde el minuto cero, ¿no crees?

—Totalmente de acuerdo.

—Nunca lloré por que mi padre no me creyera a mí —prosiguió ella—,

que era quien decía la verdad. Tampoco creía a mi madre. Nos ignoraba a las dos —se humedeció los labios—. Desde que nació, veía a mi padre por las noches unos segundos antes de irme a dormir, ya fuera fin de semana o no. Jamás me dio un beso de buenas noches, jamás me leyó un cuento, jamás me llevó a un parque a jugar con él, pero ¿sabes qué? —sonrió— Nunca lo necesité, ni lo eché de menos al verlo en mis amigos de la escuela, ni deseé que lo hiciera algún día, porque tenía a mi madre. Y no era conformismo, todo lo contrario: mi madre me llenaba más que cualquier cosa, más que cualquier persona. Y cuando nació Ash, nos convertimos en un trío imparable —se rio, nostálgica—. Los castigos dejaron de afectarme. Había veces que yo, directamente, me encerraba en mi cuarto antes de que me lo dijera.

—¿Qué sientes ahora hacia tu padre, Rose?

—Nada bueno —contestó ella con sinceridad absoluta—. Lo vi en la boda después de nueve años y sentí miedo... —agachó la cabeza—. Es lo que he sentido siempre cuando lo he visto, cuando ha estado cerca de mí. No es miedo a que me encierre. En realidad, no me importaba que lo hiciera porque me encantaba mi habitación. Es miedo a no ser nunca lo suficientemente buena a sus ojos. Al fin y al cabo, es mi padre, me guste o no, y a todo el mundo le gusta que sus padres se sientan orgullosos de uno.

—Siempre te lo he dicho. Eres una persona muy segura de ti misma —comentó Hira con la frente arrugada—. Me extraña que sientas que no vales lo suficiente para alguien.

—Soy segura con todo el mundo menos con mi padre y con Evan —sonrió, divertida—. Los dos me imponen, cada uno a su manera.

—¿Tú?, ¿insegura frente a un hombre? —le devolvió el gesto—. Con tu padre, es comprensible, hasta me impone a mí, pero ¿con Evan? —chasqueó la lengua—. Imposible, Rose. No me lo trago. Tímida, de acuerdo, porque veo lo roja que te pones con él —ladeó la cabeza—. Pero Evan no te impone, ¡ni hablar!

Ambas se rieron, abstraídas del resto menos de sus hijos y de ellas.

—Puede parecer muy tópico —señaló Rose, acalorada de pronto—, pero, cuando vi a Evan por primera vez, se me doblaron las piernas... ¡Menos mal que iba en alpargatas planas, si no, hubiera hecho el ridículo!

Soltaron una carcajada.

—Me pareció tan guapo, Hira, y tan inalcanzable... —respiró hondo—. Y en ese momento pensé que jamás encontraría a ningún hombre como él. Tiene una mirada especial, ¿verdad? —entornó los ojos, recordando—. Gavin vino

de sorpresa, me refiero a que no fue planeado, y no te imaginas cuánto me alegro de que Evan sea su padre. Evan es, sencillamente, especial —se encogió de hombros.

—Lo es.

—Y es la mejor persona que he conocido —suspiró, sonriendo—. Puede que nuestro comienzo fuera poco convencional, con toda la boda y las prisas —movió una mano para restar importancia— pero es que él no es normal —se ruborizó, besando a Gavin en la frente, que ya estaba soñando—. Me hace reír —emitió una suave carcajada—. Y hacía tanto tiempo que no me reía, Hira... —inhaló aire y lo expulsó de forma irregular. La emoción retornó a su pecho—. Y, a veces, creo que es un brujo...

—Porque te hechiza —bromeó su amiga, pellizcándole la pierna, traviesa.

—Y porque me da la sensación de que es la única persona que puede desnudarme sin preguntas, que con solo echarme un simple vistazo sabe lo que me pasa y lo que necesito. Pero no solo eso, sino que, además —levantó el dedo índice para enfatizar—, hace que sienta que nada malo va a suceder y que todo tiene solución. Y eso es un problema... —se le apagó la voz.

—¿Problema? —repitió Zahira, consternada.

—Sí —sonrió y recostó la cabeza en la almohada. Cerró los ojos—. No puedo estar un solo segundo sin él... Y mañana... —las lágrimas bañaron sus pómulos en descenso hacia la barbilla. No se molestó en secárselas—. Tengo tanto miedo de que esto nos afecte... —se palpó la cabeza, angustiada—. Tengo tanto miedo de perder a Evan...

—Eso no sucederá —le aseguró el propio Evan, solemne y en un tono ronco.

Rose alzó los párpados de golpe. No se había dado cuenta de que él lo había escuchado todo, y tenía los ojos vidriosos, sobrecogido por sus palabras.

Ella se ruborizó. Su marido se levantó del suelo, se acercó a la cama, se inclinó y la besó en los labios. Rose le acarició el rostro con la mano libre.

—Tengo mucho miedo, Evan... —le confesó en un hilo de voz.

—Ni siquiera una operación podrá alejarme de ti. ¿Sabes por qué? —sonrió, petulante—. Porque nada ni nadie puede resistirse a mí.

—Necesito aire, soldado. Tu ego me está asfixiando...

Los presentes estallaron en carcajadas. La pareja se besó con dulzura.

Unas horas después, Kaden acudió a la habitación.

Rose besó por última vez a Gavin antes de que su madre se lo llevara.

Aunque no era la labor de la jefa de enfermeras, Tammy fue quien la condujo al quirófano. Evan la acompañó todo el camino.

No hubo despedida, ni siquiera una sonrisa.

Capítulo 22

La operación fue un éxito rotundo.

Cuatro horas después de que su mujer entrara en quirófano, Kaden salió al pasillo, quitándose el uniforme verde, el gorro y los guantes de operación, que tiró a un pequeño contenedor. A ese pasillo, solo accedía el personal autorizado del hospital. Evan y Bastian no se movieron de allí hasta que vieron salir a su hermano pequeño. Los tres se abrazaron. Él, que había estado muerto de miedo, se deslizó hacia el suelo con la mayor liberación que había experimentado en su vida. Su cuerpo flotó, literalmente. Y rompió a reír, contagiando a Bas y a Kad.

Antes de cenar, tras estar en reanimación, subieron a Rose a su habitación en la planta de Neurocirugía. Estaba adormilada. Abría y cerraba los ojos con esfuerzo mientras recibía los saludos y los besos de la familia Moore, la familia Payne, Bonnie, Tammy, algunos compañeros de profesión e incluso pacientes que la adoraban, ya fueran niños o adultos. Todos estaban emocionados, reían y lloraban de felicidad.

Sin embargo, Melinda se presentó en la estancia. Evan la agarró del brazo y se la llevó al pasillo antes de que Rose se percatara de la nueva y amarga visita.

—Te quiero lejos de aquí —le ordenó él, soltándola con brusquedad.

—Evan, yo... —comenzó su cuñada, entre lágrimas—. Sé que no me he portado bien, pero... —retorcó las asas de su carísimo bolso de diseño—. Es mi hermana. Y con el tumor, pues... —desvió la mirada, sonrojada—. Solo quiero... Si le pasara algo, jamás me lo perdonaría...

Evan enarcó una ceja y se cruzó de brazos; no se creía una sola palabra.

—Necesitarás una mentira más creíble para que te permita entrar, Melinda. Y te aseguro que no la hay porque eres una embustera, rastrera, malvada e interesada —la apuntó con el dedo índice—. No sé qué le has dicho a Howard porque Rose no me lo ha contado, pero sé que discutieron el otro día por tu

culpa. A mí no me engañas.

—Ya no estamos juntos —se limpió el rostro—. También, discutimos él y yo —lo contempló un eterno momento—. Es mi hermana y quiero recuperarla. No me importa lo que tenga que hacer, pero vendré todos los días.

—No te servirá de nada. Rose no te quiere aquí, ni tu madre, ni tu hermano. Pierdes el tiempo, Melinda —se giró para regresar a la habitación.

—Soy paciente, Evan —contestó con cierta dureza.

Él respiró hondo, entró en la habitación y la cerró en sus narices.

—¿Qué quería? —le preguntó Jane, en voz baja.

—Nada. Mentir, como siempre.

Después, las familias se marcharon. Evan le pidió unos días libres a Jordan para cuidarla el tiempo que estuviera ingresada, una semana como mucho. Bastian le llevó una maleta con ropa.

Los dos primeros días fueron molestos e incómodos tanto para la paciente como para él. Rose permanecía más tiempo sedada que despierta, para así evitar el dolor de la operación. Tenía un vendaje que le cubría la cabeza y que le cambiaba Evan dos veces diarias, tras limpiarle la herida. Kaden era muy meticuloso y apenas le quedaría una fina cicatriz.

A partir del tercer día, comenzaron a llevar a cabo las pruebas pertinentes: audición, lenguaje, visión, ecografías cerebrales... Estaba todo perfecto. Su hermano pequeño se presentó en la habitación con los resultados en la mano.

—Buenas noticias —anunció Kad, sentándose en el borde de la cama, sonriendo a Rose con cariño—. No hará falta radio ni quimio. Los medicamentos serán suficientes. Era una masa benigna, les pedí que la analizaran enseguida para quedarnos tranquilos cuanto antes. Estás limpia, Rose —le apretó la pierna—. Te repetiré las pruebas mañana y, si todo sigue así de bien, podrás volver a casa en un par de días.

Ella sonrió, sollozando. Evan la abrazó con cuidado y la besó en los labios.

—¿Ves? —le susurró él al oído—. Siempre juntos, rubia.

Rose asintió, aferrándose a su cuello.

El cuarto día, Jane y Evan bajaron a la cafetería del hospital a tomarse un café.

—¿Has tenido noticias de Anthony? —quiso saber él.

—No —contestó su suegra—. Nada de nada. Tendré que llamarlo, pero... —agachó la cabeza—. No quiero hablar con él.

—¿Qué te ha dicho el abogado? —dio un sorbo a la taza.

—Que me ponga en contacto con Anthony aunque solo sea para preguntarle

por los papeles, pero no me atrevo, Evan —frunció el ceño—. Todavía no he encontrado trabajo y...

—¿Estás buscando trabajo, Jane? —los interrumpió Jordan, sentándose con ellos.

—Hola, Jordan —Jane sonrió, acalorada de pronto—. Sí, busco trabajo.

—¿Qué buscas exactamente? Lo digo porque mi secretaria está de baja por maternidad. Hasta dentro de seis meses no se reincorpora. Todavía no he encontrado a nadie. Si te interesa —sonrió—, te hago una entrevista.

—Pero yo no sé nada de secretariado. Y hace muchos años que no trabajo.

—No te preocupes —le aseguró el director, apretándole la mano—, yo te enseñaré todo lo que necesites. Ven a mi despacho esta tarde, ¿de acuerdo? No tengo reuniones. Hoy estoy libre.

Evan ocultó una risita, apuró el café y se despidió de la pareja, que se quedó charlando como si fueran amigos de toda la vida, con la diferencia de que se miraban como adolescentes enamorados.

Cuando entró en la habitación de Rose, gruñó. Melinda estaba allí.

—Te dije que no vinieras —sentenció él—. Fuera de aquí —la agarró del brazo y la arrastró al pasillo—. ¿Es que acaso estás sorda?

— Y yo a ti te dije que volvería —protestó Melinda, enfadada—. Es mi hermana.

Él la observó como si tuviera delante a una serpiente venenosa. Sentía repulsión. Se reunió con Rose, cerrando tras de sí.

—¿Estás bien? —se preocupó Evan, comprobando los monitores por si estuviera sufriendo un ataque de ansiedad.

—Sí, tranquilo —no sonreía y se limpiaba las lágrimas que había derramado—. Dice que ha roto con James. Discutieron. Parece ser que lo que me contó James es mentira.

—¿Qué te contó? —se acomodó en el sillón a los pies de la cama.

—Pues que Melinda le dijo que su hermana Liz, o sea, yo —se apuntó a sí misma con el dedo—, utilizaba a los chicos como vía de escape de mi padre, que me acostaba con todos en el instituto para desconectar de las discusiones en casa, que, primero, juego con los hombres, los caliento, los utilizo para mi propio beneficio y, luego, los tiro a la basura sin importarme sus sentimientos, justo lo que hice con él —sonrió sin humor.

—Muy típico de las malas personas como tu hermana —comentó él, relajado—. Ha puesto a Howard en tu contra. ¿Has tenido noticias de él?

Ella negó con la cabeza, abatida.

—¿Quieres tenerlas? —se atrevió Evan a preguntar.

—Creo que nunca fuimos amigos —musitó en voz baja—. Ya sabía que se estaba enamorando de mí cuando decidí irme a Europa con él. Lo sospechaba y, aun así, acepté el viaje. Nunca le conté nada de mi vida, de mi familia o de mi pasado —contempló el *Boston Common*—. Nada. Para mí, James fue una vía de escape equivocada para mis miedos. Pensé que, si me marchaba una temporada, podría volver con fuerzas para enfrentarme a ti y contarte la verdad —lo miró, con los ojos caídos por una amarga tristeza—. Pero en la boda de Zahira... —respiró hondo—. Quise correr en dirección contraria...

—Menos mal que no lo hiciste —bromeó.

—Quiero mucho a James, Evan —entrelazó las manos en el regazo—, pero me ha decepcionado, aunque yo soy culpable, en parte.

—¿Por qué crees eso? —se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Él tiene razón: lo utilicé para escapar de ti. Y lo único que conseguí fue hacerle daño, ocultarte a ti la existencia de Gavin y encerrarme en mí misma. Entiendo que esté dolido.

—Eso no justifica que crea a una mujer a la que acaba de conocer antes que a ti, después de los meses que estuvisteis viviendo juntos. Quizás, ha creído a tu hermana porque su interior se ha aferrado a algo malo para odiarte y así dejar de amarte —arqueó las cejas—. Porque sigue enamorado de ti. Lo sé. Y si ha roto su relación con Melinda justo después de discutir contigo... —chasqueó la lengua—. O tu hermana ya ha conseguido lo que deseaba o Howard sigue sin poder olvidarte.

—Quiero hablar con él. Quiero solucionar esto. Pero no es el momento. Necesito tiempo.

—¿Melinda ha mencionado a tu padre? —Evan arrugó la frente, recostándose en el asiento—. ¿Sabes algo de él?

—Mi padre ya sabe lo del tumor y ha dicho que no piensa dejar de trabajar por mí, y mucho menos sabiendo que mi madre y Ash se han mudado aquí, conmigo —se encogió de hombros—. No es nada nuevo, Evan, es lo mismo de siempre.

Él asintió, serio.

No charlaron más.

Melinda regresó a la mañana siguiente, tal cual había prometido, pero nadie le permitió el paso. Cada vez que intentaba entrar en la habitación, Evan la echaba de malas maneras. El día antes de que Rose recibiera el alta médica, él

y Melinda discutieron en el pasillo, a la vista de todos.

—Ya es suficiente —los cortó Rose, que se había levantado de la cama por las voces que estaban dando. Arrastraba la percha del suero con la mano derecha y se sujetaba el camisón en la espalda con la otra—. Ven esta noche, Melinda. Hablaremos entonces.

—¡No! —exclamó Evan, furioso—. ¡Solo quiere hacerte daño!

—¡Basta! —se tocó la cabeza en un acto reflejo—. Estoy harta de ser la comidilla del hospital. Necesito descansar —indicó, antes de girarse para regresar a la cama.

Melinda sonrió y se marchó.

—No se acercará a ti —sentenció él, ayudándola a meterse entre las sábanas—. No sé qué pretende, pero ¿crees de verdad que solo desea recuperarte? No me lo trago —escupió asqueado.

—Yo, tampoco, pero esto no puede continuar así, Evan —le contestó Rose, bajando los párpados. Estaba debilitada, las sienes le palpitaban si hacía demasiados esfuerzos—. Cuanto antes hable con ella, antes se irá de Boston.

Evan cedió y, por la noche, Melinda apareció, justo después de la cena. No se permitían visitas a esa hora, pero Kaden se aseguró de que la dejaran entrar en el hospital.

—Duerme en casa hoy —le pidió Rose a él, sonriendo.

—Ni hablar.

—Por favor, Evan. Mañana me dan el alta. Solo son unas horas y mi madre me ha dicho que se queda conmigo esta noche.

—No te preocupes, Evan —convino Jane, a su lado—. No estará a solas con Melinda, tranquilo —y añadió en un susurro para que no la oyera ninguna de sus dos hijas—: Quiero hablar con Lizzie del apartamento nuevo y el instituto de Ash.

Él lo comprendió y accedió, a pesar de que deseaba lo contrario.

—Mándame un calcetín, ¿entendido, rubia? —le besó la mejilla.

—Entendido, soldado —sonrió, acariciándole la cara—. Estará mi madre conmigo.

—En cuanto Gavin se despierte, nos tendrás aquí a los dos.

Ella asintió. Se besaron con ternura en los labios y Evan se fue.

Sin embargo, no condujo a casa, sino al *Hotel Cas*.

James se encontraba en la recepción, ajustándose la corbata.

—¿Qué haces aquí, Payne? —inquirió Howard, bien erguido.

—¿Podemos hablar?

James respiró hondo como si librara una batalla y asintió. Se dirigieron al despacho.

—¿Y bien?

—Si estoy aquí es por Rose —anunció él, introduciendo las manos en los bolsillos del vaquero—. Lo que te contó Melinda es mentira. No entiendo cómo pudiste creerla cuando te enteraste de que era su hermana —frunció el ceño—. ¿Y tú eres su amigo?

—Lo era hasta que me la quitaste de mi lado —rechinó los dientes—. Rose nunca te importó.

—¡Te equivocas! —perdió los nervios—. Siempre estuve enamorado de ella.

—Lo demostraste bien, ¿eh? —ironizó, igual de enfadado—. Si tan enamorado estabas de ella, ¿por qué permitiste que se marchara conmigo? Eso no es amor, Evan. Amor es lo que siento yo, ¡joder! —se tiró del pelo, desesperado. Comenzó a caminar sin rumbo por el espacio—. ¿Sabes cuántas veces la escuché llorar? —lo miró con odio—. ¿Sabes cuántas veces quise coger un avión y pegarte un puñetazo por el daño que le estabas haciendo? ¡Muchas, joder! Pero no lo hice. Soporté sus lágrimas, soporté cómo te nombraba hasta dormida, soporté que llevara a tu hijo en su vientre, ¡quise a Gavin como si fuera mi propio hijo! —se golpeó el pecho. Se detuvo y lo observó sin esconder la rabia—. Y, de repente, apareces otra vez en su vida para llevártela... ¡y con amenazas! —lo apuntó con el dedo índice—. ¡No te la mereces!

—¿Y tú, sí? —rebatía Evan, avanzando, amenazador—. Has creído a Melinda antes de preguntarle a Rose. ¿Tanto la amas que la juzgas directamente y sin oír su versión?

—¡Nunca me dijo nada! ¿Qué querías que creyera? —extendió las manos, justificándose, en vano—. Rose nunca fue mía. Nunca me contó nada de su vida, solo hablaba de ti. Y Melinda confió en mí nada más conocernos. La utilicé para olvidarme de Rose, sí, lo reconozco, pero... —chasqueó la lengua, posando las manos en las caderas—, Melinda me daba lo que creía que necesitaba...

—¿Y no te resulta extraño que, de repente, en cuanto se anuncia nuestro compromiso, conoces a su hermana?

—No sabía que era su hermana. Y ya no estoy con ella —desvió los ojos al suelo—. Fue un error iniciar una relación, con Melinda o con cualquier otra mujer. Me di cuenta cuando volví a ver a Rose.

—No te acerques a mi mujer, Howard —declaró, erguido, controlándose—. Rose me ha dicho que quiere solucionar esto contigo, pero que ahora mismo necesita tiempo —inhaló una gran bocanada de aire para serenarse—. Sé que estuvo llamándote y que no le cogiste el teléfono. Y, lo siento por ella, pero me alegro de que cortaras la relación —los celos lo asaltaron de manera inevitable.

—Estaba enfadado —confesó Howard, ronco—. Me cabreé mucho con ella. Rose es una mujer muy fuerte con todo el mundo, menos contigo. Nunca cede ante nada. Nunca se desmorona por nada. Nunca llora por nadie. Nunca... Excepto contigo. En un segundo —levantó los brazos y los dejó caer—, me echó de su vida sin dudar. Y sabía que eso iba a suceder —asintió despacio, con una expresión de derrota que no se molestó en esconder—. Pero me aferré a un rayo de esperanza, a que ella te hubiera olvidado —se frotó la cara—. Supongo que el amor verdadero perdona cualquier cosa —lo contempló con rencor—. No te la mereces, Payne —respiró hondo—, pero, en la subasta, la vi feliz, mal que me pese.

—Sé que cometí un gran error. No me perdonaré nunca haberla abandonado, y mucho menos de la forma que lo hice —apretó los puños a ambos lados del cuerpo—, pero no voy a permitir que nada ni nadie me aleje de ella, como tampoco voy a permitir que le hagan daño. No te acerques a Rose, Howard.

—¿Me estás amenazando? —bufó—. ¿Para eso has venido? Pues pierdes el tiempo, Payne, porque nadie me prohíbe nada.

—Tómalo como quieras, pero, por tu bien, espero que te mantengas lejos de ella. Si Rose se pone en contacto contigo, yo lo respetaré. Y lo hará. Sé que lo hará. Hasta el momento, espero no verte cerca de ella.

Se dedicaron la peor de las miradas.

—Te recordaré algo —le dijo James, entrecerrando los ojos—. La misma noche que se casó tu hermano, a pesar de que ella me dijera adiós, me llamó por teléfono, y durante tres días seguidos, porque me necesitaba y porque sabía, y sabe, que siempre estaré ahí para ella. Como has dicho, Rose, tarde o temprano, me llamará para solucionar nuestra discusión, lo que significa que siempre vuelve a mí, te guste o no. Y también sé que todavía me quiere, y lo sé porque, si no, no hubiera reaccionado como reaccionó cuando le dije lo que me había contado Melinda —sonrió con malicia—. Si en algún momento acude a mí porque haya tenido un problema contigo, no dudes ni por un instante que la apartaré de tu lado. Me la llevaré lejos y no volverás a verla.

Ahora, eres tú quien está avisado, tómatelo como quieras.

Evan, rugiendo como un animal, se aproximó, pero se lo pensó mejor y retrocedió. Abrió la puerta y se fue.

La rabia pudo con él. Cerró la puerta de su casa de un sonoro portazo. Bastian, Zahira y Alexis se asustaron. Kaden estaba de guardia en el hospital.

—¿Le ha pasado algo a Rose? —quiso saber Hira, angustiada.

—Rose está bien. No es nada.

Se encerró en su cuarto. Se quitó el abrigo a manotazos. Se acercó a la cuna y observó a su hijo, despierto, que encogía y estiraba sus extremidades con nerviosismo. Pensó en sus primeros cuatro meses de vida... Gavin nació sin Evan, sin conocer a su padre. Todavía dolía... demasiado.

—Bastian se acaba de llevar a Alexis —le contó Zahira, entrando sin llamar—. ¿Qué ha ocurrido para que estés así?

—Nada, peque —se sentó en la cama y se quitó la sudadera—. Voy a ducharme, necesito despejarme un poco. Rose se queda con su madre esta noche. Necesitan hablar —omitió el resto, incluyendo lo mal que se sentía en ese momento.

—¿Por qué no duermes hoy tranquilo? —cogió al bebé en brazos—. Cuidaré de Gavin esta noche. Han pasado demasiadas cosas en poco tiempo y, a partir de mañana, Rose te necesitará más que nunca —sonrió—. Descansa hoy, Evan. Gavin dormirá con Caty. No te preocupes.

Evan asintió lentamente.

—Gracias, peque.

Hira se marchó y él se duchó. Estuvo un buen rato bajo el chorro del agua caliente. Después, se secó sin prisas y se colocó el pantalón del pijama.

El apartamento estaba a oscuras y en silencio cuando se encaminó hacia la cocina. Abrió la nevera. No tenía hambre. Sacó un tercio de cerveza. Frunció el ceño. Guardó de nuevo la bebida y buscó algo mucho más fuerte: *whisky*. Dudó, pero al fin abrió la botella y bebió a morro. Se sentó en uno de los taburetes de la barra americana.

Su mente rememoró las palabras hirientes, pero certeras, de Howard... Su mente rememoró lo acontecido hacía ya más de un año... Su mente rememoró el día que conoció a Gavin... Su mente rememoró el momento exacto en que se enteró de que era padre... Su mente rememoró demasiados recuerdos dolorosos.

James tenía razón: no se merecía a Rose...

Y, sin darse cuenta, se tomó más de la mitad de la botella, con el estómago

vacío. Tambaleándose, se levantó para acostarse en la cama. Cuando traspasó la entrada, con mucha dificultad debido al alcohol ingerido, escuchó un golpe proveniente de la puerta principal. Arrugó la frente, extrañado, y abrió.

—Joder... —pronunció, arrastrando las letras. Se apoyó en la madera, intentando mantener los ojos abiertos—. ¿Qué cojones haces tú aquí?

Melinda arqueó las cejas y repasó su aspecto con evidente desdén.

—Le pedí a Liz que me dejara conocer a mi sobrino.

—¿Te presentas a esta hora para conocer a tu sobrino? ¡Tú te crees que soy gilipollas! —gritó, lanzando la botella por los aires, que se estrelló contra la barra de la cocina.

—¿Evan? —lo llamó Bastian desde el pasillo—. Joder, vaya borrachera llevas... —avanzó hasta que pudo sujetarlo por el brazo y arrastrarlo al interior.

—¡Déjame, joder! —se quejó, procurando soltarse, pero estaba demasiado torpe por culpa del *whisky*.

Su hermano lo ignoró y lo llevó a la cama. Evan abrazó la almohada de Rose, que tan bien olía a mandarina, y bajó los párpados, sonriendo.

Sin embargo, ese dulce aroma se mezcló con una fragancia empalagosa, una horrible colonia que solo pertenecía a una persona...

Seis semanas después

—Estás perfecta, Rose —anunció Kaden en su despacho—. Te doy el alta, preciosa, aunque tendrás que realizarte controles cada seis meses, por prevención, no te asustes.

—¡Qué bien! —exclamó ella, abrazándolo—. ¿Puedo hacer mi vida normal?

—Puedes —le guiñó un ojo—. ¿Has tenido más dolores de cabeza?

—No más dolores —sonrió—. Y vuelvo a la píldora, desde hoy, que ayer fui a ver a mi ginecólogo y me dijo que, en cuanto me dieras el alta, empezara a tomármela.

—¿Y Evan? —quiso saber él—. Me extraña no verlo aquí.

—Está con Gavin en la consulta de Bastian.

—¿Le pasa algo? —soltó la carpeta en el escritorio y apoyó las caderas en un lateral de la mesa.

—Está muy inquieto por los dientes —hizo un ademán restando importancia—. Oye, ¿y cuándo puedo empezar a trabajar?

—¿Quieres empezar ya? Quizás, deberías descansar. Han sido semanas muy intensas.

—Mucho.

—Habla con Evan y discútidlo juntos. Mi opinión de médico y de amigo —posó una mano a la altura del corazón, fingiendo dramatismo— es que, de momento, no pienses en trabajar. Dedícate a tu familia y a ti misma. Has pasado por un tumor cerebral —adoptó una actitud seria—. Creo que son demasiadas cosas como para tenerlas en cuenta, ¿no te parece?

—Me gusta mucho trabajar —se encogió de hombros—, pero supongo que tienes razón. Me voy, Kaden —cogió el bolso de la silla y lo besó en la mejilla—. Por cierto, ¿y Nicole?

—Anoche tuvo otro ataque —confesó, con el semblante cruzado por el miedo. Se incorporó despacio—. Anoche creí que la perdía... —tragó saliva—. Está intubada.

Rose le apretó las manos para animarlo.

—Esta mañana, su padre ha hablado conmigo —prosiguió Kaden, fijando la mirada en el suelo—. Se están planteando cambiarla de hospital, al Kindred.

—Allí trabajé yo.

Los pacientes que ingresaban en el Kindred o requerían una recuperación larga o eran terminales.

—Son demasiados ataques en los últimos tres meses, Rose —se le quebró la voz—. Dicen que me darán una decisión al final de la semana.

—Pero si la llevan al Kindred, eso significa que...

—Se muere —se le enrojecieron los ojos—. No hay nada que se pueda hacer. Están hartos de esperar. Están hartos de ver cómo pasan los días y en vez de despertar, sufre un nuevo ataque cardiorrespiratorio.

—¿Y tú, Kaden?, ¿qué quieres tú? —le preguntó con suavidad, frotándose los brazos ante el escalofrío que sintió por la noticia.

—Quiero cuidarla... —confesó en un susurro áspero. Tragó—. Como médico, no me rendiré jamás, pero debo respetar la palabra de su familia, me guste o no. Si así lo deciden, yo mismo organizaré el traslado y me ocuparé de todo; pero, como persona normal, aparcando a un lado mi profesión —se revolvió los cabellos—, me sucede lo mismo. Nunca me rendiría. Esa familia no se merece lo que está pasando, y mucho menos perder a sus dos hijas —se

restregó la cara.

—¿Puedo verla?

—Claro —sonrió sin humor—. Está su madre con ella.

Rose dejó el bolso y la chaqueta en la silla, se ajustó el pañuelo que le cubría la cabeza, cuyos extremos caían por su hombro izquierdo, y se dirigió a la habitación de Nicole Hunter. Golpeó la puerta con los nudillos.

—Adelante —dijo una voz femenina.

—Buenos días —saludó ella con una sonrisa tímida, al entrar—. ¿Puedo?

—Por supuesto —concedió una mujer de cincuenta y pocos años, levantándose del sillón—. Soy Keira Hunter. No nos conocemos en persona —extendió una mano.

Keira Hunter era tan guapa como su hija. Era bajita y menuda y tenía unos ojos verdes impresionantes, profundos, grandes y muy expresivos, además de una brillante melena castaña oscura que alcanzaba sus axilas y unos cabellos alisados con cierto volumen en las puntas; no estaba maquillada y guardaba un clínex en la otra mano, además de que su mirada estaba ligeramente apagada y vidriosa, pero, aun así, era muy bonita.

—Encantada, señora Hunter —se la estrechó—. Soy...

—Rose Payne —sonrió—. Eres la cuñada del doctor Kaden. He oído hablar mucho de ti —le señaló el pañuelo de forma discreta—. Espero que te encuentres mejor.

—Sí. Me acaban de dar el alta completa. Ahora, solo queda esperar a que me crezca el pelo, que lo estoy deseando —enroscó un extremo de la seda entre las manos.

Ambas se rieron con suavidad.

—El doctor Kaden también me ha dicho que eres enfermera de esta planta y que has cuidado de mi hija hasta que cogiste la baja.

—Así es —asintió—. De momento, voy a esperar un tiempo para incorporarme —sonrió con amabilidad—. Venía a ver a Nicole —su rostro se crispó por la dura realidad—. Me ha comentado Kaden que quieren ingresarla en el Kindred. Yo trabajé allí antes de venir al General, por si necesitan referencias.

Keira observó a Nicole, estrujando el pañuelo.

—No queremos separarla del doctor Kaden. Es un gran muchacho —sonrió con tristeza—. Pero no podemos... —se detuvo, presa de la congoja—. Es demasiado duro...

Rose la abrazó el tiempo que necesitó la mujer para desahogarse.

—El Kindred es un gran hospital, señora Hunter —la tomó de las manos—, pero yo la dejaría al cuidado de Kaden, si me permite mi opinión. No sé cómo se deben sentir, pero Kaden es el mejor neurocirujano de Estados Unidos, no encontrarán a nadie que la cuide mejor. Esperen un poco más. No se precipiten.

Keira asintió, tapándose la boca con el pañuelo. Sonrió con tristeza. Y era una sonrisa maravillosa. ¿Sería así su hija?, se preguntó.

—Vaya a por un café y descanse —le aconsejó ella—. Me quedaré aquí hasta que vuelva.

La mujer le acarició el rostro a su hija y se marchó. Rose se agarró con una mano a los barrotes que flanqueaban la mitad superior de la cama y con la otra rozó la de Nicole. En ese momento, entró Kad.

—Hola, otra vez, a las dos.

Como era costumbre, las constantes vitales de la paciente se aceleraron al escuchar la voz del jefe de Neurocirugía.

Y ocurrió algo más...

—Dios mío... —pronunció Rose en un hilo de voz al notar cómo Nicole movía la mano—. Kad... Kaden... ¡Kaden!

Y, de repente, la paciente comenzó a ahogarse. Se convulsionó, pero no lo hizo con los ojos cerrados... ¡los tenía abiertos!

—¡Joder! —profirió Kaden, corriendo para colocarse detrás del cabecero de la cama.

Ella intentó sujetar a Nicole, que levantaba los brazos sin dejar de toser y con la mirada aterrada.

—Tranquilízate, Nicole —le pidió Rose, que era incapaz de sostenerla con fuerza.

—Nicole, escúchame —le susurró él—. Coge aire cuando yo te diga.

La paciente arqueó el cuello en su busca. Kaden sonrió, embelesado por un momento.

—¡Kaden! —lo llamó Rose, despertándolo del trance.

—A la de tres, Nicole —frunció el ceño—. Una... dos... tres... Ya.

Nicole obedeció y Kad le retiró el tubo de la garganta con suavidad y a una rapidez asombrosa. La paciente tosió más fuerte, aferrándose a los brazos de Rose.

—Respira hondo —le dijo ella—. Mírame y respira hondo conmigo, Nicole. Así... —inhaló varias bocanadas profundas de aire para que Nicole la imitara, hasta que se calmó—. ¿Mejor? —sonrió con dulzura.

La paciente asintió, recostó la cabeza en la almohada y aflojó el agarre.

—¿Dónde... es... estoy? —articuló Nicole entre suspiros roncós, contemplando el espacio con sus impresionantes ojos verdes. Rose fue a soltarla—. No te... vayas... por... favor... —la apretó, temerosa.

Ella sonrió de nuevo, pensando en que parecía una muñeca de porcelana, tan frágil.

—No me iré a ningún lado —miró a su cuñado, que se había quedado paralizado—. ¡Kaden!

Él reaccionó, parpadeando, y se acercó para estar en el campo de visión de Nicole Hunter.

—Tú eres... el... doctor de mi... hermana... Payne... Kaden Payne...

Kaden retrocedió, asustado.

—Ni se te ocurra, Kaden —lo previno Rose, arrugando la frente—. Comprueba sus constantes vitales. Venga.

Él acató el mandato, autómatas. Mientras, ella, que reprimía la risa con gran dificultad al ver a Kad así, analizó cada paso que daba este por si los nervios le traicionaban.

Unos minutos después, Keira entró en la estancia.

—¡Dios mío! —gritó la mujer, que se lanzó a su hija, llorando de felicidad.

Rose y Kaden se marcharon para permitirles la intimidad que requerían.

—Joder... —emitió su cuñado en un hilo de voz, apoyándose en la pared—. Joder... Joder... —repitió una y otra vez, sin dar crédito.

Ella soltó una carcajada y se colgó de su cuello. Kad la abrazó con fuerza, alzándola en el aire, contagiándose de la risa.

—¿Interrumpo algo? —preguntó una voz masculina muy familiar.

Los dos pararon y se giraron hacia Evan, que sostenía al niño en brazos, aferrado a su hombro y que sonrió al ver a su mamá.

—¡Nicole se acaba de despertar! —anunció Rose, besando a su marido y a su hijo con efusividad.

Él asintió, serio, como las últimas seis semanas...

—Me alegro mucho, Kaden.

—Gracias, Evan —asintió Kaden—. Ahora os dejo —besó a ella y a Gavin en la mejilla y se encerró en su despacho, dichoso y alegre.

—Espérame aquí, que cojo el bolso —le pidió a Evan. Regresó a los pocos segundos, colocándose la chaqueta forrada en el interior—. Ya tengo el alta.

—Eso es una gran noticia, Rose —sonrió con tristeza.

Sí, tristeza...

Y sí, *Rose*...

Evan Payne estaba afligido, desolado, extraño... desde la mañana que habían vuelto a casa tras la semana que había estado ingresada por la operación. Rose lo había intentado todo: bromas, tonterías, hacer el ridículo para que riera...

Al principio, creyó que él estaba expulsando la presión y el miedo contenidos por el tumor, pero, al pasar los días, comenzó a inquietarse. Algo le sucedía, y lo peor era que no sabía el qué. Había hablado con Evan, pero este había respondido que solo estaba distraído.

No se había separado un milímetro de Rose. Había pedido vacaciones para cuidarla, pero le contestaba con monosílabos, apenas la miraba y, en ocasiones, se perdía en sus propios pensamientos, apartándose de ella sin darse cuenta.

¿Era, quizás, por el pelo?, se preguntaba Rose, ¿o porque estaba enferma?, ¿ya no la quería, pero se obligaba a permanecer a su lado porque era la madre de su hijo?

El pánico ante una posible respuesta afirmativa a esas odiosas, pero inevitables, preguntas la paralizaba por momentos. Cuando estaba con él, hubiera gente o no presente, fingía que nada la atormentaba. Sin embargo, a solas, en el baño, se derrumbaba y lloraba.

Zahira y su madre le aconsejaban que no pensara estupideces porque Evan la adoraba, que era una mala racha emocional, que a todo el mundo le sucedía. Pero Rose lo conocía. Algo había cambiado entre ellos y era algo relacionado con ella. Y, por desgracia, la situación le generó inseguridad, tanto física como psicológica: dejó de sentirse guapa, dejó de sentir que tenía un cuerpo bonito, dejó de sentir que valía... Ya no la llamaba *rubia*, ni de ninguna manera cariñosa; ahora, era *Rose*. Y tampoco la besaba o la abrazaba, de hecho, huía de su contacto.

—Bastian ha dicho que Gavin está bien —le dijo Evan, emprendiendo el camino hacia los ascensores.

Rose sonrió y se encargó del bebé, a quien prodigó miles de besos, esos mismos besos que tanto echaba de menos de su marido.

Cuando llegaron a casa, Evan se encerró en la habitación. Ella decidió visitar a su madre para contarle las dos noticias. Jane y Ash vivían en la tercera planta del edificio.

—¡Hola, cariño! —la saludó su madre al abrir, cogiendo a Gavin con infinita ternura.

El piso era igual de grande que el suyo, pero tenía diferente distribución: la cocina y un aseo para las visitas estaban a la derecha de la puerta, sin barra americana; a la izquierda, se encontraban tres dormitorios con sus correspondientes baños privados; uno de ellos lo habían decorado como sala de estudio para su hermano pequeño.

Colgó la chaqueta y el bolso en el perchero de la entrada y caminó, en línea recta, hacia el salón, de frente. La terraza era más pequeña, aunque también acristalada, y su madre la utilizaba como cuarto de la ropa, donde tendía, lavaba y planchaba. Se acomodaron en el sofá, frente al televisor encendido; a los lados del mismo, había una mecedora y un sillón de orejas.

El estilo del apartamento era clásico, entrañable, en tonos tierra y verde, y había un sinfín de jarrones, con rosas blancas, las favoritas de Jane Wise, repartidos por cada mesita o aparador. Oficialmente, estaba recién divorciada y había recuperado su apellido de soltera. Su padre había accedido a una negociación enseguida. Su madre no quería nada, ni dinero, pero sí la custodia de Ash; Anthony no se había negado, sino que había aceptado el acuerdo sin más.

Además, desde que operaron a Rose, Jane se había convertido en la secretaria suplente del director West. Trabajaba diez horas diarias, pero tenía dos para comer tranquila en casa. El sueldo era muy bueno, demasiado, en opinión de su madre, pero los demás sabían a qué se debía tanto favor por parte de Jordan: se había enamorado de Jane. Y, para alegría de los dos hermanos Moore, esos sentimientos eran correspondidos.

—¿Aceptarás al fin la cena, mamá?

Su madre se ruborizó.

—No sé, Lizzie... —dudó—. Desde ayer, tengo mi antiguo apellido. En las últimas ocho semanas han pasado muchas cosas. Quizás...

—Mamá —le apretó la rodilla—, has estado demasiado tiempo... —carraspeó—. Creo que ya es hora de que vivas. Y una cena con Jordan es el comienzo perfecto.

Jane le pellizcó la nariz, riéndose.

—Y, ¿tú? —se interesó su madre, seria—. ¿Las cosas siguen igual?

—Sí... —agachó la cabeza, hundiéndose en los cojines del sofá—. Sé que le pasa algo, mamá... Lo sé —se estrujó el fino jersey en el pecho—. Lo sé...

—¿Y de Melinda?, ¿continúas sin noticias?

Esa era otra cuestión rara.

La noche antes de recibir el alta hospitalaria, ella y su hermana habían

mantenido una charla bastante peculiar: Melinda había llorado... ¡Llorado! Todavía no se lo creía... Rose no le había dicho nada, simplemente había escuchado su penoso discurso, pidiéndole perdón por tantos años de desprecios, rencores, peleas, martirios, insultos, maldades... La había abrazado para que se calmase. El primer abrazo que compartían en sus vidas... Increíble, pero cierto.

Sin embargo, no había vuelto a saber nada más de ella. Su hermana había desaparecido sin dejar rastro.

Ash, Jane y Rose se imaginaron que había regresado a Nueva York, porque trabajaba en la clínica con su padre. Y, casualidad, al día siguiente de la conversación con Melinda, Anthony había contactado con su madre por teléfono para acceder al divorcio, no habiéndose pronunciado al respecto antes. Claro que no era ninguna casualidad. Ni Asher ni Rose pensaban que fuera una coincidencia, pero tampoco sabían si era bueno o mal presagio.

—No sé nada de ella, mamá. Y con Evan... —suspiró.

—¿Por qué no salís a cenar vosotros también? —le sugirió Jane, sonriendo con su característica bondad—. Os hace falta encontraros de nuevo. Lleváis semanas con los nervios a flor de piel. Invítalo a una cita —se cambió al niño de brazo—. Yo cuidaré de este niño tan grande —besó a su nieto, arrancándole carcajadas.

—¿Y si salimos los cuatro? —propuso ella, incorporándose de un salto—. ¡Es una gran idea! Así tú no te sientes violenta con Jordan. Alexis cuidará de Gavin. ¿Qué me dices? —sonrió con travesura.

Su madre se rio y accedió. Decidieron el día, el lugar y la hora. Pensó en el restaurante italiano de Luigi; así, Jane conocía al que había sido un verdadero padre para Rose desde su llegada a Boston. Además, la cita con su marido unos meses atrás en ese local había terminado fatal, con ella vomitando y sufriendo una de sus antiguas migrañas.

Se despidió de Jane y le contó a Evan los planes.

—Claro, Rose —convino él, ojeando el móvil, tumbado en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, sin mirarla—. Mañana me parece bien. Llamaré a Alexis para avisarla.

Rose tragó el grueso nudo de su garganta, tumbó al bebé en la cuna y se metió en el vestidor para distraerse un poco, porque, si no, se echaría a llorar de nuevo.

—Voy a correr un rato —le indicó su marido desde el dormitorio.

Ella escuchó la puerta de la habitación abrirse y cerrarse al instante. Se

rodeó a sí misma, frotándose la piel que se había erizado por el rechazo... Respiró hondo.

Telefonó a Luigi para reservar una mesa para los cuatro. Estuvo largo rato hablando con Francesca, contándole lo sucedido. Después, preparó el biberón de Gavin y esperó, como una ilusa, a que su marido regresara.

Pero no lo hizo.

Rose aguardó toda la tarde, hasta que se quedó dormida en el sofá de la habitación.

A la mañana siguiente, se despertó en la cama, oyendo el agua correr. Estaba en camisón y sin el pañuelo. Un rayo de esperanza cruzó su interior, acelerando su corazón. Necesitaba su calidez, su ardor, sus caricias... Hacía demasiado tiempo, desde la subasta... Y ya estaba recuperada por completo, así que se desnudó y caminó con sigilo hacia el servicio. Evan estaba dentro de la ducha, con las manos apoyadas en los azulejos y la cabeza echada hacia delante, recibiendo el chorro en la nuca, quieto. Ella entró y le rodeó la cintura, besando su impresionante espalda. Él se sobresaltó.

—Perdona... —se disculpó Evan, sonrojado, desviando la mirada y alejándose cuanto pudo hacia la mampara—. Me había quedado embobado en el agua —y se fue.

Se fue...

Dios mío...

Rose, temblando como nunca, se sentó en el suelo, flexionó las rodillas y envolvió las piernas con los brazos, escondiendo el rostro entre ellas. Y lloró, mientras se empapaba... mientras las lágrimas se mezclaban con el agua... mientras su corazón se resquebrajaba en pedazos...

Se llevó a Gavin consigo a casa de su madre, donde permaneció el resto del día. Tenía una copia de la llave. Sencillamente, no podía estar cerca de Evan, no podía... Se sentía ridícula, humillada, rechazada... Así la encontró Jane a la hora de la comida.

Horas después, con el tiempo justo para prepararse, subió a casa con el bebé. La niñera ya estaba esperando en el salón y se encargó del niño. Rose se encerró en el dormitorio. Evan estaba en el vestidor, pero ni siquiera lo saludó, sino que cogió la ropa que iba a ponerse para la cita, que había dejado doblada encima de la cama por la mañana, y se metió en el baño, echando el pestillo. Procuró controlarse, no derramar más lágrimas, pero le resultó imposible.

Minutos más tarde, se reunió con su hijo. Lo besó con labios temblorosos.

—¿Nos vamos? —le preguntó a su marido, evitando observarlo.

Había sido tan tonta que había elegido la misma ropa que aquella noche: esa misma camisa vaquera, esa misma falda del estilo del uniforme de oficina de las secretarias de los años cincuenta y esos mismos tacones negros con la punta dorada. Y, ¿por qué? Porque creyó, como una ingenua, que ese atuendo revitalizaría a Evan.

Pero se equivocó, porque él, por enésima vez en semanas, la ignoró.

Bajaron en el ascensor a casa de su familia, donde ya se encontraba Jordan, muy elegante de traje y corbata. Ash no estaba, había salido con sus nuevos amigos.

—¿Os apetece una copa de vino antes de irnos a cenar? —les ofreció Jane.

—Estás preciosa, mamá —la besó en la mejilla.

—Tranquila, cariño —le susurró su madre al percatarse de su estado—. Respira hondo. Todo se solucionará.

Jane sirvió cuatro copas de vino tinto. Los dos hombres se sentaron en los sillones y madre e hija, en el sofá.

Entonces, el timbre de la puerta sonó. Jane, extrañada, apoyó su copa en la mesa y acudió a abrir. Los otros tres se incorporaron y vieron cómo Melinda Moore entraba con una pequeña maleta, pero igual que siempre: fría y hermosa. Y Evan palideció...

Rose frunció el ceño.

¿Se ha puesto blanco? ¿Y los gritos?, ¿dónde están?

—¿Qué haces aquí, hija? —se preocupó Jane, permitiéndole el paso—. ¿Y esa maleta? ¿Va todo bien?

—Bueno —dijo Melinda, soltando el equipaje—, Evan no me ha dado otra opción —arrugó el ceño, erguida—. Aquí tienes —le entregó a Rose una fotografía de papel en blanco y negro.

No era una fotografía.

Era una ecografía.

Capítulo 23

—¿Qué significa esto? —pronunció Rose, atónita.

Evan no se movía, tampoco respiraba, y sus ojos estaban desorbitados.

Siete días atrás, Bonnie lo había telefoneado para avisarlo de que Melinda Moore lo había llamado al hospital para hablar con él urgentemente. Evan le había pedido a su secretaria que, si Melinda volvía a intentarlo, le diera su móvil personal. En otra circunstancia, no lo hubiera hecho.

Y sus sospechas se habían confirmado cuando su cuñada le había mandado el primero de muchos mensajes contándole que tenía un retraso, que había acudido al ginecólogo y que le había confirmado, por medio de un análisis de sangre, que le había enviado al iPhone para demostrar que no mentía, que estaba embarazada. De él.

Le había rogado a Melinda que esperara unos días, que, por favor, le dejara hablar con su mujer antes de hacer nada, pero su cuñada lo había amenazado con hacer pública la noticia en la prensa si no se presentaba en Nueva York.

Evidentemente, él no había ido. Y ahora Melinda estaba frente a Evan, con su primera ecografía en la mano, mostrándosela a los presentes, a Rose...

—¿Qué clase de broma es esta? —exigió Jane, arrebatándole el papel a su hija—. ¿Ahora juegas a esto, Melinda? ¿Tantas lágrimas esa noche, tantas disculpas, para que ahora pretendas hundir a tu hermana otra vez, como has hecho siempre?

—No pretendía que las cosas sucedieran de esta manera —contestó Melinda, agachando la cabeza, parecía avergonzada—, pero yo... —se humedeció los labios—. Evan estaba muy borracho y yo... no pude negarme. Soy demasiado débil con un hombre como él...

Rose se acercó a su hermana.

—¿De qué estás hablando?

—¿No es obvio? —sus ojos brillaron—. Lo siento, Liz, pero tu marido y yo nos acostamos. No lo pretendíamos ninguno de los dos, pero surgió. Y te

aseguro que le pedí que te lo contara, pero Evan...

La interrumpió, abofeteándola con tanta fuerza que Melinda se tambaleó hacia atrás y cayó al suelo sentada, cubriéndose la cara y contemplándola con su característica sonrisa malévola.

El sonido despertó a Evan, que dio un respingo. Su mujer cogió el abrigo y el bolso y se marchó.

—Dime, por favor —le rogó Jane a él, entrelazando las manos a modo de plegaria—, que Melinda miente. Por favor...

Evan tragó con esfuerzo y salió en busca de Rose.

La niñera estaba en el salón con Gavin, Bastian, Zahira, Caty y Kaden. Los cuatro adultos lo observaron pasmados. Él se dirigió al dormitorio y cerró tras de sí, apoyándose en la puerta. Ella estaba frente a la cristalera, ofreciéndole la espalda, con los brazos cruzados en el pecho.

—Por eso estabas tan raro —emitió Rose en un tono de gélida calma, tan frío que le produjo un horrible escalofrío—. No me gusta que me traten como si fuera estúpida. Y tú lo llevas haciendo las últimas seis semanas. Fue la única noche que no dormimos juntos, mi última noche en el hospital —se giró y lo enfrentó, estirada e intimidante—, ¿me equivoco?

A Evan se le cortó el aliento al verla tan distante. No lloraba, no parecía enfadada ni dolida. Su rostro mostraba indiferencia... Recordó las palabras de ella cuando, la madrugada previa a la operación, le había dicho a Hira en la habitación del hospital que la indiferencia era mucho peor que los gritos y las lágrimas, porque la indiferencia no transmitía nada, ni odio, ni tristeza, ni enfado, ni dolor, nada...

Él respiró hondo y comenzó:

—Cuando me despedí de ti, fui al hotel de Howard. Solo quería prevenirlo para que no se acercara a ti a no ser que tú lo buscaras, porque estabas dolida. Y discutimos. Howard me reprochó todo lo que tú sufriste en Europa por mi culpa y yo... —se detuvo unos segundos. Clavó los ojos en el suelo. No podía mantenerle la mirada. Era demasiado duro...—. Llegué a casa. No había comido nada desde por la mañana y bebí *whisky* como un imbécil... Me sentía fatal por el pasado, por abandonarte, por no haber impedido tu viaje a Europa... —introdujo las manos en los bolsillos del pantalón de pinzas—. Cuando me fui a dormir, tu hermana se presentó aquí. Quise echarla, pero estaba tan borracho que Bastian me llevó a la cama. A la mañana siguiente, estaba Melinda a mi lado... desnuda... —hundió los hombros—. No me acuerdo de nada...

—¿Por qué ha dicho Melinda que no le has dejado otra opción? —quiso saber, sin variar la voz ni la postura.

—Me llamó al hospital hace una semana. Bonnie me telefoneó para decirme que Melinda necesitaba hablar conmigo y que era un asunto importante. Le dio mi móvil. Al día siguiente, me escribió contándome y adjuntándome el resultado de la analítica. Ha estado mandándome mensajes a diario, amenazándome con revelarlo a la prensa si no acudía a Nueva York para verla.

—Pero en la prensa no ha salido nada. Y tampoco has ido a Nueva York.

—Le pedí que esperara unos días para que yo hablara contigo.

—No lo has hecho.

Se contemplaron un eterno minuto, él, estremecido y ella, como un témpano de hielo.

—¿Pensabas decírmelo? —inquirió Rose, adelantando una pierna.

—Pensaba que... —se pasó las manos por la cabeza, a cada instante más nervioso—. No quería creérmelo.

—¿A pesar de los análisis? —no le dio tregua—. Y, ahora con la ecografía, ¿tampoco te lo crees? Contéstame, Evan.

Evan la observó, con el corazón destrozado. Asintió.

—Y, ¿qué debería hacer yo ahora? —agregó ella, caminando hacia él—. Si tú estuvieras en mi situación, ¿qué harías? Es más —alzó los brazos y sonrió sin alegría—, imagínate que tú estás recién operado de un tumor, que la única noche que duermo yo en casa para descansar, la noche antes de que te den el alta, me emborracho —se detuvo y colocó las manos en la cintura—, no recuerdo nada, pero, al día siguiente, me despierto con James, desnudo, a mi lado y en tu cama, que también es la mía. Te lo oculto todo. Te rechazo. Dejo de besarte, acariciarte, incluso abrazarte, sonreírte y consolarte. Tú empiezas a sentirte una basura, te falta seguridad, tanto en tu físico como en tu personalidad. Sientes que ya no te amo, que el tumor ha destruido tu matrimonio conmigo. Y, de repente, seis semanas después de sentirte cada día peor, de que yo te rechace cuando te acercas a mí en la ducha, se presenta James y te muestra una ecografía. Dime, Evan, ¿qué harías tú ahora mismo? —ladeó la cabeza.

—Mataría a Howard —declaró él, rechinando los dientes.

—Pero yo no quiero ir a la cárcel por matar a mi hermana. De hecho —levantó una mano—, no creo que Melinda se merezca ni eso. ¿Y qué harías conmigo? ¿Qué harías con nuestro matrimonio a raíz de mi desliz, un desliz

que tú has descubierto por James, no por mí?

Evan inhaló aire y lo expulsó de forma irregular. Los ojos le picaron y la garganta le quemó. Las lágrimas inundaron sus mejillas como respuesta a las preguntas de su mujer, lágrimas que ella comprendió a la perfección...

—Estoy de acuerdo contigo —le dijo Rose, antes de dirigirse al vestidor.

Guardó sus pertenencias y las de Gavin en las maletas, tomándose su tiempo, un tiempo en el que él se mantuvo solidificado en la puerta; solo se movió cuando ella se lo pidió.

—Perdóname... —le imploró Evan.

—Quítate, por favor.

—Rubia...

—¿Ahora soy *rubia*? —resopló—. Llevas seis semanas llamándome *Rose*.

—Perdóname... —repetió, incapaz de decir otra cosa, incapaz de evitar su marcha.

—Por favor —lo miró, erguida, con los brazos repletos de bolsas y fundas, incluida la cuna de viaje de su hijo—, no me llames para nada, ni me escribas. Contacta conmigo y con el niño a través de mi madre. Podrás estar con Gavin siempre que quieras, ya te lo dije antes de que nos casáramos, que nunca te alejaría de él. Ahora mismo, hablaré con ella para avisarla. Quítate.

Evan sujetó el picaporte, lo apretó hasta que sus nudillos se tornaron blancos.

—Insúltame... Pégame... Llámame *imbécil*... Pero no te vayas... —le suplicó—. Perdóname, por favor...

Pero Rose no se inmutó, por lo que él abrió la puerta.

Rose... Su rubia... El amor de su vida... La mujer más extraordinaria y hermosa que había conocido... La madre de su hijo... se fue.

Evan cerró de un portazo, rugiendo, con el alma desgarrada. Cayó de rodillas al suelo.

Y se despreció a sí mismo.

Cuatro semanas después

—¿Por qué no, Evan? —ronroneó Melinda, acercándose a su silla.

—He dicho que no —zanjó él la cuestión—. Y te he repetido miles de veces que no te acerques al hospital.

—Liz ya no trabaja aquí, ¡qué más te da! —se sentó sobre su regazo.

—¡Fuera, Melinda! —estalló, empujándola e incorporándose. La contempló sin esconder la repugnancia que sentía hacia ella—. Tú y yo no vamos a cenar, no vamos a tener citas y mucho menos vamos a mantener una relación. ¡Fue un jodido error del que ni siquiera me acuerdo! —no se molestó en tranquilizarse. Estaban solos, Bonnie se encontraba de baja, no tardaría en dar a luz—. Que te entre bien en la cabeza —la señaló con el dedo índice— que lo único que nos une a ti y a mí, lo único que nos unirá de por vida, es el bebé que llevas en tu vientre, nada más. Y ahora —apuntó con la mano hacia la puerta—, largo de aquí, Melinda, o llamo a seguridad —hizo ademán de descolgar el teléfono fijo de su escritorio.

Melinda bufó, colérica, y se marchó.

Él se sentó de nuevo y se frotó la cara, desesperado.

Cinco minutos más tarde, Bastian se presentó en el despacho con Gavin en brazos.

—¿Está aquí? —se ilusionó Evan, levantándose de un salto.

—Está con mamá en la cafetería. Han venido juntas —le entregó al niño.

—¡Bribón! —se emocionó al ver a su hijo. Lo abrazó con ternura y lo besó—. Cuánto te echo de menos, cariño, no te lo imaginas... —tragó para controlar las lágrimas.

Gavin sonrió y le acarició la cara, feliz de reencontrarse con su papá.

A pesar de estar con el niño unos minutos diarios en el hospital, era horrible la sensación de soledad que invadía su cuerpo cuando entraba en su casa, en su habitación, sin la cuna, sin Gavin, sin Rose, sin el aroma a mandarina... Ni siquiera las numerosas guardias que hacía lo ayudaban.

—Mamá y papá subirán a verte dentro de un rato. Papá todavía no ha venido, pero mamá me ha dicho que no tardará.

—¿Qué ocurre? —se preocupó él.

—Me acabo de enterar, Evan, te prometo que...

—Bastian —lo cortó—. Dímelo.

—Traen los papeles del divorcio.

Dios mío... No, por favor..

A Evan se le borró cualquier rastro de color del rostro. Se le debilitaron las piernas, pero se aferró a Gavin.

—Lo siento, Evan —le palmeó la espalda con suavidad.

—No puedo más...

Bas, veloz, cogió al bebé antes de que Evan cayese al suelo y se mordiera el puño para no gritar y no asustar al niño. Se hizo sangre. Ni siquiera le dolió.

—No puedo más... —repitió, en un hilo de voz—. Tengo que hablar con ella —se incorporó con torpeza y la vista borrosa—. Tengo que...

—No —lo agarró del brazo—. Necesitáis tiempo los dos, Evan.

—¡No pienso divorciarme!

Y Gavin, al fin, sollozó. Bastian lo calmó enseguida, besándolo y acunándolo.

Por primera vez en cuatro semanas, Evan Payne se desahogó en presencia de alguien. Había estado los últimos veintiocho días sin hablar sobre el tema con nadie, absolutamente nadie. Su familia no lo había interrogado, no habían nombrado a Rose, excepto si alguno le traía al niño al despacho, que solían ser Cassandra, Alexis o Bastian.

—Evan, te prometo que cuando te dejé esa noche en la cama y volví a mi habitación, no vi a Melinda. Creí que se había ido. Te lo prometo —asintió, vehemente—. Debió de esconderse en el salón o en la cocina.

—No es tu culpa... —se desplomó en la silla de piel—. No me acuerdo de nada, solo de su colonia empalagosa, pero de nada más... ¿Qué voy a hacer?

—Averiguar lo que sucedió esa noche —le respondió su hermano con gravedad—. Te conozco. Te conocemos todos. Kad siempre ha sido el mayor defensor de Rose, pero ahora piensa igual que todos: no pudiste acostarte con Melinda. Y si no te hemos dicho nada en estas semanas es porque creíamos que necesitabas tiempo, pero... —chasqueó la lengua—. Estoy harto de verte así, Evan, haciendo guardias sin descansar. Estoy harto de ver a Rose tan demacrada como lo está, como lo estás tú. Estoy harto de ver alejadas a dos personas que están locas la una por la otra, y todo por culpa de una loca como Melinda.

No había coincidido con Rose desde que esta se había marchado del apartamento. No se habían visto. Lo único que sabía era que se hospedaba en el hotel de Howard, un hecho que, cuando se enteró, le volvió tan loco que se presentó en el hotel y le exigió a James, con gritos e insultos, que le confirmara la noticia. Howard, sonriendo con suficiencia, le dijo que ella estaba viviendo allí desde la primera noche en que se habían separado, y que no permitiría jamás la entrada de Evan en ninguna de sus propiedades, en especial en ese hotel. Hicieron falta cinco guardias de seguridad para echarlo a la calle.

—¿Y si Melinda está jugando? —inquirió Bas, serio.

—¿A qué te refieres? —preguntó, sorprendido y extrañado a partes iguales.

—Estabas muy borracho, apenas podías abrir los ojos. Me costó mucho

arrastrarte a la cama. Es imposible que rindieras. Somos hombres y médicos, Evan, esas cosas las sabemos de sobra. Te recuerdo que en tu boda te amenazó.

—¿Crees que es tan retorcida como para mentir con algo así?

—¡Cuándo no ha sido retorcida, joder! —frunció el ceño—. Tienes que comprobar las dos ecografías que, supuestamente, le ha hecho su ginecólogo de Nueva York, y los análisis. Qué curioso... —entrecerró los ojos—. Cuando tú le pediste que se cambiara al doctor Rice, se negó. Resulta que prefiere viajar una vez al mes a Nueva York para una supuesta revisión. ¿Y deja el trabajo? ¿Deja a su padre solo en la clínica? —resopló—. No, Evan. Todos vimos cómo es Melinda y cómo es Anthony Moore. ¿Crees que un padre como Moore permite que su adorada hija lo abandone para instalarse en Boston porque se queda embarazada del marido de su otra hija, un hombre al que detesta? Porque Moore te odia, igual que tú a él —levantó una mano y añadió—: Y que no se te olvide que Melinda mantuvo una relación con Howard nada más anunciarse tu compromiso con Rose, una relación que, también, curiosamente —recalcó, ladeando la cabeza—, se rompió justo cuando Melinda decidió pedir perdón a su hermana y acostarse contigo, su cuñado, la misma noche que consiguió hablar con Rose. No, Evan. Nada de lo que ha sucedido en relación a Melinda puede calificarse de sincero.

Evan se golpeó el mentón con los dedos, pensativo. ¿Y si su hermano tenía razón? ¿Por qué no se le había ocurrido a él comprobar el historial, verificar el embarazo? ¡¿Dónde demonios estaba su inteligencia?!

Mi rubia se lo ha llevado todo... Sin ella, no soy nadie...

—¿Se lo habéis dicho a Rose? —preguntó Evan, esperanzado—. ¿Habéis hablado con ella?

—Ya sabes que Zahira queda con Rose todas las tardes, pero no hablan de ti. Cuando Zahira saca el tema, Rose se marcha y la deja con la palabra en la boca.

En ese momento, sus padres entraron en el despacho. Sus expresiones apenadas de las últimas cuatro semanas se habían acrecentado. Brandon portaba un gran sobre marrón en la mano.

—No me voy a divorciar —masculló Evan, cruzándose de brazos—, así que ya podéis devolverle los papeles —se incorporó—. Mejor aún, lo haré yo —le arrebató el sobre a su padre—. ¿Dónde está?

—Evan, cariño, no creo que... —comenzó Cassandra.

—No. Si quiere divorciarse de mí, tendrá que decírmelo a la cara. Estoy

hasta las narices de ver a Gavin porque uno de vosotros me lo trae al despacho cuando a ella le da la gana. Se acabó. ¿Dónde está?

—En el despacho de Kaden.

No tardó ni un segundo en salir al pasillo. La rabia se unió a la impotencia y al dolor que ya sentía. Averiguaría si Melinda decía la verdad, Bastian tenía razón. Evan era médico y pertenecía a una de las familias más influyentes del estado, podía utilizar sus recursos, los Payne contaban con los mejores abogados, y su hermano mayor conocía a un policía que había demostrado con creces lo bueno que era en su profesión, en caso de que lo necesitasen.

Entró sin llamar.

Y se paralizó. Su corazón explotó en su pecho. Su aliento se desvaneció.

Tanto Kaden como Rose se giraron al verlo. Estaban de pie, frente al ventanal del fondo. Ella, con uno de sus pañuelos de seda verde cubriéndole la cabeza, demacrada, tal cual la había definido Bas, más delgada que nunca, con sus exóticos ojos caídos y enrojecidos por la tristeza, estaba más hermosa que nunca...

—Rubia... —pronunció en un hilo de voz.

—Soldado... —se tapó la boca de inmediato al percatarse del error.

Cuando sus miradas se cruzaron... Cuando Evan atisbó anhelo en sus ojos... Cuando se fijó en que sus senos bajaban y subían sin control... Cuando notó cómo se estremecía... Lanzó el sobre por los aires, avanzó, decidido, a la vez que su hermano pequeño se alejaba hacia la puerta, la tomó por la nuca y la besó con rudeza, para asombro de todos, él incluido...

Kaden desapareció. Rose se petrificó un instante, pero, al siguiente, lo correspondió...

¡Lo besó!

Y Evan... no malgastó el tiempo. La succionó, absorbió su boca, consumió sus labios, la embistió con la lengua sin permitirle respirar, pero ella no se quejó, sino que luchó igual que él. Se desafiaron. Se besaron con egoísmo, codicia, avidez... Los gemidos de Rose y los jadeos de Evan crearon una sensual melodía imposible de apagarse.

Cogió a su mujer en brazos y la sentó en el escritorio, sin despegar sus bocas. Se situó entre sus piernas, levantándole el vestido hasta la cintura para pegarse cuanto pudiera a sus caderas. Se devoraron. Se apretaron el uno al otro con fiereza. Él introdujo las manos por dentro de su ropa para acariciar su piel. Deliró... Le quitó los tacones, las medias y las braguitas con la ayuda de ella, quien apoyó las manos en la mesa para incorporarse unos centímetros a

pulso.

Y los besos se tornaron aún más febriles... Evan mordió sus labios, desquiciado por tanto como la deseaba, por tanto como la había echado de menos... Rose gritó en su boca, deshaciéndose entre sus brazos. Temblaron. Ella le desabrochó el cinturón y le bajó el pantalón y los calzoncillos con torpeza; enroscó las manos en su cuello y le clavó los talones en el trasero. Él la sujetó por las nalgas y la penetró de un empujón, arrancándoles gritos entrecortados a ambos.

Detuvieron el beso de golpe. Se miraron, con los rostros muy cerca. Y se amaron con rapidez, enloquecidos, sin besarse, contemplándose a los ojos con un ardor incuestionable. No hubo delicadeza por parte de ninguno. Evan arremetía con fuerza, aferrándose con toda su alma al mágico sueño que estaba viviendo, porque no deseaba despertar... Le aplastó el trasero con las manos, mientras Rose lo recibía con un desafío alucinante, mordiéndose los labios para silenciar sus chillidos de placer.

El éxtasis tardó apenas unos segundos en precipitarlos hacia el más profundo de los abismos... juntos.

La realidad apuñaló su espalda a traición y encogió su interior con crueldad. Rose le golpeó el pecho para separarse de él.

¿Qué he hecho?! ¿Cómo he podido permitir esto?! ¿Cómo?!

—¡Quítate de encima! —le gritó, de repente, agobiada.

Evan retrocedió, parpadeando y todavía respirando con dificultad. Ella saltó al suelo y se arregló la ropa con prisas, igual que él.

—Espera —le pidió Evan, agarrándola del brazo para impedir su fuga—. Solo escúchame un momento, por favor...

Rose se soltó como si se hubiera quemado por el contacto. Se ajustó el pañuelo en la cabeza. Tenía el pelo demasiado corto todavía como para sentirse segura sin la tela. Por desgracia, todo lo sucedido con Evan en los últimos dos meses y medio la había convertido en una mujer débil.

—Esto ha sido un error —pronunció ella, ronca, cogiendo el bolso y la chaqueta—. Quiero los papeles firmados cuanto antes —se acercó a la puerta.

—¡No! —Evan apoyó una mano en la madera—. No te irás de aquí hasta que me escuches.

—¡No! —tiró del picaporte, pero lo único que consiguió fue trastabillar

con sus pies y caerse sobre la dura roca cálida que era su marido—. ¡Déjame salir!

—¡No, joder! —sujetó sus muñecas a su espalda y la pegó a su pecho—. Melinda miente —le susurró.

Rose dio un respingo.

—Bastian estaba conmigo esa noche —continuó Evan, sin aflojar el agarre—. Hay muchas cosas que no cuadran. Voy a averiguarlo todo, pero quiero que tú lo hagas conmigo.

Ella se retorció hasta que logró apartarse. Se giró y lo observó, desconfiada. Se cruzó de brazos.

—¿Qué quieres decir con que Melinda miente? —inquirió ella, adelantando una pierna e irguiéndose.

Estaba tan atractivo que, si no fingía frialdad, se arrojaría a su cuello otra vez. A pesar de las ojeras, la palidez, la expresión de agotamiento, su ceño fruncido por la preocupación, que la chispa seductora tan característica en sus preciosos ojos apagados se había desvanecido... jamás había visto a un hombre tan atractivo como él en ese momento. Jamás.

Sin embargo, Evan la había engañado, y de la peor manera: había dejado embarazada a Melinda, y cuando Rose se recuperaba de un tumor cerebral. Había pasado los peores días de su vida, alejada de él, sin comer, sin moverse de la cama excepto lo necesario, sin ganas de nada, atormentándose con imágenes en las que su marido acariciaba a Melinda, riéndose los dos de ella, llamándola fea, gorda, enferma, calva...

Pero, al entrar Evan en el despacho de Kaden unos minutos atrás, el intenso amor que sentía por él había aflorado con tanta rapidez como cuando las flores, de repente, abrían sus pétalos y se dejaban bañar por los rayos del sol del inicio de la primavera. Un segundo antes, esas mismas flores no existían; al menos, nadie atisbaba su presencia, pero estaban ahí, escondidas, como su corazón, que había vuelto a palpar...

Se había rendido a sus besos como hacía tanto que no pasaba. Tres meses. Tres meses sin sentir sus manos sobre su cuerpo, sus labios sobre los suyos, sin abrigarlo en su interior, sin amarse con la salvaje pasión tan característica de su guerrero... Él le había hecho daño, había sido demasiado brusco, pero ella no se había quejado, no le había importado. El placer se había unido al dolor al admirar el puro chocolate líquido de su mirada, que se había transformado en agonía, porque, al igual que ella, también se había rendido en cuanto se habían tocado.

Pero, por desgracia, la realidad seguía siendo la misma. El presente no había cambiado y no se podía retroceder en el tiempo. No había ninguna diferencia entre Rose y el resto de los ligues del mosquetero mujeriego Evan Payne.

—He estado hablando con Bastian —comenzó él, apoyando las caderas en el escritorio y las manos, a ambos lados del cuerpo. Estiró las piernas, que enlazó a la altura de los tobillos, y agachó ligeramente la cabeza. Clavó los ojos en los de ella, con seriedad y valentía—. Mi hermano me llevó a la cama esa noche y...

—¿De verdad me vas a recordar lo que sucedió? —exclamó Rose, incrédula—. ¿Que no te basta con que lo tenga metido en la cabeza? —se la golpeó con el dedo, enfatizando.

—Escúchame —le ordenó, furioso, incorporándose.

—¿Y encima te enfadas porque no quiero oírlo otra vez?! —rabiosa, avanzó y lo empujó—. ¡No quiero escucharlo! ¡No te quiero escuchar! —estalló en llanto—. ¡Te odio! ¡Te odio con toda mi alma!

—¡Pues tendrás que oírlo otra vez para darte cuenta de que Melinda miente! —la agarró de las manos para frenar su ataque y la abrazó.

—¡Suéltame! —gritó, removiéndose de forma frenética, asfixiándose, inhalando su maldito aroma a madera acuática que tanto había echado de menos—. ¡Déjame en paz! ¡Te odio! ¡TE ODIÓ! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué me has hecho esto?!

—¡No! —la apretó más—. Rubia... —su voz se quebró—. Por favor, escúchame...

Lloraron los dos, temblando. Rose le arrugó las solapas de la bata, escondió la cara en su cuello y chilló, convulsionándose, expulsando lo que hasta el momento se había guardado porque, sencillamente, no había podido sacarlo, no había podido desahogarse, no había derramado una sola lágrima... hasta ahora. Y se sintió fatal, perdida, sola...

—Por favor... —imploró él, entrecortado—. Por favor, rubia... Por favor...

Ella lo contempló, aún llorando, más calmada, aunque emitiendo hipidos irregulares. Evan le secó el rostro, sonriendo con tristeza. Rose ahogó un sollozo al percatarse de su estado, de lo desalentado que estaba, sin ese brillo que tantos estragos causaba en el sector femenino. Nunca lo había visto así... ¿Y si todo era una treta de Melinda? ¿Y si su marido tenía razón? Una persona que amaba a otra y la engañaba, la miraba con arrepentimiento, cobardía incluso, pero él la observaba con una profunda congoja, con una expresión de

desdicha. Sufría tanto como ella, como si les hubieran obligado a separarse, como si les hubieran castigado siendo ambos inocentes...

Ella retrocedió y respiró hondo.

—Habla, Evan. Te escucho.

Evan inhaló una gran bocanada de aire, se frotó la cara y se pasó las manos por la cabeza a continuación, un gesto que siempre hacía cuando estaba nervioso o se sentía frustrado por algo.

—Bastian me llevó a la cama. Dijo que le costó mucho porque yo apenas estaba consciente. Eres enfermera, sabes perfectamente que un hombre tan ebrio es incapaz de... —carraspeó, incómodo— rendir en el sexo.

Aquello era cierto, pensó Rose. El consumo de alcohol provocaba trastornos en los mecanismos de la erección, produciendo disfunción erectil transitoria en muchos casos. Por un lado, el alcohol estimulaba el apetito y tenía un efecto tranquilizador, sedante y desinhibido, eso si el consumo era moderado. No obstante, por otro lado, si los límites se sobrepasaban, podían dificultarse las relaciones sexuales, interfiriendo en la capacidad de mantener una erección adecuada.

—Si dices que tu hermano tuvo que llevarte a la cama —comentó ella, entornando los ojos— significa que bebiste más, o que te sentó peor, que esa noche en Los Hamptons, ¿te acuerdas? Llegaste por la mañana a la habitación por tu propio pie, pero caíste a la cama y, al segundo, empezaste a roncar.

—Llevaba más de media botella de *whisky* cuando Melinda apareció —se ruborizó, avergonzado—. No me siento orgulloso. Es la segunda vez que bebo tanto y por la misma razón...

—¿Y cuál es esa razón? —arqueó las cejas, tímida, de pronto, al sospechar la respuesta.

—La primera vez fue porque me comporté como un bruto contigo —se pasó las manos por la cabeza de nuevo, caminando por el espacio sin rumbo—. Y la segunda... —suspiró—. Ya te conté lo de tu gran amigo —se enfadó. La miró sin disimular el desagrado—. Por cierto, bonita manera de echarme del hotel. La próxima vez, te aseguro que le devolveré el puñetazo que recibí de uno de sus guardias. Avísalo de mi parte, porque no pienso controlarme cuando se me presente la oportunidad.

Rose parpadeó, confusa.

—¿Cómo dices?

—¿No lo sabes? —la observó, más extrañado aún.

—¿Saber qué?

—Debí habérmelo imaginado... —rechinó los dientes—. Dos días después de que os marcharais Gavin y tú de casa —se acercó y se detuvo a escasos centímetros de ella—, tu madre me contó que te estabas quedando en el hotel de Howard. Me enfadé tanto que me presenté allí, exigiendo verte. Le pedí a tu amigo —escupió, aleteando las fosas nasales— que me confirmara si de verdad estabas allí y, en el caso de que fuera cierto, que me dijera en qué habitación os quedabais el niño y tú.

—No sabía nada... —se cubrió la boca con las manos.

¿Cómo había podido James ocultarle algo así tras defender a Evan como lo defendía?

—Pues, ¿sabes qué me contestó tu amiguito? —inquirió su marido, colorado por la rabia contenida, apretando los puños—. Me dijo que él y tú estabais viviendo juntos desde que tú y yo nos separamos y que no permitiría mi entrada en su hotel ni en ninguna de sus propiedades. Además —se irguió, soberbio y orgulloso—, no se me olvidan sus amenazas la noche antes de que te dieran el alta en el hospital.

—¿Qué...? —tragó, inhalando aire con dificultad—. ¿Qué amenazas?

—Me dijo que, si en algún momento tú acudías a él, no dudaría en apartarte de mí, que te alejaría de mi lado todo lo que pudiera y yo no volvería a verte.

Desorbitó los ojos, horrorizada. ¿James había dicho todo aquello? ¿Después de que la juzgara como lo hizo, alentado por las mentiras de su hermana, James había sido capaz de amenazar a Evan con alejarla de él? ¿Amenazas?, ¿de James?, ¿su amigo?, ¿el mismo que la había acogido en su hotel hacía veintiocho días, que la había abrazado, consolado, y que le había intentado abrir los ojos para que perdonara a su marido porque le resultaba imposible creer que la hubiera engañado con Melinda? ¡¿James Howard?! ¡¿Qué clase de broma era aquella?!

—Y, por cierto —añadió Evan, levantando una mano—, cinco de sus guardias de seguridad me echaron a la calle como si fuera basura —se tocó el mentón—. Me duró varios días la hinchazón de la barbilla por el puñetazo que me dio uno de ellos —sonrió con satisfacción—, aunque ellos también recibieron. Repito —la apuntó con el dedo índice—, la próxima vez, será tu amiguito quien pague por tratarme como lo hizo. Y más te vale no defenderlo, porque llevo razón.

—Dios mío... —emitió Rose, sin apenas voz, dirigiéndose hacia el sofá, donde se sentó lentamente—. Pero... Pero... —balbuceó—. No entiendo nada...

—¿Por qué dices que no entiendes nada? —se preocupó él, arrodillándose

a sus pies.

—James te ha defendido desde el primer momento, Evan. Cuando se lo conté, él me preguntó si la ecografía era verdadera y no una estratagema de mi hermana. No ha dejado un solo día de decirme que hable contigo, que lo solucionemos, que comprobemos si Melinda está embarazada. Mi hermana es cirujana plástica, sería muy sencillo para ella hacerse con pruebas de sus pacientes y falsificarlas con su nombre.

—Eso me acaba de decir Bastian. Pero, espera... ¿Por qué Howard me defiende ante ti y, luego, a mí me amenaza y me echa del hotel, sin decirte que he estado allí? ¡Ese tío es bipolar, joder!

Entonces, Evan entrecerró los ojos. Su mirada soltó un destello especial. Ella, sin darse cuenta, sonrió; el alivio la refrescó como lo haría si se sumergiera en una cascada el día más caluroso del año.

—¿Qué pasa, rubia? —le sonrió él con su característica picardía—. ¿Quieres decirme algo? —se inclinó.

—Tienes una teoría —murmuró Rose, ocultando la risa e inclinándose en el respaldo.

—Tengo una teoría —adoptó una actitud seria—. No te va a gustar.

—Adelante —suspiró, agitada por su proximidad.

Él se acomodó a su derecha, rozándole la pierna con la suya. No pareció un acto premeditado, pero Rose se incendió igual que una polilla pegada a la luz. Carraspeó, muy sonrojada, y se movió para conseguir algo de espacio entre ellos, pero estaba pegada al brazo del sofá...

—Solucionaré tu problema —le indicó Evan, cogiéndola en vilo para sentarla en su regazo.

—¡Evan!

—Aquí estás mejor —disimuló una sonrisa, sin éxito, envolviéndole la cintura para que no escapara—. ¿Quieres saber cuál es mi teoría? —se humedeció los labios.

Ella silenció un gemido, mordiéndose el labio inferior. Pero el muy tunante se fijó en el gesto y tiró de su labio para liberarlo de los dientes, lo que le arrancó a Rose un jadeo espontáneo. Él comenzó a acariciarle la espalda por encima del fino vestido de punto, inclinándose para rozarle la oreja con los labios.

—Evan... —gimió al fin, inevitablemente, bajando los párpados y echando hacia atrás la cabeza. Se sujetó a su nuca—. Tenemos... que hablar... de... tu teoría...

Su marido le lamió la parte que no estaba tapada por el pañuelo.

—Ay, Dios...

—Joder, rubia... —aspiró su aroma—. Me encanta tu mandarina... Cuánto la he echado de menos...

La besó en la mandíbula mientras introducía una mano por dentro del vestido. La regó de martirizantes y húmedos besos por el cuello, hacia la otra oreja, por el discreto escote. Fue a bajarle las medias, pero Rose recuperó la cordura en un instante porque la cara de Melinda robó sus pensamientos, se apartó con brusquedad y se alejó hacia la puerta.

—Por favor, rubia... —Evan se levantó. Se pasó las manos por la cabeza, sin ocultar el repentino desasosiego que se adueñó de él—. Vuelve a casa... Gavin, tú y yo... Por favor...

—Evan... —las lágrimas bañaron sus mejillas.

—Solucionemos esto juntos... Por favor...

Rose cayó al suelo, en llanto.

—No llores... —le susurró él, que acudió enseguida y la estrechó entre sus fuertes brazos—. Te prometo que jamás haría nada que pudiera haceros daño a ti o a Gavin. Créeme, por favor...

Ella lo miró.

—Además —añadió Evan—, ¿Melinda no se provocaba heridas para culparte?

—Pero la ecografía, los análisis... Es demasiado...

—Retorcido. Eso también lo pensé yo cuando me lo sugirió Bas —se encogió de hombros—. A lo mejor, no miente en que está embarazada, pero el bebé es de Howard y ha querido encasquetármelo a mí para vengarse de ti como lo hacía en el pasado.

—Tengo que hablar con James —se incorporaron del suelo y se sentaron en el sofá.

Y así los encontró Kaden, abrazados y charlando. Cassandra, Brandon, Bastian y Gavin entraron después de Kad. Todos sonrieron al verlos tan acaramelados. Su madre lloró de felicidad, lanzándose a la pareja entre risas y lágrimas.

—Me tomo el día libre —anunció Evan, poniéndose en pie, con una mano entrelazada con la de su mujer. La ayudó a incorporarse y le besó los nudillos—. Acompáñame al despacho y nos vamos.

Ella asintió. Cuando llegaron a la puerta, Rose se agachó y recogió el sobre con los papeles del divorcio, sonrió, lo rompió y lo tiró a la papelera,

recibiendo aplausos de los presentes. Se colgó del brazo de su marido, que en ese momento tenía a su hijo en brazos, recostó la cabeza en su hombro y se dirigieron a su despacho.

—¿Y Bonnie? —quiso saber ella al no ver a la secretaria.

—Ya está de baja. Su bebé no tardará en nacer —ambos sonrieron, contentos por esa noticia.

Evan guardó la bata, se ajustó la americana del traje y el abrigo, cerró con llave y se marcharon.

—Quisiera hablar con James a solas, Evan —le dijo Rose, al salir del hospital.

No había llevado el carrito porque se había traído el BMW. Él le quitó las llaves y la ayudó a subir al asiento del copiloto cuando montó a Gavin en su asiento especial.

—Conduzco yo, que echaba de menos tu calcetín —le dijo Evan, guiñándole un ojo—. Vamos a casa, juntos —recalcó mientras arrancaba—. Hablaremos de todo —se incorporó a la calzada— y decidiremos qué hacer. Esta noche, duermes conmigo. Mándale un mensaje a Howard diciéndole que te quedas con tu madre, para no levantar sospechas. De momento, no quiero que sepa nada hasta no estar seguros de si está o no involucrado.

—¿Involucrado? ¿Crees que...? —se tapó la boca.

—Tengo una teoría, ya lo sabes.

Rose estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no se percató de que entraban en casa hasta que Zahira soltó un grito y corrió a su encuentro.

—¡Estás aquí! —chilló, brincando.

Evan se llevó al niño a la habitación.

—Anda, ve con tu marido —le aconsejó Hira, empujándola hacia el pasillo—. Ya me lo contarás con pelos y señales.

Ella sonrió y obedeció.

Al poner un pie en el dormitorio, un fresco aroma a limón se filtró por sus fosas nasales y un gemido de alivio brotó de lo más profundo de su ser. Cerró tras de sí y se apoyó en la madera. Le flaquearon las rodillas al fijarse en que la estancia había sufrido un cambio completo, no de distribución, pero sí de mobiliario. La cama, las mesitas de noche, el sofá, el baúl, los cojines, las alfombras... Todo era nuevo, menos la cuna.

—Pero... —titubeó Rose, posando una mano en su acelerado corazón—. ¿Qué ha pasado aquí?

Evan sentó a su hijo en la cuna, que se sujetó a los barrotes y se levantó con

esfuerzo, para sorpresa de Evan. Ella soltó una carcajada por su estupor, avanzó y se agachó para dejar el rostro a la misma altura que el de Gavin. El bebé fue a acariciarle la cara, pero se cayó sobre el trasero al perder la sujeción. No se quejó, ni sollozó, sino que se echó a reír. Evan se inclinó para levantarlo, pero Rose lo frenó con la mano. Entonces, el niño se incorporó sin ayuda, volviendo a asombrar a su papá.

—¿Tanto me he perdido en un mes? —pronunció él con la voz crispada, retrocediendo hasta chocarse con la cama.

Ella se acomodó a su lado. El color de los muebles seguía siendo blanco envejecido, pero las sábanas, el edredón, la colcha, las mantas y las fundas eran de seda mate azul marino. Rozó la suavidad de la tela y se maravilló. La alfombra que separaba la cama de la cuna era del mismo tono, igual que el sofá, al otro lado de la cuna, que también tenía dos *chaise longues* en los extremos, como el anterior.

—Me gustaba mucho antes, ¿por qué lo has cambiado? —quiso saber Rose en tono bajo.

—Tiré todo nada más iros —le confesó Evan, con la cabeza agachada—. Al día siguiente, me recorrí todas las tiendas de decoración de Boston para remodelar la habitación. Necesitaba desprenderme de lo que me recordaba a Melinda. Esas seis semanas fueron horribles... No me acordaba de nada, excepto de ella en... —se frotó la cara, incapaz de seguir hablando.

Ella tragó el grueso nudo que se le acababa de formar en la garganta. Ya no creía a Melinda. Amaba demasiado a su marido como para no darle un voto de confianza.

—Evan... —suspiró, con los ojos cerrados. Le costaba demasiado formular la siguiente pregunta, pero se armó de valor—. ¿Qué sucedió cuando te despertaste?

Capítulo 24

Evan se dejó caer en el colchón, se cubrió los ojos con el antebrazo y rememoró aquella fatídica mañana.

—Me desperté al amanecer por culpa del dolor de cabeza. Estaba acostado en tu lado de la cama. Recuerdo que abracé tu almohada cuando Bastian me tumbó, que olí tu mandarina... Soñé contigo... —se detuvo unos segundos—. No era exactamente un sueño, era de esas veces que te encuentras entre la realidad y el sueño. Otro olor se mezcló con el tuyo.

—¿Un olor empalagoso?

—Sí. La colonia de tu hermana.

—¿Sabías que era ella? ¿Qué sentiste? —su voz era apenas audible.

Él se mordió la lengua un instante. Los dos necesitaban recordarlo, a pesar del dolor que ambos sentían.

—No podía moverme. Me enfadé porque dejé de oler tu mandarina y no podía desprenderme de esa maldita colonia empalagosa —gruñó, golpeando el colchón con el puño—. Lo siguiente que recuerdo es cuando me levanté de la cama al amanecer —suspiró, abatido—. Fui al baño. Estaba desnudo, pero no le di importancia. Me duché. Cuando salí del servicio, descubrí a tu hermana en mi lado de la cama. Estaba tapada hasta la cintura por la sábana, boca abajo —aclaró adrede—. Mi ropa y la de ella estaban repartidas por el suelo.

—Eso no tiene sentido —comentó Rose, ronca.

Evan se incorporó y la miró.

—¿Qué quieres decir?

—Tu hermano te acostó, Evan. ¿Qué llevabas puesto cuando empezaste a beber? ¿Te cambiaste de ropa?

—Llevaba mi pantalón del pijama, como siempre —se encogió de hombros—. Cuando llegué a casa después de hablar con Howard, me duché y me cambié para estar cómodo. Luego, fui directo a la cocina y empecé a beber. No me moví del taburete hasta que quise irme a dormir y, justo en ese

momento, tu hermana tocó el timbre —arrugó la frente, levantándose de la cama—. Un momento...

—¿Qué? —se asustó ella, imitándolo.

—Mi ropa que había en el suelo no era mi pijama, sino la que había utilizado el día anterior, porque no la coloqué. Mi pijama estaba debajo de tu almohada. Lo vi cuando quité las sábanas.

—Tú nunca colocas la ropa —sonrió— y siempre dejas el pijama colgado de la percha del baño.

—No coloco la ropa, tienes razón, pero la dejé en el sofá —señaló el mueble con el dedo índice—. No la tiré al suelo ni la metí en el cesto de la ropa sucia. No puede ser tan fácil... —meneó la cabeza.

—¿A qué te refieres? —se extrañó Rose.

—A que yo no podía moverme, a eso me refiero. Pero ¿aparece mi ropa y la de ella por el suelo como si ya nos estuviéramos liando antes de entrar en la habitación, y mi pijama debajo de tu almohada? En todo caso, debería haber estado debajo de la mía —chasqueó la lengua—. Y Melinda no se dio cuenta de ese error porque yo estaba en tu lado de la cama. Fue una trampa.

—Lo fue —convino, sin atisbo de dudas, y feliz—. ¿Sabes por qué lo sé? —arqueó las cejas—. Yo siempre dejo mi camisón debajo de mi almohada, siempre, desde que mi madre me enseñó a hacer la cama cuando era una niña. Seguramente, Melinda creyó que tú harías lo mismo con tu pijama, o que yo guardaría el tuyo como hago con el mío —sonrió, apoyando las manos en su cintura—. El día que me desmayé y me ingresaron en el hospital por el tumor, había puesto una lavadora, igual que todos los lunes, Evan, de las sábanas, las toallas y los pijamas. Todos los lunes pongo sábanas limpias antes de ir al hospital y echo a lavar mi camisón, pero no dejo otro debajo de la almohada, sino que ya me lo pongo limpio antes de dormir. Y yo ya no volví a casa hasta dos semanas después, lo que significa que mi camisón esa noche estaba en el vestidor, que fue donde lo encontré. ¡Melinda miente! —soltó una risita de júbilo.

—Tengo que contarte más...

Ella asintió, sería ahora, sentándose de nuevo en la cama. Gavin estaba tumbado y ya se había quitado los zapatos, jugueteaba con sus pies, muy entretenido en tirar de sus largos calcetines.

—La desperté —prosiguió Evan, acomodándose a su lado—. Me cabreeé mucho... —tensó la mandíbula—. Se... —tragó, nervioso—. Se vistió delante de mí. Yo...

Rose ahogó un sollozo. Él se acercó, pero ella retrocedió.

—Le pedí que lo hiciera porque no me fiaba de ella, de que la vieran Kaden, Bastian y Zahira, de que... —resopló, atacado—. Lo siento, Rose...

—¡No me llames *Rose*! —explotó de pronto, en llanto desconsolado.

Evan acertó la distancia de inmediato y la abrazó con fuerza, levantándola del suelo. Rose lo envolvió con las piernas y los brazos, aferrándose a su cuerpo entre temblores, descargando la rabia. Si él estuviera en su situación, se sentiría incluso peor... La estrechó con tanta fuerza de tanto como la amaba, que temió romper sus huesos.

—¡No lo soporto, Evan! —gritó, descargando la rabia—. ¡No lo soporto! ¡No lo soporto!

Evan se la llevó al vestidor, la bajó al suelo y la empujó contra la pared.

—Escúchame —le ordenó—. No la miré. Te lo prometo. Yo solo tengo ojos para... —tragó saliva— para mi rubia... Solo para ti...

—¿Sabes cuántas veces me he sentido fea, gorda y enferma desde que empezaste a rechazarme cuando salí del hospital? —le arrugó la chaqueta en la nuca—. ¿Sabes cuántas veces os he imaginado...? —cerró los ojos. Respiró hondo de manera entrecortada—. Y, ahora, que tenga que escuchar que dormiste con ella, desnudos... en nuestra cama... ¿Por qué no me lo contaste? ¡¿Por qué, Evan?!

Silencio.

—¿Por qué, Evan? —lo zarandeó.

—Porque de verdad creí que te había engañado... —confesó en un hilo de voz—. No me acordaba de nada —escondió la cara en su cuello, inhalando la mandarina—. Lo siento... Después de todo lo que pasaste en el hospital por culpa de Savannah y de Amy, yo... Lo siento, de verdad... Perdóname... Debí contártelo, pero... me asusté... y me odié a mí mismo.

—Supongo que era demasiado obvio como para creer lo contrario —declaró Rose, más calmada—. ¿Seguro que no la miraste? ¿Seguro que...? —se detuvo. De nuevo, las lágrimas brotaron con ímpetu, arrasando su dulce rostro, alguna cayó en el de él.

Evan se sentó, con ella en el regazo, y la meció sobre su pecho con la ternura que esa niña con cuerpo de mujer le inspiraba. Lentamente, le deshizo el nudo del pañuelo.

—¡No! —se asustó Rose, agarrando los extremos de la seda, pálida.

Él se obligó a sonreír, fingiendo alegría.

—Para mí un *no* es un *sí* —se lo quitó de un tirón.

Ella se tapó enseguida, procurando levantarse. Sin embargo, Evan la agarró de las muñecas y la tumbó, colocándose entre sus piernas. Mantuvo sus manos por encima de su cabeza, donde se atisbaba pelo rubio blanquecino, tan corto como el suyo. Amplió la sonrisa, ahora de verdad, extasiado por su belleza.

—Tenemos el mismo corte los tres: Gavin, tú y yo —se inclinó y le acarició la nariz con la suya—. Cuando estés a solas conmigo, no quiero ver ningún pañuelo en tu cabeza. Y, en cuanto Gavin se duerma esta noche, tú y yo tenemos una cita pendiente en la ducha. Por cierto —frunció el ceño y bajó una mano a sus costillas—, has adelgazado —chasqueó la lengua—. Te quiero como antes, así que ya puedes ir ahora mismo a la cocina y preparar una de esas especialidades italianas que preparas y poner un buen plato para ti y para mí —se puso en pie y la arrastró consigo.

Rose se le adelantó antes de abrir la puerta del dormitorio. Se mordía el labio y se tiraba de la oreja izquierda con la mano, queriendo decirle algo, pero sin atreverse. Tanto tiempo sin verla hacer eso... Los veintiocho días parecían haber sido veintiocho siglos...

—Por fin... —susurró él, ronco, y la tomó por la nuca para besarla.

—Espera —lo empujó.

Pero Evan se apoderó de su boca, rodeándole las caderas al instante.

—¡Evan! —lo empujó de nuevo.

—Ahora no puedo hacer otra cosa que besarte... No me rechaces otra vez, por favor...

Y la besó.

Se metieron en el vestidor, alejados del niño, que se había dormido ya. Se desnudaron con premura y desmaña, mientras se devoraban. Estaba hambriento de ella, jamás se saciaría... Fue la segunda vez que hacían el amor en apenas unas pocas horas y resultó igual de extraordinaria, sublime, intensa y desesperada que la anterior...

Unos minutos más tarde, con las piernas entrelazadas y la cara de Rose en sus pectorales, trazándole él formas geométricas en la espalda, besándole la cabeza de manera distraída y natural, ella le preguntó el paso a seguir, ahora que sabían la verdad, aunque no tuvieran pruebas.

—¿Crees que James sabe todo esto? —quiso saber Rose.

—Es extraño que a mí Howard me amenace y a ti te diga que hables conmigo, que soy inocente, que lo solucionemos —flexionó el brazo libre detrás de la nuca—. A lo mejor, es así contigo porque en el fondo no quiere que recurras a él cuando tengas problemas conmigo. Las dos veces, lo has

hecho por mí y, las dos veces, Howard te ha abierto las puertas de su vida sin cuestionarte.

—Y las dos veces, me alentó para hablar contigo, porque también lo hizo en Europa.

—Entonces, quizás sea por orgullo. A nadie le gusta que lo utilicen como segundo plato. Y no me soporta porque está enamorado de ti, pero tú lo estás de mí.

—¡Yo no lo he utilizado como segundo plato! —le pellizcó el costado.

—¡Ay! —exclamó él, entre risas por las cosquillas—. Pero Howard puede sentirse así, porque no correspondes sus sentimientos, pero cuando estás triste o enfadada recurras a él. ¿No te dijo que tú lo habías usado y tirado a la basura? No te estoy tachando de nada —aclaró, al atisbar cierta rigidez en ella—. Te conozco y sé que lo quieres como a un gran amigo, pero deberías empezar a replantearte tu relación con él. Si fuera yo quien hubiera vivido contigo diez meses en otro continente, solos los dos, queriéndote, pero tú a mí, no, te aseguro que me sentiría como una puta mierda.

Rose se limpió las lágrimas que había derramado al escucharlo.

—Nunca lo toqué, casi nunca lo abracé, nunca le besé la mejilla siquiera, nunca... Solo hablaba de ti, Evan. Y fui sincera desde el principio.

Permanecieron unos segundos callados.

—Evan —Rose apoyó la barbilla en su pecho, observándolo con atención—, el único modo de averiguar lo de Melinda es hablar con su ginecólogo. ¿Es el doctor Rice?

—Eso es lo gracioso —sonrió sin humor—. Le propuse que acudiera al doctor Rice para que llevara su embarazo, pero se negó. La semana pasada, se marchó a Nueva York a una supuesta revisión con su ginecólogo particular. Estuvo dos días allí y regresó con una nueva ecografía.

—Seguramente, mi madre sepa qué ginecólogo es. Tenemos que hablar con ella, con todos, y contarles esto, Evan. Necesitamos la máxima ayuda posible —se levantó y procedió a vestirse—. Cualquier idea será bien recibida, ¡lo que sea!

Él, cautivado, admiró su voluptuoso cuerpo desnudo, sus pecaminosos senos, su trasero... Se arrodilló y besó su ombligo, rozando la piel de detrás de sus gloriosos muslos con las manos. Había adelgazado, pero seguía siendo su fascinante mujer con curvas.

—Eres perfecta, joder.

—Evan, por favor... —se quejó, aunque sin convicción porque sus mejillas

se acaloraron a una velocidad supersónica.

—No me sacio de ti, rubia... —susurró, ronco—. Te necesito otra vez...

Rose se rio y, con esfuerzo, se alejó de su agarre.

—Vístete, que tenemos mucho que hacer.

Evan obedeció a regañadientes.

Dos horas más tarde, reunieron a las dos familias en el salón principal. Kaden y Bastian salieron antes del trabajo, por lo que no faltó nadie. Les relataron lo sucedido desde esa maldita noche en que sus vidas se habían desmoronado durante diez semanas. No omitieron nada.

—¿Dónde está Melinda? —preguntó Rose, sentada entre su madre y su suegra.

—Supongo que ya estará en casa —respondió Jane—, cuando me fui, todavía no había llegado y ya es la hora de cenar; aunque es viernes, no sé qué hará.

—¿Tiene amigos, mamá? —juguetó entre los dedos con la cadena de oro blanco que colgaba de su cuello, el pequeño halcón de zafiro.

Rose llevaba un pañuelo de seda borgoña en la cabeza, algo por lo que él se culpó, porque, si lo de Melinda no hubiera pasado, si su cuñada no hubiera dormido desnuda con él, si Melinda no le hubiera tendido esa trampa, Evan no se hubiera distanciado de su rubia las seis semanas que había durado su recuperación completa, como tampoco la habría rechazado en la ducha esa mañana del día que le costaría un triunfo olvidar, y ella no se sentiría tan insegura y falta de autoestima.

No pudo apartar los ojos de ella, como si necesitase cerciorarse de que estaba ahí, de que su mujer y su hijo habían vuelto a casa, de que no era ningún sueño, aunque la pesadilla todavía no terminaba.

—Supongo que sí —dijo Jane, encogiéndose de hombros—, porque los fines de semana desaparece por las noches y llega a casa a la hora del desayuno.

—¿Y qué pasa con su ginecólogo? —le preguntó él.

—Sé quién es —sonrió, con su característica dulzura—. Melinda nunca ha confiado en mí para nada, excepto en cuestiones de salud. Su ginecólogo es el que yo tenía cuando vivía en Nueva York. Ayer, además, hablé con él por teléfono para pedirle que enviara mi historial al doctor Rice.

—El doctor Rice es el mejor —acordó Cassandra, después de apurar el refresco que estaba bebiendo—. Trata a Zahira y a tu hija, como trata a mis amigas y a mí. Y estamos muy contentas con Trevor.

—¿Qué clase de relación guardas con tu antiguo ginecólogo, Jane? —la interrogó Evan—.

—Se llama Matt. Sabe que soy enfermera. Me ha ofrecido muchas veces trabajar con él en su clínica. Pero hay una cosa curiosa en la que no había caído... —se quedó pensativa unos segundos—. Melinda es una hipocondríaca, aunque no lo parezca, y siempre me ha pedido que la acompañara a la consulta, pero esta vez, que, supuestamente, se ha quedado embarazada, no me ha dicho nada.

—¿Por qué dices *supuestamente*? —señaló Brandon, de pie junto a su hijo.

—Porque ayer hablé con Matt después de seis meses y no me comentó nada acerca de Melinda —gesticuló con las manos mientras hablaba—. Hay cierta confianza y familiaridad entre nosotros. Si Melinda estuviera embarazada —arqueó las cejas—, Matt me hubiera felicitado.

En ese momento, la susodicha telefoneó a Jane.

—Es Melinda —anunció la mujer, algo nerviosa, removiéndose en el sofá con el móvil en las manos.

—Todos callados —ordenó Evan—. Adelante, Jane. Tranquila. Estás cenando con Jordan, ¿de acuerdo?

Su suegra asintió y descolgó:

—Melinda —saludó con sequedad a través de la línea, no se llevaban bien—. ¿Cómo? ¿Adónde? —frunció el ceño—. ¿Hasta cuándo? —escuchó unos segundos y colgó—. Se va unos días a casa de una amiga a Nueva York. Dice que volverá el lunes.

En ese preciso instante, el iPhone de Rose vibró, en la mesita del salón. Ella lo cogió. Unas horas antes, le había enviado un mensaje a Howard para avisarlo de que dormía en el piso de su madre.

—Es un mensaje de James —les informó Rose, que se levantó y se acercó a Evan para tenderle el móvil.

Él la besó en la frente y la rodeó por los hombros, aceptando el teléfono. En el texto, Howard le decía, entre otras cosas, que ella disponía de plena libertad para moverse en el hotel, que había dejado instrucciones a los empleados.

—Qué casualidad... Se ausentará hasta el lunes por motivos de trabajo —leyó en voz alta el resto del mensaje.

La sala se quedó en tenso silencio.

—¿Ha desaparecido otras veces en este mes que has estado allí, rubia? —giró la cabeza para mirarla.

—Gavin y yo solo lo veíamos un rato antes de cenar, aunque, a veces, he cenado con él, pero muy pocas.

Él gruñó, aunque se obligó a ignorar los celos.

—Si te sirve de consuelo —le susurró ella para que nadie más la escuchara—, casi no he comido, así que esas cenas duraban diez minutos como mucho.

—Pues no —apuntó con sequedad—, eso no es ningún consuelo.

Rose se sobresaltó ante su tono. Evan, entonces, la apretó contra su pecho.

—A partir de ahora, te cuidaré —se inclinó y la besó en los labios— y te mimaré —le rozó la oreja con los labios, abstrayéndose de la realidad—, en todo.

Rose gimió sin darse cuenta, contemplándolo con un brillo parpadeante en sus hermosos ojos, provocando, sin querer, que él también gimiera.

Se quedaron todos a cenar. Bastian y Rose cocinaron, encantados.

—Por cierto —dijo Cassandra, preparando la mesa baja del salón—, tu cumpleaños es dentro de poco —se dirigió a Kaden—. ¿Has pensado en algo, tesoro?

—Todavía queda un mes, mamá —se quejó Kad, haciendo una mueca.

—Veinte días exactamente, cariño —lo corrigió su madre con una deslumbrante sonrisa—. ¿Te apetece una barbacoa, igual que el año pasado?

—Vale —accedió su hermano pequeño, receloso—, pero no invites a tus amigos. Quiero algo sencillo, por favor.

—Se lo diré a los abuelos. ¿Alguien más?

—Jane y Ash, por supuesto, estáis invitados. Y decídselo a Jordan.

—Gracias, Kaden —aceptó Jane, muy contenta—. Allí estaremos, ¿verdad, cielo?

—Claro, Kad —convino Ash, sonriente.

—También, Connor y Sacha, Hira —añadió Kaden.

—¡Gracias, Kad! —exclamó Zahira, ilusionada—. Te quieren mucho, no se lo perderán por nada del mundo.

Se acomodaron los mayores en el sofá y los jóvenes, en el suelo, en torno a la mesa, para cenar en familia, incluido *Bas Payne*, que no se separaba de los dos niños, dormidos en sus correspondientes cucos.

Jane acordó que al día siguiente se pondría en contacto con el doctor Matt por si podía sonsacarle alguna información válida. Ese era el primer paso.

Evan rezó una plegaria para recibir buenas noticias.

—Melinda no ha acudido a la consulta de Matt desde octubre del año pasado, que fue su última revisión.

Su madre acababa de entrar en el apartamento y soltó aquella frase antes siquiera de darles los buenos días.

Rose estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas debajo del trasero y una infusión en las manos; llevaba el camisón porque hacía diez minutos que se había despertado y eran las once de la mañana. Sus cuñados y su marido estaban vestidos de manera informal y hacía un buen rato que habían desayunado. Bebió un largo sorbo de la taza caliente, un remedio que le había aconsejado Jane, desde el supuesto engaño de Evan, para calmar los nervios por todo el asunto de su hermana.

—Eso solo puede significar dos cosas —comentó Bastian, enumerando con los dedos—: una, que no está embarazada o, dos, que si lo está, pero no quería que nadie lo supiera.

—Evan tiene razón —dijo Rose, llevándose la taza vacía a la cocina—. Es demasiada casualidad que James y Melinda se vayan de Boston el mismo fin de semana. Le escribiré para comer con él el lunes.

—¡De eso nada! —exclamó Evan, que sostenía en brazos a Gavin, mientras este jugaba con los cordones de la capucha de su sudadera.

—Tengo que hablar con James, te guste o no, pero hay que actuar sin levantar sospechas hasta que sepamos con seguridad lo que está pasando y si está o no involucrado. Las cosas de Gavin y las mías están en el hotel. Iré ahora a por algo para estos dos días, pero no recogeré las maletas hasta el lunes. Y no quiero que se entere James. Lo investiga todo.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber él, cruzándose de brazos.

—Tiene informes de todas las personas que le interesan.

Los presentes ahogaron una exclamación.

—Sí —asintió Rose—. Yo he visto esos informes y son bastante detallados. Sabe hasta el número de horas que trabajáis en el hospital —movió una mano mientras hablaba—, la fecha en la que Cassandra fundó la asociación, todas las fiestas que se han llevado a cabo en Boston, las infidelidades de los políticos... —suspiró, tranquila—. También, sabe la dirección de tu padre, Hira, incluso lo sucedido en el incendio y después del incendio, y yo no se lo he dicho —levantó las manos, inocente, por supuesto—. Lo sabe todo de todos.

—¿Por qué, hija? —le preguntó Jane, frotándose las manos—. Eso solo lo

hacen los locos.

—Investiga a la alta sociedad de cada ciudad donde tiene un hotel. Lo hacían su abuelo y su padre antes que él. Así, sabe cómo alcanzar la clientela que quieren, sus gustos, sus costumbres, para que sus hoteles no solo sean destinados a estancias turísticas o noches sueltas de turistas de gran nivel económico, sino, también, que la alta sociedad de la ciudad donde está erigido el hotel acuda al mismo para tomarse una copa, cenas de negocios o encuentros románticos. Sus hoteles son de lujo, lo que significa que los clientes son personas con mucho dinero.

—No creo que sea solo para conocer a la clientela —añadió Evan, con la frente arrugada—, sino también para tener ventaja frente a todos, como si fuera un dios que lo sabe todo de todos por posibles problemas, chantajes, etcétera. ¿A ti te investigó?

—Dice que no —se tiró de la oreja izquierda—. Dice que le gusté tanto desde el principio que prefirió conocerme. Por eso, se enfadó tanto en el hospital cuando discutimos. Melinda le contó muchas mentiras, pero sintió que confiaba en él desde el minuto cero —colocó las manos en la cintura—. Yo nunca le conté nada, ni siquiera que soy de Nueva York. Y tampoco investigó a Melinda, eso me dijo —frunció el ceño, pensativa.

—Pero, seguramente, lo haya hecho ya —señaló Hira, acercándose a ella—. Discutisteis en el hospital y un par de días después se presentó Melinda diciendo que había roto con él. ¿Crees que al enterarse de las mentiras de tu hermana, que no concordaban para nada con la imagen que tenía James de ti, no te ha investigado para corroborarlo?, ¿a ti y a tu hermana? —arqueó las cejas—. Es evidente que a James le preocupa la información.

—Entonces, no será tan fácil engañarlo —protestó Evan, cambiándose a su hijo de brazo.

—Por eso, mientras yo esté hablando con James el lunes, alguien debe recoger el equipaje de mi habitación, y tú no puedes, Evan, porque tienes vetada la entrada en el hotel.

—Lo haremos Kaden y yo —anunció Bas, decidido—. Tendrás que darnos la llave y avisarnos cuando estés con Howard. Y las maletas deben estar listas para no retrasarnos.

—Pues será mejor que me vista ya y vaya al hotel para prepararlo todo —observó a su marido, divertida—. Iré sola porque no pueden verme contigo, ¿de acuerdo?

Él gruñó.

Un rato más tarde, Rose traspasaba la puerta principal del hotel. Los empleados, sin exceptuar a ninguno, la saludaron a su paso, sonriendo. La conocían y la respetaban por ser la invitada especial del dueño. Además, James era muy querido porque trataba a todos con camaradería y solucionaba los problemas enseguida.

Se dirigió a los ascensores, al fondo, y subió a la última planta. Al salir del elevador, se chocó literalmente con Howard, que la sujetó por los brazos en un acto reflejo. Ambos se sorprendieron. Desorbitaron los ojos. De repente, un sinfín de palabras revolotearon en su mente, las últimas veinticuatro horas en imágenes que...

—¡Hola! —dijo ella en un tono demasiado agudo—. Te iba a escribir un mensaje ahora.

—Yo... Yo, también —titubeó él, sonrojado y desviando la mirada.

El pasillo de esa planta era más ancho que los demás, pues en ese piso había menos habitaciones porque solo se encontraban las *suites*.

—Creía que estabas de reuniones fuera del hotel, James. Me dijiste que te ausentarías.

—¿Y Gavin? —ignoró su comentario y escrutó su cara, receloso.

Ay, Dios... Me va a pillar... ¡Invéntate algo!

—Está con mi madre. La verdad es que venía a recoger ropa para el fin de semana. Melinda se ha ido a Nueva York y tú tienes negocios que atender, así que pensé en quedarme allí hasta el lunes —sonrió, demasiado radiante.

Demasiadas explicaciones. ¡Respira un poco, que te vas a ahogar! A ver si aprendemos a mentir mejor, ¿eh? Y esconde las manos, Rose, que te delatan.

Juntó las manos en la espalda para no tirarse de la oreja izquierda.

—Iba a salir anoche —comenzó Howard, ajustándose la corbata—, pero, al final, no hizo falta, lo solucioné por teléfono. No te quise molestar con tu madre. Perdona que no te haya avisado del cambio de planes.

—No te preocupes. Entonces —arqueó las cejas—, ¿al final no te vas a ningún lado?

—No, pero... —carraspeó—. Tengo el fin de semana algo ocupado. Se acaba de presentar un familiar en el hotel y está enfermo.

—¿Está bien? —arrugó la frente, alarmada por la noticia—. Puedo ayudarte en lo que quieras.

—No hace falta. Ya está el médico con ella.

—¿Ella?

James se acaloró de pronto y se metió en el ascensor.

—Perdona, Rose. ¿Te importa si te llamo luego? Tengo prisa —tocó la tecla correspondiente y las puertas se cerraron antes de que ella pudiera responderle.

Corrió a su cuarto, cerró tras de sí y se apoyó en la puerta, las piernas le temblaban de los nervios. Escribió a Evan un mensaje de texto. Tal vez, él, no, pero ella sí tenía una teoría al respecto.

R: *Acabo de cruzarme con James...*

E: *¿¿¿¿¿Perdona?????*

R: *Así nos quedamos los dos... Parece que su asunto de negocios lo solucionó anoche por teléfono, pero resulta... ¡Atención! Resulta que tiene una pariente suya en el hotel, enferma, que ha llegado hace nada y que la están tratando los médicos... Cuando le he preguntado por «ella», se ha puesto rojo y se ha largado. ¿Sabes qué, Evan? Tengo una teoría...*

E: *Yo también, rubia. ¿Puedes enterarte de dónde está esa supuesta pariente enferma?*

Si sus sospechas eran ciertas... No se lo quiso ni imaginar, pero... Melinda era capaz de todo.

R: *Las dos suites principales son suyas; una de ellas está pegada a la mía. Le puedo pedir la llave a uno de los empleados. Tengo plena libertad en el hotel. No se sorprenderán. Les diré que me olvidé algo y que James me ha dicho que pidiera la llave.*

Esperó la respuesta, pero, en lugar de otro mensaje, Evan la llamó.

—Ev...

—*¡Tú estás loca, joder!* —la cortó, furioso—. *No te expongás. Si hay médicos en la habitación, ¿qué piensas decir cuando te vean entrar? Eso, si aciertas con la habitación... Coge toda la ropa que puedas. Eres una mujer, nadie se asombrará si te ven con más de una maleta para el fin de semana.*

—*¿Eso qué significa, imbécil?* —bufó, indignada—. *¿Te recuerdo que a Los Hamptons te llevaste cuatro maletas para siete días y yo, solo dos? ¿Tú también eres una mujer?*

—*Te he echado de menos, víbora.*

Los dos se rieron.

—*No tardes. Tenemos una cita pendiente en la ducha, que anoche te quedaste dormida.*

Ella se ruborizó. Se tiró de la oreja izquierda.

—Han sido muchas emociones... Perdona...

—*¿Te estás tirando de la oreja?*

—¡Oh! —exclamó, atónita—. ¡Pero si no me ves!

—*Pero te conozco, y te has puesto nerviosa cuando te he recordado lo de la ducha. Se te nota en la voz. Y, ¿sabes qué? Me encantaría ponerte mucho más nerviosa, así que no tardes.*

La voz ronca de Evan la incendió. Se mordió el labio para ahogar un gemido.

—Evan, no me digas esas cosas... —le rogó en un tono apenas audible, notando un pinchazo tras otro en el vientre, y no precisamente doloroso...

—*¿Por qué?, ¿te gusta?* —le susurró con aspereza, arrastrando las palabras.

—Mucho... —jadeó.

—*¿Quieres que te diga lo que voy a hacerte cuando vengas?*

Rose comenzó a hiperventilar. Trastabilló unos pasos hasta el sofá que había a la derecha. Se sentó y se abanicó con la mano.

—Mejor nos...

—*¿Estás sola ahora mismo?* —la interrumpió.

—Sí. Estoy en la habitación.

—*Voy a besarte todo el cuerpo.*

—Ay, Dios... —se recostó en el respaldo con la garganta seca.

—*Desde tus labios... por el cuello... Te desnudaré de arriba abajo despacio, a mi ritmo, descubriéndote poco a poco... Bajaré mi boca y te besaré los pechos, y los voy a saborear todo lo que quiera... Después, cuando me quede satisfecho, seguiré por la tripa, te desnudaré entera y te tumbaré en nuestra cama... Te besaré las piernas desde los pies hasta las ingles... Y...*

Rose respiraba de forma discontinua y sonora. Abrió los ojos de golpe.

—¿Y? —le exigió, ronca.

—*Y me comeré enterita a mi rubia. Me daré un festín hasta que chilles de placer.*

—¡Oh, Dios mío! —se apretó los muslos en un acto instintivo. Parpadeó para enfocar la visión—. ¿Y después?

Su marido rugió.

—*Después te haré el amor como un bruto. ¿Te vale eso?*

Ella sonrió con malicia.

—No, soldado, antes, te comeré yo a ti enterito, ¿entendido?

—*Joder...* —siseó—. *No tienes que hacerlo. No me importa.*

Rose se acobardó.

—Evan... —se tiró de la oreja izquierda.

—*Tranquila. No pasa nada.*

Sabía a lo que se refería. Había intentado dos veces besar cierta parte de su anatomía, pero, en el último momento, el miedo la había paralizado, el miedo a hacer el ridículo, a ser una torpe inexperta o, incluso, a hacerle daño por su inhabilidad.

—Evan... ¿Te lo han...? —suspiró, frustrada—. Olvídalo. No quiero saberlo.

—*No, rubia. Ya te dije que para mí los besos son especiales, incluidos los que son dirigidos a mi cuerpo.*

Aquello la embargó de felicidad. Se levantó de un salto.

—¿De verdad? Pero si a todos los hombres les gusta que les hagan eso...

—*Llámame raro, si lo prefieres.*

—No —sonrió—. Especial, no raro.

—*No tardes. Te estaré esperando.*

—Soldado...

—*¿Rubia?*

Se tiró de la oreja otra vez.

—Te amo...

—*No te tires de la oreja* —la reprendió con la voz emocionada—. *El soldado pide permiso para llamarte «Rose».*

Ella silenció una carcajada.

—Permiso concedido.

Le escuchó respirar hondo.

—*Yo también te amo, Rose...*

Rose se cubrió la boca. Tragó. Las lágrimas descendieron por sus mejillas.

—Nos vemos en un ratito, mi guardián —y colgó.

Se secó el rostro con los dedos, se refrescó la cara y la nuca en el baño y llenó dos maletas. Luego, dejó el equipaje junto a la puerta y se dirigió a la recepción.

—¿Sabes dónde está el señor Howard? —le preguntó al recepcionista, un joven de unos veinticinco años, alto, atractivo y moreno de pelo y de ojos; se

llamaba Stuart.

—Hola, señora Payne —sonrió Stuart, amable y cortés—. Está reunido y nos ha pedido que no lo molestemos.

—Es que me tengo que ir ya y resulta que me dejé el carrito de mi hijo en su habitación. Lo necesito. Y me dijo que, si él no podía, os pidiera una llave para entrar a por ello.

Vas mejorando a la hora de mentir.

El recepcionista frunció el ceño, lo pensó unos segundos y, por suerte para ella, asintió, entregándole la llave electrónica.

—Gracias, Stuart. Serán dos minutos.

—Un placer, señora Payne.

Caminó de regreso a los elevadores con rapidez. Inhaló varias bocanadas de aire para relajarse, pero, a cada segundo, su corazón latía más rápido y fuerte.

Frente a la *suite* principal de James, Rose pegó la oreja a la puerta. No oyó nada, aunque la estancia era enorme. Abrió lentamente, asomó la cabeza y entró. Se quitó los botines para no hacer ruido, pero no había nadie. Recorrió el espacio dos veces. No encontró nada extraño, ni siquiera había ropa de mujer. Nada de nada. Quizás, estaba en el despacho, pensó.

Justo cuando se marchaba, escuchó el picaporte. Corrió hacia la cama y se escondió debajo. Era alta, pero los faldones del edredón la ocultaron. Escuchó tacones y pasos de hombre.

—¿Seguro que quieres hacer esto?

Era Howard, Rose reconoció su voz al instante.

—Ayer, dudaba, pero hoy...

¡Melinda!

—Hoy estoy cien por cien segura —continuó su hermana—. La idiota de mi madre ha llamado a mi ginecólogo esta mañana preguntándole por mí.

—Joder, Melinda —masculló James—. ¿Tienes a Evan controlado?

—Evan es un idiota.

—Lo tomaré como un *no* —suspiró—. Llamas a todos *idiotas*, cuando, en realidad, la única idiota eres tú. Te dije que me dejaras a mí manejar esto, pero no quisiste. Dijiste que Evan caería a tus pies al enterarse del embarazo, pero tuviste que amenazarlo con la prensa y, aun así, necesitaste presentarte con la ecografía. ¿No te das cuenta de que con Evan las amenazas no valen? ¡Joder!

—¿Y tú? Porque, supuestamente, Liz ha pasado la noche en casa de mi

madre, ¿no? —inquirió Melinda.

—¿Qué quieres decir con *supuestamente*? —bufó—. A Rose la tengo controlada. Ayer, le dio los papeles de divorcio a Evan. Me ha costado el mes entero convencerla.

—Evan no se va a divorciar de mi hermana. El muy idiota está enamorado de ella. No eres el único que la quiere, James. Me rechaza continuamente. ¡Ni siquiera permite que le toque el brazo! ¡Solo me ha faltado desnudarme otra vez!

Howard se movió por la estancia, alrededor de la cama.

—A lo mejor, tienes que repetirlo —dijo James.

—¿Repetir el qué?

—Joder, Melinda... Piensa un poco.

—¿Pretendes que espere a que quiera emborracharse, otra vez, y finja que nos hemos acostado, otra vez?

¡Oh, Dios mío!

Rose se tapó la boca para silenciar un grito.

—Ese día —prosiguió su hermana— por poco no me saca a patadas de su casa. Le faltó casi nada para ponerme una mano encima. ¡Se volvió loco! No pienso exponerme otra vez. ¿Te recuerdo que hicieron falta cinco de tus guardias para echarlo de aquí?

Silencio.

—El ginecólogo me ha pedido más dinero —señaló Melinda.

—¿Más? Ni hablar. No le doy un centavo más.

—Pero, James...

—¡Melinda! —la cortó, rabioso—. Esto se va a solucionar ahora mismo. Te está esperando el médico en la habitación contigua. Y dentro de unas horas no hará falta seguir manteniendo el silencio del ginecólogo porque todo habrá terminado. ¿Quieres esto?

—Sí... —titubeó su hermana.

—¿Melinda? Estás a tiempo de echarte atrás. Te dije que cuidaría de ti y del niño si decidías tenerlo. Después de todo, es mío, y soy un hombre de palabra.

Teoría confirmada...

—No puedo tenerlo, James... Mi padre...

—¡Tu padre me importa una mierda! —gritó Howard, colérico—. Y menos mal que accedió al divorcio de tu madre, si no...

—¿Por qué la defiendes tanto? —exclamó, enfadada.

—Porque tu madre no tiene culpa de nada, excepto de haber amado a tu padre, un ser mezquino que no se merece que lo tachen de hombre —escupió James con evidente repugnancia.

—¡Ella no me quiere! ¡Siempre me ha odiado! ¡Deja de defenderla!

—¡Tranquilízate, joder!

—¡Todos las queréis a ellas!

—Melinda, haz el favor de...

—¡No! No me voy a callar. Me acerqué a ti por mi hermana, vale, para hacerle daño, pero me enamoré de ti, James. La primera vez en mi vida que me enamoro y es del hombre que ama a la idiota de mi hermana.

—No soporto la mentira, Melinda. Lo sabías y, aun así, te acercaste a mí con mentiras y seguiste mintiéndome. Solo eres una niña caprichosa, envidiosa y egoísta.

—Liz me lo quita siempre todo. ¡Estoy harta!

—A tu padre no te lo quitó.

—¡A mi padre nunca lo he tenido! —chilló, poseída—. ¿Sabes cuántas veces he escuchado a mi padre decirme lo mucho que Liz le recuerda a mi madre, a su preciosa esposa? ¿Es que no te das cuenta de que jamás la ha odiado? La ha tratado siempre igual que a mi madre porque las quiere a las dos.

—Tu padre no quiere a nadie, Melinda, porque anular y encerrar a una esposa y a una hija no es querer, es sentirse inferior, porque tu padre no vale nada. Y a ti te ha utilizado siempre en su propio beneficio.

Rose alucinaba... Estaba totalmente paralizada.

—¡Te odio! —gritó Melinda.

—No mientas otra vez. No me odias —suavizó el tono—. Y si no me hubieras mentado, quizás... —chasqueó la lengua.

—Te gusto.

—Mucho, Melinda, me gustas mucho... —suspiró—, pero Rose...

—Dices que mi padre no sabe querer, pero tú tampoco quieres a Liz. Si la quisieras de verdad, dejarías que fuera feliz con Evan, pero a ella la manipulas con tus palabras bonitas de buen samaritano, esperando a que un día te mire con deseo y amor. Y de lo que no quieres darte cuenta es de que Liz ama a Evan con toda su alma. Es una batalla perdida, James.

—No quiero que esté conmigo por despecho, ¡por eso soy su amigo!

—¡Liz no te quiere!

El silencio quedó roto solo por las lágrimas de Melinda.

—¿Y si cancelamos todo, James? —sugirió, con voz ilusionada—. ¿Y si nos marchamos de aquí? Empecemos de cero tú y yo. Nos olvidamos de todo y nos conocemos. Por favor, James... Solo necesito que tú... me quieras...

Rose sintió un pinchazo en las entrañas ante la súplica de su hermana.

—Tengo miedo... —confesó Melinda en un susurro.

—No permitiré que te pase nada malo. ¿Estás segura de esto?

—No, pero es la mejor solución.

—Pues vamos.

Se dirigieron a la *suite* que comunicaba con esa.

Rose no daba crédito. Salió de debajo de la cama y corrió hacia los ascensores. Bajó las escaleras, acalorada y sudorosa por el esfuerzo. Utilizó la puerta de los empleados para no pasar por la recepción y poder quedarse con la llave. Condujo hacia el apartamento.

No supo por qué, o sí lo supo... Tenía que impedir que su hermana cometiera una locura.

Capítulo 25

—¡Melinda va a abortar! ¡Tenemos que impedirlo! —exclamó Rose al entrar en casa como un vendaval.

—¿¿Qué?! —dijeron todos al unísono.

—No hay tiempo. ¡Vamos!

—Rubia...

—¡Evan! —lo interrumpió. Su expresión era fiera—. Melinda está embarazada. Es cierto. Pero el padre es James. Te tendieron una trampa para separarnos. Los escuché —agachó la cabeza—. Escuché demasiadas cosas... —alzó la mirada, vidriosa por las inminentes lágrimas—. Luego, os lo explicaré todo, pero Melinda está asustada y no voy a permitir que cometa un error del que se va a arrepentir.

—¿Y desde cuándo te importa tu hermana? —preguntó él, incrédulo.

—Desde ahora —se irguió y observó a Jane y a Ash.

Evan analizó su dulce rostro, ya surcado por el llanto silencioso, y su postura regia, demostrando una determinación intimidante. Asintió. Su familia se quedó para cuidar de Gavin y a la espera de noticias. Él, su suegra, su cuñado y su mujer partieron rumbo al hotel.

—Entraremos por la puerta de los empleados, en la parte de atrás, para que los guardias no te vean, Evan, y a mí, tampoco, porque tengo la llave de la habitación de James y el recepcionista lo sabe.

Y eso hicieron. Subieron en el ascensor de personal a la última planta. Caminaron por un pasillo ancho hasta la puerta del fondo. Se metieron en una de las *suites*, siguiendo a Rose. Atravesaron una habitación enorme, que dedujo era la de Howard, pasando un *hall*, un salón, un dormitorio y otro salón. Existía una puerta a la derecha de un sofá alargado, tapizado a juego con el papel de la pared.

Cuando ella abrió, Jane ahogó un grito, pero Rose no se calló:

—¡No!

Era una habitación pequeña y luminosa, con grandes ventanales en los laterales. Rose corrió hacia la cama, al fondo, donde estaba Melinda, tumbada de perfil y con las rodillas pegadas a la barbilla, en camisón de hospital; una enfermera le sostenía la mano y un médico, un hombre con bata blanca y guantes de látex, estaba a punto de pincharle la anestesia. Todo estaba perfectamente preparado y, a juzgar por el olor, también perfectamente esterilizado.

—Dios mío... —pronunció Melinda, tapándose con una almohada, pálida, retrocediendo sentada hacia el cabecero, al verlos a ellos.

—¡Largo de aquí! —le gritó Rose al médico y a la enfermera, furiosa.

—¡Rose! —vociferó Howard, que en ese momento salió del baño, a la izquierda.

Evan entrecerró los ojos cuando vio a James avanzar hacia su mujer, firme y enfadado. Le cortó el paso.

—Acércate o rózale un pelo a cualquiera de las dos —sentenció él, señalando la cama con la mano— y te devuelvo el puñetazo que me dieron tus guardias, ganas no me faltan.

Howard gruñó, pero retrocedió. El doctor y la enfermera salieron de allí.

—No lo hagas —le rogó Rose a Melinda, entre lágrimas.

—¡Déjame en paz! —estalló, también llorando—. ¡Te odio, Liz!

—No, Melinda, no me odias —sonrió con tristeza—. Lo he oído todo. Estaba escondida en la *suite* cuando hablaste con James. Lo sé todo y, ¿sabes qué? Te perdono.

Los presentes se paralizaron.

—Pero quiero que me lo cuentes todo, Mel —le pidió ella, acomodándose en el borde del colchón—. Mamá, Ash y Evan tienen derecho a saberlo también.

—No me llamabas *Mel* desde que tenías siete años... —susurró, sobrecogida.

—Fue la primera palabra que aprendió Lizzie —señaló Jane, aproximándose junto con su hijo—. Dijo *Mel* antes que *mamá* y *papá*.

James y Evan permanecieron a un lado, de brazos cruzados y con las piernas abiertas, como dos guardaespaldas, permitiéndoles cierta intimidad, pero atentos a la explicación.

—Después de tu boda —comenzó Melinda, rodeándose las rodillas flexionadas al pecho—, se presentó una de las pacientes de papá en la clínica, una mujer a la que operó de un aumento de pecho el verano pasado —arrugó la

frente, fijando los ojos en la ventana de la izquierda—. Quería demandarlo porque, unos días después de darle papá el alta, sufrió un ataque al corazón y entró en coma. Cuando despertó, en diciembre, el médico que la trató le dijo que el infarto había sido provocado por la operación del pecho; en concreto, por la anestesia. La mujer se puso a gritar como una posesa en la clínica; papá la echó a la calle. Al día siguiente, el abogado de ella le envió la notificación y, dos días más tarde, comenzaron a llegarle más demandas, por diversos problemas consecuentes de las operaciones de papá.

Evan desenchajó la mandíbula. Pero ¿qué clase de *eminencia* era Anthony Moore?

—Papá me culpó —continuó ella, mirando a Rose—, porque la primera mujer que lo demandó fue a la clínica recomendada por mí —se secó las lágrimas a manotazos—. Me echó a la calle. Me dijo que me fuera a Boston porque no me quería en Nueva York —agachó la cabeza—. Me dijo que... —tragó repetidas veces—. Me dijo que tú siempre habías sido mucho más inteligente y mucho mejor que yo, que te habías ido de casa y que eso nunca te lo perdonaría, pero que habías salido adelante por tu propio pie, sin dinero ni hogar, que habías recorrido Europa con un empresario muy famoso y rico y que ahora eras la esposa de uno de los hombres más influyentes de Massachusetts, perteneciente a una familia muy conocida y reputada en Estados Unidos.

—Y decidiste vengarte —afirmó Rose, levantándose y caminando por el espacio, pensativa—. Siempre has hecho lo mismo... —añadió con la voz crispada. Se detuvo frente a Evan, que estiró los brazos y la atrapó entre ellos, pegándola a su pecho. Ella temblaba de rabia, dolor e impotencia.

Él la envolvió en su protección, controlando las ganas de estrangular al maniquí.

—¿Qué querías que hiciera?! —explotó Melinda, incorporándose de un salto—. ¡Estoy harta! ¡Llevo veintisiete años escuchando lo perfecta que eres! —la apuntó con el dedo índice—. ¿Sabes por qué estudié medicina y me especialicé en Cirugía Plástica? ¡Por tu culpa!

—Si querías ser como papá, no me culpes a mí. ¡Papá me ha odiado siempre!

Evan la apretó contra su cuerpo al notar que aumentaban sus repiqueteos.

—¡Mentira! —rebatió Melinda—. Tú y mamá habéis sido perfectas siempre a sus ojos. ¡No os odiaba, os adoraba! —movió los brazos de forma histérica—. ¿Por qué crees que me provocaba heridas, Liz? Para que me

prestara atención alguien, ¡por eso! Mamá pegada a ti todo el tiempo —hizo una mueca—, ¡todo el maldito tiempo! ¡Y a mí que me cuide la sirvienta, ¿no?! ¡Nunca he valido nada para nadie! ¡NADA! —cayó de rodillas.

—Laura te envenenó —le dijo su madre, cruzada de brazos—. Yo nunca te he desatendido, pero Lizzie era un bebé que necesitaba más cuidados que tú. Te regañaba cuando tratabas a tu hermana como si fuera una muñeca; sé que era sin mala intención, pero podías hacerle daño —la preocupación y la angustia se adueñaron de su rostro. Retorció las manos en el regazo—. Laura estaba obsesionada con papá y te utilizó a ti. Te manipulaba cuando te veía llorar porque yo te había regañado. Te metió maldades en la cabeza. Y la culpa fue mía... —retrocedió hasta la pared y se derrumbó.

—¡Mamá! —exclamó Ash, corriendo a su lado.

Jane se sujetó al brazo de su hijo, que la rodeó por los hombros.

—Permití que te alejara de mí... —continuó la mujer en un tono bajo, pero firme—. Me quejé a tu padre de Laura durante meses. Le dije que te estaba lavando el cerebro y que un día lo lamentaríamos. Le rogué y le supliqué que la echara de casa —suspiró con fuerza, frotándose la frente con la mano—, pero tu padre me amenazaba con el divorcio cada vez que le llevaba la contraria en algo. Yo lo amaba... —cerró los ojos—. Yo lo amaba igual que a mis hijos... —alzó los párpados—. Después de las amenazas, siempre me pedía perdón y se tiraba días y días enviándome ramos de rosas blancas. Toda la vida igual...

Rose se sobresaltó ante el último comentario.

—Como novio —sonrió Jane con tristeza—, vuestro padre era el mejor. Sin embargo... —chasqueó la lengua—, cuando volvimos de la luna de miel, cambió por completo... He sido una cobarde toda mi vida... —palideció—. Es mi culpa... Dios mío... —se le nubló la vista.

Asher la cogió a tiempo de que no se golpeará la cabeza contra el suelo.

—¡Mamá! —gritaron sus tres hijos, asustados.

Evan soltó a Rose para auxiliar a su suegra, que acababa de desmayarse; la tumbó en la cama con cuidado, de costado y en posición fetal, para que no se ahogara con la lengua, y comprobó sus constantes vitales.

—Trae alcohol, rubia, sales o lo que haya para reanimarla.

Ella obedeció al instante.

—Toma. Es colonia —le entregó un frasco pequeño de cristal.

Él lo destapó y se lo acercó a la nariz.

—Tiene el pulso muy débil —observó a Howard—. Necesitará azúcar

cuando despierte. Chocolate es la mejor opción.

—Enseguida —dijo James, serio, antes de desaparecer de la estancia.

Evan vertió colonia en un dedo y le mojó el borde de las fosas nasales. Su suegra comenzó a agitarse hasta que, finalmente, abrió los ojos, despacio; parpadeó, desorientada, sus pupilas estaban dilatadas.

—Quédate quieta, Jane —declaró él, mientras Rose acomodaba varios almohadones en el cabecero—. No hagas movimientos bruscos. Te has desmayado. ¿Te duele algo?

—Un poco la cabeza —se quejó, posando una mano en la sien.

—Es por tantas emociones —la ayudó a recostarse en los cojines.

Howard apareció minutos después con varias tabletas de distintos tipos de chocolate en una bandeja de plata. Sonrió a Jane y colocó la comida en sus piernas.

—Ash, quédate con tu madre —le indicó Evan, enfadándose por momentos—. Los demás, nos vamos a otra habitación. Hay mucho que discutir.

Las dos parejas se metieron en la *suite* principal.

—Dejadme adivinar —habló Evan, sonriendo sin humor y enlazando una mano con la de Rose. Contempló a James y a Melinda sin esconder el odio que sentía hacia ellos—. Te quedaste embarazada de Howard y decidisteis aliar las fuerzas, tenderme una trampa para encasquetarme al niño y separarme de Rose. Así, Melinda se quedaba conmigo y Howard recuperaba a Rose. Pero os arrepentisteis y decidisteis deshaceros del bebé —arqueó las cejas—. ¿Lo del hospital era parte de la treta? ¿Ese perdón que querías pedirle a tu hermana, Melinda, era para tener la dirección de nuestra casa y así conseguir engañarme? ¿Y si no me hubiera emborrachado?, ¿me habrías puesto alguna droga en la bebida, aunque fuera en agua, para dejarme sedado y así poder lograr vuestro objetivo? ¿Y tú? —observó a James con desprecio—, ¿pretendías que otro hombre criara a tu propio hijo?

Los culpables se ruborizaron.

—Melinda se acercó a James para vengarse de mí —afirmó Rose, mirando a Evan—, pero no contó con que se enamoraría de él.

Él adoptó una actitud de desconcierto.

—Melinda es como tu padre, son dos personas incapaces de amar a nadie —escupió.

—Melinda no es como Moore —lo corrigió Howard, apretando los puños a ambos lados de su cuerpo—. Su padre es un ser mezquino que, cuando su hija se presentó asustada en la clínica para pedirle que la acogiera de nuevo

en casa, porque se había quedado embarazada y no sabía a quién más recurrir, le dio la tarjeta de un médico sin licencia, y —levantó la mano para enfatizar— con varias demandas por practicar medicina ilegal, para que abortara. Le dijo que si hacía eso, a lo mejor, le permitía regresar a casa, pero que, mientras tanto, la quería lejos de la clínica, de su casa y de él.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Rose, horrorizada.

Melinda se giró, ofreciéndoles la espalda, orgullosa y dolida a partes iguales. Estaba cabizbaja y sus hombros se convulsionaban.

—Mel, mírame, por favor... —le pidió Rose. Su hermana la miró—. ¿Papá siempre ha sido así contigo? —le preguntó con suavidad.

Melinda se mordió el labio inferior.

—Incluso peor —masculló Howard.

Evan se fijó en varias cosas que lo dejaron impresionado: en primer lugar, la fragilidad de su cuñada, que parecía una niña maltratada, aterrorizada y, lo que era peor aún, sola y vacía; por increíble que fuera, sintió lástima por ella y hasta empezó a ablandarse. No era justificable el daño que una hermana le había hecho a la otra, cómo Melinda había tratado a Rose desde que esta naciera, pero él, en ese momento, se percató de que el causante de tanto mal, el único culpable, era Anthony Moore, y Melinda... Melinda, por primera vez desde que Evan la conocía, estaba completamente rota y no se molestaba en disimularlo. Quizás, siempre había estado rota.

—Cuando papá me volvió a echar, vine en busca de James —confesó Melinda, con los ojos en la moqueta, sonrojada y todavía con lágrimas en los ojos.

—Yo estaba muy cabreado —señaló Howard, dirigiéndose a Rose—. Estaba dolido por la discusión que habíamos tenido en el hospital y la que luego tuve con Melinda. Tu hermana me había mentido desde el principio. Rompimos. Melinda acudió a tu padre, pero, dos días después, se presentó en el hotel para contarme que estaba embarazada.

—Y para tejer el engaño —bufó Evan, meneando la cabeza.

—Estaba muy cabreado —insistió James, apretando la mandíbula con excesiva fuerza, controlándose— y dolido —respiró hondo para relajarse—. Sí. Decidimos engañaros. Tú nos ayudaste al emborracharte —sonrió, desafiante.

Evan gruñó y avanzó un paso, pero su mujer se interpuso entre los dos.

—Continúa —le exigió Rose.

—Papá tuvo que pagar mucho dinero a los demandantes —siguió Melinda

—, y perdió más de la mitad de sus clientes. Se arruinó, pero nadie se enteró, salvo yo. Hasta que alguien filtró la noticia a la prensa.

—¿Pensabais decírnoslo en algún momento? —inquirió Rose, frunciendo el ceño—. ¿Y lo del aborto? —se acercó a James, furiosa—. ¿Qué pretendías?, ¿separarme de Evan y que me lanzara a tus brazos? No lo he hecho nunca. Desde el principio, desde que te conocí —lo apuntó con el dedo índice—, fui sincera contigo. No sé qué esperabas... ¡Amo a Evan con toda mi alma! —apoyó las manos en el pecho, enfatizando el hecho, llorando sin emitir sonido—. ¡Ni siquiera su falsa infidelidad fue capaz de borrar mis sentimientos! —respiró hondo—. Ayer lo vi, después de cuatro malditas semanas, y no pude... —tragó por la emoción—. Lo primero que pensé al verlo fue que lo perdonaba... —dejó caer los brazos, derrotada—. Recordé la ecografía de Melinda, pero lo amo tanto que preferí volver con Evan, a pesar del dolor —se estrujó el jersey—, que seguir alejada un solo instante de él.

Evan no lo resistió más, la agarró del brazo, la pegó a su cuerpo y la besó, sin importarle nada más que demostrarle cuánto la amaba solo por lo que acababa de confesar.

—Rubia... —le acarició las mejillas—. Yo también te amo con toda mi alma, con todo mi corazón... —su voz se quebró—. No soy nada sin ti...

—Soldado... —sonrió entre lágrimas, rozándolo a su vez en los pómulos con dedos temblorosos.

Se besaron de nuevo unos segundos más, con un cariño incuestionable. A continuación, Rose se acercó a su hermana y la tomó de las manos. Ambas, serias, muy serias... contemplaban el suelo, pero se apretaban los dedos sin darse cuenta ninguna de las dos.

—¿Sabes? —comenzó Rose, en un tono apenas audible—. La primera vez que trabajé de enfermera fue en el Kindred, un hospital para pacientes terminales o que necesitan una larga recuperación. Muchos de los pacientes terminales estaban allí porque tenían cáncer y ya no se podía hacer nada por ellos, salvo esperar... —tragó saliva—, esperar su final. Vi tantas familias rotas por el dolor de saber que tenían los días contados para despedirse obligados de sus hijos, padres, abuelos, amigos, hermanos... —suspiró, temblando—. Se te pasa por la cabeza que, a lo mejor, un día, puedes ser tú ese paciente postrado en una cama a punto de morir, pero nunca te lo llegas a creer del todo —volvió a suspirar, entrecortadamente—. Hasta que te pasa.

Evan contuvo el aliento.

—Y cuando te pasa —continuó su valiente mujer—, te das cuenta de que

has malgastado el tiempo en tonterías, y empiezas a ser consciente de lo que de verdad es importante. Por ejemplo, no necesitaba raparme la cabeza, pero lo hice —sonrió a su hermana, ambas con los rostros surcados por las lágrimas—. ¿Sabes por qué me rapé? Por la misma razón por la que mamá se colaba en mi habitación para darme pastelitos de crema —suspiró de nuevo, la sonrisa desapareció—. Nunca me sentí sola, Melinda, porque tenía a mamá, pero tú no tenías a nadie. ¿Y sabes otra cosa? Que ahora lo entiendo. Por fin, te entiendo. Evan se alejó de mí porque creyó de verdad que me había engañado, aunque no se acordara, y sintió que no me merecía, y yo... —le tembló la voz otra vez—. Yo, por primera vez, me sentí sola. Me sentí como tú te has sentido siempre. Y es... —tragó saliva—. Es horrible...

Evan no pudo evitarlo... Se le había formado un nudo tan grande en la garganta al escucharle decir aquello, que las lágrimas descendieron por sus pómulos sin contención.

—No creo que olvide lo sucedido en mucho tiempo, Mel —añadió Rose, secándose la cara con dedos temblorosos—, pero entiendo que cada una hemos sufrido a nuestra manera, porque hemos sufrido las dos. No me has pedido perdón, pero tampoco lo quiero. El pasado es el que es —se encogió de hombros, sin soltarla—. Yo tampoco me disculparé. Me has hecho mucho daño, Mel, muchísimo... Lo de Devlyn... Lo de Evan... —agachó la cabeza—. Y ahora que te he escuchado por primera vez en mi vida —suspiró, relajada—, me doy cuenta de que yo también te lo he hecho a ti.

Melinda, entonces, cayó de rodillas al suelo.

—Solo quiero saber una cosa más —le dijo Rose—: ¿por qué querías abortar?

—Porque estaba harta de mentiras y de engaños... —susurró, ronca—. Quería empezar de cero lejos de aquí, lejos de todos... Una parte de mí veía a este bebé como... Había momentos que lo odié... pero otros... —miró a Howard y sonrió—. Es el hijo del hombre al que quiero, y, aunque él no me corresponda, quiero tener el bebé —se acarició el vientre.

—Melinda, yo... —comenzó James, avanzando. La ayudó a incorporarse, tomándola de las manos. Sonrió—. Quiero cuidaros a los dos. Quiero una oportunidad.

Melinda sollozó y él la acogió entre sus brazos.

Rose tiró de Evan hacia la habitación donde estaban Jane y Ash, y se encontraron con que lo habían presenciado todo desde la puerta. La madre, llorando, se acercó a su hija mayor lentamente, asustada, pero esta, en cuanto

la vio, corrió hacia ella... Se abrazaron. Los otros dos hijos se les unieron.

Evan y James sonrieron, aunque, cuando sus ojos se cruzaron, saltaron chispas venenosas. Jamás se llevarían bien, ¡eso seguro! Pero Evan reconocía a un hombre enamorado, y no precisamente de su mujer, ¡y ya era hora! Decidió empezar a olvidar.

Se marcharon a casa, por fin, en paz.

Le contaron a su familia lo acontecido sin omitir detalle. Cenaron allí, con Jane y Ash.

En mitad del postre, su adorable rubia se quedó dormida en el sofá del salón. Habían sido demasiadas emociones vividas en apenas un día. La transportó a la cama, la desnudó y la arropó con las sábanas y el fino edredón, sin ponerle el camisón, sin ropa interior, completamente desnuda, pero por un motivo: Evan la quería preparada para cuando despertase.

Tendrían su cita pendiente en la ducha.

Tres semanas después

Rose Payne era feliz, simple y llanamente feliz.

Las citas, los besos robados, los halagos y los pastelitos de crema se convirtieron en su día a día. Evan Payne era un hombre maravilloso que le había regalado un bonsai aquella misma mañana en que habían tenido, al fin, su cita pendiente en la ducha, una cita que se repetía siempre que podían.

La situación con Melinda mejoraba, poco a poco. Las dos hermanas Moore estaban aprendiendo a conocerse. Además, Melinda se había instalado en el hotel de James, su novio oficial, y se había matriculado en la universidad para estudiar lo que en verdad le gustaba: Finanzas. Se alegraba por ellos, se los veía ilusionados y hasta parecían aliviados de vivir con tranquilidad, sin secretos, disfrutando de su relación y del bebé que venía en camino; la prensa los sacaba en portada muy a menudo, alabando la bonita pareja que hacían y Rose sonreía ante las fotos, porque, a pesar de la decepción que había sufrido con James, todo el mundo se merecía una segunda oportunidad. Su amistad se recuperaba poco a poco, pero se recuperaba.

En cuanto a su padre, Howard se había encargado de que se corriera el rumor por Nueva York de lo nefasto que era el doctor Anthony Alexander Moore. Su reputación cayó en picado. Estaba arruinado y se había mudado a

casa de los abuelos paternos de Rose, un final muy merecido porque su abuelo, también llamado Anthony Alexander Moore, era igual que su padre en todos los aspectos, físicos y psicológicos. De tal palo, tal astilla, eso decía el sabio refrán.

Jane Wise, por su parte, estaba recuperando los años perdidos, feliz junto a Jordan West, que se acababa de mudar con ella y Asher. Ash estaba centrado por completo en el instituto, le quedaba muy poco para terminar e ir a la universidad; quería ser médico, le apasionaba la Neurocirugía, pues Kaden Payne se había convertido en su ídolo.

Sí, Rose Payne era feliz, simple y llanamente feliz.

—Deja de hacer eso o atente a las consecuencias, víbora —le susurró su marido para que nadie lo escuchara, pegado a su espalda.

Rose ocultó una risita. Estaban en la cocina de la mansión de los Payne. Era el cumpleaños de Kaden. Los hombres, menos Evan, estaban en el jardín, preparando la barbacoa; las mujeres ayudaban con los aperitivos. Ella iba de un lado a otro, sacando cervezas y refrescos de la nevera y colocándolos en la encimera, sobre una bandeja. Le había pedido a su marido que la cargara él, por el peso.

Sin embargo, se estaba tomando más tiempo del debido porque quería provocarlo, rozándolo con el trasero cada dos segundos. Había elegido ese rincón de la cocina adrede para estimularlo sin que nadie sospechara. Y Evan, que no era tonto, ya la había regañado tres veces.

Y Rose volvió a desobedecer.

—Joder... —masculló Evan, empujándola hacia delante.

Ella no se esperaba su reacción y se le cayó una cerveza al suelo. Fue a agacharse para recoger el estropicio, pero su marido le agarró el brazo y la condujo hacia la puerta.

—Se ha cortado en la pierna —les dijo a las demás, sin detenerse—. Voy a curarla.

Todos se rieron.

—Más despacio, soldado —le pidió, entre carcajadas.

—No, rubia —se paró y la cargó sobre el hombro.

—¡Ay, Dios! —exclamó, entre avergonzada y encantada por aquel arrebatado tan posesivo y arcaico, tan característico de Evan Payne—. ¡Me casé con un neandertal!

La metió en la habitación donde habían dormido en su boda y la lanzó a la cama sin miramientos, como aquella primera noche en Miami que jamás

olvidaría. Él la contempló con mucha hambre, humedeciéndose los labios, y con sus fieros ojos del puro chocolate líquido vidriosos por el deseo.

El vestido se le había subido a las caderas y el tirante derecho se le había deslizado por el hombro, pero Rose no se molestó en arreglarse, sino que se descalzó y se levantó. Lo rodeó, admirando su intachable atractivo, su porte imperioso de guerrero. Se situó frente a él, vestido con unos vaqueros y una camisa por fuera de los mismos. Y se arrodilló a sus pies.

La mirada de Evan rasgó su piel de los relámpagos que destelló al adivinar sus intenciones. Ella ya había perdido la vergüenza y el miedo. Había recuperado la confianza y la seguridad en sí misma. Ya no llevaba pañuelo, ni siquiera en la calle. En las últimas tres semanas, ese hombre se había encargado de ello, y de mucho más...

Le desabrochó los pantalones y se los bajó, con los calzoncillos, de un tirón hasta los tobillos. Le acarició las piernas con las yemas de los dedos, desde los gemelos hasta el trasero, que masajeó a placer. Recorrió su piel a la vez que le besaba esas endemoniadas ingles en uve que tanto la enloquecían. Dirigió los ojos a los suyos.

—Eres mío, soldado.

—Sí, rubia... Y tú, mía... —le pasó las manos por el cortísimo cabello blanquecino, sonriendo con adoración—. Mi rubia...

Ella le devolvió la sonrisa, pero con picardía.

Y besó su inmensa erección.

Evan jadeó, vulnerable, debilitado... Se sujetó a los postes de la cama. Y Rose lo condujo a las alturas, poderosa, cariñosa, traviesa... con los labios, con la lengua, con las manos... lánguida, sensual, adictiva...

Él arqueaba las caderas hacia su boca, murmurando incoherencias, rugiendo en ocasiones, guñendo en otras, disfrutando como nunca...

—Suficiente.

Evan la agarró por las axilas para levantarla, se sentó en el borde de la cama y la colocó entre sus piernas. Le bajó las braguitas con premura, desesperado. Ella le permitió todo, tan ansiosa como él, que la giró para quedar de espaldas y la acomodó a horcajadas en su regazo.

—¿Preparada? —le susurró al oído, ronco, antes de lamerle el cuello.

—Siempre... —gimió Rose, cerrando los ojos—. Siempre...

Él la levantó y se enterró profundamente en su interior con una tortuosa lentitud. Pero esa lentitud se desvaneció en apenas un instante... Hicieron el amor con esa gloriosa intensidad que jamás los saciaría...

Minutos más tarde, recompuestos por el rápido y soberbio escaqueo amoroso, descendieron las escaleras hacia la primera planta entre arrumacos, besos y promesas licenciosas. Al llegar al *hall*, ella escuchó una voz que le resultó vagamente familiar. Cassandra hablaba con alguien en la puerta principal.

—¡Oh, cariño! —exclamó la señora Payne, divertida—. Tendrás que ser más concreta. Ahora mismo, hay aquí cinco hombres que se llaman *doctor Payne*.

—¡Nicole! —dijo Rose, muy sorprendida.

—Hola —la saludó Nicole Hunter, cuyo rostro de muñeca todavía estaba algo pálido—. Eres Rose, ¿verdad?

—Es la paciente de Kaden —le explicó Evan a su madre—. ¿Preguntas por él?

Cassandra analizó a la recién llegada con una enigmática sonrisa.

—Pasa, Nicole, por favor —le pidió—. Soy Cassandra, la madre de Kaden.

—Es un placer —convino ella, con una sonrisa extremadamente tierna y una voz delicada y suave. Extendió la mano—. Soy Nicole.

—¡Uy, tesoro! Nada de formalidades —la abrazó.

Rose y su marido se miraron y ocultaron una risita. Cassandra Payne era maravillosa.

—En realidad, venía a hablar con el doctor Payne, pero si es mal momento... Yo... —titubeó, ruborizada—. No tenía que haberme presentado aquí, pero hace semanas que no lo veo y solo quería darle las gracias por todo lo que hizo por mí, nada más.

¿Semanas? Pero ¿quién ha tratado a Nicole desde que despertó del coma?

¡Uy, Kaden, estás perdido, amigo!

—Por supuesto que no es un mal momento —Cassandra la rodeó por los hombros, conduciéndola hacia el interior de la mansión—. ¿Has cenado?

—No, pero no se preocupe. Solo será un minuto y me voy.

Se dirigieron los cuatro al jardín.

—Te quedas a cenar —decidió la señora Payne, sin atisbo de dudas ni posibilidad de que Nicole se negara—. Además, hoy celebramos el cumpleaños de Kaden, ¿verdad que sí, hijo? —añadió hacia el aludido.

Kaden se giró y se congeló en el acto. El color desapareció de su rostro.

—¿Qué hace aquí, señorita Hunter? —le exigió un desconocido Kaden

Payne.

—¿Y esos modales, Kaden? —lo reprendió su madre, con el ceño fruncido.

—No sé quién le ha dado la dirección de mi familia, y tampoco el motivo por el que está aquí, pero, si desea una reunión, una consulta o una revisión, preséntese en el hospital y pida cita —y entró en el salón, perdiéndose de vista.

Los presentes desorbitaron los ojos, anonadados. Nicole, en cambio, se irguió, aguantando las lágrimas.

—Disculpen las molestias causadas —emitió la chica en un hilo de voz, antes de marcharse.

—¿Alguien me explica lo que acaba de pasar aquí? —preguntó Brandon.

—No lo sé —farfulló Cassandra, enfadada—, pero el mocoso de tu hijo me va a oír —y se fue en busca del susodicho.

Evan agarró la mano de Rose y la llevó a la mesa que había al lado de la barbacoa. Se sentó en una de las sillas libres y la acomodó a ella en su regazo.

—¿Tú sabías que Kaden había dejado de tratar a Nicole? —quiso saber ella, abrazándolo por el cuello.

—No, pero algo me imaginaba, porque cada vez que le preguntábamos se ponía nervioso y se marchaba, como ahora.

—¿Quién le habrá dado la dirección de aquí? Creía que estaba prohibido ofrecer los datos personales de los médicos a los pacientes.

—He sido yo —declaró Bastian, sentándose en frente de ellos—. Vino a verme esta mañana a la consulta preguntándome por Kad. Le dije que viniera aquí esta noche si quería hablar con él —sonrió con malicia.

—¡Lo has hecho aposta! —Evan soltó una sonora carcajada.

—Por supuesto —resopló Bas, ampliando la sonrisa.

—Te va a odiar cuando se entere —predijo Zahira, uniéndose a ellos.

—Ojo por ojo y diente por diente —musitó Bastian, antes de besarle la sien a su mujer.

Evan rompió a reír con más ganas.

—¿Lo has hecho por eso?

Hira y Rose los observaron sin comprender a qué se referían.

—Cuando estábamos en el instituto —comenzó Evan—, Bas estaba loquito por la chica más popular de su clase. Él era muy tímido por aquel entonces y no se atrevía a pedirle que fuera su pareja en el baile de graduación, así que yo lo ayudé. Hablé con ella de parte de Bas y aceptó, porque resultó que también estaba loca por él. El caso —gesticuló con la mano libre, pues con la

otra acariciaba de forma distraída la cadera de su mujer— es que a Kad le habían castigado mis padres por culpa de Bas. Kad se enfadó mucho y decidió vengarse: habló con la chica y le dijo que lo que más le gustaba a Bas era bailar, pero que no se atrevería nunca a pedirle un baile, que lo hiciera ella.

Los cuatro soltaron una carcajada. Bastian Payne ni sabía ni le gustaba bailar, era, literalmente, un pato mareado, menos cuando Zahira se subía a sus pies y lo guiaba al ritmo de la música.

—Y me sacó a bailar —continuó Bas, irguiéndose, fingiendo altanería—. Por supuesto, hice el ridículo. La chica se asustó y me tiró el ponche a la cara. Todos se rieron de mí.

—Mi pobre doctor Payne... —suspiró Hira, tomándolo por la nuca para besarlo en los labios—. Estabas destinado a mí.

—Eso jamás lo dudes, bruja —le devolvió el beso.

—Cuando Bas se enteró de que el culpable había sido Kad, juró y perjuró que un día lo pagaría.

—Lo siento por Nicole, pero esto es solo el principio de mi venganza.

De nuevo, se rieron.

Y disfrutaron del aperitivo previo a la cena, charlando en familia.

—Por cierto, soldado —le susurró Rose a Evan al oído—, mañana tenemos una cita en el restaurante de Luigi. Alexis se queda con Gavin en casa.

—¿Y no podemos ir a otro sitio? —sugirió él, ilusionado por recibir una respuesta afirmativa—. Luigi me odia.

—Luigi no te odia. Es que es muy protector conmigo. Además, ya le avisé de que se comportara contigo.

De repente, la mano de su marido se coló por dentro del vestido en dirección a su trasero. Ella se sonrojó.

—Evan, por favor, estate quieto.

—Prometo comportarme con Luigi, pero con una condición —se inclinó.

—¿Cu...? ¿Cuál?

—Caletín.

—¿A...? ¿Ahora? —balbuceó—. Pero si acabamos... —recibió un pellizco en la nalga—. ¡Ay! —gritó sin querer.

Todos los miraron.

—¿Estás bien, Rose? —se preocupó Annette.

—Se encuentra un poco mareada —contestó Evan, incorporándose con Rose en brazos—. Es mejor que descanse un rato en la cama. Comed sin nosotros.

—Evan, por favor... —le dijo ella, mientras atravesaban el gran salón—.
No puede ser que tengas más ganas de...

—Quiero mi calcetín ahora.

Se encerraron en la habitación.

Y la lanzó a la cama, arrojándose él un instante después.

—Nuestro calcetín...

—Nuestro secreto...

El mosquetero seductor Evan Payne dibujó una lenta sonrisa en su rostro, irresistible...

NOTA DE LA AUTORA

Querido lector:

Gracias por confiar en mí, por darme una oportunidad y por leer este libro, sin ti, esto no sería posible.

Evan es el segundo libro de la trilogía de romance actual *Los tres mosqueteros* ; *Bastian* es el primero y *Kaden* será el tercero.

En Amazon, podrás encontrar todas mis novelas, disponibles en papel, digital y Kindle Unlimited: *El susurro de la acuarela*, *El dibujo de su oscuro corazón*, *La cereza y el lobo*, *Malditas las rosas*, *La melodía de la inocencia*.

Si quieres saber más sobre mí o mi pluma, visítame aquí:

- Blog: <https://elcodicedesofia.wordpress.com/>
- Instagram: [@sofia_ortegam](#)
- Facebook: Sofía Ortega
- Perfil Amazon: [Sofía Ortega Medina](#)

Espero que te haya gustado, para mí fue un verdadero placer escribirlo... Y, si te animas, déjame una opinión en Amazon, me encantará saber lo que te ha parecido...

Seguiré escribiendo, seguiré publicando, ojalá me acompañes en esta maravillosa aventura...

¡Un beso enorme!

Sofía